31761 08158676 0

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 23 NUM. 274.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

OCTUBRE 1911

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AP
60
E8
año 23
no. 274-76

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

EN LA ARGENTINA

ANTE EL SOCIALISMO

Cuenta el Dr. Justo, dintinguido jefe del movimiento socialista argentino, que «cinco horas después de desembarcar en Buenos Aires el profesor Ferri, espontáneamente, sin que le planteáramos la cuestión, nos dice que el socialismo en este país, en la Argentina, es una «flor artificial» (1). El profesor y gran propagandista italiano, el antiguo compañero de Lombroso, cuando se formaba la famosa escuela criminalista, positiva, italiana, fué, como es sabido, en viaje de *conferencista* á la Argentina el año 1908. No se trataba de un viaje de propaganda, y mucho menos de propaganda socialista. El propio Ferri lo advirtió repetidamente á los que le tomaron allí como un correligionario, y acaso esperaban recibir de su autoridad europea una apetecible consagración, en aquel medio burgués, tan fuertemente burgués. Según un extracto de su conferencia en el teatro Victoria (27 de Octubre de 1908), publicado por el diario *La Argentina,* «manifestó Ferri que no había venido á la República Argentina para hacer propagan-

(1) Justo. *El profesor Ferri y el Partido Socialista Argentino.* (En un folleto, *El Partido Socialista en la República Argentina,* por E. Ferri y J. B. Justo.—Buenos Aires, 1909.)

da socialista, á la cual había dedicado treinta años consecutivos de su vida el resultado de sus estudios científicos y el fruto pecuniario de su labor personal. Esta consagración quebrantó su situación económica, y á fin de reponerla en parte, ha tenido que efectuar este viaje» (1). «Llegado á Buenos Aires, escribe el mismo, viniéronme á saludar varios socialistas, á quienes había ya escrito que no venía aquí para dar conferencias socialistas, porque me parecía, que después de quince años de sacrificios dados al partido y al proletariado en Italia y Europa, tenía el derecho de proveer á las necesidades de mi familia» (2).

Pero aunque Ferri fuese á la Argentina con el propósito por él indicado, y queriendo dejar en aguas europeas, su saliente y fuerte personalidad política, no era fácil que se sustrajese á las solicitaciones del ambiente, que tenían que acosarle de distintos lados, y menos, que su curiosidad de hombre de ciencia y de acción rodase indiferente ante el apremio con que en Buenos Aires viene formulada la gran cuestión, de si allí es legítima una actitud política de protesta, de agitación, de inquietud por parte del elemento obrero, y, más concretamente, si allí tiene razón de ser un *partido socialista*.

Las gentes de uno y otro lado, burgueses y asalariados, intelectuales de cepa conservadora é intelectuales de espíritu avanzado, interrogan con fuerza sobre el problema formulado, que es lo mismo que interrogar sobre una porción de cuestiones que encubren preocupaciones hondas del alma nacional argentina, de los patriotas, de las clases poseedoras y de las que viven en medio de la lucha dura, y que, por el momento, no poseen cosa alguna de provecho.

Las gentes conservadoras—en el sentido más bien social que político de la palabra—que forman el gran núcleo imperante y

(1) Véase en la obra del Dr. Carbonell, *Orden y Trabajo*, I, pág. 408. (Buenos Aires, 1910.)

(2) Folleto antes citado, de Ferri y J. B. Justo, pág. 3.

gobernante de la República, ansían ver confirmado por el juicio europeo—del europeo de altura — esta tesis fundamental: en América, mejor, en la Argentina, no hay condiciones reales que legitimen las inquietudes é intranquilidades de las viejas naciones europeas: el socialismo, el anarquismo, el obrerismo, son importaciones nocivas de la emigración *mala*, y pretextos para propagandas insanas y explotaciones más ó menos censurables. Pero, frente á esta actitud conservadora, hay allí un sentimiento político, económico, social, que pretende lo contrario, sin negar ni desconocer que, en efecto, la situación de la Argentina es muy distinta de la de las viejas naciones europeas.

Yo me imagino cómo esperarían las gentes de una y otra tendencia el juicio de Ferri. Los socialistas argentinos—y en general el proletariado—contarían con una confirmación gloriosa; los conservadores no es fácil que esperasen una opinión tan singular, como la que espontáneamente parecía brindarles el político italiano.

Porque ya se ha visto: en cuanto aquél llegó á Buenos Aires, estimó lo que queda dicho, razonándolo como luego ha de verse. «El socialismo en este país es una flor artificial»—decía.—«Asombrados escribe el Dr. Justo—de un juicio semejante, lanzado de improviso, entre una consulta al empresario de su jira, y una entrevista con el director de un diario oficial, dijimos al profesor Ferri que tal era la opinión de la burguesía criolla; pero que en él sentaba mejor reservarle para cuando hubiera conocido algo el país y nuestro partido.» Ferri se puso entonces de pie, y nos dijo solemnemente: «Hablo como sociólogo, como hombre de ciencia.» Pasaron tres meses... y después de su vertiginosa jira... Ferri ha confirmado su sentencia de la primera hora: el socialismo argentino no tiene razón de ser.» (1)

(1) Justo, l. cit., pág. 7.

En efecto; cuando el orador hizo oir su elocuente voz ante el público de Buenos Aires, en el teatro Victoria, formuló estas declaraciones, según *La Argentina:* «Antes de terminar (se lee en el extracto de este periódico), analizó la actuación del partido socialista argentino, y manifestó que éste no tiene razón de existir, pues la República no se encuentra en las condiciones de otros países, donde el industrialismo, engendrador del socialismo, ha llegado á su máximum de desarrollo. Aquí se explica la existencia de partidos obreros: no socialistas en el sentido amplio que la palabra tiene. Terminó manifestando que el socialismo aquí es un trasplante ó el producto de una imitación anticipada.» El extracto del periódico *La Nación* coincide, en lo esencial, con el de *La Argentina* en la interpretación de los conceptos—muy singulares á mi juicio—del diputado italiano. «El socialismo—dijo—es un resultado del industrialismo capitalista. En la República Argentina la industria está en pañales... Tiene entonces sus dudas sobre la razón de ser del socialismo en este país. Refiérese al partido de Buenos Aires, pues en cuanto al del interior, ha visto agrupaciones de igual denominación compuestas por treinta personas, de las cuales quince mueven guerra sin cuartel á las restantes. Una clase obrera hay aquí con derecho para hacerse oir y respetar y para progresar, por ende, en la mayor extensión posible, *pero eso no es causa suficiente para la existencia de un partido socialista.*»

Naturalmente, tales declaraciones suscitaron la protesta calurosa de los socialistas argentinos, ó de los que se tienen por tales. En rigor, aquéllas produjeron dos enormes efectos: uno de protesta, y otro, en la «burguesía criolla», de satisfacción, de tranquilidad, como de quien se quita un peso de encima.

El episodio es interesantísimo y lleno de enseñanzas sugestivas, incluso para interpretar la psicología de la sociedad argentina.

La protesta de los socialistas fué inmediata, en el mismo

teatro Victoria. He aquí cómo da cuenta de ella *La Nación*, de Buenos Aires:

«Entre aplausos á Ferri, muchos pidieron que hablara el doctor Justo. Éste, en un palco, se puso de pie y rebatió alguna de las conclusiones formuladas por el conferenciante, á quien reprochó su apego extraordinario á la doctrina, tendencia contraria á la ciencia moderna, que se basa en el método. Entre otras cosas, dijo el Dr. Justo: «Nosotros creemos en la necesidad histórica de la socialización de los medios de producción, como en una hipótesis que no sabemos aquí, ni saben en otra parte, en qué grado y por qué vías se va á realizar: si por la extensión de las funciones del Estado, á medida que aumente el contralor del Estado por la clase trabajadora organizada, si por la aglomeración de los pequeños haberes individuales en organismos cooperativos, cuyo desarrollo también aquí fomentamos, si por la extensión de la propiedad de los sindicatos obreros ó secciones enteras del aparato productor.

»Pero de esa hipótesis no hacemos un mito que paralice nuestro esfuerzo para la acción actual. Y aplicamos en toda su extensión lo esencial del socialismo, su método, que es la lucha por la elevación material, intelectual y moral de la clase trabajadora; una elevación moral, bien entendido, que no consista en un sistema de simples restricciones, sino que sea fuente para el proletariado de nuevos motivos de acción propios. Y este método es tan aplicable aquí como en cualquier otra parte donde haya un explotado que reaccione contra la explotación ó un alma generosa que le defienda. El profesor Ferri dice que el socialismo es inconcebible en la Tierra del Fuego, y acabamos de oir elevarse del Alto Paraná una voz elocuente que ha denunciado la vil explotación de que son víctimas los trabajadores de los yerbales.»

Y Justo, ante el hecho real, evidente, de la contraposición positiva de los elementos que en todas partes engendra la lucha de clases moderna—el fondo justificante del socialismo para el propio Marx;—ante el hecho efectivo de una gran masa

obrera en Buenos Aires y en la República Argentina frente á una burguesía rica y acaparadora; ante el fenómeno del asalariado, es decir, en concepto de Marx, del explotado, del creador de valor por el trabajo, frente al fenómeno no menos positivo del capitalista, dueño de los instrumentos de producción, que aprovecha en su beneficio exclusivo el exceso de valor que pone en el producto el trabajo, el Dr. Justo, ante todas estas justificantes históricas del socialismo más doctrinal y dogmático, decía: «No puedo menos de pedir al político Ferri, si mira el socialismo argentino como un movimiento artificial, que nos diga qué debe hacer la clase trabajadora argentina con sus derechos políticos, y qué nombre debe dar al partido que forme, si le considera en el caso de formar alguno.»

Ferri contestó entonces brevemente, y luego amplió en un escrito sus puntos de vista: «El partido socialista—decía—hace en la Argentina las funciones de los partidos ausentes, el radicalismo en primer término...; ya veremos, con el andar del tiempo, cómo la formación de otros núcleos indispensables de opinión, en la metamórfosis de la política argentina, limitará la acción socialista de estas horas, hasta que el total proceso de la propiedad individual venga á poner aquí, en manos del socialismo, la bandera de su verdadero ideal: la propiedad colectiva.»

Nunca un extracto periodístico de una conferencia ó discurso, por bueno que sea, da idea fiel y exacta del pensamiento del orador. Del de *La Nación*, de Buenos Aires, corroborado por otro de *La Argentina*, parece desprenderse que el político italiano no cree *natural*, fruto espontáneo de las condiciones del medio argentino, el socialismo organizado que allí se agita: con ese nombre se mueve un partido radical; suple el socialismo este otro partido necesario; para que el socialismo surja, será preciso que la Argentina se industrialice, que no sea posible la apropiación de tierras, hoy libres. Sólo entonces será lógico un partido que pida la transformación de la propiedad individual de los instrumentos de producción en propie-

dad colectiva. Va para largo. La Argentina tardará un rato en crear grandes industrias mineras, manufactureras, y más aún en explotar toda su tierra, que hoy sostiene ocho millones escasos de habitantes, y puede sostener—¡quién sabe!—ochenta.

Por si cupiera duda respecto del pensamiento de Ferri, tenemos una interpretación auténtica del mismo en su artículo ya citado, sobre *El Partido socialista argentino*. Veámoslo.

* * *

He aquí un extracto del artículo indicado:

«Antes de venir á la Argentina, yo conocía, á grandes rasgos, al partido socialista de aquí, por haberme hablado de él el amigo Ugarte en París, durante el Congreso Socialista Internacional, y porque el Dr. Palacios me había mandado á Italia cartas, y después discursos parlamentarios.

»Llegado á Buenos Aires, viniéronme á saludar varios socialistas.

. . . . . .

»Yo los acogí fraternalmente, y al Dr. Justo y al Dr. Palacios dije abiertamente mi pensamiento sobre el partido socialista argentino—que está conforme con el de otros socialistas de Europa, miembros del «Bureau Socialiste International»,—el cual se ha ocupado de este punto, modificando el criterio de votación en los Congresos internacionales, siendo absurdo que el partido socialista de la Argentina tuviera igualdad de votos con el partido, por ejemplo, de Alemania.

»Y por eso se introdujo el criterio del voto proporcional. El Dr. Justo me dijo que mi opinión le parecía equivocada. Yo le contesté que observaría bien los hechos, en estos tres meses, y después confirmaría ó modificaría mi opinión.

. . . . . .

»Los socialistas me pidieron una conferencia á total beneficio de *La Vanguardia*, á lo que accedí de todo corazón. Y

así di la conferencia en el teatro Victoria, en la cual yo terminé con mis observaciones sobre el partido socialista en la Argentina, porque los hechos me habían confirmado en mi convicción.

»Yo pienso que los socialistas en la Argentina cumplen obra no sólo simpática y admirable, por su coraje y su honradez política, sino también útil al país, porque constituyen el único partido que tenga un programa de cosas y de ideas y no de personas.

. . . . . .

»Pero pienso (y esto es el *abecé* de la sociología y del socialismo científico), que el partido socialista es, ó debe ser, el producto natural del país en donde se forma.

»Aquí, en cambio, me parece que el partido socialista es importado por los socialistas de Europa que inmigran á la Argentina, é imitado por los argentinos al traducir los libros y folletos socialistas de Europa.

»Pero las condiciones económicas-sociales de la Argentina, que se encuentra en la fase agro-pecuaria (aunque técnica), son tales, que hubieran evidentemente impedido á Carlos Marx escribir *aquí El Capital,* que él ha destilado con su genio del industrialismo inglés.

»El «proletariado» es un producto de la máquina á vapor. Y sólo con el proletariado nace el partido *socialista*, que es la fase evolutiva del primitivo partido obrero.

»Así en Italia, las provincias meridionales, que están en la fase agro-pecuaria, tienen un partido socialista debilísimo, mientras que las provincias septentrionales, que están en la fase industrial, han pasado del «proletariado obrero», al «partido socialista», que es allí muy fuerte. Así podría decir, en Europa, de la Suíza, etc.

»Y el ejemplo de la Nueva Zelandia, que el Dr. Justo recordó en el teatro Victoria, confirma esta observación elemental. Allí no existe industrialismo mecánico, en el sentido real

de la palabra, y allí existe un partido *obrero*, que hasta ha llegado al gobierno, pero no existe un partido *socialista*.

»Pero, se dirá, en la Argentina existe un partido socialista. ¿Cómo, entonces negar su razón de ser?

»He respondido ya en el teatro Victoria al Dr. Justo con la doctrina de la «suplencia cerebral», según la cual algunas circunvoluciones cerebrales substituyen en el trabajo psíquico las específicas circunvoluciones enfermas ó desaparecidas, como para el lenguaje, la circunvolución de Broca—y puedo añadir ahora otra comparación, menos científica, pero más popular.

»Alguna vez suelo pedir en el restaurant un guiso de *liebre*. Y como en Europa las liebres son raras y caras, los mozos traen, en lugar del guiso de liebre, uno de conejo. Ahora bien; á mí no me desagrada el conejo, pero me desagrada que el mozo crea que soy tan «tonto» como para pasarlo por *liebre*. Y entonces llamo al mozo y le digo:—Usted dice que esto es guiso de liebre, pero le advierto que yo sé bien que esto no es sino guiso de conejo; lo cómo lo mismo con gusto, solamente deseo que sepa usted que yo sé lo que cómo.

»Y bien, lo mismo sucede con el partido socialista argentino. Se llama «partido socialista», pero no es sino un «partido obrero»—en su programa *económico* (ocho horas, salarios altos, huelgas, trabajo de las mujeres y de los niños),—y es un »partido radical» (en el sentido europeo de la palabra) en su programa *político*.

»Los radicales argentinos forman un partido del... mundo de la luna. Tienen un programa *negativo* (la abstención de la lucha política), y uno *positivo* (la revolución... con relativo militarismo), y por eso falta aquí un partido *radical positivo* como existe en Francia (Clemenceau) y en Italia (Sacchi).

»Los socialistas argentinos cumplen la función específica de este partido radical que falta.

»Hacen obra simpática y útil, y por eso, como dije en el Victoria, han merecido justamente las simpatías públicas.

»Pero esto, si es bello y meritorio, ¡no es socialismo!

»Partido y doctrina socialista sin propiedad colectiva es un absurdo. Y me maravilló muchísimo oir en el Victoria, de labios del Dr. Justo, que esto de la propiedad colectiva es un dogma no inseparable de la doctrina socialista.

»Ahora bien: yo pienso—y esto es la parte siempre viva del marxismo—que sin propiedad colectiva no hay doctrina socialista.

»¡Sin propiedad colectiva habrá... un guiso de conejo, ó también de *gato,* pero no ciertamente un guiso de *liebre!*

»Cuando un país tiene todavía «tierras públicas» por individualizar, y por eso no está todavía en la fase *industrial,* es absurdo decir que aquí pueda existir un partido socialista, que debe estar compuesto de *proletariado* (industrial y agrícola).

»Aquí existe la agricultura técnica. Pero los medianeros ó pequeños propietarios no son socialistas. Pueden serlo los braceros («peones»); pero éstos son en gran parte inconscientes ó «golondrinas», que es imposible moral y materialmente organizar en un partido socialista.

»Y los muchos obreros industriales que viven en Buenos Aires, no bastan para cambiar el carácter de la condición económica de la República Argentina, que está en la fase agropecuaria. Ellos son en realidad *trade-unionistas*... que son bien distintos de los socialistas...»

Nadie podría poner en duda la seriedad del gran orador italiano. ¿Cómo suponer que un hombre de su altura científica y política, y tan de mundo, se dejase influir por la acción solicitante del medio burgués, en que natural y necesariamente tenía que vivir para realizar su misión de conferencista, hasta el punto de perder la noción clara de la *realidad social* que, en efecto, *es* la República del Plata? Es evidente que va uno á la Argentina, y llega al puerto de Buenos Aires con unas ideas algo exageradas en el sentido del optimismo ambiente: aquél, se dice, es un mundo distinto, absolutamente distinto del mundo europeo, viejo, repleto de gente, todo ocupado, y donde á diario parece realizarse el triste fenómeno del convidado al

festín de la vida, que no tiene su plato en la mesa, ni asiento cómodo en parte alguna. Nunca falta, en el vapor, en el hermoso y lujoso trasatlántico, el argentino *rico* que os canta las delicias de aquellas tierras... Y luego, al llegar, el que no va de emigrante, en las bodegas ó en los departamentos de tercera, con el hotel de emigrantes por primer refugio y con el destino del tablón desprendido del buque náufrago; el que va bien recomendado ó es muy esperado allá por cualquier motivo de alta notoriedad, presto experimenta los goces y satisfacciones que, con derroche, proporciona la espléndida hospitalidad de las gentes ricas argentinas. Hay, pues, cierto peligro de no ver el fondo obscuro de la vida de aquel enorme remanso de Buenos Aires.

Pero nada de esto podría rezar con espíritus tan avisados como el de un Ferri, sociólogo de doctrina y de acción; no sería justo pensar que dejase de ver—usando el símil mismo que él graciosamente emplea—en el *pastel* de la adinerada burguesía argentina la *liebre* que hay: *liebre* y no *conejo*, una liebre legítima, en forma de miseria, de inquietudes, de fracasados, de gentes, en suma, más ó menos explotadas: elementos éstos que pueden creerse más que suficientes para explicar, no ya un socialismo tan comedido, reflexivo, templado y discreto como aquel que Ferri estima allí planta artificial, sino un sindicalismo fuerte, un obrerismo pujante, y hasta un acratismo, síntesis de todas las agresividades revolucionarias y expresión peligrosa de todas las protestas, angustias y rebeldías, con dejos espantables de las más agudas dolencias ó enfermedades morales y hasta de los desequilibrios criminosos más terribles.

Pero, sea ello como fuera, es lo cierto que el juicio de Ferri fué contrario al deseo, y supongo que á las esperanzas de los socialistas de Buenos Aires, y que lo estimaron favorable por completo á *su idea* las gentes de la burguesía imperante, y que, naturalmente, vería con gusto que no se perturbe su acción de enriquecimiento y de bienestar, por la dichosa y molesta agitación de obreros y socialistas, con sus huelgas, sus

reclamaciones, sus amenazas y hasta sus pretensiones—la de los socialistas especialmente,—de ser un factor gobernante.

Cuando yo llegué á Buenos Aires, aún no se había olvidado la interpretación apuntada, y el problema que se había propuesto al conferencista italiano flotaba con más determinación todavía, probablemente; no había estado en la capital del Plata veinticuatro horas, y ya le tenía yo delante.

A mi juicio, el problema estaba entonces muy fuera de quicio, merced á una versión vulgarizada de las opiniones de Ferri, completamente errónea. Por otra parte, en aquellos momentos—Junio de 1910,—la atmósfera envenenada resultaba punto menos que irrespirable; nada tenía de particular que las gentes no atinasen á ver claro, y menos á fijar claros los términos de la cuestión que, en sus primeros momentos, se reducía á razonar la legitimidad ó ilegimidad histórica y local de un socialismo argentino. Seguían las fiestas del Centenario de la Independencia, con los ecos algo trágicos de la amenaza de la huelga general, y de graves desórdenes en los momentos culminantes de la alegría nacional, al llegar la Infanta Isabel. Y además, flotaban en el recuerdo las sombras de las sangrientas represiones de un 1.° de Mayo, de la bomba que mató al Jefe de policía Falcó, y más cercanas aún, sentíanse las iras despertadas y desbordadas sin freno, no muchos días antes, al realizarse por las gentes burguesas, la juventud patriótica, los asaltos de las redacciones de los periódicos obreros y de los círculos también obreros.

Ya hablaremos de esto por separado. Para el caso, basta recordarlo y añadir que todo el movimiento societario parecía en aquellos instantes detenido ó contenido, y como acorralado, bajo la acción de la ley de estado de sitio, agravándose la situación de las cosas con el atentado del teatro de Colón, y la famosa ley de Defensa ó Seguridad social, dictada con una precipitación impulsiva, bajo el influjo de las circunstancias y en un instante de aturdimiento político.

El caso es que hasta se preguntaba alguna vez—¡pregunta

extraña!:—¿hay aquí lo que llaman el problema social?—Porque de una en otra, y por la pendiente vertiginosa de las exageraciones, en cierto modo lógicas, la sinrazón del Socialismo llegara á la *sinrazón* de todo el problema social.—¡Ferri, decía alguno, ya ve usted, nada menos que Ferri, ha afirmado que aquí no tiene fundamento ni explicación legítima el problema social!

Y yo me quedaba haciendo cruces y, naturalmente, reservando todo juicio.

Aunque desde luego, conceptuaba una situación bastante absurda y preñada de peligros, la que comenzara á presumir ya desde el vapor, oyendo á unos orientales, que embarcaran en Río Janeiro, referir la represión obrera y la actitud de los patriotas ante el proletariado, y que consistía en oponer el sentimiento y el interés nacional argentinos—¡la patria!—á las aspiraciones y reivindicaciones del elemento obrero, constituído en su más importante núcleo por las fuerzas de inmigrantes. Y cuenta que no se trataba en la hipótesis de que hablo—algo más que hipótesis,—de una oposición—bien universal—entre el sentido *internacionalista* y *cosmopolita* del sindicalismo ácrata, y de ciertas manifestaciones socialistas y proletarias, y el *nacionalismo*, sino de una oposición del argentinismo-burgués, y el obrerismo y el socialismo, y todo lo que signifique aspiración emancipadora y política del asalariado. Nada, sin duda, más extraño que sentir la nacionalidad argentina con instintos ó prejuicios de antipatía respecto del factor obrero, porque éste lleva y plantea en los muelles de Buenos Aires las preocupaciones dominantes en los muelles de Londres, de Génova, de Barcelona...

Pero, repito, que las cosas estaban bastante fuera de quicio, en buena parte, por causas extraordinarias y circunstanciales. Ya veremos cómo hay en la República Argentina quienes piensan que existe allí, todo lo *argentinizado* que se quiera, el problema social del mundo contemporáneo.

Sin embargo, aun cuando sea absurda la interpretación de

los que nos planteaban el tema de la *cuestión social* en la Argentina, confundiendo tantas cosas diferentes en una sola negativa y condenación, es evidente que la opinión formulada por Ferri, al criticar el socialismo argentino, estimándolo *sinrazón* de ser, tuvo allí gran acogida, y ella venía demasiado bien para dar aire de autoridad científica extrema á toda la corriente burguesa imperante.

Bastará este dato.

En el libro del Dr. Carbonell, *Orden y trabajo*—todo el argumento admirable en contra de la tesis burguesa,—se leen estas significativas líneas, al dar cuenta de la conferencia de Enrique Ferri, y hablando de *La sinrazón de ser del Socialismo Argentino:* «Sin pretensiones ni jactancias—dice,—nos limitaremos á reproducir su interesante conferencia—la de Ferri—del teatro Victoria, asociando modestamente nuestro más perfecto acuerdo é inteligencia por lo que se refiere á la tesis y conclusiones demostradas, como tan elocuentemente sostenidas, por el egregio y talentoso maestro. Pensamos, sí, que las exageraciones radicales de la doctrina socialista en la forma demoledora y revolucionaria como en Europa se la interpreta y ejecuta, no es procedente entre nosotros bajo ningún concepto, pretextos ó distingos invocados para sostenerla. Ella se sustrae á todo derecho razonado, y carece, naturalmente, de personería legal en la República Argentina, por múltiples motivos que impone su rechazo, y excusan por innecesaria toda lucha y controversia al respecto. A nuestro entender, y estudiando las respectivas situaciones de ambos continentes, no existe el paralelismo industrial, obrero ó económico, de medios que justifiquen su aplicación común, alternativa, y admitan su viabilidad como elemento indispensable de gobierno progresista. Los teatros son diametralmente opuestos, y nuestros recursos en sus afinidades para con el proletario, inexplotados y muy superiores á los del viejo mundo, facilitan el ahorro y la fortuna distributiva como por la compensación del trabajo y la moral acumulada de los años en actividad. Aquí no hay miseria—

nadamos en la abundancia,—hambre ni obreros sin trabajo, y desde luego, es permitido al hombre de labor labrarse un porvenir más ó menos permanente y aceptable, como saldo de sus energías gastadas ó término fatal de su impotente y física vejez. Si se acepta, pues, la exactitud desapasionada é incontrovertible de nuestras observaciones, el ideal socialista en el Río de la Plata, y, especialmente entre nosotros, ejerce funciones perturbadoras dentro del orden indefinido, y acaso negativas de la fuerza, el crédito é interés de clase que con su imperio buscara garantir, proteger ó fundar como programa político de obrera constitución. En nuestro país exuberante, fecundo, desierto é inculto por excelencia, donde la demanda del trabajo desahogado y remunerativo supera á su oferta limitada, está de antemano solucionado el problema de la existencia presente y futura del proletariado en condiciones favorables, generosas y humanitarias para la colectividad en general.

»Pretender ir más lejos en este sentido, implicaría un acto de despojo arbitrariamente impuesto al capital privado, con visible menoscabo de la ecuanimidad y el equilibrio requerido como garantía de su conservación y permanencia, que habremos de prevenir y defender con tesón, denuedo y esfuerzo más que justificados. Así, pues, y mientras en el fondo no se modifique sustancialmente nuestro estado orgánico á este respecto, consideraremos á la tendencia socialista en la República como un peligro y una amenaza extemporánea é improcedente, á la vez que chocante y perjudicial, en sus derivaciones generales y ulteriores como dañosos y perturbadores efectos.

»O más bien dicho, como la implantación exótica y violenta de otras tantas reformas evolutivas, que á justo título florecen y germinan en la Europa decadente y agotada» (1).

He copiado toda esta larga cita porque estimo lo que en ella se manifiesta, como expresión muy exacta del pensamiento burgués argentino más templado, tal cual se llegó éste á

(1) Ob. cit. I, págs. 397-399.

formar probablemente en buena parte bajo la sugestión de las declaraciones de Ferri. Porque, como se habrá visto, tiene aquel pensamiento sus grados diversos de intensidad negativa, y va desde la simple reprobación del socialismo, por no ser planta de la tierra, sino mera importación artificiosa de los imitadores de Europa ó de los agitadores peligrosos, hasta la negación de todo fundamento á la cuestión social característica de los tiempos modernos—cuestión social del proletariado, de la clase asalariada—llegando la negación hasta el extremo de estimar legítima la represión dura, sin contemplaciones, del movimiento obrero, socialista, sindicalista, ácrata, etc., etc.

El razonamiento es bien sencillo. Si en la Argentina no tiene razón de ser el socialismo—y confundimos en esta palabra «cautchou», como dicen la calificó Ferri (1), todos los movimientos del proletariado, las aspiraciones todas del «obrerismo»; si en la República Argentina no hay atmósfera que justifique un proletariado constituído como factor político y de pretensiones sociales; si todo eso que preocupa y conmueve á Europa es en el Plata afán de perturbación estéril: peor, dañosa, ruido incómodo, cuando menos, ó bien motivo estúpido de intranquilidad que mata, la conclusión lógica en un espíritu burgués, de burgués satisfecho, lleno, divertido, es bien clara: guerra sin cuartel al «obrerismo», y aquella famosa, tristemente famosa teoría *del Mauser,* formulada entre nosotros, debía surgir en Buenos Aires, remozada y pujante hasta tener dolorosa y triste aplicación (que el proletariado de allá recuerda con horror) en aquel 1.° de Mayo, crítico en las relaciones de obreros y burgueses de Buenos Aires. Desde entonces, en efecto, la violencia parece ser el estado normal en la inevitable lucha de clases, con el cortejo de atentados brutales é insensatos.

Pero, y aquí se imponen varias reflexiones: en primer lugar, nada tiene que ver lo que afirmaba Ferri en la conferen-

(1) Crónica del diario *La Nación,* ya citada. (Véase Carbonell, ob. cit., I, pág. 401.)

cia del teatro Victoria con esa actitud negativa, intransigente, de las gentes que, al cantar las reales grandezas y abuncias de la Argentina, no quieran reconocer la fatalidad del hecho de la *lucha de clases* en la República. Es ir demasiado de prisa, inferir de una pura apreciación de sociólogo, respecto nada más que de la propiedad con que un partido social y político se llame «socialista», el que allí ni hay razón para que el socialismo se manifieste, ni para que el obrerismo inquiete y perturbe el proceso que se estima natural de una evolución económica capitalista ó de base, espíritu y tendencia y resultados «capitalísticos».

Porque, aunque no es fácil interpretar el alcance político de las apreciaciones que supone el negar razón objetiva de ser al socialismo argentino, parece evidente que este juicio no pasaba de ahí, afirmándose, en cambio, por Ferri la legitimidad y oportunidad de un partido obrero y radical. Recuérdese lo copiado más arriba: el partido socialista argentino «no es sino un «partido obrero» en su programa *económico,* y es un partido radical (en el sentido europeo de la palabra) en su programa *político*».

Sin duda, la apreciación de Ferri no podía tener más que un valor *doctrinal:* sólo una falsa, inexacta ó interesada interpretación podía darle un alcance *práctico*. Lo cual, sin embargo, se explica: de una parte, por el efecto de desilusión que producía en los que se creían con derecho á considerarse como sus correligionarios, y de otra, por la satisfacción que en los adversarios ó enemigos del socialismo, en general, había de producir, como se produjo, la desilusión de los socialistas argentinos.

Los cuales, como hemos visto, no dejaron sin respuesta los juicios del socialista italiano. Comenzó la polémica, según queda indicado, en el mismo teatro Victoria, con la intervención del Dr. Justo; pero luego continuó este prestigioso jefe del socialismo de allá, en un artículo, respondiendo al de Ferri ya extractado.

Decía el Dr. Justo, razonando la existencia del partido socialista argentino:

«Para un observador imparcial y sobrio de juicio (1), este país ofrece el cuadro singular de una sociedad moderna, íntimamente vinculada al mercado universal, y cuya vida política está en manos de partidos políticos sin equivalentes ni afines en la política de ningún otro país moderno. Agrupaciones efímeras, sin programa ni principios, ni más objetivo que el triunfo personal del momento, los partidos de la política criolla, pasada la frontera, carecen de todo sentido. Pregúntese en la Asunción qué es un «autonomista» argentino, y será tan difícil obtener una respuesta como nos sería darla si nos preguntaran qué es un «colorado» paraguayo. Basta, á veces, pasar de una provincia á otra para que esas denominaciones ficticias pierdan todo su significado. ¿Qué es, en Corrientes, un «conservador» de Buenos Aires? ¿Qué es en Buenos Aires un «liberal» correntino? Frente á ese caos de facciones y camarillas, cuya única palabra de orden y único vínculo interno es el nombre del *condottiere* que las guía al asalto de los puestos públicos, ha aparecido y se desarrolla el partido socialista, que, sin excluir á nadie de su seno, se presenta ante todo como la organización política de la clase más numerosa de la población: la de los trabajadores asalariados. Representa una corriente de opinión extendida por el mundo entero civilizado; está en relación regular con los partidos afines extranjeros; sus costumbres son las de la democracia moderna; tiene centros organizados en los principales puntos del país; es la única agrupación política de vida progresiva y permanente, que sostiene un programa, celebra grandes asambleas y vota, despreciando por igual la inercia de la mayoría de los electores y las malas artes del Gobierno. Es, en una palabra, para el observador sobrio é imparcial, el único partido que existe. Pues para el pro-

(1) V. Justo: *El profesor Ferri y el partido socialista argentino,* folleto citado.

fesor Ferri, inconmovible en su preconcepto, es el único que no tiene razón de ser. Así, aquel famoso profesor de medicina, al encontrar sano y bueno á un paciente cuya muerte próxima había pronosticado, le dijo con aplomo académico: «¡Usted está muerto para la ciencia!»

Y luego, argumentando contra la tesis de que allí «no hay gran proletariado industrial, luego no puede haber socialismo», añadía el Dr. Justo: «Efectivamente, no tenemos una industria como la de Inglaterra, donde escribió Marx *El Capital;* pero el último capítulo de este libro, titulado «La teoría moderna de la colonización», expone y prevé con exactitud admirable lo que hace la clase gobernante para crear rápidamente un proletariado en países como éste.

»No traen para eso los gobiernos de los países coloniales máquinas á vapor. Aunque lo diga el profesor Ferri, el proletariado no es un producto de ésta. Apareció y se desarrolló en Europa varios siglos antes que se generalizara el motor inventado por Watt, y alimentó de brazos en el siglo XVII la manufactura capitalista, y después las fábricas movidas por la fuerza hidráulica. El proletariado resultó de la disolución de la sociedad feudal, de la clausura de los conventos por la reforma religiosa, del desalojo de los campesinos por la transformación del dominio feudal de la tierra en propiedad privada estricta de los señores, por la usurpación de las tierras comunales, por la venta de los bienes de la Iglesia. Como relación política y jurídica de coerción, la de proletario y burgués fué en su principio obra del despojo violento, de leyes inicuas, no del progreso técnico. La máquina á vapor ha venido después á acelerar, en el siglo XIX, la mecanización de la industria toda y la desaparición del antiguo artesanado, á acercar y confundir á los pueblos revolucionando los transportes, á impulsar el aumento de la productividad del trabajo.

»Y al expandirse el capital en el siglo pasado, junto con la población europea, á vastas tierras vírgenes despobladas, se planteó para la clase gobernante un problema nuevo: ¿cómo

crear en las colonias la clase de trabajadores asalariados, necesaria para la explotación capitalista? ¿Cómo improvisar un proletariado donde la abundancia de tierras libres y abiertas al cultivo permite á cada recién llegado convertirse en un productor autónomo? Se había visto á un capitalista desembarcar en Australia con un cargamento de proletarios europeos y un capital en provisiones y útiles de trabajo, inclusive varias máquinas á vapor, y quedarse al día siguiente sólo con su «capital», sin la ayuda siquiera de un sirviente.

»El problema se resolvió teórica y prácticamente con lo que sus autores llamaron la «colonización sistemática», y que ha sido realmente la implantación sistemática en estos países de la sociedad capitalista, la colonización capitalista sistemática. Consiste en impedir á los trabajadores el acceso inmediato á las tierras libres, declarándolas de propiedad del Estado, y asignándoles un precio bastante alto para que los trabajadores no puedan desde luego pagarlo. Necesita entonces el productor manual trabajar como asalariado, por lo menos el tiempo preciso para ahorrar el precio arbitrariamente fijado á la tierra, especie de rescate que paga para redimirse de su situación de proletario. Y con el dinero así obtenido, el Estado se encarga de buscarle reemplazante, fomentando la inmigración, el arribo de nuevos brazos serviles. En las colonias latinoamericanas, la clase trabajadora, formada en gran parte por mestizos é indígenas, fué desde un principio excluída de la propiedad del suelo, adjudicado á los señores en grandes mercedes reales. Y desde que el progreso técnico-económico del mundo ha empezado á repercutir también aquí, la clase gobernante practica instintivamente, sin teoría alguna, sin más guía que sus apetitos de lucro inmediato y fácil, la colonización capitalista sistemática. Con circunstancias agravantes, porque no sólo acapara la propiedad del suelo todavía sin cultivo, y, por cuenta del Estado, provee de brazos á los empresarios, sino que, para intensificar la explotación del trabajador, recurre á procedimientos medioevales, como el envileci-

miento de la moneda, y á un sistema de impuestos sólo comparable con la gabela y la capitalización de la antigua Francia.

»De esta manera se ha formado en este país una clase proletaria, numerosa relativamente á la población, que trabaja en la producción agro-pecuaria, en gran parte mecanizada; en los veintitantos mil kilómetros de vías férreas; en el movimiento de carga de los puertos, de los más activos del mundo; en la construcción de las nacientes ciudades; en los frigoríficos, en las bodegas, en los talleres, en las fábricas. Y á esa masa proletaria se agrega cada año de un 1/5 á 1/4 de millón de inmigrantes.»

»Nos habla el profesor Ferri de los peones «golondrinas». Y ese mismo ejército proletario de reserva, que cada año cruza los mares para trabajar en los miles de trilladoras á vapor que funcionan cada verano en este país, ¿no es la mejor prueba de que la agricultura argentina es á tal punto capitalista y está en tal grado vinculada á la economía mundial, que ya no puede engendrar las ideas políticas de los viejos pueblos de campesinos propietarios? Nos habla el profesor Ferri de que hay todavía aquí «tierras públicas á individualizar». ¿Se ha preguntado cómo se hace esa individualización? ¿Ha encontrado aquí algún *pioneer*, como los que, armados de un hacha y un arado, se han posesionado del suelo norteamericano, para hacer cada uno su hogar y su chacra, no sólo reconocidos, sino favorecidos por la ley en su propiedad?

»Nos asegura que los medieros y los pequeños propietarios, tan escasos estos últimos entre nosotros, no son socialistas. ¿Lo serán más los millones de pequeños propietarios europeos, partidarios desde luego de los derechos de aduana sobre los granos y las carnes de América, derechos que el partido obrero quiere abolir? Si la situación agraria ofrece dificultades á la doctrina socialista, ellas son indudablemente mayores en Europa que aquí.

»¿Qué quiere decir el profesor Ferri cuando objeta al socialismo argentino que estamos aún en «la fase agropecuaria»?

¿Acaso que la agricultura va á desaparecer para que advenga lo que él llama socialismo? ¿O que la sociedad comunista europea, ya próxima á establecerse, tratará, mano á mano, con el presidente Figueroa Alcorta, como jefe de esta oligarquía de terratenientes, el cambio de los granos, las carnes, las lanas y los cueros argentinos por los productos de la industria de aquella cooperativa continental?»

El Dr. Justo censura á Ferri por el dogmatismo estrecho en que su argumentación se inspira, y añade:

«Yo también pienso que sin la propiedad colectiva—es decir, sin la hipótesis de la futura propiedad colectiva—no hay doctrina socialista. Pero esa hipótesis, tan fundada y tan simpática, no es fecunda sino en cuanto nos conduce á prepararnos para la propiedad colectiva, á realizar desde ya el colectivismo posible, capacitando á la clase trabajadora para la cooperación libre y la acción política. Y este es el método socialista, tan separable de la doctrina y tan superior á ella en trascendencia histórica como la técnica y la experimentación modernas respecto de la teoría del éter.

»Por eso la parte más viva del marxismo no es la hipótesis de la futura propiedad colectiva, sino la práctica de la lucha de clases, moderna y actual. Ferri cree lo contrario, y de ahí su distinción trivial entre partido obrero y partido socialista, cuando hace sesenta años, en su inmortal manifiesto comunista, Marx y Engels decían ya lo siguiente: «¿En qué relación están los comunistas para con los proletarios en general? Los comunistas no son un partido especial frente á los otros partidos obreros. No tienen interés alguno distinto de los intereses del proletariado en general. No establecen ningún principio especial según el cual quieran modelar el movimiento proletario. Los comunistas se distinguen de los otros partidos proletarios sólo en que, por una parte, en las distintas luchas nacionales de los proletarios proclaman y hacen valer los intereses del proletariado entero independientes de la nacionalidad, y por otra, en que representan siempre el interés del movi-

miento entero en las diferentes etapas de la lucha entre proletariado y burguesía. Los comunistas son, pues, prácticamente la parte más decidida y propulsiva de los partidos obreros de todos los países; antes que la restante masa del proletariado, tienen la visión teórica de las condiciones, la marcha y los resultados generales del movimiento proletario.»

***

Hay en el caso, á mi juicio, dos cuestiones: una de ellas general, y que podría formularse preguntando cuándo un partido político puede llamarse *socialista,* y otra histórica, local y práctica, que entraña la apreciación de las condiciones sociales de la Argentina actual, para que en ella sea un producto natural, en sazón, el partido socialista.

Ante la primera cuestión, Ferri mantenía, como con razón, en mi sentir, afirma el Dr. Justo, una actitud dogmática, doctrinal, y muy estrecha, algo en contradicción con un fenómeno que él mismo señalaba cuando (según *La Nación)* decía en su conferencia: «Socialismo. Palabra «cautchouc». Se le entiende de mil modos. Se le amplía y se deprime su definición en muchos y muy contradictorios sentidos. Ferri cuenta las infinitas formas en que ha podido ver y oir la manera diversa de comprender la significación de esa palabra.» Y así es, en efecto. El socialismo no puede ser hoy una dogmática cristalizada y estrecha, ni aun queriendo constreñirlo á la forma colectivista pura. Aun cuando diéramos como bueno aquello de que «el socialismo es el resultado del capitalismo industrial ... Viene como contragolpe de la máquina á vapor y de la enorme impulsión nueva que da éste en la marcha de la civilización...» no es fatal la consecuencia de que «donde no existe la máquina, el socialismo no puede existir lógicamente». Sin duda, se debe rechazar «la idea de la posibilidad de una formación socialista en el semi-salvajismo del Congo, ó en el semidesierto de la Tierra del Fuego»; pero, ¿no hay máquinas en

Buenos Aires? ¿Y Rosario está en el Congo? Y ¿está por ventura Bahía Blanca en la Tierra del Fuego?

Por otra parte, si el socialismo colectivista, el llamado científico, ó más históricamente el *marxismo,* surge después de mucha labor preparatoria y de multitud de antecedentes, según muestra Menger (1), como una síntesis definida de doctrinas (2), y en cuanto factor político-social, como una consecuencia fatal, quizá, desde luego lógica, de la concentración industrial, y de la máquina que crea é impone por de pronto, el «asalariado» moderno, por virtud de una porción de causas, entre las cuales figura la misma fuerza expansiva de las ideas á que el socialismo responde, la síntesis marxista se descompone bajo la acción de la crítica: y al tener que aplicarse á modalidades capitalistas, no previstas en *El capital* ni en el *Manifiesto comunista,* la doctrina y su ideal se han debido difundir con una fecundidad tan eficaz y extraordinaria, y con tales modificaciones y adaptaciones, que hoy ya no es *una* doctrina concreta, sino más bien es una *idea fuerza*, un sentimiento avasallador, que tiene mucho siempre de reivindicación económica, pero mucho más de movimiento *ético.*

Pasa con el socialismo lo que con todas las *ideas,* que vienen á su tiempo y surgen de un estado de hecho, como impulsos ó reacciones naturales de la conciencia, y como necesidades impuestas á la reflexión por la fuerza misma que domina el proceso histórico; podría decirse, cuando *lo real es racional* y viceversa: las promueve una determinada posición de las cosas, un contraste fuerte; aquí, la concentración industrialista, del capital y la de los obreros; luego la idea fecunda se aplica á otra porción de manifestaciones donde el contraste se ha difuminado ó no se ha advertido. Podrían citarse muchos ejemplos, pero ninguno quizá más típico que la doctrina del

(1) *El Derecho al producto íntegro del trabajo*, trad. esp.

(2) «Si Marx, escribe Richard, ha hecho la síntesis, los elementos habían sido preparados por sus predecesores.» V. *Le Socialisme et le Science sociale*, pág 78. París, 1897.

Riesgo profesional, á virtud de la cual se indemnizan los accidentes del trabajo, sin que intervenga culpa del patrono. Empieza, surge, movida por mil causas, primero, con respecto á la gran industria de máquinas peligrosas; quizá la sugiere el dramatismo de la catástrofe minera, de fábricas, de grandes talleres, y poco á poco se difunde, con fuerza expansiva, hasta aplicarse á todo trabajo manual, á accidentes y enfermedades, á la grande y á la pequeña industria, al comercio, á la agricultura... No hay quien la detenga.

Como no hay quien detenga la expansión, más que de la doctrina, de la idea y del sentimiento socialistas.

Sin duda, es característica del socialismo estricto la aspiración hacia un régimen social en el cual la propiedad de los medios ó instrumentos de producción sea colectiva: en rigor, esta es todavía la hipótesis final del socialismo... colectivista, y podría demostrarse que la mayor parte del programa obrero entraña ese Oriente, aunque los motivos de justificación inmediata sean otros, incluso los del socialismo utópico, sentimental. Pero ¿hay una fórmula de la sociedad futura socialista? El régimen colectivista tendrá ó no una futura realidad; entretanto el socialismo es, en el momento presente, sobre todo, una fuerza de agitación social, un factor inquietante, un fermento de crisis, constituído—como el sindicalismo, como el acratismo...—por núcleos de obreros y no obreros, no satisfechos ni con su condición actual, ni con la organización política y económica que la hace posible, ó la impone como necesario. Es el socialismo, más que nada, un *método* de transformación social, que surge espontáneo, fatal, si queréis, con aquel fatalismo que descubría Marx, en cuanto hay una masa asalariada que siente el espíritu de clase, ó una masa intelectual que siente la injusticia del régimen capitalista. En otros términos, el socialismo, la idea socialista, en crisis profunda respecto de lo que debe ser la sociedad futura, en crisis respecto de la táctica en la sociedad burguesa presente, frente á los gobiernos burgueses, y en la relación de la política, propende á

ser la aspiración generosa hacia una dignificación moral, económica, social del proletariado, y hay proletariado dondequiera que se produce una concentración capitalista, de industrias, casi casi de población, sobre base de propiedad privada, y se afirma la separación de las clases propietaria y trabajadora sometida ésta á la ruda ley del salario. La lucha de clases engendra el sentir y la aspiración socialista, que luego toma la forma, el tono y el temperamento que impone el medio local ó nacional circundante.

Y por eso, en unas partes y en unos núcleos impera con más fuerza la reivindicación económica pura, y el socialismo se disuelve en el obrerismo abstracto, mientras en otras, la aspiración económica se compone con la política, y el socialismo toma posiciones y funciones de fuerza ó partido radical.

No insistiré en este punto; realmente no es el que más importa para el caso del socialismo argentino. Pero el estudio de la razón de ser de este socialismo, como fuerza organizada que quiere ejercer un influjo en la evolución social de la gran República hispano-americana del Plata, exige artículo aparte, sobre todo, si hemos de reflejar en la argumentación, la impresión de ambiente recogida en la vida misma, especialmente en Buenos Aires. Porque fué ésta una de las cuestiones que con más fuerza interesaron nuestra curiosidad. No, claro es, para resolver el punto concreto de si allí hay ó no términos naturales para que exista ó no partido socialista, sino para ver con la intensidad posible cómo es allí este partido, y para interpretar, con la imparcialidad posible, el momento presente de las preocupaciones «sociales» de la gran capital argentina.

Adolfo Posada

LA CONSTRUCCIÓN DEL MATERIAL DE GUERRA EN ESPAÑA

En el anterior artículo nos hemos ocupado, principalmente, de la Fábrica de Trubia, por tratar en él de la construcción de cañones; pero importa, y mucho, exponer en qué medida responden los demás Establecimientos del Estado á la fabricación del restante material. Y para terminar con cuanto se refiere á las piezas, comenzaremos esta segunda parte del trabajo por la Fábrica de Artillería que en Sevilla radica. Ya en la segunda mitad del siglo XVI, en 1565, un maestro fundidor, llamado Juan Morel, edificó un pequeño taller y dos hornos de fundición en unos solares del barrio de San Fernando. Destinaba Juan Morel su pequeña fábrica á la construcción de cañones de bronce que le fueran encargados, por asiento con la Real Hacienda. Tal es el origen de la hoy floreciente y bien dotada de elementos mecánicos, Fábrica de Artillería. No fueron pocas sus vicisitudes: en 1604 ya figura como dueño de la fundición Pedro Gil Nambel, por compra á los herederos de Juan Morel, y más tarde el Estado, en 1634, la adquirió del hijo de Nambel, quedando éste al frente hasta 1647, año en que el Estado se incauta de todo. En cuanto á su dirección, importa decir que estuvo á cargo de fundidores y constructores hasta el año 1717, en el que fué nombrado director el Comandante de Artillería de Sevilla. Dedicaba el Gobierno la mayor parte de los productos de esta fundición á dotar de piezas los galeones, flotas y otras ar-

madas destinadas á las Indias; el importe de los cañones era abonado por la Casa de Contratación de Sevilla, y todo dispuesto y ordenado por el Teniente general de Artillería y Oficiales del Cuerpo á sus órdenes. Hasta 1754 no se realizó reforma alguna de importancia, pero en este año comenzó una trascendental que, más que reforma, fué construcción de una nueva Fábrica, varios de cuyos edificios se han conservado hasta ahora. Mas al mismo tiempo que se edificaban nuevos talleres, se contrataban cuatro fundidores franceses y un barrenador de la misma nación, que se comprometieron á implantar el procedimiento de fundir en sólido y barrenar horizontal. La obra de Monge nos da una idea de lo que eran las primitivas máquinas de barrenar cañones, que fueron las verticales, y corresponden al período en que las piezas se fundían en hueco, lo mismo las de hierro colado que las de bronce. Estas máquinas de barrenar, en el extranjero, por lo menos, hasta los últimos años del siglo XVIII, y en España, en la Fundición de Sevilla, hasta mediados del XIX, eran activadas por fuerza animal: uno ó dos caballos, girando en una pista, ponían en movimiento un árbol vertical, y en su prolongación y en el mismo eje vertical se colocaba la barrena. El avance de ésta se verificaba porque el cañón descansaba sobre la herramienta cuando no era muy pesado, ó tenía un contrapeso si sucedía lo contrario, de suerte que la fuerza de avance era debida á la diferencia de las dos masas. Maritz fué el primero que imaginó barrenar los cañones horizontalmente, y tal método, que es el más racional, no ha sido abandonado desde entonces. Este ilustre constructor de Artillería, que disfrutaba en Francia la categoría de Mariscal de Campo y el cargo de Inspector general de las fundiciones de bronce y hierro de aquel país, vino á España en 1767, llamado por Carlos III, para conferirle la misión de reformar los procedimientos hasta entonces seguidos en la Fundición de Sevilla. Dedicó sus trabajos á la construcción de tres máquinas de barrenar horizontal, establecidas para ser movidas por el río Guadaira, y dejó un estudio detallado para la

elaboración de ladrillos refractarios, destinados á los hornos de fundir bronce. No hay seguridad de que modificase en alguna manera el procedimiento de fundir en sólido, que ya se había establecido por los fundidores franceses venidos en 1754. No se sabe, á punto fijo, el tiempo de su permanencia en Sevilla, que debió ser de seis años cuando menos.

Con motivo de haberse convenido entre los Ministerios de Indias y Guerra que la Fundición de Sevilla se encargase de fabricar cuantas piezas y municiones fueran necesarias para Ultramar, se construyeron nuevos hornos y una máquina de barrenar, con recursos facilitados por el Ministerio de Indias. Naturalmente que también hubieron de levantarse nuevos edificios. Las obras se extendieron de 1789 á 1794, quedando terminado el frente Sur de la fundición y la portada principal en el frente Norte, y en los dos años siguientes todas las edificaciones que constituyen el actual perímetro de la Fábrica. Hasta 1854 no sufrió reforma alguna de importancia; se conservaban las barrenas activadas por los motores de sangre, y las mismas máquinas que á fines del siglo XVIII.

Enviada una Comisión al extranjero, como resultado de sus visitas á los establecimientos más renombrados de Francia, Alemania, Austria, Bélgica é Inglaterra, y de los proyectos formados, en su consecuencia, se instalaron en los años siguientes dos máquinas de vapor, tres de barrenar, algunas especiales para la fabricación total de los cañones, y otras varias, bastantes en número, para los trabajos de carácter general. Fueron montadas estas máquinas en dos hermosos talleres edificados en el patio grande de la fundición, y con capacidad tal, que no sólo bastaban á contener las máquinas adquiridas, sino que aun dejaban amplio espacio á futuras instalaciones. Así ocurrió que al implantarse el rayado de las piezas, no hubo necesidad de ampliar talleres, montando únicamente las máquinas necesarias para efectuar aquella operación. De esta suerte prosiguió la Fábrica construyendo las admirables piezas de bronce para el material de campaña, sitio y plaza,

hasta que el empleo del metal comprimido trajo un cambio grande en la fabricación, sustituyendo los antiguos moldes de barro por los metálicos, en que se han fundido últimamente los cañones de bronce destinados á la compresión. Se debió esta idea al General Uchatius, del Ejército austriaco, y Director del Arsenal de Viena. Conociendo este artillero ilustre las mejoras que, en ciertas propiedades físicas de los metales, pueden derivarse de determinados tratamientos mecánicos, y sabiendo cuán poco apto para resistir las elevadas presiones de las modernas piezas era el bronce simplemente fundido, por efecto de su bajo límite elástico y de su también baja tenacidad, imaginó someter el ánima de las piezas fundidas á una compresión efectuada por una serie de mandriles introducidos en aquella á determinada presión.

Las deformaciones sufridas por efecto de estas compresiones eran permanentes, y determinaban en el metal una elevación de su límite elástico y de su tenacidad, con la consiguiente pérdida de la ductilidad. Por lo tanto, lo que se ganaba por un lado se perdía por otro; que en un determinado estado físico de un cuerpo no se puede exaltar una de las cualidades mecánicas que contribuyen á la capacidad de este cuerpo para efectuar un determinado trabajo, sin que la otra disminuya. Mas el bronce tenía, además, en contra suya, su bajo punto de fusión que le hacía inhábil para soportar las altas temperaturas de las pólvoras sin humo. Los trabajos sobre este metal para mejorar sus condiciones tenían un fin muy laudable. Casi todos los Estados poseían en cañones gran cantidad de bronces, con un valor intrínseco muy considerable, utilizándoles los Gobiernos mismos como primeras materias en nuevas fundiciones.

Con el acero no ocurre lo mismo; una vez inutilizado un cañón de este metal, su valor, como futura primera materia á utilizar en un horno Siemens, es bien escaso. La última reforma de la Fábrica de Artillería de Sevilla ha alcanzado grandes proporciones; con la base de efectuar en ella la construc-

ción mecánica de la artillería de campaña, en sus dos ramas de montaña y rodada, incluyendo sus montajes y proyectiles, y con materiales de acero recibidos de la Fábrica de Trubia, se construyeron de planta talleres para montajes, piezas de sitio, forja, embutición de chapas y herramientas, con más los pabellones, almacenes y dependencias que se han levantado en los terrenos de Monte-Rey, situados frente á la Fábrica. Como era natural en un Establecimiento que se modernizaba, se instalaban también el taller de herramientas y la central de energía, claves, hoy día, de todo centro industrial bien organizado. Con estos elementos, la Fábrica de Artillería de Sevilla tiene cuanto necesita para construir las clases de artillería que dejamos indicadas, salvo alguna que otra máquina, y por complicada que fuese la construcción.

***

Las mismas causas que motivaron la fundación de la Fábrica de municiones en Trubia, convertida más tarde en fundición de cañones, dieron origen á la de fusiles, de Oviedo.

Establecidos los talleres de armas portátiles de fuego en Placencia de las Armas y villas limítrofes de Eibar, Elgóibar y Hermúa; invadida España por los dos extremos del Pirineo, durante la guerra que sostuvo con la República francesa, de 1793 á 1795, terminada por la paz de Basilea, llegaron los franceses hasta Bilbao, con lo que el Gobierno español se vió privado de todo recurso para la construcción de fusiles, y de este gravísimo contratiempo nació la idea de llevar las fábricas de armas á puntos del territorio nacional, lo más separados de las líneas naturales de invasión de nuestra Península. Y así se determinó, en 1794, trasladar la fabricación de fusiles á la provincia de Asturias que, por su situación geográfica y los recursos que ofrecía en primeras materias, tales como hierros, carbones y excelentes maderas, era el lugar más adecuado para la instalación. Y á Asturias fué la nueva

industria, con su característica organización gremial, transportándose desde Guipúzcoa al Principado los inteligentes operarios armeros. De esta suerte, siendo el sitio oficial de la nueva fábrica la ciudad de Oviedo, en ella residieron el Director y los oficiales encargados de la fabricación, y en el hermoso palacio del Duque del Parque, notabilísima joya arquitectónica del siglo XVII, debida á Reguera, se instalaron las oficinas, salas de reconocimiento, almacenes de primeras materias y de armas concluídas. No todos los gremios en que la industria armera estaba dividida se establecieron en Oviedo; sin duda que no habría por el momento capacidad para alojar, con carácter permanente, al numeroso personal obrero que emigraba, y quizá también porque Oviedo no ofrecía las comodidades que otras vecinas localidades para el establecimiento de máquinas de barrenar cañones, es lo cierto que los diversos gremios armeros se instalaron de la manera siguiente: en Trubia, Mieres y Grado, los de cañonistas, baqueteros y bayoneteros, y en Oviedo, los llaveros, aparejeros y cajeros.

Esta curiosa organización gremial, fundada en la división del trabajo, principio al que se acomodará una racional organización de las industrias, ha persistido durante mucho tiempo en la armera, en sus ramas de militar y civil, y aun persiste hoy, en cierto modo, en la misma provincia de Guipúzcoa, en las localidades antes indicadas, en cuantas se dedican á la construcción de armas de fuego. Y la extendida y facilísima y aun económica distribución de la energía eléctrica ha venido á favorecer esta organización del trabajo. Hasta hace pocos años se procuraba utilizar los molinos y saltos de aguas para el establecimiento de las barrenas de cañones; hoy la distribución de la energía eléctrica permite establecer dondequiera un pequeño motor y accionadas por él las máquinas que constituyen el taller familiar.

Dejando á un lado esta digresión, y continuando la ligerísima historia de la Fábrica de Armas de Oviedo, diremos

que algunos años después de la primera distribución de los gremios se creyó conveniente agruparlos, reconcentrando en Trubia cañonistas, bayoneteros y baqueteros, y en Oviedo los restantes. Aún recuerda el autor de este trabajo que todavía, y á pesar de haber sido trasladado á Oviedo, en 1855, se seguía llamando taller de fusiles al de reparación general de Trubia, en 1880. La Fábrica de Armas de Oviedo construyó, desde su fundación hasta el año 1849, el armamento llamado de chispa: fusil para la Infantería, carabina para la Caballería y cadetes, mosquetón para Artillería y pistolas para Caballería; el fusil de 19 mm. de calibre, y las restantes armas de 18 mm. El hierro empleado como primera materia en la fabricación de cañones, llaves y demás elementos del fusil, procedía de los mejores que se elaboraban en la fábrica de Orbaiceta, en la forja catalana, refinados por el método Wallon en un hogar bajo de afinería, y el lingote tratado en estos últimos era, naturalmente, el carbón vegetal y el aire frío. Las maderas eran del país, y se elegían los mejores nogales, con edades de setenta á cien años. Una vez derribados y serrados, habían de someterse á un secado de tres años de duración, en almacenes perfectamente ventilados. Cuando, por las necesidades de la guerra, la armería no podía surtirse de los hierros Orbaiceta, acudía á los suministrados por las herrerías ó forjas catalanas establecidas en Asturias ó en el Bierzo. En estas herrerías, instaladas al lado de un salto de agua que se utilizaba en activar la máquina soplante, que era una trompa, y á proximidad también de bosques y montes que suministraban carbón vegetal, trabajábase con mineral de Bilbao, la incomparable mena dulce agotada hace ya muchos años. Los constantes progresos del armamento; la precisión, cada vez mayor, requerida en la fabricación; la uniformidad de ésta, exigían el empleo de las máquinas útiles y en gran número, llegando al desiderátum de dejar sólo para el trabajo á mano, el ajuste final, reducido á lo menos posible. Teniendo estas aspiraciones, claro es que no se podía llegar á ellas con el trabajo del operario en casa. Ya se

requería el taller amplio, moderno, dotado de cuantas máquinas útiles fuesen precisas, de herramientas cuidadosamente hechas, de igualmente bien acabadas y ajustadas plantillas de reconocimiento, que fueran garantía de una fabricación lo más perfecta posible.

El Ayuntamiento de Oviedo que, como es natural, tenía un interés vivísimo en conservar en la ciudad la Fábrica de Armas, ofreció en 1855 al Gobierno el antiguo Convento de la Vega, en los arrabales de la ciudad. Aceptada por el Gobierno la oferta, se adquirieron cinco y media hectáreas de terrenos adyacentes, toda vez que entre el Convento y su huerta no bastaban á llenar las necesidades de la fabricación. Se instalaron en el Convento las oficinas, almacenes de hierros y otras primeras materias, excepto las maderas, el taller de máquinas de cajas, algo más tarde el de revólvers Lefaucheux, y, por último, en los pisos altos, los de ajuste y reconocimiento final. También se acomodaron en este edificio el museo de armas, la sala de dibujo, archivo de planos y algunas viviendas de empleados. Al exterior del Convento se hicieron notables obras. Viendo ya, desde luego, que la utilización de aquél había de tener sólo carácter accidental ó temporal, se levantaron un edificio destinado á oficinas y demás dependencias centrales, y los nuevos talleres de construcción y reparación general, de fraguas, el llamado de lima mecánica, donde había de concentrarse el trabajo mecánico de las piezas de armas, los almacenes y secaderos de maderas, el probadero de resistencia para cañones de fusil y la galería de tiro para comprobación de la situación de alzas y puntos de mira. Claro es que los talleres de reparación y lima mecánica fueron dotados de numerosas máquinas útiles, en gran mayoría americanas, que habían demostrado en esta clase de trabajos ser las más perfectas conocidas. Ya con esta maquinaria se construyen las carabinas rayadas, y por supuesto de pistón, modelo del 57, y el fusil del 59. Y pocos años más tarde, cuando la campaña de 1866, en la guerra entre Prusia y Austria demostró las ventajas del

arma de fuego portátil, á cargar por la recámara, los talleres de Oviedo se emplean en la transformación de los fusiles del 59 y carabinas del 57 en armas de retrocarga del sistema Berdan. Claro es que esta transformación no podía satisfacer las necesidades del Ejército en punto á armamento portátil; la reforma fué un compás de espera, mientras se elegía, por la Junta Superior Facultativa de Artillería, entre todos los sistemas de fusiles de retrocarga ensayados, el que mejor respondía á las condiciones de un arma de guerra de esta clase. Triunfó, al fin, en las pruebas, el Remington, y la Fábrica de Oviedo se preparó para la nueva construcción. Siempre que se trata de una fabricación nueva de esta naturaleza, se requiere un período no pequeño de preparación de las herramientas con que han de ser dotadas las máquinas, de construcción de plantillas para los operarios y de reconocimiento empleadas por los maestros, y una vez acabado este período comienza el verdadero experimental, en el que se corrigen y vencen cuantas dificultades se presentan al iniciar toda fabricación. Y así se practicó al empezar la del Remington, en el año 1870, que continuó por espacio de más de veinte años, con alternativas de períodos de gran fabricación, ó de regular y mediana, según los recursos del presupuesto y la existencia de fusiles en los almacenes de los Parques. A fines del pasado siglo sufrió la Fábrica una importantísima reforma, á fin de disponerla para la construcción de las nuevas armas de repetición y calibre reducido. El taller de lima mecánica fué aumentado en algunas naves, y en ellas se instalaron las nuevas máquinas adquiridas, de tipo americano, pero fabricadas por la casa Löewe, de Berlín; se construyó un nuevo taller de ajuste final y otro también nuevo para instalar en él las máquinas de cajas; se instaló una central eléctrica que, más tarde, fué substituída por energía contratada con una empresa particular. Ya desde 1896 comenzó á producir esta fábrica fusiles Mauser, tipo español, con perfección extraordinaria, que ha continuado hasta la fecha. Su capacidad de producción es de 30.000 fusiles al año, trabajando sólo las horas

del día. Recibe sus primeras materias metálicas, excepto el acero para muelles, de la fábrica de Trubia.

***

Dos fábricas de pólvoras cuenta en la actualidad España: una dedicada á la elaboración de las negras y pardas, sita en Murcia, y la otra á las sin humo, en las inmediaciones de Granada. Nos ocuparemos en primer término de la de Murcia.

Poco tiempo antes de comenzar la guerra de la Independencia entregó la Hacienda al Cuerpo de Artillería la fábrica de pólvora que aquélla explotaba en Murcia y sus inmediaciones. Distribuíanse sus talleres de la siguiente manera: en la misma capital de aquel Reino estaban las oficinas principales, los pabellones, los almacenes y los talleres de refinación del salitre, y los de carbonización de madera. En las cercanías de la ciudad, en el lugar de la Nora, y aprovechando una escasa energía hidráulica derivada del río Segura, los talleres, propiamente dichos, de elaboración de las pólvoras. Poco era y representaba la fábrica de principios del siglo XIX, si se la compara con la actual: casi nulo había sido el progreso en la fabricación de la pólvora al comenzar el siglo XIX, y los métodos y máquinas que empleaba en su elaboración eran en extremo groseros y rudimentarios, y además, por lo que concierne á esta fábrica, quizá al ser entregada al Cuerpo de Artillería estuviera más descuidada de lo que á los intereses del Estado convenía. Poco más de hectárea y media sumaban los terrenos en que estaban situados los talleres de pólvora, cercados por una tapia que afectaba la forma de un cuadrilátero irregular.

El canal de toma de agua que poco antes de atravesar las tapias de la fábrica se dividía en dos ramales, conducía el agua del Segura á lás toscas ruedas hidráulicas que activaban los aparatos de trituración, mezcla y empaste de las primeras materias. Eran éstos seis molinos, de los que, los de más reciente

construcción en aquella época, tenían una superficie de quince por diez metros, con suelo de ladrillo, circunstancia bien extraña si se tiene en cuenta los peligros de explosiones á que podía dar lugar. Las paredes de estos edificios que miraban al cauce tenían un pie de espesor, y las restantes de tabique, á fin de que suministraran salida á los gases cuando se produjesen explosiones. El techo lo formaban cañizos recubiertos. Los molinos más antiguos que los tan someramente descritos, se diferenciaban de éstos en ser de más reducidas dimensiones y menos sólidos también, siendo sus tabiques de cañizo en vez de ladrillo. Había un edificio llamado «pavón» que ocupaba el centro de la Fábrica, y que contenía el graneador situado frente á la puerta de entrada, y constituído por una pieza de diez y seis por ocho metros. A ambos lados de este edificio se situaban, al aire libre, los tendederos ó mesas, donde se secaba la pólvora, exponiéndola sencillamente á la acción de los rayos solares, en la misma forma que se ha venido efectuando por las plazas, los asoleos de las pólvoras negras. El único edificio importante de este antiguo establecimiento, era el almacén de pólvora, construcción abovedada, donde se empacaba y almacenaba la pólvora elaborada. Se fabricaba ésta, en los comienzos del siglo XIX, por el método de pilones, y aun en Murcia no se hallaba implantado este sistema con todos los perfeccionamientos que en algunos países extranjeros había recibido. La trituración é intimación de la mezcla ternaria, de azufre, salitre y carbón, que había de constituir la pólvora, se efectuaba en unos morteros de piedra caliza muy dura, y sobre los que obraban unos mazos ó pilones de madera. El movimiento vertical alternativo de que habían de estar dotados estos mazos, para golpear la materia contenida en los morteros, era comunicado por un árbol horizontal, dotado de aletas en su periferia, y cuyas aletas obraban sobre la que tenía el mazo vertical de madera. De esta suerte, cuando la del eje horizontal se ponía en contacto con la de la maza, elevaba ésta hasta una altura que dependía de la longitud de las aletas de l

árbol y mazo, cayendo éste sobre el mortero. El número de golpes, en un tiempo determinado, dependía, naturalmente, de la velocidad de que estaba animado el eje horizontal que, á su vez, era influída por la de la rueda hidráulica. Tanto esta operación como las subsiguientes de graneo, cernidos, pavón y secados se hacían de manera muy imperfecta en relación con las exigencias actuales. Ni el reconocimiento de las primeras materias, ni los en el curso de la fabricación, eran nada escrupulosos y aun las últimas pruebas de recepción merecían la confianza debida. En realidad, la elaboración de la pólvora había hecho bien poquísimos progresos desde su aparición. Se había tenido, sí, un primer atisbo de la importancia del tamaño del grano, asignando las pólvoras de grano grueso al servicio de los cañones, dejando los intermedios para las de fusil y las de grano más fino para las de caza. Semejante estado de cosas debe extrañar: nada se ha podido hacer en el estudio de las pólvoras con base racional, mientras las ciencias químicas no lo han permitido, mientras la termodinámica no ha venido con su ayuda poderosa á darnos una idea justa de la potencia de estas pólvoras, mientras los progresos mecánicos no han permitido medir las presiones efectivas, desarrolladas en el ánima de las piezas, y compararlas con las teóricas deducidas de los cálculos. Y así, á partir del segundo tercio del siglo XIX, los trabajos de hombres como Piobert, Dión, Bunsen y Kirsehoff, Rodman y Noble, Vicille, Sarrau y nuestro Mata, se dirigieron á investigar experimental y teóricamente los fenómenos de la combustión de la pólvora en vasos cerrados y en el ánima de los cañones, y originaron todos los admirables progresos realizados en la fabricación, empleo de las pólvoras negras y creación de las pardas durante el pasado siglo. Y si bien, apenas se ha tocado á la composición de la mezcla, por lo que respecta á la preparación de las primeras materias, por el reconocimiento de la influencia de la densidad y tamaño del grano en las presiones desarrolladas, según las piezas en que las pólvoras se empleasen, los trabajos ejecutados acusan un progreso grandí-

simo. Y merced á estos progresos, que fueron causa de otros paralelos en la elaboración de las pólvoras negras, la Fábrica de Murcia es muy distinta de lo que era en los principios del siglo XIX.

El espacio que hoy ocupan sus talleres, los dedicados exclusivamente á la fabricación, es seis veces mayor; los edificios que albergaban los pilones y el graneo, y los cernidos y el pavón y los secaderos han desaparecido, y en su reemplazo, y separados con la distancia que reclama el que no se propaguen las explosiones que pudieran ocurrir en un taller, y rodeados también, con este intento, de altos y fuertes espaldones, se han levantado los nuevos edificios, donde se contiene la moderna maquinaria, donde se verifican las diversas operaciones de la fabricación total, incluyendo la preparación de las primeras materias, que se pueden enumerar como sigue: carbonización de la madera, bien de sauce ó agraniza, según las pólvoras sean negras ó pardas; la sublimación del azufre; las mezclas binarias; las ternarias después; la intimación de éstas en las muelas Grusson; el graneo en el graneador Taylor; el empaste en las prensas Morane; la trituración de los núcleos; el moldeo en prismas en la prensa Taylor; el moldeo de los prismas en la prensa Taylor de 300 toneladas, y el secado y homogeneización. Y á aquel primitivo sistema de probar la pólvora elaborada, con los morteretes de bronce, han sustituído los ensayos en un cañón reglamentario, en el que las pólvoras, colocadas en determinadas condiciones de densidad de carga, den velocidades iniciales y presiones también determinadas, con pequeñas tolerancias. Y tanto estas presiones, como las velocidades iniciales, se miden con los aparatos más perfectos y modernos: los Crusher, inventados por el Capitán Noble para la medida de las presiones, y los cronógrafos Le Boulangé, Le Boulangé-Breger y Schmit, para la de velocidades. Y no contando la Fábrica, en la actualidad, con más elemento de fuerza motriz que el primitivo salto de agua de 150 caballos, se utiliza, ahora, de manera muy distinta que hace un siglo,

habiendo reemplazado á las antiguas ruedas hidráulicas, turbinas modernas de aspiración y reacción centrípeta que transfieren su energía á dos alternadores trifásicos, con excitatriz acoplada al eje, y de los cuales se transmite á los electromotores de los diversos talleres.

De las máquinas operadoras montadas en los talleres de pólvora figuran cinco molinos de muelas suspendidas, de la casa Taylor; dos prensas hidráulicas, sistema Morane; dos graneadores mecánicos, sistema Congréve, de la casa Taylor; una prensa de moldeo para las pólvoras de siete canales, sistema Bianchi; dos prensas de la casa Taylor And Challen, de Birminghan, para los prismáticos de una canal; dos molinos para la trituración del carbón y otras varias de menos importancia, como rompedores, clasificadores, cilindros, cernedores, pavoneadores y las de las mezclas binarias y ternarias. La Fábrica de Murcia tiene capacidad suficiente para elaborar todas las clases de pólvoras negras y pardas que requieran las piezas de plaza, sitio y costa que forman nuestro actual armamento, y en los últimos años ha vencido con singular acierto las dificultades que hasta entonces había encontrado en la elaboración de ciertos tipos de pólvora parda, librando así al Estado de la necesidad de dirigirse á las fábricas extranjeras ó á alguna nacional, como la de Santa Bárbara de Lugones. Emplea esta Fábrica en sus labores primeras materias españolas, con excepción del salitre, que, por subasta pública, adquiere y recibe de la América del Sur.

***

La Fábrica de Pólvora de Granada, dedicada hoy exclusivamente á la elaboración de la sin humo y de los modernos explosivos, estuvo consagrada, hasta poco más de comenzar el último cuarto del pasado siglo, á la producción de las negras. Basándose en conjeturas y en ciertos documentos, se ha querido suponer que esta Fábrica de Pólvora había trabajado para los reyes moros granadinos, durante los siglos XIV

y xv. Pero la verdad es que, despojándose de todo apasionamiento, faltan los que dejen establecida plenamente aquella aserción. La Fábrica de Pólvora negra de Granada, á cargo, primero, de la Real Hacienda, del Cuerpo de Artillería más tarde, adquirió, desde que éste se hizo cargo de ella, y según lo permitían los recursos del presupuesto de guerra, todo aquel desarrollo de que era susceptible esta fabricación, y resulta que los productos del Establecimiento, por su calidad y su número, gozaban de excelente disposición.

Siempre hubo de parecer, en el Ministerio de la Guerra, la situación de esta Fábrica como poco conveniente, y hasta tal punto arraigó tal creencia, que, siendo Director general de Artillería el General Cassola, se ordenó la suspensión de todo trabajo en Granada y el establecimiento de una nueva Fábrica de Pólvora en la Vega de Toledo, á orillas del Tajo. La orden del cese y arriendo de la fábrica á la industria privada es de 7 de Agosto de 1886; pero, transcurridos poco más de dos años, por orden de 20 de Octubre de 1888, se ordenaba, por dificultades surgidas en la organización de la de Toledo, que se reinstalase la de Granada. Era aquella la época en que acababan de hacer su aparición las modernas pólvoras sin humo, debidas, principalmente, á trabajos de ingenieros de pólvoras franceses é ilustres químicos alemanes. España no quiso permanecer indiferente ante este nuevo progreso, y el Ministerio de la Guerra comisionó, algún tiempo después de la reinstalación de la fábrica, á un Capitán de ésta para que estudiase en el extranjero la substitución de las pólvoras negras y pardas por las sin humo. Este Oficial adquirió en Inglaterra datos acerca de la elaboración de la cordita, y sus trabajos fueron la base también para que la Junta Facultativa de la Fábrica redactase un proyecto de transformación del Establecimiento, proyecto que fué elevado al Ministerio de la Guerra en Mayo de 1894. Por varias causas se retrasó la implantación de la nueva industria ordenada en 10 de Enero de 1896. En 14 de Junio de 1897 se inauguraron los talleres de pólvora sin humo,

dedicados á la elaboración de la de fusil primeramente montada, á la que siguió la tubular de cañón, instalándose paralelamente un taller de fulmicotón capaz de producir de 70 á 80 kilogramos diarios. Desde aquella fecha el progreso no se ha interrumpido un solo momento, desarrollando y ampliando talleres, instalando nuevas máquinas y montando cuanto ha sido preciso para la fabricación de las pólvoras sin humo, aplicables á todos los calibres, desde el cañón de montaña de 7 cm., hasta el de costa de 24 cm., y además la de todos los modernos explosivos empleados en la guerra.

Como una muestra de la constante atención, de la no interrumpida actividad que se han consagrado á asunto tan importante, diremos que, apenas funcionando la modesta instalación de pólvora sin humo, se echó de ver que no bastaba á llenar las necesidades de España, y en Setiembre de 1899 se dispuso por el Ministerio de la Guerra que una Comisión de Oficiales de la Fábrica visitase, con todo detenimiento, las fábricas de pólvora sin humo de Europa, y que, como consecuencia de esta visita, propusiera cuantas reformas y ampliaciones estimase oportunas para lograr el adelanto y mejora de la de Granada. Ocho meses viajó la Comisión por Europa, visitando las fábricas de pólvora de Inglaterra, Bélgica, Alemania, Italia, Austria y Suíza, y no solamente las fábricas de pólvora, sino también las de máquinas y aparatos de todo género que intervienen en la elaboración de las pólvoras sin humo. Y como consecuencia de esta visita, por el Jefe de aquella Comisión se redactaron los proyectos de reforma y ampliación del taller de fulmicotón, el de ampliación de motores, el de instalación de un taller de explosivos y reforma de los de pólvoras, con cuyos proyectos, no sólo se aumentaba la capacidad de producción en pólvora de la Fábrica, sino que se montaba la elaboración de las cargas moldeadas para proyectiles y petardos.

Al mismo tiempo que estos proyectos, una vez aprobados por la Superioridad, se ponían en ejecución, se aten-

día preferentemente á mejorar la fabricación de estas pólvoras, atendiendo, sobre todo, á asegurar su estabilidad bajo ciertas condiciones de temperatura; y en este interesantísimo particular se han logrado tan excelentes resultados, que puede asegurárseles una vida de gran número de años, que podía convertirse en indefinida si se garantizara que la temperatura no excedía nunca de 15°. Claro es que esta vida se acorta á medida que la temperatura á que están sometidas crece, hasta llegar á la de combustión espontánea. Y se continuaba también con la elaboración de la pólvora tubular para los cañones de 7,5 cm. y con la número V de este tipo para los cañones de tiro rápido de 15 cm., iniciándose al mismo tiempo la fabricación del número VI, destinada á los cañones de costa, especialmente al del calibre de 24 cm., proyecto del General Ordóñez. En 1903 se terminá la obra de reforma, y se inauguran los nuevos talleres, y, desde esta fecha, ya no es sólo el fulmicotón, sino también los petardos de picrinita y las cargas explosivas para los proyectiles, las que se producen en las nuevas instalaciones.

Como quiera que los progresos en todos los órdenes del material de guerra son tan incesantes, pronto se hizo manifiesta la necesidad de una nueva ampliación de la Fábrica, adquiriendo los terrenos que le eran indispensables para probadero de pólvoras y talleres de nuevos explosivos, cuyos proyectos fueron redactados después que una Comisión de la Fábrica visitó de nuevo las de Alemania. Los productos elaborados en la actualidad por la de Granada pueden dividirse en cinco agrupaciones, que abarcan seguramente todas las necesidades actuales de España, á saber: I. Pólvoras laminares.—II. Pólvoras tubulares.—III. Pólvora en cintas.—IV. Fulmicotón.—Y V. Explosivos. En el primer grupo se comprende la pólvora de fusil, fabricación la más antigua de Granada y empezada en 1897 la de la primera serie y en 1900 la de la segunda, en que se consiguió la gran estabilidad de que antes se ha hecho mérito. En estas pólvoras de fusil se inclu-

ye también la nueva para los cartuchos de bala puntiaguda.

Con la modificación de la ojiva de las antiguas balas de fusil y el empleo de una pólvora más lenta se ha conseguido aumentar en gran manera la potencia ofensiva de los fusiles, imprimiendo á los proyectiles de éstos mucha mayor velocidad que la obtenida con las antiguas balas y pólvoras. Claro es que este aumento de la velocidad, por lo que respecta á la influencia de la pólvora, podía haberse conseguido, ó con un aumento de carga de la reglamentaria, ó con el empleo de una de combustión más lenta y en mayor cantidad que la usada en el cartucho reglamentario. El primer método tendría el inconveniente gravísimo de aumentar extraordinariamente la presión máxima, haciendo trabajar al metal fuera de sus condiciones naturales; el segundo sistema, sin aumentar la presión máxima (quizá disminuyéndola), la lleva á sitio algo más adelantado del ánima, y mantiene, por tanto, durante el resto del curso del proyectil en aquélla, presiones mayores que con la antigua pólvora, y, de consiguiente, la velocidad inicial del nuevo proyectil será mayor que la del antiguo. La elaboración de esa nueva pólvora densa dió motivo á no pequeñas dificultades, que han sido victoriosamente vencidas por la Fábrica. A este grupo pertenecen también las pólvoras de salvas para fusil y carabina Mauser, la pólvora para cebos, la destinada á las pistolas Bergmann, la de salvas para cañón y la de caza. En todas ellas no han sido escasas las dificultades que hubo de vencer el taller de pólvoras de fusil para obtener la fabricación corriente.

Pólvoras tubulares.—Puede decirse que este tipo, de forma tubular, fué ideado por la Comisión de Experiencias de Artillería, y de él se elaboraban, en el año 1908, seis clases, numeradas por el siguiente orden: 1.ª, para cañón de 7,5 cm. montaña; 2.ª, para cañón de campaña Sotomayor; 3.ª, para cañón de 7,5 cm. de tiro rápido campaña; 4.ª, para obús acero de 24 cm. Ordóñez; 5.ª, para cañón acero de 15 cm. Argüelles Munáiz; y 6.ª, para cañón acero de 24 cm. Ordóñez. A éstas

hay que agregar la del nuevo cañón de montaña, sistema Schneider, de 7,5 cm. Al hablar de este grupo, no se puede dejar de mencionar la pólvora sin llama para los cañones de campaña, cuya elaboración ha requerido detenidos estudios.

Pólvoras en cintas.—Este tipo es empleado para la Marina de guerra española, que se ha surtido de ella en la Fábrica de Santa Bárbara, sita en Lugones, provincia de Asturias. Puestos de acuerdo los comisionados de la Marina con la Fábrica de Granada, se elaboraron algunos lotes para someterlos á la prueba de fuego en las piezas empleadas por la Marina.

Fulmicotón.—El fulmicotón ó algodón pólvora es bien sabido que es, á la vez, un explosivo y materia primera para la elaboración de las pólvoras sin humo, lo mismo las que son exclusivamente de nitrocelulosa pura que las compuestas de nitrocelulosa y nitroglicerina en cantidades variables. El taller de fulmicotón produce fulmicotones con el grado de nitración que se desee; pero hasta la fecha se ha limitado á conseguir dos tipos principales de fulmicotón, uno menos nitrado y otro con más cantidad de nitrógeno, habiéndose logrado una gran homogeneización de los productos, ensanchado el año 1905, y uno, sin duda, de los mayores de Granada.

Explosivos.—En este concepto elabora la Fábrica los tipos que vamos á exponer: 1.°, petardos sonoros, para señales marítimas en tiempo de niebla; 2.°, petardos para las tropas de Caballería; 3.°, petardos para Ingenieros militares; 4.°, petardos para la Marina; 5.°, petardos para los servicios de Artillería; 6.°, cargas explosivas para proyectiles rompedores; 7.°, multiplicadores, cebos y mechas; 8.°, primeras materias empleadas en los petardos y cargas. Para la fabricación de estos explosivos, llamada, naturalmente, á tomar desarrollo cada día más creciente, se ha hecho preciso construir nuevos talleres, que han de elaborar las cargas de trilita para los proyectiles rompedores, de todos los calibres, desde el de 7 cm., para montaña hasta los de 24 y 30 cm. de la artillería de costa. Y en estos últimos calibres han de preponderar, quizá, los pro-

yectiles cargados con fuertes explosivos sobre los perforantes, que la experiencia de las últimas campañas marítimas ha demostrado la posibilidad de dejar fuera de combate los barcos sin necesidad de perforar sus corazas.

Como se ve por cuanto dejamos expuesto, cuenta España con una Fábrica de Pólvora de guerra sin humo y de fuertes explosivos, capaz de subvenir á todas las necesidades, pues en cuanto á pólvoras se refiere, su capacidad de producción es de una tonelada diaria. Y esta Fábrica es realmente la que cuenta, entre todas las dedicadas en España á la producción de material de guerra, con elementos más modernos. En realidad, es una Fábrica que tiene quince ó diez y seis años de existencia, y debe añadirse que por el Ministerio de la Guerra no se han escatimado los recursos que se han requerido para adquisición de terrenos, construcción de talleres, instalación de máquinas y uso de las patentes extranjeras; conducta del Ministerio más que justificada, por los muy excelentes productos logrados en fabricaciones tan delicadas. No se registra, en efecto, accidente ninguno desagradable con las pólvoras de Granada, lo cual demuestra el esmero y extraordinario cuidado puestos en su fabricación.

Bien sabido es de cuantos tienen algunas noticias de las pólvoras sin humo, exclusivamente de nitrocelulosa, que se las ha tachado de poca estabilidad, y de la creencia, todavía persistente entre muchos, de ser más peligrosas que las antiguas negras en su fabricación y conservación. Sobre esto del peligro en la fabricación, podemos citar un hecho bien reciente. Reclamaba, hace muy pocas semanas, en la Cámara de los Comunes, el diputado por Woolwich, que se aumentase el jornal de los obreros de la Fábrica de Waltham Abbey, dedicada á la elaboración de pólvora, fundándose en el peligro á que estaban expuestos aquellos operarios. Al contestarle el Ministro de Marina, dijo al diputado, que en Waltham Abbey la fabricación no era nada peligrosa, toda vez que el número de accidentes del trabajo no excedía de 5 por 100, mientras que la

gran industria metalúrgica y en la construcción de barcos, aquella cifra pasaba de 7 por 100. Es ciertamente positivo que los dos enemigos de la pólvora sin humo son la humedad y la excesiva temperatura, y que tanto más estable y mejor se conservará una pólvora, cuanto más baja sea la del depósito ó almacén en que se tenga, y las pólvoras de Granada, como ya se ha dicho, se conservan estables indefinidamente á una temperatura de quince grados centígrados. Requieren, sí, estas pólvoras reconocimientos periódicos y frecuentes para asegurarse de su estado. Se han imaginado pruebas á temperaturas elevadas, como la prueba alemana á 135 grados, y otras. Una recientemente adoptada que ofrece más seguras indicaciones de la estabilidad de las pólvoras sin humo, consiste en exponer la pólvora en unas botellas perfectamente cerradas, á una temperatura de 65,5 grados centígrados, hasta que aparezcan los humos rojos. El espacio de tiempo entre el principio de la prueba y la aparición de estos humos, da idea completa de la estabilidad de la pólvora. De que la nitrocelulosa no sea permanentemente estable, se ha derivado la necesidad de emplear un estabilizador. En los Estados Unidos se emplea diphenymina, que se usó por muchos años en Alemania y se ha adoptado hace poco en Francia, donde se había empleado el alcohol amílico. La Fábrica de Granada, siguiendo el criterio de protección á la industria nacional, siempre favorecida por el Ministerio de la Guerra, se provee de muchas de sus primeras materias en España, por más que, atemperándose á esta conducta, recarga los precios de sus pólvoras.

***

De muy antiguo han gozado de extraordinario renombre las armas blancas fabricadas en Toledo, y la leyenda ha llegado hasta el punto de atribuir virtudes especiales para el temple del acero á las aguas del Tajo. No, las aguas de este famoso río no poseen virtud ninguna especial, y el temple que

dan á las espadas es el mismo que daría otra agua cualquiera, colocada en las mismas condiciones de temperatura y de cantidad. Pero lo que sí no cabe dudar es la habilidad lograda por los espaderos toledanos, desde los últimos tiempos de la Edad Media, en la forja y temple de las espadas. Así no es extraño que, deseando Carlos III fundar una fábrica que elaborase las armas blancas para el Ejército, fijase su atención en Toledo, como el punto más indicado para aquel objeto, toda vez que en la Ciudad Imperial había de encontrar una excelente base para la recluta de operarios. No satisfecho con la primera tentativa, encargó al Arquitecto mayor de la Casa Real, D. Francisco Sabatini, que escogiera emplazamiento y construyese una Fábrica de nueva planta. El edificio fué terminado en 1780, y en aquel mismo año se entregó al Cuerpo de Artillería. Aprovechando la energía que ofrecía el río, se establecieron dos ruedas hidráulicas de paletas planas, actuadas por la parte interior, y de cuatro caballos cada una. Estas ruedas movían la maquinaria escasa instalada en los talleres de forja de armas blancas, amolado y acicalado, y el de ajuste y montura. Con tan escasos elementos, claro es que la producción no era grande y estaba reducida á unas 3.000 armas blancas al año. Durante la primera guerra civil se echó de ver la necesidad de dar más desarrollo á esta Fábrica, acordándose la construcción de nuevos talleres y dependencias, y la sustitución de las antiguas máquinas, en su mayoría de madera, por otras de hierro. Ya en el año de 1870, tiempo en el que se estaba transformando el armamento rayado de la Infantería, en armas á cargar por la culata, y en que se preparaba también la fabricación de un arma nueva de este sistema, se montaron en Toledo talleres para construir la cartuchería Remington, primero con capacidad para producir únicamente 20.000 diarios, y más tarde se instalaron nuevos juegos de máquinas, en número tal que se pudiese cuadruplicar la elaboración.

Natural era que, al adoptarse más adelante el fusil repeti-

dor, de calibre reducido, continuase Toledo la elaboración de cartuchos para esta nueva arma, y así sucedió, en efecto, que después de un viaje de Oficiales á Alemania se adquirieron las máquinas necesarias, se erigieron los talleres que fueron precisos y comenzó la producción de este nuevo cartucho que continúa. Recientemente se ha montado en Toledo la fabricación de hojas de armas blancas por laminación, habiéndose comprado la maquinaria precisa, y abandonando los antiguos métodos de fabricar las hojas con un compuesto de hierro y acero, para utilizar debidamente las cualidades mecánicas de ambos por la de un solo metal de condiciones determinadas, que, según nuestra opinión, ha de ofrecer mejores resultados que el compuesto de los dos antes usados. Posee esta Fábrica abundante fuerza motriz que deriva del río Tajo en cantidad de 600 caballos, más que suficiente para atender á sus necesidades actuales. En cuanto á las primeras materias destinadas á la producción de cartuchos, se adquieren por Toledo, en virtud de subasta pública, estando aún pendiente el pleito de si deben admitirse exclusivamente las procedentes de la industria nacional. Recientemente se ha llevado el asunto á las Cortes, por los diputados de la provincia donde se halla situada la fábrica de latones que ha surtido de este metal á las fábricas oficiales, Toledo y Sevilla. Realmente, no es el Parlamento el lugar más adecuado para una discusión técnica; es difícil que los representantes de las partes contendientes, á no ser en circunstancias especiales, posean los conocimientos necesarios para abordar cuestiones de esta naturaleza.

Lo que es necesario, para acabar de una vez con ellas, es llegar á una inteligencia cordial entre las fábricas privadas y las del Estado, y que los Oficiales en ellas destinados ayuden con sus luces á los productores, á fin de llegar á obtener el más perfecto metal para la elaboración del cartucho. Los productores, por otra parte, deben convencerse de que las fábricas oficiales no pueden ceder en nada que sea rebajar el pliego de recepción, porque su deber primordial es elaborar los mejores

cartuchos posibles. Mas es de creer que, con una sostenida y cordial cooperación de las fábricas del Estado y productores nacionales, se llegarán á eliminar los productos extranjeros. Después de todo, la fabricación de un buen latón para cartuchos metálicos de fusil, no es problema de resolución dificilísima. La Fábrica de Toledo elabora, con la notoriedad que tiene bien conquistada, armas para particulares, instrumentos de cirugía que han adquirido gran reputación, y cuchillería. Su capacidad de producción, por lo que respecta á armas blancas, cubre y con exceso las necesidades del Estado, y en punto á cartuchería de fusil, le sucede otro tanto, si se suma su producción á la de la Pirotecnia de Sevilla, de la que vamos á ocuparnos.

***

La Pirotecnia Militar de Sevilla, establecimiento dedicado á la fabricación de cartuchería para fusil y á toda clase de artificios de guerra, es la más moderna de nuestras fábricas militares. Fundada en Sevilla, en 1827, como Escuela de Artificieros, y en la que los artilleros, cabos y sargentos pudieran dedicarse á elaborar los sencillísimos artificios de aquel tiempo. Más adelante, en 1847, se establecen los talleres para fabricar las cápsulas y chimeneas que exigía el cambio de fabricación de los antiguos fusiles de chispa por los nuevos de pistón. A esta nueva industria se unió un poco después la de afinar el cobre y laminar la chapa para las cápsulas de guerra y las de caza, requiriendo semejante instalación el motor, las máquinas operadoras y auxiliares necesarias. Ya desde 1861 se fabricaban también en el Establecimiento los primeros estopines metálicos á fricción y cartuchos para revólver, sistema Lefaucheux, y los cohetes para señales y de guerra, lo que, como es natural, exigía la adición de nuevos locales y máquinas, á las ya existentes. Y cuando la aparición de las armas á cargar por la recámara, con empleo de cartucho metálico, hizo necesario proveer á esta necesidad, en Sevilla fué donde se

estableció, en primer término, semejante fabricación, primero con los cartuchos sistema Boxer, y poco tiempo después con los Berdan, sistema de armas á cargar por la recámara, al que se habían transformado los fusiles y carabinas rayados, cuyo invento era americano y sistema que también había sido adoptado por Rusia. A esta fabricación sucedió inmediatamente la del cartucho Remington, que exigió, asimismo, nuevos talleres para la carga y empaque de los elementos y cartuchos. Y á partir de 1875 comienzan á fabricarse las primeras espoletas mecánicas de tiempos, en un principio como ensayo, hasta que luego de varias reformas y transformaciones, se llegó al modelo de 1880, que exigió la adquisición de un nuevo motor y varias máquinas. Ya por esta época, los artificios destinados á la comunicación del fuego, á la carga de propulsión y los que tenían por objeto hacer explotar los proyectiles en el oportuno momento, habían adquirido extraordinaria importancia, y su fabricación requería cuidado sumo. Se construían, de la última clase, las espoletas de 5″, 10″, 13″ y 25″, á simple efecto; los modelos 65-80, 82-90 y para grandes calibres de percusión: en estopines, los modelos de 1857 y 85 á fricción y los de 81 y 96 eléctricos. Y sucedió en Sevilla lo que en Toledo: que al implantarse la fabricación del fusil Mauser, hubo que adquirir maquinaria para la elaboración de los cartuchos metálicos, con el aumento de edificios y nuevos hornos de recocido y probaderos y laboratorios que aquella moderna fabricación requiere. Y desde luego todos los aumentos exigieron, indispensablemente, el de la fuerza motriz, no sólo para activar las máquinas adquiridas, sino para proveer al alumbrado de talleres, de forma que permitiera el trabajo nocturno.

Como especialidades de esta Fábrica que deban mencionarse, figuran la obtención de fulminato de mercurio y la composición y graneo de la pólvora fulminante. Estos productos, elaborados desde que empezó la construcción de cápsulas y chimeneas para los fusiles y carabinas rayadas, no se elaboran en ningún otro punto de España. En esta fabricación especial, las

variaciones introducidas han tendido todas á evitar lo que tenía de nocivo, consiguiéndolo con una bien entendida disposición de los locales, á fin de que en ellos se renueve de manera constante el aire, y variando el sistema en un principio seguido, para el aprovechamiento de los ácidos etéreos que produce la condensación. Siendo la cartuchería Mauser el renglón más importante de la fabricación de la Pirotecnia de Sevilla, lucha con las mismas dificultades que la Fábrica de Toledo para el aprovisionamiento de latones, y de consiguiente, cuanto dejamos dicho para aquélla es aplicable á ésta. Tiene la Pirotecnia elementos de todas clases para satisfacer las demandas de artificios que requiere la Artillería, y en punto á cartuchería de fusil, los necesarios, también para, en unión con Toledo, dar abasto á nuestras necesidades. Lo que sí hace falta es que, continuando la marcha que se había iniciado años atrás, se continúe fabricando cartuchería en el número que piden la existencia de nuestros armamentos de fuego portátil y la defensa nacional. Hora es ya de que se consagre la debida atención á la fabricación de municiones, tanto de fusil como de cañones de campaña, suprimiendo tanto aumento de personal inútil que recarga el presupuesto de guerra, con evidentísimo perjuicio del material y de otras atenciones no menos sagradas.

* * *

La Maestranza de Artillería, en Sevilla situada, tiene como misión construir atalajes, bastes, carruajes, juegos de armas, cajas de municiones, y otras obras que son necesarias para el servicio de las tropas. Antiguo origen es el de esta Fábrica. Uno de sus actuales edificios formaba parte de las Atarazanas ó Arsenal de construcción de galeras, mandado levantar por el Rey Don Alfonso X en 1252. Si ahora, mediante las obras modernas realizadas, es Sevilla un puerto interior de excelentes condiciones, claro está que las reunía inmejorables en el siglo XIII y subsiguientes, en los que el calado y tonelaje

de los barcos mercantes y de guerra los permitía moverse y hacer toda clase de maniobras en el Guadalquivir con gran facilidad. En el siglo XVI fueron utilizadas las Atarazanas por el Rey Felipe II, durante la conquista de Portugal en 1587, y hasta el año 1763 tuvo La Maestranza escaso desarrollo. Existían entonces otras en Málaga y en Cádiz hasta el año 1783, en el que fueron aquéllas suprimidas, siendo destinados á Sevilla los obreros que en aquellas dos trabajaban, y quedando esta única para el Departamento de Andalucía, la Extremadura, en una palabra, para casi toda la región Sur de España. Claro es que, á medida que iba consolidándose su nuevo destino de Maestranza, dedicada á la construcción de montajes de madera, reforzados con fuertes herrajes, que eran los entonces usados para las piezas de Artillería, lo mismo marítimas que terrestres, fué preciso introducir reformas en el Establecimiento, edificando nuevos talleres, y acomodando los antiguos á lo que pedían las construcciones del tiempo.

Ya al comenzar el siglo pasado aparece verdaderamente constituída la Maestranza con su Compañía de Obreros, siendo una de las cuatro que en España quedaron, como consecuencia de la organización dada á las tropas y Establecimientos de Artillería por la Ordenanza de 1802. Desde esta fecha sufrió las consiguientes variaciones, determinadas por la adquisición de máquinas, ya que al comenzar el siglo XIX, todos los trabajos de la construcción de carruajes se efectuaban á mano. La Maestranza no se limitó sólo á la construcción de carruajes de madera; á fines del pasado siglo emprendió la fabricación de algunos montajes de hierro para piezas de sitio y plaza, con material que le suministraba la Fábrica de Trubia. En el pensamiento que informó la reforma general de los Establecimientos fabriles militares, de 1905, se determinó que la Fábrica de Artillería de Sevilla se dedicase á la construcción, en su parte mecánica, de los materiales de montaña, campaña, plaza y sitio, quedando, pues, privada la Maestranza de la fabricación de toda clase de cureñas. En cambio, se

la concedieron los créditos necesarios para adquisición de máquinas destinadas á los talleres de talabartería y atalajes, en los que, hasta aquella fecha, los trabajos se efectuaban, casi en su totalidad, á mano, con perjuicio de la absoluta uniformidad y de la baratura. Había también de completarse de máquina el taller de carretería, muy especialmente, en cuanto se refiriera á la construcción de ruedas, siempre de interés tan capital. En esta rama de la fabricación, el adelanto más importante introducido ha sido el de enllantar en frío. Con las reformas en los talleres, con una excelente distribución de la energía, con un buen taller de preparación de herramientas, y la adquisición de numerosas y modernas máquinas útiles para los trabajos de cuero y madera, la Maestranza de Sevilla está en disposición de responder á las necesidades del Ejército, en cuanto afecta á la construcción de atalajes, monturas, carruajes de transporte, bastes y otras obras de análogo carácter. Usa casi todas sus primeras materias de producción nacional, y también hace suma falta que se la concedan mayores créditos en el porvenir, pues se ha de sentir, y mucbísimo, la falta de atalajes y monturas, encontrándose vacíos los almacenes de los Parques, y no falta Regimiento de Artillería en el que la vida de su atalaje está más que cumplida.

*
* *

Aunque el Laboratorio y Centro Electro-técnico en Madrid situado, no figura entre los Establecimientos militares dedicados á la construcción del material de guerra, creemos que debe hacerse mención de él en este artículo. El fin principal que ha de llenar este Laboratorio Central y taller de precisión, se encuentra perfectamente definido en la Real orden de 29 de Febrero de 1898, por la que se crea, y la de 26 de Enero de 1900. Por la primera, se asignaba al taller la misión de construir, conservar y usar los patrones-tipos necesarios que habían de unificar las medidas utilizadas por los Establecimientos del

Cuerpo, así como la fabricación y contraste de los aparatos y plantillaje que emplearan en lo sucesivo. Por la segunda, se le asigna la construcción y reparación de los más delicados aparatos de precisión, incluso los eléctricos, las pruebas mecánicas y los análisis químicos de las primeras materias empleadas por los Centros fabriles del Cuerpo. Claro es que esta última disposición no se cumple en toda su integridad, toda vez que la mayor parte de las fábricas cuentan con laboratorios y máquinas de ensayo capaces de efectuar las pruebas de recepción de las primeras materias con que han de trabajar, y parece natural además que así sea, toda vez que siendo las fábricas responsables de la buena calidad de los productos que elaboran, á ellas debe corresponder también la responsabilidad de aceptar ó desechar las primeras materias aportadas por los contratistas. El Laboratorio está organizado en dos grupos y seis secciones, á saber: Primer grupo.—Primera sección: Central eléctrica y taller de reparaciones y Gabinete de toda clase de medidas eléctricas.—Segunda: Laboratorio químico.—Tercera: Gabinete de fototecnia.=Segundo grupo.—Primera sección: Gabinete de metrología y taller de graduaciones.—Segunda: Taller mecánico.—Tercera: Laboratorio de pruebas mecánicas. Todos los laboratorios y secciones están dotados de los aparatos y máquinas más perfectas conocidas, y en todas las secciones se han llevado á efecto trabajos notables, acudiendo ya á él muchas personas y entidades del elemento civil en demanda de análisis químicos, pruebas mecáuicas de metales, contraste de aparatos eléctricos, etc., etc. En este punto, el Laboratorio Central puede prestar servicios á la población de Madrid y á España entera, y conviene, por todos los medios, que cada vez sea mayor el número de personas y entidades que acudan al Laboratorio en demanda de sus servicios. Otro de los cometidos que, á nuestro juicio, debía también asignarse al Laboratorio, sería el de investigaciones originales sobre puntos, aún obscuros, de las propiedades de las primeras materias empleadas en la fabricación del ma-

terial de guerra. El campo es muy vasto, y los trabajos originales son los que elevan la reputación de sus autores y de las Corporaciones y País á que pertenecen.

*
* *

Los Parques de Madrid y de Barcelona, aunque no pueden clasificarse entre los Establecimientos constructores del material de guerra, contribuyen, sin embargo, especialmente el último, á la fabricación de bastantes efectos, tales como carruajes, ruedas, bastes, etc., etc. El Parque de Madrid, instalado recientemente en nuevo edificio, y el de Barcelona, que utiliza los talleres de la antigua Maestranza, tienen elementos para efectuar esa clase de construcciones, y lo verifican con toda la precisión y economía deseables, coadyuvando de esta suerte, y por modo muy útil, á los trabajos de las fábricas.

Tales son los recursos con que España cuenta para la construcción de su material de guerra; suficiente para sus necesidades actuales, todo, todo puede elaborarse en el país, desde la pieza de 24 cm. y 45 calibres de longitud de ánima, hasta el cartucho del fusil Mauser. Sólo hace falta que las Cámaras y el Gobierno, concediendo al material de guerra toda aquella importancia que en sí tiene, doten al presupuesto de Guerra de los créditos necesarios para atender debidamente á su construcción. Pero ésta no debe ser intermitente, sino continua. Fijado un plan completo, tanto el referente á la defensa de nuestras plazas marítimas y terrestres, como el que se relaciona con el Ejército activo, debe estudiarse, una vez fijada la cifra de éste en pie de guerra, cuánto falta aún por construir del material de campaña y de montaña, cuáles deben ser nuestras dotaciones de fusiles y cartuchos y del resto del material. Debía aspirarse á construirlo todo en un plazo de diez á doce

años, y lo creemos muy posible, dados los recursos que dejamos expuestos. Difícil es, no estando en posesión de los datos necesarios, calcular los créditos necesarios para obra tan vasta; pero es seguro que si se atendieran las indicaciones que más de una vez ha hecho la Sección de Artillería, y al Material se le dotase de un crédito anual que no bajase de 14.000.000 de pesetas, habría recursos suficientes para realizar la obra indicada en un plazo de diez á doce años, y realizarla en las mejores condiciones económicas, pues más y mejor trabajan los obreros y más y más producen, si los destajos vienen á favorecer sus jornales durante largo período de tiempo.

LEANDRO CUBILLO

LAS CORTES DE LA REVOLUCION

CRÓNICAS PARLAMENTARIAS

Los dos rivales.—La causa del General Prim.—Intimidades políticas.

Reanudáronse las sesiones de Cortes el día 2 de Octubre (1), y bajo malos auspicios, porque se habían cerrado hasta el día 1.°, y el retraso de veinticuatro horas motivó una interpelación de Alvarez Bugallal. Martín Herrera, que actuaba de Presidente, manifestó que la causa de no haber comenzado las sesiones el día anterior, fué porque era domingo, y además porque llegaba el Rey de fuera, teniendo el Gobierno que recibirle en la estación del ferrocarril. Ruiz Zorrilla, Presidente del Consejo de ministros, añadió otra razón más: la de recoger la firma de S. M. para presentar los presupuestos generales del Estado en el mismo día en que comenzasen las sesiones. El Congreso se conformó con las explicaciones dadas por ambos Presidentes, y se aprobó el acta de la sesión anterior.

Vamos al segundo tropiezo, que fué más grave y de verdadera trascendencia.

El pobre Olózaga, ya hemos dicho que estaba decadente; al-

(1) 1871.

guna falta de tacto político que tuvo durante su permanencia en el sillón presidencial de la Cámara, dió ocasión á que se entibiase el prestigio que un día infundió por su talento y sus grandes dotes oratorias á los diputados de todos los partidos. Ya tenía sesenta y seis años, estaba muy delicado de salud, y decidió volverse á su Embajada de París, donde lo pasaba admirablemente, pues sentía pasión por aquella capital y por las costumbres francesas. El 13 de Agosto firmó el Rey el nombramiento de D. Salustiano; el 13 de Agosto resultó una fecha fatídica para el Presidente del Consejo de ministros.

En el capítulo anterior quedó consignado el antagonismo latente que existía entre Sagasta y Ruiz Zorrilla, antagonismo que se hizo público al aceptar éste el encargo de formar un Ministerio homogéneo radical, contra el parecer del otro, que defendía la coalición. No sabemos si Sagasta la defendía *per se* ó *per accidens*; es decir, si consideraba la coalición realmente necesaria á la política española, ó la tomaba como bandera para formar un partido frente al que capitaneaba D. Manuel Ruiz Zorrilla.

El caso fué, que, al elegirse Presidente para el Congreso en sustitución de D. Salustiano, y contando Sagasta con fuerzas suficientes para dar la batalla, se presentó candidato frente á D. Nicolás María Rivero, que era el que proponía el Gobierno. Sagasta obtuvo 110 votos y Rivero 109. La lucha era reñida. No habiendo obtenido mayoría absoluta D. Práxedes, se procedió á segunda votación, y los amigos de éste trabajaron su candidatura con tal acierto, que le consiguieron 123 votos contra 113 que obtuvo Rivero.

Acto seguido se levantó Ruiz Zorrilla, y dijo: «He pedido la palabra para suplicar al Sr. Presidente (1) que tenga la bondad, consultando antes al Congreso, de suspender la sesión, no sólo por el día de hoy, sino también por el de mañana, si así

(1) Martín Herrera, porque Sagasta no se presentó aquel día en el Congreso.

lo cree conveniente, atendiendo á que el Gobierno que tengo la honra de presidir va á presentar la dimisión.»

Las oposiciones aplaudieron.

«He sido, soy y seré, en el tiempo que me quede de vida pública, monárquico constitucional; pero monárquico constitucional con la Constitución de 1869, sin arrepentirme de nada de lo que ella consigna, sin pensar en falsearla en ninguno de sus principios, ni en ninguna de sus prescripciones, dispuesto á vivir y á morir con ella.»

Y se suspendieron las sesiones hasta el día 6, en que se prepresentó el nuevo Ministerio, constituído del modo siguiente: D. José Malcampo y Monge, Presidente del Consejo de ministros, ministro de Marina é interino de Estado; D. Eduardo Alonso Colmenares, Gracia y Justicia; D. Joaquín Bassols y Marañoso, Guerra; D. Francisco de Paula Candau, Gobernación; D. Telesforo Montejo y Robledo, Fomento; D. Santiago de Angulo, Hacienda, y D. Víctor Balaguer, Ultramar.

Este día, al pronunciar Sagasta el discurso de rúbrica, con motivo de tomar posesión de la silla presidencial, trató de cohonestar en buena forma el papel que había jugado en la batalla, y luego Malcampo hizo también alguna referencia, aunque con delicadeza, al Ministerio que había presidido Ruiz Zorrilla.

Quiso D. Manuel contestar á las alusiones de que había sido objeto, y pidió para ello la palabra; pero Sagasta objetó que el caso estaba fuera del Reglamento, y creía necesario consultárlo á la Cámara.

Molestado por esto Ruiz Zorrilla, dijo:

«Creía yo que era costumbre usar de la palabra en estos momentos por los que han sido ministros; pero no queriendo crear embarazos al nuevo Ministerio, puesto que el Sr. Presidente encuentra inconvenientes, y yo he de tener ocasión de hablar, renuncio á que se me dé la palabra.» Y se sentó.

Sagasta y Ruiz Zorrilla se declararon en esta sesión guerra sin cuartel.

Aunque no venía á pelo, dijo un día (1) D. Miguel Morayta:

«Los periódicos se lamentan hoy de un hecho, si no inaudito, porque en España nada hay inaudito, al menos de un hecho importante: de haberse trasladado al Juez que entiende en una célebre causa (2), contra su voluntad, sin haberlo él solicitado, á una Audiencia, sin que esta traslación sea un ascenso en su carrera (3).

»Sabido es que la maledicencia pública dice que esta causa célebre va arrojando mucha luz; que se va sabiendo de ella más de lo que á muchas personas les conviene; y como se relaciona con los registros en determinadas casas, con los edictos en la *Gaceta* llamando á altísimas personas, no falta quien supone, y cuenta que yo no soy de éstos, que es molesto un Juez que ha descubierto lo que algunos no quieren que se sepa, y que para esto ha sido preciso trasladar á ese Juez, á fin de que venga otro nuevo que desconozca la causa, que no la pueda estudiar quizá nunca, y queden, en consecuencia, una porción de hilos que hoy tiene en la mano el Juez sin poder conducir al fin apetecido.»

El ministro de la Gobernación (4) protestó contra las indicaciones que había hecho Morayta, y el de Gracia y Justicia (5) explicó la traslación del Juez, en estos términos (6):

«Preveía el Consejo de ministros que habiendo transcurrido ya cerca de diez meses desde que ese procedimiento se incoó, no dando resultados prácticos, ó había poca fortuna en las investigaciones, ó torpeza en el Juez encargado de dirigirlas (7), ó quizá fueran ciertos los rumores que corrían, de que

(1) 16 Octubre 1871.
(2) La del General Prim.
(3) Los Jueces de primera instancia de esta Corte tenían la categoría de Magistrados de Audiencia de fuera de Madrid.
(4) Candau.
(5) Alonso Colmenares.
(6) 17 Octubre 1871.
(7) No hemos querido averiguar el nombre del Juez.

en esa causa se quebrantaba el sigilo, y los criminales se apoderaban de los menores detalles y de todas las particularidades del sumario para cerrar el paso á una conveniente indagación; de todos modos, comprendía el Consejo de ministros que tampoco debía dar pábulo á la maledicencia pública en cuanto revelaba que de esa causa estaba el Gobierno haciendo un arma de partido.

»He aquí las consideraciones por qué el Consejo de ministros me encargó que conferenciase con el Juez de la causa y con el Presidente de la Audiencia. Después de las conferencias y de las explicaciones que di en el Consejo, éste se persuadió de que podían existir los motivos que he apuntado, y entonces discutió muy detenidamente sobre la conveniencia de encomendar el proceso á un Juez que viniese á él con la frente serena, libre de prevenciones, dispuesto á sacar, de todos los datos que se hubiesen reunido en el sumario, la investigación adelante.

»Se pensó en un Juez que reuniera condiciones especiales; se repasaron muchos de los expedientes que existían en el ministerio de mi cargo; se tuvieron en cuenta indicaciones de ministros anteriores, y, en efecto, se vió que el Juez que reunía condiciones de inteligencia, de instrucción, de laboriosidad y hasta, séame permitido decirlo, de habilidad jurídica para el esclarecimiento de los hechos obscuros y dificultosos, era el de primera instancia de Pamplona.»

Añadió que á éste se le había encomendado la causa del general Prim; que protestaba de las inculpaciones que Morayta había dirigido al Gobierno, y que éste tenía por lema la frase latina *Fiat justicia et ruat cœlum*. Desgraciadamente, los buenos propósitos de Alonso Colmenares no llegaron á cumplirse; después de cuarenta años, por lo que respecta en concreto á la causa del general Prim, ni la justicia fué hecha, ni se desplomó el cielo, dejando incumplido el precepto latino invocado por Alonso Colmenares.

Bien merece ese proceso que algún aficionado á la investi-

gación de curiosidades se entretuviera en estudiarlo para esclarecer un punto tan nebuloso de la Historia de España. Cierto que el trabajo requiere vocación especial, pues entonces tuvimos ocasión de ver el legajo que formaban los autos, y tenía más de medio metro de altura.

***

Había en aquel tiempo una asociación, de carácter socialista, titulada *La Internacional de trabajadores,* que hacía una propaganda eficaz en favor de sus ideales. El 16 de Octubre (1) explanó una interpelación, contra esta sociedad, el diputado Jove y Hevia, y con este motivo terciaron en el debate algunos oradores como Escosura, D. Fernando Garrido, Castelar, Alonso Martínez, Nocedal, Esteban Collantes, D. Gabriel Rodríguez, Alvarez Bugallal y Salmerón, consiguiendo hacer, entre todos, un estudio completo de aquella asociación, de su historia, de sus aspiraciones y de sus resultados.

Pero no va por este lado nuestro propósito. Aprovechando la coyuntura que la discusión ofrecía, las oposiciones no se descuidaron en mortificar al Gobierno y á los hombres de la situación. Dijo Salmerón, en un inciso, que *en cierta ocasión se ofreció á los republicanos participación en el Gobierno por el General Prim.*

Topete protestó, contando lo que había pasado. El caso fué que llegaron á sus oídos algunas noticias relacionadas con ciertas gestiones que se estaban haciendo entonces, á fin de procurar una inteligencia con los republicanos, y, alarmado por ello, pidió á Prim que reuniese el Consejo de ministros. Así lo hizo el General, y, una vez ante sus compañeros, dijo: «Se ha reunido el Consejo para tranquilizar á un amigo, que cree, por ciertas palabras que ha oído en los pasillos del Congreso, que existe una cuestión grave, respecto á la cual no hay

(1) 1871.

más sino que un señor ministro, llevado de su gran iniciativa, con un grande y patriótico pensamiento, ha tenido conversaciones con algunos señores diputados republicanos, con el deseo de unir á todos los hombres que han contribuído á la Revolución, indicando muy conveniente la entrada en el Ministerio de los Sres. Figueras y Pi y Margall. Pero esto no ha pasado de ser una conversación particular, un *pour-parlers*, y, por consiguiente, puede estar completamente tranquilo el señor Topete». Luego añadió éste: «La persona á quien se refería el General Prim en estas palabras era entonces ministro de Gracia y Justicia, y ha sido hace poco Presidente del Consejo de ministros, el Sr. Ruiz Zorrilla».

Figueras confirmó el hecho, haciendo constar que *no hubo, en realidad, más que una conversación amigable.*

Ruiz Zorrilla añadió:

«Cuando yo tuve la conversación con el Sr. Figueras fué en el momento de votarse la Regencia. Yo era entonces ministro de Fomento, é iba á dejar de serlo porque concluía el Poder ejecutivo y empezaba el Ministerio del Regente. Yo le dije al Sr. Figueras, llamándole á mi casa: «Ustedes pueden »prestar un gran servicio á la Revolución; ustedes deben estar »convencidos de que el triunfo de la República es imposible; »ustedes deben entrar á formar parte del Gobierno de la Re»gencia; ustedes pueden ayudarnos á practicar los principios »proclamados por la Revolución de Setiembre.» Después de estas indicaciones, y después de otras razones á que yo acudí para que el Sr. Figueras se convenciera de que debía acceder á mis ruegos, el Sr. Figueras me contestó, y en esto apelo á su testimonio: «Si en vez de llamarse Regencia el Poder que ustedes han establecido se llamara de otra manera, todavía yo podía meditar, podía pensar en proponer á mis amigos si convenía ó no que entrasen en el Gobierno.»

Figueras, según confesión suya, quizás hubiera transigido, si el Poder creado por los hombres de la Revolución, en lugar de llamarse *Regencia,* se hubiese llamado *Directorio;* pero To-

pete tocó á rebato en Consejo de ministros, y la atracción de algunas personalidades de la oposición se hizo imposible.

Ni Salmerón ni Topete poseían aquello que Cánovas llamaba el arte de la política.

Últimos incidentes de la legislatura de 1871.

Moncasi, Pasarón y Lastra, Romero Girón y otros presentaron (1) una proposición incidental, concebida en estos términos, sencillos al par que elocuentes:

«Pedimos al Congreso se sirva declarar que ve con disgusto la continuación de este Ministerio, que no representa ninguno de los partidos de la Cámara, ni se apoya en ninguna de las fuerzas políticas de la nación, ni puede, por consiguiente, resolver ninguna de las cuestiones que afectan al país.»

Como voto de censura, habrá pocos que le aventajen en lo despectivo de la forma.

El primer firmante de la proposición atacó duramente al Gobierno, y, entre otras cosas, le dijo: «Señores ministros: De poco sirve que lo seáis, si es que lo sois, porque si á vuestro partido no se lo parecéis, si no sois en ese banco nuestra legítima representación, si no contáis con todo nuestro apoyo para hacer triunfar en las Cámaras y en el país nuestra política, es preciso que confeséis conmigo que os falta una de las principales, una de las más grandes condiciones para ser Gobierno perfectamente parlamentario; y esa representación, doloroso me es decirlo, esa representación, señores ministros, no la tenéis.»

Moncasi declaró que en una de las últimas votaciones sólo habían votado con el Gobierno 57 diputados del partido progresista-democrático, habiéndose abstenido de votar ¡100! individuos del mismo partido.

(1) 13 de Noviembre.

Candau, ministro de la Gobernación, hizo con habilidad la defensa del Ministerio, y pidió que la proposición de Moncasi se tomara en consideración, á fin de promover un amplio debate político, como lo consiguió, pues descontando los 57 comprometidos personalmente con el Ministerio, todos deseaban su caída.

Ciertas discusiones son como las cerezas, por lo que se enredan, y ésta se enmarañó de un modo grave con motivo de una frase intencionada que dejó escapar Navarro y Rodrigo: «Cuando se trate—dijo—de la cuestión de Cuba (1), se sabrá quiénes han tenido esperanza en la salvación de aquel país, y en la fuerza y vitalidad del nuestro para conservar adherida á Castilla la Isla de Cuba; entonces se averiguaría si se había ó no propuesto la venta de Cuba.»

Topete, Ruiz Zorrilla, Ayala y Becerra se levantaron para sincerarse ante la Cámara, con frases enérgicas, de que ni ellos, ni sus amigos, durante el tiempo que habían sido ministros, tuvieron nunca el propósito de enajenar aquella parte del territorio español.

Ruiz Zorrilla excitó al Sr. Ardanaz, ponente cuando en el Ministerio-Regencia se trató de la cuestión de Cuba, para que declarara lo que hubiera pasado en Consejo de ministros, pues él, sin duda, guardaría las actas de aquellas discusiones.

«Conservo en mi poder—contestó el aludido—los documentos á que se refiere, documentos que nadie ha visto, y que nadie verá tampoco, para no faltar al deber de ser fiel guardador de los secretos del Gobierno, y cumplir con lealtad el compromiso solemne de reserva que todos los individuos del Gobierno contrajimos en aquellas críticas circunstancias.» En breves párrafos defendió Ardanaz á las personas aludidas, pero no negó el hecho, y aunque el Congreso quedó convencido de que ni Topete, ni Ruiz Zorrilla, ni Ayala, ni Becerra, ni otros más que no se hallaban presentes, habían propuesto la venta de la

(1) Cuya insurrección presentaba mal aspecto.

Isla de Cuba, subsistió para muchos la duda de si algún político influyente pudo concebir ese pensamiento, haciendo que llegase, en una ó en otra forma, hasta el Consejo de ministros, cuyas actas, con caballerosidad tan discreta, guardaba don Constantino Ardanaz.

Navarro y Rodrigo la tomó contra Ruiz Zorrilla, y no le escaseó censuras ni diatribas. Decía en un párrafo:

«González Brabo, llamado por la Reina *(Isabel II)* para oir su opinión en una crisis, le dice que es necesario llamar al General O'Donnell, y á los dos días es ministro de la Gobernación con el General Narváez. ¿No os parece ver al Sr. Ruiz Zorrilla, viniendo enfermo de Tablada (1) para defender la conciliación, porque era el único modo de salvarnos; y á los ocho días, haciendo el sacrificio de su salud y de su apacible retiro de Tablada, tronar contra la conciliación y presidir un Gabinete homogéneo? González Brabo combate un día á la *Unión liberal*, porque supone que es la reacción, y llega al poder para perseguir á la *Unión liberal*, porque la cree la verdadera demagogia, y entronizar una solución semiabsolutista. ¿No os parece ver aquí al Sr. Ruiz Zorrilla halagando á la *Unión liberal* para hacer la Monarquía, y después, cuando la Monarquía está hecha, perseguir de muerte á la *Unión liberal*, porque la cree un peligro, y supone que la Monarquía se va á salvar mejor con una situación semirepublicana? ¡Ah! Si el Sr. Ruiz Zorrilla tiene tantos y tantos puntos de semejanza con el Sr. González Brabo, yo hago una apelación suprema á su patriotismo y á la rectitud de su carácter, que reconozco en absoluto, para que procure no ser, cuando de nuevo ocupe la Presidencia del Consejo de ministros, lo que fué González Brabo para la desdichada Reina Isabel: la fatalidad que se atraviesa en el camino de la Casa de Saboya.»

Los Nocedales presentaron una proposición pidiendo al Congreso se sirviera declarar que quien coartase la libertad de

(1) En la provincia de Burgos, donde tenia una quinta de recreo.

fundar asociaciones religiosas, de cualquier género que fuesen, contrariaba la Constitución; y el Gobierno simpatizó con esta proposición, como había simpatizado anteriormente con la interpelación de Jove y Hevia sobre *La Internacional*, de cuyo asunto ya hemos dado cuenta; de suerte, que las orientaciones del Ministerio iban tomando un carácter retrógrado que servía de blanco seguro é infalible á la oposición de ideas avanzadas.

La proposición iba encaminada al restablecimiento de las comunidades religiosas suprimidas por la Revolución, y para dar la batalla al Gobierno la apoyaban los radicales y los republicanos. Romero Robledo y Albareda presentaron una proposición incidental de *no ha lugar á deliberar*, que dió ocasión al primero para pronunciar su famoso discurso de 17 de Noviembre (1), donde demostró su facilidad de palabra y la riqueza de su ingenio.

Cuando Malcampo vió el pleito perdido mandó extender el decreto de suspensión de las sesiones de Cortes, y se fué á Palacio á recoger la firma del Rey, quedando Romero con el encargo de entretener la discusión hasta que el otro volviese.

Llevaba ya un rato hablando Romero cuando el Presidente (2) le advirtió que habían pasado las horas de reglamento, y Nocedal pidió que se preguntase al Congreso si se prorrogaba la sesión.

«Puede hacerse la pregunta—dijo el diputado antequerano;—pero estoy fatigado, y no es artificio: yo no me propongo pedir descanso, entre otras cosas, porque no soy hombre importante. Además, estoy sudando, según todos pueden ver, y me resta aún mucho que decir.»

Se acordó la prórroga, pues los de la conjura, que eran los radicales, los tradicionalistas y los republicanos, querían á todo trance cansar por falta de fuerzas físicas á Romero, quien ya había manifestado hallarse enfermo. Parece que, una vez conseguida la prórroga, muchos diputados abandonaron el salón,

(1) 1871.
(2) Martín de Herrera á la sazón.

y el orador les increpó con fino humorismo porque se iban á comer, diciendo que cuando hubiesen satisfecho *las groseras necesidades de este cuerpo humano* volverían muy descansados á relevar á los que quedaban de guardia. Sin embargo, ya que para él no había consideración ni piedad, diría todo lo que tenía que decir *hasta que echara los pulmones hablando*.

Su discurso se encaminaba principalmente á criticar los actos de Ruiz Zorrilla y sus propósitos de deshacer la coalición.

A las siete pidió un descanso con objeto de tomar alimento, y no le concedieron más que un cuarto de hora, tiempo insuficiente para comer, según él mismo dijo al reanudarse la sesión.

Siguió hablando un rato largo, y, como pretexto para descansar, pidió que se leyera el manifiesto del Gobierno provisional, que es bastante largo; un antiguo discurso de Ruiz Zorrilla y otro de Romero Ortiz. Cuando se acabaron de leer estos documentos dijo Romero que iba á continuar su discurso, *ya que los señores radicales habrían descansado y comido perfectamente*, y siguió esgrimiendo sus armas contra Ruiz Zorrilla y contra la ruptura de la coalición.

Defendió á Sagasta, diciendo:

«Y no quiero dirigirme al Sr. Ruiz Zorrilla y á sus amigos para preguntarles cómo podían consentir que se llamara traidor y resellado al Presidente de esta Asamblea, al sentenciado á muerte por liberal, al periodista consecuente, al amigo de confianza de Prim, de Calvo Asensio y de todos los hombres importantes del progresismo. Es extraño que el partido progresista, que ha hecho siempre objeto de su veneración y de su cariño al Sr. Sagasta, haya vivido engañado hasta que al Sr. Ruiz Zorrilla, con otros amigos flamantes, se les ocurrió salir por esas calles denostándole, insultándole, llamándole traidor, resellado, desafecto y no sé cuántas cosas más (1). ¿El

(1) Se refiere á una manifestación pública que, en favor de Ruiz Zorrilla, se verificó en Madrid á la subida del Ministerio Malcampo.

Sr. Poveda se ríe? Su Señoría era, según creo, íntimo amigo del Sr. Sagasta, y es posible que fuera uno de los que gritaban con más ardor en la manifestación.»

Este debate tuvo gran resonancia: tomaron parte en él Romero Ortiz, Alvarez Bugallal, Gullón, Ríos y Rosas, Gamazo, Moreno Nieto, Ruiz Zorrilla, Topete, Martos, Elduayen, Montero Ríos, el Duque de la Torre, Castelar y Candau; hubo protestas, barullo, desorden y sueño, porque acabó á las siete y cuarto de la mañana del 18 la sesión que había comenzado á las dos de la tarde del 17 de Junio.

La proposición de Romero fué desechada por 174 votos contra 118, y acto seguido leyó Malcampo el decreto de suspensión de sesiones, que le tenía en el bolsillo, firmado por el Rey, desde las primeras horas de la noche.

Malcampo no presentó la dimisión, como la gente esperaba, sino que resistió un mes más en el Poder, hasta que, según se decía, el Rey le indicó, por medio de una carta, la necesidad de volver á reanudar las sesiones, y, no atreviéndose á presentarse otra vez en las Cortes, puso en manos de S. M. la renuncia del cargo.

Tras de muchas conferencias, consultas, conciliábulos, idas y venidas de unos y de otros, se atrevió Sagasta á formar Gabinete, y lo consiguió en 21 de Diciembre (1) con los señores siguientes: D. Bonifacio de Blas, Estado; Alonso Colmenares, Gracia y Justicia; Angulo, Hacienda; D. Eugenio Gaminde, Guerra; Malcampo, Marina; D. Alejandro Groizard, Fomento, y Topete, Ultramar, quedándose el propio Sagasta con la cartera de Gobernación.

Como se ve por las personas que formaban el Ministerio, éste no era más que la continuación del anterior, con la variante del Presidente del Consejo de Ministros. Tenía la ventaja de que los unionistas le ofrecían su apoyo; pero, como decía muy

(1) 1871.

bien el periódico *Gil Blas,* venía á resultar que el partido unionista se apoyaba á sí mismo.

Por Real decreto de 6 de Enero de 1872 se declaró terminada la legislatura de 1871.

Dos sesiones borrascosas.—El acta de Sevilla.—Crisis prematura.

Sagasta retrasó un mes la apertura de Cortes; pero no tuvo otro remedio que abrirlas (1), á sabiendas de que iba á tener que cerrarlas.

El primer día de sesión explicó los motivos de la crisis, y aludiendo al voto de censura que se había propuesto para el anterior Gobierno, dijo que no significaba más que la incompatibilidad de aquel Congreso con todo Ministerio homogéneo. Expuso las tendencias liberales del Gabinete que presidía, tributando un elogio á Malcampo por haber descendido á encargarse de una cartera, abandonando la Presidencia del Consejo de Ministros. Presentó, con demostraciones numéricas, el estado de la Hacienda; habló de la cuestión religiosa, sin inclinarse hacia ningún criterio radical, y trató de la insurrección de Cuba con gran patriotismo.

Como tenía el decreto de disolución en el bolsillo, declaró que el Gobierno no contaba con mayoría propia parlamentaria; confesión que produjo fuertes rumores, porque la atmósfera estaba candente, y todos habían acudido á la sesión con ánimo de librar un batalla.

La cuestión de Cuba produjo una acalorada discusión, llegando al extremo de decir Díaz Quintero que debía cederse la Isla; hasta Moret, que no alardeaba de instintos belicosos, anunció una interpelación sobre los asuntos políticos de la Isla de Cuba.

Habiendo transcurrido en dimes y diretes las horas de se-

(1) El 22 de Enero de 1872.

sión, se pidió por algunos que ésta se prorrogase, y habiéndose opuesto otros, se armó tal barullo que el Presidente del Consejo de ministros exclamó: ¡Jamás se ha visto lo que está aquí sucediendo!

En la sesión siguiente (1), con motivo de la aprobación del acta de la anterior, volviéronse á enfurecer los ánimos y, vinieran ó no á cuento, se dijeron por unos y otros los conceptos más atrevidos.

Ruiz Zorrilla.—He pedido la palabra, en primer término, para hacer constar mi voto con el de la mayoría (2) de la Cámara en la votación nominal de la sesión última; y como es posible que no haya otra ocasión de hacer uso de la palabra, diré, para explicar este voto, que significa el recuerdo de ciertas palabras pronunciadas en una noche célebre, de *¡Radicales, á defenderse!* Como significa también el recuerdo de otras palabras no menos célebres, pronunciadas en otro día funesto para el antiguo partido progresista, hoy partido radical: *¡Dios salve al país! ¡Dios salve á la dinastía! ¡Dios salve á la libertad! (Al terminar estas palabras resonó en los bancos de la izquierda una salva de aplausos.)*

. . . . . .

Abarzuza.—El Rey ha roto con el Parlamento. Hoy acaba la dinastía de Saboya.

Becerra, que actuaba de Presidente.—Mientras yo ocupe este puesto no permitiré que se diga nada contra la Constitución ni contra las leyes.

Muro.—Se dirá en las barricadas.

. . . . . .

Rivero.—Yo me lamento de lo que aquí está pasando, y bueno sería que no hubiéramos dado este espectáculo al país, porque este espectáculo y esta división tienen para los pueblos libres desenlaces funestos.

. . . . . .

(1) 24 de Enero de 1872. El 23 fué domingo.

(2) La mayoría votó que no se prorrogase la sesión.

Con estos murmullos es imposible que yo hable, aunque tuviera los pulmones y la garganta de hierro.

. . . . . .

En presencia de un decreto de disolución debo decir que si, como muchos temen, viene á matar todos los derechos consignados en la Constitución, entonces yo concluyo diciendo: ¡Viva la libertad! (*Muchos diputados:* ¡Viva!)

El Conde de Toreno.—Aquellos obstáculos tradicionales que hacían cantar la *Salve*, que amenazaban con sangre, que encendían la tea de la discordia, no estaban donde se suponía, no eran lo que por la revolución fué removido. Aquellos obstáculos subsisten: ahí los tenéis. (*Señalando á los bancos de los radicales. Barullo indescriptible.*)

. . . . . .

Figueras.—No espere de mí el Congreso que venga á excitar las pasiones; voy á calmarlas hablando del acta (1). Los interruptores pueden tener propósitos de excitar las pasiones porque les convenga cimentar la nueva dinastía con sangre. (*Interrupciones y confusión.*)

Hoy se ha arrojado un guante al país; le recogeremos, pero no ahora; está en nuestra dignidad, está en el interés de nuestro partido señalar el día y la hora del combate que daremos en su tiempo y sazón. (*Grandes aplausos en los bancos de los republicanos.*)

. . . . . .

Ruiz Zorrilla.—Su señoría (*alude á Ríos y Rosas*) no tiene derecho á dudar de mi mayor antigüedad en el dinastismo, habiendo votado al Rey, habiendo ido á Italia á ofrecerle la corona que sobre sus sienes habían puesto las Cortes Constituyentes.

Martos.—La conducta del Monarca (2) no la juzgo ni puedo juzgarla; pero sí tengo perfecto derecho para decir lo que

(1) Era la cuestión de que se estaba tratando.

(2) Por lo que se refería á la disolución de Cortes, que ya se había leído en el Senado.

me parece de esta disolución con respecto á las circunstancias en que la disolución se trae, con respecto al estado del país, con respecto á los peligros que pueden venir y con respecto, sobre todo, al Ministerio que la aconseja, la obtiene y se dispone á hacer uso de ella.

Ríos y Rosas.—No hay derecho á juzgar esos actos del Monarca sino cuando estén ejecutados y consumados; que lo contrario no se ha hecho, ni se puede hacer nunca, sin invadir, sin impedir, sin usurpar las prerrogativas de la Corona. ¿Qué virtualidad, que energía tendrá esa prerrogativa si al tiempo de ejercerla la oponéis vuestro veto? ¿Estamos aquí en Polonia? Si es verdad que el Gobierno tiene en su cartera el decreto de disolución de Cortes, lo que estamos haciendo aquí hace cuatro horas es un acto de invasión de usurpación á las prerrogativas de la Corona.

.....

Ha recordado el Sr. Sorní que cuando yo tuve la honra de ocupar aquel sitio (*señalando á la Presidencia*), hubo alguien que en las conversaciones familiares quiso compararme á los domadores de fieras. No recuerdo si S. S. fué diputado entonces: si no lo fué, no tengo que darle ninguna explicación, porque yo no he inventado el apodo, ni me lo he colgado, ni se lo he colgado á S. S. en la parte que pudiera afectarle. (*Risas.*)

.....

Cánovas del Castillo.—El decreto de disolución de Cortes, emanado de la Corona, ha sido ya leído en el otro Cuerpo colegislador; el otro Cuerpo ya no existe: aquí hay una Cámara única que será siempre facciosa dentro de la Constitución vigente.

Cánovas con su talento consiguió apaciguar los ánimos, y cuando estuvo la Cámara tranquila, el Secretario Ríos Portilla preguntó si se aprobaba el acta, obteniendo una contestación afirmativa.

En seguida Sagasta leyó el decreto disolviendo las Cortes.

Se había tardado cuatro horas y cuarto en aprobar el acta de la sesión anterior, sin hablar del acta de la sesión anterior.

* * *

Convocadas nuevas Cortes para el 24 de Abril (1), se verificó la sesión de apertura dicho día en el Senado, con asistencia del Rey, ejecutándose el ceremonial de costumbre, que hemos descrito en el curso de estas crónicas.

Al discutirse las actas del Congreso, la señalada con el número 91, correspondiente al segundo distrito de Sevilla, por la que se proclamaba diputado á D. Práxedes Mateo Sagasta, Presidente, á la sazón, del Consejo de ministros, las oposiciones combatieron el dictamen de la Comisión que, naturalmente, era favorable al diputado electo (2).

Castelar pronunció uno de aquellos discursos grandilocuentes que contribuyeron á darle su merecida fama de orador parlamentario, y estuvo inexorable contra Sagasta. Dijo que había perdido su prestigio el antiguo director de *La Iberia,* porque ya no había podido salir diputado por la Rioja, ni por Logroño, los distritos donde tenía historia política, habiendo tenido que ir á buscar el acta á Sevilla, cometiendo para ello, á juicio del orador, todo género de coacciones. Dijo también que todos los hombres importantes de Europa tenían sus distritos naturales: Gladstone, en Grenwich; Bright, en Manchester ó Birminghan; Tiers, en París, y Gambetta, en Marsella, y que Sagasta, á pesar de su importancia y de sus amigos, no había podido salir diputado por Zamora, por Logroño ni por Madrid. ¿Por qué? «Porque los hombres públicos no son aquello que quieren; son aquello que les obliga su historia: el partido progresista cree, y la conciencia española con el partido progresista, que el Presidente del Consejo de

(1) De 1872.

(2) Para esta legislatura se adoptó el Reglamento de 1847.

ministros no es más que una degeneración de González Brabo, que ha caído, como éste en 1843, bajo el peso de la reacción, y ha entregado su vida, su historia entera, á los enemigos encarnizados de nuestros derechos.»

Castelar no se contentó con mortificar á Sagasta por su acta de Sevilla, sino que censuró también en general el sistema seguido en las elecciones verificadas en la Península, y contó el caso, negado luego por el Presidente del Consejo, de que al terminar la elección en un pueblo denominado Tremp, de la provincia de Lérida, habían telegrafiado á Madrid, diciendo: *Hecha en Tremp la trampa.*

Después que Castelar hubo terminado su discurso, dijo Sagasta que una vez, siendo ministro de Estado, recibió de China una comunicación sin importancia, envuelta en una preciosa bolsa de seda, y ésta encerrada en una caja primorosa, que á su vez venía dentro de otra de no menos primor. Y conceptuando Sagasta que el discurso del orador republicano se fundaba únicamente en generalidades políticas, se preguntaba *si el Sr. Castelar se habría aficionado á las costumbres chinas.*

Sagasta quedó admitido diputado en 1.° de Mayo.

***

Se prestó á muchos comentarios, entre los contertulios de las mesas de café, el asunto de la Caja de Ultramar. El 11 de Mayo (1), el diputado Moreno Rodríguez preguntó si el Gobierno, con destino á los asuntos de elecciones, había echado mano de dos millones de reales, 500.000 pesetas, del fondo existente en la Caja de Ultramar. El Presidente le contestó que sí era cierto lo de haber sacado fondos de la Caja referida, pero no con destino á elecciones, sino para cubrir los gastos imprescindibles que ocasionaban las circunstancias extraordinarias en que se encontraba el país, aludiendo á la conspiración al-

(1) 1872.

fonsina, á la insurrección carlista y á la guerra de Cuba. Volvió Moreno Rodríguez á insistir otro día, y no satisfaciéndole la contestación que le diera Romero Robledo, ministro de Fomento, presentó una proposición pidiendo que se remitiese al Congreso el expediente que se hubiera seguido para hacer aquella transferencia de crédito.

El asunto iba adquiriendo grandes proporciones. El día 14 del citado mes de Mayo, Romero Girón presentó una proposición pidiendo que se nombrara una comisión especial para examinar el expediente en cuestión. Romero Girón dijo que el crédito de Gobernación para gastos secretos, que importaba 60.000 duros, estaba agotado, y que siendo esto un hecho, resultaba muy extraño que en tiempo de elecciones se hubiera acudido á realizar una transferencia de dos millones de reales de la Caja de Ultramar, que era un depósito del sobrante de los alcances de aquellos que se reclutaban para la bandera de las Antillas, y allí fallecían (1).

Romero Robledo, invitó á Moreno Rodríguez á que fuera con él al ministerio de Estado, pues allí constaban los datos oficiales sobre conspiraciones y sobre los graves motivos que obligaron al Gobierno á disponer de aquellos fondos; pero la invitación no fué aceptada, pues las oposiciones querían que los documentos fueran llevados al Congreso. Estos eran reservados, y Sagasta no se atrevía á autorizar que se hiciesen públicos. Sin embargo, venciendo este temor, decidió remitirlos á la Cámara, como lo verificó, pero á las pocas horas mandó retirarlos, y el día 22 (2), al abrirse la sesión, previa la venia del señor Presidente, hizo Sagasta la siguiente declaración:

«Señores diputados: el Gobierno, por un exceso de delica-

(1) A fin de que el Ministerio de la Gobernación reintegrara á la Caja de Ultramar los dos millones de la transferencia, se presentó á las Cortes, en 16 de Mayo, un proyecto de ley concediendo un crédito de 500.000 pesetas, como ampliación del de 300.000, que figuraba para gastos secretos de dicho Ministerio.

(2) De Mayo de 1872.

deza, disculpable cuando se trata de asuntos de honra, y cediendo á los deseos de un señor diputado, trajo al Congreso, no sólo el expediente que ese señor diputado deseaba, sino ciertos documentos que le justificaban, y de carácter completamente reservado. El Gobierno creyó que podía satisfacer los deseos de un representante del país sin comprometer el secreto de unos documentos que afectan altos intereses del Estado; pero al tener conocimiento de que esa reserva no ha podido llevarse á cabo, el Gobierno los retira; y atendiendo á que de cualquier modo, aun en aquella creencia que tenía el Gobierno de buena fe, se haya equivocado, porque no ha resultado lo que deseaba; y considerando que los Gobiernos no deben equivocarse y son responsables de sus errores, el Gobierno presentará inmediatamente la dimisión en manos de S. M.»

La inversión de la mayor parte de aquellas 500.000 pesetas parece que se relacionaba con el descubrimiento de los hilos de la conspiración alfonsina, quedando incólume la honradez de todos los individuos que componían el Gabinete.

El 26 de Mayo (1) nombró el Rey, Presidente del Consejo de ministros al Duque de la Torre, supliéndole interinamente el Contralmirante Topete, por hallarse aquél al frente del Ejército del Norte combatiendo la insurrección carlista. A Ulloa se le nombró ministro de Estado; á Groizard, de Gracia y Justicia; á Candau, de Gobernación; á Elduayen, de Hacienda; á Balaguer, de Fomento, y á López de Ayala, de Ultramar.

Todos comprendían que este Gobierno nacía muerto; pero las circunstancias excepcionales en que se hallaba la política no permitieron al Rey seguir otro camino.

El convenio de Amorevieta.—Otra crisis.—Rivero, Presidente.—La cuestión de los artilleros.—El collar del ministro de Gracia y Justicia.

A poco de abrirse la sesión del 29 de Mayo, el Presidente interino del Consejo de ministros, Sr. Topete, se levantó á

(1) 1872.

manifestar que, antes de que algún señor diputado pudiera pedir explicaciones sobre cierto documento conocido ya del público, lo haría presente al Congreso, no pudiendo exponer juicio alguno hasta no conocer todas las circunstancias que lo habían motivado, y cuantos datos se estimaban necesarios para apreciar la importancia que parecía tener.

Este documento era el llamado *Convenio de Amorevieta*, un pacto, transacción ó indulto, estipulado entre el General Serrano, Jefe del Ejército del Norte, y la *Junta foral* de la provincia de Vizcaya, para terminar la guerra carlista que amenazaba, cual la del año 1833, asolar al país (1). Preguntó Ruiz Zorrilla si el Gobierno autorizaba el acto realizado por el Duque de la Torre, y Topete contestó con evasivas, sin atreverse á dar una contestación decisiva. Indecisión poco disculpable, porque el General Serrano era el Presidente del Consejo en propiedad, y los ministros no debieron titubear un instante en aceptar la responsabilidad de lo que aquél hiciera, siendo á la par ministro de la Guerra. Ya se lo echaron en cara al Gobierno; pero éste no se espontaneó hasta que vino á Madrid el General Serrano y explicó detalladamente todos los pormenores relativos al asunto.

Dijo el Duque que, encargado por el Gobierno de dirigir las operaciones del Ejército del Norte, secundado con valor y acierto por los Generales Moriones y Primo de Rivera, había conseguido, merced á movimientos militares coronados por la suerte, inutilizar las facciones navarras y vizcaínas, cuyo decaimiento moral era notorio, en presencia de las operaciones realizadas por las tropas liberales. Contó Serrano que durante un rato que estuvo alojado (2) en casa del Sr. Urquizu, carlista influyente en aquella comarca, logró convencerle de las ventajas que para todos produciría la terminación de la guerra,

(1) El documento corrió autografiado por las calles de Madrid, sabiéndolo el público casi al mismo tiempo que el Presidente del Consejo de ministros.

(2) En Elorrio.

y haciéndose eco dicho señor de las palabras del Duque, se decidió á servir de intermediario con un hermano que tenía en las filas carlistas, y con la Diputación foral á guerra, para firmar el convenio ó indulto que se conoce con el nombre de Amorevieta, porque en este lugar de la provincia de Vizcaya hubo de celebrarse.

Indulto era, en efecto, más que convenio, pues de sus cuatro artículos, tres se refieren exclusivamente á indultar á los que, en una ó en otra forma, habían tomado parte en la insurrección.

Los jefes y oficiales procedentes del Ejército quedaban autorizados para volver á las filas con los empleos que tuviesen al tomar parte en el levantamiento; pero hay que advertir que en este caso no se encontraban más que un comandante y un alférez.

Las oposiciones suponían que el Duque de la Torre había infringido la Constitución al dar el indulto sin el asentimiento de las Cortes, y tuvieron que levantarse á defender á Serrano, Sagasta, Alonso Martínez y López Domínguez, acordando el Congreso aprobar la conducta del General Serrano por 140 votos contra 22 (1).

Desgraciadamente, el convenio de Amorovieta sirvió para poco.

***

Había sesiones dobles, es decir, por la tarde y por la noche; en la primera se discutía el proyecto de contestación al discurso de la Corona, y en la segunda el dictamen de la Comisión sobre un proyecto de ley para saldar la deuda flotante del Tesoro.

Sagasta, en la sesión de tarde del 10 de Junio, pronunció uno de sus discursos parlamentarios de más importancia, por los asuntos de que se ocupó y por la sencillez y franqueza con

(1) 3 Junio 1872.

que hubo de expresar sus opiniones. Hizo la historia del partido liberal desde el momento de la Revolución; describió, con gran copia de datos, la ruptura de la coalición; explicó los hechos que ocasionaron la presentación de su candidatura para la Presidencia del Congreso, y, echando sobre Ruiz Zorrilla toda la responsabilidad de aquella ruptura, manifestó que cuando le encargó el Rey de formar Gabinete, acordándose de los ofrecimientos de Ruiz Zorrilla, lo primero que hizo fué ir á casa de éste y decirle: «Tengo encargo de formar Ministerio, y vengo á que lo formemos los dos.» Pero Ruiz Zorrilla se negó.

Tuvo una nota cómica para exponer su criterio respecto á la diferencia que, según él, existía entre el sistema preventivo y el sistema de precaución.

«Visitaba un viajero un convento; estaba examinando la fachada, que era arquitectónica, monumental, y observó que á cada extremo de ésta había un gran balcón; el uno tenía un antepecho magnífico, de piedra de sillería, perfectamente labrado, y el otro no tenía antepecho ninguno. El viajero le dijo al lego:—Diga usted: ¿cómo es que este balcón tiene antepecho y no lo tiene el otro, disminuyendo así la armonía de la fachada?—¡Ah! señor—contestó el lego,—es que por ese balcón se cayó y se desnucó un fraile, y la Comunidad mandó construir ese antepecho.—Pues entonces, ¿por qué no se ha construído el otro?—preguntó el viajero; á lo que el lego contestó:—Porque estamos esperando á que se caiga y se desnuque otro fraile. (*Risas y aplausos.*) Pues en este cuento veis lo que es prevención y lo que es precaución: prevención es el antepecho, que, sin quitar la libertad al fraile para asomarse al balcón, le quita el peligro de caerse; precaución sería tapiar el balcón para que no se asomara.»

Aprobado el día 11 de Junio el proyecto de ley para saldar la deuda flotante del Tesoro, el 12 manifestó Topete que el Ministerio había presentado la dimisión, y el 14 se dió cuenta de la formación del nuevo Ministerio, que había sido constituí-

do el 13 (día aciago) en la forma siguiente: Ruiz Zorrilla, Presidencia y Gobernación; Fernández de Córdoba, Guerra y Presidente interino durante la ausencia de Ruiz Zorrilla, que estaba fuera de Madrid; Martos, Estado; Montero Ríos, Gracia y Justicia; Beránger, Marina; Ruiz Gómez, Hacienda; Echegaray, Fomento, y Gasset, Ultramar.

El mismo día 14 se suspendieron las sesiones de Cortes y el 28 fueron disueltas, convocándose para el 15 de Setiembre.

La poca duración del Ministerio del Duque de la Torre se explica porque aquel Gobierno había sido formado para salir de la difícil situación que se había creado á la política con la dimisión de Sagasta, dejando recién abiertas unas Cortes constituídas bajo su influencia. Serrano vino á disgusto, y aprovechó la primera ocasión para dimitir.

El día 30 de Mayo (1), con motivo de ser el cumpleaños de S. M. el Rey, se dió en Palacio una comida de 60 cubiertos, á la que asistió, con otros hombres importantes, D. Manuel Ruiz Zorrilla, celebrándose después, y como por casualidad, en aquellos salones, una larga conferencia entre Don Amadeo, su esposa, Doña María Victoria, y el jefe del partido radical. Mucho se comentó esta conferencia, ó, mejor dicho, conversación, y ya periodistas y políticos hacían conjeturas favorables al advenimiento al poder del partido radical, cuando el 1.° de Junio quedaron todos sorprendidos, al ver que Ruiz Zorrilla presentaba la renuncia de diputado y salía de Madrid al día siguiente, con dirección á su quinta de Tablada, diciendo que abandonaba la política.

El día 14 de Junio cambiaron por completo las circunstancias, sin que el cronista haya podido averiguar los motivos, y se encargó Ruiz Zorrilla de la formación del Ministerio. Arcanos de la política. Las circunstancias eran muy difíciles, y el nuevo Presidente del Consejo no supo dominarlas.

***

(1) De 1872.

El 15 de Setiembre (1) se abrieron, en efecto, las Cortes, en el Palacio del Congreso, con el ceremonial que ya conoce el lector, leyendo Don Amadeo el discurso de la Corona, henchido de promesas y esperanzas que, desgraciadamente, no se realizaron, como veremos en el curso de estas crónicas.

Las desavenencias entre los partidos políticos se habían exacerbado, al punto de que no tuvieron representación en estas Cortes ni el Duque de la Torre, ni Topete, ni Sagasta, ni Malcampo, ni Cánovas del Castillo, figuras principales, cuya ausencia del Parlamento producía hondo disgusto á los partidarios de las ideas y del espíritu que informaban la política de aquellos hombres ante los que se habían cerrado las puertas de la Cámara.

La marejada contra el Gobierno era grande, y amenazaba tomar proporciones alarmantes.

Se nombró á Rivero Presidente del Congreso; y Rivero era hombre enérgico, pero á veces se excedía en los arranques de carácter, y solía disgustar á las oposiciones. Vaya un ejemplo:

Cierto día, el diputado Rubau Donadeu pidió la palabra *para dirigir una pregunta al Sr. D. Eduardo Gasset y Artime, ministro de Ultramar y director del periódico «El Imparcial»*.

—Aquí no se hacen preguntas á los directores de periódicos; se hacen á los ministros, al Gobierno—contestó Rivero.

—Pues voy á dirigirlas. Los editores de Barcelona extrañan, y yo con ellos, que en esas Antillas que se llaman Puerto Rico y Cuba se haya prohibido la circulación...

—¿Obras en Cuba? ¿Es verdad? Pues se pondrá en conocimiento del señor ministro.

—Está perfectamente en su derecho el Sr. D. Nicolás María Rivero...

—El Presidente de la Cámara.

---

(1) De 1872.

—El Presidente, como diputado, tiene un nombre.

—El Presidente aquí se llama Presidente.

—Pues me reservo hacer la pregunta...

—No vuelva S. S. á insistir ni hablar sentado: al Presidente se le habla siempre de pie. Basta.

Y se terminó el incidente.

Otras veces gustaba su inflexibilidad.

El diputado Olavarrieta, que era oficial de Voluntarios de la Habana, dijo, contestando á Salmerón, á propósito de ciertos conceptos que éste había emitido respecto de aquella Institución armada:

«¿Qué diría S. S. si yo dijera que algunos pudieran atribuirlo (1) á una obcecación de S. S., tal vez á malos informes, que algunos amigos que le rodean le hayan podido dar, ó quizá halagado por el oro filibustero?»

Al oir esto los diputados republicanos se levantaron de sus asientos, protestando ruidosamente.

Rivero.—¡Orden! ¿Cómo han creído los señores diputados de la izquierda que el honor de un compañero suyo estaba encomendado á otro que al Presidente? ¿Cómo han podido creer que este magistrado del Congreso había de permitir que se dijera que había aquí quien hablara movido por el oro? *(Aplausos.)* ¡Orden! ¡Callad! Tened la virtud del silencio, que es una gran virtud. No me basta retirar una expresión, sino frase por frase, palabra por palabra, de tal manera, que no saldrá de aquí ningún diputado si no queda satisfecho el honor al cual S. S. ha aludido de un modo tan poco digno.

Olavarrieta dió todo género de explicaciones, repitiendo como un doctrino las palabras que le apuntaba Rivero, y éste se ganó una salva de aplausos.

Último ejemplo:

El diputado Somolinos pidió la palabra para hacer una

(1) Los conceptos que había emitido Salmerón respecto de los voluntarios.

pregunta, y comenzó diciendo: «El señor ministro de la Guerra dice...»

Rivero.—No dice nada: es S. S. el que pregunta.

Somolinos.—Pues bien; pregunto y afirmo...

Rivero.—Pregunte S. S. nada más. El Reglamento es una formalidad para todos.

Somolinos.—Yo no sé cómo voy á preguntar.

Rivero.—S. S. puede preguntar preguntando, como aquel sabio demostraba el movimiento moviéndose.

* * *

Tanto se habló por aquel tiempo, tanto preocupó la opinión pública, tan contrarios pareceres ofreció la cuestión llamada de los artilleros, que no debemos pasar en silencio el incidente promovido con tal motivo en el Congreso, y á fin de no incurrir en el error, dejando inclinar nuestro ánimo en uno ni en otro sentido, intentaremos reconstituir el hecho aprovechando los antecedentes que en la sesión (1) expusieron don José Fernando González y D. José Navarrete, diputados republicanos, el General Córdova, ministro de la Guerra, y don Manuel Ruiz Zorrilla, Presidente del Consejo de ministros.

Parece que el capitán de Artillería D. Baltasar Hidalgo, habiendo simpatizado con las ideas revolucionarias del partido progresista, pidió la licencia absoluta á fin de quedar en libertad de acción y tomar parte activa en la sublevación que se realizó el 22 de Junio de 1866 (2), y aseguró Ruiz Zorrilla, que Hidalgo no tomó parte, directamente, ni en la insurrección de los sargentos del cuartel de San Gil, ni mucho menos en el sangriento suceso que allí se desarrolló, ocasionando la muerte de algunos oficiales de aquel honroso cuerpo del Ejército; pero es indudable que los individuos del arma de Artillería tuvie-

(1) De 16 de Noviembre de 1872.

(2) Véase nuestro libro *Isabel II, íntima.*

ron desde entonces ciertos y no disimulados resquemores hacia el que antes había sido su compañero.

Así las cosas, y dejando correr los años, sucedió que don Baltasar Hidalgo, ya Mariscal de Campo, fué designado para desempeñar la Capitanía general de las Provincias Vascongadas, y al tomar posesión de su destino, dejaron de presentarse á él los oficiales de Artillería de Vitoria, que es donde tenía su residencia el Capitán general, y dejaron de presentarse alegando que se hallaban enfermos.

Parece también que el citado General dispuso quedasen arrestados en el Hospital militar los oficiales enfermos, y no habiendo local á propósito para ello, pues los oficiales que se hallaban en este caso eran cuatro, pidió autorización para trasladarlos al Castillo de la Mota, de San Sebastián. El Gobierno le contestó que *puesto que en el Hospital militar no habia local donde colocarlos, pasasen arrestados á sus casas*, porque el destino de un oficial á un castillo significaba una penalidad. Hidalgo contestó con el siguiente despacho telegráfico: «Acatando su orden, y no permitiendo mi dignidad el ejecutarla, ruego á V. E. presente á S. M. la dimisión de mi cargo y la renuncia de mi empleo de Mariscal de Campo; en el concepto de que, para que tenga efecto aquella orden, entrego hoy el mando al Brigadier de Ingenieros, y marcho esta noche á esa Corte, donde presentaré por escrito á V. E. mi dimisión y renuncia, y volveré probablemente, y como particular, por mi honra abandonada.» Hablaron Vidart, Nouvilas y Lagunero, se leyó una larga é interesante carta de Hidalgo, fechada en París el 28 de Octubre de 1867, explicando los hechos ocurridos en el cuartel de San Gil el 22 de Junio del año anterior, y vindicando el Presidente del Consejo de ministros la conducta del Capitán general de las Provincias Vascongadas, quedó, por el momento, terminado el incidente.

***

Antes de la ley orgánica del Poder judicial, concurrían los ministros de Gracia y Justicia al acto solemne de la apertura de los Tribunales, que tenía lugar en el Supremo, con el uniforme que es propio de su cargo, y hallándose Montero Ríos al frente de aquel ministerio, ocupándose de la redacción de la citada ley orgánica, de acuerdo con el Presidente del Tribunal Supremo, D. Pedro Gómez de la Serna, al redactar el art. 210 determinó que, cuando el ministro de Gracia y Justicia presidiese el Tribunal Supremo, no llevara más uniforme que la toga con el distintivo que dispusiese una Real orden; algún tiempo después apareció ésta, disponiendo que el distintivo mencionado había de ser un collar á semejanza del que usaba el Presidente del Tribunal Supremo.

Interpeló el diputado Zugasti á Montero Ríos, sobre la construcción del collar, y Montero Ríos contestó (1) dando minuciosos detalles de las vicisitudes por que pasó la construcción del collar y de la forma de su abono (6.000 duros) al platero Moratilla. Parte se pagó con el producto de la venta de las leyes que se publicaban por el Ministerio de Gracia y Justicia, en una imprenta que sostenía el mismo con los fondos de Cruzada; y parte, por cuenta de una cantidad que existía en la Caja de Depósitos, importe de los que se hacían para interponer el recurso de casación en lo civil, y que se declaraban caducados cuando el recurso era desestimado por la Sala primera del Tribunal Supremo. Esa cantidad no figuraba en las cuentas generales del Estado; estaba á disposición de la Sala de Gobierno del Tribunal Supremo, y se la destinaba á las atenciones extraordinarias de Justicia.

Excusado parece añadir, que la gente joven aprovechó el asunto para sacar algún chiste respecto al collar del señor Ministro de Gracia y Justicia.

CARLOS CAMBRONERO

(Concluirá en el número próximo.)

(1) 18 Noviembre 1872.

ITÁLICA

DOLOROSAS VICISITUDES DE SUS RUINAS

Al recorrer impresionado y ansioso las calles de la humilde villa de Santiponce, torcidas y desiguales, y de bien modesto caserío, asemejable todo él, y enjabelgado pródigamente á la andaluza,—parecíame sentir bajo mis pies los crujientes y deformados restos de aquella gran ciudad, aparatosa y opulenta, que debió ser orgullo de potentados y patricios, arruinada tras efímera existencia nadie conocía cuándo, desaparecida sin que se sepa cómo, y sepultada en fragmentos siglos hacía, bajo aquel suelo polvoriento, hollado con indiferencia por tantas generaciones.

Antojábaseme que los muros de aquellas viviendas, construídas con los despojos de la infeliz Itálica, debían ocultar bajo las capas reiteradas de la cal que los cubría, tesoros desconocidos de Arte, despedazados impíamente quizás para su mejor acomodo en la obra, y hasta que las salientes piedras, con que tropezaba en mi camino, fragmentos eran del fino mármol animado por el cincel de prodigioso artista anónimo, para convertirle al soplo de poderosa inspiración en magistral escultura!

Era para mí en aquella ocasión la villa, á modo de singular vegetación urbana, surgida y arraigada con lúgubres esfuerzos entre descompuestos escombros mutilados, y con ellos

construída y alimentada, bien así como las plantas parásitas y salvajes brotan de entre las tumbas, y se nutren de la substancia transformada que les ofrecen los cuerpos allí sepultados; y la iglesia del *Monasterio de San Isidoro del Campo*, erigida de igual manera con escombros, y orgullosa y enfática, entre otras obras de arte, con las notables esculturas de Montañés, que el retablo mayor decoran, y con los despojos mortales del héroe de Tarifa, evocaba involuntariamente en mi memoria cierta poesía del insigne D. Ventura Ruiz Aguilera, mi cariñoso amigo de otros días, ya casi puesto en injusto olvido por los contemporáneos, y en la cual, el cuerpo corrompido del precito condenado por la justicia vengadora de los hombres, y enterrado fuera de sagrado como una bestia, daba también su substancia á lozanas espigas de dorado trigo, que luego, para escarnio de la previsión humana, se convertían en la Hostia consagrada que el sacerdote alzaba solemnemente en el santo sacrificio de la Misa!

De la propia suerte, bien que no con tal trascendencia religiosa y tal solemnidad augusta, del cuerpo muerto, sepultado y corrompido de la pagana Itálica, perseguidora cruel un tiempo de los confesores de Cristo, habían brotado, primero, el templo en que se congregaron sus sacerdotes para adorarle, y después, la cristiana villa de Santiponce, nutriéndose constantemente con la substancia transformada del cadáver nefando del idólatra.

No era, con todo, nuevo para mí, ni mucho menos, el espectáculo con que me brindaba la modesta villa, á causa de él escarnecida con frecuencia por algunos escritores, ni podía extrañar tampoco el procedimiento sin interrupción seguido por los vecinos de Santiponce desde 1595, fecha al nacimiento de la población atribuída, en la edificación de sus hogares: que uso y costumbre fué y será, en el encadenamiento de la vida, el servirse las generaciones posteriores de los despojos aprovechables de las que pasaron y desaparecieron.

Yo había visto, allá en la humilde Peñalba de Castro, de

Burgos, construídos los míseros edificios de aquella escondida población de labradores, con insignes y muy interesantes restos de la afamada *Colonia Sulpicia Cluniense*, parte de cuyo solar ocupa, y al descubierto, como engalanándose con tales reliquias, aparecían los muros formados ó con sillares del *Teatro*, derruído casi, ó con pedestales y con aras, trozos de relieves y de frisos, de *stellas* sepulcrales y cornisas, de epígrafes, no todos conocidos, y columnas!

Yo había visto las largas é inacabables cercas de los corrales construídos en el siglo XVIII para la yeguada que hubo entonces en la dehesa de *Córdoba la Vieja*, donde pastaron después, entre otras, las reses bravas de Saltillo y del marqués de los Castellones, y las de *Lagartijo* pastan; y labrados estaban en toda su extensión aquellos tapiales con los despojos finamente entallados y sorprendentes muchos, de la fantástica *Medina-Az-Zahrá*, que hoy felizmente descubre por orden del Estado mi buen amigo y compañero el arquitecto Velázquez, que ha recogido allí verdaderas maravillas, de superior interés para la Historia y para la Arqueología.

Con los mismos despojos de la ciudad floreciente de Abd-er-Rahman III, erigido fué á principios del siglo XV en el *Monte de la Novia*, allí inmediato, el *Convento de San Jerónimo*, depositario que había de ser más tarde de los trofeos personales de Boabdil, recogidos el año 1483 en la famosa batalla de Lucena; utilizados en la incomparable *Mezquita-Aljama* cordobesa, capiteles, fustes y relieves visigodos; en el *Conventual* de Mérida, pilastras hermosas visigodas; restos de igual especie, en la *Mezquita de Bib-al-Mardóm*, en lo que de las antiguas fortificaciones queda, en los reparos del *Puente de Alcántara* y del *Castillo de San Servando*, en los templos y otras partes de la imperial Toledo, y en general, por todas partes había encontrado sillares y miembros arquitectónicos de castillos, fortalezas y construcciones antiguas más ó menos arruinadas y ruinosas, como en la vieja Accinipo acontecía, arrancados de los caducos edificios, ó extraídos afanosamente de sus

yacimientos, para labrar con ellos sus viviendas á mansalva los moradores de los pueblos comarcanos.

No me sorprendía, pues, ni podía sorprenderme ni indignarme, que en el siglo XIV fuesen erigidos los muros de la iglesia y del *Monasterio de San Isidoro del Campo*, con despojos recogidos del solar de Itálica, ni que en los siglos XVI y siguientes, y hasta en nuestros días mismos, como á comunal cantera de propiedad mostrenca, acudiesen á las ruinas de la engreída Colonia italicense los vecinos de Santiponce, haciendo allí abundante cosecha de excelentes materiales constructivos... Aquella era la ley universal en todos los pueblos, y no había motivo para escandalizarse porque allí se hubiera inexorablemente cumplido y se cumpliese...

Con ocasión de las obras de trastornadora reforma en el *Monasterio de San Isidoro* ejecutadas, y terminadas al parecer en 1524 (1), hubo de recoger acaso de aquellas ruinas venerables, el prócer sevillano D. Fadrique Enríquez de Rivera, primer marqués de Tarifa, algunas de las reliquias monumentales que trasladaba solícito á Sevilla, para enriquecer con ellas, como lo había hecho con otras que de Roma trajo, la señorial morada que á la sazón espléndidamente construía, y hoy *Casa de Pilatos* denomina el vulgo (2). De Itálica procedía, según el letrero que lo consignaba, el fragmento escultural, «desde la cintura hasta las rodillas con corta diferencia, y ropaje talar», resto de varonil estatua que, con otros de Estepa, había piadosamente recogido por su parte, en su casa de campo de

(1) D. Demetrio de los Ríos, *El Monasterio de San Isidoro del Campo*, artículo publicado en *La América* del 8 de Mayo de 1879.

(2) Tanto Rodrigo Caro como Zúñiga, hablan de los «verdaderos tesoros artísticos, arqueológicos y bibliográficos», reunidos en su morada por el marqués de Tarifa y los duques de Alcalá, sus sucesores; pero ni el uno ni el otro, el corógrafo y el analista, hablan especialmente de nada que de las ruinas de Itálica procediese. Acerca de esto, puede verse cuanto dice mi docto y querido amigo Sr. Gestoso, en las páginas 185 y 186 del t. III de su *Sevilla monumental y artística*, y lo que, después, á la pág. 603 del mismo tomo indica.

Lora, á principios ya del siglo XVII, y quizás cuando en 1603 se instalaron en la nueva Santiponce los moradores de la que el río acababa de destruir en aquella fecha, el ilustre anticuario D. Juan de Córdoba Centurión, marqués de Laula, y D. Antonio Ponz menciona (1); «y no es aventurado suponer,—conforme apunta con excelente criterio el arqueólogo hispalense Sr. Gestoso,—que en las colecciones que reunieron... los sevillanos Argote de Molina, el Dr. Juan de Torres, el maestro Francisco de Medina, D. Juan de Arguijo, D. Juan Lucas Cortés, y otros muchos más, lucirían seguramente preciosos objetos de aquella procedencia, que la casualidad, más que la intención determinada, ponían de manifiesto á cada paso» (2).

Como en los tiempos anteriores, erguíanse las resistentes moles del monumental *Anfiteatro*, de cuyas borrosas graderías habían sido arrancados ya no pocos sillares de berroqueña, para emplearlos dentro y fuera de la localidad en diversas construcciones, sin que, en medio del amor que hacia el clasicismo despertaron en todas partes los esplendores del Renacimiento, á nadie hubieran realmente preocupado ni la facilidad y la frecuencia con que el suelo devolvía en Santiponce y sus cercanías los restos de la opulenta colonia romana desaparecida, ni las ingentes moles venerables de aquel soberbio edificio que, á través de no determinadas vicisitudes, iba hasta entonces sobrellevando el peso de los siglos, y triunfando de la pertinacia aniquiladora de los hombres.

No había, sin embargo, de tardar el momento en que fuera decretada su total ruina. Corría el año de 1711, y el Guadalquivir amenazaba desbordado penetrar en Sevilla; para prevenir el desastre, mandábase demoler el *Anfiteatro* como cosa inútil, para labrar un muro de contención, y con picos, con barrenos y con pólvora acometióle falange de obreros afanosos; mas resistió el gigante inconmovible la agresión, y bien

(1) *Viaje de España*, t. XVII, Carta quinta, párrafo 9 (pág. 218).
(2) Op. cit., t. III, pág. 603.

que herido bárbaramente, permaneció en pie por fortuna, aunque ayudaban á su destrucción «más rústicas y feroces fuerzas con menos urgente necesidad», y cada día eran «echadas por tierra enormes masas para construir miserables albergues» (1).

Quebrantado de esta suerte, algo hubo de afectar á la robustez de su fábrica el terremoto de 1755, que causó allí otros estragos, siendo también despojos suyos los que en 1771 se emplearon en las obras del *Patín de las Damas del Alcázar*, y en las de la calzada de Castilleja (2). De vez en cuando, en excavaciones practicadas al acaso y por motivos diferentes, pero sin propósito ni plan determinados y fijos, lograban ser salvadas algunas de las memorias por accidente descubiertas, según desde 1753 venía aconteciendo. A estas excavaciones fueron debidos los muy interesantes hallazgos del conde del Aguila, de Bruna, de Wetherell, del P. Ceballos, del P. Moscoso y otros; y aunque no todo lo que hubo de encontrarse á la sazón se conserva, por desdicha,—mucha parte de ello figura hoy en el *Museo Provincial* para gloria de Itálica.

Acometidas en 1794 las obras del camino real á Badajoz, hoy carretera de Extremadura, tanto las ruinas de la antigua

---

(1) Así en aquella fecha lo refiere el deán de Alicante D. Manuel Martín, en carta al marqués de Maffei, que cita Matute y Gaviria á la pág. 36 de su *Bosquejo de Itálica*, y de quien lo toma mi señor tío D. Demetrio (págs. 13 y 61 de su *Memoria arqueológico-descriptiva del Anfiteatro de Itálica*, publicada en 1862 por la Real Academia de la Historia). A pesar de que Rodrigo Caro le llama *despedazado Anfiteatro*, el deán de Alicante aseguraba con singular optimismo, que en 1711 «permanecía en su mayor integridad y hermosura».

(2) Manuscrito que fué de D. Jorge Díez, citado por mi tío (Op. land., pág. 61), quien agrega (pág. 62): «A las obras de Castilleja de la Cuesta, de que habla el citado Ms., debe referirse sin duda la queja que elevó el diligente Bruna al conde del Aguila, en forma de oficio, la cual, de su puño y letra, se conserva en el *Archivo Municipal* de Sevilla» (Apéndices, núm. 4); tiene la fecha de 18 de Junio de 1771, y da conocimiento de cómo estaban desbaratando el *Anfiteatro*... y trayendo los argamasones para la obra de la cuesta de Castilleja, cosa—decía,—...que nos dará una fama de bárbaros.»

ciudad, como las del *Anfiteatro*, fueron puestas á contribución sin piedad de ningún género; y aquella vía, que partiendo de Triana debía de ser fuente de progreso y de cultura para Santiponce, origen fué desde sus comienzos de las desventuras que por su causa han experimentado hasta el presente las reliquias de la infeliz y destruída Colonia, y del *Anfiteatro*.

Bordeando por su derecha el caserío de la villa, el trazado de la carretera hacíala pasar precisamente sobre las reliquias de la pretendida patria de Trajano. Con motivo de la explanación y de las demás indispensables obras, al descubierto se ofreció en largos espacios, dejando las llamadas *Eras del Monasterio* á su izquierda, el espectáculo de aquellos restos escultóricos y arquitectónicos que fueron otro tiempo bellísimas obras de Arte, con las cuales se honró la población derruída; mármoles, jaspes, bronces, pavimentos, escombros de toda especie... Hermosos materiales en su mayoría para el afirmado, con los que la casualidad brindaba pródiga y generosa, y que fueron con gratitud aprovechados, acabando de destruir para menuda grava, lo que conservaba aún formas apreciables, y era quizás de tan superior valor artístico cual de incuestionable precio arqueológico.

¿Quién, al cabo ya de más de un siglo, podrá sospechar siquiera la cantidad y la importancia de cuanto puso la ocasión inopinadamente ante los ojos de los trabajadores, y despedazaron éstos con dolorosa indiferencia y esfuerzos reiterados, sin comprender su mérito ni su valía? ¿Quién podrá apreciar al presente si el estado, la situación y la disposición en que la herramienta ciega del obrero sorprendió el yacimiento de aquellas reliquias, aparecidas de improviso y como por ensalmo, eran la disposición, la situación misma y el estado en que habían permanecido inertes desde la destrucción fatal de Itálica, ó había sido ya removida en otras ocasiones la triste sepultura de la espléndida Colonia?

¡Quién sabe, si con motivo de estas obras habría resultado posible llegar al conocimiento de la forma en que hubo de

cumplirse el fatal destino de aquella infeliz población desventurada! «Trozos de cornisas y pedestales convertidos en guardarruedas», vió Ceán Bermúdez á lo largo de la carretera (1), y Matute y Gaviria en 1826, no rehuía declarar, cómo al tiempo que preparaba su obra para la imprenta, «continuaban las excavaciones y destrucciones en Itálica, *con el objeto de resanar con sus despojos el próximo camino de Extremadura*» (2). En la grava del mismo proseguían sucumbiendo machacados, y siendo deshechos en polvo por las ruedas de los carros y los cascos de las caballerías, mármoles exquisitos, en los que habían impreso su sello divinal el Arte!

No tengo á mano, desde la fecha del libro de Matute, pruebas testimoniales de los daños que lenta y constantemente, y al mismo compás de los que en las ruinas continuaban causando los vecinos de Santiponce, eran también por su parte originados para la conservación y el entretenimiento de la carretera de Extremadura; pero aunque no los tengo, habrán de constar de alguna manera, hasta llegar á los comienzos del año de 1844. Ya en éstos, y á 12 del mes de Enero, doliéndose de cuanto se destruía en Santiponce y el *Anfiteatro*, decía el periódico semanal de Literatura y Artes que con el título de *La Floresta Andaluza* se publicaba en Sevilla: «No sabemos nosotros á quién culpar en el *atentado cometido* contra unas ruinas tan venerables; hemos oído decir,—proseguía,—*que se destruyen para componer la carretera*, y también se nos ha dicho *que se extraen los sillares* [del *Anfiteatro*] *por los vecinos del pueblo* [de Santiponce] *para labrar casas.*»

Poco efecto debieron producir las quejas de entonces, cuando con la misma persistencia seguían siendo utilizados para las reparaciones de la carretera los restos de Itálica. Demuéstralo así, el artículo que en *El Porvenir* de Sevilla, del 2 de Noviembre de 1855, publicaba mi señor tío, ya citado, el arquitecto

(1) *Sumario de las antigüedades romanas*, pág. 284.
(2) *Bosquejo de Itálica*, pág. 51.

D. Demetrio, manifestando que las lluvias otoñales habían ocasionado estragos en la dicha carretera, y que el ingeniero se disponía á repararlos «destruyendo las ruinas inmediatas á Santiponce», empleadas «otras veces con el mismo uso», pues juzgaba «vulgar preocupación», la que á ello se oponía (1).

Hacíase eco la prensa de Madrid de lo dicho por la sevillana (2); y declarando que el Gobierno que á la sazón regía los destinos de España no era «capaz de tolerar» el «sacrílego proyecto» del ingeniero de Sevilla, «por más que desde el año 40 al 43 se ensayara el bárbaro atentado contra las ruinas de Itálica que se quiere consumar en 1855»,—con el título de *Rasgo del embajador inglés*, publicaba *El León Español*, diario monárquico constitucional de Madrid del día 10 del propio mes de Noviembre, la siguiente carta, que, con fecha del 9, le dirigía lord Howden, general Caradoc, embajador de Inglaterra:

«Sr. Director de *El León Español*.

»Muy señor mío:

»Habiendo leído en el número de ayer de su estimable periódico, un bien sentido artículo de asombro, *con motivo de la extraordinaria propuesta de emplear los venerables restos de Itálica como materiales para componer un camino*, me siento animado de un vivísimo deseo de añadir mis humildes esfuerzos á la poderosa voz de usted, *para evitar semejante profanación; y desde ahora me obligo, como individuo particular,* Á PAGAR DE MI BOLSILLO, *para el objeto indicado,* UNA CANTIDAD EQUIVALENTE Á LO QUE PUEDA VALER, *según tasación hecha sobre el terreno,* LA PIEDRA QUE SE INTENTA EXTRAER DE LAS RUINAS.»

(1) *El León Español*, diario de Madrid, en el número del 8 de Noviembre, insertaba parte del oficio en que el ingeniero proponía al gobernador se destinasen á reparar la carretera, las ruinas de Itálica, diciendo: «He recurrido á V. S. en demanda de piedra *que puede extraerse de las ruinas inmediatas á Santiponce, porque se han utilizado otras veces en el mismo uso, y porque tengo por vulgar la preocupación que á ello se opone.*»

(2) *El León Español*, número citado.

«La magnífica oda de Rioja,—añadía, porque aún no se había demostrado que la *Canción á las Ruinas de Itálica* es de Rodrigo Caro,—*tiene eco hasta en el oído de un extranjero.*»

La caballeresca intervención del Embajador de Inglaterra,—que es muy de agradecer, pero que resultaba en definitiva poco honrosa para los españoles,—debió de producir efecto en las esferas oficiales, pues, suspendidos de orden superior los trabajos el 27 de aquel mes, el 5 del siguiente, y bajo la presidencia del Gobernador de la provincia, que lo era D. Mariano Castillo, se levantaba y publicaba un *Acta*, que tengo á la vista, y en la cual, como ocurre siempre en estos y otros casos parecidos, se procuró atenuar piadosamente el hecho, declarando con notoria y complaciente benevolencia:

1.° Que el ingeniero jefe del distrito de Sevilla estaba «autorizado» para «*recoger la piedra suelta é informe que en pequeñas cantidades y sobre la superficie del terreno*, existe en las inmediaciones de la villa de Santiponce, *la cual*,—dice el *Acta* sin reparar en el contrasentido que encierra esta afirmación,—*emplean sus vecinos en la construcción de casas*; que para recoger solamente estas piedras sueltas é informes, en corta cantidad esparcidas sobre la superficie del terreno, «dispuso comenzasen los trabajos hacia el P. del *Anfiteatro* y el padrón de un olivar inmediato, *descubriéndose*, á consecuencia de esta operación (la de recoger las piedras superficiales), un trozo de cimiento de mampostería ordinaria de 90 metros, *perteneciente, al parecer, al recinto de la ciudad*», y que, por hallarse el ingeniero director ausente, «los operarios *habían profundizado*, contra las órdenes recibidas, *haciendo una excavación, de donde extrajeron algunos materiales*», los cuales, se agrega como atenuación, formaban parte del cimiento.»

2.° Que en la operación de recoger la piedra informe, suelta y superficial, que era lo único para lo que estaba autorizado el ingeniero, «no muy distante de esta muralla (trozo de cimiento se la denominaba en el apartado anterior), y frontetero á las *Thermas*», habían sido puestos al descubierto «con

loable esmero, dos muros de 27 metros de longitud, que... sustentaban una bóveda construída de hormigón», pertenecientes á un edificio que «se considera muy importante».

3.° «Que *al nivelar* el piso de una calle dentro del pueblo, *con el objeto de llevar materiales á la carretera*», lo cual no era tampoco recoger piedra suelta, se habían verificado otros descubrimientos que se señalan.

Y 4.° «Que en las ruinas *hasta ahora conocidas,* así como en el *Anfiteatro*», no habían tocado los trabajadores, «si bien *recogieron algunos escombros* en el sitio nombrado *el Palacio*», no habiendo experimentado ningún daño «los muros, y hoy puede examinarse mejor,—dice,—*porque esta operación se ha hecho con señalada inteligencia*».

Creo yo que huelga todo comentario, y que las respetables personas que suscribieron el *Acta* casi reproducida (1), procedieron con el noble deseo de no ocasionar perjuicio á nadie, ya que no había remedio para lo hecho. Por desventura, esta generosidad no produjo efecto para lo sucesivo. En 3 de Octubre del siguiente año de 1856, veíase la Diputación Arqueológica de Sevilla en el triste caso de poner oficialmente en conocimiento del gobernador, Sr. D. Rafael Navascués, que estaban «destrozándose las moles del famoso *Anfiteatro,* para conducir los escombros á la próxima carretera de Extremadura»,

(1) Aparecen en ella, firmando con el gobernador, D. Antonio Arístegui y Ponce, individuo de las Diputaciones Provincial y Arqueológica; D. José María de Alava y Urbina, catedrático de Derecho Romano en aquella Universidad; D. Miguel de Carvajal y Mendieta, vocal de la Comisión Provincial de Monumentos; D. Juan José Bueno, director y fundador de la Diputación Arqueológica; D. Lorenzo Cardenal, ingeniero y segundo jefe del distrito; D. Antonio Sánchez-Castilla, secretario del Gobierno civil; D. Demetrio de los Ríos, arquitecto y catedrático de la Escuela de Bellas Artes; D. León Carbonero y Sol, catedrático en aquella Universidad; los individuos de la Diputación Arqueológica D. Manuel M. Bascones, D. Antonio del Canto y Torralbo, D. Manuel González Reinoso, D. José Sánchez-Reciente y D. José María Bandarán, y los secretarios de la misma Diputación, D. Antonio María Ariza y D. Francisco Collantes.

y cometiéndose otros estragos con motivo de la feria de Santiponce (1). El gobernador, con celo digno de superior elogio, se apresuraba el día 6 á ordenar al comandante de la Guardia civil de la indicada villa, diese las órdenes oportunas «para que *inmediatamente, y sin admitir excusas de ningún género*», impidiese que «por *persona alguna se extraigan*—dice,—*piedras ni materiales de las ruinas de Itálica*, estorbando que continúen destruyendo los restos de que trata, *sea quien fuere* el que esté encargado y mande ejecutar estos trabajos, que *en el acto han de quedar suspensos*» (2), y al mismo tiempo comunicaba al ingeniero del distrito, D. José Soler y Mena, la orden de que «dispusiese desde luego que cesaran los trabajadores, *desde ahora para siempre, de extraer un solo polvo de tierra de las ruinas de Itálica y de sus inmediaciones*» (3).

El Centinela de Andalucía, periódico de Sevilla, reproducía el 7 de Noviembre un artículo de *El Criterio*, de Madrid, denunciando estos atentados, y recordando su autor, que al visitar «aquellas venerables ruinas en 1840», oyó «decir al ingeniero que mandaba en aquel departamento, *que el camino de Extremadura se tragaría el Anfiteatro*»; y mientras la *Revista de Obras Públicas* rechazaba á nombre del Cuerpo de Ingenieros toda participación en el atentado de Itálica, justamente censurado por *El Criterio*, *El León Español*, *El Diario Español*, *La Regeneración*, y otros periódicos de la Corte,—no dejaba, sin embargo, indefenso la indicada *Revista* profesional el hecho, formulando las siguientes peregrinas preguntas, que fueron por *El Criterio* contestadas: «¿Basta que una piedra haya sido hace diez y seis ó diez y ocho siglos *untada con mortero romano* para que no pueda ya emplearse hasta el fin del mundo en ninguna obra de utilidad pública ó privada?» «¿Desde qué fecha es *respetable lo antiguo*, y *una profanación* darle nuevas aplicaciones»?

(1) *El Porvenir*, de Sevilla, del 28 de Octubre de 1856.
(2) Idem id.
(3) *El León Español*, de Madrid, del 30 ó 31 del propio mes.

De la relación anterior, y de los acontecimientos consignados, deducía yo sin esfuerzo, que el camino real ó carretera de Extremadura había sido desde el año 1794 el mayor enemigo que, por lo menos, hasta 1856, tuvieron las ruinas de Itálica y el *Anfiteatro,* descontado el pueblo de Santiponce, cuyo caserío, por lo general, está construído con aquellas reliquias, explotadas aún en nuestros días por los vecinos de la localidad expresada. La campaña emprendida valientemente por mi tío D. Demetrio, secundada por la Diputación Arqueológica de Sevilla, por la prensa sevillana y madrileña, por las Reales Academias de la Historia y de SanFernando, en cuyas decisiones intervenía mi Padre, y, finalmente, amparada en 1856 por el inolvidable D. Claudio Moyano, ministro á la sazón de Fomento, daba, al parecer, como resultado, el respeto oficial á aquellas memorias venerables; y la visita que en 1862 hicieron á Itálica SS. MM., de tal suerte excitó el entusiasmo, no exento de romanticismo en los sevillanos, que entre ellos surgió la idea de construir en las ruinas una población, la cual debía llevar el nombre de *Itálica-Isabelina.*

Había hecho Isabel II, con la generosidad propia de su carácter, un donativo para proseguir las excavaciones; ofrecieron los ministros que el Gobierno ayudaría á la empresa, y que para ello facilitaría además doscientos penados; y enardecidos los amantes de la antigüedad con estas promesas, soñaron con resucitar la que decían ciudad de Trajano y de Teodosio, reconstruyéndola, como si en realidad fuera posible dar la vida á un cadáver, con el lapso de los siglos desconcertado y descompuesto.

Afortunadamente, la idea no pasó de serlo, y con excelente y sano criterio, en 26 de Octubre de 1862 hacía notar mi tío, desde las columnas de *La Andalucía,* como era la verdad, que todas las excavaciones practicadas hasta el día habían sido encaminadas «más bien á llenar los Museos de objetos arqueológicos que para estudiar las grandes cuestiones históricas» con que podía brindar Itálica; es decir, que nadie había hasta

entonces procedido, desde el siglo XVI, á practicar allí excavaciones sino con el propósito único de *extraer* los restos más ó menos monumentales que la casualidad y la buena fortuna de los investigadores proporcionasen, ya para conservarlos como objetos curiosos, ya para enajenarlos, ya para que fuesen dolorosamente destruídos por ser su extracción difícil y costosa, conforme acontecía con los pavimentos de mosáico, y ya para donarlos, según ocurrió con la cabeza de Minerva, ó atribuída á Minerva, hallada en 1839, y que «se llevó á Su Majestad», é ignoro su actual paradero, y «otra que regaló el señor de San Millán al Secretario de la Embajada de Francia» entonces, y de las mismas excavaciones procedía (1).

Era preciso algo más que contentarse con recoger de entre los escombros de vez en cuando testimonios de la opulencia de Itálica, más ó menos expresivos é interesantes; y á esta labor, desde 1859, tendieron todos los esfuerzos de aquel mi pariente, desenterrando en primer término el *Anfiteatro,* en mucha parte oculto aún entonces por la tierra. El generoso donativo de Isabel II sirvió para dar en 1863 mayor impulso á los trabajos, «extrayéndose del *Anfiteatro* doble cantidad de metros que en años anteriores, y reconociendo en él largas y hermosas galerías en perfecta conservación.»

«Pero ¿qué es esto,—decía en 20 de Noviembre del año referido,—comparado con lo que debiera hacerse? ¿Quién es capaz de calcular los millares de metros cúbicos de tierra que llenan la planta baja del *Anfiteatro?* ¿Quién sabe los edificios y preciosidades que aún permanecen ocultos dentro del perímetro de la antigua Itálica?» «Mil veces, aseguraba haber oído

(1) Consta así de los «Fragmentos de los borradores de los Estados de los objetos extraídos en la Excavación de Itálica, remitidos al Gobierno de Su Majestad», manuscrito que proporcionó á mi tío D. Demetrio mi señor Padre, y cuyo conocimiento debo á la galantería con que mis primos D. Isidoro y D. Fernando de los Ríos y Valdivia me han facilitado estos y otros datos que utilizo de presente y guardaba mi señor tío, ya nombrado.

exclamar á los individuos de la Diputación Arqueológica y á los de la Comisión provincial de Monumentos: «Si se hiciese junto á Itálica una vía ferrea, si se emprendiesen grandes obras de terraplenes, acaso convendría á alguna asociación levantar parte de la capa que cubre la antigua ciudad, ¡acaso ayudaría á desenterrar siquiera el *Anfiteatro!*»

Porque,—observaba,—«el suelo de Itálica pertenece á muchos propietarios; el *Anfiteatro* está debajo de sus plantas...; la propiedad particular rodea en tal manera las ruinas, las estrecha tanto, *que no hay sitio para vaciar las tierras que se extraen de las excavaciones*», habiendo sido siempre este «el compromiso» en que se veían los exploradores (1), el cual había de dar más tarde ocasión al descubrimiento inesperado de aquellos 24 mosáicos y de aquellos edificios que, á partir del 27 de Julio de 1872 (2), fueron sucesivamente apareciendo en los olivares próximos al *Anfiteatro*, y dados á conocer por mi tantas veces ya citado tío (3).

Los deseos de los individuos de la Diputación Arqueológica y de la Comisión Provincial de Monumentos, cumplidos están ya, pues por las proximidades de Santiponce discurre la vía férrea de San Juan de Aznalfarache á Cala, y en Santiponce tiene estación; para cruzar la *Vegueta* ha construído aquella empresa ferroviaria alto terraplén indispensable; pero si las tierras que lo forman no proceden de las extraídas en el *Anfiteatro*, proceden de los egidos del pueblo, y causa fué la extracción de las mismas de los interesantísimos descubrimientos verificados el año de 1903, y estudiados en muy docta *Memoria* del Sr. D. Manuel Fernández López, publicada en 1904.

---

(1) *Itálica-Isabelina*, artículo publicado en la *España Literaria*, de Sevilla, número 2, correspondiente al 20 de Noviembre de 1862.

(2) *Itálica*, artículo publicado en *La Legitimidad*, de Sevilla, correspondiente al 2 de Agosto de 1876.

(3) *Itálica.—Últimos descubrimientos de 1874.* (*La Ilustración Española y Americana*, números del 15 de Enero y 8 y 28 de Febrero de 1875.)

Excavaciones parciales verifícanse constantemente por los particulares. Todos recuerdan en Santiponce las practicadas por el docto hispanófilo norteamericano Sir Arthur Milton Huntington, y ponderan el número y calidad de los objetos extraídos, los cuales fueron trasladados al *Museo* que en New-York posee aquel potentado, á quien la funesta guerra de 1898 obligó á marchar de España, abandonando sus exploraciones de las ruinas de Itálica, con gran sentimiento de los vecinos de Santiponce. En las *Eras del Monasterio,* en los olivares, en los corrales de las casas, por todos lados, han sido hechas y prosiguen haciéndose excavaciones y continúan apareciendo mosáicos, los cuales son adquiridos por los particulares, según ocurrió, entre otros, con el *Mosáico de Baco*, trasladado por D. Eduardo Ibarra á su casa de Sevilla (1), y ha acontecido en ocasiones varias, figurando algunos en las moradas respectivas de la señora de Manjón y de los señores de Iturbe (2).

En Santiponce y en Sevilla, se recuerda asimismo al *albañil Rodríguez*, en cuya casa existía un pozo, del cual es fama pública que extraía fácilmente, y siempre que á ello se le invitaba, objetos de más ó menos valor, romanos, que algunas personas conservan (3), como se recuerda á D. Gaspar Palomar, al

(1) Dió á conocer este mosáico el ilustre arqueólogo D. Pelayo Quintero en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones,* correspondiente al mes de Enero de 1902, páginas 19 á 22. Actualmente, en tierras que son de la propiedad de la viuda é hijos de D. Juan Agustín González, se ha descubierto otro mosáico, cuya parte central, adquirida por el señor Ibarra, ha sido trasladada ya á su casa, subsistiendo en el terreno sólo la guardilla del pavimento.

(2) *Boletín* citado, pág. 22. La colección italicense que posee en Sevilla la señora de Manjón es verdaderamente notable por la calidad, la categoría, el mérito y el número de los objetos que la forman.

(3) Su hijo, José Rodríguez, albañil también, ha sido y sigue siendo uno de los más tenaces y afortunados rebuscadores de las ruinas; y si bien algunos de los objetos por él hallados en su faena merodeadora los ha enajenado al *Museo* de la provincia, á la señora de Manjón y á otros particulares, y contribuyó al éxito de las excavaciones de 1903 en la *Vegueta* de Santiponce, ha sido también uno de los que más destrucción han causado, ya haciendo cal con las piedras de los vestutos muros descubiertos,

médico que fué de aquel partido, Sr. Ballesteros, de quien se afirma poseía un *saco de camafeos* recogidos en las ruinas, y al alcalde que fué también de aquella localidad, Sr. Romero.

***

Cuando, de regreso de la última de mis expediciones á Santiponce, recogía yo en Sevilla el pensamiento, ocurríaseme, en vista de lo que enseña la historia de las excavaciones de Itálica, y de lo que enseña asimismo el espectáculo, cuotidiano casi, de los hallazgos con tanta facilidad logrados en la villa y sus alrededores, ocurríaseme, repito, habrían de ser muchas, reiteradas y de índole diversa, las dificultades con que al presente y para lo futuro tropezarían siempre las excavaciones que el Estado por su cuenta practicase en el solar de la antigua y malhadada Colonia.

Sobre gran parte de él asienta Santiponce; el resto, son tierras de pingües productos y subido precio. Desenterrar la población derruída; poner al descubierto sus vías, la planta de sus edificios públicos y privados, sus murallas, sus torres, sus templos, su *Foro*, su *teatro*, todo, en fin, lo que constituyó la urbe propiamente dicha, y ya que no otra cosa, la planta de las *villas* suntuosas que menudeaban por aquellos campos, sombreadas por hermosas arboledas, provistas de fragantes jardines, atestadas de todas aquellas menudencias que el lujo y la moda hacen de grande importancia en cada tiempo y acumulan en sus casas los poderosos, labor sería de superior interés, pero que estimo imposible.

---

cuyas trazas borraba así, ya vendiendo para ser fundidos en Sevilla no escaso número de féretros de plomo, con labores y signos, semejantes á los conservados en el *Museo* de Sevilla. Y es tal la vocación al merodeo en él y en otros muchos vecinos de Santiponce, que puede asegurarse es uno de los que más oposición y resistencia hacen, aunque pasiva, al éxito de las excavaciones que el Estado practica, por más que en ella como capataz interviene.

Imposible, porque para ello, sobre ser indispensable invertir cuantiosas sumas, se haría precisa la desaparición de Santiponce, y con ella, naturalmente, la del *Monasterio de San Isidoro del Campo*, que es Monumento Nacional desde hace treinta y nueve años. Imposible, porque, á juzgar por el estado en que han aparecido los restos de estatuaria y de arquitectura, el solar de Itálica ha sido evidentemente removido en reiteradas ocasiones, antes y después de la Reconquista cristiana, y de las excavaciones, ya particulares, ya públicas, verificadas allí desde el siglo XVI hasta el corriente...

Soñar con que ha de sorprenderse una nueva Pompeya, es quimera vana. Algo podrá conseguirse; pero no habrá de ser mucho, por grandes que resulten los esfuerzos del Estado y las aspiraciones del Gobierno.

Porque hay que convencerse de que Itálica, ni fué nunca «de nuestras ciudades romanas la mayor y la más importante», aunque haya sido «la más cantada, la más renombrada y estudiada con más empeño», ni obtuvo jamás la importancia política ó militar que obtuvieron otras varias poblaciones de una y otra Hispania. Estación veraniega, adornáronla lujosamente los patricios que iban allí á descansar en el campo, de sus tareas en la ciudad cercana. Esmeráronse en sus templos, dotáronla de *thermas*, de edificios para espectáculos, grandiosos y solemnes, como el *Anfiteatro* demuestra; acaso tuvo lujoso Foro, adornado de bellísimas estátuas, de las cuales puede ser alguna de las extraídas por Bruna en el siglo XVIII y D. Ivo de la Cortina en el XIX...

Las condiciones con que aparecen los mosáicos más hermosos en las *Eras del Monasterio* y en los olivares, patentizan, con la absoluta carencia de restos arquitectónicos, que aquellas suntuosas viviendas, alhajadas lujosamente, con sus muros pintados por modo delicioso, y sus pavimentos de mosáico, fueron, arquitectónicamente, de muy escasa valía: algo parecido á la arquitectura hoy en moda, en que el portland, el cemento y el zinc, y el ladrillo hueco, fingen magníficas construc-

ciones, que durarán bien poco, pero que dan idea de magnificencia y que recrean la vista y decoran las poblaciones.

De cualquier modo que sea, Itálica merece, sin embargo, el estudio á que convidarán sin duda los resultados de las excavaciones proyectadas, siempre que el Estado facilite los recursos que la labor continuada de muchos años habrá de hacer indispensables (1).

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

24-IV-911.

(1) Meses después, de escrito este artículo, la *Gaceta* del 8 de Julio publica la *Ley* por la cual han de regirse en lo sucesivo las excavaciones del Estado y de los particulares; pero me temo que á pesar de los excelentes propósitos de su autor, el Sr. Gimeno, no haya en la práctica de producir los efectos que con ella se pretenden.

LOS AHORCADOS

IV

«Nosotros, los de Orel...»

En la misma sesión, el consejo de guerra que había juzgado á Janson condenó á pena capital en horca á Mikhail Golubetz, de apodo Michka el Tzígano, campesino de la provincia de Orel, distrito de Eletz. El último crimen de que se le acusaba, con pruebas convincentes, era un robo á mano armada y seguido de asesinato de tres personas. Desconocíase su pasado. Vagos indicios permitían creer que el Tzígano había tomado parte en toda una serie de otros asesinatos. Con una sinceridad y una franqueza absolutas, él mismo se calificaba de bandolero y abrumaba con el peso de su ironía á aquellos que, por seguir la moda, se llamaban pomposamente «expropiadores». Complacíase en contar con todos los detalles su último crimen, pero en cuanto se tocaba á lo pasado respondía:

—¡Id á preguntárselo al viento que sopla sobre los campos!

Y si persistían en interrogarle, el Tzígano tomaba un aire digno y serio.

—Nosotros, los de Orel, somos todos cabezas calientes, padres de todos los ladrones del mundo—afirmaba con tono firme y juicioso...

Le habían puesto el remoquete de Tzígano, á causa de su fisonomía y de sus instintos de ladrón. Era flaco, extraordinariamente moreno, con manchas amarillas en los pómulos, sa-

lientes como los de un Tártaro. Su mirada era rápida y viva, llena de curiosidad, espantosa. Las cosas en que se fijaba perdían no se sabe qué; se transformaban, dándole una parte de ellas mismas. Se vacilaba en tomar un cigarrillo que él hubiese mirado, como si ya lo hubiera tenido en la boca. Su carácter extraordinariamente móvil hacíale aparecer, ora replegado sobre sí mismo, ora difundiéndose como un haz de chispas. Bebía el agua casi á cubos, como un caballo.

Cuando los jueces le interrogaban, respondía levantando con prontitud la cabeza, sin titubear, hasta satisfecho:

—¡Es verdad!

A veces recalcaba:

—¡Es *verrrdad!*

Bruscamente se puso en pie, de un salto, y preguntó al presidente:

—¿Me permite usted silbar?

—¿Para qué?—exclamó éste, asombrado.

—Los testigos dicen que yo he dado la señal á mis compinches; quiero enseñar á ustedes cómo lo hago. Es muy interesante.

Un poco desconcertado, el presidente concedió la autorización pedida. El Tzígano se puso vivamente en la boca cuatro dedos, dos de cada mano; giró los ojos con ferocidad, y el aire inerte de la sala de audiencia fué roto por silbido salvaje. Había de todo en aquel ruido penetrante, casi humano, casi animal: la mortal angustia de uno á quien matan, la salvaje alegría del asesino; una amenaza, un llamamiento, la soledad trágica, la obscuridad de una lluviosa noche de otoño.

El presidente agitó la mano; el Tzígano se detuvo con docilidad. Igual que un artista que acaba de tocar un aire difícil y de buen éxito seguro, tomó asiento, se enjugó los dedos mojados en su capote de preso y miró á los concurrentes con aire satisfecho.

—¡Qué bandido!—exclamó uno de los jueces, frotándose la oreja.

Pero su vecino, que tenía ojos de Tártaro parecidos á los del Tzígano, miró con aire soñador á lo lejos, sonrióse y replicó:

—¡En efecto, es interesante!

Sin remordimiento alguno de conciencia, los jueces condenaron á muerte al Tzígano.

—¡Es justo!—dijo el Tzígano, cuando se pronunció la sentencia.

Y dirigiéndose á un soldado de la escolta, añadió por bravuconería:

—¡Bien, vámonos, imbécil! ¡Y ten bien tu fusil, porque si no te lo quito!

El soldado le miró con aspecto temeroso; cruzó una mirada con su compañero y vió si funcionaba bien el disparador de su arma. El otro hizo lo mismo. Y durante todo el trayecto hasta la prisión, á los soldados les parecía, no que andaban, sino que volaban: iban tan absortos en el condenado, que no tuvieron conciencia del camino que recorrían, ni del tiempo, ni de sí mismos.

Como Janson, estuvo Michka el Tzígano diez y siete días preso antes de ser ejecutado. Y esos diez y siete días pasaron con igual rapidez que uno solo, llenos de un pensamiento único: el de la fuga, el de la libertad, el de la vida. El alma violenta é indómita del Tzígano, ahogada por las paredes y las rejas de la opaca ventana, gastaba toda su energía en incendiar el cerebro de Michka. Cual entre los vapores de la embriaguez, se arremolinaban, chocaban y confundían en su cabeza imágenes vivas, aunque imperfectas; pasaban con una rapidez irresistible y cegadora, tendiendo todas ellas al mismo fin: la fuga, la libertad, la vida. Durante horas enteras, con las ventanillas de la nariz dilatadas como las de un caballo, el Tzígano venteaba el aire: parecíale percibir el olor del cáñamo y del incendio. O bien daba vueltas cual una peonza en el calabozo, examinando las paredes, tentándolas con los dedos, midiendo, atravesando el techo con la mirada, serrando mental-

mente los barrotes de la reja. Con su agitación, era el tormento del soldado que le vigilaba por la mirilla; en varias ocasiones, le amenazó éste con hacer fuego.

Durante la noche el Tzígano dormía profundamente, sin rebullirse, en una inmovilidad invariable, como un resorte inactivo por el momento. Pero en cuanto se ponía en pie de un salto, empezaba otra vez á combinar, á tantear, á estudiar. Siempre tenía las manos secas y calientes. A veces, el corazón se le paraba de pronto, como si le hubieran puesto en el pecho un trozo de hielo que no se fundiera y que hacía correr por su piel un escalofrío continuo. En esos momentos, la tez ya renegrida de Michka se obscurecía aún más y tomaba el matiz azulenco de la fundición de hierro. Un *tic* estrafalario se apoderó entonces de él: como si hubiese comido de un plato excesivamente dulce, se lamía de continuo los labios; luego, con un silbido y apretando los dientes, escupía al suelo. No terminaba las palabras: sus pensamientos corrían tan de prisa, que la lengua no lograba ya formularlos.

El vigilante en jefe entró un día en la celda, acompañándole el centinela. Se escurrió en el suelo constelado de gargajos, y dijo con rudeza:

—¡Mirad, cómo ha ensuciado el calabozo!

El Tzígano replicó vivamente:

—Y tú, morrudo, has ensuciado toda la tierra, y yo no te he dicho nada. ¿Por qué me fastidias?

Con la misma aspereza, el vigilante le propuso que aceptara el oficio de verdugo. El Tzígano descubrió los dientes y se echó á reir:

—¡No encuentran ninguno! ¡No está eso mal! ¡Id, pues, á ahorcar á las gentes! ¡Ah! ¡Ah! ¡Hay pescuezos, hay sogas, y nadie para que ahorque! ¡Demonio, no está mal eso!

—¡Se te dejará la vida en recompensa!

—Ya lo comprendo: si estuviese muerto no podría hacer de verdugo.

—Vaya, ¿sí ó no?

—¿Y cómo ahorcan entre vosotros? Probablemente se estrangulará á las gentes á escondidas...

—¡No, las ahorcan con música!—replicó el vigilante.

—¡Imbécil! Ya se comprende, hace falta música... ¡Como ésta!...

Y se puso á cantar un aire arrebatado.

—¡Te has vuelto completamente loco, amigo! Vamos, habla en serio, ¿qué decides?

El Tzígano enseñó los dientes.

—¡Pues no tienes poca prisa! ¡Vuelve y te lo diré!

Y el caos de imágenes confusas que agobiaban al Tzígano se aumentó con una nueva imagen: en medio de una plaza negra de gentío, álzase un patíbulo sobre el cual él, el Tzígano, se pasea con camiseta roja y el hacha en la mano. El sol ilumina las cabezas, juega alegre en el metal del hacha; todo es tan regocijado, tan magnífico, que hasta el mismo á quien van á cortar la cabeza se sonríe. Detrás de la multitud se ven los carros y los hocicos de los caballos: los campesinos han venido á la ciudad con esta ocasión. Más lejos todavía, los campos. El Tzígano se lamió los labios y escupió al suelo. De repente, le pareció que acababan de meterle la gorra de piel hasta la boca: todo se puso obscuro; jadeó, y su corazón se transformó en un pedazo de hielo, mientras pequeños escalofríos le recorrían el cuerpo.

Dos veces más volvió el vigilante; con los dientes á la vista, el Tzígano le respondió:

—¡Pues no tienes poca prisa! ¡Vuelve otra vez!

Al fin, un día, el carcelero le gritó al pasar por delante de la mirilla:

—Te perdiste la ocasión, feo cuervo. Se ha encontrado otro.

—¡Que el demonio te lleve! ¡Vete tú mismo á ser verdugo!—replicó el Tzígano. Y cesó de soñar con los esplendores de ese oficio.

Pero hacia el fin, conforme se iba acercando la fecha de la ejecución, más insoportable se hacía la impetuosidad de las

imágenes. El Tzígano hubiera querido suspender la carrera de ellas, pero el torrente furioso le arrebataba sin que pudiera sostenerse en cualquier cosa. Y su sueño se volvió agitado; tuvo nuevas visiones, deformes, de tan mala pinta como trozos de madera iluminados, y todavía más impetuosas que sus pensamientos. Ya no eran un torrente, sino una continua catarata de una altura infinita, un vuelo vertiginoso á través del mundo deslumbrador de los colores. En otro tiempo el Tzígano sólo llevaba bigote, muy bien cuidado; desde que estaba preso había tenido que dejarse crecer la barba, que era corta, negra, punzante y le daba aspecto de loco. Por añadidura, el Tzígano perdía el entendimiento por instantes. Daba vueltas alrededor de la celda sin tener conciencia de ello, palpando las paredes rugosas. Seguía siempre bebiendo mucha agua, como un caballo.

Una noche, cuando encendían las lámparas, el Tzígano se puso á cuatro patas en medio del calabozo y lanzó un aullido de lobo. Muy formal, como si realizase un acto indispensable y de importancia, aspiraba el aire á pulmón lleno, y luego lo expelía con lentitud en un aullido prolongado. Fruncidos los párpados, escuchaba con atención. El temblor mismo de su voz parecía un poco afectado: no gritaba de una manera indistinta, sino que hacía resonar cada nota aparte en ese grito de fiera, que manifestaba un sufrimiento y un terror indecibles.

Interrumpióse de pronto y permaneció silencioso durante unos cuantos minutos, sin enderezarse. Se puso á cuchichear, como si hablase al suelo:

—Queridos amigos, buenos amigos... Queridos amigos... Buenos amigos... Tened compasión... ¡Amigos! ¡Amigos míos!

Decía una palabra, y la escuchaba.

Se puso en pie de un salto, y durante una hora entera profirió sin parar las peores imprecaciones.

—¡Id al diablo, canallas!—aullaba, girando los ojos inyectados en sangre.—Si me han de ahorcar, ahorcadme, en lugar de... ¡Ah, miserables!...

Blanco como la creta, el soldado lloraba de angustia y de miedo, chocaba el cañón del fusil contra la puerta, y gritaba con voz lamentable:

—¡Te fusilaré! ¡Por Dios, oye! ¡Que te fusilaré!

Pero no se atrevía á disparar: nunca se hacía fuego contra los condenados á muerte, excepto en caso de rebelión. Y el Tzígano rechinaba los dientes, juraba y escupía. Su cerebro, puesto en la estrecha linde que separa la vida de la muerte, se fragmentaba como un terrón de arcilla seca.

Cuando acudieron durante la noche, para conducirle al suplicio, se reanimó. Sus mejillas se colorearon un poco; en sus ojos brilló de nuevo la astucia habitual, un poco salvaje; y preguntó á un funcionario:

—¿Quién nos va á ahorcar? ¿El nuevo? ¡No tiene aún costumbre!

—No tienes que preocuparte de eso—respondió el personaje interpelado.

—¿Cómo? ¡No preocuparme de eso! ¡No es á Vuestra Alteza á quien van á ahorcar, sino á mí! Por lo menos, no escatiméis el jabón en el nudo corredizo. ¡El Estado es quien lo paga!

—¡Haz el favor de callarte!

—Este se come todo el jabón de la cárcel: mirad cómo le reluce la cara—continuó el Tzígano, señalando al vigilante.

—¡Silencio!

—¡No escatimes el jabón!

Echóse á reir; de pronto, se le entorpecieron las piernas

Sin embargo, así que hubo llegado al patio, aún pudo gritar:

—¡Eh, vosotros, haced avanzar mi coche!

V

«Abrázale y calla.»

El veredicto concerniente á los cinco terroristas ha sido pronunciado en su forma definitiva y confirmado el mismo día. No se ha reunido á los reos en la misma celda, como suponía Tania, y no se les ha dicho cuándo será el suplicio. Pero han previsto que les ahorcarán, según costumbre, esa misma noche ó la siguiente, á más tardar. Cuando se les ha ofrecido el ver á la familia al otro día, han comprendido que la ejecución estaba fijada para el viernes al amanecer.

Tania Kovaltchuk no tenía próximos parientes. Sólo tenía noticia de algunos parientes lejanos que habitaban en la Pequeña Rusia, los cuales, probablemente, no sabrían nada del proceso ni de la sentencia. Mussia y Werner, por no haber revelado su identidad, no tenían empeño en ver á los suyos. Sólo Sergio Golovín y Vasili Kachirín debían recibir á sus respectivas familias. Ambos pensaban con espanto en esa entrevista próxima; pero ni el uno ni el otro tenían ánimos para renunciar á ella.

Sergio Golovín aguardaba esa visita, con la muerte en el alma. Amaba mucho á su padre y á su madre, á quienes había visto muy recientemente; y estaba lleno de terror al considerar que iba á volver á verlos por última vez. El suplicio mismo, con toda su monstruosidad, se dibujaba más fácilmente en su imaginación que esos pocos minutos incomprensibles, fuera del tiempo, fuera de la vida. ¿Qué hacer? ¿Qué decir? Las cosas más sencillas, las más habituales, apretar una mano, abrazar, decir: «Buenos días, padre», parecíanle horribles é insensatas.

Toda la mañana, hasta la hora en que recibió á sus padres, Sergio Golovín estuvo paseando de arriba á abajo en el cala-

bozo acariciándose la barba, con las facciones lastimosamente contraídas. A veces se detenía bruscamente para respirar, como un nadador que ha permanecido largo tiempo bajo el agua. Pero como estaba bueno y sano, como su vida juvenil estaba firmemente arraigada en él, hasta en esos minutos de sufrimientos atroces, la sangre circulaba por debajo de su piel, daba colores á sus mejillas, y sus azules ojos conservaban su brillo habitual.

Todo pasó mucho mejor de lo que Sergio suponía. Su padre, el coronel retirado Nicolás Serguievitch Golovín, fué el primero que entró en la estancia donde se recibía á las visitas. Toda su persona era blanca, con una misma blancura: cara, cabellos, barba, manos. Su vieja vestimenta, bien cepillada, olía á bencina; sus charreteras parecían nuevas. Entró con paso firme, mesurado, irguiéndose, y dijo en alta voz alargando su seca mano:

—¡Buenos días, Sergio!

Detrás de él venía la madre, con paso corto y sonriéndose con una sonrisa extraña. A su vez, apretó la mano del joven y repitió en voz alta:

—¡Buenos días, mi pequeño Sergio!

Pero no se abalanzó á su hijo, no se puso á llorar ó á gritar, como Sergio esperaba; le abrazó y se sentó sin hablar. Luego, con mano temblorosa, arregló los pliegues de su falda negra.

Sergio ignoraba que el coronel se había pasado toda la noche anterior en combinar esa entrevista. «Debemos endulzar los últimos momentos de nuestro hijo y no hacérselos más penosos»—había resuelto el coronel; y había pesado cuidadosamente cada frase, cada gesto de la visita del día siguiente. De vez en cuando se embrollaba, se le olvidaba lo que había conseguido preparar y lloraba amargamente, encogido en el rincón de su canapé. El día inmediato, por la mañana, explicó á su mujer lo que debía hacer ella.

—Sobre todo, abrázale y calla—le repetía.—Después po-

drás hablar, un poco después; pero cuando le abraces, calla. No hables en seguida de haberle abrazado, ¿comprendes? Si no, dirás lo que no se debe decir.

—¡Comprendo, Nicolás Serguievitch!—respondió la madre llorando.

—¡Y no llores! ¡Dios te preserve de ello! ¡No llores! ¡Le matarás tú, si lloras!

—¿Y por qué lloras tú mismo?

—¿Cómo no hay que llorar con vosotras? Es preciso que no llores, ¿entiendes?

—Bien, Nicolás Serguievitch.

Subieron á un coche y partieron, silenciosos, encorvados, envejecidos. Era tiempo de carnaval, y las calles estaban llenas de una multitud ruidosa. Pero los dos viejos, sumidos en sus pensamientos, no oyeron á la ciudad agitarse alegremente en derredor de ellos.

Sentáronse. El coronel tomó una actitud convenida, con la mano derecha en la abertura del gabán. Sergio estuvo sentado un instante; su mirada encontró el rostro arrugado de su madre; se levantó de pronto.

—¡Siéntate, mi pequeño Sergio!—suplicó la madre.

—¡Siéntate, Sergio—repitió el padre.

Guardaron silencio. La madre tenía una sonrisa extraña.

—¡Cuántos pasos hemos dado por ti, Sergio! Tu padre...

—¡Era inútil, madrecita!...

El coronel dijo con firmeza:

—Debíamos hacerlo, para que no pienses que tus padres te habían abandonado.

Se callaron de nuevo. Tenían miedo de pronunciar una palabra, como si cada vocablo del idioma hubiera perdido su sentido propio y sólo significara una cosa: la muerte. Sergio miraba el gabancillo limpito, que exhalaba olor á bencina, y pensaba: «Ya no tiene ordenanza; por tanto, él mismo se ha limpiado la ropa. ¿Cómo no habré yo reparado en que él se

limpiaba la ropa? Probablemente sería por la mañana.» De pronto preguntó:

—¿Y mi hermana? ¿Está buena?

—¡Ninotchka no sabe nada! — respondió con viveza la madre.

Pero el coronel la interrumpió con severidad:

—¿Para qué mentir? Ha leído los periódicos... Sepa Sergio que... todos... los suyos... han pensado... y...

No pudo continuar y se detuvo. De repente el rostro de la madre se alargó, las facciones se anublaron y se volvieron como feroces. Los descoloridos ojos se abrieron locamente; la respiración se hizo cada vez más jadeante y fuerte.

—Se... Ser... Ser... Ser... gio—repitió sin mover los labios,—Ser... gio...

—¡Madrecita!

El coronel dió un paso. Temblando todo él, sin saber cuán espantoso estaba con su blancura cadavérica, en su firmeza desesperada y fingida, dijo á su mujer:

—¡Cállate! ¡No le atormentes! ¡No le atormentes! ¡No le atormentes! ¡Va á morir! ¡No le atormentes!

Luego dió un paso atrás y volvió á meter la mano en la abertura del gabán. Con una expresión de serenidad forzada, preguntó en alta voz con los labios pálidos:

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana—contestó Sergio.

La madre miraba al suelo, mordiéndose los labios, como si no oyera nada. Y pareció que dejaba caer estas palabras sencillas y extrañas, á la vez que seguía mordiéndose los labios:

—¡Ninotchka me ha encargado que te abrace, mi pequeño Sergio!

—¡Abrázala de mi parte!—respondió el condenado.

—Bien. Los Kvostof me encargan su saludo.

—¿Quiénes?... ¡Ah, sí!

El coronel le interrumpió:

—¡Vamos! Es preciso partir. Levántate, madre. ¡Es preciso!

Los dos hombres levantaron á la mujer, que desfallecía.

—¡Dile adiós!—ordenó el coronel.—¡Bendícele!

Ella hizo todo lo que se le dijo. Pero á la vez que daba un rápido beso á su hijo, haciendo sobre él la señal de la cruz, meneaba la cabeza y repetía distraídamente:

—¡No, no es eso! ¡No, no es eso!

—¡Adiós, Sergio!—dijo el padre.

Se dieron un apretón de manos y cambiaron un beso breve, pero fuerte.

—Tú...—comenzó Sergio.

—¿Qué?—preguntó el padre, con voz saltona.

—No, no es así. ¡No, no! ¿Cómo lo diría yo?—repetía la madre, meneando la cabeza.

De nuevo se había sentado y se tambaleaba.

—Tú...—repitió Sergio.

Su rostro adquirió una expresión lamentable, é hizo pucheros como un niño; sus ojos se llenaron de lágrimas. A través de sus gotas brillantes, vió cerca de él la pálida cara de su padre, que también lloraba.

—¡Padre, tú eres un hombre fuerte!

—¿Qué dices? ¿Qué dices?—exclamó el coronel despavorido.

De pronto, como si se hubiera roto, dejó caer la cabeza sobre el hombro de su hijo. Y los dos cubrían de besos ardientes, el uno á unos cabellos escasos, el otro á un capote de preso.

—¿Y yo?—preguntó bruscamente una voz ronca.

Miraron: la madre estaba en pie y con la cabeza hacia atrás, mirándoles con ira, casi con odio.

—¿Qué tienes, madre?—preguntó el coronel.

—¿Y yo?—repitió ella, moviendo la cabeza con una energía insensata.—¿No os besáis vosotros? Sois hombres, ¿no es eso? ¿Y yo?...

—¡Madre!

Y Sergio se arrojó en sus brazos.

Las últimas palabras del coronel fueron:

—¡Y yo te bendigo en la hora de tu muerte, Sergio! ¡Muere con valor, como un oficial!

Y partieron... De vuelta á su calabozo, Sergio se echó en el catre con la cara hacia la pared para que los soldados no le viesen, y lloró por largo tiempo.

***

A Wassili Kachirín sólo fué su madre á verle; el padre, rico mercader, se negó á acompañarla. Cuando entró la anciana, Wassili estaba paseándose por el calabozo; á pesar del calor, tiritaba de frío. La conversación fué breve y penosa.

—No debía usted haber venido, madre. Usted y yo nos atormentamos.

—¿Por qué todo esto, Wasia? ¿Para qué has hecho eso, hijo mío?

Y la anciana se puso á llorar, secándose las lágrimas con su pañoleta de seda negra.

Acostumbrados como estaban sus hermanos y él á zarandear á su madre, sencilla mujer que no les comprendía, se detuvo, y tiritando dijo con aire enojado:

—¡Eso es, ya lo sabía yo! ¡Usted no comprende nada, mamá, nada!

—Está bien, hijo mío. ¿Qué tienes? ¿Sientes frío?

—Tengo frío—respondió Wassili. Y echó á andar de nuevo, dirigiendo con el mismo aire de enfado miradas torvas á su madre.

—Tienes frío, hijo...

—¡Ah!, habla usted de frío, pero bien pronto...

Hizo un gesto desesperado. La madre se puso á sollozar otra vez.

—Le he dicho á tu padre: «Anda á verle, es tu hijo, es tu carne, dale el último adiós.» No ha querido.

—¡Que se le lleve el demonio! Eso no es un padre... Toda su vida fué un canalla. Y sigue siéndolo.

—Wassia, es tu padre, á pesar de todo...

Y la vieja meneó la cabeza con aire de reproche.

Aquello era ridículo y terrible. Frente á la muerte, les retenía esa conversación mezquina é inútil. Casi llorando, tan triste era la cosa, gritó Wassili:

—Pero, comprenda usted, madre. ¡Me van á ahorcar, á ahorcarme! ¿Comprende usted, sí ó no?

—¿Y por qué has matado tú?—gritó ella.

—¡Dios mío! ¿Qué dice usted? Hasta los animales tienen sentimientos. ¿Soy su hijo ó no lo soy?

Sentóse y lloró. Su madre lloraba también. Pero, en la imposibilidad en que se hallaban de comulgar ambos en el mismo afecto, á fin de oponerlo al terror de la muerte próxima, lloraban lágrimas frías que no calentaban su corazón.

—¿Me preguntas si soy tu madre? Me diriges reproches, y en estos últimos días se me ha vuelto blanco todo el pelo.

—¡Bueno! ¡Está bien! ¡Perdóneme usted! ¡Adiós! Abrace á mis hermanos de mi parte.

—¿No soy tu madre? ¿Es que yo no sufro por ti?

Al cabo se marchó. Lloraba tanto, que ya no veía el camino. Y conforme se alejaba de la prisión, sus lágrimas eran más abundantes. Volvió pies atrás, pero extravióse en esa ciudad donde había nacido, donde se había criado, donde envejecía. Entró en un jardinillo abandonado y tomó asiento en un banco húmedo.

Y súbitamente comprendió: ¡mañana iban á ahorcar á su hijo! Enderezóse de un tirón; quiso gritar, correr, pero se le iba la cabeza y se desplomó. El paseo, blanco de escarcha, estaba húmedo y resbaladizo: la anciana no pudo levantarse. Se enderezaba sobre las manos y volvía á caerse de nuevo. La pañoleta negra se le escurrió de la cabeza, dejando ver los cabellos de un color gris sucio. Le parecía que festejaba la boda de su hijo. Sí, acababan de casarle, ella había bebido un poco de vino, estaba ligeramente ebria.

—¡Yo no puedo más! ¡Dios mío, yo no puedo más!

Con la cabeza vacilante se arrastraba por el suelo húmedo, convencida de que le hacían beber vino, más vino. Y de su corazón subía, con la risa de los borrachos, el deseo de entregarse á una danza salvaje... al paso que llevaban copas de vino á sus labios, una tras otra, una tras otra...

VI

Las horas huyen.

En la fortaleza donde estaban encerrados los terroristas había una torre con un reloj antiguo. Cada hora, cada media hora, cada cuarto de hora, el aire resonaba con un sonido infinitamente triste, semejante al grito lejano y quejumbroso de las aves de paso. Por el día, aquella música extraña y desolada perdíase entre los rumores de la ciudad, de la gran calle animada que pasaba delante de la fortaleza. Los tranvías gruñían, los cascos de los caballos resonaban, los automóviles trepidantes lanzaban á lo lejos sus llamadas roncas. Hallándose próximo el carnaval, los labriegos de las cercanías habían acudido á la ciudad para ganarse algún dinero como conductores de coches; los cascabeles de los caballos de la raza de la Pequeña Rusia tintineaban ruidosos. Las conversaciones eran alegres y trascendían á borrachera, verdaderas conversaciones de fiestas. El tiempo iba al unísono; la primavera había traído consigo el deshielo, y charcos turbios mojaban el arroyo. Los árboles de los jardinillos se habían ennegrecido. Con amplias bocanadas húmedas, un viento tibio venía del mar y parecía partir en alegre vuelo hacia lo infinito.

De noche la calle se callaba á la claridad de los grandes soles eléctricos. La inmensa fortaleza de lisas murallas se hundía en la obscuridad, en el silencio; una barrera de sosiego la separaba de la ciudad, continuamente viva. Sentíanse entonces sonar las horas; extraña á la tierra, una melodía sin-

gular nacía y moría con lentitud, con tristeza. Como gruesas gotas de vidrio transparente, las horas y los minutos caían desde una altura inconmensurable en una taza metálica que vibraba con dulzura. A veces eran aves que pasaban.

Sólo á las celdas llegaba noche y día esa tocata. Penetraba á través de las gruesas murallas de piedra; sólo ella rompía el silencio. A veces se olvidaba, no se oía. A veces se aguardaba con desesperación. No se vivía más que por el sonido y para el sonido, porque se había aprendido á desconfiar del silencio. La prisión estaba reservada para los criminales de nota; su reglamento especial y rígido era firme y rudo como el ángulo de las murallas. Si las cosas crueles pudieran tener su nobleza, nobleza había en ese silencio solemne y profundo que se traga todo soplo, todo roce.

En ese silencio, atravesado por el desconsolador tintineo de los minutos que huyen, tres hombres y dos mujeres, separados del mundo, esperaban la llegada de la noche, de la aurora y del suplicio, y cada uno se preparaba á su manera.

Durante toda su vida, Tania Kovaltchuk sólo había pensado en los demás; también ahora sufría y se atormentaba por sus compañeros. No se representaba la muerte más que porque ésta amenazaba á Sergio Golovín, á Mussia y á los otros; habíase olvidado de que también á ella la iban á ejecutar.

Como para desquitarse de la firmeza ficticia que había mostrado ante los jueces, lloraba horas enteras. Así hacen las ancianas que han sufrido mucho. Y al pensar que Sergio carecía tal vez de tabaco, que Werner quizá estaba falto de té, que tanto le gustaba (y eso en el momento en que iban á morir), sufría igual que por la idea del suplicio. El suplicio era una cosa inevitable, hasta accesoria, que no valía la pena de tomarse en consideración; pero que un hombre preso carezca de tabaco en vísperas de ajusticiarle, eso era para ella una idea insoportable.

Sentía por Mussia particular lástima. Sin razón, parecíale desde largo tiempo atrás que Mussia amaba á Werner; forja-

ba para ellos ensueños espléndidos y luminosos. Antes de ser detenida Mussia, llevaba puesto un anillo de plata, en el cual estaban grabados un cráneo y una tibia, circuídos por una corona de espinas. A menudo, Tania Kovaltchuk había mirado con angustia esa sortija, como un símbolo de renunciamiento, y había rogado á Mussia que se la diera.

—No, Tania, no te la daré. ¡Muy pronto tendrás tú otra en el dedo!

Sus camaradas pensaban siempre que estaba próximo su casamiento, lo cual la ofendía mucho. No quería marido. Y acordándose de estas conversaciones con Mussia, al pensar que, en efecto, Mussia iba á ser sacrificada, Tania, llena de conmiseración maternal, sentía ahogarse en llanto. Cada vez que el reloj sonaba, levantaba ella el rostro cubierto de lágrimas y ponía oído; ¿cómo recibían en las demás celdas ese llamamiento quejumbroso y pertinaz de la muerte?

VII

No hay muerte.

¡Y Mussia era feliz!

Con los brazos cruzados por detrás de la espalda, vestida con un traje de presa, harto grande para ella, y que la hacía asemejarse á un adolescente con ropa prestada, iba y venía por su celda con paso igual y sin cansarse. Habíase levantado las mangas, demasiado largas, del cuerpo del vestido; y sus brazos, delgados, flacos, brazos de niña, salían de las amplias bocamangas como tallos de flores puestas en una vasija sucia y vulgar. La aspereza de la tela irritaba la piel del cuello, blanco y grácil; á veces, con un movimiento de ambas manos, aislaba la garganta y tactaba con precaución el sitio donde la piel le escocía.

Mussia andaba á paso largo, y se disculpaba, ruborizándose,

de que á ella, tan joven, tan humilde, que tan poca cosa había hecho, le asignasen la muerte más bella, reservada hasta entonces para los mártires. Parecíale que, al morir en la horca, hacía gala de unas presunciones de mal gusto.

En la última entrevista con su abogado, le rogó que la proporcionase un veneno, pero al punto renunció á ello. ¿Pensarían que obraba así por miedo ó por ostentación? En vez de morir modestamente, inadvertida, ¿no causaría aún mayor escándalo? También había añadido con viveza:

—¡Y además, no, es inútil!

Ahora su único deseo es el de explicar, el de probar que no es una heroína, que no es terrible morir, que no es preciso condolerse de ella ni atormentarse por ella.

Como si verdaderamente la hubieran acusado, Mussia busca excusas, pretextos capaces por naturaleza de exaltar su sacrificio y darle un valor real.

«En efecto—dice para sí,—yo soy joven, todavía hubiera podido vivir largo tiempo. Pero...»

Así como la luz de una vela se borra ante el resplandor del sol saliente, la juventud y la vida le parecen sin brillo y obscuras ante la aureola magnífica y luminosa que va á coronar á su modesta persona.

«¿Es posible?—se pregunta Mussia llena de confusión.—¿Es posible que yo merezca que me lloren?»

Y un júbilo indecible la invade. Ya no hay duda; ¡elegida, es elegida entre todas! Tiene derecho á figurar entre los héroes que de todos los países vuelan al cielo á través de las llamas, de las ejecuciones. ¡Qué serena paz, qué infinita felicidad! Inmaterial, cree cernirse en una luz divina.

¿En qué más piensa Mussia? En muchas cosas, porque, para ella, el hilo de la vida no se corta por la muerte, sino que sigue desarrollándose de una manera tranquila y regular. Piensa en sus camaradas, en aquellos que desde lejos sienten angustia por la idea de su próximo suplicio; en estos otros, más cercanos, que irán con ella á la horca. Está pasmada de que

Wassili, que siempre fué tan valiente, sea presa de tal miedo. El martes por la mañana, cuando estaban dispuestos á matar y á morir ellos mismos, Tania Kovaltchuk había temblado de emoción, había sido menester alejarla; al paso que Wassili bromeaba, se reía, se movía en medio de las bombas, con tan poca precaución, que Werner le había dicho con tono severo:

—¡No hay que jugar con la muerte!

¿Por qué, pues, Wassili tiene miedo ahora? Este terror incomprensible es tan extraño al alma de Mussia, que bien pronto deja de pensar en él y de inquirir su causa. De repente le entran frenéticos deseos de ver á Sergio Golovín y de reir con él.

Quizá también su pensamiento no quiere detenerse largo tiempo en el mismo asunto, como un ave ligera que se cierne ante los horizontes infinitos, y para la cual es accesible el espacio entero, el cielo azul acariciador y tierno. Dan las horas. Las ideas se funden en una sinfonía armoniosa y lejana; las imágenes fugitivas se convierten en una música. Parécele á Mussia que viaja durante una noche serena por un camino ancho y suave; los resortes del coche saltan débilmente. Todos los cuidados han desaparecido; el cuerpo fatigado se disuelve en las tinieblas; alegre y cansado, el pensamiento crea apaciblemente vivas imágenes y se embriaga con su belleza. Mussia se acuerda de tres camaradas á quienes ahorcaron recientemente; sus rostros estaban iluminados y próximos; más cerca unos de otros que los de los vivos... Así, por la mañana se piensa regocijadamente en los amigos hospitalarios que os recibirán por la tarde con la sonrisa en los labios.

A fuerza de andar, Mussia se sintió muy fatigada. Echóse con cuidado en el catre y continuó soñando, con los párpados entreabiertos.

«¿Es la muerte? ¡Dios mío, qué hermosa! ¿Es la vida? No lo sé, no lo sé! Voy á ver y á oir...»

Desde los primeros días de su prisión era presa de alucinaciones. Tenía el oído muy musical; afinado aún más por el si-

lencio, su sentido auditivo recogía los ecos más tenues de la vida; el paso de los centinelas en el corredor, el tintineo del reloj, el murmullo del viento sobre la techumbre de cinc, el chirrido de una linterna, todo esto se fundía para ella en una vasta y misteriosa sinfonía. Al principio, esas alucinaciones asustaban á Mussia, que las desechaba como manifestaciones morbosas; después comprendió que estaba buena y sana, que en eso no había ningún síntoma patológico; entonces ya no opuso resistencia.

Pero cátate que oye con mucha claridad el estrépito de una banda militar. Extrañada, abre los ojos y levanta la cabeza. Por la ventana ve que aún es de noche; da el reloj. «¡Todavía!»—piensa sin turbarse, cerrando los párpados.—En seguida vuelve á empezar la música. Mussia distingue con claridad el paso de los soldados, volviendo la esquina de la prisión: es un regimiento entero que pasa por debajo de las ventanas. Las botas marcan el ritmo de la música sobre la tierra helada: ¡uno, dos! ¡uno, dos! A veces cruje el cuero de una bota, se escurre un pie y se afirma al instante. La música se acerca, toca una marcha triunfal, ruidosa y entusiasta, que Mussia no conoce. Probablemente hay alguna fiesta en la fortaleza.

Los soldados están debajo de las ventanas y la celda se llena de sonidos alegres, cadenciosos y armónicos. Una gran trompeta de cobre lanza notas falsas: no toca á compás. Mussia se representa al soldadito que toca esa trompeta con aire de aplicado, y Mussia se ríe.

Pasó el regimiento; el ruido de los pasos va amortiguándose: ¡uno, dos!, ¡uno, dos! De lejos la música es aún más bella y más alegre. Varias veces resuena aún la trompeta á contratiempo, con su voz metálica, sonora, alegre; y todo se extingue. De nuevo suenan las horas en la torre.

Otras formas aparecen, que se inclinan sobre ella, la rodean con una nube transparente y la elevan muy alto, allí donde se ciernen las aves de rapiña. A la izquierda, á la derecha, arriba, abajo, por todas partes gritan aves como heraldos: llaman,

advierten. Despliegan sus alas, y la inmensidad las sostiene. Y en su pecho henchido que hiende el aire se refleja el azul centelleante. Las palpitaciones del corazón de Mussia van haciéndose cada vez más iguales, su respiración cada vez más sosegada y apacible. Se duerme: su rostro está pálido, sus facciones alargadas, sus ojos con ojeras; en sus labios una sonrisa. Mañana, cuando salga el sol, esa cara inteligente y fina quedará deformada por una mueca que ya no tendrá nada de humano; el cerebro se inundará con una sangre espesa; los ojos vidriosos se saltarán de las órbitas. Pero hoy duerme Mussia tranquila y sonríe en su inmortalidad.

Mussia duerme.

Y la prisión sigue viviendo su vida especial, ciega, vigilante como una inquietud perpetua. Andan. Cuchichean. Suena un fusil. Parece que alguien grita. ¿Es verdad ó alucinación?

El ventanillo de la puerta baja sin que se le oiga. Por la negra abertura aparece un siniestro rostro barbudo. Por largo tiempo, unos ojos enarcados contemplan con asombro á Mussia dormida; luego desaparece el rostro como apareció.

Las campanas del reloj suenan y cantan largo rato. Diríase que las horas fatigadas suben hacia media noche una alta montaña; el ascenso es cada vez más penoso. Se escurren, se caen para atrás gimiendo y vuelven á subir trabajosamente hacia la negra cumbre.

Andan. Cuchichean. Ya enganchan los caballos al carruaje lúgubre, desprovisto de linterna.

VIII

La muerte existe y la vida también.

Sergio Golovín jamás pensaba en la muerte, cosa á sus ojos accesoria y extraña. Era robusto; estaba dotado de esa serenidad en la alegría de vivir, en virtud de la cual todos los pen-

samientos malos ó funestos para la vida desaparecen con rapidez y dejan indemne el organismo. Así como en él cicatrizaban pronto los rasguños, de igual manera quedaba inmediatamente aniquilado todo cuanto hería su alma. En todos sus actos, en sus placeres y en la preparación de un crimen, tenía idéntica gravedad dichosa y tranquila: en la vida todo era alegre, todo era importante, digno de ser bien hecho.

Y él todo lo hacía bien: dirigía admirablemente los buques de vela, tiraba con precisión. Era fiel en amistad como en amor y tenía en la «palabra de honor» una confianza inquebrantable. Sus compañeros aseguraban riendo que si un espía convicto hubiera jurado á Sergio que no espiaba, Sergio le habría creído y estrechado su mano. Un solo defecto: creía cantar bien; cuando cantaba atrozmente desentonado, hasta los himnos revolucionarios. Se enfadaba cuando se reían de él.

—Una de dos: ¡ó todos vosotros sois unos pollinos, ó el asno soy yo!—decía con voz grave y ofendida.

Y al cabo de unos instantes de reflexión, sus compañeros declaraban con un tono tan serio como el de él:

—Tú eres el burro. ¡Se te conoce en la voz!

Y como ocurre á veces entre las buenas personas, quizá le amaban más por sus defectos que por sus cualidades.

Pensaba tan poco en la muerte, la temía tan poco, que la mañana fatal, antes de abandonar la casa de Tania Kovaltchuk, sólo él había desayunado con apetito como de costumbre. Había tomado dos vasos de té con leche y comido un panecillo de diez céntimos. Luego, mirando con tristeza el pan intacto de Werner, le dijo:

—¿Por qué no comes? ¡Come, hay que tomar fuerzas!

—No tengo hambre.

—Pues bien, yo me comeré tu pan. ¿Quieres?

—¡Qué apetito tienes, Sergio!

A modo de responso, Sergio se puso á cantar con la boca llena, en voz sorda y falsa:

Un viento hostil ha soplado
sobre nuestras cabezas.

Cuando fué detenido, Sergio tuvo un momento de tristeza: el plan estuvo mal combinado. Pero dijo para sí: «Ahora hay alguna otra cosa que es preciso hacer bien, y es morir.» Recobró la alegría. Desde el segundo día que pasó en la fortaleza, se puso á hacer gimnasia por el sistema extraordinariamente racional de un alemán apellidado Müller, que le interesaba mucho. Se desnudó por completo; y con asombro del centinela, que le miraba con inquietud, hizo cuidadosamente los diez y ocho ejercicios prescritos.

Como propagandista del sistema Müller, estaba muy satisfecho de ver al soldado seguir con la vista sus movimientos. Y aunque sabía que no le iban á responder, dijo al ojo que aparecía por la mirilla:

—¡Esto hace bien, hermano; esto da fuerzas! Por eso debían obligaros á hacerlo en el regimiento—añadió con voz persuasiva y dulce para no asustar al soldado, sin sospechar que éste le tomaba por un loco.

El miedo á la muerte se manifestó en él progresivamente, como por choques: parecíale que alguien le daba desde abajo violentos puñetazos en el corazón. Luego desaparecía esa sensación para volver al cabo de algunas horas; pero cada vez se hacía más intensa y más prolongada. Ya empezó á adquirir los contornos vagos de una angustia insoportable.

—¿Es posible que yo tenga miedo?—pensó Sergio con asombro.—¡Qué estupidez!

No era él quien tenía miedo: era su cuerpo robusto, que ni la gimnástica de Müller, ni las duchas frías lograban engañar. Cuanto más fuerte y fresco quedaba después de las abluciones de agua fría, más aguda é insoportable iba haciéndose la efímera sensación del miedo. Y era por la mañana, después del sueño profundo y los ejercicios físicos, cuando aparecía ese miedo atroz, como extraño; precisamente en el momento en

que en otros tiempos tenía mayor conciencia de su fuerza y de su alegría de vivir. Lo notó, y dijo para sí:

«Eres un animal, amigo mío. Para que el cuerpo muera más fácilmente, hay que debilitarlo y no fortalecerlo.»

Desde entonces renunció á la gimnástica y á los amasamientos. Y para explicar esta palinodia, gritó al soldado:

—Hermano, el método es bueno; sólo que para aquellos á quienes van á ahorcar, no vale nada.

En efecto, se sintió como aliviado. También trató de comer menos para debilitarse cada vez más; pero, á pesar de la falta de aire y de ejercicio, seguía teniendo excelente apetito. Sergio no podía resistirlo, y comía todo lo que le llevaban. Entonces recurrió á un subterfugio: antes de ponerse á la mesa, vertía la mitad de la sopa en el cubo. Y este método le dió buen resultado: una gran flojedad, un vago embotamiento se apoderaron de él.

—«¡Yo te enseñaré!»—decía amenazando á su cuerpo; y se acariciaba tristemente los ablandados músculos.

Pero bien pronto el cuerpo se habituó á este régimen, y el miedo á la muerte apareció de nuevo, no ya bajo una forma tan aguda, sino como una vaga sensación de náusea todavía más penosa. «Esto consiste en que la cosa va durando demasiado—pensó Sergio.—¡Si me pudiera dormir todo el tiempo que falta hasta la ejecución!» Trató de dormir lo más posible. Al principio lo consiguió; luego sobrevino el insomnio, acompañado de ideas fijas y con éstas el sentimiento de perder la vida.

«¿Pero es que le tengo miedo?—se preguntaba pensando en la muerte.—Lo que yo siento es perder la vida. Es una cosa admirable, digan lo que quieran los pesimistas. ¿Qué diría un pesimista si le ahorcaran? ¡Ah, lo que siento es perder la vida, lo siento mucho!»

Cuando comprendió con claridad que sólo tenía ante sí algunas horas de espera en el vacío y después la muerte, tuvo una impresión extraña. Le pareció que le habían puesto desnudo de una manera extraordinaria. No sólo le habían quitado

las ropas, sino también el sol, el aire, el ruido y la luz, la palabra y la facultad de obrar. Allí no estaba aún la muerte, y ya parecía ausente la vida. Experimentaba una sensación extraña, incomprensible á veces y otras inteligible, pero muy sutil y misteriosa.

«¡Uf! (exclamaba Sergio con extrañeza y tormento). ¿Pero qué es esto? Y yo, ¿dónde estoy? Yo... ¿cuál yo?»

Examinóse atentamente, con interés, comenzando por su ancho calzado de preso, para detenerse en el vientre sobre el cual caía el capotón. Se puso á ir y venir por la celda, con los brazos separados; y continuó mirándose como lo haría una mujer que se probara una falda demasiado larga. Quiso volver la cabeza y la volvió. Y lo que le parecía algo espantoso era él mismo, Sergio Golovín, ¡que bien pronto ya no existiría!

Todo se le hizo extraño.

Trató de andar, y le pareció una extravagancia el andar. Trató de sentarse, y le sorprendió poderlo hacer. Trató de beber agua, y le pareció estrafalario beber, tragar, tener el vaso, verse los dedos, sus dedos que temblaban. Se puso á toser y pensó: «¡Qué cosa tan rara! ¡Toso!»

«Pero ¿qué tengo, me vuelvo loco?—se preguntó.—¡No me falta más que eso!»

Se enjugó la frente, y ese acto también le produjo sorpresa. Entonces quedóse quieto en una postura inmóvil, sin respirar, durante horas enteras á su parecer, apagando todo pensamiento, reteniendo el aliento; porque toda idea era una locura, todo acto una aberración. El tiempo desaparecía como si se hubiera transformado en espacio, en un espacio transparente y sin aire, en una inmensa plaza en la cual estaba todo: la tierra, la vida y los hombres. Y todo podía abarcarse de una sola ojeada, hasta el extremo límite, hasta el abismo desconocido, hasta la muerte. Sergio no sufría porque viese la muerte, sino por ver la vida y la muerte al mismo tiempo. Una mano sacrílega había levantado la cortina que desde toda la eternidad ocultaba el misterio de la vida y el misterio de la muerte; ha-

bían dejado de ser misterios, pero no eran más comprensibles que la verdad escrita en una lengua extranjera.

—¡Y ya estamos otra vez con Müller!—pronunció de pronto en alta voz, con profunda convicción.

Meneó la cabeza y se echó á reir con alegría, con sinceridad.

—¡Ah, mi buen Müller; mi querido Müller, mi buen alemán! ¡Tú eres quien tienes razón, Müller! Yo, hermano Müller, ¡no soy más que un borrico!

Dió vuelta con rapidez alrededor del calabozo; y con el mayor asombro del soldado que le observaba por la mirilla, se desnudó por completo é hizo con escrupulosa exactitud los diez y ocho ejercicios. Doblaba y enderezaba su cuerpo juvenil un poco enflaquecido; se agachaba, aspirando el aire y expeliéndolo; se empinaba sobre las puntas de los pies, movía los brazos y las piernas.

—Sí. Pero ¿tú sabes, Müller—razonaba Sergio abombando el pecho (allí donde las costillas se dibujaban claramente bajo la piel flexible y tirante),—tú sabes, Müller, que hay además un décimonono ejercicio: colgarse por el pescuezo en una posición fija? Eso se llama suplicio. ¿Comprendes tú, Müller? Se coge á un hombre vivo, por ejemplo, Sergio Golovín, se le envuelve como á un muñeco, y se le cuelga por el cuello hasta que sobrevenga la muerte. ¡Eso es estúpido, Müller; pero así es, y hay que conformarse!

Se inclinó sobre el costado derecho y repitió:

—¡Hay que resignarse, Müller!

LEÓNIDAS ANDREIEF

LA NOVELA PICARESCA EN ESPAÑA

El pícaro español.

La novela picaresca de los españoles presenta de ordinario un pícaro narrador de sus propias aventuras. Empieza por haber nacido de padres pobres y viles, que no se han molestado en concertar su unión con ceremonias de ninguna clase ni han experimentado alegría ninguna con su llegada al mundo. Luego va saliendo á trancas y barrancas, como puede. Ó hace su entrada en la vida con un amor innato á los bienes ajenos, ó bien es un sér inocente, á quien las crueles vicisitudes van enseñándole á mirar por sí. En ambos casos el resultado es idéntico; para poder vivir ha de entrar á servir á algún amo y se ve obligado á aumentar su salario con los gajes de la picardía. Así va pasando de amo en amo, chasqueados sucesivamente por él, lo que le da ocasión para describirlos satirizándolos en el curso de su relato. Finalmente, después de haber pasado por infinitos azares á cual más extraños, midiendo al compás de su picardía la vanidad de las clases sociales, llega á término su vida. Hay veces en que alcanza una satisfacción módica de sus deseos, y está pronto á renunciar á la rapiña; veces que, por el contrario, queda más engolosinado que nunca con el cebo de las pícaras granjerías, y con razón puede preguntarse á sí mismo, como el Ginés de Pasamonte, del *Don Quijo-*

te: «¿Cómo puede ser acabada (mi historia) si aún mi vida no es acabada?» En términos que sólo con su vida promete que concluya su historia de pícaro.

El plan es bien sencillo. El antihéroe de estas relaciones lo es todo y no es nada: todo, en lo que hace; nada, en la importancia del carácter. Por cobarde y flojo que sea, siempre encuentra, merced á su ingenio, medios de librarse de la ignominia ó de la condena. Es risueño y espontáneo, aun cuando más bien causen lástima sus deformidades, y sus simpatías sean comprensibles únicamente dentro de la exagerada soberbia castellana. Censurable en todo, no ha de serlo más para nosotros los ingleses que un Bardolph ó un Jack Falstaff, si bien este último es un pícaro recomendable dondequiera que los pícaros hacen gracia. Él lo es por naturaleza, no por su culpa. El de los españoles es capaz de obrar, rara vez de sentir; entra y sale á menudo en escena, sin mostrar apenas su voluntad. Hay en él gran dosis de muñeco con sujeción á una actividad completamente automática. Esta actividad es propulsada por la codicia.

Nunca se junta con amigos á quienes no pueda traicionar para su provecho, y su concepto más eminente del amor es considerarlo como medio de procurarse un matrimonio ventajoso. Escasamente le mueve la pasión, no porque no se deje arrastrar de ella, sino porque comprende su ineficacia en la prosecución de los bienes materiales. Tiene disculpa en sus comienzos de vida picaresca, toda vez que se halla condenado á laceria casi perpetua. Y pues que su amo, el clérigo, no le da por todo salario más que una cebolla cada cuatro días, ¿qué milagro que se resuelva á robarle los bodigos de las ofrendas? Y una vez ensayado en estas prácticas de hurto, las usará ya en toda ocasión. Vive en un país y en una época en que la lucha por la vida acosa á todos. Su enemigo real es la naturaleza y el circunstancial, el prójimo. En tal lucha, la avaricia ingeniosa se convierte en virtud salvadora; no es esta codicia picaresca, esa aberración miserable de un Harpagón. Es activa, no pasi-

va; no trata de guardar, sino de allegar. Esta es su substancia; si la laceria siempre es cosa baja, la rapacería puede muchas veces ser noble. Depende ello únicamente de la magnitud del robo. El pícaro, en todos los países, lleva la frente muy alta, y muy alto proclama su parentesco con Alejandro. El tirano espoliador del *Manciple's Tale,* de Chaucer, es un capitán, al paso que si pícaro despreciado, que

> «nunca hizo tan grandes males como él
> ni cometió tamañas iniquidades,
> es tenido por la gente como un forajido ó
> un salteador.»

Precisamente, esta idea paradójica de afinidad entre los prepotentes y los mezquinos, es el núcleo de todas las novelas de pícaros, desde las más insignificantes de la literatura española hasta *Jonatán,* de Fielding. «En un principio todos los nobles robaron», dice el Dr. Carlos García; «pero ahora se ha convertido esto del robar en ordinario ejercicio; así que sólo los carniceros y ganapanes se ocupan en él» (1). El cuño heroico del antihéroe se acentúa aquí, y el pícaro español, que es precisamente el ganapán y el matachin, ó cosa aún peor, llega á ser por esta razón pícaro, pero no villano. Podrá fanfarronear y hablar de que mata, pero nunca lo hace. No roba en los caminos reales, ni menos allana violentamente los domicilios. Es un astuto raterillo de demasiado buen carácter y de resolución demasiado apocada para poder llevar la careta trágica; podrá ser brutal y despiadado cuanto se quiera en sus bellaquerías, pero no pasan éstas de ser eso, bellaquerías. Así que ocupa el grado intermedio del bribón al villano; pero ni se rebaja hasta el bufón ni llega á corsario, manteniendo empero cierta filiación literaria con ambos.

En los primeros relatos de su vida no se percibe evolución de su carácter. Luego que ha llegado al reino de la picardía,

(1) *Desordenada codicia,* 1619, cap. VI.

sus progresos se van acreciendo á compás de la oportunidad; ocasión que se le ofrezca jamás la desperdiciará. Fáltale además, por lo común, la facultad de elegir. Tantas veces se encuentra en alto como abatido; hoy es rico, mañana pobre. Pero lo mismo le da, lo presente es lo que le importa; debe, pues, apoderarse de él cuando sea llegado. Ni se desespera ni confía. La escala de sus emociones es lamentablemente menguada. Cuando viene la mala, se encoge de hombros y traza algún medio para salir de apuros. Cuando la ventura le favorece, castañetea sus dedos, se emborracha en la primera venta que topa, y pierde cuanto posee en un golpe de dados, y así vuelta á empezar. Su misma avaricia no puede aconsejarle medios de poner á salvo sus bienes; su invención toda se invierte en adquirir, teniendo para ello no menos paciencia que habilidad. Fuera de esto, no posee otra cosa, y su frugalidad es extremada hasta el ridículo.

Su viveza infantil hace de él compañero divertido, si bien peligroso cuando sus bromas llegan á ser de suyo pesadas. Los poderosos le miman por el placer que con su conversación les da, y los inferiores también, porque su ingenio les asombra. Lo mismo se conduce en el círculo diplomático de Roma con descaro y holgura, como se inclina ante la realeza en Viena con los modales de un emperador que fuera allí de visita. Su desordenada ambición le echó á correr por el mundo. Con todo, si logra el honroso oficio de pregonero público como Lazarillo, ó de tendero de seda como en Rufina y D. Jaime, ó de mozo de cuadra como en Estebanillo González, su ambición queda satisfecha y no procura ya más; ó si, caído en desgracia, halla medio de escaparse de los malos tratamientos de las galeras como Guzmán de Alfarache, ó encuentra su refugio en las Indias para librarse de la persecución de la justicia como el Gran Tacaño, ya no tiene por qué quejarse. La vida para él es un problema que deberá no resolver, eludir. Toda su actividad se emplea en recoger datos, sensaciones primitivas, experiencias vulgares con las cuales nada realiza. Si algo pudiera pensar el

pícaro, llegaría á enarbolar la bandera pesimista del *desengaño*, palabra que en lengua española se deduce de todos los acontecimientos de la vida. No es nada filósofo, y á pesar de ello, no deja de tener muy frecuentemente sus conflictos con la ortodoxia, lo que vale á sus relatos no pocas mutilaciones de la celosa Inquisición; pero como no se da la pena de pensar, su trabajo es hasta lo sumo inconsistente.

Puede vérsele en reverente postura en la misma hampa sevillana en que Monipodio, su soberano, hace acatamiento besando un crucifijo con extremada devoción, y deja su actitud reverente para recibir informes y dar órdenes á toda la granujería de su feudo, que han de ser cumplidas durante la semana, sin descuidar la lista de cuchilladas que tiene encargadas, y de antemano pagadas. Y cuando los alguaciles le persiguen, pueden encontrarle en la iglesia abrazado al altar, mientras las autoridades civiles y religiosas se entretienen en porfiar á quién compete la jurisdicción sobre su persona. Pero no podrá ni él mismo decir adónde llegan los límites de su fe en las cosas de que no le den testimonio los sentidos. Está, por lo general, exento de la credulidad de su época. Por lo común, la superstición le inspira burlas con que castiga á los secuaces de ella. Los milagros del buldero dan amplia base á la mordacidad de Lazarillo; Guzmán de Alfarache confiesa que nunca ha prestado fe á los astrólogos, aunque alguna vez pensara recurrir á ellos en sus desgracias; Marcos de Obregón se jacta complacido de haber desenmascarado las imposturas de los hechiceros; Pablos se vale del pretendido poder sobrenatural para estafar á su patrona, y Rufina y Garay sonsacan con falsas alquimias una cantidad á un buscador de la piedra filosofal. Con todo, el citado escudero Marcos de Obregón se ve en cierta ocasión obligado á explicar una aparición del diablo, bajo la forma de un perro negro con una cadena guarnecida de cascabeles ciñéndole el cuello, y de paso describe un espectro visto por don Pedro de Avila; y su amigo el Dr. Sagredo habla de haber encontrado en sus viajes, prodigios y cartas de hombres mara-

villosos que hacen verdadero al propio Sir John Mandeville. Píndaro y Francisco tienen una aventura, también con una bruja que, para encantar á una persona, la maleficia clavando alfileres en una imagen suya de cera que se salva gracias á los exorcismos de un cura del lugar, que deshace por este medio el maleficio.

No tienen, con todo cuanto llevamos dicho, gran importancia las opiniones del pícaro, como tampoco la tienen sus creencias ni emociones, ni los mismos actos de su voluntad. Es más interesante como sujeto paciente que como verdadero agente. Es una persona á la que le *acaecen* cosas. Son sus vicisitudes más dignas de atención que él mismo. Empiezan con su nacimiento, pues vemos que éste tiene ya lugar en condiciones extrañas. Lazarillo de Tormes viene al mundo naciendo en una aceña del Tormes, de donde le viene su sobrenombre. Su padre es un molinero, obligado á huir en virtud de ciertas sangrías que practicaba en los sacos de la molienda, y su madre una mujer que está á cargo de una casa de comidas, y que se honra con la compañía de un negro que atiende á cuidar las caballerías. El nacimiento de Guzmán de Alfarache es motivado por una intriga entre la manceba de un rico eclesiástico y un usurero genovés, tan religioso, que lleva un rosario de cuentas tamañas como nueces. El preclaro progenitor del Gran Tacaño es un barbero bellacón que acaba sus días en la horca, y que ha enseñado á su chico á limpiar los bolsillos de los parroquianos mientras les hace la barba. Y tanto el Buscón, como Lazarillo de Manzanares, se ufanan de haber sus madres respectivas dado que hacer á la Inquisición por brujerías y otros excesos. Periquillo el de las Gallineras es un hospiciano, y Ceñudo el Necio bien Afortunado es abandonado por su madre, miserable mujer casada con un licenciado de Alcalá. La ingeniosa Elena es hija de un lacayo gallego y una esclava morisca, á quien la apostasía obliga á usar de un nombre en la casa donde sirve y de otro en la calle. Teresa de Manzanares es nacida de una lavandera á quien da nombre este río,

como á Lazarillo el Tormes. No hay ningún pícaro de éstos que encuentre, al nacer, allanado el camino de su vida. Ni él hace nada que revele intento de dejarlo.

Lazarillo comienza por servir á un ciego, mendigo, que le ha prometido tratarle como á hijo; de su madre recibe esta recomendación: «Válete para ti, y adiós» (1). Y la necesidad de avivar su ingenio se le hace desde luego patente cuando el ciego, tras de haberle mandado que ponga su oído al toro de piedra que había en la puente de Salamanca para escuchar un ruido extraño, le afirma la cabeza contra la piedra y le da de calabazadas, y al solemnizar la burla con sus risas, le advierte que el mozo de ciego un punto ha de saber más que el diablo. A lo que declara Lazarillo, que en aquel momento le pareció haber despertado de su simplicidad infantil, y se dijo para sí: «El tío dice verdad; que me cumple avivar, pues soy solo y no tengo quien me pueda valer.»

Otros no necesitan de aviso. Periquillo, como ha nacido para afortunado, todo le sale bien, y nada más que ha aprendido á andar, hace amistades en una taberna vecina, donde le regalan, ó por sí mismo se allega cuanto puede. Justina, hija del mesonero bribón de Mansilla, es sobrado trapacera para no haber menester de los consejos que su padre promulga para encaminar á su familia en la práctica de robar á los huéspedes. Andrés, cuyos padres son honrados, pero á quienes se les acusa maliciosamente de haberle truncado á un San Bartolomé la mano de plata, busca su propia absolución sometiéndose á proceder contra ellos, lo que le cuesta bien poca aprensión. Trapaza, hijo de una mujer viuda antes de tiempo, manifiesta desde niño harta prestidigitación, y de muchacho se aplica por entero al juego, cosas éstas que, junto con la lectura de Marcial, constituyen toda su educación.

Algunos de los pícaros de la literatura española empiezan su relato desde la escuela en donde ya tienen lugar bellaque-

(1) Esta cita, como algunas otras, está muy condensada. — *(N. del T.)*

rías y contratiempos sumariamente referidos, como en la vida del Gran Tacaño. Muchos hacen su presentación refiriendo su vida de escolar, que abandonan como Marcos de Obregón y el criado Alonso, atraídos por la perspectiva de una vida más independiente, ó bien, como D. Gregorio Guadaña, la prosiguen por completo. Pero muchos comienzan por dirigirse en busca de aventuras, atenidos al dicho maternal de «valer mucho y gastar poco», como dice uno de ellos que entra en la vida plena inmediatamente, sin tropezar en el umbral de las escuelas. Algunos, en sus últimos años, encuentran ocasión para presentarse en Salamanca ó Alcalá á estudiar Teología, como sucede á Guzmán de Alfarache, ó confundir con ingenicsas respuestas á los doctores, como Lazarillo. Pero, fuera de esto, la vida toda del pícaro se distribuye en servidumbre, vagabunderías y fraudes.

A veces, es el pícaro un soldado que al entrar en acción busca refugio tras de las tapias de un corral; otras veces fanfarronea con el que por más bravucón se tenga. Otras aparece robado por los gitanos, y le tienen algún tiempo sin amparo ni otro abrigo que el arrimo de sus hogueras, hasta que se le puede vestir con los andrajos del primero que muere, y le inician en los misterios de la gitanería. En Valladolid ó en Madrid se dedica al galanteo, y á fuerza de trapisondas logra engañar alguna heredera ó viuda rica, cuya fortuna, una vez conquistada, se le va como agua de entre las manos y en nada la aprovecha. En Sevilla trabaja en la descarga de las carabelas que arriban de las Indias; es expendedor de drogas y cosméticos ó charlatán sacamuelas. Veces que trabaja en recoger aceituna, ó en guardar ganado ó en andar con el carro. También puede vérsele de cómico de la legua, por lo general sustituto, ó se le emplea en recaudar la entrada, ó en hacer prospectos, ó en hacer de dragón en los autos y de muerto en las tragedias, y en zurcir las vestimentas en ratos desocupados. Y si se le ofrece, es poeta, compositor de romances menos inspirados que ingeniosos, ó aprendiz de barbero que se lleva me-

dia oreja á la menor rozadura de la navaja, á pesar de haberse desbastado en este oficio con miserables y pacientes mendigos. Cuando le toca ser mozo de vajilla, cocinero ó mayordomo, no le faltan expedientes ingeniosos para hacer su agosto. Y hasta médico es que camina gravemente en su mula, diciendo á la gente lo que ya la gente conoce, pero con lenguaje estirado y enfático. Tiene gran afinidad con diferentes castas de pícaros, con los Dacios que mutilan á niños de que se sirven para mendigar; con «corredores de lana», esto es, ladrones que le despojan á uno de la capa, validos de la oscuridad, y se llagan con úlceras pintadas implorando la caridad á las puertas de las iglesias. Se hace ermitaño, lucrando con su reputación de santo y con la venta de objetos robados, ó parodia á los santos en medio de las calles clamando al «Bendito y Santísimo Sacramento», y pidiendo sufragio para los pobres encarcelados, mientras sus cómplices roban sábanas y almohadas de los hospitales. Pero llega la noche, y á puerta cerrada ¡es de verlos entregados á alborozadas francachelas! Cuando están en plena vagancia, tienen los mesones para ellos irresistible fascinación, y allí se pasan la mitad de su vida. Aunque resulte que el mozo de taberna tiene más mala fortuna que el de ciego, sin embargo, en los grandes mesones tiene probabilidad de llegar á serlo todo, desde hostelero á propietario. Está dispuesto á disfrazarse ó meterse en un baúl, como los más consumados intrigantes italianos. Tiene trazas para chasquear á los maridos celosos, aprendidas en la escuela de la experiencia y tomadas de las *novelle* italianas. Por obra del más estupendo azar, se les confían reciennacidos absolutamente desconocidos, y cuando menos se espera, no les faltan cestillos misteriosos, llenos de joyas y dejados al alcance de su mano. No es frecuente que estos personajes se lancen á aventuras por el Mediterráneo; mas sí sucede que de improviso les coge una fiesta morisca que se los lleva á Argel, donde indefectiblemente la hija de algún su señor mahometano se enamora de ellos y consigue facilitar su evasión. En el Atlántico se describen tormentas y

encuentros con piratas, y aquellos trances en que unos á otros se confiesan en alta voz sus pecados. Visita también el pícaro las Indias, y como ocurre en *El Soldado Píndaro*, el protagonista declara que todo cuanto ha visto en el mundo no vale lo que un melón de Guadix, ó navega, como Sagredo, por aguas incógnitas hasta arribar á una isla de nuevos cíclopes. De Polonia á Holanda y la costa de Kent, son sus viajes incesantes. Anda errante, como Guzmán, por toda la Península, describiendo sus ciudades y santuarios. Encuentra, por último, su asiento definitivo por Italia, en Nápoles, Roma y Milán, y aun cuando sea robado por Sayavedra en Siena, ó engañado por doña Camila en Venecia, no pierde el tiempo, pues en todas partes está atento y observa.

En todas sus aventuras, el pícaro es juguete del destino, como barca sacudida de acá para allá por las olas del acaso. Ora sube, ora desciende; empujado de una banda, es atraído hacia la opuesta, atrás ó adelante, pero sin nunca lograr encaminarse por la derecha vía. No es dueño de su carrera ni pasó nunca por su imaginación la idea de la voluntad venciendo al destino. Semejante pasajero, lo único que puede apetecer es un buen viento que le lleve tarde ó temprano á su puerto: todo dependerá de esto, nada de él. El pícaro es, pues, por su parte, no más que un pretexto, un eje alrededor del cual gira la descripción de la sociedad y sus maneras; y por lo que toca á las novelas picarescas más antiguas de España, más que considerar al pícaro, se ha de tratar de considerar la realidad por instrumento de sus ojos.

Así, pues, la sociedad en que el pícaro vive es el asunto dominante; y aunque su tendencia satírica le encamine alguna vez hacia la caricatura, la descripción de la vida contemporánea es en conjunto fiel, porque su mérito estriba en la apreciación de su verosimilitud, como si fuera un verdadero retrato. Pero en esta pintura no se establece otro orden que el impuesto por el de las aventuras del héroe. Y por más que conserve algunos rasgos de la sátira medioeval, es más bien su reverso

que su verdadera continuación. En vez de pasar revista á las clases sociales, empezando por las más altas y acabando por las ínfimas, como sucedía en *La Danza de la Muerte*, la novela picaresca tiende más bien á empezar por las inferiores y terminar con las más elevadas cuando se sigue en ellas un plan definido. Así, Lazarillo comienza su carrera como acompañante de un mendigo ciego, bribón redomado; sirve luego á un clérigo avariento, y después á un pobre escudero, cuya única falta es cierto orgullo romántico. Guzmán de Alfarache, que es primero criado de un mesonero y de un cocinero, llega á servir de paje á un cardenal y á ser el favorito mimado de un embajador antes de caer en desgracia. Otros, sin embargo, y son los más, cambian de condición, sin que exista un orden motivado y como á la aventura. En la *Desordenada Codicia,* el héroe entra en escena de aprendiz de herrero; se torna luego pícaro profesional, y acaba su vida condenado á galeras en Marsella. El Bachiller Trapaza, asimismo, boga en el servicio del rey, á lo que le llevan los celos de su querida, tras de haber hecho el caballero en Salamanca, en combinación con un hidalgo tan pobre como las ratas, y con él traza una cábala fraudulenta. Estebanillo González, en toda su vida de variedad caótica, acepta cuanto se le ofrece, y sus atropelladas aventuras se desarrollan en la confusión más perfecta. Es rapista, ratero, cocinero de barco, cocinero en tierra, cirujano de hospital, mozo de fregadero, alguacil, salteador y falso peregrino. Hace de charlatán, buhonero y soldado. Es vivandero en una compañía, bufón de corte, falso médico y dentista, y legado diplomático. En toda su larga vida, la única adquisición que hace es la de cierta familiaridad con los grandes, que le ha valido su oficio de bufón. Alonso, el donado hablador, mozo de muchos amos, como le intitula la novela con tan poca razón, recorre una serie de vicisitudes semejantes. Sirve en la milicia, es criado de un sacristán y de un caballero; actúa de secretario de un juez y es ayudante de un médico; en Méjico se hace rico mercader, y en su patria no es más que

un pobre comediante. Es ganapán de convento, cómplice de gitanos, escudero de una doncella enamorada, aprendiz de pintor y cardador de lana; y cogido prisionero en Berbería, después de haber representado una tragedia ante los moros principales, es rescatado por los PP. de la Santísima Trinidad, y termina sus días como ermitaño. Nada más voltario que la fortuna del pícaro conducido sin rumbo sobre las ondas caprichosas del azar; mas la contextura y materia de la sociedad descrita es en realidad uniforme.

Estas novelas picarescas de arte rudimentario, ha de notarse como caso singular que fueron compuestas por personas que no pertenecían á la casta de los pícaros, ni eran tampoco espíritus reformadores. En Inglaterra, durante los siglos XVII y XVIII, al contrario, los autores por excelencia de libros picarescos, eran de suyo gente perdida, ó bien personas que trataban de precaver á los demás contra la picardía y corregir el mal. Tomás Nash, en su *Jacke Wilton*, compuso un relato de mero entretenimiento; pero la mayor parte de los escritores fueron impulsados por consideraciones prácticas desde Harman, que termina su «Libro de desvergonzados mendigos», con el voto de que su personaje pueda «corregir sus malas acciones, y así vivir tranquilo», hasta Daniel Defoe, amonestando á los condenados á destierro á que se arrepientan para poder por este medio ser venturosos. Autobiografías de pícaros, escritas por aquellos que en los rigores de la ley se arrepintieron y procuraron conducir á los otros por el buen camino, hay innumerables en Inglaterra, desde *La vida y muerte de Gamaliel Ratsey* publicada en 1605, hasta las *Memorias de James Hardy Vaux* de 1819. En España, en cambio, las novelas picarescas fueron señaladamente *Libros de entretenimiento;* éste fué su fin, y sus autores, que gozaban de lugar preeminente por su posición, cargo ó la misma categoría literaria, tomaban la vida del pícaro como otro asunto cualquiera. Los relatos españoles, seguros de alcanzar mayor perfección literaria que los ingleses, consideran la enmienda de las costumbres

sólo de modo indirecto, y por aquello de que la sátira siempre corrige. A pesar de esto, desde los principios, el autor de libros picarescos, como si tuviera miedo de que pudiera confundírsele con su antihéroe y estuviera obligado á sustentar su buen nombre, anuncia un propósito moral que apenas puede percibirse en su obra. Mateo Alemán tuvo este cuidado de declarar que había escrito el *Guzmán de Alfarache* para el aprovechamiento común, y Alfonso de Barros, camarero de Felipe III, en su elogio del autor, dice intencionadamente que Alemán en su vida era la antítesis de su personaje. Espinel anunciaba de su *Marcos de Obregón* que no se encontraría en él ni una hoja que no tuviera algún sentido especial fuera del que superficialmente se viere. El Dr. Carlos García dice de su *Desordenada Codicia*: «Este libro, no tanto se preocupa de referir la antigüedad y hazañas de los ladrones, como de enseñar la manera de precaverlas.» Solorzano, en el prefacio de la *Garduña de Sevilla*, afirmaba que á los grandes príncipes debían ser ofrecidos estos libros, menos por lo que manifiestan que por lo que quieren dar á entender, que es mejorar las costumbres y avisar á los incautos. Quevedo justifica este género de literatura en las observaciones con que prologa el *Don Raimundo el entremetido*, de Tovar y Valderrama, basándose en que los vicios vistos en otros causan mayor aborrecimiento que los examinados en uno mismo; idea expresada también por Ben Jonson en sus versos para la traducción inglesa del *Guzmán de Alfarache*, hecha por Mabbe.

Por lo demás, este alarde de intención virtuosa bien puede conciliarse con la progresión moral del antihéroe. Los libros jocosos y de ingeniosidades nada tenían que ver con la moralidad, que ha de inculcarse forzosamente en las personas. Y cuando, por ejemplo, una persona empieza á mostrarse como superior á su obra, tiene poco en sí esta acción que contribuya á elevar el sentido moral. En la novela picaresca española pueden encontrarse diseminadas las reflexiones morales, pero nunca incorporadas á su verdadera substancia. Alemán reco-

nocía el plan moralizador de otros, cuando admitía que «no había impropiedad, ni era fuera de propósito escribir en esta primera parte alguna cosa de doctrina». Después de él, ya los lectores no tenían más remedio que tomar lo útil juntamente con lo agradable, no siendo los de Lesage, que preparó una edición de esta obra «*purgée des moralités superfluës*». Andrés Pérez, más tarde, en la *Pícara Justina*, no contento con las moralidades que pudo distribuir por todo el texto, añadió observaciones provechosas al fin de cada capítulo, dando así á la novela picaresca un tono moral y retórico. El apogeo de la confusión se consuma en el *Donado hablador;* pero así como el Lazarillo se había librado de este pecado dominante, los libros que de él derivan muestran esta ventaja, y el Buscón, que pertenece á esta serie, se hace recomendable por su falta de pretensiones edificadoras.

En la novela picaresca es imposible la aparición de lo sentimental, como no sea en episodios interpolados, que nada tienen que ver con lo picaresco, ni tampoco lo licencioso que imprimió su sello en la *novella* italiana deja vestigios en la española. A veces, como en Quevedo y en la *Pícara Justina*, se acusan torpezas y groserías del mismo género que las porquerías no inmorales de los Eulenspiegel alemanes, pero nunca incurren en la verdadera obscenidad. El condimento de las sales gálicas se ve añadido en *Francion,* pero únicamente al Norte de los Pirineos, y aun allí no fué tampoco salsa acreditada para este género de ficciones. La ausencia de lo sentimental, por una parte, y por otra de elementos eróticos, hace que la manera de tratar el amor y el matrimonio tenga en los libros picarescos carácter especialísimo. Lo que constituye, pues, en la novela moderna, hija de la picaresca, rasgo tan importante, falta en su predecesora. De lo que se llama amor no hay en ella nada. Guzmán de Alfarache, con pasar las noches sin dormir y los días soñoliento en Alcalá, cree haberse matriculado en la escuela de Cupido, pero él mismo se da cuenta de que es hechura de un instinto ciego. El credo ver-

dad de los amantes pícaros se resume en aquellos dos versos de Justina:

«Tanto crece el amor quanto la pecunia crece,
Que hoy día todo á él se rinde y todo le obedece.»

El amor está en razón directa de la riqueza, y sólo hay tres motivos, dice la Pícara, para que una mujer se enamore. Primero y principal, el interés; segundo, la alegría de ver á un hombre hecho su esclavo; y tercero, el hecho de que ceder es el remedio más pronto á la impertinencia. Por ironía, sin embargo, el matrimonio, en los más de los casos, se ve defraudado en sus miras interesadas, dejando al amante peor si se casa ó enviuda de lo que antes estaba. Guzmán proclama: «Caséme rico, casado estoy pobre; alegres fueron los días de mi boda para mis amigos y tristes los de mi matrimonio para mí; ellos tuviéronlos buenos y se fueron á sus casas, yo quedé padeciendo los malos en la mía.» Pierde la mujer y la dote con su muerte, y luego otra que le enriquece, vendiendo sus gracias á generosos admiradores, se le marcha de casa con su caudal y con un capitán de barco; no por esto se corrige, declarando que toda mujer le parece la diosa Venus. Alonso no tiene mejor fortuna; casado con una comadrona rica, con hijos ya crecidos, le obliga á llevar los vestidos de su primer marido, ayudarle en su profesión, para que anuncie á los clientes el sexo de la criatura recién nacida, y cuando su mujer fallece se encuentra en la miseria para siempre, pues sus hijastros le despojan de todo su patrimonio. El galanteo para el pícaro rara vez es cómodo, de que es lastimoso ejemplo Marcos de Obregón, que, concertado con una vizcaína á estar de palique por la noche á través de una gatera, se encuentra, en lugar de ella, con un gato efectivo, y es blanco de papirotes; y cuando por segunda vez trata de hablarla, le cogen cuatro hombres, que le obligan á dar vueltas á un molino. En sus amoríos con otra, también sale burlado, pues le encierran en un aposento, y sus progresos en

este punto son todos tan desdichados, que continúa soltero hasta el fin de su vida.

Las mujeres son todas ventaneras y tan mudables como la luna. La primera amiga de Estebanillo, á quien hace merced de una habitación sin vistas á la calle, le cobra por esta causa aborrecimiento; y otra, sospechada de infidelidad, le roba cuanto posee y le deja. Rufina, casada con un mercader indiano, á los ocho días de galanteo, se cansa luego de él por su mucha edad, economía y estrechez. Concede sus favores á otros, entre los cuales hay un galán que la da un vestido, tomado de una vecina, y vestido como criado, le obliga á devolverlo en presencia de su marido (1). Con sus embustes chasquea á un avaro, á un alquimista y á un ermitaño que sabe más que ella, y hasta inventa trazas para casarse con otro pícaro. A Lazarillo le toca en suerte, mientras su viaje por el mar, una mujer de fama no muy limpia, y ya en tierra, hace el papel de marido resignado de la querida de un eclesiástico. El ermitaño tunante, de la segunda parte del *Lazarillo,* escrita por Luna, es recibido en matrimonio á condición de consentir en seis artículos, uno de los cuales es que no éntre en casa cuando vea un jarro ó vaso á la ventana, señal de estar ella citada con otro; otro, el de comprometerse á esconderse cuando algún otro viniere á su casa, sin que nadie le viese, y otro, que había de traer dos veces á la semana algunos amigos que hiciesen la costa de un buen *gaudeamus.* La formalidad de llamar al cura podía excusarse, pues lo esencial del matrimonio consiste en la conformidad de las voluntades. Las monjas aparecen en estos libros como objeto de una pasión fútil y extendida. Guzmán censura á un su amigo por esta necedad, hallándole en disputa con una monja sobre si en amor es preferible la esperanza ó la posesión. El necio afortunado oye que de él se murmura más de la cuenta de ser demasiadamente devoto de

(1) Tomado este episodio del Decamerón, segundo cuento del día 8.°, y de un *fabliau,* Barbazán et Meon. T. 4,181.

las monjas, y Pablos el Buscón inspecciona por entre las rejas del coro, tosiendo de cuando en cuando para llamar la atención de su amada. Paséase por las capillas sin esperanza, y en el patio del convento encuentra á otros tan majaderos como él, que se pasan la vida contemplando á una mujer á través de unas verjas, como si se tratara de una reliquia de santo.

Pero el fuerte del pícaro en materia de amores está, sin embargo, en la procura de matrimonios que él á su antojo guisa y compone. Pablos el Buscón es particularmente hábil en este juego. Hace la corte á la hija de la señora en cuya casa está intentando pasar por riquísimo, contando y recontando los únicos cincuenta escudos que posee muchas veces, en sitio donde el sonido de las monedas pueda ser percibido por la señora. Escribe cartas muy tiernas, y tiene avisado de que vayan á preguntar por él, nombrándole el señor de tal y cual. Tras esto, y con la esperanza de alcanzar á una mujer rica, alquila un caballo y ricas galas, y hace la corte á una heredera hablando de sus cuantiosas rentas, de sus ilustres parientes y declarando que nunca se casaría por ambición de riqueza. Para acercarse más, la invita á una merienda, pidiendo á unos y otros, y todo va caminando favorablemente hasta que á lo último le desenmascaran. Y el desenlace de toda esta comedia termina en una tanda de azotes. El Bachiller Trapaza ensaya idénticas mañas con una hermosa heredera. Por la noche la obsequia con serenatas; mas como no entiende de música, alquila á otro que toque por él, mas desgraciadamente es ya suplantado por otro rival. En otra ocasión emplea una treta más elaborada con una señora de quien ha llegado á su poder un retrato. Quiere hacer creer que le han robado cerca de la casa de ella en donde le acogen, y encontrándole el retrato y papeles apócrifos, refiere una relación acerca de su nacimiento ilustre y sus grandes riquezas, y cómo, habiéndose enamorado de aquella miniatura, ha dejado todo lo demás en poder de los ladrones, consintiendo esto antes que abandonar aquella pintura. Esto conmueve á la dama, que está pronta á galardo-

narle con su mano, cuando, descubierta la treta, termina apaleado por los criados de la casa. Estas palizas son desenlace frecuente de estos embustes de amor, como Ceñudo descubre bien á costa suya; pues siendo paje, finge ser un rico caballero con extensos dominios, y llega á hacer creer á una dama que la coronará por reina de las Indias. Cuando llega á averiguar algo de lo que en realidad hay, atrae á Ceñudo al prado, donde le obsequian con una carga de garrotazos por su desvergüenza. Periquín se libra de castigo, aunque bien lo merece, pues, al enamorar á la hija de un boticario, pretende ser de Mondragón, ciudad donde todos son nobles, y sobrino además del médico de Su Majestad. Escribe una carta recomendatoria referente á sus propias calidades; pero, por desgracia, se descubre el engaño, y el boticario, cuyos sueños quedan fallidos, se desconsuela no menos que el propio Periquín. La sabia Flora Malsabidilla se afana ante todo por amañar un casamiento de engaño con uno de sus antiguos amantes que la conoció de gitana; y Teresa de Manzanares, la comedianta, emboba á un *perulero*, llegado de Lima, haciéndose pasar por la hija de un hidalgo de Castilla. Más tarde, y ya viuda de su tercer marido, viste á una esclava en términos que la tengan por sobrina suya, estafando á dos galanes en competencia, á quienes mantiene á respetable distancia, dando por resultado que entrambos á porfía manden regalos á la presunta sobrina. Cervantes, en el *Casamiento engañoso*, describe admirablemente uno de estos fraudulentos enlaces en que los dos se chasquean; pues Estefanía, doncella de servicio que remeda una gran señora, enamora al teniente Campuzano, que, por su parte, quiere pasar por rico engalanado con joyas falsas. Ya casados, se descubre el engaño mutuo, y Estefanía busca su consuelo escapándose de casa con las alhajas, todo lo cual refiere Campuzano, como cosa de broma, á un amigo que come con él. En la *Guía y avisos de forasteros*, el pícaro Bonillo, engaña á un rico labrador y á su hija, prometiendo casarse con la muchacha y dar la administración de la hacienda á su cuñado. El labrador, gozoso, les

otorga una dote de la mitad de su fortuna, y al irse á acostar Sancho á secas piensa en levantarse D. Sancho. A la hija le ha prometido llevarla en coche, y cuando se canse del coche, litera de damasco en oro y azul, con dos esclavas berberiscas para llevarla. La chica se atonta con estas cosas, pero todo ello termina con que al muchacho le condenan á galeras, y D. Sancho vuelve á ser meramente Sancho, y D.ª María la pobre Mari-Hernández. Un viudo se casa con ella adoptando al hijo fruto de las engañosas relaciones, por suyo. Este matrimonio tampoco sale muy próspero, pues á cada vuelta de esquina, la muchacha fija sus ojos en cualquier galán forastero que pasa por el pueblo. Este amor, desprovisto de sentimentalismo, es el que ofrece la novela picaresca, abundando en cambio, el elemento humorístico, que es su dote necesaria. Cuando el afecto serio aparece, como en muchos episodios interpolados en diversas novelas, siendo el principal ejemplo el *Soldado Píndaro*, ya el pícaro queda en segundo término ó más bien desaparece de la escena; esta manera de tratar el amor es sencillamente el ejemplo más comprensivo de la pasión ó emoción.

Estos relatos de la literatura española fueron estudios de costumbres, no de carácter, y las aventuras servían de base juntamente con ellas, no para describir situaciones potentes del corazón ó de la conciencia, sino más bien para la observación y pintura de los hechos externos. Por esto, casi exclusivamente prevaleció la forma narrativa, y aun cuando se empleara el diálogo para producir algún movimiento dramático—pues hay novelas en esta forma,—no contribuyó grandemente á sacar á luz el carácter. El antihéroe que tenía toda atención proyectada hacia el mundo exterior inmoral é insensible, se daba cuenta perfecta de lo que él representaba, esto es, de su misión de antihéroe. Berganza, en el *Coloquio de los perros*, puede señalar la diferencia que hay entre los pastores de la bucólica y los de la realidad, que gastan el día en espulgarse ó remendar las abarcas y no en entonar canciones á sus pastoras; pero la novela picaresca no ataca directamente las novelas

pastorales ni caballerescas. *Don Quijote* es el único ataque organizado contra ellos; pero el antihéroe que está representado más bien por Sancho que por Don Quijote, que no es sino héroe frustrado, ofrece en suma el reverso de la vida, dejando al lector el cuidado de inferir consecuencias sobre lo absurdo de los caballeros andantes anacrónicos ya, y los pastores de la poesía pasados de moda. Además, los autores españoles de la novela picaresca no sintieron devoción tan exclusiva por lo picaresco y realista que les impidiera alguna vez lanzarse en pos de los héroes del idealismo. Cristóbal Suárez de Figueroa, autor del *Passagero,* lo es también de la *Constante Amarilis*, novela grave y más famosa; Alonso Castillo Solórzano, no descuidó en manera alguna la ficción romántica, por más que también le inspirase la musa de los rateros y vagabundos; Cervantes mismo compuso la *Galatea* y el *Persiles;* y Espinel es autor de las *Diversas rimas*, que nada tienen de común con los *Romances de germanía* ó con las andanzas de Obregón.

En Francia, en cambio, el antihéroe se elevó á la plena conciencia de sí mismo; pues aun cuando Barclay, autor del *Euphormio*, engendrara también el *Argenis*, y Sorel, al lado de sus cuentos picarescos compusiera las *Nouvelles choisies* de antigua cepa erótica y heróica, con todo, los que abrazaron el partido de la realidad fueron consecuentes por su mayor parte en mantener sus tendencias. *Don Quijote* asumió la dirección dando amplio ejemplo de ataque directo, que fué fielmente seguido cuando salieron á la luz nuevas ficciones exageradas comenzando por *L'Astrée*.

A pesar de su buen éxito, los herederos de las novelas griegas y del Amadís se encontraron con oposición poderosa, que no escatimaba palabras para declarar su antagonismo, según se ve en obras tales como *Le Gascon extravagant, Le chevalier hipocondriaque*, ó el *Berger extravagant*, cuyo título en compendio era *L' Anti-roman*. La antinovela y el antihéroe tuvieron, pues, su época de favor en Francia, pues las imitaciones alemana y holandesa no hicieron sino valerse de la manera fran-

cesa; y en Inglaterra el perfeccionamiento gradual del antihéroe, que acaba por redimirle, anula este tipo, sin volverse á acordar ya del verdadero héroe que al principio se le opone. Empieza este género de literatura por ser: en España, una revista de meras actualidades; en Francia, un principio de reconocimiento propio del antihéroe, y en Inglaterra, germen de estudio del carácter antiheroico. De semejante manera, las novelas picarescas inglesas concentran el interés en los actores individuales, las francesas en el aspecto formal y literario de la obra, mientras que la novela picaresca española converge su atención en la sociedad de esta manera crítica observada.

Frank Wadleigh Chandler

LA AMÉRICA MODERNA

Las condiciones de la investigación sociológica. La Argentina á través de la crítica europea. La literatura francesa. Un libro de Jules Huret. Juicios tendenciosos para alemanes y españoles. Política colonial comparada. Debilidad comercial francesa en América.—La revolución mejicana de 1911. Sus causas. La obra de Porfirio Díaz. De 1876 á 1910. La opinión europea.

El lanzar un libro dedicado á un país, con la pretensión de reflejar una imagen viva de las tierras y de las gentes, en toda su vida íntegra, desde los pormenores geográficos hasta las consideraciones antropológicas, espirituales y sociales del pueblo que viva sobre el país que se describa, exige una preparación personal del investigador rigurosamente sociológica, y un acopio y clasificación de materiales suficientes y bien seleccionados. Cuando faltan estas condiciones, el producto será una figura contrahecha, una obra coja que muere al nacer. He aquí por qué muchas veces es preferible el estudio monográfico (artístico, económico, religioso, jurídico, etc., etc.) de un país, á esas obras en las que se pretende sistematizar la vida entera, y quedan, sin embargo, por falta de perspectiva mental y de amplitud en el campo de visión del investigador, fuera de examen círculos extensos de la vida que se quiere escrutar. El antropólogo, que sólo sea antropólogo y pretenda dar una síntesis sociológica de un pueblo, estirará todo lo que pueda las descripciones étnicas, dará á conocer los caracteres somáticos

de la estirpe, llegará á las disquisiciones psicológicas, tal vez; pero la vida social y su mundo imponderable, que incluso á la estadística escapa, quedará fuera del cuadro que componga. Añádase á todo esto una exigencia más fundamental todavía que la cultura integral que ha de poseer el investigador, cual es la serenidad de juicio, la ausencia de toda inclinación tendenciosa, y se comprenderá el cuidado que hay que poner en el estudio de todo libro que acometa la magna labor de ofrecernos la imagen y la vida íntegra, parlante, de un pueblo.

Pero la audacia suele ser cualidad más extendida entre los escritores que la prudencia y la modestia; de aquí, que no es extraño el que tropecemos con libros de impresión con pretensiones de investigación integral. Esas cosas que se encuentran en la superficie de un cerebro medianamente culto, no pueden ser nunca materia de un libro.

Y digo todo esto á manera de introducción á la crítica de la literatura europea, que ha tomado como objeto de estudio á algunos países americanos, sobre todo á la República Argentina. Confieso que cuando leí el libro de Santiago Rusiñol, *Un viaje al Plata* (1), encontré en él una obra perfecta, á pesar de que el autor declara, entusiasmado, que bailar el tango argentino equivale á hacer nación argentina. Rusiñol es un artista, hondamente romántico con visos de humorismo; en su retina, la mancha amarilla está reemplazada por una mancha azul, en la cual se dibuja frecuentemente el contorno cómico de algunas figuras. ¿Cómo ha de resultar una visión de Rusiñol sobre la Argentina? Necesariamente, como su temperamento la refleja en la cámara obscura; y si á esto se añade que el autor declara su aversión á la estadística y á todo lo que signifique disciplina sociológica, la obra nacerá sin pecado original. Ya se sabe de antemano quién la escribe y lo que se propone describir. Lo terrible es encontrarnos con libros de los llamados sugestivos, que intentan abarcarlo todo en sus

(1) Santiago Rusiñol: *Un viaje al Plata*. Traducido del catalán por G. Martínez Sierra. Madrid, 1911.

juicios, y aprietan, sin embargo, bien poco. ¿Ejemplo de esto? Ahí está el libro de Guillermo Ferrero, *L'Europa Giovane*, verdadero preciosismo literario, de algún que otro atisbo genial, pero de verdaderas caídas mortales al formular leyes sociológicas, y llamar versátil á Bismark. ¿Otro ejemplo? El libro reciente de Jules Huret sobre la Argentina (1).

Jules Huret es un pensador fácil, escritor brillante y claro, superficial y pintoresco, genial á ratitos y laborioso siempre, que ha compilado en un tomito de la *Bibliothéque Charpentier* las impresiones que sobre la Argentina publicara en *Le Figaro*.

Por Mr. Huret me enteré yo de que los médicos españoles hacen las disecciones vistiendo grandes batas rojas, si bien no he podido toparme con ninguno de ellos, ni á pesar de mi empeño en saber la dirección de tales anatomistas desconocedores de la asepsia (2). No me sorprenden las cosas de este escritor, desde que aprendí de Maurice Barrés, y bajo el espeluznante título «Du sang de la volupté et de la mort», que Toledo era muy sensual, y Gautier contó á los franceses que el Cirio Pascual de la Catedral de Toledo era como un mástil, y la cantidad de vino que se consumía diariamente en misas se contaba por toneles.

De esta inexactitud y tendenciosidad de la crítica francesa, que ha traído su descrédito en el mundo científico, hay, desgraciadamente, muchas muestras en la obra de Huret sobre la Argentina. De los alemanes habla como pudiera hacerlo Julio Verne. Para Huret, la equivocación de un alemán envuelve el descrédito de todo lo que sea alemanismo. El alemán Burmeister se equivocó al hablar del porvenir agrícola en la Argentina (como se suelen equivocar todos los que se dedican á ser profetas), y, á pesar de esto, «continuó—dice Huret—siendo director del Museo Nacional, y los sabios alemanes como profe-

(1) Jules Huret: *En Argentine. De Buenos Aires au Gran Chaco.* París, 1911.

(2) Véanse sus publicaciones *En Allemagne*, Bibliothéque Charpentier. París.

sores en la Universidad». El escritor no sabe que el mejor estudio sobre la potencialidad agrícola y pecuaria de los Estados del Plata es debido al doctor alemán Kärger, y que la influencia legítima de la cultura alemana, que imparcialmente describe Aníbal Latino (Los factores del progreso de la República Argentina), llega hasta colocar el casco prusiano en las cabezas de los soldados argentinos. Si en vez de los sabios alemanes, Mr. Huret hubiese explicado agricultura en una cátedra argentina, habría preconizado el cultivo intensivo en vez del extensivo, como lo hace en su libro, y afirmado que las labores profundas en las tierras vírgenes matan la planta por exceso de nutrición... Los economistas y los agrónomos, sin embargo, sostienen que el cultivo extensivo es el preferible cuando hay mucha tierra libre y el más rentable, y que es la falta de meteorización de las tierras vírgenes lo que mata la planta cuando la semilla se arroja después de una labor de treinta ó cuarenta centímetros de profundidad.

El retardo del desenvolvimiento de la Argentina lo atribuye Huret á la política colonial de España. Para él no hubo un Carlos III que declaró libre el comercio de la América española bastante antes de la emancipación de 1810, y aunque las luchas civiles que siguieron á la emancipación de las colonias españolas desbastaron el suelo americano, el escritor francés no se pára en barras y acomete sin rubor á la influencia española, á la que no atribuye el diluvio universal por ser la Biblia un libro bastante conocido. Siempre que de política colonial se trate, á nadie es lícito olvidar ó desconocer que la política asimilista española no era sino un reflejo del sistema colonial imperante en la política colonial europea, y que aún tiene hondos vestigios en la política colonial holandesa actual y en la alemana, contra la cual la sátira canta hasta en los últimos *cabarets* alemanes.

¿No oyó nunca Mr. Huret, en Alemania, una copla llamada de von Puttkammer?

Willst du meinem Cousinchen sein?
Später wirst du meine Frau...

El que invita á una mujer á que se presente como primita, y la ofrece más tarde hacerla su mujer, es un alto empleado de la administración colonial alemana que convierte la tierra colonial en paraíso de delicias... propias. Y esto en el siglo xx. Los errores de la política colonial española fueron los mismos que cometió Inglaterra y le ocasionaron la pérdida del Canadá. De todos modos, lo imperdonable es que de errores españoles ya pasados se haga un argumento contra la España actual, y se pase en silencio el error y la corrupción administrativa colonial de potencias de nuestros días, rebosantes de dinero y de cultura. Hoy, que se siente Francia débil comercialmente, pretende valerse del protectorado político en Marruecos para monopolizar el comercio de todo el Sultanato; hacer lo que las potencias coloniales asimilistas han hecho siempre, y Mr. Huret critica en España. Pero la espada germánica se encarga de abrir las puertas que cierra ó pretende cerrar la orientación imperialista francesa. Para no recargar más la crítica, permítaseme recordar que, en materia colonial, alguna gratitud debieran guardar los franceses á España, puesto que no siendo capaces los franceses de fundar colonias de establecimiento, han recibido de manos españolas, de alicantinos y almerienses, montes descuajados y tierras roturadas en Argelia, un magno trabajo de *défrichage,* para el cual es impotente el labrador francés, acostumbrado á la tierra blanda y jugosa de las llanuras francesas.

Pero los franceses son así. Se llevaron el Cid de Guillén de Castro, y le presentaron como hijo legítimo de Corneille; explotan la tierra colonial santificada por el trabajo español, y nos declaran fanáticos, mientras Max Régis y Rochefort predicaban el odio de raza en Argelia.

Convendría colocar una apostilla en las descripciones del escritor francés, cuando roza un aspecto de la vida moral ar-

gentina y no se cura de buscar las raíces. Describe así la hora del paseo en el Parque de Palermo de Buenos-Aires.

«Las tardes de verano, de Noviembre á Enero, antes de partir para la playa de Mar del Plata, ó á la estancia en el interior, se vuelve á Palermo, pues no hay más que un solo lugar para respirar, y, sobre todo, para encontrarse unos con otros. Entonces se desciende de los coches.

»Las jóvenes, sentadas en los bancos y sillas bajo altas palmeras, parecen devorar con las miradas á los hombres que pasan; pero los jóvenes sobre todo, les miran con una impertinencia sin par. El brillo de los ojos virginales resplandecen más fuertes que los rayos de las luces eléctricas que allí se proyectan. Es necesario haber visto esa ringlera de grandes ojos negros que os siguen en la obscuridad, como si quisieran hablaros sin volverse ni bajarse, y que no dicen más que curiosidad, para formarse una idea del fósforo que puede contener una mirada de virgen. Y, hecho curioso: entre aquella gente joven no hay nada de equívoco ni de malsano. Unos y otros saben perfectamente lo que pueden esperar recíprocamente. Visiblemente juegan á mirarse, porque éste es el único juego que les es permitido y que ellos se permitirían...

»El lujo de las mujeres es notable; su belleza, sin igual. Ciertamente que se puede preferir la sencilla elegancia natural de las americanas del Norte á la gracia coquetona de las francesas; pero es imposible ver figuras más hermosas que las de los trenes de Palermo. Mujeres jóvenes de tintes mates, de grandes y brillantes ojos, de trazos regulares y finos, inmóviles y de expresión grave; jóvenes puras de mirada sin timidez, de discreta sonrisa, que hacen pensar en las bellezas escogidas y enclaustradas en los misteriosos harems de los reyes árabes y que milagrosamente, y para perdición vuestra, se descubriesen de repente. Su gracia ardiente, la pasión contenida y temerosa de sus gestos, y, sobre todo, el fuego profundo de esas miradas en las fisonomías serias y concentradas, infunden en el corazón del extranjero que llega á la hora del paseo en Pa-

lermo, unos sueños de voluptuosidad intensa y religiosa que conviene extinguir bien pronto.»

Pues aunque Mr. Huret no lo crea, esto es español, muy español. Tal vez sea el pueblo español el único pueblo de Europa en donde puede encontrarse pasión, porque pasión supone continencia y freno moral, cosas bien difíciles de encontrar más allá de los Pirineos. El español, al fundirse con los elementos indígenas coloniales, no hundió en el mestizaje las prendas morales.

Si Mr. Jules Huret hubiese ponderado serena é inteligentemente la vida económica de la Argentina, habría hecho una labor patriótica para Francia, pues habría enterado á los franceses de la continuada derrota comercial que sufren, comparados con ingleses, norteamericanos, alemanes é italianos en la Argentina. A propósito de esto, dice un escritor argentino que «la exportación de productos argentinos á Francia, que en 1903 daba la proporción de 15,5 por 100 de la exportación total, bajó en 1908 á menos del 10 por 100. Mientras el valor de la exportación á Francia fué de 37.762.040 pesos oro en 1907, sólo fué de 28.913.730 en 1908, y 38.996.005 en 1909. En 1910 se acentúa nuevamente la disminución. Este hecho debe llamar la atención de los gobernantes y estadistas argentinos para combatir, si es posible, las causas que le producen.» Pero el escritor francés parece obsesionado por la idea de la hispanofobia, y al describir algunos tipos de empleados inactivos de la Administración nacional argentina, escribe: «Estos son los andaluces, en los cuales predomina la sangre mora. Pululan en las oficinas donde los demás trabajan; ellos no hacen nada; están provistos de un título que les dispensa de todo trabajo (jefe, subjefe, inspector, subinspector, ¡qué se yo!)... Esta es la impresión que he sacado al visitar, entre otros establecimientos, el Banco Municipal, el Banco de Préstamos, el Monte de Piedad y la Caja de Ahorros.» Bien es verdad que se podía retorcer el argumento trayendo á colación los ejemplos que Edmundo Demolin ofrece en su estudio sobre latinos y

anglo-sajones, poniendo en parangón algunos casos de la Administración inglesa y francesa.

Por lo demás, el libro de Huret contiene impresiones artísticas, atisbos felices de sus excursiones por tierra argentina, que serían de indudable utilidad si el conjunto de su obra no estuviese manchado por algo tendencioso que pugna con las exigencias de la seriedad científica. Tanto el primer tomo como el segundo que se anuncia *(De La Plata a la cordillière des Andes)*, y cuyo índice ya conozco, no constituyen una obra de conjunto, pues deja fuera de consideración el magno factor del derecho americano, cuya influencia en la América moderna es de todo punto innegable. Si el escritor francés hubiese anunciado su obra como impresiones de un periodista sagaz que sabe desparramar pintorescamente las estadísticas hechas por B. Martínez sobre la Argentina, en una serie de capítulos de género narrativo, la obra habría ganado en respeto para la crítica.

He aquí un ejemplo de las observaciones puramente periodístico-retóricas de Mr. Jules Huret, al describir los grandes latifundios argentinos que reciben el nombre de *estancias:*

«Después de la estación de Pereyra, y más allá del edificio destinado á habitación que ocupa el centro, el parque de la estancia de San Juan, de los Sres. Leonardo y Martín Pereyra, se extiende, inmenso, sobre una superficie de 350 hectáreas. Fué plantado por el padre de los propietarios actuales, hace unos cuarenta ó cincuenta años. En la actualidad, los eucaliptus, cuyo crecimiento es rápido, ofrecen el aspecto majestuoso de los árboles más viejos de nuestros bosques. Sus pelados fustes de un verde gris, lisos como un satén, se elevan enhiestos hacia el cielo azulado, y su corteza cuelga á jirones de las ramas superiores.

»Este parque es gloria de la familia Pereyra, gloria unánimemente envidiada por todos los propietarios de la República, y porque en este país los árboles son considerados como un lujo señorial. Los señores Pereyra no los cederían por un título de

nobleza. Para ellos constituyen, aparte de su fortuna considerable, una especie de título de nobleza.

»Se pregunta el origen de este amor que se tiene por los árboles en la Argentina entre muchas gentes. Tal vez por la falta de ellos. Ya se sabe que la Pampa está completamente desnuda. Los indios, ancestralmente habituados á esta desnudez de la tierra, acomodaron á ella su sombrío humor; los españoles, que vinieron aquí á una cosa distinta, no se cuidaron de plantarlos (1). Pero en los argentinos de hoy, en los de origen basco ó italiano, sobre todo el amor al follaje, se exaspera con esta privación. Por esto el plantar árboles resulta entre ellos una ocupación obligatoria, como acompañamiento necesario de un nuevo ó de un zarzo de choza pampera.

»En medio del parque, una corriente de aguas casi inmóviles se abriga á la sombra de grandes sauces, que lloran sobre las márgenes. Avenidas de palmeras y cocoteros, de magnolias y cipreses lindan con horizontes de pastos naturales, que se encierran entre cortinas de eucaliptus.

»La estancia propiamente dicha comienza allí. Las vacas *durham* y *hereford,* rodeadas de sus crías, se apacientan entre altas hierbas que tiemblan al tibio soplo del viento. Desde lejos parece un lágo rizado por pequeñas ondas, en donde floreciesen gruesos matorrales de cardos de Castilla, rígidos y de grandes flores violáceas.

»Los olmos, los eucaliptus, las palmeras, los cipreses, los castaños, los matorrales de bambúes, los álamos blancos, las acacias y los abetos, los sauces y las tuyas alternan formando apretados *bouquets.* Algunos helechos raros, que se os enseñan como una curiosidad, se ocultan á vuestro pies.

»Cierto día, un comerciante quiso comprarle al propietario de este parque 200.000 eucaliptus, á razón de 6 piastras cada

(1) ¡Otra vez los españoles! Por lo visto, Mr. Huret cree cosa fácil llenar de alamedas el continente desde el cabo de Hornos hasta el Norte de Méjico.

uno. La compra representaba una suma de dos millones y medio de francos. No fué aceptada.

»La casa destinada á habitación, rodeada de todo este verdor, tiene delante de ella una vasta alfombra de hierba espesa. Es muy sencilla, sin pretensión ni ambición arquitectónica. Está pintada de rosa pálido y adornada por ventanas enrejadas, de verdes postigos, y no tiene más que un piso, y la línea de su terraza se proyecta netamente sobre el cielo azuladísimo. Parterres de geranios rosas y rojos se extienden ante su fachada, y dos grandes palmeras hacen guardia á su entrada. A lo lejos, los rebaños de carneros pacen á la sombra de los álamos, que limitan la alfombra verde, y una Virgen blanca, en su nicho de piedra, hace una mancha de luz en el verde sombrío de los árboles. Bocanadas de aire tibio, cargadas de sanos olores balsámicos, llegan desde el bosque vecino.

»La hospitalidad argentina os invita á almorzar cuando visitáis una estancia.

»Los muros del comedor están cubiertos de medallas y de objetos de arte de oro y de plata, ganados en los concursos agrícolas. Una ingeniosa distribución les ha incrustado en las tablas del muro, de suerte que forman parte del inmueble. En un gran *hall* admiramos las fotografías de los animales premiados, gigantes imponentes, antepasados de colosos que después han de verse. Al lado de estos retratos están las muestras de la lana de los carneros con el peso correspondiente.

»Durante el copioso almuerzo, *dont le puchero* familiar y el sabroso asado nacional fueron lo esencial, y se habló de San Juan.

»Encontrará aquí—me dijo mi huésped—una estancia muy diferente de la de Manuel Lobos, que usted ha visitado ya. Él se ha especializado en la cría de toros y vacas durham y de los carneros lincoln. Es imposible encontrar en su estancia una gota de sangre de otro origen. Por esto no hay en la Argentina, ni aun en la misma Inglaterra, los ganados de durhams y de lincolns comparables á los suyos. Mi padre se

propuso aquí otro objeto. Quería reunir en su cabaña los ejemplares de las principales razas seleccionadas de los diferentes países.

»La estancia de San Juan tiene fama de poseer el mayor número de vacas seleccionadas. Tiene de éstas 642 y 272 toros, de los cuales una parte no sirve aún para la reproducción. En los confortables establos se pueden ver 542 vacas y toros durham de origen, 465 hereford, también de origen, y 4.500 de otra raza pura sin cruzamiento alguno; en total, 5.500 cabezas.

»Los potreros están igualmente bien provistos: 17 sementales de pura sangre árabe, importados de Arabia, y 24 yeguas del mismo origen; 12 sementales shire y 33 yeguas; 14 sementales percherones y 34 yeguas; 52 sementales yorkshire y 93 yeguas; 51 brockennen alemanes y 76 yeguas, más 367 potros y yeguas mestizos.

»El eclecticismo de los Sres. Pereyra se muestra también en la cabaña de carneros, que cuenta con 702 oxford down, pura sangre, de cabeza y pies negros; 23 lincolns puros; 98 rambouillets puros; en conjunto, 1.244 puros y mestizos escogidos.

»Tal carácter se afirma igualmente por el número y diversidad de sus estancias esparcidas por doquier en la planicie argentina.

»¿Queréis formaros una idea de la fortuna territorial de una rica familia bonaerense?

»He aquí lo que á su muerte deja Leonardo Pereyra á sus cuatro hijas y dos varones:

»La estancia San Juan, de 12.500 hectáreas, en donde nos encontramos, con su parque de 250 hectáreas y cinco bosquecillos de 30 hectáreas, pertenece á los dos hermanos Leonardo y Martín. De esto se han deducido, en diferentes puntos, 600 hectáreas dadas á cada uno de los cuatro hijos para instalación suya, su jardín y su parque; en conjunto, 3.000 hectáreas improductivas. Esta es la estancia de recreo y lujo. Las 9.500 hectáreas restantes están ocupadas por 4.500 animales de raza,

de los que ya se ha hecho mención y están en los establos. Una parte de las tierras bajas están reservadas á los caballos salvajes. No se cultiva más de lo que se necesita para llenar las necesidades de la estancia: 150 hectáreas de alfalfa, 180 de cebada, de avena y de maíz.

»La estancia San Simón, situada en Ramos Otero, en la región de Taudil, cerca de Ayacucho, de 23.000 hectáreas, enteramente consagradas á la cría de ganados, propiedad de los dos hermanos; la estancia Taudil Leofu, situada en Iraola, en la misma región, de 14.000 hectáreas, de prados cubiertos de ganados; en la estancia San Leonardo, cerca de Tres Arroyos, sobre la línea de Bahía Blanca, se cultiva el trigo, la avena, sobre 17.000 hectáreas. En la estancia Navas, cerca de Labarden, en el Sur, que pertenece á las hermanas, se cultiva la ganadería en 25.000 hectáreas; en Dehuajo, estancia Indiano, de 15.000 hectáreas, que en propiedad indivisa pertenece á las dos hermanas, se cría ganado bovino y caballar. Las 10.000 hectáreas de la estancia San Rafael, situada en Wáshington, sobre el camino de hierro del Pacífico, están sembradas de alfalfa, y también allí se cultiva la ganadería.

»He aquí una familia de seis personas, que posee, ya separadamente, ya indiviso, 116.500 hectáreas de las mejores tierras argentinas. Yo no sé el número de toros que allí se crían, pero sé el de los carneros: 200.000.

»Después de almorzar con la amable familia del estanciero, nos sentamos bajo los grandes árboles para asistir al desfile de los más hermosos sementales, de los animales premiados y de los candidatos para los próximos concursos. Cualquiera que haya visitado las estancias argentinas conoce esta ceremonia que acompaña á la digestión, llena de asombro para el profano, de gozo, iba á decir. de emoción para el estanciero.

»Os presenta sus durhams y sus herefords, sus shires y sus percherones, con el orgullo de un artista que levanta el velo de una de sus obras queridas. Les llama cariñosamente, les mira complacido, sonríe, se frota las manos, acaricia y alisa

las ropas lustrosas de los toros y vacas. Ansioso de aprobación, escucha la crítica de éste, la admiración de aquél, aprobando ó discutiendo su opinión. Conoce la historia de cada animal, de los padres y de las madres, y en su cabeza recapitula las genealogías.

»—Créame usted—me decía uno de nuestros acompañantes, abogado de profesión, pero estanciero al mismo tiempo, como se acostumbra en este país:—yo reconocería mis animales entre otros mil. Quiero hacer la prueba. Que metan ciento cincuenta vacas de las mías en un rebaño de catorce mil ajenas, y al primer golpe de vista le diría: Allá está la *Manon Lescaut*, he aquí la *Safo I*, la IV ó la V; allá abajo la *Bella Otero*... Estoy seguro de no equivocarme ni una sola vez. Nuestra mirada está ejercitada así desde la infancia. Con la misma rapidez le calcularía cabezas de un rebaño desparramado en un campo de 100 hectáreas ó agrupado en un corral. El error, si lo cometiere, no sería más que de dos ó tres cabezas, á lo sumo.

»Las vacas premiadas en el último concurso estaban alineadas, encabestradas y con la nariz atravesada por un tronchaanillas:

»—¡He aquí el primer animal del mundo, según el parecer del mismo presidente del jurado inglés!—dijo el abogado.—¡El campeón de los campeones!

»—¿Y por qué?

»—¿Por qué? Porque posee todas las cualidades requeridas desde el punto de vista estético y práctico, la proporción y la armonía de línea que hacen la belleza, la cualidad de la piel y su tacto. Tóquela usted. ¿No es una carne perfecta? Ni muy dura ni muy blanda. Además, fíjese usted en la distribución de sus carnes. (Y su mano trazaba sobre los flancos del animal figuras geométricas.) Apóyese en esta paletilla, sobre este lomo... ¿Y estas ancas? ¿Y este pecho? ¿Y el cuello?

»Iba palpando las pelotas de grasa y la carne elástica.

»—Y esta piel fina...

»—Pero esta otra vaca me parece tan perfecta...»

. . . . . .

Y Mr. Jules Huret sigue su profusa descripción de inútil detallismo, pasando revista á los toros y á los caballos, y aprovecha su paso para dar un toque de erudición, recordando á Pegaso ante un caballo árabe; dedica un recuerdo emocionante á los primeros y cornudos padres de los ejemplares examinados, y así acaba la descripción de la *estancia* argentina, sin que ni por asomo arañe el lado positivo y el negativo del problema de la estancia argentina las cuestiones técnicas, económicas, políticas y sociales que desde Plinio acá han preocupado á todos los pensadores de verdad. Después de la descripción del escritor francés, un cúmulo de representaciones de veterinaria y de *croniqueur* quedan en la memoria atiborrada del lector.

Tal vez argüiría el autor, que no se ha propuesto hacer una obra crítica; excusa que sería aceptable si no se atreviese á intercalar en la prosa de cronista, juicios que sólo se permiten después de concienzudas investigaciones á los técnicos en la materia.

Limpiando la obra de Huret de las caídas de teorizante sin preparación, puede aceptarse como tejido de crónicas sugestivas. De este peligro escapó Santiago Rusiñol, el cual, por lo visto, no olvidó la sentencia más profunda del *folklore:* «Zapatero, á tus zapatos», y por eso se contentó con sorprender el lado estético y humorista de las cosas argentinas, adorando la estatua de Sarmiento del parque de Palermo, hecha por Rodin, y filoscfando graciosamente ante los elefantes de la colección del parque que se pasan moviendo la trompa todo el santo día.

Por haber publicado *Le Figaro*, como folletín, los artículos de J. Huret, extendiendo con esto su lectura, es por lo que yo le dedico bastantes líneas después de haber repasado su libro.

*
* *

¿Cómo hay que juzgar la reciente revolución mejicana? ¿Qué significación tiene en ella la obra del ex-Presidente Por-

firio Díaz? Por no haber creído fácil el hacer esta investigación, he dejado pasar deliberadamente algún tiempo que me permitiese hacer acopio de material, y ver con mayor serenidad los hechos y las opiniones. Recuerdo que al día siguiente de haber dejado la Presidencia el General Díaz, una serie de artículos aparecieron, resolviendo de plano el problema de la revolución mejicana. Hasta nuestro Benavente (de sobremesa, claro está) dijo que el pueblo mejicano había llegado á su mayor edad, dando á entender con esto que se trataba de un cambio de régimen político. Los hechos, sin embargo, no confluían á opiniones así orientadas.

Los mismos mejicanos necesitarán algún tiempo para cobrar serenidad, alejarse de los días de lucha para juzgar al General Díaz y la revolución mejicana, y, aun con todo esto, no serán ellos precisamente los que se encuentren en mejor disposición para hacer esta labor de crítica histórica, así como no son los alemanes los más indicados para juzgar la obra de Bismark, amado por unos, odiado por otros y por todos juzgado con apasionamiento.

Yo me encuentro en la labor inductiva que se puede hacer en la historia de Méjico desde 1876 á 1910, con un hecho que influye grandemente en el desenvolvimiento de Méjico: el gobierno personal de Porfirio Díaz. ¿Qué fué Méjico antes de la Presidencia del General Díaz, y qué fué después?

Veámoslo, dejando hablar las cifras:

EXPLOTACIÓN MINERA

Oro.

Años.	Pesos.
1878	1.473.912
1883	1.886.513
1888	1.311.514
1893	2.506.907
1898	14.971.835
1903	19.872.147
1908	40.527.185

Plata.

1878	24.836.903
1883	29.568.576
1888	39.367.982
1893	55.245.434
1898	70.149.605
1903	82.808.782
1908	85.366.904

Bancos.

En 1897 había 10 Bancos, con un capital de 146.746.108,36 pesos.

En 1908 había establecidos 34 Bancos, con un capital de 756.522.309,50 pesos.

Capital extranjero invertido de 1886 á 1907.

	Pesos oro.
Americano	336.991.000
Inglés	253.544.824
Alemán	25.204.375
Francés	16.751.500
Español	2.466.860
Austro-Húngaro	400.000
Italiano	60.000

Este capital es tan sólo el invertido en empresas mineras é industriales.

Correos.

En 1876 había 820 oficinas de correos, que tuvieron un movimiento de 4.703.750 cartas ó paquetes.

En 1909 había 2.964 oficinas de correos, que tuvieron un movimiento de 184.000.000 de cartas ó paquetes.

Telegrafía sin hilos.

Estaciones en Santa Rosalía, San José del Cabo, Guaymas, Cabo Haro, Mazatlán, Payo Obispo y Xcalac, además de las pertenecientes á empresas particulares.

Líneas telegráficas.

En 1876 había en explotación 4.430 millas.
En 1909 había en explotación 40.640 millas.

Exportaciones é importaciones.

	Pesos.
En 1876.—Importaciones.....	37.586.987
Exportaciones.....	27.318.188
Diferencia en contra.....	10.268.799
En 1909.—Exportaciones.....	231.101.795
Importaciones.....	156.504.447
Diferencia á favor.....	74.597.348

Número de propiedades mineras.

En 1889 había en explotación 10.376 minas.
En 1908 había en explotación 31.194 minas.

Ferrocarriles.

En 1876 se explotaban 359 millas.
En 1909 se explotaban 15.004 millas.

Rentas públicas federales.

	Pesos.
En 1877-78.....	19.772.638
En 1909-10.....	97.871.750
Aumento.....	78.099.112

Tesoro Nacional: 1909.

	Pesos.
Sobrante total.....	136.000.000
Gastos de obras públicas.....	61.000.000
Sobrante líquido en caja.....	75.000.000

La suprema razón pitagórica que ofrecen estos números, demuestra que desde la gestión pública y administrativa del General Díaz, una marcha ascensional marca la historia de Méjico. Primeramente se propone, como problema para Méjico, el de la pacificación en 1876, y este problema se resuelve; después es el problema financiero que amenaza con la bancarrota, en 1884, y es dominado; más tarde, en 1892, la reforma de la Hacienda nacional se reclama para la buena marcha del Estado, y la reforma se cumple; y desde esta fecha á 1910, una buena política de fomento nacional da á Méjico un vigor extraordinario.

De 1810 á 1910, tres grandes figuras descuellan en la historia de Méjico: Hidalgo, iniciador de la emancipación; Juárez, el libertador; Díaz, el constructor.

Si el Gobierno personal de Díaz hubiese sido funesto, por fuerte que hubiese sido la espontaneidad creadora del país mejicano, éste habría ido al desastre. Tal vez se hará contra la política personal de Díaz un argumento: el de creer que con otras prácticas democráticas y con la sucesión regular de otros Presidentes, la República habría ganado más. No lo sé; pero sí sé que de hipótesis no se puede hacer fundamento de una crítica. El resultado real ha sido eminentemente positivo para Méjico.

Por otra parte, no hay que juzgar el ejemplo de la política personal del General Díaz desde el punto de vista teórico. Cuando el *self-governement* no es posible en un pueblo anárquico y de heterogéneas razas, sólo un robusto poder del Estado puede gobernar con éxito. Y esto fué Díaz.

Entonces, ¿por qué la revolución? Esta fué mi pregunta. Yo no podía suponer el que la causa fuese una ingratitud por parte de elementos levantiscos mejicanos confabulados contra el Presidente Díaz. Un joven diplomático mejicano confirmó mi sospecha y aclaró la cuestión.

—El General Díaz—me decía—no ha sido combatido en Méjico, sino la camarilla de amigos suyos, que, intitulándose

partido científico, habían acaparado con importantes explotaciones mejicanas, aprovechando toda empresa de Estado. El general Díaz hubiese podido abandonar tal partido, y hubiese quedado en la misma situación en Méjico; pero no lo hizo así, y como, por otra parte, el General no quiso llevar la lucha adelante ni resucitar nuestras antiguas guerras civiles, dejó la Presidencia y se fué. La despedida que se le hizo en Veracruz era algo que evocaba el adiós de Fontainebleau...

En Europa, hay que reconocer que la opinión es favorable á la gestión del General Díaz. En Francia se le ha tributado un gran homenaje simbólico ante la tumba de Napoleón.

El guardián de la tumba de Napoleón entregó las llaves al General Díaz, y éste abrió por sí mismo la puerta de bronce, y después de descender algunos pasos, se inclina durante algunos instantes ante el monumental sarcófago. Después pasa al relicario de Napoleón, y el General Niox toma la espada de Napoleón, llamada de Austerlitz, la más grande de sus victorias, y la tiende al viejo General mejicano, diciéndole:

—Mi General: en nombre del Ejército francés os ruego que tengáis un momento esta espada; no podría estar puesta en manos más nobles.

El General Díaz toma la espada, que besa respetuosamente, y contesta emocionado:

—Os quedo hondamente reconocido por haberme permitido tener en mis manos la espada de este gran hombre que supo adquirir la veneración del pueblo francés y el respeto y lo admiración del mundo entero.

Dicen los cronistas que los mejicanos presentes lloraban.

Algo parecido nos ocurre á los que, desde lejos, sabemos algo de estas escenas, al ver á una gran voluntad ibero-americana que de un campamento militar desorganizado hizo la gran República mejicana actual.

Vicente Gay,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO:—Filología: La palabra *felibre*.=Bellas Artes: La antigua pintura española.=Costumbres: La *Camorra* napolitana.=Coreografía: El nuevo arte mímico ruso.=Impresiones y notas: Para defenderse del rayo.—Las gallardías de la señora de Sevigné.—La verdadera Margarita del *Fausto*.—El arte de dormir.—La amistad en Byron.—Recuerdos sobre Verlaine.—Estudios sobre la prostitución.

FILOLOGÍA

La palabra «felibre».—Sabido es que se designa con el nombre de *felibres* á los poetas modernos que han resucitado la tradición de la lengua provenzal y de sus hermanas españolas, italianas y rumanas, y más especialmente á los cultivadores en verso del provenzal, cuyos más ilustres representantes han sido Mistral, en Francia, y Balaguer, en España.

¿Cómo nació esta palabra? Mistral cuenta en sus Memorias la reunión celebrada en la quinta de Fontsegugne, en la que propuso á sus seis amigos la adopción de la palabra *felibre*. «Los siete de Fontsegugne deliberaron, resolviendo, unánimes, formar bando aparte.—Puesto que formamos cuerpo nuevo—observó Glaup,—necesitamos un nombre nuevo. Entre rimadores, como veis, aunque no encuentren absolutamente nada, todos se llaman *troveros* (hallazgueros); y, por otra parte, tenemos también la palabra *trovador*. Pero, usado para designar los poetas de una época, este nombre ha periclitado por el uso que se ha hecho de él. ¡A retoño, nombre nuevo!—Amigos míos—dijo Mistral,—en Maillane existe en el pueblo una an-

tigua relación, transmitida de boca en boca, y que contiene, á mi parecer, la palabra predestinada.—Y entonces empezó la cita: «El cuarto dolor que sufrí por vos,—¡oh precioso hijo mío!—es cuando os perdí,—y en tres días y en tres noches no os pude encontrar—porque estábais en el templo,—donde disputábais con los escribas de la ley,—con los siete *felibres* de la ley.»—¡Los siete felibres de la ley! Pues somos nosotros, exclamó el grupo. ¡Vaya por felibre!—Y Glaup, habiendo echado en los vasos tallados una botella de chateauneuf que tenía siete años, dijo solemnemente: «¡A la salud de los felibres!» Así nació la palabra.

Y aquí entra ahora la Filología: ¿Qué quiere decir *felibre?* El texto de la relación de Maillane no se ha encontrado, por la sencilla razón de que no existe de él sino la versión impresa por Mistral en el *Tesoro del Felibrige* y en sus *Memorias*; pero el estudio atento de esa misma versión ha permitido reconstituir á los eruditos la lección primitiva del verso de donde ha salido la palabra *felibre*. El bibliotecario de Aix de Provenza, Pablo Román, es el primero que ha dado la explicación de la palabra á José Aurouze, que la ha consignado en su *Historia crítica del renacimiento meridional en el siglo XIX*.

«Examinando de cerca—dice,—en la versión misma citada por Mistral en su *Tesoro del Felibrige*, la copla de la *Oración de San Anselmo* (otro nombre del *Cántico de los Siete Dolores*), de donde ha salido la palabra, se observa al primer golpe de vista que el último verso no es más que la reproducción del penúltimo, con la particularidad notable de que, con la misma palabra en la rima, tiene, sin ninguna razón, dos pies más que el anterior:

Emè li tiroun de la Lei
Emè li sét felibre de la Lei.

»Un día que hablábamos de felibrismo, uno de nuestros amigos, Pablo Román, nos preguntó cómo se traduce en hebreo la palabra *libro*. A nuestra respuesta exclamó, como hombre que

encuentra un recuerdo:—Eso es lo que me habían dicho: *Sepher, libro*, de donde *Sét félibre.*—No pudo decirnos más. A pesar del deseo sincero que tendríamos de dar á cada uno lo que le corresponde, no hemos podido lograr descubrir al autor primero de esta interesante observación. Reflexionando sobre esta pista, y estudiando el texto citado, hemos hecho las observaciones siguientes:

»En hebreo, *sepher*, en efecto, significa *libro,* en provenzal, *libre*. La repetición en el verso indicado de la palabra hebrea y de su traducción provenzal, explica muy bien el exceso de las dos sílabas sobrantes: *Emé li sepher (libre) de la Lei.* Es más, *sepher*, privado de la pronunciación masorética, puede leerse *sopher*, que significa *escriba,* el cual puede traducirse bastante bien en latín por *tiro,* que explicaría el *tiroun* del verso precedente.

»¿Cómo justificar, sin embargo, la introducción en una pieza provenzal de esa palabra hebrea? Mistral mismo nos decía un día que en Maillane había habido muchos judíos, algunos de cuyos descendientes eran todavía designados con el nombre hebreo de su profesión; por ejemplo, *li cohen*, los sacerdotes. ¿Qué de sorprendente, entonces, que el autor de la pieza indicada haya introducido la palabra hebrea que designa el escriba ó el libro de la Ley, ó, mejor aún, que se haya hecho la adición por un copista, ganoso de alardear de ciencia, y que para indicar la significación de la palabra haya puesto sencillamente á continuación su traducción?»

Pablo Román, por su parte, se ha dignado comunicar á Pablo Souchon las conclusiones de un trabajo sobre la misma cuestión: «Es de notar, dice, que los etimologistas no han examinado la palabra sino separada, y ninguno ha pensado en estudiar el puesto que ocupa en el texto de la famosa *Oración de San Anselmo*, recitada en Maillane, único que la contiene. Este texto, salvado por Mistral, hay que reconocer que es un retazo muy irregular, un trozo informe, mal modelado por el vulgo, que se lo ha pasado de boca en boca, tradicional-

mente, de generación en generación. Parece que se encuentran otras dos versiones de esta *Oración*, una en Cataluña y otra en Castilla. La versión provenzal se compone de nueve estrofas, con un número variable de versos irregulares. La palabra *felibre* se encuentra en la quinta estrofa, inmediatamente antes del estribillo:

Emè li tiroun de la Lei.
Emè li sèt felibre de la Lei.

«Notemos en estos dos versos, ante todo, que el primero es de ocho sílabas ó pies, mientras que el segundo es de diez. Notemos, igualmente, que el primero dice sólo simplemente *li tiroun*, cuando el segundo da el número de felibres: *li sèt felibre*. Otra cosa digna de atención es que las palabras *tiroun* y *felibre*, tan misteriosa una como otra, no se encuentran más que en la versión de Maillane, y no en las demás. La versión catalana, en el sitio correspondiente, dice *sabuts,* sabios, y la versión castellana dice *príncipes y doctores*. De todo esto podemos ya sacar, como conclusión, que las palabras *tiroun* y *felibre* (si hay felibre) pertenecen ambas á una lengua extranjera, y tienen el sentido de *sabios*, *doctores*, *príncipes de la Escritura*. En lengua hebraica (y sabido es que los judíos eran numerosos en Provenza, y particularmente en el Condado, donde habían venido á abrigarse, á la sombra del castillo de los Papas), en lengua hebraica, *tiroun* tiene la significación de doctores; pero *felibre* no tiene ninguna, no existe, lo que nos induce á creer que es una palabra deformada. Si observamos todavía en los dos versos que son semejantes en todo, salvo que en el segundo, *sèt felibre* reemplaza á *tiroun*, podemos considerar que primitivamente los dos versos tenían el mismo número de sílabas ó pies, y entonces podríamos leer: *Emè li sèt fe de la Lei*, ó bien *Emè li libre de la Lei*, pues en hebreo *sephe (sepher)*, correspondiente á *sèt fe*, significa *libro*. Este nuevo descubrimiento nos confirma en la idea de que en la

Oración, los dos versos que nos ocupan eran iguales en cuanto al número de sílabas, y eran realmente:

Emè li tiroun de la Lei
Emè li sephe de la Lei.

«De ahí, probablemente, que un copista de la *Oración de San Anselmo* habrá escrito, para acordarse, al lado de *sephe,* su traducción *libro,* y los que hayan venido más tarde habrán leido naturalmente:

Emè li sephe libre de la Lei,

y sin pararse en barras, habrán hecho de esta lectura la versión de donde ha salido la palabra de Mistral:

Emè li sèt felibre de la Lei.»

Las etimologías que otros se han entretenido en buscar, y que Pablo Marieton cita en su *Tierra provenzal*, como la del bajo latín *fellibris*, discípulo, mamón; del griego φιλαβρες, amigo de lo bello, ó φιλεβραιος, hebraizante, ó del irlandés, *faliber,* rey, cantor, y otras, son completamente fantásticas, como se ve, quedando plenamente demostrado que la palabra *felibre* ha nacido de un error fonético y carece realmente de sentido. Es, sin embargo, una palabra consagrada ya por el uso, con acepción perfectamente fija y sentido bien definido, y no hay razón para desecharla ni alterarla. Después de todo, es una palabra bonita, que designa una novedad, y tanto monta esa como otra cualquiera que quizá fuera de peor gusto.

BELLAS ARTES

La antigua pintura española.—En la revista quincenal de Leipzig, *Der Cicerone*, consagrada especialmente á los investigadores y coleccionistas de arte, encontramos un artículo dedicado á la exposición de la antigua pintura española en la

galería Heinemann, de Munich, firmado por Augusto L. Mayer.

Para muchos aficionados, dice el autor, toda la pintura española antigua se reduce á los nombres de Velázquez, Murillo, Zurbarán y Ribera, á los que hace poco se han agregado los del Greco y Goya. Los nombres de Carreño y Ribera les son poco conocidos, y los de Gallegos, Cerezo, Ruelas, Rizo, Valdés Leal, Vicente López y Gutiérrez de la Vega no les suenan á españoles sino por la fonalidad. Por eso hay que agradecer á la galería Heinemann el esfuerzo para reunir unos sesenta cuadros, en general de propietarios españoles, que enseñan al público inteligente la evolución, á grandes rasgos, de la pintura española, principalmente en lo relativo á los dos maestros favoritos en la actualidad: el Greco y Goya.

La obra más antigua de las expuestas representa una *Virgen sedente;* data de 1430 próximamente, pertenece á la escuela aragonesa y revela un parentesco muy estrecho con las madonas del Instituto Staedel de Francfort, con la de la colección Lázaro, de Madrid, y con el ejemplar adquirido recientemente por el Louvre. La escuela de Sevilla del Cuatrocientos está representada por un *San Antón* que recuerda el altar de las Órdenes militares del Museo de Sevilla.

Un *San Miguel*, que el autor tenía por aragonés, y creía ser del 1465, podría pertenecer á la escuela castellana y provenir de la región de Valladolid, como recientes investigaciones lo han demostrado. El tríptico de la *Coronación de la Virgen*, con la *Anunciación* y la *Cena*, en que el Cristo excede en altura á sus discípulos en una cabeza, es muy característico y de color agradable, y debe ser de la región burgalesa ó palentina. Las dos obras revelan reminiscencias flamencas, y recuerdan más particularmente el arte de Bouts. Fernando Gallegos se ha distinguido especialmente en este sentido, en la región NO de Castilla, y se acercó más tarde al arte de Memling, como lo atestigua el *Redentor* de la galería; esta obra, que formó en otro tiempo la parte central del altar mayor de la iglesia de San Lorenzo, de Toro, ejecutado hacia el 1490, puede, en efec-

to, serle atribuída, si no de un modo definitivo, por lo menos con mucha probabilidad.

La *Virgen con el Niño Jesus,* firmada por Carrillo, es quizá anterior en algunos años al lienzo citado; este maestro es casi desconocido: no existe de su mano más que otra pintura análoga, también firmada, que se encuentra en una galería particular de Inglaterra. Una cabeza atribuída por su propietario á Berruguete el Joven, pero que más bien es de Berruguete el Viejo, discípulo de Guirlandajo, es de principios del siglo XVI, siendo muy aparente en ella la influencia del maestro florentino. Un tríptico, cuya parte central es una *Dolorosa,* y cuyos costados representan la familia del donador con sus armas al exterior, lleva la fecha de 1564; tiene por autor un maestro sevillano, Antonio de Alfian, que puede colocarse entre Pedro de Campaña y Luis de Vargas; el tipo de María revela cierto parentesco con las obras de Vargas, aunque la concepción del retrato y el modo de tratar los fondos permitan reconocer sin trabajo la mano del que colaboró largos años con Campaña.

El Greco está representado en la galería por obras de todas sus maneras. *El proverbio español* ha sufrido, desgraciadamente, mucho por una restauración que se le hizo en 1850 en Madrid; esta pintura muestra todavía el parentesco del artista con Bassani. Se aprende á conocer el Greco español en el *San Francisco*, excesivamente decorativo, y en los dos ejemplares del *Cristo con la Cruz*, obras que se colocan entre 1586 y 1598; el ejemplar de Beruete está hecho con profundo sentimiento y comparándolo con el ejemplar número 30, mucho más realista, aunque igualmente de su mano, nos muestra cómo todo aquí, hasta los dedos, está concebido de un modo idealista. La copia de Kœnig de la *Resurrección de Cristo*, del Prado, es también característica de la misma manera. La copia del *San Ildefonso*, de Illescas, de rara perfección y muy seguro sentimiento, enseña una de las mejores creaciones del Greco, de 1604 próximamente, y nos hace ver al maestro en el apogeo de su carrera. Un *Fragmento de Angel*, procedente

probablemente de alguna *Coronación de María*, es también de la mejor época del artista. Este fragmento, como pintura decorativa, es de gran encanto, pero hará sacudir la cabeza á los que no estén familiarizados con las notaciones del Greco. La *Concepción* adquirida muy recientemente por la galería Heinemann, es también sumamente interesante: sin duda ninguna, puede identificarse con la *Concepción* que el hijo de Greco apuntó como inacabada, en la herencia de su padre (es erróneo el nombre de *Asunción* que le da Cossío); prescindiendo de su valor artístico, ofrece el interés de ser la única *Concepción* que se conozca del Greco, que tenía la costumbre de hacer réplicas de casi todos sus temas de composición.

La *Naturaleza muerta de frutos y flores con un perro*, atribuída por su propietario al Greco, no es del maestro; debe ser de un flamenco que trabajaba en Sevilla hacia 1630 ó después. Otra *Naturaleza muerta*, es también de Sevilla, de 1620, y no tiene nada de común con Velázquez. *El retrato de Felipe* IV, que se ve en la Exposición, tampoco es de mano del maestro. Es muy dudoso el origen español de *La buena ventura*, que su propietario atribuye á Herrera el Viejo; el color es mucho más luminoso que el que suelen tener las pinturas españolas. El amarillo especialmente, en el vestido de la mujer de la izquierda, apenas tiene apariencia española; habría que buscar al autor, probablemente, entre los maestros de la Italia del Sur ó de Sicilia.

Mayer piensa que debe estimarse como obra capital de Herrera el Joven, el *Pequeño comedor de ostras*, que debe datar del 1656, y corresponde á esos bodegones que valieron al artista en Roma el apodo de *Lo spagnuolo degli peschi;* el parentesco con los lienzos de género de Murillo es grande; sin embargo, este cuadro es de otro tono, y está pintado con más atrevimiento.

Un cuadrito vaporoso, que parece representar una escena de la historia de José, se relaciona con los cuadritos de Murillo, especialmente con los del ciclo del *Hijo pródigo,* del Prado.

La *Cabeza de joven* se acerca también mucho á la escuela de Murillo; en cuanto al *San Jerónimo*, es obra muy floja, de taller. Una pequeña Virgen debe ser, por su cohesión y colorido, del alumno de Murillo, Sebastián Gómez, y debió servirle de modelo la célebre *Virgen de la servilleta*, del maestro. Valdés Leal, el rival de Murillo, está representado en la galería, de modo poco brillante, por una *Visión de San Antonio*. Más notable es la *Cabeza de obispo muerto*, firmada por Sebastián Llano y Valdés.

El *San Ignacio*, de Zurbarán, es del mejor período del maestro: el paisaje, de tonalidad gris verdosa, con reflejos de plata, es de gran delicadeza. Esta obra formaba parte en el siglo XVIII de la célebre colección del conde del Aguila en Sevilla. El otro cuadro de Zurbarán, un *San Francisco*, pertenece á las obras de mayor éxito del maestro; esta obra, así como la *Santa Familia*, del Museo de Budapest, ambas de 1659, revelan la influencia de Murillo. La *Coronación de la Virgen*, atribuída á Zurbarán, no es suya, pero pertenece seguramente al grupo de su maestro Ruelas.

Ribera está representado por un *San Jerónimo* de 1637, mayor que el natural, pero, desgraciadamente, mal conservado. De Carreño puede verse un retrato, lleno de distinción, de la reina viuda *María Ana*, y otro de *Carlos II*. El gran retrato del Padre Antonio Martín, da á conocer á Juan Rizi, el mayor pintor de retratos, con Zurbarán, de España. Cerezo está representado por una *Magdalena arrepentida*, réplica de su obra maestra del Mauritschuis.

Entre las obras de Goya hay que citar el retrato de Joaquín Peralta, obra de juventud; el de la Condesa de Altamira, de 1789, magistral por el traje y el colorido; pero, desgraciadamente, un poco estropeado en la cabeza; el de la Reina María Luisa, con sus bellas tonalidades amarillas y grises, y sobre todo, el retrato en busto del Conde de Tepas, de la colección Lázaro, pintado hacia 1802, extraordinariamente poderoso, de expresión viva y de técnica incomparable. El retrato

tardío de una *Dama desconocida*, es, por decirlo así, el precursor de los pasteles de Manet; la *Procesión* es de aspecto completamente moderno, y el combate de toros está estrechamente emparentado con el cuadro de la Galería Nacional de Berlín.

Eugenio Lucas imitó, como se sabe, las *Capeas* de Goya, y en la exposición se ven dos de estas imitaciones. Viendo la *Escena de combate*, compilación del *Fusilamiento* y de *La sorpresa de Tetuán*, de Goya, se piensa en Eugenio Lucas el Joven, que imitó á Goya con tanta habilidad, por lo menos, como su padre. Otra fase de la individualidad de Lucas el Viejo, la da á conocer el interesante nocturno de la *Escena popular aragonesa*, y, sobre todo, el *Retrato de su mujer*, la *Romería de San Isidro*, de 1856, que interpreta el mismo asunto que la célebre tela de Goya del Prado, es mucho más claro de tono que las demás obras del pintor.

De Vicente López, que es con Goya el retratista español más buscado en la primera mitad del siglo XIX, hay en la Galería tres retratos, siendo el mejor, indisputablemente, el de Alcántara Navarro. El último maestro sevillano, digno de atención, Gutiérrez de la Vega, está representado por dos retratos: el de D. Mariano Lidon, hace el efecto de un Lawrence, cuando el retrato del Rey Fernando (sic), fechado en 1849, muy pictórico en el traje, muestra en la cabeza un procedimiento de alisado que recuerda la porcelana. La misma observación puede hacerse al retrato de la Reina Cristina por Madrazo. Por último, el fecundo Villaamil, que pintó más de 8.000 cuadros y ejecutó más de 10.000 dibujos, está representado en la galería Heinemann, por una *Escena de calle en Africa* (1846), muy acabada, muy pictórica y muy sentida.

COSTUMBRES

La Camorra napolitana.—Cuando el 6 de Junio de 1906, supieron los napolitanos que cierto Cuocolo y su mujer María

Cutinelli, llamada la Sorrentina, habían sido asesinados la víspera, uno en la encantadora playa de Torre del Greco, y otra en su cuarto de la calle de Nardones, en plena ciudad, el grito general en Nápoles fué éste: «¡Son cosas de la Camorra!» A pesar de esta opinión unánime, desde los *lazzaroni* hasta el fiscal, y desde los carabineros hasta los agentes de policía, se necesitaron cinco años para que aquel doble crimen pasara á vista pública, pues hasta el 11 de Marzo de 1911 no pudo empezar á verse el proceso en Viterbo. ¿Por qué los jurados de Viterbo, pequeña ciudad del Lacio, fueron llamados á juzgar á los reos de un crimen cometido en Nápoles? Porque los acusados pertenecían á la Camorra, y en Nápoles no se hubieran encontrado dos ciudadanos con bastante valor para sentenciar á los miembros de la temible asociación. ¿Qué es, pues, la Camorra, y qué debe entenderse por un asunto de la Camorra? Eso es lo que nos dice Mauricio Lauzel en *La Revue.*

En la mañana del 6 de Junio, en Torre del Greco, en el sitio llamado Cupa Calastro, no lejos de la hostería de Mimí del Mar, se encontró en un charco de sangre, con cuarenta y siete puñaladas, el cadáver de Jenaro Cuocolo, de unos cuarenta y cinco años de edad; su reloj y su cadena colgaban del bolsillo del chaleco, y en su mano derecha tenía un enorme cuchillo de cocina, con la hoja vuelta hacia el antebrazo y llena de sangre. El asesinato remontaba á la tarde precedente. El mismo día, á las ocho y media de la mañana, se descubría muerta, en su casa de la vía Nardones, á María Cutinelli, mujer de Cuocolo; su cuerpo, cubierto sólo con una camisa y una enagua, estaba tendido en una cama y acribillado de puñaladas; desparramados y vacíos, yacían en el suelo varios estuches de alhajas; el asesinato remontaba también á la tarde anterior.

La información abierta dió en seguida algunas indicaciones preciosas: Cuocolo era un organizador de robos muy conocido de la policía; pocos días antes había presidido el robo de alhajas de la artista de café-concierto Emma Perrillo; en cuan-

to á la Cutinelli, era una mujer de malas costumbres. El día del crimen habían comido juntos en la hostería de Mimí del Mar, Enrique Alfano, apodado Erricone (Enricón), su hermano Ciro, Jenaro Ivello, Juan Rapi y el cochero Jacobitti; todos camorristas notorios, pues Enricón pasaba por ser el jefe reconocido de la Camorra. Los magistrados pensaron que el doble asesinato significaba una *vendetta* contra los traidores; Enricón, Ivello y Rapi fueron encarcelados; pero poco tiempo después recobraron la libertad. En Febrero del año siguiente, los carabineros de Nápoles prendieron toda una pandilla camorrista, y declararon con pruebas que la pista abandonada era la buena: uno de los presos, el joven Jenaro Abbatemaggio, había confesado sus crímenes y denunciado á sus cómplices, contando que el asesinato de Cuocolo y de la Sorrentina había sido pedido por el afiliado Luis Arena, que había acusado á Cuocolo de dar informes á la policía; la ejecución de los traidores había sido votada por el tribunal secreto de la Camorra. Del relato de Abbatemaggio resultó la culpabilidad de Enricón y de unos cuarenta camorristas, que comparecieron por las causas dichas ante el jurado de Viterbo cuatro años después. La constitución de este jurado tropezó con dificultades extraordinarias, pues en la primera audiencia, la mayor parte de los cincuenta jurados presentaron certificados de enfermedad; el presidente del tribunal mandó citar otros cincuenta ciudadanos, pero el ujier no pudo encontrar á ninguno, pues todos se habían marchado á Viterbo; sólo á la cuarta tentativa pudo completarse el jurado, y aun así todavía quiso librarse un viterbino de sesenta y cuatro años, alegando que á los sesenta y cinco estaba exento por la ley.—Tranquilícese usted, le respondió el presidente, el proceso no durará más de un año.—¿Por qué este terror?

La Camorra es, propiamente, una masonería popular, cuyo fin es el bandidaje en las aglomeraciones urbanas. Sus víctimas ordinarias son las gentes del pueblo, sometidas por sus vicios ó su cobardía á la asquerosa explotación de la Camorra,

lo que no la impide ser muy popular. Hoy ha perdido la asociación su antigua importancia. Marc-Monnier, de vuelta de Nápoles en 1863, hizo observaciones curiosas. «Desembarcáis en el puerto, dice, y el barquero entrega dos cuartos á un individuo que rondaba por el muelle:—es el camorrista. El mozo que lleva al hotel vuestros equipajes, da otra pieza á un prójimo que vigilaba en la acera:—es el camorrista. Al término de una carrera en coche, el cochero paga su tributo á un *lazzarone:*—es el camorrista.» La administración italiana ha concluído con estas prácticas; pero si la Camorra no trabaja ya tan á la vista del público, sigue cobrando el barato en todo lo que puede, especialmente en el vicio.

¿Cómo se hace camorrista un napolitano? Por la vocación, nacida de una educación bien ordenada. En cuanto deja de mamar (en Nápoles maman hasta los tres años), el chiquillo empieza su aprendizaje: mendiga y roba pañuelos. Después de algunos años de ejercicio, un día lo cogen y lo meten en la cárcel, y entonces es cuando tiene que optar entre dejarse explotar por la Camorra, que es la que reina en las prisiones, ó ser hombre de bien; es muy raro que el vicio no triunfe. Pero no se hace uno camorrista como si se hiciera bachiller; las pruebas son más difíciles, aun hoy, que se ha abierto mucho la mano. ¡Todo degenera en el mundo!

Para ser consagrado camorrista, basta probar bravura, discreción absoluta y habilidad en el manejo del cuchillo. El aspirante empieza por ser *garzone di mala vita*, categoría modestísima en la que sirven de criados á los camorristas. Si su bravura satisface, puede aspirar al grado de *picciutto e sgarro*, no sin haber antes pasado por los grados de *tamurro* y *picciutto d'onore*. Por supuesto, que todas estas tradiciones camorristas son puramente verbales, pues no hay reglamento ninguno por escrito, por la sencilla razón de que apenas ningún camorrista sabe leer ni escribir. El aspirante al grado de *picciutto e sgarro,* se ofrece para acuchillar ó para matar á la persona designada por la Camorra; si la sociedad no tiene nin-

guna venganza entre manos, el aspirante sale del paso con la *tirata* ó asalto á cuchillo. Reunida la asamblea de los camorristas, el jefe toma tres puñales; el futuro socio elige el *hermano* con quien quiere batirse, jurando que no tiene ningún resentimiento con él; entonces, el jefe entrega un puñal á cada duelista, y se queda con el tercero. Los campeones designan cuatro testigos, y se quitan la chaqueta y la camisa, pues tienen que batirse con el torso desnudo, comprometiéndose á tirar al brazo y no al pecho. El jefe vigila el combate, y tiene el derecho de matar al combatiente que hiere al otro en el cuerpo, ó que no se detiene después de haber herido á su adversario. El vencedor chupa la sangre de la herida, y los dos adversarios se abrazan. Si es el aspirante el herido, puede pedir otro duelo, y si también en éste resulta herido, otro. Pero si le tocan por tercera vez, no puede ser admitido en la Camorra; pierde la carrera, y no le queda más recurso que ser hombre honrado.

Así se comprende que los aspirantes se ejerciten seriamente en esta esgrima de la punta, empleando cuchillos de madera, bastante peligrosos y capaces de dar un golpe mortal. En otro tiempo, la *tirata* podía sustituirse por una prueba todavía peor: los camorristas formaban círculo en torno de una moneda de cobre colocada en el centro; dada la señal, todos se bajaban al mismo tiempo para picar la pieza con la punta de su puñal, y el aspirante tenía que coger la moneda con la mano antes que la tocaran los puñales, siendo difícil que no saliera acribillado.

El *picciutto* no es todavía un verdadero camorrista. Trabaja por su propia cuenta y no para la sociedad; ésta percibe el *sbruffo* (tanto por ciento) de sus rapiñas, pero no le entrega nada de los robos de los afiliados. Si el *picciutto* va á la cárcel, lo que no tiene nada de raro, sirve de criado á los camorristas, les hace la cama y les atiende como si fueran sus señores. Sólo en el caso de que no haya en un dormitorio tres camorristas, por lo menos, para formar tribunal, el *picciutto* es admitido

para completarlo á título de suplente. Esta situación, que antes duraba de dos á ocho años, es hoy más corta. El *picciutto* tiene que hacer lo que le mande un camorrista, entregándole todo lo que robe, sin recibir, en cambio, más que un puñado de calderilla de cuando en cuando.

Al fin, un buen asesinato le proporciona el título envidiado, llegando el día en que la Camorra le entrega sus cartas de nobleza. La ceremonia no deja de ser impresionante: los camorristas aparecen sentados con solemnidad en torno de una larga mesa; en ella se ven un puñal, un revólver cargado, un vaso de agua envenenada y una lanceta. Antiguamente, un barbero, afiliado á la secta, sangraba al *picciutto,* y éste se embadurnaba la cara con su sangre antes de pronunciar su juramento. El aspirante coge el puñal y lo clava en la mesa, se apunta vivamente con el revólver y lleva el vaso á la boca, mostrando así que está dispuesto al suicidio. Pero el jefe le dice á cada momento: «¡Detente!», y le hace poner de rodillas: descarga el revólver, rompe el vaso, arranca el puñal de la mesa y, metiéndolo en una vaina, lo entrega al nuevo camorrista diciendo: «Reconoced al hombre.» Entonces éste pronuncia sobre dos puñales en cruz la fórmula consagrada: «Conozco mi deber, que es hacer la *tirata* en toda ocasión, ser fiel á los camorristas y enemigo de las autoridades y de la policía; no denunciar nunca á los camorristas, suceda lo que quiera, y quererlos más que á todos los demás.» Tras esto, hace una *tirata* con uno de sus compañeros, todos le abrazan, y la Camorra cuenta con un miembro más.

Una vez recibido el camorrista, queda bajo la autoridad inmediata del *capo'ntrine* ó jefe de barrio, dependiente á su vez del *capo in testa* ó jefe supremo. Practicará las virtudes camorristas, y ni aun muriendo á los golpes de un hermano, revelará nunca los secretos de la secta ni el nombre de su asesino, so pena de muerte, ejecutada por el camorrista que al efecto se designe. Sabe que si comete una infidelidad será juzgado por los tribunales de sus compañeros, en la ciudad, en la cárcel ó en

el presidio, y que nada podrá librarle de la sentencia que contra él se pronuncia, y que, en caso de ser la de muerte, tiene que ser votada por unanimidad. Sabe, en cambio, que cuando sus crímenes le hayan valido el *summum* del prestigio, será nombrado *Treintaitrés*, categoría de donde salen los jefes.

Y ahí tenemos al camorrista lanzado como conquistador entre las heces napolitanas. Flaco, bigotudo, con mirada viciosa y sombrero atravesado, busca aventuras infames, y si se libra del presidio ó del patíbulo, educará á su familia á la moda camorrista, cohabitando juntos padres, hijos, hermanos, hermanas, primos y sobrinos. La inmoralidad resultante de esta promiscuidad explica la degeneración de esos tristes vástagos de tan tristes familias, podridos en la suciedad y encenagados en todos los vicios.

Si la desgracia le lleva á la cárcel, entrará en ella en medio de las aclamaciones de los demás presos, y desde su entrada pagará su escote para el aceite de la lámpara que arde en cada cuadra ante las imágenes de la Madona, de Santa Ana y de San Vicente, porque no por ser camorrista se deja de ser napolitano, y, por lo tanto, afecto á la religión. Falta saber lo que la Virgen y los santos piensan de tales homenajes.

Preso ó en libertad, el camorrista se muestra orgulloso de su profesión, como lo demuestran sus numerosos tatuajes, y desprecia al *guapo* que obra aisladamente, y al *basista*, que es encubridor de los robos. Para *trabajar* emplea el revólver y el puñal, mejor dicho, los puñales, pues los hay de muchas clases: el *settesoldi* (siete perras), hoja de nueve á doce centímetros, en forma de espolón de acorazado, empleado para el *sfregio* (cuchillada no honrosa); el *zompafosso,* que sirve para el duelo grave; el *triángulo*, arma de los asesinos profesionales, y el *sfarziglia*, daga encorvada, de muelle, que produce heridas horrorosas.

De asesinato en cuchillada y de cuchillada en asesinato, se pasa la vida el camorrista, hasta que le llega, como á todos, su fin. El camorrista está seguro de no carecer nunca de nada;

nunca será pobre, puesto que disfruta de los beneficios de la banda; si está enfermo, irá á un hospital público, donde sus amigos le llevarán su parte; si se inutiliza por vejez ó enfermedad, será siempre socorrido, y si muere, su familia no será abandonada. ¡Lástima que entre las personas honradas no haya sociedades que lleguen, para el bien, á los extremos de compañerismo á que los camorristas llegan para el mal!

COREOGRAFÍA

El nuevo arte mímico.—Miguel Fokin, joven coreógrafo, atrevido y genial, puso en escena en San Petersburgo, en 1905, con artistas de la compañía Imperial, un antiguo baile de Antonio Rubinstein, *El Racimo de uvas*, iniciando así una época nueva en el arte mímico ruso, según dice Zabughin en la *Nuova Antologia*. Por entonces, el coreógrafo Gorski, con sus ediciones del *Don Quijote* y de *La Esmeralda* andaba en guerra con el antiguo baile académico, en nombre del verismo, pretendiendo para el drama mímico poco menos de lo que pretendían para el musical Dargomyjski y Mussorgski; buscaba, sobre todo, el espectáculo, la fusión violenta de colores, la acción escénica exagerada, tumultuosa, irrupciones estruendosas de caballos, de multitudes exasperadas ó feroces, de torturas y estragos como en *La Esmeralda,* y de danzas vertiginosas de carácter como en *Don Quijote*. El conjunto era atrevido y bello, pero olvidaba el elemento poético de la danza pura. Fokin eligió otro camino: la música de sus bailes puede ser vieja ó nueva, conocida ó ignorada; el asunto, el dinamismo plástico, la figuración mímica, están siempre creadas expresamente. La partitura del *Racimo de uvas*, yacía casi olvidada en los archivos del teatro María, de donde Fokin la exhumó, como en 1907 hizo lo mismo con el exquisito de las *Noches egipcias* de Arenski, partitura dispuesta para un espectáculo de corte, que luego no se verificó. Al lado de estas obras, Fokin rendía tri-

buto á la música sinfónica, á la música pura, y así nacieron la *Chopiniana*, *Carnaval* y *Scherazada*.

La paráfrasis mímica de los trozos sinfónicos, y en particular de las danzas líricas de Chopin, había sido ya intentada por la Duncan, como hoy por la Sacchetto, pero en ambiente reducido, con acompañamiento de piano. Fokin conserva el carácter íntimo (íntimo á la manera con que Wagner llamaba escena íntima al teatro de Bayreuth) de estas reproducciones mímicas; pero las agrega el elemento escenográfico, haciendo entrar la orquesta. Estos actos de atrevimiento hicieron titubear hasta en Roma á los críticos de arte, y á parte del público, y, sin embargo, tienen legítima razón de ser. Se puede disputar sobre la concomitancia psicológica del dinamismo musical y del mímico, sobre las asociaciones naturales que, desde el fenómeno del *oído coloreado*, tan discutido y tan discutible, llegan hasta las *sinfonías visivas*, balbuceadas por ciertos psicólogos, intentadas por algún compositor como Scriabin, y muy discutibles científica y artísticamente; pero hay que admitir que el querer revestir la palabra, especialmente la rítmica de notas, y el canto ó sonido, siempre rítmico, de gestos ó posturas plásticas, es una necesidad elemental del arte y del artista.

No todas las personas dotadas de intuición musical experimentan imaginaciones visivas en el acto de oir la música, ni todo género de composición puede ser reproducido en mímica; pero ambas virtudes latentes del arte de los sonidos crecen notablemente cuando se trata de trozos que sacan de la danza el título y la inspiración, ó de trozos sinfónicos marcados por sugestivos diseños métricos y rítmicos, pues el ritmo, más que la melodía y la armonía, es el anillo de conjunción entre la poesía, la música y la mímica. Recuérdese cómo Chopin tocaba su propia música, y cómo la enseñó á tocar á Mikuli y á su escuela, de un modo diametralmente opuesto al histerismo antirrítmico de los actuales ejecutores. La orquestación de trozos eminentemente pianísticos, es un atrevimiento todavía mayor

que la misma traducción plástica; es la pintura en fresco, en proporciones grandiosas de asuntos íntimos de acuarela. Y, sin embargo, la cosa resultó inmejorablemente respecto al *Carnaval,* ya que Schumann pensaba orquestalmente, aun sentado al piano, y tocaba mal este último por haberse estropeado una mano, con exagerados ejercicios técnicos, y no resultó tan bien para las *Silfides,* vista la mágica pianística de Chopin, y su absoluta ingenuidad frente á la orquesta.

¿En qué consiste la verdadera novedad del arte múmico ruso? Los que han visto el *Pabellón de Armida*, el *Carnaval* y la *Scherazada,* pueden darse clara cuenta de las fases de esta evolución coreográfica. El *Pabellón de Armida* lleva todavía todas las huellas del estilo antiguo: separación neta de las escenas mímicas y de las partes bailables; *variaciones* y *pasos* simétricos y distintos que corresponden á las *arias* y á los *trozos de conjunto* del antiguo melodrama; predominio de la postura decorativa, eminentemente estática, sobre la mímica dramática, y por ende dinámica de los bailes más recientes. Y, sin embargo, el ojo experto encuentra en este espectáculo grandes y verdaderas novedades: el encanto de los grupos concéntricos ó rectilíneos ha desaparecido; Fokin prefiere las agrupaciones diagonales, largas filas de bailarinas que se presentan al público en escorzo inesperado y pintoresco; gusta de unir á sus artistas en grupitos asimétricos y excéntricos de caleidoscopio; le agrada el movimiento continuo y elegante, sostenido, inspirado en sus detalles más delicados, en las tenues bellezas del arte barroco. El baile es francamente romántico, su nota dominante es la fantástica irrupción del pasado, en el sueño y en la realidad del presente, siendo quizá Hofmann quien sugirió al autor el tipo del marqués que hace pasar á un viajero, obligado por la violencia del temporal, en el pabellón de Armida, una noche de sueños amorosos, matándolo después con la banda tejida de plata que Armida le regaló en sueños. Los esponsales del pasado y el presente, de la irrealidad y de la vida verdadera, están simbolizados por la contraposición,

junto á un viejo y rico reloj, de las figuras doradas de Saturno y del Amor, que se animan también, uniéndose á las Horas danzantes á la corte de Armida y á los cruzados prisioneros. Armida aparece transfigurada conforme á los cánones del arte barroco, circundada por extraña corte de odaliscas, de negros, de damas y caballeros, de una corte, en fin, donde no faltan bufones francamente rusos; no es la del Tasso, ni menos la de Gluck: el llanto por la marcha de Reinaldo, con que se abre la escena del encantamiento, las seducciones amorosas, los esponsales místicos, revelan una Armida nórdica, pensativa, sentimental; una Armida que, quizá contra la voluntad del mismo Alejandro Benois, tiene leves puntos de contacto con la Brunilde, pura y santa.

El *Carnaval* es muy diferente: es una traducción en mímica de un trozo musical, en que Schumann había traducido á su vez las alegrías y dolores de su vida. De aquí Florestán y Eusebio, las dos personificaciones de los estados psicológicos dominantes del mismo Schumann, puestos de acuerdo por el maestro Raro, personificación también del alma del gran romántico. De aquí Clarina y Estrella, símbolos de la mujer del músico, Clara Arrieck, su fiel compañera, ejecutora y editora de sus obras. De aquí los ridículos y pedantes *filisteos* y las dos figuras carnavalescas Pantalón y Pierrot, con la inevitable Colombina. Todo eso, nótese bien, sin escenario. El baile viene creado por una velada satírica en una sala de conciertos, donde las parejas danzantes se confundían con la multitud. La mímica sigue las ondas del pensamiento musical; ni un gesto decorativo ni una postura inútil; todo está subordinado á la férrea ley de la unidad, en las varias manifestaciones del arte, tal cual la concibió Wagner.

Otro paso adelante fué dado en *Scherazada*. También aquí la mímica procede de una obra musical no destinada á la escena. El baile es un cuadro rápido, un violento conjunto de colores verdes, azules y violados; de movimientos vertiginosos, de escenas de terror. Presa de los celos, el gran Sha quiere

probar la fidelidad de las mujeres y finge marchar á una partida de caza; con mimos y con amenazas, las sultanas obligan al jefe de los eunucos á abrir una tras otra las tres puertas misteriosas que se destacan sobre el fondo verde del palco escénico: de bronce la primera, de plata la segunda y de oro la tercera; la ansiosa espera de la primera sultana ante la puerta de oro, es de un efecto singular, semejante al de la impaciencia de Salomé ante el pozo de Jocanhan. Al fin la puerta se abre, y de ella salen, cautelosos, prisioneros negros, que emprenden con las sultanas una danza voluptuosa, orgiástica, en la que se prescinde completamente de los cánones del baile clásico: nada de las convencionales *ocho posiciones*, de las que salen mecánicamente las no menos artificiosas *setenta y dos posturas derivadas;* el cuerpo es libre en todos sus movimientos, reconquistando una elasticidad admirable; la técnica del baile clásico se reconcentraba en la resistencia de las piernas; éstas pierden su supremacía, y el coreógrafo atiende al máximum de expresividad de todos los movimientos de un cuerpo bello y sano. La orgía acaba trágicamente: vuelve el soberano trémulo de celos, y acompañado por guerreros armados de pies á cabeza. A una señal suya, comienza un degüello feroz, sin cuartel; sola, impasible, permanece cobijada por unos cojines la primera sultana, la favorita. Amor y celos luchan en el alma del gran Sha; la sultana goza con salvaje voluptuosidad esta lucha, y luego, asaltada por loco miedo, pide en vano merced, huyendo de las manos de los guerreros, y cae muerta á los pies de su señor.

Hermana mayor de *Scherazada* es la *Cleopatra*, en que se ve la primera tentativa para amalgamar la antigua sucesión de pasos y variaciones en un continuo desenvolvimiento del drama, así como el primer ejemplo de la nueva técnica del baile, inspirada directamente en los monumentos egipcios, de los que reproduce la plástica dura y escultórica. En *El Rey de los mares,* de Sadko, aparece una danza de fantásticos seres submarinos, que es todo un himno á la belleza de la naturaleza y

á la poesía del mar, degenerando al fin en tempestad. El *Pájaro de fuego* es la última palabra del arte de Fokin, en el que el genial compositor Ygor Stravinski trata de resolver el problema de la armonía entre la música y la plástica.

¿Podrá matar este nuevo arte el drama musical? No, ciertamente, como el automóvil no ha matado al ferrocarril, ni el velívolo matará al automóvil: es un arte nuevo que viene á agregarse á los ya existentes, no á combatirlos.

IMPRESIONES Y NOTAS

Para defenderse del rayo.—Aunque se ha adelantado mucho en esta materia, la estadística demuestra que todos los años mueren muchas personas víctimas del rayo, y los hechos prueban que el peligro de ser fulminado subsiste siempre, y es hoy más frecuente que antiguamente, por el desarrollo de los ferrocarriles, tranvías y establecimientos eléctricos de todas clases y por el empleo del hierro en las grandes construcciones. Por eso importa recoger los consejos que Ernesto de Schwarz da en el *Siiddeutsche Monatshefte*.

A campo raso es donde, dice, existe mayor peligro. Por eso, durante un temporal, conviene, ante todo, evitar los árboles altos y aislados, y buscar un espacio en el centro de un grupo de árboles que no exceda en altura á los circundantes. Si se encuentra uno en un bosque, conviene internarse en la espesura, no quedarse nunca en los bordes, y huir de los espacios libres y de los árboles más altos. El árbol más peligroso, porque atrae más el rayo, es la encina, á la que siguen el álamo, el sauce y el olmo; los más seguros son el tilo y el laurel. En los caminos debe irse por el centro, ó, por lo menos, por el lado en que haya árboles más bajos. En las calles debe evitarse el lado en que se encuentran los hilos telegráficos y telefónicos.

En las montañas, el peligro es menor, porque los rayos son casi siempre atraídos por las rocas altas; por eso basta hallar-

se en un punto bajo, no demasiado expuesto. Una de las precauciones más importantes es la de dejar, á cincuenta ó cien metros de distancia de un punto peligroso, todos los objetos que puedan hacer de pararrayos, sobre todo, el paraguas, que, abierto, es peligrosísimo, y luego los bastones, picos, hoces, azadones, guadañas, escopetas, espadas, lanzas y hasta los objetos de metal que se llevan en los bolsillos, como llaves, navajas etc.

En las llanuras sin árboles crece el peligro, porque el hombre en ellas, como punto más alto, es el que atrae el rayo; el único medio de defensa en una llanura abierta, es extenderse en cualquier cavidad del terreno en un foso, ó aguardar á que pase el temporal bajo un puente. Correr ó caminar de prisa, especialmente si se está mojado, es muy peligroso. Los pajares y los heniles deben evitarse siempre, así como las orillas de los ríos y de los pequeños lagos, siendo, en cambio, seguras las playas arenosas del mar, así como el mar y los lagos mismos.

En las ciudades, debe á todo trance huirse de toda reunión numerosa al aire libre ó en local cerrado, y hasta de la vecindad de los teatros, cafés y cervecerías; las escuelas están también expuestas al peligro, como lo demuestra el hecho de que en quince años, de 1892 á 1906, cayeron en las escuelas de Alemania cuatrocientos setenta y ocho rayos, cerca de treinta y dos al año. Las casas ofrecen refugio casi seguro, siempre que no estén aisladas; y las habitaciones más seguras son las situadas en piso bajo y en el centro del edificio, con tal de que estén libres de fuertes corrientes.

*
* *

La gallardía de la señora de Sevigné. — En la *Nouvelle Revue* nos pinta Pablo Lacour á la señora de Sevigné, tal como es, afirmando que el atrevimiento de sus bromas pasa frecuentemente de los límites en que la alegría cambia de tono

y la libertad de nombre. Es verdad, que á veces choca su lenguaje; pero hay que explicar sus audacias, viendo en ella una señora de estirpe franca y emparentada con Rabelais. No escandalizó á sus contemporáneos; pero su primer editor, el caballero Perrin, asustado, no dió más que una edición espurgada de sus cartas. Se complacía muchísimo con la lectura de Rabelais, y la repugnaba la gazmoñería. Hay que acordarse además, para dispensarla, del tiempo en que vivía y de su carácter alegre y bromista.

La importaba poco la maledicencia; amada por muchos hombres, tuvo el talento de convertir á todos sus adoradores en amigos; poco reservada en sus palabras, era de hecho muy virtuosa. Las historias más picantes la divertían locamente, y no pierden nada de su sal ni de su pimienta cuando las cuenta ella misma. Las historias escandalosas de los grandes, y de los príncipes, sobre todo, la encantan, y el relato de una noche de bodas la entusiasma. Y es que en la corte no se habla más que de amor. Cuando se trata especialmente de embarazos ó de partos, su risa es inagotable. Sólo el de su hija la atormenta, y aconseja imperiosamente á su yerno que se reserve. La gusta ver y describir los bailes inconvenientes de las auvernesas, que parecen bacantes. Se desnuda con gusto á nuestros ojos, y nos previene que cuando suda se ve obligada á cambiar de camisa, y no se cuida de las conveniencias más que del pudor. Acoge, alienta y comenta de un modo extraño las confidencias de su hijo, y cuenta sus aventuras á su hija en términos de extraordinaria crudeza. Así nos aparece viva, maliciosa, franca, original, pero más expansiva que tierna, sin tacto y sin el sentido de la medida.

***

La verdadera Margarita del «Fausto».—Ernesto Seilliere cuenta en la *Revue des Deux Mondes* el amor de Gœthe á Federica Brion, hija de un pastor protestante de los alrededores de Strasburgo, donde nació en 1751. Cuando Gœthe hacía sus

estudios de Derecho en Alsacia, conoció á la familia Brion, en Octubre de 1770. En Agosto de 1771, el idilio terminó con la retirada de Gœthe, que no podía resignarse á un matrimonio tan modesto; pero las relaciones por carta persistieron. Jacobo Lenz quiso reemplazar á Gœthe en el cariño de Federica, y la aventura terminó, en 1777, con una crisis de locura de Lenz. Dos años después, en 1779, en uno de sus viajes, Gœthe pasó por Alsacia, y fué á visitar á su antigua amiga, que le acogió cariñosamente y sin reconvenciones. Tras esta entrevista, que fué breve, la vida de Federica es menos conocida, hasta que murió en Abril de 1813.

Poco antes de esta muerte, en Octubre de 1812, es cuando Gœthe, en la segunda parte de sus *Memorias,* celebró el recuerdo de aquella amiga de su juventud. Allí cuenta su idilio alsaciano de un modo algo fantástico. Después de abandonar á su amiga había pasado un período de amargura, y para curarse había hecho literatura con sus recuerdos. Por aquel tiempo componía el primer *Fausto,* que quedó casi acabado hacia 1775; Gretchen fué considerada, desde la publicación de aquellas *Memorias,* como representación de Federica. Pero como en su relato Gœthe no hablaba de las relaciones amistosas que había conservado con Federica después de 1771, se creyó que el destino de la joven había sido exactamente igual al de Gretchen, y corrió el rumor de que el poeta no sólo había abandonado á su querida, sino también á un hijo que había tenido de ella; por otra parte, se declaró que Federica había tenido un hijo, pero no de Gœthe. Estos diversos rumores dejaron al poeta indiferente, y de aquí se dedujo su culpabilidad, entablándose con tal motivo, en 1840, vivas polémicas en la prensa alemana. Los partidarios de la virtud de Federica hicieron poner en 1879 un medallón conmemorativo en su honor; pero en 1892 se publicaron las Memorias inéditas de un pastor alsaciano, llamado Gams, poco favorables á la virtud de Federica. Generosos campeones salieron á su defensa, resultando en definitiva que nada puede afirmarse con seguridad.

El arte de dormir.—Si queréis dormir, dice Fernando Mazade en los *Documents du progrès*, esté vuestro dormitorio alejado de todo ruido, desprovisto de aparatos de calefacción, de luz artificial, de animales, de flores, de muebles y de cortinajes, y ampliamente aireado hasta en invierno. Ocupad el medio de la cama, para que cada músculo tenga un apoyo seguro y pueda extenderse á su gusto. No levantéis los brazos sobre vuestra cabeza, porque esta postura fatiga los músculos de los brazos y los del tórax, contrae el cuello y hace la respiración fatigosa y corta. Tened la cabeza lo más baja posible, á fin de que la sangre afluya regularmente al cerebro. Renunciad, sin sentirlo, á la posición encorvada. Alargad completamente el cuerpo; no dobléis las piernas; no las crucéis tampoco; no levantéis las rodillas.

De espaldas se está mal, y es una situación forzada y más especialmente femenina; algunos médicos afirman que es terrible dormir de espaldas, y que de ahí vienen á veces las enfermedades de la médula espinal. Es una exageración; pero no hay duda que la posición dorsal ocasiona frecuentemente estados de vigilia angustiosos, pesadillas, alucinaciones. Los inconvenientes de la postura sobre el lado izquierdo son más graves todavía. Acostándose sobre el lado izquierdo, se paraliza la digestión, y se está expuesto á opresión, sofocación, paralizaciones súbitas del corazón, demasiado oprimido. No durmáis tampoco boca abajo. En esta posición, la espalda se abomba, el pecho se hunde, el tórax se estrecha. La postura sobre el lado derecho es, pues, la única normal, la que únicamente no perturba función alguna esencial de nuestros órganos; y sobre el lado derecho es como el Dios coronado de amapolas debe encontrarnos preparados para los sueños.

La higiene del sueño se inspira en dos principios esenciales. *Primero:* Hacer de modo que el espíritu, llegado el momento de dormirse, pueda concentrarse lo bastante para sugerirse sin trabajo el sueño. Evitar, por consiguiente, las causas de atonía y las de sobreexcitación exagerada, porque ambas,

por mecanismos opuestos, producen el mismo resultado: dificultad ó imposibilidad de la concentración psíquica. Dada una misma causa, obrará en bien ó en mal, según los temperamentos. Así, el té y el café, que pasan generalmente, y con razón, por provocar el insomnio, pueden, sin embargo, en dosis moderadas, ejercer influencia favorable sobre el sueño, en sujetos de espíritu algo muelle y flotante.

Segundo: Arreglarse para que la idea ó impresión dominante en el espíritu, en el momento de entrar en sueño, no sea triste, desagradable ni penosa. Se acaba de ejecutar una marcha, una carrera prolongada; se cede á la fatiga sin esperar, y se despierta uno más fatigado que en el momento de dormirse; se aguarda uno, por lo contrario, unos instantes, descansando antes de entregarse al sueño, y se disfruta entonces de un reposo perfecto. Hay sujetos á quienes les convienen las distracciones (tertulias, teatros, etc.); en otros, esas mismas distracciones, aun proporcionándoles vivo placer, y por eso mismo precisamente, son causa de fatiga, de enervamiento exagerado, que repercute lastimosamente en el sueño; en ese caso se adoptarán placeres menos agudos, más tranquilos (lectura, conversaciones, etc.), que darán simultáneamente al espíritu la sedación y el ligero estimulante que necesita. Si la neurastenia se atraviesa en el asunto, es cosa de entenderse con el Dr. Lemesle, y de llamar á una de las puertas del Somnario de Loches.

***

La amistad en Byron.—En una de las cartas de Byron, publicadas por *La Revue*, de París, encontramos estas confidencias dirigidas á una señora, que revelan el concepto que Byron tenía de la amistad: «En cuanto á la amistad, es un sentimiento hacia el cual está muy poco inclinado mi espíritu. No conozco sér humano *macho,* hacia el cual sienta yo nada de lo que merece ese nombre; excepto lord Clare, mi amigo de infancia. Fuera de él, no tengo más que amistades

de hombre de mundo. No la he sentido verdadera, ni por Shelley, por grandes que hayan sido mi admiración y mi estima hacia él. Ya veis que ni aun la vanidad ha podido corromperme, pues, de todos los hombres, Shelley era quien tenía más alta opinión de mis talentos y acaso de mi carácter.

»Cumpliré mi deber para con mis íntimos, conforme al principio de hacer á los demás lo que queremos que hagan con nosotros (y creo haber obrado así en la mayor parte de los casos). Puedo complacerme con las conversaciones de mis semejantes, regocijarme con sus éxitos, tener gusto en servirles y en recibir, en cambio, sus consejos ó su ayuda. Pero en cuanto á los amigos y á la amistad, antes he nombrado el único hombre por quien siento algo de esa especie, fuera quizá de Tomás Moore.

»He tenido, y tengo quizá todavía, un millar de amigos, puesto que se llaman así en la vida á nuestras parejas del vals de este mundo, de quienes apenas nos acordamos, una vez terminado el baile, aunque hayan sido muy agradables por un instante. El hábito, los negocios y el compañerismo del placer son lazos del mismo género, y las mismas creencias en política, son otros.»

***

Recuerdos sobre Verlaine.—La primera noche que comió conmigo, escribe Frank Harris en *The Academy*, Verlaine me contó una aventura bastante típica. Salido de la cárcel de Bélgica, marchó á Inglaterra, donde, acosado por la miseria, se vió obligado á enseñar francés con un pastor de Bournemouth. El estipendio eran quince libras esterlinas al año, *no comprendida* la comida; «esta última cláusula, decía sonriendo el poeta, me parecía superflua, porque ¡es tan poco lo que como!»

Cuando Verlaine se encontró por primera vez con el párroco inglés, éste le saludó en francés, pero ¡con qué acento! «Lo comprendía mucho mejor cuando hablaba inglés, aunque sólo conocía de esta lengua media docena de palabras. Me condujo

á la escuela, me presentó á su mujer, que me acogió con mucha gentileza, y luego comimos juntos.» Verlaine quería empezar en seguida sus lecciones; pero el párroco le aconsejó que descansara y se acostumbrara un poco á la nueva vida y al nuevo ambiente.—«Vuestra primera enseñanza, me dijo al día siguiente el párroco, la daréis en la escuela de dibujo.—¡De dibujo!, exclamé estupefacto; pero ¡si jamás he tenido un lápiz en la mano! No, no; yo he venido aquí para enseñar francés y no dibujo.—Todos los franceses saben dibujar, añadió con calma el párroco, y luego, conocéis demasiado poco el inglés todavía, y hasta que lo conozcáis mejor, continuaré yo dando lecciones de francés.»

Y no hubo medio: por más que Verlaine insistió, tuvo que resignarse á dar lecciones de dibujo, sin saberlo. El párroco colocó en una mesa un objeto de madera. Los alumnos debían dibujarlo, y Verlaine corregirlo; se puso á estudiar con ardor febril los juegos de sombra y de luz, y consiguió, naturalmente, dibujar un poco mejor que sus alumnos, logrando ponerse en dibujo á la misma altura que el pastor de francés.

Verlaine aprendió pronto el inglés, y pudo leer las obras de Shakespeare. «¡Qué divino poeta!, exclamaba; no puedo comprender cómo aquel pastor y Shakespeare son de la misma raza.» Harris tuvo gran curiosidad por saber hasta qué punto conocía Verlaine al trágico inglés, y si lo había realmente comprendido; pero, por más que hizo, nunca pudo conseguirlo. En la *Fortnightly Review,* hizo Harris admitir con grandísima dificultad, algunas poesías de Verlaine, y gracias á eso pudo el poeta recibir algún cheque extraordinario; pero, al fin del mes, escribía á Harris diciéndole que esperaba que sus poesías le hubieran agradado, y que hiciera el favor de enviarle una retribución. Harris le respondía que la cuenta estaba saldada, y Verlaine entonces contestaba excusándose y diciendo que estaba tan falto de dinero, que prefería creer que no le habían pagado por completo; con esto ponía á Harris en el compromiso de enviarle algún socorro.

En los últimos años de su vida, narra Nemi en la *Nuova Antología*, siempre con referencia á Harris, Verlaine se pasaba largas horas por la noche en un restaurant del Bul Mich. Se sentaba en un ángulo, bebiendo y discutiendo, rodeado de un pequeño círculo de admiradores, cuyos homenajes acogía Verlaine con entusiasmo, como recompensa debida á sus muchos y duros sufrimientos. Una noche le rogaron que recitase una de sus poesías más características, *El pobre Gaspar*. Verlaine la recitó haciendo resaltar el ritmo con un gesto de la mano izquierda. La poesía terminaba diciendo:

¿He nacido demasiado pronto ó demasiado tarde?
¿Qué hago yo en este mundo?
¡Oh, mi pena es profunda!
¡Rogad todos vosotros por el pobre Gaspar!

Verlaine, que recitaba con perfección, dijo esta estrofa admirablemente; después siguió un silencio angustioso, y tras él, repitió la misma estrofa; pero entonces, en lugar de «¡Rogad por el pobre Gaspar!», dijo maliciosamente: «¡Pagad por el pobre Gaspar!»

*
* *

Estudios sobre la prostitución.—Son interesantes las cartas de Carlos Luis Philippe á Vandepute que publica la *Nouvelle Revue Française*. En algunas de ellas habla el novelista de sus «Estudios sobre la prostitución», que le enseñan cosas horribles, haciéndole sentir la más profunda compasión hacia las miserables que trafican con sus encantos. De ellas entresacamos los párrafos siguientes:

«Una prostituta, amigo mío, es frecuentemente una pobre criatura casta que el Destino ha escogido para hacer el mal. No es ya ella misma, sino una parte del Destino. *Todas las prostitutas tienen la sífilis*, y la adquieren, en general, al principio de su profesión. Entonces, ella se pasea por la noche riendo, para atraer á los hombres y comunicarles su mal. Ya comprendes,

querido: es el fin del mes, y ese empleado que acaba de cobrar su paga, come, bebe, se alegra y se siente con alma infantil. La Naturaleza nos hace chiquillos cuando quiere tentarnos. Ese hombre pasa por una calle, ríe como un ángel y encuentra á esa mujer. Se acabó, están juntos, y hay el hombre y el Destino, y el hombre va á tener la sífilis.

»Mi amiguita María es casta y buena y la veo marcada con esa señal imborrable de las prostitutas. Me cuenta sus historias y es un tesoro de documentación. Ha perdido á su padre hará unos quince días; le ha llorado; pero la víspera del entierro ha tenido que *trabajar* en los grandes boulevares hasta las cuatro de la mañana. Para tener un sombrero de luto y pan.

»¡Y esas pobres familias parisienses! El padre de esa muchacha era un obrero pintor; deja siete hijos: tres de corta edad, doce, diez, y siete años. La hermana mayor casada con un plomero, que tiene ya un hijo y va á tener otro, ha tomado uno de los menores. El hermano segundo, obrero florista, que tiene veinte años, que está amancebado y que va á ser padre, se ha quedado con los otros dos, y tendrá que ir al servicio el año próximo. ¿Qué será de esta mujer y de estos tres niños? La chica más joven, que tiene diez y siete años, y que es sifilítica desde hace uno, se halla en este momento en San Lázaro. Compañero, á la edad en que nuestras hermanas son lindas jovencitas delicadas, ésta es ya una vieja prostituta. ¿Es esto bastante triste? La agonía del pobre padre debió ser horrorosa. Yo he pasado tres días negros pensando en estas cosas; sufro todavía, y cuando pienso en ellas, me digo que así se ven millares de familias en París.»

Fernando Araujo

ÍNDICE

Pág.

En la Argentina: Ante el socialismo, por Adolfo Posada 5

La construcción del material de guerra en España, por Leandro Cubillo 31

Las Cortes de la Revolución, por Carlos Cambronero 62

Itálica: Dolorosas vicisitudes de sus ruinas, por Rodrigo Amador de los Ríos 92

Los ahorcados, por Leónidas Andreief 111

La novela picaresca en España, por Frank Wadleigh Chandler 137

La América Moderna, por Vicente Gay 158

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 177

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 23. NUM. 275.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

NOVIEMBRE 1911

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

CARLOS II, REY DE ESPAÑA, Y SU CORTE

Todo cuanto se escriba sobre Historias particulares y hasta Historia general de España, desgraciadamente es ilusorio, desde los principios del siglo XVII hasta nosotros. La Historia general hizo alto en Mariana. Las Historias particulares, desde que Cabrera de Córdoba escribió la de Felipe II, de la cual hasta el pasado siglo no se había dado á la estampa sino una cuarta parte de ella, son aún de una mayor deficiencia. El siglo XVII, tan brillante para toda la literatura de imaginación, fué de una decadencia espantosa para todas las disciplinas de la ciencia. Dígase lo que se quiera, *la Historia* es ciencia, y tuvo en esa centuria que participar de la decadencia abrumadora en que entraron en nuestra patria todos los círculos del saber. En otro lugar lo he sustentado (1), y no me cansaré de repetirlo. El siglo XIX intentó, en el palenque de la Historia, realizar una restauración. Al empezar el siglo XX, la tentativa seguía siendo tentativa. Los estudios históricos sublimes hasta ahora se han quedado reducidos en nuestra patria á una mera cuestión de nóminas y presupuestos. La aparición de un libro como el *Carlos II y su corte,* debido á la laboriosa pluma del Sr. Maura y Gamazo, y no contaminado ni con el interés in-

(1) Prólogo á la *Historia de la decadencia de España*, del Sr. Cánovas del Castillo: edición de 1910.

dustrial ni con la codicia de los empleos, es una excepción, y como tal excepción merece ser considerado (1).

Como su título indica, más que historia, el autor se propone llevar á cabo *un ensayo de reconstrucción biográfica;* y aunque realmente la biografía es historia, en esta obra se observa más empeño en describir una situación social en la cual se desarrollan los sucesos que la califican, que en relatar esos mismos sucesos. Para estas descripciones, como el autor ya nos tenía acostumbrados en sus *Rincones de la Historia,* los datos se acumulan con una copia de erudición abrumadora. De donde resulta que, en manos del autor, la pluma se convierte en pincel, el cual se enfrasca en una paleta en que los colores chorrean por todos sus bordes, hasta el punto de que á veces la carga del colorido desvanece la línea tenue del dibujo. No obstante, el efecto para el relieve de la visión resulta admirable. Cada línea, en todo el libro voluminoso, es una nota, y cada nota un detalle; de modo que la vida del tiempo á que la obra se refiere se renueva en toda la inmensa variedad de sus más minuciosos accidentes, formando los conjuntos que el lápiz no alcanza á puntualizar, ni más que la luz, cuando el prisma de cristal los conduce á la placa preparada en el fondo de la cámara oscura. Tal vez en este recargamiento pueda frecuentemente caerse en el escollo del aumento desproporcionado, y alguna vez inverosímil, de circunstancias y de nombres; pero el bordado es tan hermoso que deslumbra, y el dato de más que se infiltra, lejos de ofender á la verdad real, mejor la esterioriza y la hace entrar por los ojos. En resumen, la obra artística, porque el libro del Sr. Maura y Gamazo, en realidad, es una perfecta obra de arte, y tan sugestiva, que la crítica no tiene blanco por donde ingerirse en ella.

---

(1) Gabriel Maura y Gamazo.—*Carlos II y su corte.*—Tomo I, 1661-1669.—Madrid: librería de F. Beltrán, 1911.—4.°—665 págs.—Retratos é ilustraciones.

Mas expresados estos datos sobre la materialidad del libro, metámosnos dentro de él. Hay un cuadro de antecedentes históricos que preparan el momento suspirado en que el nacimiento de un heredero del trono colma lisonjeramente las ansias nacionales. Este bosquejo es rápido, y el que esto escribe no está completamente conforme con todas sus apreciaciones. Descarta aquí los juicios de Silvela, que en materia histórica, como en materia política, padeció enormes equivocaciones, y dobla la cabeza ante el magisterio de Cánovas del Castillo, cuyas dos más importantes obras históricas, la *Historia de la decadencia de España* y el *Bosquejo histórico de la casa de Austria,* ha tenido el honor de comentar en sendos prólogos de sus últimas ediciones, recordando qué alto ejemplo nos dió de propias rectificaciones, cuando, adherido todavía á los juicios y conceptos que sobre la mayor parte de los nombres de los que dirigieron los hechos políticos de España durante todo el reinado de la casa de Austria, pero muy principalmente durante el del Rey Felipe IV, se nos ingerían en el alma en todos los libros que formaron el gabinete de estudio de la historia patria, desde las primeras nociones elementales de las aulas de la infancia hasta los estudios fundamentales de la mayor edad, poco á poco, línea á línea, riñendo á veces con las ideas arraigadas por la conformidad de toda la vida, pero ante la convicción imponente de la verdad documentaria, tuvo que ir realizando aquella noble evolución de juicios y de conceptos que marcan diferencias tan esenciales entre lo que escribió en la primera de aquellas obras, en lo que todavía titubeaba en conceder en la segunda, en lo que paladinamente ya confesó en sus *Estudios de Felipe IV* y el *Prólogo* admirable de las *Memorias del Marqués de la Mina,* y en lo que indudablemente se preparaba ya á declarar con toda la fe de la ilustración documental adquirida, y todo el toque de la gran experiencia con que enriqueció y abrillantó su criterio el manejo personal, por tantos años y en situaciones políticas, que al fin y al cabo son situaciones históricas, tan diversas, de los negocios en que le tocó llevar

por sí mismo la dirección del Estado, si hubiera podido, como vehementemente deseaba, descansar de las tareas del Gobierno y consagrar los últimos años de su vida á levantar á su patria el monumento nacional por que suspiraba con la *Historia general del reinado de la casa de Austria*. Algunas de estas rectificaciones no las ha tenido presentes el Sr. Maura y Gamazo; mas como en toda su labor literaria que conocemos, nos preciamos de reconocerle un espíritu sincero, en sus obras sucesivas también se rectificará.

Si los antiguos moldes á que la Historia en nuestra patria ha estado ceñida hasta aquí hubieran servido de pauta al autor del *Carlos II y su corte* para el desempeño de su obra, todo el primer capítulo, que trata del *nacimiento* de este príncipe, y que ocupa en él desde la página 21 hasta la 43, se habría recapitulado en dos líneas; el segundo, relativo *al bautizo* y las fiestas que promovió, páginas 47 á 70 del libro, apenas habría ocupado una ó dos; el tercero, sobre *su crianza,* páginas 73 á 99, se conformaría con otro párrafo todo lo más, y hasta *la muerte de Felipe IV*, que se describe en el capítulo cuarto, ocupando desde la página 103 á la 131, no habría dado materia para una gran extensión. Ya desde el capítulo quinto, en que entra en acción la *Junta de Gobierno* que este Rey dejó establecida para el de la menor edad de su hijo y la más fácil tutela de la madre, habría tenido mayores proporciones, y lo mismo los demás temas que se desarrollan en los capítulos siguientes; pero esta ampliación que el autor del libro ha dado á las materias que quedan determinadas, no sólo entran en el carácter artístico de la labor intensa, ya encomiada, sino que establece prolegómenos de suprema necesidad, pues no sólo aquellos cuadros representan bocetos de la constitución interior de la sociedad española en la corte de Felipe IV, en que el príncipe Carlos nacía, sino el desfile de personajes, de elementos directivos y de elementos de sumisión que habían de entrar en el régimen de la situación nueva que por aquel nacimiento se creaba, y que habían de prestar el medio ambiente

en que se desenvolverían los sucesos posteriores desde el momento en que Felipe IV expiró.

Hemos indicado que en la división por capítulos en que se desarrolla el libro, cada capítulo concentra sólo una acción de la vida de su protagonista; más el primero, el bautizo del príncipe, que se verificó el día 21 de Noviembre, habiendo nacido el 6 del mismo mes del año 1661, incluye primero una relación de la alta servidumbre que en el Palacio de Madrid entonces había, incluída á su vez en las prácticas y etiquetas palatinas que se usaban en tales funciones y en tal acto. Para su presentación en el Regio Alcázar á ser testigos de la ceremonia, se describe primero el ostentoso tren con que van llegando los Consejos por su orden de prelacía, y como cada Consejo tiene su Presidente, de cada uno de estos altos funcionarios se hace una sucinta biografía. Lo mismo sucede con el alto sacerdocio, presidido por el Arzobispo Patriarca de las Indias, al que acompañan algunos obispos residentes en Madrid, en razón de los oficios de gobierno que desempeñaban y los capellanes de la Real Capilla. Despliéganse á continuación las guardias ó tropas de la Casa Real con sus oficiales mayores, y viene en pos el concurso de los grandes de España, unos, portadores de los atributos de la ceremonia; otros, para dar más esplendor con su presencia á aquellas solemnidades. En aquella ocasión el Duque de Medina de las Torres llevaba el capillo, el Almirante de Castilla, la vela, el Condestable, la toalla, el Duque de Alburquerque, el aguamanil, el de Terranova, el salero, cerrando el de Pastrana esta parte del cortejo llevando el mazapán. Después seguía la comitiva de la Infanta Doña María Teresa, que iba á servir de madrina con su camarera la Condesa de Eril y su Mayordomo mayor el Duque de Alba, desfilando tras ella la guarda mayor de Palacio, Condesa de Sástago, y las demás damas y meninas y los correspondientes gentileshombres. Como en toda la obra, cada nombre es una hoja de servicios, en cuyos rasgos no pocas veces entran detalles no sólo de la vida pública, sino de la primera con que

se establece perfectamente el primer ambiente de la vida social que de este modo por sí misma se bosqueja.

Como entre las dos fechas referidas, del nacimiento y el bautizo, el 16 del mismo mes falleció de la enfermedad de que adolecía el segundo valido que tuvo Felipe IV, es decir, don Luis de Haro, el capítulo de la crianza del Príncipe, que sólo ocupa cuatro años, desde el de 1662 al de 1665, en que Felipe IV falleció á su vez, se aprovecha para dibujar otro cuadro no menos interesante: el de cómo se distribuían los destinos públicos en el ambiente político, que ofrecía su propio aspecto á aquella vida social. Sienta el autor del libro (1) que «durante los cuatro últimos años de su vida administró Felipe IV su gracia con tal parsimonia, que ningún ministro pudo juzgarse favorecido sobre los demás». La observación es generosa, pero no del todo cierta, no porque éstas no fueran las plausibles intenciones del monarca, sino por el ambiente anárquico en que en este punto estaba inoculada la corte del Rey Felipe, desde que, contra la autoridad de su primer privado y gran ministro D. Gaspar de Guzmán, Conde-Duque de Olivares, aquella alta sociedad se dividió en partidos adversarios entre sí, alguno de los cuales había sido favorecido por la primer consorte del soberano, la Reina Doña Isabel de Borbón. Toda corte en que la distribución de puestos y honores no se hace, ó por el riguroso encaje de un sistema metódico y de restricción ó por el difícil contrapeso de la notoridad del mérito sobresaliente, esta función de la suma prerrogativa necesariamente se convierte en una puja del favor, y donde el favor impone sus desigualdades sobre el mérito ó el derecho de un sistema riguroso de general disciplina, la lucha de la rivalidad y la envidia es el mayor mal, que mina inevitablemente, no la base de toda autoridad, sino la de los principios fundamentales todos en que la orden social se asienta. El mismo desfile de personajes con que el Sr. Maura va dando á conocer en estos capítulos, los que en los siguientes

(1) Capítulo II, pág. 75.

son los actores de todos los sucesos de la minoridad de Carlos II, es una demostración de que esta anarquía era ya el estado constituído en la corte de España cuando Carlos II nació, y que todos los buenos deseos de Felipe IV en los últimos cuatro años de su vida fueron impotentes para refrenarlo. ¿Qué otra cosa quieren decir, cuando Borjas, Haros y Guzmanes se repartieron la herencia política del valido difunto, los medros á sus parientes y paniaguados que pudo proporcionarles el influjo del Comendador de Montesa, D. Fernando de Borja, ni los casos de flagrante despotismo que les fué dado cometer, por una parte, á los parciales del Conde de Castrillo, y por otra, á los del Duque de Medina de las Torres, opuestos entre sí?

Es muy importante tener presente siempre este ambiente, que ya se imponía de una manera casi irrebatible en la corte de Felipe IV al nacer el Rey Carlos II, porque en todo el curso de la obra *Carlos II y su corte*, así bajo la regencia y tutela de la Reina Doña Mariana de Austria, y sus luchas con el bastardo D. Juan José de Austria, como durante todo el reinado del monarca, el influjo de sus dos mujeres sucesivas y la omnipotencia de todos los que fueron sus primeros consejeros y ministros, esta situación no hizo más que agravarse por grados, hasta llegar al destierro del jesuíta alemán P. Neidthard, á la prisión, secuestro y deportación de D. Fernando de Valenzuela, á las algaradas del de Austria en Zaragoza y á las puertas de Madrid, á la vil intriga que arrancó del lado de su madre al rey niño, aunque declarado mayor de edad, para entregarlo en el palacio del Buen Retiro, á la caución y á las venganzas del hermano bastardo, al destierro de la madre augusta á Toledo prendido de aquella carta infame redactada por D. Juan, que jamás, por la condición de su nacimiento y de sus costumbres, pudo tener cabal idea del respeto debido á una madre soberana, honrada y calumniada, y á todos los desbordes de aquella *anarquía aristocrática* de la última mitad del siglo XVII, que llevó las degradaciones del Rey hasta el risible vilipendio de los hechizos, y los destinos de la patria común á

entregar á España á los arbitrios del poder rival y enemigo, que en todo el siglo XVII había sido el forjador de todas nuestras desventuras y de todas nuestras desmembraciones? Si el estudio de esta *anarquía aristocrática* no se profundiza, haciéndolo *único* responsable de todas las ruinas de nuestra decadencia en aquel siglo, la historia de él quedará aún sin ser escrita de una manera definitiva.

Carlos II y su corte indudablemente atacará de lleno este gran problema, que tantos puntos de contacto tiene con los problemas nacionales de todo el siglo XIX en que se han hecho nuestras llamadas revoluciones regeneradoras, y en que hemos sufrido las mayores y últimas desmembraciones del poder que nos quedó de los reinados primeros de la casa de Austria; y el método que su autor se ha impuesto desde los primeros capítulos de esta parte de su obra, hace confiar en que su labor entera ofrezca á la ilustración de la conciencia nacional, á cuyo objeto los libros de la Historia se escriben, esta útil resultancia que ha de servir de lección provechosa y de firme enseñanza á todos los buenos, que en cualquier posición social, pero principalmente en las que entrañan la alta dirección de los destinos nacionales, están obligados á conocer en los antecedentes del pasado, tanto los escollos, como los derroteros del porvenir. Mírese como se quiera la época que en el *Carlos II y su corte* el Sr. Maura y Gamazo describe, es una época de absoluta descomposición. El cuadro moral que la caracteriza desde sus principios en este libro, ya la bosqueja. El estado político de aquella corte desde mucho antes que Carlos II naciera y de que falleciese Felipe IV, lo integraba una división, cada vez más honda de partidos rivales y ambiciosos, en cuya corte, como siempre acontece en toda nación dividida en este género de partidos, nadie se cuidaba ni del trono, ni del Gobierno, ni de la pública administración, ni de la justicia siquiera, por la alta mira patriótica que exigen tales y tan vitales intereses, ni aun cuando en las contiendas del exterior para la conservación de la misma monarquía se imponía hasta el honor y la vida de

la patria; sino bajo el punto de vista de las conveniencias particulares de cada uno y de los altos empleos de provechoso beneficio que se podían lograr. Entonces, como siempre, los que no los alcanzaban se refugiaban en las madrigueras de la murmuración, en las ingeniosidades de la sátira y de la caricatura, en los atrevimientos de la irreverencia y de la falta de respeto, únicas manifestaciones que solían alcanzar el siempre abyecto aplauso de las turbas sin instinto y entregadas al desborde de la indisciplina y del libertinaje. Como este estado desolador de constitución social tantas veces se ha repetido en nuestra historia antigua y en nuestra historia moderna, habiendo dado siempre unos mismos deletéreos resultados, todo estudio sobre una época en que nos empujó á una decadencia tal, que en más de dos siglos no hemos podido aún reponernos de ella, ha de procurar poner esto de relieve tan patente que pueda producir los resultados que son fin moral y esencial de esta ciencia: esto es, servir de constante ejemplo al magisterio de la vida pública. Estos estudios, en realidad, son más prácticos que los de la degeneración de la sangre que engendra los llamados á ocupar los tronos, ó que los de la elástica apreciación de las facultades de capacidad y de energía de los que les sirven en los oficios del gobierno. Bueno es que los príncipes sean sanos y robustos, é inteligentes y acertados sus ministros; pero no hay príncipe ni gobernante que pueda dejar un nombre grande en la Historia, si no tiene pueblo dotado de virtudes colectivas suficientes para poder sustentar con ellas las empresas superiores que dan lustre y engrandecen á una nación. En la España que el libro *Carlos II y su corte* retrata, esas virtudes faltaban en toda la extensa graduación de las clases sociales, y sobre todo en las elevadas, en las que admira la impunidad de los crímenes que concebía, y más todavía el que en la deformidad de estos crímenes se sustentara el prestigio plebeyo que disfrutaban. Esta delincuencia anárquica y desvergonzada, amparada por la impunidad de las posiciones de clase, hacen recordar al autor del libro *Carlos II y su corte* uno de aquellos lances de que á dia-

rio dan cuenta los que escribían *cartas* y *avisos* de novedades, de los que unos se han publicado y otros constituyen preciosos inéditos; el lance de D. Domingo de Guzmán, hijo tercero del Duque de Medina de las Torres, de vuelta de un destierro que había sufrido por desacatos cometidos en la antecámara de la Infanta Margarita, y el Marqués de Almazán, famoso calavera, hermano de la nuera del Conde de Castrillo y muy querido de éste, galanteadores ambos de una hija de los Marqueses de Bedmar, dama de la Reina Doña Mariana. De este verdadero escándalo el Embajador inglés Sir Richard Fanshaw escribía á su corte: «Desde este accidente arden las pasiones entre estos duumviros, al extremo de combatir el uno cuanto defiende el otro, y todas las personas de calidad se alistan en los opuestos bandos, como si la Monarquía fuese monopolio de los ministros.» El historiador Dunlop, en sus *Memorias of Spain,* atribuye á este lance el odio que en lo sucesivo existió entre el Duque de Medina de las Torres y el Conde de Castrillo, y aquél como magnate de tan gran influencia, y éste como miembro de la Junta de gobierno que á su muerte dejó establecida por su testamento el Rey Felipe IV para robustecer el Gobierno y la tutela de la Reina Doña Mariana, fueron también de los ejes de los destinos políticos de la Monarquía durante la minoridad de Don Carlos.

Si en la sociedad que Felipe IV dejó en herencia al Gobierno de su hijo, en tan prolongada menor edad, cupiesen más manzanas de discordia que las que ofrecía el estado enteramente anárquico en que se revolvían todas las clases, pero en especialidad las superiores, que eran entonces las que tenían más medios de acción, aquella Junta de gobierno puede decirse que fué la creación más desdichada y contraproducente al fin laudable que se propuso el Monarca muerto. Los aspirantes á tan alto papel eran infinitos; pero ninguno al conocerse su composición sufrió decepción más amarga que el Duque de Medina de las Torres, que pasaba por amigo de la intimidad del Rey Felipe, y el inquieto D. Juan José de Austria, deste-

rrado en Consuegra para castigar sus desaciertos y contener sus ambiciones, y que, al saber la proximidad de la muerte de su augusto padre, se había venido volando á arrancar las ventajas que apetecía, amargando las últimas horas del real moribundo. Componían aquella Junta el referido Conde de Castrillo, como Presidente del Consejo de Castrillo, D. Cristóbal Crespi de Valdaura, como Vicecanciller de Aragón, D. Baltasar de Moscoso y Sandoval, como Arzobispo de Toledo, y el Cardenal D. Pedro de Aragón, como Inquisidor general, más el Conde Peñaranda, por el Consejo de Estado, y el Marqués de Aytona, por la Grandeza de España, haciendo oficios de Secretario el Secretario D. Blasco de Loyola, que lo había sido de Guerra y lo era entonces de la negociación del Norte. Quedaron eliminados todos los otros pretendientes, y aunque éstos, como hombres políticos y de Estado, eran tan obscuras medianías, como los que habían sido designados en el testamento del Rey, á pesar de la larga carrera que todos y cada uno de ellos tenía en su favor, como el agotamiento del país no producía otros, su eficacia habría correspondido al pensamiento que los creó en aquella posición, si entre sí hubieran tenido cordial unión, hacia la Gobernadora y hacia el Rey niño lealtad, hacia el Cuerpo entero de la nación patriotismo y hacia los actos del Gobierno que les quedaba encomendado pureza é integridad más que energía. Ninguno de ellos poseía tan necesarias virtudes. Con ellas habrían podido imponer la grandeza de su poder sobre los manejos de Medina de las Torres y sobre las intrigas de D. Juan. Pero no sucedió así; y como por la muerte del Arzobispo de Toledo y la vacancia de la Inquisición general, la Reina tuvo que ejercer la prerrogativa soberana que la incumbía, en la elección para estos puestos comenzaron á dividirse también en facciones los co-Regentes, que en ningún caso habrían estado de unánime acuerdo, pues, dado el estado social de aquel mundo político, cada cual tenía *in pectore* sus candidatos exclusivos sin la menor disposición, en esto como en todo, á recíprocas transacciones.

En la Reina Doña Mariana no podían menos de inspirar serias desconfianzas hombres movidos en sus actos de gobierno por inclinaciones tan distintas, y entre los que cada uno sólo trataba de imponer y salir triunfante con lo que personal y recónditamente se proponía. Esta situación tuvo que despertar en su ánimo dos movimientos simultáneos: era el uno de temor y extremada vigilancia hacia el Rey menor, su hijo, de quien hasta la vida la veía en peligro por medio de asechanzas criminales, y para defender esta vida se vió compelida á establecer un plan de educación, de policía, de cuidados permanentes, que siendo tan naturales en la celosa condición de toda tierna maternidad, se exageraban con la zozobra de los peligros que la exaltaban, y realmente no sin razón, conociendo las armas, que no ya por el astuto D. Juan de Austria se ponían en juego con los de su partido, engrosado más cada día con el infinito número de los descontentos de cada ambición, sino hasta por los ministros que influían en la misma servidumbre de que ella y el Rey tenían que estar rodeados. Más influyeron en la constitución medrosa del carácter con que se formó el alma del Rey niño estos miedos que coartaron el desarrollo de su educación, que ninguna de las manifestaciones de degeneración que tanto se han decantado. Y este es otro de los temas profundos á estudiar en el carácter del Rey Carlos II, en las resoluciones íntimas del Gobierno de su madre y hasta en la elección de esta augusta señora de las personas en que había de depositar su confianza íntima y particular, como la de los oficios que vacaban en el Gobierno. En esta situación real de aquella corte, y en esta situación real del ánimo de la Reina, es donde hay que buscar la razón de la mayor parte de las cosas que corresponden al período de tan larga minoría y al carácter definitivo del propio Soberano para ver con mayor claridad en medio de las tinieblas de aquel tiempo.

La mayor parte de las desdichas que asediaron la vida de Felipe IV fué la de haber engendrado aquel hijo, á quien quiso dar el nombre antes glorioso de D. Juan de Austria, en

memoria del bastardo de Carlos V, vencedor de los moriscos alterados de Granada, vencedor de los turcos en Lepanto, y siempre soldado de simpáticas gallardías en Italia y en Flandes. También Felipe IV quiso hacer de él otro segundo héroe legendario, estimulándole desde el primer instante de su público reconocimiento con la concesión de dignidades, que lo infatuaron, sin hacerle sentir la emulación de sus puestos. Tenía la falsedad por condición natural de su carácter, el orgullo por no meditada información de su origen y de su encumbramiento y se habituó al derroche de cuanto se le daba y al manejo de la astucia para adquirir proselitismo. El Conde de Oñate, que le penetró bien en Nápoles, lealmente escribió al Rey sobre su conducta, y se atrevió hasta á decirle:—*A este señor la corona como un plato.* En Flandes fué el ludibrio de los príncipes extranjeros que vinieron á participar del honor de nuestras armas. Las derrotas que allí le produjo su incapacidad, no bastaron para que el Rey su padre volviera á ponerle en situación de arrostrar otras derrotas en la frontera de Portugal. Con los que asalariaba intentó primero, á la muerte del príncipe D. Baltasar, hacer creer en el teatro de las opiniones del vulgo, que el príncipe muerto no había sido el primogénito de la Corona, sino el del lecho bastardo del Rey, pues siendo niños D. Baltasar y él, las nodrizas habían hecho un cambio de ellos. Al nacimiento de D. Felipe Próspero, recibido con tantas alegrías de esperanza por la opinión general, los asalariados de D. Juan decían por todas partes:—*¿A qué tanto júbilo? ¿No hay descendencia suficiente para el trono en el Sr. Don Juan?* Cuando la sucesión real, antes de nacer Don Carlos, se hallaba circunscrita á los derechos de la Infanta Doña Margarita, D. Juan se dirigió en consulta á los teólogos de la Universidad de Lovaina para que dictaminaran si, por alta razón de Estado, podían contraer matrimonio dos hermanos, entendiéndose por esta consulta que nada menos pretendía que fuera permitido su casamiento con la referida Infanta, que fué luego Emperatriz. Insistiendo siempre en esta idea y desterra-

do por el Rey Felipe IV á su feudo de Consuegra, y teniendo él habilidad para la pintura, pidió licencia al Rey, que se hallaba de jornada en Aranjuez, para presentarle un cuadro que había pintado de su propia ingeniatura. Este cuadro representaba á Saturno bendiciendo el matrimonio de sus hijos Júpiter y Juno; pero en Saturno estaba retratado el rey, en Juno la Infanta y él en Júpiter. Al saber la enfermedad que empujaba al Rey hacia el sepulcro, primero se apresuró á venir so pretexto de recibir su última bendición á amargarle la agonía con sus recuerdos y sus ambiciones, y ya desde entonces, conociendo el influjo que sobre la Reina y el Rey había adquirido el confesor alemán que aquella señora trajo de Viena, el Padre Everardo Neidthard empezó á escribirle aquellas cartas, que hoy no son sino testimonio vivo de las dobleces y falsedades de su espíritu y condición, buscándole con las palabras más bajas y las adulaciones más viles de intermediario, para lograr, primero, con el Rey en su lecho de muerte, y después con la Reina, en las dificultades de su gobierno, el logro insensato de las pretensiones que le devoraban. ¿No bastaba á la Reina Doña Mariana, conocedora profunda de aquel carácter, de la personalidad, la astucia, los medios y las amistades de D. Juan entre las facciones de la corte, entre los individuos de la Junta de gobierno y aun entre algunas entidades de la servidumbre palatina, para temerlo todo de sus artes respecto hasta á la vida del Rey niño, y abrigando estos temores, hacer lo que hacen todas las madres: *cubrir con sus faldas* al hijo en peligro continuo para servirle de escudo? Pues así fué como el amor maternal de la Reina Doña Mariana, formó el carácter débil de su hijo, y así para tener plena confianza en los pocos que creía poder depositarla, sirvióse de sus propias hechuras en los oficios superiores de Gobierno, á los que elevó al P. Everardo Neidthard primero, y á Fernando de Valenzuela, después.

Comparando al P. Neidthard con todo el mundo político de la minoridad de Carlos II y del Gobierno de la Reina D.ª Mariana de Austria, hay que confesar que valía más por sí solo

que todos juntos. Se le regatearán como se quiera las dotes de su inteligencia y la aptitud para el poder que se le dió, y se podrá permitir al autor del libro *Carlos II y su corte*, que le apellide hasta pedante; pero en el P. Neidthard hay que reconocer, al menos, una cualidad que desgraciadamente no resplandecía en la conducta de los demás: la lealtad. Como extranjero, sería fatuo adornarle con los honores de un patriotismo, que indudablemente no podía ser la condición de mayor relieve de su mérito; pero si el patriotismo, como extranjero, no podía ser la alta inspiración de sus pensamientos y de sus actos, era el estímulo de éstos su lealtad incorruptible hacia aquella soberana, madre del Rey D. Carlos, en cuya alma no palpitaban más intereses que los de su hijo. Esta lealtad bastaba para hacer á Neidthard superior á todos los personajes de la Junta de Gobierno, divididos entre sí por sus ambiciones personales exclusivas é intransigentes, y á todos los demás elementos que formaban el engranaje político de aquella corte, en la cual, la mayor parte de los funcionarios del Estado no se creían con deberes imperiosos hacia el servicio de éste, sino hacia los que les protegían en sus puestos ó hacia los que les ayudaban á conseguir los superiores que pretendían. El prototipo de estos funcionarios corrompidos era el mismo Secretario de la Junta de Gobierno, D. Blasco de Loyola, en quien el ambicioso D. Juan de Austria tuvo siempre el espía más solícito para que le denunciara los actos de la Reina, del Gobierno y de Palacio.

En la lucha personal que D. Juan de Austria entabló contra el confesor de la Reina, cuando adquirió el convencimiento de que éste no se prestaba á servirle de escalón para escalar los puestos á que le inducían sus ciegas temeridades, bastan para ver la realidad las cartas del mismo D. Juan, que originales y autógrafas el P. Neidthard dejó entre los documentos testimoniales de sus *Memorias*, cartas inspiradas en todas las bajezas de la más rastrera adulación, y los papeles, que declarada su oposición, salieron de su propia pluma, no sólo contra la in-

tegridad indiscutible del confesor, sino contra el honor inmaculado de la Reina. A la fealdad de la inspiración de semejantes papeles, sólo se iguala en la conducta desatentada del bastardo de Felipe IV, más aun que su rapacidad de los fondos que con mil trabajos y sacrificios se le habían proporcionado para ir á Flandes, embarcándose en la Coruña, á ponerse al frente de aquellos ejércitos y gobernar y defender los Estados invadidos por los de Francia y Holanda, con la pérdida de las plazas más importantes, volviéndose desde Galicia después de haberlos dilapidado sin dar cuenta de ellos, so pretesto del garrote que hubo que dar á uno de los faráutes que dejó en Madrid tejiendo emboscadas para asesinar á Neidthard; más aun que su fuga de Consuegra para refugiarse en el reino de Aragón y procurar levantarlo contra el Gobierno de la Regencia, contra la Reina y si no contra el Rey, contra la paz y la integridad de su monarquía; la fealdad de sus manejos para intentar repetidas veces y por distintos forajidos, Santoné (Saint-Aunais), Malladas, el capitán Patiño, y otros encubiertos todos so la máscara de familiares suyos, deshacerse del confesor por medio del asesinato. Sólo en un medio social como en el que, rodeada de obstáculos y peligros, se movía aquella triste Reina, abandonada de unos, engañada de otros, vilipendiada por muchos y no servida lealmente por ninguno, soportando el peso de tantas desgracias con valor infinito, á fin de sufrirlo todo con tal de salvar la vida y los derechos del Rey niño, y ganar tiempo hasta que llegara á los límites de la edad de su mayoría también aquilatada y dispuesta por el testamento del padre, podían encontrar parciales los hombres destituídos de todo sentido moral como D. Juan de Austria. Para comprender situación semejante es preciso, no sólo ser afanoso rebuscador de noticias y documentos, y aglomerar datos sobre datos, que siempre parecen exagerados ó ficticios, sino haber sido testigo de las situaciones en algo parecidas á aquellas por las que en el siglo último vimos pasar la monarquía de Doña Isabel II, preñada de asesinos contra Narváez, de asesinos contra Prim,

sin más hombres que hicieran alarde de sostener su trono y sus derechos que los que se hallaban favorecidos con el poder que emanaba de su prerrogativa mientras lo ejercían, pues en la hora de la caída, sin esperar un momento, inmediatamente, con la lengua ó con la pluma comenzaban á deshonrarla, mientras columbraban en el horizonte el punto que elegir de mayor hostilidad según sus conveniencias, hasta que al fin la complicidad de todos logró derrumbarla del trono. Anarquía por anarquía, tanto lo era la situación que en el último tercio del siglo XVII aquella nobleza desnaturalizada sostuvo durante la menor edad y todo el reinado del Rey Carlos II, como la de las clases medias condecoradas del siglo XIX, empujando del solio de sus mayores á la más magnánima de las soberanas.

Como en toda la obra del Sr. Maura y Gamazo en su libro *Carlos II y su corte*, en el capítulo de la *oposición del Sr. Don Juan* desde 1666, el de *P. Neidthard Inquisidor General* del año 1666 al 1667, el de *Don Juan fugitivo*, los de *Don Juan rebelde y faccioso*, y finalmente el de la caída de Neidthard, con que, fuera de los *apéndices* el volumen concluye, la cuestión del detalle se desenvuelve de la manera más copiosa y magistral, no habiéndose eliminado ni olvidado documento alguno de descripción ni de consulta, con que dar el realce de una nueva vida á cada uno de los cuadros que justifican su tesis respectiva. Pero en el conjunto de la obra hasta ahora publicada no resulta más que una gran síntesis. Abraza dos puntos críticos esenciales: el uno el de la situación general de la corte, á que dejó entregada la viudez de la Reina y la orfandad de su hijo al morir el Rey Felipe IV, situación crítica de una irreductible anarquía en las clases y en los ministros; y el otro las ambiciones del bastardo del Rey, imposibles de satisfacer, y tomando por blanco de sus despechos al confesor de la Reina, por extranjero, no atreviéndose todavía más que en las calumnias de la murmuración á atentar contra la madre del Rey niño, como luego atentó, constituyendo el único tema de la atención

general, mientras fuera de España otra suerte de enemigos aniquilaba lo que aún quedaba del antiguo poder español, sin medios de ninguna clase para poder contener las pérdidas que ocasionaban en la desmembración de nuestras provincias y posesiones.

Como de todos estos caracteres que forman la corte de la minoridad de Carlos II, el que más se destaca es el de D. Juan de Austria, promovedor de todas las desventuras de situación tan prolongada, y como en el período á que se contrae el tomo primero de la obra del Sr. Maura y Gamazo, el blanco de todas sus iras es el confesor de la Reina, el jesuíta alemán Everardo Neidthard, permitámonos á nuestra vez reproducir aquí un puñado de las cartas que atestiguan de una manera irrebatible las relaciones de D. Juan con el confesor, antes y después de sus enemistades, para que así resalte mejor el verdadero tipo histórico del bastardo de Felipe IV, todo mentira, audacia y doblez.

PRETENSIÓN Á LA CORONA DE POLONIA

I.—Consuegra, 25 de agosto de 1665.

Padre mío: V. P. R. lea para sí solo estos renglones, y compadezca el corazón de un infeliz, no menos afligido que visitado contra el último efecto de su desgracia; porque jamás creí llegase á este término la mía, ni que hubiera pena igual á la que de pocos días á esta parte siento. He sabido con circunstancias, que dignas de crédito y bien lejos de solicitarlo la realidad de mi interior, que algunos indignos émulos de mi Estado han procurado con infames y oscuras nubes de desconfianza turbar el buen concepto que la Reina, Ntra. Señora, debe por tantas razones tener hecho de mi rendida y eterna esclavitud á su servicio, y que no sólo han dirigido estas viles diligencias al fin que digo, sino también á desposeerme por este medio del favor que, á costa de continuados trabajos y riesgos de honra y vida, he solicitado merecer del Rey, Ntro. Señor, y á desacreditar con el Sr. Emperador el respetuoso obsequio con que le venero. Esta concurrencia de cuidados ha fatigado varia-

mente mi imaginación, sin acertar á resolver si daría parte de ellos al Rey, Ntro. Señor, para que mandase castigar esta maldad, ó si depositándolos en el silencio dejaría á Dios y al tiempo su venganza y el examen de mi proceder; pero pareciéndome aquella determinación muy violenta y ésta demasiadamente remisa, he elegido el término medio más conforme á la grande confianza que he hecho siempre de V. P. R., para que en trance tal le deba la restitución de todo mi honor. Este consiste en que la Reina, Ntra. Señora, entienda la sensible congoja que me han causado estas noticias, y cuán sin consuelo me acabaría si llegase á creer que han hecho alguna impresión en la real idea, y concebido la más leve sombra de que en mi honor puede tener término ó disminución el celo y la fidelidad con que he de estar toda mi vida debajo de sus reales pies, no solamente por las infinitas obligaciones que reconozco al Rey, Nuestro Señor, y á S. M. misma, sino por lo que deseo á la conservación y felicidad de la angustísima casa, al bien de sus dominios y mí propio; todo lo cual conozco que consistirá siempre en la puntual ejecución de lo que S. M. (Dios la guarde) dispusiese para después de sus largos y gloriosos días, por cuya precisa observancia faltará antes el sol á alumbrarnos que yo á exponer cuanto no fuere el alma. ¡Plegue á su misericordia que no vean nuestros ojos este caso, ni los que á él son contingentes! Pero si lo dispusiese así en cualquiera de los posibles, protesto inmutable este proceder, á pesar de las execrandas intenciones que lo dudasen, midiendo por sus mal nacidos ánimos la realidad del mío.

Excúseme, V. P. R., si me fervorizo demasiado, que tengo mucha honra y muy delicada, y en caso tan grande no puede contenerse en su sentimiento en ordinarios límites. Escribo esta carta con tres fines: el primero, de que V. P. R. se la lea á la Reina, Ntra. Señora, y la insinúe, cuanto más pudiese contribuir á que S. M. viva segura de que en cualquiera ocasión ha de hallar mi corto talento y mi espada al lado de sus intereses y servicio para verter por él y el del Príncipe, Ntro. Señor, toda la sangre que me alimenta: el segundo, para que V. P. R. disponga el real ánimo de S. M. á que afirme esto mismo al Sr. Emperador, por la parte que le toca, asegurándole que mi honor y obligación de servirle no son capaces de mudar de dictamen en ningún tiempo, y que en todos espero merecerle y deberle muchos favores: el tercero, para que V.P.R. la guarde en sí por prenda infalible del cumplimiento de lo que en ella protesto. La materia es de calidad que no la he juzgado impropia del sigilo del mayor secreto, debajo de este resguardo la co-

munico y encomiendo á V. P. R., y con el mismo reservaré en mi única noticia la respuesta de V. P. R., y conoceré que esta diligencia ha producido el efecto que solicito, si en ella (pasando de los términos generales que otras veces he oído) me participare V. P. R. la que le diese la Reina, Ntra. Señora, y me advirtiese con claridad y confianza, no sólo cuanto hubiese llegado á entender en orden á lo referido, sino todo aquello con que más eficazmente pudiese yo fortalecer el dictamen real de S. M. contra las invasiones de mis enemigos, ó (por decir mejor) del reposo y conservación de la monarquía.

Guarde Dios á V. P. R. muchos años como deseo, á 25 de agosto de 1665.—Don Juan.

II.—Consuegra, 13 de setiembre de 1665.

Hízose el viaje sin azar, pero estos días fatigan tanto á mi salud las pasiones del ánimo, que si Dios no ayuda creo que esos caballeros lograrán facilitarme el fin que llevan de acabar conmigo, porque una destilación de la cabeza que padezco mucho tiempo ha, y de que juzgué haberme reparado esta primavera, me vuelve á cansar el pecho demasiado; Él haga en mí su voluntad divina, que dispuesto estoy á todo y confiado siempre en su justicia.

El hallarme este ordinario sin carta de V. P. R.ma no ha ayudado nada á la tolerancia de mis desconsuelos, porque, aguardando únicamente de su medio el alivio de ellos, cualquiera suspensión me congoja de nuevo; si bien considero que en materias tales son precisos, que lo más (particularmente del punto esencial) dependerá de la respuesta del Sr. Emperador, y que en cualquier caso tendrá harto que hacer el compasivo afecto de V. P. R.ma en corregir una fortuna tan deshecha como la mía. Ruego á V. P. R.ma que no olvide lo que le dije, y que me obligue y experimente mi reconocimiento.

Hame ocurrido que el otro día me insinuó V. P. R.ma haber tratado con el Barón de Lisola sobre los negocios de Polonia, de que me juzgaba V. P. R.ma plenamente informado, y con este motivo he creído ser servicio de S. M. y del Sr. Emperador, á que V. P. R.ma esté en cuenta de lo que yo sé y entiendo en ello. Lo que sé es por medio del Duque de Medina de las Torres, en Aranjuez, que el Barón de Lisola, entre otros puntos, traía á su cargo el representar á S. M. (que esté en el cielo) el turbado semblante del Reino de Polonia y los esfuerzos de la Reina para introducir en él al Duque de Enghien, casado á este mismo fin con la mayor de sus sobrinas. Las

diligencias que el Rey de Francia hacía por su hermano ó á lo menos por otro Príncipe francés, los motivos con que el gran Canciller Subiasky tomó las armas, y la insinuación que la Reina hizo al Barón de que vendría, en que recayese en mí aquella dignidad, casando con otra sobrina suya que está en Francia. Esto me refirió entonces el Duque; pero después, aún no he sabido nada, ni lo he procurado tampoco; así, por ignorar si la proposición era del agrado del Rey mi Señor (que esté en la gloria) y de S. M. Cesárea, como por desconfianza del lento paso de nuestros Ministros que aplicasen los medios y negociados que la importancia del negocio requiere. Lo que yo entiendo es que, así como no puede haber cosa de mayor perjuicio para los comunes intereses de la Augustísima Casa y del Imperio que el Reino de Polonia recaiga en Francia ó independiente de aquella Corona, nada será de mayor utilidad que el procurar embarazarlo con mucha presteza.

En cuanto á mí, digo ingenuamente á V. P. R.ma que por una parte no me alborozó nada la insinuación, porque, según las noticias que tengo de aquellos países, el Rey de Polonia es un honrado Duc, como el de Venecia ó Génova, y sin los medios necesarios para la conservación de su Reino, y con una milicia inquieta y revoltosa, que, con sus repetidos motines y alteraciones, pone á cada paso en riesgo la suma de las cosas. Pero, no obstante estas malas cualidades, llegué á desear que la materia tuviese efecto, así por las grandes conveniencias que de ello se seguirían á toda la Augustísima Casa, como por las circunstancias de conciencias que comuniqué á V. P. R.ma, la cual me arrastra sobre otra cualquiera consideración.

Si la Reina, mi Señora, y el Sr. Emperador juzgan servicio suyo tener allí una persona á quien poder mandar, en la seguridad de ser obedecidos, y aquellas cosas no hubiesen mudado, citado al hombre con grande esfuerzo y que ambas majestades, con sus autorizadas y unidas instancias y órdenes, saquen á nuestros Ministros de su ordinario y tardo paso, así para que se remitan los medios necesarios para las negociaciones que debiera hacer, como para todas las resoluciones que pudiesen conducir al intento. El manifestar á la Reina de Polonia, en forma que no se haga sospechoso al Canciller, que SS. MM. vienen en su proposición, la juzgo una de las circunstancias esenciales, porque es muy creible que si la Reina se ve desconfiada de poder traer allí al Duque de Enghien, abrace de buena gana este otro partido, y por este medio se consigue que el suyo no se oponga al del Canciller en el caso de la elección, antes concurran ambos á un mismo fin, aunque con diferentes miras. Esto es lo

que yo alcanzo en este particular, para cuyo logro (si SS. MM. lo resuelven así) es de gran importancia que me consideren en todas partes favorecido de SS. MM. y no objeto despreciable de la emulación, pues quien me viere ofendido de la fortuna y del desfavor á vista de mi Rey y en mi misma Patria, mal se ajustaría á juzgarme digno de otros honores fuera de ella.

Con esta ocasión propongo también confiadamente á V. P. R.ma el desocupado dominio de Isuspruck, gracia que no depende de contingencia, sino sólo del benignísimo arbitrio del Sr. Emperador y la poderosa interposición de la Reina, mi Señora, con S. M. Cesárea, que por este medio tendría aquella prenda en depósito de un criado que se hallaría en mejor y más autorizada disposición de servirle en cualquier interés del Imperio y de la Augustísima Casa; y al discurrir en causa propia no me engaño; hartas razones de conveniencia me ocurren y dejo al mejor juicio de V. P. R ma. Pero, para que se vea que ni me mueve la especiosa de reinar ni se ciñe mi proposición al individuo de este segundo empleo, declaro otra vez á V. P. R.ma (en conformidad de lo que en voz le dije) que, en otro cualquiera decente rincón que SS. MM. eligieren con el sujeto que insinúe, á V. P. R.ma estaré igualmente contento y satisfecho, porque mi anhelo es sobre el que manifesté á V. P. R.ma

Bien conoce V. P. R.ma que esta carta no espera la glosa de la Junta, y así juzgo excusado el prevenirle no pase á ella; ruego á V. P. R.ma que me responda con ingenua claridad y atención lo que le parece todo, porque yo pongo en sus manos, no sólo mi fortuna, sino mi honra y mi alma. Guarde Dios á V. P. R.ma como deseo.—De Consuegra, á 13 de setiembre de 1665.—Don Juan.

III.—Madrid, 16 de setiembre de 1665.

Padre mío: Habiendo llegado á este lugar, en conformidad de lo que escribí ayer á V. P. R., me ha parecido preciso participárselo y juntamente escribir esos renglones á la Reina, Ntra. Señora, con esta misma noticia. Ruego á V. P. R los ponga en sus Reales manos y disponga que yo pueda verme con V. P. R., después de anochecido, á la hora y paraje que le fuera más acomodado, aunque sea un buen rato; porque me importa todo mi sosiego y consuelo. Guarde Dios á V. P. R. como deseo. De Madrid á 16 de setiembre de 1665.—Don Juan.

Ruego á V. P. R. por Dios y por su Madre Santísima que no niegue el consuelo de su vista á mi aflicción.

IV.—Madrid, 16 de setiembre de 1665.

Yo parto para Consuegra en ejecución del orden de S. M.: deseé verme antes con V. P. R., pero ni aun este alivio he logrado, porque no me falte ninguna congoja. Lo que deseaba decirle no es para la brevedad de una carta en la confusa y desdichada ocasión en que nos hallamos. Dios querrá que haya alguna ocasión en que desquite esta mortificación, descansando con V. P. R. y dándole muestras de que no soy como me pintan mis émulos; pero pues Dios quiere que ahora vengan juntas todas las mortificaciones, hágase su voluntad. En esa carta me despido de la Reyna, Ntra. Señora, como verá V. P. R. por su contenido. Estimaré que S. M. la vea cuanto antes y que V. P. R. *se acuerde de que nací con obligaciones de hombre honrado, y que jamás podré faltar en ellas*. Guarde Dios á V. P. R. muchos años.—De Madrid de 16 setiembre de 1665.—Don Juan.

V.—Consuegra, 26 de setiembre de 1665.

He recibido una carta de V. P. R., y le agradezco mucho todo lo que me dice en ella y lo que ha dicho á Cuellar, esperando que el tiempo dará á conocer á V. P. R. con cuánta verdad y cariño le he estimado siempre. Para nuestra desdichada pérdida no hay consuelo en este mundo, y así es menester pedírselo á Dios que nos le dé á todos.

No dudo que la Reyna, Ntra. Señora, concederá la permisión que le he suplicado para ir luego á besar la mano al Rey, Nuestro Señor, y á S. M., cumpliendo con una obligación en que debiera haber sido el primero, y aguardo con gran alborozo esta ocasión para verme con V. P. R. y confesarme un rato con su confianza. Entre tanto, Padre mío, no quiero diferir el decir á V. P. R. *que yo por ningún caso estoy bien apartado de los pies de S. M. por muchísimas razones de sí y de su servicio*, como de mi interés y seguridad, y este artículo será uno de los de mi confesión, porque no es para la pluma. Si fuere tan desdichado (como temo) que la Reyna, Nuestra Señora, tenga hecho de mí diferente concepto del que le mereceré toda mi vida, exponiéndola por su servicio, ruego á V. P. R. le suplique, *no que le mude, sino que le suspenda hasta examinar de correr algún tiempo mi celo, respeto y obediencia*. Con esta experiencia no emboto á S. M. las armas de su Real autoridad y poder: sobre mi humildad siempre le tiene S. M. igual para disponer mi fortuna, como de la de un rendido esclavo, y si el inmediato examen

de mis acciones no desmintiese lo que la infamia hubiese intentado sugerir contra mí, tendrá S. M. la justicia que ahora le falta para no favorecerme mucho. Todo esto digo á V. P. R. debajo de secreto y en intención que no pase á más noticia que la de S. M., de cuya grandeza fío que debo y no menos de la interposición y amistad de V. P. R., á quien me guarde Dios muchos años como deseo. De Consuegra á 25 de setiembre de 1665.—Don Juan

VI.—Consuegra, 4 de octubre de 1665.

Haré lo que V. P. R. me dice en su carta, y bien necesitaba de ella para dar con sus esperanzas alguna tregua á mi aflicción: éstas son de calidad que no caben en ninguna exageración, pues verse un ánimo tan noble y puro, como el mío, ultrajado injustamente de la infame emulación, es el mayor de los males, y en que es necesario acordarse mucho de que hay Dios, para no arrojarse á la desesperación. Esto me está sucediendo hoy sin otra protección, defensa ni confianza en este mundo, más que en la Reyna, Nuestra Señora, y en la interposición y buenos oficios de V. P. R. Todos los demás, sin excepción de personas, los tengo por enemigos declarados ó secretos, que son los peores; unos por juzgarme delante de ellos para los puestos á que podían aspirar, y otros porque no quieren que la concurrencia de mis superiores obligaciones, mi desinterés, mi celo y mi respetuoso amor al servicio de la Reyna, Ntra. Señora, serán piedra de toque de sus efectos. Si en este general abandono me falta el favor de S. M., de cuya misma sangre (permítaseme decir en esta ocasión) se alimentan mis venas, no degenerada en ellas por ninguna acción propia, pendiendo absolutamente de su R. voluntad todo el consuelo de que necesita mi perdida honra; ¿á quién puedo apelar, ó á quién buscaré, sino en la muerte que permita Dios, por quien es, se me anticipe, si no he de hallarle en el corazón piadoso de S. M.?

La sesión que V. P. R. me ofrece, deja en alguna manera suspensos mis cuidados, y porque no se dilate la recíproca satisfacción, que espero en Dios y en S. M. santísima ha de resultar de ella, partiré á lograrla en esta reservada forma. Saldré de aquí sólo con un criado, con el pretesto de ir por la porta á la ermita de una imagen muy devota de Ntra. Señora, donde he estado otras veces fuera del lugar; torceré el camino hacia ese, sin que ninguno tenga esta noticia anticipadamente; luego que llegue á alguno de los de esa vecindad avisaré de ello á V. P. R. por medio de Cuellar (de cuyo

secreto se puede fiar sin ningún escrúpulo), para que V. P. R. me diga la hora y el paraje en que sus embarazos le permitieren que nos veamos, donde me hallaré en un coche descorrido, y podré hablar un rato con V. P. R., y estaré acá de vuelta en tiempo que la dilación no publique mi ausencia. Todo esto debajo de la única noticia y beneplácito de la Reyna, Ntra. Señora. Dios guarde á V. P. R. muchos años. De Consuegra á 4 de octubre de 1665.—Don Juan.

Prevengo á V. P. R. que del contenido de esta carta no tiene ninguna noticia Cuellar, ni del de las antecedentes, ni él, ni persona alguna.

VII.—Villaverde, 10 de octubre de 1665.

En conformidad de lo que discurrimos, remito á V. P. R. las cartas inclusas. Piedad, padre mío, por amor de Dios y de su Madre Santísima; no olvide V. P. R. ni pase ligeramente por lo que le he manifestado; antes considérelo profundamente con su santa intención y celo. Tenga V. P. R. conmiseración de quien padece sin causa y sin que su padecer haya de resultar otro distinto bien ó conveniencia, que es sólo el fin que hace justa la tribulación del inocente. La Reyna, Ntra. Señora, debe en conciencia hacer justicia. Lo que yo le suplico lo es. No soy vasallo de ningún ministro, sino suyo. V. P. R. saque piadosas y justas consecuencias de estos precedentes y repare que no puede haber nada que embaraze á la Reyna, Nuestra Señora el decir á la Junta remitiéndole mi carta: «Don Juan me hace esta segunda instancia. No hallo razón sobre las que dice para negarle lo que suplica. Si alguno supiere algo contra su intención ó proceder, dígamelo, para que lo examine y castigue. Sobre las dificultades que pueden ofrecerse en la forma de su asistencia á la corte, nombraré personas que consideradas me consulten, y yo no dudo de las obligaciones de Don Juan que se ajuste en todo á mi voluntad y á lo que fuera razonable.» Estas, padre mío, son cláusulas irreprochables. Si algún ministro, ciego de pasión, no lo conociera, ni será buen vasallo del Rey, ni amará su servicio. Piedad, Padre mío, por Dios, vuelvo á pedir á V. P. R. Yo partiré después de media noche, y suponiendo que V. P. R. habrá hablado ya á S. M., quedo aguardando el aviso del recibo de estas cartas, por si con él me envía V. P. R. algún consuelo en cuya sustancia halle motivo para volver á Consuegra menos molestado de mis congojosos pensamientos.

Dios guarde á V. P. R. como deseo. De Villaverde á 10 de octubre de 1665.—Don Juan.

VIII.—Consuegra, 5 de noviembre de 1665.

Mucho gusto he recibido con la carta de V. P.R.ma de 1.º de este, y en respuesta de mis dos últimas, y así le ruego hurte algunos ratos á sus ocupaciones para continuarme este último alivio que la fortuna me concede. Estos días ando muy trabajoso de mi achaque de destilación al pecho; siéntolo más, por si pudiera dilatarme el gozo y el consuelo de besar la mano de SS. MM.; con todo eso, espero en Dios que el gran deseo de cumplir con esta obligación lo ha de esperar todo, y que concluyendo con la función de las honras, que se hace aquí y todavía no ha podido celebrarse, estaré en disposición de ponerme en camino y lograr el ver y hablar un rato á V. P. R.ma. Entretanto, confío que la gracia y justicia de la Reina mi Sra., no ha de someterse á ninguna opresión, y que se han de mostrar ambas tan en favor de la mía que pueda V. P. R. consolarme amigablemente como Baldad al mismo Job (qui oderunt te induentur confusione), si bien no deseo venganza de nadie, porque conozco que solos mis pecados son mis enemigos, y así con ellos solos debo de estar mal.

Prométome de la Divina misericordia, y después de ella del benignísimo apoyo de S. M. y de la poderosa interposición y solicitud de V. P. R., que el negocio principal de mi quietud y conciencia tendrá breve y feliz logro por alguno de los medios propuestos, con que me daré por muy satisfecho de la fortuna para todo el resto de la vida. Pido á V. P. R. me diga confiadamente si la Reina, mi Señora, está en intención de tomar á pecho este negocio, interponiéndose sobre él de véras con S. M. Cesárea, y si le ha escrito en esta conformidad; pues si esto sucede no me quedará que dudar del afecto ni que desear sino ocasiones en que verter la sangre por ambas Magestades y mostrar á V. P. R. mi perfecta gratitud.

El Barón de Lisola escribió el otro día una carta á un oficial de mi Secretaría, paisano suyo (1), en términos que me hicieron alguna novedad. Yo manifesté á V. P. R. *el fácil natural que debo á Dios para olvidar ofensas*, y así, aunque es cierto lo referí á V. P. R. del Barón, si V. P. R. juzga que cabe en la realidad del sugeto el deponer yo la memoria de aquella mal entendida sinrazón, lo haré de lo

(1) D. Francisco de Fobro Bremundano.

intimo de mi ánimo. Guarde Dios á V. P. R.ma los muchos años que deseo.—De Consuegra á 5 de noviembre de 1665.—Don Juan.

IX.—Consuegra, 15 de noviembre de 1665.

Mañana lunes y el siguiente día se celebrarán aquí las honras del Rey, mi S ñor (que está en el cielo), y luego me pondré en camino para mi función, esperando en Dios (si mi salud no tiene nueva quiebra) poderla ejecutar el jueves ó viernes. V. P. R. lo participará así á la Reina, mi Señora, poniéndome entretanto á sus pies, y avisándome de su real intención en orden á la hora que se sirva señalarme, la parte por dónde manda éntre en Palacio y el género de luto que debo llevar, y con estas tres noticias anticipadas aguardaré juntamente lo que deseo de la salud de V. P. R.ma y dé la forma en que dispone el que podamos hablar un rato, á cuya conferencia remito la respuesta de la carta que acabo de recibir de V. P. R. y lo demás que me ocurra, representarlo sobre el mismo negocio de que se trata, *cuyo éxito (como otras veces he dicho) fío deber enteramente en la solícita interposición de V. P. R.ma*. Que me guarde Dios infinitos años.—De Consuegra á 15 de noviembre de 1665.—Don Juan.

X.—Consuegra, 20 de noviembre de 1665.

Llegué á este lugar con mucho gozo por haber besado la mano de SS. MM. (Dios los guarde) y con harto disgusto de no haber podido hablar despacio á V. P. R. y saber el fundamento que podía hacer sobre las esperanzas de mi consuelo y fortuna, de que me insinúa V. P. R. Se ha dado cuenta al Señor Emperador, siéndome cada día tanto más sensible la dilación, cuanto crecen en mí las grandes razones que manifesté á V. P. R. para lograr por este camino la quietud de mi espíritu y conciencia, y cuanto oigo más altas alabanzas del sugeto y juzgo que con las raíces del medio propuesto podría yo ser de útil servicio á ambas Magestades. Supuesto que V. P. R. me dice se aguarda tan aprisa la respuesta de S. M. Cesárea y que en este intermedio no tendrá disposicion el Barón de Lisola de verse conmigo, parece que hasta entonces no hay materia que requiera la inmediata intervención de D. Mateo Patiño, mi Secretario, y que basta que corra esta correspondencia por aquel Borgoñón, oficial de mi Secretaría, con quien dije á V. P. R. se había abierto el Barón, y de cuyo secreto juzgo se puede hacer confianza; pero por si V. P. R.

juzgase otra cosa, lleve esta carta D. Mateo y orden de seguir lo que V. P. R. le advirtiere. Yo proseguiré mañana temprano mi viage, y aguardaré á que V. P. R. me avise cuándo las cartas de Alemania darán motivo á que nos veamos y la forma que para ello se hubiese de observar, como también en la comunicación y abocamiento con el Barón, de cuyo afecto he hecho buen concepto según las noticias que estos días he adquirido. Guarde Dios á V. P. R. muchos años como deseo.—De Villaverde á 20 de noviembre de 1665.—Don Juan.

Compárense estas cartas con la que fechada en Consuegra el 21 de Octubre de 1668 publica el Sr. Maura en la página 369 de su obra, al describir á Don Juan rebelde.

No se han de prolongar indefinidamente estas cartas, las cuales testifican dos géneros de cosas: la primera, las crecientes ambiciones de D. Juan, que soñaba ceñirse una corona, aunque fuese la de Polonia, creyendo que el favor de la Reina y su influencia con el Emperador Leopoldo bastaría para conseguirla; la segunda, la lealtad que de parte del P. Neidthard, en sus relaciones con él, reconocía. ¿Fueron culpas del confesor las que se opusieron á que D. Juan pudiera realizar todos sus planes? Esto no lo probará nunca la Historia. El P. Neidthard sometió las cuestiones de D. Juan á la Reina, y la Reina, discretamente, al examen de la Junta de gobierno. Si los traidores que en ella, como en todas partes había en la situación general de aquel estado social y político, le hicieron concebir tales sospechas, de que resultó el cambio del anterior respeto hacia el teatino en el odio implacable que contra él desplegó después, estas eran indeclinable resultancia de la anarquía imperante en que incitaban á todo género de violencias las ambiciones y los partidos desenfrenados. Con todo, si la naturaleza de D. Juan hubiera sido tan buena y tan honrada como él mismo ponderaba en sus cartas, ni habría provocado tantos conflictos, ni habría sembrado tantas irreverencias, tantas temeridades, hasta por el instrumento del crimen, y tantas agitaciones desoladoras. La ayuda de todos los malos, y malos en

aquella sociedad eran todos, le dieron fuerza para derribar á Neidthard; pero en la caída del defensor, como en todos los casos análogos ha sucedido, sucede y sucederá siempre, la verdadera víctima fué la inocencia y la lealtad.

Presentar en todo su atrayente colorido estos cuadros de nuestra historia, para deducir de ellos copiosas enseñanzas, es siempre una labor patriótica digna de toda consideración, tanto más subida en el aprecio de los buenos, cuanto la obra patriótica lleva además la suma brillantez con que el Sr. Maura y Gamazo desenvuelve su libro magistral *Carlos II y su corte*.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

LAS CORTES DE LA REVOLUCION

CRÓNICAS PARLAMENTARIAS

(CONCLUSIÓN)

Disolución del Cuerpo de Artillería.—Proclamación de la República. La Asamblea nacional.

El Gobierno quiso abordar francamente el problema de la abolición de la esclavitud en Puerto Rico; pero disintieron en la forma de resolverlo los ministros de Hacienda y Ultramar, Ruiz Gómez y Gasset, que pretendían la abolición gradual, mientras Ruiz Zorrilla y los demás individuos del Gabinete opinaban por la total é inmediata: dimitieron, pues, aquéllos, y fueron reemplazados por Echegaray, que pasó á Hacienda, y Mosquera á Ultramar, ocupando la cartera de Fomento don Manuel Becerra.

Ruiz Zorrilla caminaba con dificultades, cuando apareció otra insuperable, que había de producir un conflicto: la cuestión de los artilleros.

En sesión de 7 de Febrero (1), el diputado republicano don José Fernández González explanó una interpelación al Go-

(1) 1873.

bierno sobre las noticias que corrían de que, habiendo sido nombrado el General Hidalgo para un cargo en Cataluña, los jefes y oficiales del Cuerpo de Artillería, inmediatamente que tuvieron noticia de este nombramiento, presentaron la renuncia de sus empleos.

Ruiz Zorrilla confesó que era cierta la excitación de los artilleros. Dijo que al iniciarse la primera etapa de la cuestión, cuando el nombramiento del General Hidalgo para la Capitanía general de las Provincias Vascongadas, y en vista de la actitud del Cuerpo de Artillería, él, como particular, no como ministro, había propuesto la formación de un Jurado de honor, á lo que se negaron los jefes y oficiales. Añadió que el Cuerpo de Artillería carecía de razón en aquellas circunstancias, pues entre las fuerzas que mandaba el General Hidalgo en su nuevo destino no las había del arma que protestaba. Quiso demostrar que era una cuestión política, en la que el Gobierno no tenía más que dos caminos: ó abandonar el Poder, ó conceder la licencia absoluta á los artilleros.

El ministro de la Guerra (1) estaba resuelto á todo. Dijo, contestando á González:

«La actitud del Cuerpo de Artillería no podrá ser un peligro para la libertad, y, por consiguiente, no lo será para el país. ¿Qué actitud tomará el Cuerpo de Artillería? El Cuerpo de Artillería cambiará su organización, y los oficiales dimisionarios serán reemplazados por otros oficiales. Hay en el mismo Cuerpo de Artillería elementos para formar una excelente artillería, que combata siempre por la libertad, por el orden y por las leyes. Yo espero y creo que desapareciendo del Cuerpo de Artillería todos los privilegios, que desapareciendo de él una organización antigua, que enlazándose y uniéndose, como sucede en las demás armas, con los elementos populares y los elementos de más elevada jerarquía, se formará una artillería tan buena como lo es la actual, pero que esté además

(1) Córdova.

identificada con las instituciones, y sobre todo, no pueda ofrecer para el país ni para los representantes de la nación ninguna sospecha de peligro.» Con estas palabras quedó disuelto el Cuerpo de Artillería, y el Gobierno obtuvo un voto de confianza por 191 diputados contra dos.

*
* *

«Cuando es público—dijo Figueras (1)—y sabido de todos que se trata de una crisis de la institución, es en verdad vergonzoso que el Gobierno no esté sentado en el banco azul para responder á las interpelaciones que tienen el derecho, el ineludible deber de dirigirle los diputados.» Le he llamado ya una porción de veces—contestó Rivero,—y esta será la última.

En efecto, hacía rato que había comenzado la sesión y no estaba ninguno de los señores ministros en su puesto. Por fin aparecieron dos ó tres, y tomando el Presidente del Consejo de Ministros la palabra, confesó que el Rey Don Amadeo I había manifestado su resolución de renunciar á la Corona de España; que habiéndosele rogado que desistiera de su propósito, pidió un plazo de cuarenta y ocho horas para dar una contestación definitiva, y que mientras la renuncia no fuera oficial, no se debía tomar acuerdo alguno por la Cámara.

Figueras, en vista de la gravedad de las circunstancias, pidió que se declarara el Congreso en sesión permanente, dando con esto lugar á un debate, en el que terció Castelar, censurando al Gobierno y á Don Amadeo I.

«Los periódicos lo han dicho (2)—exclamaba,—el telégrafo lo ha referido, el Ministerio lo ha contado pública y solemnemente. Podéis doleros, yo doy á la lealtad todos sus derechos; podéis quejaros, yo doy al desengaño desahogo para toda suerte de quejas; yo creo que es justo, que es legítimo

(1) 10 de Febrero de 1873.
(2) Lo de la renuncia de la Corona.

vuestro dolor; pero, monárquicos, debéis decirlo como los ángeles de la leyenda alemana: no tenéis Rey, estáis huérfanos. La verdad es que un poder de esa grandeza, de esa fuerza, de esa inmanencia social, no puede anunciar que se suspende, que se retira, que nos deja, que renuncia á sus derechos, sin que inmediatamente engendre en el ánimo de todos la parcialidad, en el seno de todos los ciudadanos, en la conciencia pública, hasta en las calles, un movimiento que es superior á la voluntad de los hombres. Pues qué, señores diputados, ¿se puede dejar la patria, venir á esta tierra de la caballerosidad y del heroísmo, ceñirse aquella corona que llevaron Fernando III y Carlos V, llamarse Jefe de esta grande, de esta extraordinaria nación, y luego decir, por motivos que yo respeto, por razones que no discuto: Pues sabed que no tenéis Jefe, que no tenéis Rey, que no tenéis dinastía, que no tenéis estabilidad en el Gobierno, que no tenéis orden legal, que todo está destruído, porque una genialidad de mi corazón de joven y una ignorancia quizá del pueblo que rijo, me obligaron á la renuncia, aunque esta renuncia traiga consigo todas las complicaciones posibles?»

Aunque Ruiz Zorrilla y Martos (1) eran contrarios á la proposición de Figueras, creyeron oportuno ceder, y quedó el Congreso en sesión permanente sin deliberar, permaneciendo dentro del edificio la Mesa y cincuenta señores diputados.

Reanudada la sesión á las tres de la tarde del día 11, el diputado Secretario, Moreno Rodríguez, leyó la renuncia de Don Amadeo de Saboya. En ella decía que había venido á España animado del mejor deseo, *pero que entre tantas y tan opuestas manifestaciones de la opinión pública, le era imposible atinar cuál resultaba la verdadera, y más imposible todavía hallar el remedio para tamaños males.*

Aquel Rey, desconociendo el país, las costumbres y el carácter de nuestros políticos, dejó que desmayara su ánimo ante

(1) Éste, ministro de Estado.

la inmensa avalancha de graves cuestiones que sobre él arrojaba el destino, y arrepentido quizá de haber aceptado la Corona de un reino en los momentos difíciles de su reconstitución, sintió la nostalgia de su patria. Así como José Bonaparte soñaba en 1810 con su quinta de Mortefontaine, Amadeo, sobrecogido por el continuo batallar de los partidos españoles, que con las armas, con la pluma y con la palabra se agitaban á su alrededor en lucha incesante, ponía su pensamiento y su deseo en vivir tranquilo bajo el cielo azul de Italia.

Se venía diciendo de tiempo atrás que el Rey pensaba renunciar la Corona, pero se conceptuó esta noticia como una de tantas versiones falsas que corren frecuentemente entre el vulgo; y fué, sin duda, que Don Amadeo hubo de franquearse con algún servidor palatino, dejando entrever su desaliento; de esta impresión cierta y positiva del monarca, se sacó la conjetura, después justificada, de que quería abandonar el suelo español.

Si llegaron á conocimiento de la virtuosa consorte del monarca las aventuras galantes que del Rey se contaban, y cuyos indicios se traslucían hasta en público, pudo tal vez aquella augusta señora influir en el ánimo de su esposo, alentando su predisposición á la renuncia.

La renuncia, pues, no sorprendió á los que seguían atentamente la marcha de la política.

Por acuerdo común de ambos Cuerpos Colegisladores se reunieron aquella misma tarde en el Congreso los senadores y los diputados para formar una sola Asamblea, y nos contaba un amigo, que fué para él un momento solemne el de ver entrar al Senado, precedido de sus maceros, en el salón de sesiones del Congreso. «Entonces—decía el amigo indicado—nos dimos cuenta de la gravedad de las circunstancias y de que en aquellos momentos no sabíamos lo que iba á ser del país. Aunque tarde, nos convencimos de que se había equivocado el General Prim. Esas frases de fino pero irónico humorismo que D. Juan Valera suele dejar escurrir en la con-

versación de amigos íntimos juzgando los actos personales de tan efímera monarquía, han tenido desgraciadamente su justificación.»

La Asamblea nacional encargó á Castelar la redacción del mensaje de contestación al Rey, y al poco rato lo leyó el autor, mereciendo la aprobación de todos.

Se presentó una proposición, no de muy correcto estilo, como verá el lector, firmada por Pi y Margall, los dos Salmerones (D. Nicolás y D. Francisco), Figueras, Molina y Fernández de la Cuevas, en que se decía lo siguiente: «La Asamblea nacional reasume todos los poderes, y declara como forma de gobierno de la nación la República, dejando á las Cortes Constituyentes la organización de esta forma de gobierno.»

Tras breve discusión, fué aprobado por 258 votos contra 32, votando en pro Becerra, Martos, Escosura, Duque de Veragua, Marqués de Sardoal, Puigcerver, Canalejas (D. Francisco de Paula), Echegaray, Primo de Rivera, Marqués de Benamejí y Romero Girón.

Puesto á votación el nombramiento del Poder Ejecutivo, quedó constituído en la forma siguiente: Presidente, Figueras; Estado, Castelar; Gobernación, Pi y Margall; Gracia y Justicia, Nicolás Salmerón; Hacienda, Echegaray; Guerra, General Córdova; Marina, Beránger; Fomento, Becerra, y Ultramar, Francisco Salmerón.

Se suspendió la sesión á las dos y media de la madrugada del día 12, reanudándola á las tres de la tarde para la votación de Presidente de la Asamblea, siendo elegido Martos por 222 votos contra 20 de Rivero. Éste había perdido ya su prestigio personal.

Al reunirse en una Asamblea general los dos Cuerpos Colegisladores, Rivero, Presidente del Congreso, por tener más edad que Figuerola, Presidente del Senado, quedó presidiendo la Cámara única, y poseído de la posición en que las circunstancias le habían colocado, quiso realizar un acto que le ocasionó las censuras de sus compañeros. Leída la renuncia de

Don Amadeo, los ministros abandonaron el baneo azul, y Rivero les dijo: «Señores ministros anteriores: en nombre de la patria, en nombre de la Asamblea nacional, os mando que os bajéis á vuestro banco á desempeñar las funciones de Gobierno.» Protestaron Ruiz Zorrilla y Martos, alegando que ellos habían entregado el Poder á las Cortes, y habiendo dicho Rivero con el tono autoritario que le era característico: «Mando á los señores ministros que bajen á su banco», Fernández de las Cuevas preguntó: «¿Quién le ha dado al Presidente la dictadura?» Y Rivero tuvo que callar.

La última sesión de las Cortes de Don Amadeo de Saboya, comenzó el lunes 10 de Febrero de 1873, á las dos y cuarto de la tarde, se suspendió á las nueve de la noche; continuó á las tres de la tarde del día 11, para dar cuenta de la renuncia del Rey y proclamar la República; se volvió á suspender á las nueve y cuarto, abriéndola á las doce de la noche; otra suspensión á las dos y media de la madrugada del 12; continuación á las tres de la tarde; y terminó la sesión permanente, no ya como Congreso, sino como Asamblea nacional, á las ocho de la noche del mencionado día 12 de Febrero de 1873.

El Congreso, reflejo fiel de los sentimientos del país, no demostró pesadumbre por la ausencia de Don Amadeo, ni entusiasmo por la proclamación de la nueva forma de gobierno; ni aquél dejaba gratos recuerdos, ni ésta ofrecía esperanzas halagüeñas.

*
* *

Por un lado, los descontentos; por otro, las conspiraciones alfonsinas, y por otro la guerra carlista, habían creado en España un estado de intranquilidad y de zozobra imposible de describir. El ministro de Estado (1), queriendo calmar los ánimos, un tanto decaídos, de los representantes del país, afirmó solemnemente (2) que no existía indis-

(1) Castelar.
(2) 22 Febrero 1873.

ciplina en el Ejército y que el Gobierno estaba resuelto á mantener el orden. «Yo no era ciertamente ministro—decía,—yo no tenía parte directa ni indirecta en la situación que ha pasado, y cuando algunos de mis correligionarios acudieron á las armas, yo les dije en momento decisivo y solemne: «Si esa sublevación triunfara, estaría entre los vencidos, porque me encuentro resuelto á mantener con todas mis fuerzas el principio de autoridad y de legalidad dentro de la democracia y de la República. Si esto hice yo en la oposición, cuánto no estaré decidido á hacer en el Gobierno, en este Gobierno en que tengo una inmensa responsabilidad material ante mi Patria, ante la Europa, ante la conciencia humana, ante la Historia.»

El lector comprenderá que cuando Castelar hizo estas declaraciones, es porque tenía necesidad de hacerlas y que el estado de opinión de la política le obligaba á ello. Pero no resulta esto lo más grave, sino que dentro del propio Gobierno no había unidad de miras y, por lo tanto, tuvo que presentar la dimisión en 24 de Febrero.

Componían el Ministerio hombres del partido radical y hombres del partido republicano, resultando de esto una discrepancia de criterio en ciertos asuntos que hacía no ya difícil, sino imposible, su continuación en el poder.

Aquel día, mejor dicho aquella noche, quedó nombrado el Ministerio en la forma siguiente: Presidente, Figueras; Estado, Castelar; Gobernación, Pi y Margall; Hacienda, Tutau; Gracia y Justicia, Salmerón (Nicolás); Guerra, Acosta; Marina, Oreiro; Fomento, Chao, y Ultramar, Sorní (1).

Este Ministerio era esencial y genuinamente republicano, quedando, por lo tanto, el partido radical, el partido republicano nuevo, excluído del Gobierno. ¿Por qué? Martos lo explicó en su discurso de 8 de Marzo.

---

(1) Llamaban á este Ministerio el de *los pájaros* por la onomatopeya que resultaba pronunciando de cierto modo el apellido de algunos Ministros. Tu-tau, Tu-tau... Sor-ní, Sor-ní... Pi, Pi, Pi... Chao, Chao, Chao.

«Yo sé que es pensión de los partidos políticos lo que suele llamarse ingratitud, mal llamada ingratitud, porque este es un movimiento natural en la vida de los partidos; todo partido que nace y que llega al Gobierno auxiliado por otro partido, tan pronto como puede aspira al exclusivo dominio del gobierno, no tanto porque los hombres aspiren por sí propios á los beneficios del poder, sino porque es natural y justo y legítimo que aspiren los partidos á la completa posesión, por sus ideas, de las esferas del poder; así es, señores, que aquello que resulta ingratitud para los unos, es ley de natural expansión y de legítimo desarrollo en su movimiento de vida con los otros; y de esta suerte, nosotros, los antiguos *cimbrios* (1), de los cuales apenas queda ya tristísima memoria, nosotros fuimos ingratos con la antigua *Unión liberal*, ingratos para con ella, lógicos para con nosotros mismos; y ahora, el antiguo partido republicano aparece ingrato para con nosotros, lógico para consigo propio; sólo que aquí la lógica y la ingratitud han aparecido demasiado pronto.»

No puede exigirse crítica más imparcial.

Y por esto se formó el Ministerio homogéneo, de que hemos dado cuenta anteriormente; pero, no contando con una mayoría propia y segura, presentó un proyecto de ley para disolver la Asamblea nacional, convocando Cortes Constituyentes, que habían de reunirse con fecha 1.° de Mayo. Esto no le gustó á la Comisión nombrada para dictaminar, y no fijó plazo á la apertura de Cortes, sino que lo dejó á la iniciativa de la Asamblea, para cuando estimase *que las elecciones pudieran verificarse en condiciones que quedase garantida la libertad del sufragio*. Primo de Rivera presentó un voto particular, fijando el plazo en 1.° de Junio, y admitido por el Gobierno, fué aprobado en 11 de Marzo, merced á los votos que le otorgó el partido radical, por no crear obstáculos, sin embargo de haber hecho declaraciones importantes, por boca de Martos, res-

(1) Radicales.

pecto á la disparidad de criterio que separaba á radicales y republicanos.

Martos hizo renuncia de la Presidencia de la Cámara; las discusiones no iban bien encauzadas; los grupos parlamentarios aparecían sin rumbo fijo; los espíritus díscolos aprovechaban todas las ocasiones para producir desorden, y el Gobierno había perdido su prestigio, de tal suerte, que el Presidente del Poder Ejecutivo, D. Estanislao Figueras, hubo de decir (1), á proposito de una proposición sobre suspender inmediatamente las sesiones:

«Creo que está en el ánimo de todos los señores. representantes que forman la Asamblea, lo que voy á decir. El Gobierno no puede vivir en perpetua crisis, y en perpetua crisis vive, por causas que todos los señores representantes conocen; el Gobierno necesita unidad de acción, necesita gran rapidez y energía como medio de gobernar; cree el Poder Ejecutivo que tiene necesidad absoluta de que esta proposición sea tomada en consideración y luego aprobada. No extrañarán, pues, los señores representantes que el Gobierno haga de esta proposición cuestión de gabinete; de suerte que, si no es tomada en consideración, ó siéndolo, es después rechazada, se retirará inmediatamente de este sitio.»

Como no había quien se encargase de formar Ministerio en aquellas difíciles y azarosas circunstancias, la Asamblea concedió á Figueras lo que pedía, y después de aprobar la ley suprimiendo las matrículas de mar, la abolición de la esclavitud en Puerto Rico y el nombramiento de una Comisión permanente, compuesta de la Mesa y veinte individuos representantes de todas las fracciones políticas, se suspendió la Asamblea nacional, á dos de la madrugada del 22 de Marzo de 1873, al grito de ¡Viva la República!, lanzado por Milans del Bosch.

---

(1) 22 Marzo.

Las Constituyentes de la República.—Desunión de los republicanos.—La abnegación de Castelar.—El 3 de Enero de 1874.

El día 1.° de Junio de 1873 se abrieron las Cortes Constituyentes de la República, leyendo el Presidente del Poder Ejecutivo (1) un discurso que rompió la fórmula de este linaje de documentos, puesto que, en vez de exponer los propósitos del Gobierno para en lo sucesivo, explicaba su gestión durante el interregno parlamentario, depurando las causas ocasionales de los actos políticos del Ministerio. Así, hablando de la Comisión permanente de que se ha hecho mención en el capítulo anterior, decía:

«La ley de convocatoria (2) fué votada, y el Gobierno se consagró por completo al cumplimiento estricto de la ley. Pero quedó una Comisión permanente, sin otra facultad que convocar la Asamblea en circunstancias extraordinarias, y desde el primer día, sin otro propósito ni otro pensamiento que aplazar las elecciones, desconociendo los artículos constitucionales, y barrenando una ley dada pública y solemnemente por las Cortes. Así es que en el largo litigio entre el Gobierno y la Comisión, el Gobierno representó siempre la legalidad. Y la Comisión se creyó á sí misma toda la Cámara, cuando en realidad no tuvo nunca el pensamiento de sus fundadores tanta y tan desmedida importancia.

»La única facultad de la Comisión permanente era convocar la Asamblea, y aun esta facultad no tenía carácter discrecional; estaba sometida á condiciones restrictivas; no podía la Comisión convocar la Asamblea sino en circunstancias extraordinarias. La hora de reunir los comicios se acercaba. La soberanía del pueblo iba á dar su fallo inapelable. Y en estos momentos la Comisión se congrega; pretende aplazar las elecciones; reunir la Asamblea en el mismo día de la convocatoria, sin ninguna previa formalidad, sin ningún aviso á los dipu-

(1) Figueras.
(2) Para las Cortes Constituyentes.

tados ausentes; da mandos militares fuera de su autoridad y de su competencia, al mismo tiempo que la Milicia Nacional, citada á espaldas del Gobierno, se reúne en actitud hostil, prorrumpe en gritos amenazadores, dispara sobre los soldados del Gobierno, y muestra que, en vez de buscar una solución, buscaba un conflicto.

»Nosotros vimos en aquel momento supremo, desde las alturas del poder, bajo el peso de nuestra responsabilidad, tremendas batallas en las calles de Madrid; nueva indisciplina en el Ejército; la guerra civil del Mediodía sumada á la guerra civil del Norte; las ciudades en rebelión; las provincias disgregadas; las Juntas revolucionarias, que tanto nos costara disolver, renacidas; la Patria amenazada de desmembración; la libertad de dictadura, y resueltamente nos decidimos á disolver la Comisión en nombre del respeto debido á la voluntad de la Asamblea, en defensa de la soberanía popular.»

Puntos de semejanza tuvo la suspensión de la Comisión permanente, con lo que se llama golpe de Estado, pero el Gobierno demostró con aquel acto que tenía las suficientes energías para oponerse á toda presión, de cualquier fuerza que procediese, aun á trueque de perder su popularidad.

Por eso dijo Castelar otro día (1):

«Aquí se nos ha tachado, dirigiéndose casi exclusivamente á mí, de conservadores. No me extraña la tacha; hace mucho tiempo que yo la esperaba, y no la temo.

»¿Cómo el que ha estado por espacio de veinte años delante de poderes antiguos, tan gloriosos, tan fuertes como la Monarquía, como la teocracia, como la nobleza, oyéndose llamar demagogo sin temor alguno, ha de temer ahora que las impaciencias juveniles le llamen conservador y reaccionario? *(Aplausos.)*

»No temo la palabra, estoy acostumbrado á luchar con los fuertes, y si los fuertes son ahora las pasiones revolucionarias,

(1) 21 Junio.

con las pasiones revolucionarias lucharé; que no me ha dado la Naturaleza la palabra para ser cortesano de ningún ciego y desatentado poder. *(Aplausos.)*

»Hace diez y seis años decía yo en una lección del Ateneo, terminando un curso, á la juventud que me escuchaba: ¿Sabéis cuál es mi deseo? Pues mi deseo es que la generación que viene me llame conservador, y que la generación que ha de venir en pos de esta, cuando yo sea viejo, me llame reaccionario. Con esto demostraba yo que tenía fe en el progreso humano y en el cambio de las ideas; porque si soy conservador, si soy reaccionario, yo me examino, y yo no me encuentro cambiado. Demócrata era y democrata soy; federal era y federal soy. Y tengo que decir que hoy me parecen tan pequeños los poderes antiguos, tan mezquinas las ideas reaccionarias, que creo imposible toda restauración. No temo que la República perezca por las asechanzas de sus enemigos, mientras temo mucho que se pierda por las imprudencias y por la temeridad de los republicanos.» *(Aplausos.)*

En seis días quedó constituído el Congreso: el 7 se votó el Presidente, que fué elegido D. José María Orense, y se designó como foma de gobierno la República democrática federal.

Presentó el Ministerio la dimisión, á fin de que, constituído el Congreso, éste eligiera el que conceptuara más á propósito, y se acordó encargar á Pi y Margall que propusiese los individuos que habían de formar el Poder Ejecutivo. Don Francisco cumplió el encargo, y presentó, á las nueve de la noche del día 8, los nombres de los sujetos que creía más adecuados para formar el Gobierno, en esta forma: Presidencia y Gobernación, él mismo; Estado, Cervera; Gracia y Justicia, Pedregal; Guerra, Nicolás Estébanez; Fomento, Palanca; Hacienda, Carvajal; Marina, Oreiro, y Ultramar, Sorní.

Pedregal, Cervera y Palanca no eran hombres conocidos de la generalidad, en aquella época, y fueron puestos en tela de juicio por sus compañeros de representación parlamentaria.

Del primero se dijo en sesión que no tenía otros méritos que ser, en su provincia (1), un abogado notable y un buen padre de familia. Daba la circunstancia de que, como se había averiguado, en los centros políticos y redacciones de periódicos, los nombres de los ministros que proponía D. Francisco, algún chusco hizo fijar en las esquinas de las calles de Madrid grandes carteles en que se leía esta pregunta: *¿Quién es Pedregal?* De esto se habló en el Congreso; varios diputados bromearon sobre la escasa importancia política de los ministros que proponía Pi y Margall, y vióse obligado el autor á retirar su propuesta. En su vista, pasó el Congreso á votar el nuevo Ministerio, obteniendo el siguiente resultado: Presidencia y Gobernación, Pi y Margall; Guerra, Estébanez; Ultramar, Sorní; Estado, D. José Muro; Marina, D. Federico Anrich; Gracia y Justicia, D. José Fernando González; Hacienda, don Teodoro Ladico, y Fomento, D. Eduardo Benot.

Tan desconocidos como Pedregal resultaban algunos de estos señores, pero como la institución política era nueva, nuevos tenían que ser los individuos que se hicieran cargo del poder en los primeros momentos, y casi se entregaba al azar la elección de las personas que compusieran el Gobierno, abrigando muchos de los diputados el temor de que no tuvieran acierto en la práctica los que en la teoría hubiesen conquistado el beneplácito de sus compañeros de café y de tertulia.

Además, no tenían confianza unos en otros; Pi y Margall lo dijo bien claro, al exponer su programa en la sesión de 13 de Junio (2):

«Antes de venir al Parlamento, había ya presumido que el partido republicano se dividiría en fracciones; pero no pude jamás calcular que se dividiera antes de que se discutieran las altas cuestiones políticas ó las económicas, que son tan graves como las políticas. No comprendo, francamente, que cuando no

(1) Oviedo.
(2) 1873.

hemos tocado todavía ninguna cuestión importante, cuando no hemos examinado ninguna de las bases sobre que hemos de asentar la constitución definitiva de la República, estemos ya divididos, y haya cierto encarnizamiento entre los unos y los otros, como si se tratara, no de hijos de una misma familia, sino de grandes é implacables enemigos.»

Esto era de fatal augurio para que prosperase la nueva forma de gobierno.

D. José María Orense, de suyo quisquilloso, cierto día, que se levantó de mal humor, hizo renuncia de la Presidencia de la Cámara, viniendo á ocupar su puesto D. Nicolás Salmerón.

El Ministerio últimamente nombrado duró poco, y en uso de las facultades que la Cámara había conferido (1) á Pi y Margall, Presidente del Poder Ejecutivo de la República, don Francisco admitió las dimisiones que los Ministros le habían presentado, y nombró (2) en su reemplazo: á D. Eleuterio Maisonnave para Estado, á D. Joaquín Gil Berges para Gracia y Justicia, al General D. Eulogio González para Guerra, á don Federico Anrich para Marina, á D. Ramón Peréz Costales para Fomento, á D. Francisco Suñer y Capdevila para Ultramar, y á D. José Carvajal para Hacienda.

Explicó Pi y Margall la crisis (3) manifestando que los ministros dimisionarios habían creído advertir en la Cámara síntomas de falta de confianza política, y que, impelidos por un exceso de delicadeza, habían rehusado continuar desempeñando sus carteras; y confesó, también el Presidente que en la formación del nuevo Ministerio esquivó solicitar el concurso de los diputados de la extrema izquierda, porque habiendo votado en contra al concedérsele la autorización mencionada en 21 de aquel mes, suponía que no iban á revocar su opinión.

(1) En 21 de Junio de 1873.
(2) 28 Junio.
(3) 28 Junio.

Declaró D. Francisco que su programa estaba reducido á dos palabras: *orden y progreso*; «pero—decía dirigiéndose á los diputados amigos—si en vez de estar entretenidos en miserables cuestiones personales, no os eleváis á la alta esfera de los principios y buscáis en vuestro patriotismo y amor á la República los grandes medios que deben conduciros á consolidarla y establecerla para siempre, los esfuerzos del Gobierno serán completamente estériles.»

Los republicanos todos desoyeron el llamamiento que les hiciera aquel ilustre y honrado patricio, y los tristes presagios que Castelar les había anunciado llegaron á confirmarse poco tiempo después.

Pi y Margall no se pudo sostener en el Gobierno, y eso que anduvo buscando el apoyo de la izquierda republicana, como él mismo se determinó á declarar en una sesión. Nombrado en 11 de Junio, se ve obligado á dimitir el 18 del mes siguiente, teniendo que hacer confesión de su falta de carácter y del poco prestigio que entre los republicanos merecía, reconociéndole todos, sin embargo, un talento profundo, una ilustración asombrosa y una honradez acrisolada.

Veamos el documento que presentó á las Cortes haciendo renuncia del Poder:

«Por decreto de las Cortes de 21 de Junio último, se me autorizó para resolver por mí mismo las crisis que ocurriesen en el Ministerio que presidía. Ha llegado el caso de hacer uso de esta autorización, y no he podido resolver la presente crisis con arreglo á lo que me prescribían mi razón y mi conciencia. Entendía yo que, dada la gravísima situación del país y los grandes peligros que amenazan la República y la Patria, sólo era posible un Ministerio en el que, aunadas en un sentimiento común todas las fracciones de la Cámara, cupiese á hacer frente á las necesidades de la guerra y á contener el movimiento de disgregación que ha empezado en algunas provincias. No me ha sido posible realizarlo. Poco afortunado para llevar á cabo mi pensamiento, que después de todo puede ser

desacertado; blanco en las mismas Cortes, no ya de censura, sino de ultrajes y calumnias; temeroso de que por querer sostenerme en mi puesto se me atribuyera una ambición que nunca he sentido, y se comprometiera, tal vez, la causa de la República, renuncio, no sólo la autorización para resolver la crisis, sino también el cargo de Presidente del Gobierno, á fin de que las Cortes, descartada mi persona, que ha tenido la desgracia de excitar en ella tan vivas simpatías como profundos odios, puedan constitutir tranquilas un Gobierno capaz de remediar los males presentes y conjurar los futuros. Madrid, 18 de Julio de 1873.—*Francisco Pi y Margall.*»

Las Cortes eligieron, en esta última fecha citada, á D. Nicolás Salmerón por 119 votos contra 93 que obtuvo Pi y Margall; de suerte que las fuerzas estaban divididas, y que, una vez descartado Figueras, con su fuga á Francia, quedaban en el Parlamento haciéndose la guerra, guerra encarnizada como decía el ministro dimisionario, Salmerón, Castelar y Pi y Margall. Habían olvidado el adagio francés *l'union fait la force.*

Salmerón nombró Ministro de Estado á D. Santiago Soler y Plá, de Gracia y Justicia á D. Pedro José Moreno Rodríguez, de Guerra al General González Iscar, de Marina á Oreiro, de Gobernación á Maisonnave, de Fomento á D. José Fernando González, de Hacienda á Carvajal y de Ultramar á don Eduardo Palanca.

Respecto de estos cambios de Gobierno, decía Esteban Collantes (1):

«Hay en España otra desgracia muy grande para los hombres públicos, y es cuando se forman Ministerios no estando conformes los ministros en un sistema cualquiera; porque en ese caso, el asistir á los Consejos de ministros es el mayor tormento en que se puede encontrar un hombre. Para gobernar á los pueblos se necesita tener un sistema, y los que lo tienen

(1) 4 Julio 1873.

dentro de su cabeza, y tienen corazón para realizarle, consideran el Poder como una gran cosa. Lord Palmerston (ya difunto), Thiers, Guisot, Bismark, que son ó han sido la gloria de Europa, no abandonan el Poder á tres tirones. La carga es pesada, pero es honrosísima, y todo el mundo la lleva con gusto.

»Lo que sucede donde hay verdaderos gobiernos y verdaderos hombres de Estado, es que alguna vez se retiran de la vida pública, y el que se retira lo hace formalmente; y no como aquí, que cuando dicen que se retiran es que se esconden, porque las cosas no van bien para sus intereses, y luego vuelven á aparecer cuando les conviene (1).

»Yo he sostenido en otras ocasiones, y repito ahora, que no nos faltan oradores insignes, ni literatos, ni hombres de Estado como los que tienen otras naciones; lo que aquí nos falta es lo que el Sr. Castelar apetece: orden, quietud, reposo. En lugar de ser una especie de diluvio, como lo están siendo, las ideas y las opiniones, y la agitación de esas mismas opiniones, lo que debéis pedir es un Gobierno que dure diez años, que ese Gobierno os traerá paz, tranquilidad, Ejército y Hacienda; pero si en lugar de esto hay un Ministerio que dure ocho días, por más que se formase de las personas más ilustradas y más sabias, ese Ministerio no podrá ser otra cosa que la desdicha de nuestro país. Esto lo he predicado muchas veces, no sólo á mi propio partido, sino á los partidos de oposición.»

Las atinadas observaciones de Esteban Collantes no sirvieron para nada: el árbol estaba torcido y ya no era tiempo de enderezarle. El 5 de Setiembre presentó Salmerón la renuncia del Poder Ejecutivo, diciendo en un mensaje á las Cortes: «No creyéndome en las graves circunstancias presentes con la representación adecuada á las imperiosas exigencias

(1) Se refería á Figueras, que al dimitir la Presidencia del Poder Ejecutivo, en Junio anterior, se marchó á Francia; caso que le censuraron sus mismos correligionarios.

de la opinión pública para salvar la situación que el país atraviesa, cumplo el deber de resignar ante las Cortes Constituyentes el cargo de Presidente del Poder Ejecutivo que se dignaron conferirme en 18 de Julio último.»

Y en vista del doble fracaso de Pi y Salmerón, las Cortes eligieron en 6 de Setiembre á D. Emilio Castelar por 133 votos contra 67 de Pi. Con el cambio de Gobierno, entraron: en Marina, Oreiro; en Hacienda, Pedregal (que ya averiguamos quién era, y resultó un buen hacendista); en Gobernación, Maisonnave; en Fomento, Gil Berges; en Ultramar, Soler y Plá, y en Guerra, interinamente, el de Marina, reemplazándole en propiedad, dos días después, el General D. José Sánchez Bregua.

Castelar, con objeto de poder dedicarse á la reorganización del país, suspendió las sesiones de Cortes en 20 de Setiembre, prometiendo abrirlas en 2 de Enero de 1874.

Las sesiones de esta época carecen ante el lector del atractivo que tenían las Constituyentes de 1869, donde Moret, Montero Ríos, Echegaray, Cánovas del Castillo, Figuerola, Posada Herrera, Sagasta y Martos, para quienes el Parlamento se había cerrado, supieron enaltecer en alto grado la tribuna española. La gente nueva, desconocedora de los resortes de la polémica, pero tenaces en hacerse oir, no consiguieron interesar con su obstruccionismo intransigente y su carencia de sentido práctico.

Entre los diputados nuevos figuraban, con otros que no recordamos, Aniano Gómez y Diego López Santiso. Aquél era un obrero de Béjar, de regular ilustración, y que entre sus compañeros de taller había adquirido fama de orador. Se expresaba correctamente y con cierta facilidad, pero no se atrevió en el Parlamento á pronunciar discursos largos ni á intervenir más que en cuestiones incidentales y breves. Aniano Gómez vino con grandes ánimos, que se redujeron considerablemente al entrar en el salón de sesiones. Consiguió llamar la atención por su aspecto físico, pues se presentó en el Congre-

so con traje de obrero y una melena desgreñada bastante larga, lo que le daba cierto aspecto de republicano rojo francés de 1848.

Santiso valía más. Era dueño de una tienda de comestibles establecida en la plaza de Antón Martín, esquina á la calle de la Magdalena; á una cultura administrativa bastante completa, unía un talento natural muy desarrollado, y muchos grados de sindéresis para juzgar las cuestiones que se discutían en la Asamblea; pero era un díscolo como Ríos y Rosas, y tenía el prurito de hacer á todo la oposición.

Hasta las eminencias que ocuparon la silla presidencial parece que se achicaron al subir á aquel alto y honroso puesto, y escatimaron las frases ingeniosas, las sutilezas y hasta los donaires que en otro tiempo derrocharon Presidentes como Argüelles, en 1836; Olózaga, en 1842; Cortina y D. Pedro José Pidal, en 1843; Castro y Orozco, en 1844; Mon, en 1847; Mayans, en 1851; Martínez de la Rosa, en 1852; Madoz, en 1854; Bravo Murillo, en 1858; Ríos y Rosas, en 1863; el Conde de San Luis, en 1868; Rivero y Ruiz Zorrilla, en 1869, y Martos, en 1873, durante el funcionamiento de la Asamblea nacional (1).

Hubo en estas Cortes falta de dirección y, por lo tanto, desorden; poca oportunidad en la presentación de asuntos y en la discusión de éstos, olvidando ó desconociendo quizá lo que había sucedido por idéntica causa en las Constituyentes de 1854 á 1856. El mismo O'Donnell llegó á confesar en el Senado que las Cortes *del bienio,* como se las llamaba, pudieron haber dado un resultado satisfactorio para el país si hubieran tenido una buena dirección.

Aquí, en España, que estamos obsesionados por todo lo francés, bueno ó malo, con tal de que venga del otro lado del Pirineo, no hicimos en esta época sino copiar servilmente,

(1) Ocuparon la Presidencia de las Constituyentes de la República Orense, Salmerón y Castelar.

por efecto de las circunstancias, lo que había sucedido en París cuando la Revolución de 1848: Castelar fué nuestro Lamartine; los cantonales hicieron á maravilla el papel de los rojos, y el General Pavía el de Napoleón III, aunque de reducidas proporciones y en una modestísima esfera.

Pero estas consideraciones son ajenas á nuestro ministerio de cronista; volvamos, pues, á seguir el hilo de la narración.

La situación del país aparece descrita con propiedad en el mensaje que leyó á las Cortes Castelar, al abrirse la sesión del 2 de Enero de 1874, para dar cuenta á la Asamblea de la conducta del Gobierno en el interregno parlamentario:

«En el funestísimo período—decía—en que una parte considerable de la nación se vió entregada á los horrores de la demagogia; dividiéndose nuestras provincias en fragmentos donde reinaba todo género de desórdenes y tiranías, las Cortes ocurrieron al remedio de este grave daño creando poderes vigorosos y fuertes.»

Se refería Castelar á la insurrección cantonal, que á la sazón no había terminado; en otro párrafo lo confirma, lamentándose del hecho:

«Desgraciadamente, la criminal insurrección, que ha tendido á romper la unidad de la Patria, esta maravillosa obra de tantos siglos, apoderándose de la más fuerte entre todas nuestras plazas (1), del más provisto entre todos nuestros arsenales, de los más formidables entre todos nuestros barcos de guerra, mantiene al abrigo de inexpugnables fortalezas su maldecida bandera, que todavía extiende sombras de muerte sobre el suelo de la República y esperanzas de resurrección en las pasiones de la demagogia. La falta de tropas y de recursos ha retardado la toma de la plaza, que no puede menos de caer pronto á los pies de esta Asamblea, si se tiene en cuenta la actividad y la pujanza de los sitiadores, el decaimiento y la penuria de los sitiados.

(1) Cartagena.

»Este sitio (1) ha apenado á la nación por sí y por la directa complicidad que ha tenido con el aumento de las fuerzas carlistas y con los progresos de sus numerosas partidas. Mientras los cañones separatistas disparaban sus balas al pecho de nuestro Ejército, casi le herían por la espalda las huestes rebeladas en armas contra la civilización moderna, y en tanto número esparcidas por los antiguos reinos de Valencia y Murcia. La guerra carlista se ha agravado de una manera horrible: todas las ventajas que le dieron la desorganización de nuestras fuerzas, la indisciplina de nuestro Ejército, el fraccionamiento de la Patria, los cantones erigidos en pequeñas tiranías feudales, la alarma de todas las clases y las divisiones profundísimas entre los liberales, ha venido á recogerlas y á manifestarlas en este adversísimo período.

»Las Provincias Vascongadas y Navarra se hallan poseídas casi por los carlistas, y las ciudades levantan á duras penas sobre aquella general inundación sus acribillados muros. El Maestrazgo se encuentra henchido de facciones; los campos de Aragón y Cataluña talados é incendiados, presa de esta guerra calamitosa, implacable; por todas partes, como si el suelo estuviera atravesado de corrientes absolutistas, se ven brotar partidas, mezcla informe de bandoleros y facciosos. Las consecuencias de los errores de todos se han tocado á su debido tiempo.»

Tan pesimista fué el espíritu que informó el mensaje, que allá, al final, quiso D. Emilio conceder una esperanza, y dijo que «la situación iba mejorando, porque los motines diarios habían cesado; los Ayuntamientos no se declaraban independientes del Poder central; las Diputaciones no se convertían en jefes de la fuerza pública, y que nadie se atrevía á despojar de sus armas al Ejército, ni éste las arrojaba para entregarse á la orgía y al desorden». Esto siempre era un consuelo.

Terminada la lectura del Mensaje, se presentó una proposi-

(1) El de la plaza de Cartagena.

ción firmada por Martín de Olías, Morayta y D. Francisco de Paula Canalejas (1), pidiendo al Congreso declarase haber oído con gusto las manifestaciones del Jefe del Gobierno. Fué tenazmente discutida por Corchado, Benítez de Lugo, Rubau Donadeu, D. Angel Torres y Labra, quienes pusieron á Castelar cual dijeran dueñas, tachándole de conservador, y dando á entender que había buscado alianzas con agrupaciones políticas que no eran partidarias de la República. En cambio, le defendieron abiertamente Gómez Sigura, Andrés Montalvo y Becerra, y, *sub conditione*, Romero Robledo, León y Castillo y Esteban Collantes.

Censuraron los de la izquierda republicana á Castelar porque, según ellos, se había excedido en el uso de las atribuciones que la Cámara le concedió para gobernar al cerrarse las Cortes, y en este sentido también acentuó su oposición D. Nicolás Salmerón, confesando, sin ambajes ni rodeos, que estaba en disidencias con el Presidente del Poder Ejecutivo.

Castelar contestó á todos en un discurso memorable, henchido de amargas quejas, y haciendo renuncia del poder:

«¡Quién me había de decir á mí—exclamaba,—que al cabo de tantos años, el Sr. Labra, monárquico dignamente hasta la última hora de la Monarquía, y ahora desinteresado republicano, había de venir á decirme que yo inspiro recelos á un partido por el cual he pasado toda suerte de amarguras, y he sido condenado á garrote vil por la tiranía de los Borbones! Grandes, grandes penas me han tocado en la vida pública; pero, francamente, no esperaba ésta.

»Yo no he sido nunca sospechoso al partido republicano en la oposición y en la desgracia; le soy sospechoso cuando el partido republicano tiene el Poder; cuando es el árbitro de la fortuna, de los tesoros de la Nación; cuando reparte todos los honores; y si aquí soy sospechoso, es porque le digo que él solo no puede salvar la República; que está hondamente divi-

(1) Nuestro antiguo profesor de Literatura en la Universidad.

dido y perturbado; es porque le digo la verdad, como se la dije á los Reyes, y porque le digo que él no gobernará como no condene enérgicamente y para siempre á esa demagogia. *(Señalando los bancos de la extrema izquierda.)* ¿Quién se extraña de que yo represente en el partido republicano el elemento conservador? Pues qué, ¿yo no he sido toda mi vida del elemento conservador por excelencia del partido republicano? ¿Ha tenido este carácter mío ni un solo día de eclipse? Veintidós años tenía; luchas se empeñaban entre *La Discusión* y *La Soberanía Nacional*. ¿Dónde estaba yo? Con el más moderado de aquellos periódicos, con *La Discusión*.

»Vino más tarde la lucha que ahora nos divide, la lucha que ahora nos separa, y en aquel gran debate, mientras unos republicanos se encontraban de parte de la utopia socialista, y prometían no sé qué edenes que no han podido traer á la tierra, á pesar de haber estado en el Gobierno (1), yo me encontraba liberal individualista defendiendo la propiedad, eminentemente conservadora.

.....

»Vino la República, no traída por los republicanos, que no tienen derecho á llamarse fundadores de la República; la República la trajeron los radicales. ¡Ah! Yo podría perder todas las memorias, pero no perdería nunca la memoria que está en el corazón, la memoria del agradecimiento.

»Así es, Sres. Diputados, que yo entré á formar parte, con grande satisfacción, de un Ministerio en que había elementos radicales; y la noche triste, la más triste de la República, la del 24 de Febrero, en que aquella coalición se rompió, yo le dije á la mayoría republicana con toda la sinceridad de mi carácter, con toda la vehemencia de mi palabra; yo le dije el abismo á que se arrastraba y á que arrastraba á la República. Y ya estamos en el fondo de ese abismo. Yo le dije que teníamos pocos hombres que pudieran representar grandes agrupa-

(1) Alude á Pi y Margall.

ciones; que estos hombres se gastarían muy pronto; que el Poder los había de desacreditar injustamente uno á uno, y que el día en que desaparecieran tres ó cuatro de estos hombres, como los pueblos latinos aman todavía las personificaciones antes que las ideas, el día en que estos tres ó cuatro hombres (1) estuviesen imposibilitados ó desacreditados, moriría con ellos la República.

»Pues ya estamos desacreditados todos. (*Unos Diputados gritan que no; otros que sí; voces, ruido, confusión. Castelar domina el barullo con su potente voz.*) Todos sin excepción. Meceos en vuestras ilusiones; somos más impopulares que los moderados, que los conservadores y que los radicales. ¿No veis que nuestra impopularidad está más reciente? ¿Que nuestros errores se tocan más de cerca? ¿Qué va á pasar á esta República que ha consumido sus dinastías de pensadores, sus dinastías de filósofos, sus dinastías de economistas, sus dinastías de oradores? ¿Dónde está el sucesor? ¿Dónde está el hombre que va á llevar sobre sus hombros la pesada carga de este monte Atlante que se llama la República?

. . . . . .

»El Sr. Labra me decía esta noche: ¿Por qué no habéis imitado la conducta del Rey Don Amadeo de Saboya, que se fué antes de violar los derechos individuales en España? El Rey Don Amadeo de Saboya procedió noblemente; pero, permítame el Sr. Labra que le diga que no le interesaba tanto España como á mí, y que él podía irse á otra tierra donde encontraría los huesos de sus padres; pero yo tengo que quedarme á morir, si es preciso, para que no perezca en nuestras manos, en manos de los republicanos, la salud, la integridad y la totalidad de la patria. (*Grandes aplausos.*) Yo me quedé, no solamente por republicano, me quedé por español.

. . . . . .

»¿A quién he engañado yo? ¿Qué fórmula no he planteado?

(1) Figueras, Pi y Margall, Salmerón y Castelar.

¿Os dirigíais á una esfinge ú os dirigíais á un repúblico que había dicho aquí todo lo que pensaba hacer? Dijo que pensaba restablecer la Ordenanza, y la restableció; que pensaba vigorizar la disciplina, y la vigorizó; que pensaba sacar con mano fuerte las reservas, y las sacó; que pensaba aplicar la pena de muerte, y la aplicó; que pensaba dar los mandos militares á los Generales de todos los partidos, y á los Generales de todos los partidos ha dado los mandos militares. ¿Quién puede decir que he sido desleal?

.....

»Si la República de mis ideas y de mis ensueños hubiera de realizarse, yo os aseguro que habría pocas repúblicas más hermosas en el mundo. Yo la pondría todas las preseas y todas las galas del arte; yo agotaría todos los medios de mi imaginación; yo haría una República en que todos los hombres practicaran todas las virtudes, y en que no hubiera más guerra que el trabajo, que al fin levantara el planeta como una hostia consagrada á Dios en la inmensidad de los cielos.»

(*Murmullos de aprobación.*)

Defendió con argumentos de hombre de Estado sus trabajos para reorganizar el Ejército y sus benevolencias en la cuestión religiosa, haciendo resaltar el espíritu eminentemente conciliador y práctico en que se había inspirado. Y terminó diciendo:

«Puesto que soy sospechoso al partido republicano, puesto que soy un dictador estéril, puesto que traigo los partidos enemigos de la República á este sitio, puesto que me he convertido en cometa sin órbita, yo os pido, ya que tratáis de sustituirme, que me sustituyáis pronto. Porque si algo me apena, es el poder, y si algo me halaga, es el retiro, en donde tendré la seguridad de haberos dado la paz y el orden posible; ¡y quiera Dios que os le conserve! Pero no os le conservará si no seguís mi política, porque mi política es la natural, y podréis maldecirla; no sustituirla. Ante la guerra, no hay más que una política: la política de la guerra.»

La única manera de restablecer el orden, resentido en los organismos todos de la nación, estaba en seguir los procedimientos iniciados por Castelar, y los que le combatieron más atendían á sus egoísmos personales ó de escuela que á los intereses de la patria. Aquella profesión de fe, conservadora dentro del espíritu democrático de la República; aquella valentía con que desafió Castelar, en la memorable noche del 2 de Enero, la impopularidad y el anatema de sus correligionarios, es un acto de sublime abnegación que merece consignarse con caracteres de oro en nuestra historia parlamentaria.

Desgraciadamente, las Cortes no se hallaban á la altura que exigía el estado del país: la guerra carlista en el Norte, la sublevación cantonal en el Mediodía, los alfonsinos conspirando, las arcas del Tesoro exhaustas, el Ejército indisciplinado, y, para colmo de desventuras, los filibusteros allende los mares alzados en armas contra la madre patria: en tal situación, únicamente la unión y el patriotismo de todos los republicanos podía salvar á España; unión y patriotismo de que teníamos ejemplo memorable en las Cortes de Cádiz. Figueras nos abandona en los momentos más críticos; Pi y Margall, que le sucede, se confiesa vencido; Salmerón, después, se atemoriza ante las dificultades que le interceptan el camino, y Castelar, el único que con instinto de gobernante supo hacer frente á las adversidades políticas que le rodeaban, obtuvo un voto de censura por la Cámara Constituyente (1).

Cuando vemos hoy en el monumento levantado á la memoria de Castelar la figura del ilustre tribuno en actitud de dirigir la palabra al Congreso, consagramos siempre un recuerdo cariñoso, como españoles, á la alteza de miras que guió sus discursos en aquella triste noche del 2 de Enero.

Aceptada la dimisión del Poder Ejecutivo á las cinco y cua-

(1) La proposición de Martín de Olías, de que hemos dado cuenta, y que constituía un voto de confianza á Castelar, fué desechada por 120 votos contra 100.

renta minutos de la madrugada del día 3 de Enero, se suspendió la sesión, á fin de que los señores diputados se pusieran de acuerdo para nombrar la persona que había de sustituir en el Gobierno á D. Emilio Castelar.

Cuando se reanudó la sesión á las siete menos cinco, ya tenían conocimiento los diputados de que el General D. Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque se había propuesto extender la sentencia de muerte de aquellas Cortes. Se sabía que la guarnición de Madrid preparaba un golpe de Estado; que el Duque de la Torre, en combinación con elementos del partido radical, y estimando que en el camino emprendido por la Asamblea no se conseguiría nunca la pacificación del país, quería disolver las Constituyentes y nombrar un Ministerio compuesto de los antiguos partidos que contribuyeron á la Revolución, con la base de la Constitución de 1869, aceptando la forma de gobierno republicana.

Pero las noticias no habían llegado claras y concretas á los oídos de los diputados, que discurrían por los pasillos ó descansaban en el salón de conferencias: unos consideraban los temores de la sublevación faltos de toda verosimilitud, atribuyéndolos á despecho de los amigos de Castelar; otros, los pesimistas, conceptuábanlo como hecho consumado, y suponían que las calles de Madrid estaban ya ensangrentadas por la lucha del Ejército contra el pueblo. De todas suertes, la intranquilidad, la zozobra se había apoderado del espíritu de los representantes de la nación, y con más ó menos confianza, con más ó menos sobresalto, los individuos de las distintas fracciones que componían la Cámara sentían esa comezón, ese malestar que presagia los grandes acontecimientos cuando las circunstancias vienen acumulando factores para producirlos.

Comenzó, como hemos dicho, la sesión á las siete menos cinco de la mañana, y acto continuo se procedió á la votación de Presidente del Poder Ejecutivo; pero al terminar ésta y cuando iba á procederse al escrutinio, Salmerón ocupó el sitial de la Presidencia, é interrumpiendo el acto, dijo, demostrando

en su acento el disgusto de que se hallaba poseído, pues su semblante, de común ceñudo, no dejaba entrever las impresiones de su espíritu:

—Señores diputados: hace pocos minutos que he recibido un recado del Capitán general de Madrid, por medio de dos ayudantes, para decirme que desalojara el local en un término perentorio, ó que, de lo contrario, lo ocupará á viva fuerza.

Las palabras, de Salmerón produjeron la protesta de todos, y la protesta el alboroto consiguiente que con gran trabajo pudo dominar la Presidencia.

Habiéndose suspendido el escrutinio, manifestó Castelar que debía proseguir como si nada ocurriera fuera de aquel recinto. «Puesto que todavía tenemos aquí la libertad de acción —decía,—continuemos el escrutinio, sin que por esto el Presidente del Poder Ejecutivo tenga que rehuir ninguna responsabilidad. Yo, señores, no puedo hacer otra cosa más que morir aquí el primero con vosotros. *(Aplausos y bravos.)*

—¿Hay armas?—preguntó Benot, el autor de *La Arquitectura de las lenguas*.—Vengan. Nos defenderemos.

—Que se destituya al General Pavía—dijo D. Eduardo Chao,—y que se le forme consejo de guerra.

—En este momento—contestó Sánchez Bregua levantándose (1),— voy á extender el decreto.

—Y que se lo lleve una comisión de varios diputados—añadió Canalejas.

—Eso no—se apresuró á decir Castelar.—No puedo consentir que al llevarle puedan exponerse...

—Venga el decreto—exclamó Chao, que tenía en su cara, habitualmente, un gesto parecido al de Salmerón.—Yo se lo llevo.

En esto apareció, sobresaltado, en medio del hemiciclo, el diputado D. Enrique Calvo, dando la triste noticia de que

---

(1) Era Ministro de la Guerra.

fuerzas militares habían entrado en el edificio, preguntando á los porteros dónde estaba el salón de sesiones.

Momento de confusión que se dominó rápidamente, ocupando los diputados sus asientos á excitaciones de Salmerón, que conservaba la serenidad; pero poco después penetró en el salón la fuerza armada, á la que apostrofaron los diputados con expresivas y enérgicas palabras.

—¡Qué vergüenza!—exclamó Castelar, juntando las manos, y se dirigió á la puerta de salida, seguido de los demás diputados.

Al ver esto el jefe de la fuerza militar, creyó innecesario insistir, y ordenó que los soldados se replegasen en la galería.

En aquel solemne momento se oyeron algunos disparos.

El reloj del salón de sesiones señalaba las siete y media de la mañana.

Por generación espontánea, quedó aquel mismo día constituído un nuevo Poder Ejecutivo de la República, con las siguientes personas: Presidencia, Serrano; Estado, Sagasta; Gracia y Justicia, Martos; Guerra, General Zabala; Marina, Topete; Hacienda, Echegaray; Gobernación, García Ruiz; Fomento, Mosquera, y Ultramar, Balaguer.

El día 8 de Enero de 1874 promulgó este Gobierno un decreto que decía así:

«La pública opinión, *sirviéndose del brazo providencial del Ejército*, ha disuelto las últimas Cortes Constituyentes. El país ha prestado á este acto su más unánime asentimiento; el Poder Ejecutivo de la República acepta toda su responsabilidad, y, en su consecuencia, decreta lo siguiente:

Artículo 1.° Se declaran disueltas las Cortes Constituyentes de 1873.

Art. 2.° El Gobierno de la República convocará Cortes ordinarias tan luego como, satisfechas las necesidades del orden, pueda funcionar libremente el sufragio universal.»

No habiendo, sin duda, podido quedar satisfechas las necesidades del orden, las Cortes no volvieron á abrirse hasta

el 15 de Febrero de 1876, en que Don Alfonso XII, sirviéndose también del brazo providencial del Ejército, vino á ocupar el Trono de España.

Concluyeron, por lo tanto, en 3 de Enero de 1874 las *Cortes de la Revolución*, cuyas crónicas quedan con este capítulo terminadas.

CARLOS CAMBRONERO

LOS AHORCADOS

IX

Horrible soledad.

Bajo el mismo techo y al mismo canto melodioso de las horas indiferentes, separado de Sergio y de Mussia por unas cuantas celdas vacías, pero tan aislado como si él solo hubiera existido en el universo entero, el desventurado Vassili Kachirín terminaba su vida en la angustia y el terror.

Bañado en sudor, con la camisa pegada al cuerpo, cayéndole en mechones los cabellos en otro tiempo rizosos, iba y venía por la celda con el paso irregular y lamentable de quien sufre atrozmente de las muelas. Sentábase un instante y volvía á ponerse á correr; luego apoyaba la frente en el muro, se detenía y buscaba con los ojos como un remedio. Había cambiado tanto, que podía suponerse que poseía dos rostros diferentes, uno de los cuales, el joven, se había ido no se sabe adónde, para ser reemplazado por el segundo, éste terrible y como salido de las tinieblas.

El miedo se había manifestado de golpe en él, apoderándose de su persona como dueño exclusivo y soberano. La mañana fatal, cuando iba á una muerte cierta, había jugado con aquél; pero por la tarde, encerrado en su calabozo, le había arrebatado y azotado con una ola de terror loco. Mientras ha-

bía ido libremente ante el peligro y la muerte, mientras había tenido su destino en sus manos, por terrible que hubiera de ser, habíase mostrado tranquilo y hasta alegre, desvanecido sin dejar vestigios su vergonzoso y caduco miedecillo en un sentimiento de libertad infinita, en la afirmación audaz y firme de su voluntad intrépida. Con el cuerpo ceñido por una máquina infernal, él mismo se había transformado en un instrumento de muerte, había adquirido la razón cruel de la dinamita y su poder fulgurante y homicida. En la calle, entre las gentes agitadas, preocupadas con sus negocios, que procuraban vivamente librarse de los tranvías y de los coches, parecíale venir de otro mundo desconocido donde se ignoraban la muerte y el miedo.

De pronto se había realizado un cambio brutal, enloquecedor. Vassili ya no iba donde él quería, sino que le llevaban donde querían otros. Ya no era él quien elegía su sitio; le metían en una jaula de piedra y le encerraban bajo llave, como una cosa. Ya no podía elegir á su antojo la vida ó la muerte; le conducían ciertamente, infaliblemente, á la muerte. Él, que que por un instante fué la encarnación de la voluntad, de la vida y de la fuerza, se había convertido en lamentable muestra de impotencia; ya no era más que un animal prometido al matadero. Sean cuales fueren las palabras que pronunciase, ya no le escucharían; si se ponía á gritar, le taparían la boca con una mordaza; y si se quería escapar, le agarrarían y le ahorcarían. Si se resistía, si forcejeaba, si se tiraba al suelo, serían más fuertes que él, le atarían y de ese modo le llevarían á la horca. Y su imaginación daba á los hombres parecidos á él y encargados de esa ejecución el aspecto nuevo, extraordinario y terrorífico de autómatas sin pensamiento, á quienes nada en el mundo podía detener; y que cogían, dominaban, colgaban por el cuello, tiraban de los pies á un hombre, cortaban la cuerda, metían el cadáver en un ataúd, se lo llevaban y lo enterraban.

Desde el primer día del encarcelamiento, las personas y la

vida se habían transformado para él en un mundo indeciblemente horroroso, poblado de muñecos mecánicos. Casi loco de miedo, trataba de representarse que las personas tenían lengua y hablaban; pero no lo conseguía. Las bocas se abrían, resonaba una cosa, luego se separaban *ellos* meneando las piernas, y se acabó.

A los ojos de Vassili Kachirín, condenado á muerte en horca, todo adquirió un aspecto pueril: la celda, la puerta con su ventanillo, el aparato sonoro del reloj al que daban cuerda, la fortaleza con sus techumbres esmeradamente modeladas; y, sobre todo, el muñeco mecánico provisto de un fusil, que iba y venía por el corredor, lo mismo que todos los muñecos que le espantaban mirando por el ventanillo y alargándole el alimento sin decir palabra.

Un hombre había desaparecido del mundo.

Ante el tribunal, la vecindad de los camaradas había hecho á Kachirín volver en sí. De nuevo, por un instante, vió á las personas: estaban allí, le juzgaban, hablaban el lenguaje de los hombres, escuchaban y parecían comprender. Pero cuando vió á su madre comprendió, con el terror de un hombre que enloquece y se da cuenta de ello, que aquella vieja con pañoleta negra era una simple muñeca mecánica. Se asombró de no haberlo sospechado antes y de haber esperado esa visita como algo infinitamente doloroso en su dolor desgarrador. Esforzándose en hablar, pensaba estremecido:

«¡Dios mío, si es una muñeca! ¡Una muñeca-madre! Y aquí un muñeco-soldado. En casa está un muñeco-padre. Y este es el muñeco-Vassili Kachirín.»

Cuando su madre se puso á llorar, Vassili encontró en ella algo de humano y que desapareció á las primeras palabras pronunciadas. Miró con curiosidad y espanto correr las lágrimas de los ojos de la muñeca.

Cuando el miedo se hizo insuperable, Vassili Kachirín intentó rezar. No le quedaba más que un rencor amargo, detestable y enervante contra todos los principios religiosos con

que habían alimentado su adolescencia en casa de su padre, notable comerciante. No tenía fe. Pero un día, en su infancia, oyó algunas palabras que le hirieron por su emoción vibrante, y quedaron circuídas para siempre de una aureola de dulce poesía. Estas palabras eran:

«¡Consuelo de los afligidos!»

A veces, en los minutos penosos, cuchicheaba sin rezar, hasta sin darse cuenta: «¡Consuelo de los afligidos!» Y entonces se sentía aliviado de pronto; dábanle ganas de acercarse á alguien á quien quisiera y condolerse dulcemente:

«¡Nuestra vida!... Pero, ¿esto es vida? ¡Ah! querida mía, pero ¿esto es vida?»

Y en seguida, al punto, se sentía ridículo; hubiera querido ofrecer su pecho á los golpes, proponer á alguien que le pegase.

No había hablado á nadie, ni siquiera á los camaradas, de su «consuelo de los afligidos»; él mismo parecía no saber nada de eso; tan profundamente oculto estaba en su alma. Lo evocaba rara vez, con precaución.

Ahora que el miedo al misterio insondable que se alzaba ante él le cubría por completo, como el agua recubre las plantas de la ribera durante la crecida, quería rezar. Le entraron ganas de ponerse de rodillas, pero le dió vergüenza ante el centinela. Y con las manos juntas sobre el pecho, murmuró en voz baja:

—¡Consuelo de los afligidos!

Y repitió con ansiedad, en tono suplicante:

—¡Consuelo de los afligidos, desciende hasta mí, sostenme!...

Algo se agitó suavemente. Le pareció que una forma dolorosa y dulce se cernía en lontananza y se apagaba, sin iluminar las sombras de la agonía. En la torre dió la hora. El soldado se puso á bostezar de largo, varias veces.

—¡Consuelo de los afligidos! ¡Callas! ¡Y no quieres decir nada á Vassili Kachirín!

Tuvo una sonrisa de súplica y aguardó. Pero en su alma había el mismo vacío que en derredor suyo. Se le ocurrieron ideas inútiles y atormentadoras; volvió á ver las velas de cera encendidas, el sacerdote con sotana, la santa imagen pintada en el muro; y á su padre que se encorvaba y se enderezaba, oraba y se inclinaba, echando á Vassili miradas furtivas para ver si éste rezaba también ó se distraía. Y Kachirín sintió aún mayor angustia que antes.

Todo desapareció.

La conciencia se apagaba como un hogar moribundo que se esparce; se helaba cual el cadáver de un hombre que acaba de morir y cuyo corazón está caliente todavía, cuando ya están fríos los pies y las manos.

Vassili tuvo un momento de terror salvaje, cuando fueron á buscarle al calabozo. Ni siquiera sospechó que había llegado el momento del suplicio; vió simplemente personas, y se asustó de ellas, casi como un niño.

—¡No lo haré más! ¡No lo haré más!—cuchicheaba sin que le oyesen.

Y los labios se le helaron mientras que retrocedía despacio hacia el fondo de la celda, como cuando en su infancia trataba de substraerse á los castigos de su padre.

—No hay más remedio que ir...

Hablaron, anduvieron alrededor de él, le dieron no supo el qué. Cerró los ojos, se tambaleó y empezó á prepararse trabajosamente.

Sin duda, recobraba la conciencia; de pronto pidió un cigarrillo á un funcionario. Éste le alargó la petaca con amabilidad.

X

Las murallas se derrumban.

El desconocido á quien llamaban Werner, era un hombre fatigado de la lucha. Había amado con pasión la vida, el tea-

tro, la sociedad, el arte, la literatura. Dotado de admirable memoria, hablaba perfectamente varias lenguas. Le gustaba vestir, tenía excelentes modales. De todo el grupo de los terroristas, era el único que sabía presentarse en el mundo sin correr el riesgo de ser reconocido.

Desde largo tiempo atrás, y sin que lo notasen sus camaradas, sentía hondo menosprecio por los hombres. Matemático más bien que poeta, ignoraba hasta entonces lo que son el éxtasis y la inspiración; había momentos en que se tenía por un loco que busca la cuadratura del círculo en charcos de sangre humana. El enemigo contra el cual luchaba todos los días no podía inspirarle respeto; sólo era una red compacta de necedades, de traiciones, de mentiras, de viles engaños. Lo último que en él había destruído y para siempre, á su parecer, el deseo de vivir, era la ejecución de un agente provocador por orden de su partido. Le había matado tranquilamente; pero á la vista de ese rostro humano, inerte, sereno, pero falso aún, digno de lástima á pesar de todo, cesó bruscamente de estimarse á sí mismo y á su obra. Se tuvo por el sér más indiferente, menos interesante que ha existido. Como hombre de voluntad que era, no dejó su partido; en apariencia continuó siendo el mismo; pero en lo sucesivo quedó en sus ojos algo de frío y de aterrador. No dijo nada á nadie.

También poseía una cualidad muy rara: ignoraba el miedo. Le daban lástima los camaradas que experimentaban ese sentimiento, Vassili Kachirín sobre todo. Pero era una lástima fría, una lástima de encargo.

Werner comprendía que el suplicio no era simplemente la muerte, sino algo más. En todo caso, resolvió recibirla con calma, vivir hasta el fin como si nada hubiera pasado ni hubiese de pasar. Sólo de ese modo podía poner de manifiesto su profundo desprecio al suplicio y conservar su libertad de espíritu. En el tribunal (sus compañeros, aunque sabedores de su intrepidez altiva y fría, quizá no lo hubieran creído ellos mismos) no pensó ni en la vida ni en la muerte; jugaba mon-

talmente una difícil partida de ajedrez, con la atención más profunda y más tranquila. Excelente jugador, comenzó esa partida el mismo día en que le pusieron preso, y la continuaba sin descanso. Y el veredicto que le condenaba no hizo cambiar de sitio ninguna pieza en el tablero invisible.

El pensamiento de que probablemente no acabaría la partida no detenía á Werner. En la mañana del día postrero, comenzó por corregir una jugada que no le había salido bien la víspera. Con las manos prietas entre las rodillas, permaneció largo tiempo sentado, inmóvil; luego se levantó y se puso á andar, meditando. Tenía una andadura muy particular; inclinaba un poco adelante lo alto del cuerpo y pisaba de talón con fuerza; hasta cuando la tierra estaba seca, sus pasos dejaban marcada huella. Silbaba suavemente una melodía italiana poco complicada, lo cual le ayudaba á reflexionar.

Pero de pronto se encogió de hombros y se tomó el pulso: el corazón latía con golpes repetidos, tranquilos é iguales, con una fuerza sonora. Como un novicio de la cárcel, examinó con atención la celda, los cerrojos, la silla atornillada á la pared, y se dijo:

«¿Por qué tengo tal sensación de alegría, de libertad? Sí, de libertad; pienso en la ejecución de mañana, y me parece que no existe. Miro á las paredes, y me parece que tampoco existen. Y me siento libre como si, en vez de estar en la prisión, acabase de salir de otra celda donde hubiera estado encerrado toda la vida.»

Las manos de Werner se pusieron á temblar, fenómeno desconocido para él. El pensamiento iba siendo cada vez más vibrante. Le parecía que en su cabeza se agitaban lenguas de fuego y querían escaparse del cerebro para alumbrar la lontananza aún obscura. Al cabo llegaron á brotar las llamas, y el horizonte se iluminó con viva claridad.

El vago cansancio que había atormentado á Werner durante los dos últimos años, había desaparecido á la vista de la muerte; su hermosa juventud volvía jugando. Y hasta era más

que la juventud. Con la pasmosa claridad de espíritu que eleva al hombre á veces sobre las más altas cimas de la meditación, Werner vió de pronto la vida y la muerte; y la majestad de ese espectáculo nuevo le hirió. Le parecía seguir una senda estrecha como el filo de una espada sobre la cresta de la montaña más alta. Por un lado veía la vida, y por el otro veía la muerte; eran como dos mares profundos, brillantes y hermosos, confundidos en el horizonte en una sola extensión infinita.

—Pero ¿qué es esto?... ¡Qué divino espectáculo!—dijo con lentitud.

Levantóse inmediatamente y se irguió, como si hubiera estado en presencia del Sér Supremo. Y anonadando las murallas, el espacio y el tiempo, por la fuerza de su mirada que lo penetraba todo, clavó la vista en lo más profundo de la senda que había abandonado.

Y la vida adquirió nuevo aspecto. No intentó traducir en palabras lo que veía, como en otros tiempos; por otra parte, no hallaba vocablos adecuados en todo el lenguaje humano, todavía tan pobre, tan avaro. Las cosas mezquinas, sucias y malas, que le infundían desprecio y á veces hasta asco al ver á los hombres, habían desaparecido por completo. Así les ocurre á quienes se elevan en globo: el fango y la suciedad de las calles estrechas son invisibles, y la fealdad se muda en belleza.

Con su movimiento inconsciente, Werner se fué á la mesa y apoyó en ella el codo derecho. Altanero y autoritario por naturaleza, nunca se le había visto una actitud más altiva, más libre y más imperiosa, ni semejante mirada, ni tal enderezamiento de cabeza; porque nunca había sido tan libre y tan poderoso como ahora, en aquella cárcel, en los umbrales del suplicio y de la muerte.

Ante sus ojos iluminados, los hombres adquirieron un aspecto nuevo, una belleza y un encanto desconocidos. Se cernía sobre el tiempo, y nunca le había parecido tan joven esa humanidad que, la víspera todavía, aullaba cual una manada de bestias silvestres en los bosques. Lo que hasta aquí le había

parecido terrible, imperdonable y vil, convertíase de pronto en conmovedor y sencillo; así hechizan en el niño la torpeza del audaz, el tartamudeo deshilvanado en que chispea el genio inconsciente, los errores y las equivocaciones risibles, los crueles golpes.

—¡Mis queridos amigos!

Werner se puso á sonreir, y su actitud perdió su fuerza altanera é imponente. Volvió á ser el preso que sufre en su estrecha celda, que se aburre de ver constantemente un ojo curioso atisbarle á través de la puerta. Se sentó, sin que su cuerpo tomase la postura rígida habitual en él; miró las paredes y las rejas con una sonrisa débil y dulce que nunca había tenido. Y pasó otra cosa que jamás le había pasado: lloró.

—¡Mis queridos camaradas!—cuchicheó, vertiendo amargas lágrimas.—¡Mis queridos camaradas!

¿Qué senda misteriosa había seguido para pasar del sentimiento de libertad sin límites y altanera, á esta conmiseración apasionada y enternecida? No lo sabía. ¿Tenía verdadera lástima de sus compañeros? ¿O sus lloros ocultaban algo más apasionado, más grande todavía? Su corazón, que de repente había resucitado y reflorecido, lo ignoraba. Werner lloraba y cuchicheaba:

—¡Mis queridos camaradas! ¡Mis queridos camaradas!

Y en ese hombre que lloraba y sonreía á través de sus lágrimas, ni los jueces, ni los camaradas, ni él mismo, nadie hubiera reconocido al Werner frío y altanero, escéptico é insolente.

XI

Los llevan al suplicio.

Antes de subir á los carruajes, los cinco condenados fueron reunidos en una gran estancia fría, con techo abovedado, parecida á una oficina abandonada ó á un salón de recibir inutilizado. Les permitieron hablarse.

Tania Kovaltchuk fué la única que inmediatamente aprovechó la autorización. Los otros apretaban en silencio manos frías como el hielo ó calientes como el fuego; mudos, se esforzaban para no mirarse, y se reunieron en un grupo confuso y distraído. Reunidos, parecían tener vergüenza de lo que habían experimentado en la soledad. Les daba miedo mirarse, miedo revelarse el uno al otro la novedad un poco molesta que sentían ó sospechaban entre ellos.

Sin embargo, se miraron, se sonrieron una ó dos veces y todos se encontraron á sus anchas como antes: ningún cambio se adivinaba; ó, si había ocurrido alguna cosa, todos habían tomado en ella igual participación, tanto que no advertían nada de particular en cada uno de ellos. Todos hablaban y se movían de una manera extraña, saltona, impulsiva, demasiado despacio ó demasiado aprisa. A veces, uno de ellos repetía con viveza las mismas palabras, ó bien dejaba sin terminar una frase empezada, creyendo haberla dicho. Y no advertían nada de eso. Todos guiñaban los ojos y examinaban los objetos familiares sin reconocerlos, como miopes á quienes de repente les hubieran quitado los anteojos. Se volvían á menudo y con presteza, como si alguien les llamase detrás de ellos. Pero no lo notaban. Mussia y Tania tenían las mejillas y las orejas echando lumbre. Sergio, un poco pálido, se repuso muy pronto y se manifestó como el de costumbre.

Sólo reparaban en Vassili. Hasta entre ellos, tenía algo de terrible. Werner se emocionó, y dijo quedo á Mussia, con profunda ansiedad:

—¿Qué tienes, Mussia? ¿Es posible que tenga...? Es preciso hablarle.

Vassili miraba á Werner de lejos, como si no le hubiera reconocido; luego bajó los ojos.

—Vassili, ¿qué es eso? ¿Qué tienes?... ¡Eso no es nada, hermano, pronto acabará todo! ¡Hay que dominarse! ¡Es preciso!

Vassili guardó silencio. Y cuando ya podía creerse que no

diría absolutamente nada, dió una respuesta sorda, tardía, terriblemente lejana, como la tumba debe responder cuando la llaman largo tiempo:

—¡Pero si no tengo nada! ¡Me domino!

Y repitió:

—¡Me domino!

Werner se alegró de ello.

—¡Bueno, bueno! ¡Eres un mozo valiente!

Pero cuando su mirada se cruzó con la tétrica y apagada de Vassili, sintió una angustia fugaz al preguntarse:—¿Pero desde dónde mira? ¿Desde dónde habla?

Y con tono de profunda ternura, le dijo:

—¿Oyes, Vassili? ¡Te quiero mucho!

—¡Y yo también te quiero mucho!—replicó una lengua que se movía con trabajo.

De pronto Mussia cogió del brazo á Werner, y expresando su asombro con fuerza, cual una actriz en escena, le preguntó:

—¿Qué tienes, Werner? Has dicho: «¡Te quiero!» Nunca has dicho eso á nadie... ¿Y por qué tienes un rostro tan radiante y una voz tan tierna?

Y como un actor que recalca las palabras, Werner apretó con fuerza la mano de la joven, respondiendo:

—¡Sí, ahora amo! No se lo digas á los demás, me da vergüenza; pero ¡amo apasionadamente á mis hermanos!

Sus miradas se encontraron y se enardecieron: todo se extinguió en torno suyo, como todas las claridades palidecen en el brillo fugitivo del relámpago.

—¡Sí!—dijo Mussia.—¡Sí, Werner!

—¡Sí!—respondió él.—¡Sí, Mussia, sí!

Habían comprendido una cosa y la ratificaban para siempre. Con los ojos centelleantes, Werner se agitó de nuevo y dirigióse con rápidos pasos á Sergio.

—¡Sergio!

Pero fué Tania Kovaltchuk la que contestó. Llena de gozo,

llorando casi de orgullo maternal, tiraba violentamente de la manga á Sergio.

—¡Escúchame, Werner! ¡Lloro á causa de él; yo me atormento y él hace gimnasia!

—¿Sistema Müller?—preguntó Werner sonriendo.

Sergio frunció las cejas, un poco confuso.

—¡Haces mal en reirte, Sergio! Estoy convencido de que...

Todo el mundo se echó á reir. Tomando fuerza y firmeza en su comunión mutua, poco á poco volvían á ser lo que eran antes; no lo notaban, y creían que eran siempre los mismos. De pronto se quebró la vista de Werner, y con perfecta gravedad dijo á Sergio:

—¡Tienes razón, Sergio! ¡Tienes muchísima razón!

—¡Entonces, lo comprendes!—replicó Sergio satisfecho—Por supuesto, nosotros...

En aquel momento les invitaron á subir á los coches. Hasta hubo la amabilidad de permitirles que se colocaran á su gusto, por parejas. En general, eran muy amables con ellos, hasta en demasía. ¿Era por darles testimonio de un poco de humanidad ó para demostrarles no tener nada que ver en lo que pasaba, sino que todo se hacía por sí mismo? Nadie podría decirlo.

—¡Vete con él, Mussia!—dijo Werner, señalando á Vassili que permanecía inmóvil.

—¡Comprendo!—respondió ella, meneando la cabeza.—¿Y tú?

—¿Yo? Tania irá con Sergio, tú con Vassili... Yo, ¡iré sólo! ¡Qué importa! ¡Yo puedo soportar esto, tú lo sabes!

Cuando llegaron al patio, la obscuridad húmeda y tibia dió suavemente en las caras y en los ojos, cortó los alientos, se insinuó en los cuerpos temblorosos y los purificó. Resultaba difícil creer que ese estimulante era sencillamente el viento, un viento primaveral, suave y madoroso.

La asombrosa noche de primavera hacía fundirse la nieve y resonar las piedras. Vivas y presurosas gotitas de agua caían

persiguiéndose, y en su caída componían en conjunto una canción mágica. Pero si una de ellas caía más lenta ó más rápida, todo se embrollaba en un chapoteo alegre, en una confusión animada. Luego una gruesa gota severa golpeaba con fuerza; y de nuevo la canción primaveral, rítmica y encantadora, murmuraba. Por encima de la ciudad, más alto que los muros de la fortaleza, se distinguía el pálido resplandor de las luces eléctricas.

Sergio Golovín exhaló profundo suspiro, y después contuvo el aliento, como si hubiera sentido expulsar de sus pulmones un aire tan puro y tan fresco.

—¿Hace mucho que hay buen tiempo?—preguntó Werner.—¡Esto es la primavera!

—¡Sólo desde ayer!—le contestaron con cortesía y solicitud.—Ha habido muchos días de frío.

Uno tras otro llegaban los negros carruajes, tomaban dos personas y se iban á obscuras hacia la puerta, donde oscilaba una linterna. Alrededor de cada vehículo se movían las sombras grises de los soldados; los cascos de sus caballos resonaban con fuerza; á menudo, los animales se escurrían sobre la nieve mojada.

Cuando Werner se encorvó para entrar en el coche, un gendarme le dijo de una manera vaga:

—Aquí hay otro que *va* con vosotros.

A Werner le extrañó.

—¿Quién *va* adónde? ¡Ah, sí! ¡Otro más! ¿Quién es?

El soldado guardó silencio. En efecto, en un ángulo obscuro se apelotonaba un bulto pequeño, inmóvil, pero que vivía; un ojo abierto brilló al rayo oblicuo de la linterna. Al sentarse Werner rozó con su pie una rodilla.

—¡Perdón, camarada!

No le contestaron. Sólo cuando el coche se puso en marcha le preguntó el hombre, vacilando, en mal ruso:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Werner, condenado á la horca por atentar contra X... ¿Y usted?

—Yo soy Janson... No hay que ahorcarme...

Antes de dos horas estarían cara á cara con el gran misterio no descifrado hasta entonces; antes de dos horas saldrían de la vida para entrar en la muerte; allá iban los dos y trabaron conocimiento. La vida y la muerte marchaban simultáneamente sobre dos planos; y hasta el fin, hasta en los detalles más risibles y más estúpidos, la vída seguía siendo vida.

—¿Qué ha hecho usted, Janson?

—Herir á mi amo con un cuchillo. Robar dinero.

Por el sonido de la voz, parecía que Janson dormitaba. Werner tropezó en la obscuridad con su blanda mano y la estrechó. Janson la retiró con indolencia.

—¿Tienes miedo?

—No quiero que me ahorquen.

Guardaron silencio. Werner encontró de nuevo la mano de Janson, y la estrechó con fuerza entre sus palmas secas y ardorosas. Aquélla permaneció inmóvil, y Janson no hizo ya nada por desprenderla.

Se ahogaban en el coche, harto estrecho, que olía á cerrado, á paño de uniforme, á estiércol y á cuero de botas mojadas. Un joven gendarme, sentado frente á Werner, le echaba de continuo en la cara un aliento que apestaba á ajos y tabaco. Pero el aire vivo y fresco llegaba por las rendijas y se notaba la presencia de la primavera en la pequeña caja moviente, con más fuerza todavía que fuera. El vehículo volvía, ya á la derecha, ya á la izquierda; á veces parecía volverse atrás. A ratos, parecíales á los presos que viraban en redondo desde dos horas ha. Al principio, la luz azulada de la electricidad se deslizaba entre las espesas cortinas bajadas; luego, de pronto, tras una revuelta, todo quedó á obscuras; por este indicio adivinaron los viajeros que habían llegado á los barrios extremos y se acercaban á la estación de S... A veces, en una vuelta brusca, la rodilla doblada y viva de Werner rozaba

amigablemente la rodilla doblada y viva del gendarme, y era difícil creer en lo próximo del suplicio.

—¿Adónde vamos?—preguntó de repente Janson. La trepidación continua y prolongada del sombrío carruaje le dió vértigos y algunas náuseas.

Werner le contestó y apretó con más fuerza la mano del esthonio. Hubiera querido decir palabras particularmente amistosas y dulces á ese hombrecillo amodorrado, á quien amaba ya más que á nadie del mundo.

—¡Querido amigo! ¡Creo que estás mal sentado! ¡Acércate á mí!

Janson guardó silencio, y al cabo de un rato le respondió:

—¡Gracias! ¡Estoy bien! ¿Y á ti también te ahorcarán?

—¡Sí!—replicó Werner, con un júbilo inesperado, casi riéndose.

Hizo un ademán elegante y suelto, como si hubiesen hablado de una gracia fútil y estúpida que quisieran hacerle unas gentes afectuosas, pero terriblemente bromistas.

—¿Tienes mujer?—preguntó Janson.

—¡Mujer! ¡Yo! ¡No, soy solo!

—Yo también soy solo.

Werner comenzaba á sentir vértigos. Por momentos le parecía que se encaminaban á una fiesta. Cosa rara, casi todos los que iban al suplicio tenían la misma impresión: aunque presa del miedo y de la angustia, se recogocijaban vagamente por la cosa extraordinaria que iba á ocurrir. La realidad se embriagaba de locura; y la muerte, ayuntándose con la vida, engendraba fantasmas.

—¡Ya hemos llegado!—dijo Werner, con una curiosidad alegre, cuando el coche se detuvo; saltó con facilidad al suelo.

No pasaba lo mismo con Janson, quien se resistía sin decir palabra, con mucha pereza al parecer, y se negaba á bajar. Cuándo se agarraba á un rincón, cuándo á la portezuela, cuándo á la alta rueda, y cedía á la primera intervención del gendarme. Se adhería á las cosas, más bien que agarrarse á

ellas; y no era menester emplear muchos esfuerzos para desprenderle. Al cabo, se pudo hacer carrera de él.

Como siempre, durante la noche, la estación estaba obscura, desierta, inanimada. Los trenes de viajeros habían pasado ya; y para el tren que aguardaba en la vía á los presos, no hacía falta luz ni agitación. El aburrimiento se apoderó de Werner. No tenía miedo, no estaba angustiado; pero se aburría, con un tedio inmenso, pesado, fatigoso, que le daba ganas de irse á cualquiera parte, de echarse y cerrar los ojos. Se estiró y bostezó vivamente, varias veces.

—¡Si fuésemos más de prisa!—dijo, extenuado.

Janson guardó silencio y se estremeció.

Cuando los condenados pasaron por el muelle desierto, rodeado de soldados, para dirigirse á los vagones con escasa luz, Werner se encontró junto á Sergio Golovín. Éste señaló una cosa con la mano y se puso á hablar; su vecino no comprendió con claridad más que la palabra «lámpara»; el resto de la frase se perdió en el bostezo lánguido y largo.

—¿Qué dices?—preguntó Werner, bostezando también.

—El reverbero... La lámpara del reverbero humea—dijo Sergio.

Werner se volvió. En efecto, era verdad; los vidrios estaban ya enteramente negros.

—¡Sí, humea!

De pronto pensó: «¿Qué me importa que la lámpara haga humo, puesto que...?»

Sergio tuvo sin duda la misma idea: echó una ojeada rápida á Werner y volvió la cabeza á otra parte.

Todos marcharon sin apreturas hasta el tren; sólo Janson tuvo que ser conducido á él. Al principio puso rígidas las piernas y pegó las suelas á las tablas del muelle; después, dobló las rodillas. Con todo el peso de su cuerpo cayó en brazos de los gendarmes; las piernas le arrastraban por el suelo como las de un borracho, y las puntas de las botas rechinaban sobre la madera. Con mil trabajos, pero en silencio, le izaron al vagón.

Vassili Kachirín mismo caminaba sin apoyos, imitando inconscientemente los actos de sus camaradas. Al llegar á lo alto del estribo del vagón, retrocedió; un gendarme le cogió por el codo para sostenerle. Entonces Vassili se puso á temblar con violencia y arrojó un grito penetrante, rechazando al gendarme:

—¡Ay!

—Vassili, ¿qué tienes?—preguntó Werner, precipitándose hacia él.

Vassili guardó silencio, sacudido siempre por escalofríos.

El gendarme, fastidiado y hasta pesaroso, explicó:

—Yo quería sostenerle, y él...

—Ven, Vassili, yo te sostendré—dijo Werner.

Quiso coger el brazo de su camarada, pero éste le rechazó, y gritó aún más fuerte:

—¡Vassili, soy yo, Werner!

—¡Ya lo sé! ¡No me toques! ¡Quiero ir solo!

Y sin dejar de temblar, entró en el vagón y se sentó en un ángulo. Werner se inclinó hacia Mussia, y preguntó en voz baja, señalando á Vassili con la mirada:

—¿Cómo va?

—¡Mal!—respondió Mussia cuchicheando.—Ya está muerto. Dime, Werner, ¿existe verdaderamente la muerte?

—¡No lo sé, Mussia, pero creo que no!—respondió Werner con tono grave y pensativo.

—¡Eso pensaba yo! He sufrido á causa de él, en el coche; me parecía que viajaba junto á un muerto.

—Yo no sé, Mussia. Quizá existe aún la muerte para algunos. Más tarde, ya no existirá de ninguna manera. Para mí, por ejemplo, la muerte ha existido, pero ya no existe.

Las mejillas un poco pálidas de Mussia se enardecieron.

—¿Ha existido para ti, Werner? ¿Para ti?

—Sí, pero ahora no. ¡Como para ti!

Oyóse ruido á la portezuela del vagón. Michka el Tzígano entró escupiendo, respirando con ruido, haciendo resonar con

fuerza los tacones de las botas. Echó una mirada en derredor suyo y se detuvo:

—¡Ya no hay sitio, gendarme!—declaró al gendarme fatigado é irritado.—¡Hazme viajar cómodamente, pues de lo contrario no voy contigo! ¡Ahórcame más bien aquí, en el reverbero! ¡Ah pillastres! ¡Vaya un coche que me han dado! ¿Esto un coche? ¡Las entrañas del diablo sí, pero no un coche!

De pronto inclinó la cabeza, alargó el cuello y avanzó así hacia los otros condenados. En el marco de sus cabellos y barbas enmarañados, sus negros ojos lanzaban una mirada salvaje, aguda y un poco loca.

—¡Ah, Dios mío!—gritó, frotándose las manos.—¡Veamos dónde estamos! ¡Buenos días, señor!

Sentóse frente á Werner, tendiéndole las manos. Luego, guiñando un ojo, se inclinó y pasó con rapidez la mano por el cuello de su compañero:

—¿Tú también, eh?

—¡Sí!—sonrió Werner.

—¿Todos?

—¡Todos!

—¡Oh, oh!—dijo el Tzígano, enseñando los dientes.

Examinó á los otros condenados con una ojeada rápida, pero que se detuvo más largo rato en Mussia y en Janson.

—¿A causa del ministro?

—Sí. ¿Y tú?

—Yo, señor, es otro asunto. Yo no soy tan distinguido; soy un ladrón, un asesino. Eso no importa, señor; córrete un poco para dejar sitio. ¡Yo no tengo la culpa si me han puesto en vuestra compañía! En el otro mundo habrá lugar para todos.

Midió á todos los asistentes con una mirada vigilante, retadora y salvaje. Pero le miraban sin hablar, con seriedad y hasta con una evidente compasión. Enseñó de nuevo los dientes y dió varios golpecitos en la rodilla de Werner.

—¡Cómo ha de ser, señor! Como dice la canción: «¡No hagas ruido, verde bosque de encinas!»

—¿Por qué me llamas señor?

—¡Tienes razón!—afirmó el Tzígano satisfecho.—¡Qué señor serás tú, cuando van á ahorcarte junto á mí! ¡Este sí que es el verdadero señor!

Y apuntó con el dedo el gendarme silencioso.

—¡Y vuestro camarada de ahí bajo no va nada ancho!—añadió señalando con los ojos á Vassili.—Señor, ¡eh!, señor, tienes miedo, ¿eh?

—¡No!—respondió una lengua que apenas se movía.

—¡Vamos! ¡No te apures, eso no tiene nada de vergonzoso! Nada más que los perros agitan la cola y enseñan los dientes cuando los van á ahorcar; pero tú, tú eres un hombre. Y ese pulchinela, ¿quién es? ¿No es de los vuestros?

Le bailaban los ojos sin cesar; escupía constantemente con un silbido la saliva abundante y dulzona. Janson, inmóvil, apelotonado en un rincón, agitó un poco las orejeras de su gorra de piel pelada, pero no dijo ninguna cosa. En su lugar, contestó Werner:

—Ha degollado á su amo.

—¡Dios mío!—exclamó el Tzígano, asombrado.—¿Cómo se permite á unos pájaros así degollar á la gente?

Desde un momento, examinaba á Mussia á hurtadillas; de pronto se volvió con viveza, y fijó en ella su mirada rígida y penetrante.

—¡Señorita! ¡Eh, señorita! ¿Qué tiene usted? ¡Sus mejillas son como las rosas, y se ríe! ¡Mira, se ríe de veras! ¡Mira, mira!—Y agarró la rodilla de Werner con sus dedos como garfios.

Ruborizada, un poco confundida, Mussia clavó sus ojos en los ojos fisgones y salvajes que la interrogaban. Todos guardaron silencio.

Los pequeños vagones botaban sobre la vía estrecha y corrían que volaban. En una curva ó en paso á nivel, silbó el pito: el maquinista temía aplastar á alguien. ¿No era atroz que se empleasen tantos cuidados y esfuerzos, en una palabra,

toda la actividad humana, en conducir hombres á la horca? La cosa más insensata del mundo se realizaba bajo un aspecto sencillo y razonable. Las vagones corrían; gente sentada en ellos, como de costumbre, viajaba como generalmente se viaja. Luego había una parada, como siempre: «Cinco minutos de parada.»

Y entonces vendría la muerte, la eternidad, el gran misterio.

XII

«Han llegado.»

El tren avanzaba con rapidez.

Sergio Golovín se acordaba de haber pasado el verano, algunos años antes, en una casita del campo situada en el mismo camino. Habíase paseado allí á menudo de día y de noche; lo conocía bien. Cerrando los ojos, podía imaginarse que volvía en el último tren, después de haberse retardado en casa de unos amigos.

«Llegaré bien pronto», pensó, enderezándose; y sus ojos encontraron la sombría ventanilla enrejada. Nadie se movía alrededor suyo. Sólo el Tzígano continuaba escupiendo; y sus ojos, vagando á lo largo del coche, parecían tocar las puertas, á los soldados.

—Hace frío,—dijo Vassili Kachirín entre sus tenues labios, que parecían helados.

Tania Kovaltchuk se agitó, con solicitud maternal.

—Aquí tienes una pañoleta muy caliente para que te envuelvas...

—¿El cuello?—preguntó Sergio, y tuvo miedo de su pregunta.

—¡Qué importa, Wassia! Tómalo...

—Envuélvete tú. Tú tendrás más calor—añadió Werner.

Se volvió hacia Janson, y le preguntó con ternura:

—¿Y tú, no sientes frío?

—Werner, quizá quiera fumar. Camarada, ¿quiere fumar?—preguntó Mussia.—Tenemos tabaco.

—Sí quiero.

—Dale un pitillo, Sergio—dijo Werner.

Pero Sergio le alargaba ya la petaca.

Y todos se pusieron á mirar tiernamente cómo los dedos inhábiles de Janson cogían el cigarrillo, cómo se inflamaba la cerilla y cómo salía de su boca un poco de humo azulado.

—Gracias—dijo Janson.—Es bueno.

—¡Qué pícaro es!—dijo Sergio.

—¿Quién es el pícaro?—preguntó Werner.

—El pitillo—respondió Sergio, que no quiso decir todo su pensamiento.

Janson tenía el cigarrillo entre sus dedos vivos y pálidos. Lo miraba con asombro. Y todos fijaban la mirada en aquella punta de papel, en aquella espiral de humo saliendo de la ceniza gris.

El cigarrillo se apagó.

—Se ha apagado—dijo Tania.

—Sí, se ha apagado.

—¡El demonio se lo lleve!—dijo Werner, mirando con inquietud á Janson, cuya mano que sostenía el pitillo colgaba como muerta.

De pronto se volvió el Tzígano, inclinó la cara arrimándola á la de Werner, y mirándole á lo blanco de los ojos cuchicheó:

—Señor, ¿y si atacasen á los soldados del convoy?... ¿Qué le parece á usted?

—No—respondió Werner.

—¿Por qué? Más vale acabar combatiendo. Yo daba un golpe, me daban otro, y moriría sin advertirlo...

—No, de ninguna manera—dijo Werner.

Y volviéndose hacia Janson:

—¿Por qué no fumas?

El rostro desecado de Janson se arrugó lastimosamente,

como si alguien tirase de los hilos que movían las arrugas de su cara. El esthonio sollozó sin lágrimas, con una voz blanca:

—No puedo fumar. ¡Ah, ah, ah! No hay que ahorcarme. ¡Ah, ah, ah!

Todo el mundo se volvió hacia él. Tania, llorando copiosamente, le acariciaba los brazos y le ponía bien la gorra.

—¡Amigo mío, no llores, mi amigo! ¡Mi pobre amigo!

De pronto se entrechocaron los vagones y retardaron su marcha. Levantáronse los condenados, pero en seguida se volvieron á sentar.

—Hemos llegado—dijo Sergio.

Súbitamente, fué como si hubieran extraído todo el aire del coche. Se hizo difícil respirar. Los corazones dilatados pesaban en el pecho, subían hacia la garganta, palpitaban desesperadamente, y en su terror parecía sublevarse la sangre. Los ojos miraban el piso trepidante; los oídos escuchaban las ruedas que giraban cada vez con más lentitud; aún rodaron, y luego se detuvieron con suavidad.

El tren hizo alto.

Un extraño entorpecimiento invadió á los condenados. No sufrían. Parecían tener una vida inconsciente. Su sér sensible estaba ausente; sólo su fantasma se movía; hablaba sin voz, andaba en silencio. Salieron. Formaron por parejas, aspirando el aire fresco del bosque. Como en un sueño, Janson se resistía torpemente; le arrancaron del vagón.

—¿Iremos á pie?—preguntó alguien con alegría.

—No está lejos—respondió una voz apática.

Sin decir nada, iban avanzando por el bosque, á lo largo de un camino fangoso y húmedo. Los pies se deslizaban, se hundían en la nieve, y las manos se agarraban, á veces involuntariamente, á las de los camaradas. Respirando con trabajo, los soldados caminaban en fila á cada lado de los reos. Una voz irritada pronunció:

—¿No podían trazar el camino? Cuesta trabajo avanzar.

—Han limpiado bien, Vuestra Nobleza, pero es el deshielo. No hay nada que hacer.

En los condenados parecía volver la conciencia, pero parcial. Unas veces, el pensamiento parecía afirmar: «Es cierto, no podía limpiarse el camino.» Otras, se obscurecía de nuevo; y sólo quedaba el olfato, que percibía con singular agudeza el olor fuerte y sano del bosque. Otras, todo llegaba á ser muy claro, muy comprensible: el bosque, la noche, el camino... y la certidumbre de que pronto, dentro de un minuto, la muerte implacable se apoderaría de ellos. Y poco á poco se elevaba un cuchicheo.

—Muy pronto serán las cuatro.

—Yo lo he dicho. Hemos salido demasiado temprano.

—A las cinco es de día.

—Eso es, á las cinco; por consiguiente, era preciso esperar.

Se detuvieron en el rodal obscuro. Allí cerca, detrás de los árboles cuya sombra inmensa se agitaba en el suelo, balanceábanse en silencio dos linternas. Allí estaban levantadas las horcas.

—He perdido uno de los chanclos—decía Sergio.

—¿Cómo?—preguntó Werner sin comprender.

—Lo he perdido. Tengo frío.

—¿Dónde está Vassili?

—No lo sé. Aquí está.

Sombrío é inmóvil, Vassili estaba junto á ellos.

—¿Dónde está Mussia?

—Aquí me tienes. ¿Eres tú, Werner?...

Mirábanse unos á otros. Evitaban volverse hacia la parte donde, silenciosas y terriblemente expresivas, se balanceaban las linternas. A la izquierda, el bosque, sembrado de claros, parecía aclararse cada vez más. Y más allá estaban grandes llanuras grises, de donde venía un viento húmedo.

—Es el mar—dijo Sergio aspirando las brisas.—Es el mar...

Mussia respondió con los versos de la canción:

«Mi amor, vasto como el mar.»

—¿Qué dices tú, Mussia?

—De mi vida en las riberas
Ya no se puede abarcar,
Mi amor, vasto como el mar.

—«Mi amor vasto como el mar»—repitió pensativo Sergio.

—«Mi amor vasto como el mar»—repitió Werner.

Y de pronto se asombró:

—¡Mussia, mi Mussita, qué joven eres aún!

En ese momento, junto al oído de Werner, sonó la voz jadeante y apasionada del Tzígano:

—Señor, señor, mire usted el bosque. ¿Qué es todo eso? ¡Y allá!... ¡Las linternas! ¿Es el patíbulo?

Werner le miró. Daba espanto ver las facciones convulsas de aquel hombre.

—Es preciso darnos el adiós—murmuró Tania.

—¡Espera! Van á leer la sentencia. ¿Dónde está Janson?

Janson permanecía tirado en la nieve. La gente le rodeaba. Un violento olor á éter se difundía en torno de ellos.

—Bien, doctor, ¿se acabará eso pronto?—pregunto alguien con impaciencia.

—No es nada: un síncope. Frotadle las orejas con nieve. Ya va mejor. Podéis leer...

La luz de una linterna sorda se derramaba sobre el papel y sobre manos blancas sin guantes. Papel y manos temblaban. Y también la voz.

—Señores, quizá fuera preferible no leer... Todos vosotros conocéis el fallo...

—¡No leáis!—respondió por todos Werner.

Y la luz desapareció al punto.

Los reos se negaron también á aceptar los oficios del sacerdote. Su sombra negra y amplia dió algunos pasos atrás y desapareció. Apuntaba el alba. La nieve se hizo más blanca; el rostro de los condenados, más sombrío; el bosque, más desnudo y más triste.

—Señores, marchad de dos en dos. Cada uno puede escoger su compañero. Pero os ruego que aceleréis el paso.

Werner designó á Janson, que estaba de pie sostenido por dos soldados.

—Yo iré con él. Sergio, tú con Vassili... Pasad delante de nosotros.

—Está bien.

—Yo voy contigo, Mussia—dijo Tania.—¡Acércate, abracémonos!

Todos se abrazaron con rapidez. El Tzígano abrazaba con fuerza; se le oían castañetear los dientes. Janson, suave y blandamente, con la boca entreabierta. Parecían no comprender ya lo que pasaba. Cuando Sergio y Vassili hubieron dado algunos pasos, éste se detuvo de repente, y gritó con voz fuerte, pero que parecía extraña y desconocida:

—¡Adiós, camaradas!

—¡Adios, camarada!—le contestaron.

Echaron á andar. Todo estaba tranquilo. Las linternas, detrás de los árboles, quedaron inmóviles. Se oía un grito, una voz, un ruido cualquiera; pero, acá como allá, todo estaba tranquilo.

—¡Ah, Dios mío.—estertoró alguien.

Volviéronse. Era el Tzígano, quien, con un esfuerzo desesperado, gritaba:

—¡Nos van á ahorcar!

Se agitaba, dando manotazos al aire, y volvió á gritar:

—¡Dios! ¿Es que á mí me van á ahorcar solo?

Con manos convulsas agarró la mano de Werner, y continuó:

—Señor, mi querido, mi buen señor. Tú vendrás conmigo. ¿Quieres?

Werner, con la cara crispada de dolor, le respondió:

—No puedo, voy con Janson.

—¡Ay, Dios mío! Entonces, ¡estaré yo solo! ¿Por qué? ¿Por qué?

Mussia dió un paso hacia él, y murmuró:

—Yo iré con usted.

—El Tzígano retrocedió, y la miró fijo, con sus ojazos dilatados:

—¿Contigo?

—Sí.

—¡Pero, si tú eres tan pequeña! ¿No te da miedo de mí? Yo no quiero. Iré solo.

—Yo no tengo miedo de usted...

El Tzígano enseñó los dientes.

—¿No sabes que soy un bandolero? ¿Y quieres ir conmigo? Piénsalo bien. No me enfadaré si te niegas.

Mussia se calló; y con el alba, que blanqueaba su rostro, parecía tener una palidez luminosa y mística. De pronto avanzó con rapidez hacia el Tzígano, y cogiéndole con las manos la cabeza, le besó con fuerza. Él la cogió por los hombros, la separó un poco; después la besó ruidosamente en las mejillas y en los ojos.

El soldado que estaba junto á ellos se detuvo, abrió las manos y dejó caer el fusil. Pero no se bajó para recogerlo. Permaneció inmóvil un momento, dió un salto brusco y echóse á andar por el bosque.

—¿Adónde vas, tú?—le gritó con voz despavorida su camarada.—¡Quédate aquí!

Pero el otro, con trabajo, trataba de avanzar. De pronto, manoteó con los brazos al aire y cayó al suelo, con la cara hacia abajo.

—¡Recoge tu fusil, gallina mojada, ó seré yo quien lo recoja!—gritó severamente el Tzígano.—¡Tú no conoces el servicio! ¿No has visto nunca morir á un hombre?

De nuevo oscilaron las linternas. Había llegado el turno á Werner y Janson.

—¡Adiós, señor!—dijo el Tzígano en voz alta.—Nos volveremos á ver en el otro mundo. Cuando me veas, no vuelvas la cabeza.

—¡Adiós! No hay que ahorcarme—volvio á decir Janson, con voz blanca.

Pero Werner le cogió la mano. Janson dió algunos pasos; en seguida se le vió derrumbarse en la nieve. Se inclinaron hacia él, le cogieron, le llevaron, mientras él se defendía flojamente en brazos de los soldados.

Y de nuevo quedaron inmóviles las linternas amarillas...

—¿Y yo, Mussia? Entonces, ¿iré yo sola?—dijo con tristeza Tania.—Hemos vivido juntas, y ahora...

—¡Tania, mi buena Tania!

El Tzígano se interpuso con ardimiento, aferrándose á Mussia como si temiese que se la arrebataran, y exclamó:

—Señorita, vaya usted sola. Usted tiene un alma pura. Usted irá donde quiera. Pero yo no puedo. Soy un bandolero. Yo no puedo ir solo. Me dirán: «¿Adónde vas tú? ¡Tú, que has matado, que has robado!» Porque yo he robado también caballos, señorita. Y con ella estaré como con un niño inocente, ¿entiende usted?

—Sí, comprendo. ¡Id pues! Déjame abrazarte otra vez más, Mussia.

—¡Abrazaos, abrazaos!—dijo el Tzígano.—Sois mujeres. Hay que decirse adiós.

A Mussia y al Tzígano les llegó la vez. La mujer andaba con precaución, deslizando el paso, y se arremangaba por costumbre. Sosteniéndola con mano fuerte y tanteando con el pie el terreno, el hombre la acompañaba á la muerte. Las luces se inmovilizaron. En derredor de Tania todo quedó tranquilo y solitario. Los soldados, grises á la luz mustia del alba, se callaban.

—Me quedo sola, dijo Tania, y suspiró.—Sergio ha muerto, Werner y Wassili han muerto. Y Mussia muere. Estoy sola. Soldados, soldaditos míos, ya lo veis: estoy sola, sola...

.....

El sol se levantó por encima del mar.

Metieron los cadáveres en cajas y volvieron á ponerse en

camino. Con el cuello alargado, los ojos fuera de las órbitas y las azules lenguas saliendo de la boca, los ajusticiados volvían á recorrer el camino por el cual habían venido vivos.

Y la nieve era suave, y el aire del bosque era puro y embalsamado.

El chanclo que Sergio perdió, formaba una mancha negra en la blancura del camino.

Así saludaban los hombres al sol saliente.

LEÓNIDAS ANDREIEF

LA NOVELA PICARESCA EN ESPAÑA

La sociedad contemplada por el pícaro.

En el mundo social en que el pícaro español se abre camino, el ejército, la justicia, la Iglesia y la medicina comparten los honores profesionales; los estudiantes, alcabaleros, ladrones, gitanos, moriscos, hidalgos, arrieros, barberos, comediantes y mendigos son los *dramatis personæ* de que se echa mano á cada momento. Estos caracteres pululan en las novelas picarescas. Recorren en todos sentidos los antiguos relatos con cierta naturalidad y descuido pintorescos, que tienen el mérito de separar la atención de la falta de finalidad ó de guía. El pícaro los conoce á todos, con todos se divierte, y ellos son la vida y la substancia de su cuento. Los soldados aparecen con sus fanfarronadas y sus marrullerías, sin fuero cuando jóvenes, arruinados cuando viejos y siempre en necesidad. El Gran Tacaño se encuentra de camino con uno de éstos que viene de la Corte, en la que de todas sus pretensiones no ha sacado otra cosa que pleitear sin descanso y consumir su último real. Píndaro y sus amigos se esconden en una viña por la noche, donde los pasajeros no les molesten creyéndolos gente del campo que huyen del merodeo de las compañías que van á Cartagena. Marcos nos habla del robo que unos soldados hicieron de un gazapo, en contra de la Ordenanza, y en vez del castigo

que esperan del sargento, vense forzados á compartirlo con él. La tropa en que está afiliado Alonso es infatigable en latrocinios, habiendo puesto pena de muerte á toda ave que sientan por la noche. También le sucede á este mismo personaje que, al trepar por la chimenea de la casa de una viuda para golosear unos embutidos, le descubre la propietaria, que le obliga á hacer la del humo; y su compañía se hace irresistible con sus bellaquerías y principalmente causa indignación la falta del capitán que no ha tratado con el debido respeto á un alcalde, lo que da lugar á una sublevación armada de la gente de la población. El capitán entra con bandera de paz, pero se le recibe á pedradas que le causan la muerte y los soldados tienen que retirarse, llevándose de paso unos panales cuya miel tratan de guardar en las botijas de la pólvora; renuévase el ataque que dispersa á los soldados á punto de no poderse más reunir. Un soldado jactancioso, á quien Guzmán conoce, siendo paje del embajador, se invita á comer á sí mismo, dando como causa de este atrevimiento: primero, la calidad de su persona y nobleza de su linaje, que le hacen acreedor á toda estima y cortesía; segundo, el ser soldado, por lo cual merece ser recibido á la mesa de un príncipe, y tercero, su mucha necesidad. Hacía cuanto le venía en gana osadamente y, por último, se marchó haciendo una reverencia y sin decir palabra, porque entre los españoles, como decía el embajador, «todo se lleva con fueros y con poca vergüenza».

Estebanillo es el soldado picaresco típico. Agrégase al ejército de Francia, y después de haber recibido su paga en Villafranca, se alista para los tercios de Italia. Cobra como antes su soldada, y fingiendo estar herido, se refugia en una capilla y así elude el cumplimiento de su deber. En Nápoles vuelve á afiliarse, y allí le encarcelan por haber promovido un alboroto en los cuarteles. En Lombardía, Baviera y Holanda trabaja de comisario, cocinero y de cantinero con negocio propio, proveyéndose de un carro y acompañándose de una mujer hermosa para atraer parroquianos. En la batalla de Nordlinga

se distingue tomando refugio en una zanja, y cuando tiene cerca á los suecos y alemanes los vitorea y aplaude. Por último, mándale á buscar su jefe, y entonces grita que está herido, y así que van por el cirujano, temiendo que se descubra la superchería, echa á correr por entre los muertos y heridos del enemigo, á quienes da bravos golpes para aparentar bravura. Uno que parecía cadáver, se levanta, y es de ver la consternación de Estebanillo, que corre que se sale del mundo. Después de la batalla se desafía con un camarada á ver quién ha mostrado más valor. Los dos tunantes se dan fieros tajos al aire hasta que caen rendidos de borrachera fulminante. Estebanillo ofrece en todas sus páginas la sátira más punzante contra la soldadesca en los libros de picardías; pero como en todas las profesiones por que pasa se acredita tanto de pícaro, pierde algo de fuerza su opinión sobre los soldados.

Si la picardía contamina al soldado, no perdona tampoco al hombre de leyes; y, como es de esperar, á los ministros de la justicia, sobre todo. Donaires inmortales ha inspirado el tipo del curial y del escribano. Guzmán arguye irónicamente que aunque los fallos de justicia sean calamitosos, el curial es cosa necesaria. El soldado en la Academia filosófica que se pinta en el *Siglo* Pitagórico, se queja de un escribano porque le arrebata las costas de los procesos, en vez de contentarse con el placer que les suelen causar. Lazarillo, en el pleito que por su mujer entabla con el Arcipreste, pierde todo en provecho del abogado que defiende su causa; y á D. Diego, que viene á Madrid por asuntos de justicia, le avisa un viejo y discreto cortesano y un maestro, de que se mire bien antes de hacer nada, que no pretenda lo ajeno, y sobre todo, que evite tratar con letrados. La parte práctica de la administración legal es la que más se relaciona con el pícaro de profesión; le pone conflicto perpetuo con el juez y sus satélites, ó sea el escribano y el alguacil. Las más de las veces, su paradero es la cárcel; el pícaro se venga de los malos tratamientos que en ella padece, con sus zumbas y bellaquerías. No se harta de

encarecer la cobardía, mala fe y torpeza de juicio de estos sus enemigos, condiciones ellas que han arrojado infame crédito sobre la antigua policía española. Sobre todo su cobardía, como se ve en aquel relato del Buscón, que habiéndose por casualidad caído en el tejado de la casa de un notario, le aprehenden con gran facilidad, y luego, para simular que ha habido gran resistencia, desgarran sus vestidos, cuando en realidad él en nada se podía valer contra ellos; también atestiguan esta misma valentía aquellos alguaciles que al entrar en la casa donde Lazarillo presencia la juerga que describe (parte II, por H. de Luna), se encuentran con él solo, y temblando de miedo y sin dejar de dar voces de «abran á la justicia», se esconden unos tras otros. Sólo muestra bravura aquel otro que cada noche se apodera de una guitarra con que D. Gregorio Guadaña da serenata á su mujer; mas nuestro personaje se burla, dejándole colgado á respetable altura en el aire, mediante una polea puesta en lo alto de la casa, y de la que pende una cuerda, haciéndole echar votos y reniegos y creer que está embrujado.

¡Con qué facilidad se alargan las manos de estos funcionarios para recibir dinero! Y no sólo el alguacil pícaro acepta obsequios de la familia de sus víctimas, sino el alcaide de la cárcel se encuentra siempre propicio á ablandarse con estos emolientes del dinero. Si el pícaro quiere mejor trato y hasta medios de lograr su evasión, le servirá su bolsa de talismán infalible. El Gran Tacaño, que á fuerza de gastar ha podido vivir por algún tiempo libre de los horrores de su mísera prisión, se resigna á volver á ella ante el temor de que le estrujen por completo. Sus compañeros de cárcel están tan flacos y hambrientos, que les crujen todos los huesos, y él no las tiene todas consigo con miedo de que lo devoren. Tanta miseria le obliga por fin á dar un nuevo tiento á la bolsa, con lo que rinde á su carcelero, que le da alojamiento en su misma casa; un curial que le ha prometido por dinero soltarle de la cárcel, cumple por fin su palabra, tras de haber infinitas veces quebrantado su ofreci-

miento. A los compañeros de Pablos, que no disponen de ningún recurso, se les azota y prende en los cepos.

Si la Justicia no ha perdido el sentido del tacto (al menos para palpar las monedas), hace verdadero, en cambio, el proverbio que la acredita de ciega, y contra esta su falta de tino se emplea muy á menudo la sátira de la novela picaresca, terrible fiscal de la gobernación del Estado. Nunca se dan circunstancias á propósito para que el verdadero culpable aparezca ó sea capturado: los inocentes son víctimas frecuentes del abuso y supremo menosprecio de los dependientes de la ley; los pícaros suelen ir á la cárcel, no cuando lo merecen, sino cuando algún *quid pro quo* recae sobre ellos. Marcos de Obregón se encontraba, en cierta sazón, tomando el fresco. Acierta á pasar junto á él un amigo que le trata de viejo; para dejar asentado que no lo es, convienen en hacer apuesta de quién correrá más. Dejan, para ir más desembarazados, á un chico que está á la puerta de la casa las capas y las espadas. Mientras que están corriendo, el muchacho se escapa con el depósito. Sucede que en aquel entonces hieren á una mujer de aquel barrio. Los diligentes alguaciles persiguen entonces á Guzmán y su competidor. En vano protestan de su inocencia, pues para los alguaciles es sobrado indicio el que sus capas y espadas no estén donde ellos aseguran que las pusieron. Resultado: tres meses de cárcel, en que les sirve de única diversión las vayas y burlas de que hacen víctima á un valentón profesional, cortándole medio bigote mientras está durmiendo. En Guzmán de Alfarache se cuenta el cómo, habiendo sido robado por un tal Alejandro, presenta contra él querella e Bolonia, y saca en limpio de su proceso ser él mismo encarcelado y vejado, gracias á las perversas maniobras del padre del ladrón (1). Y en otras muchas ocasiones se le condenó por

(1) No estará de más advertir que este caso que aquí se cita no puede ser sátira de la administración de justicia en España, pues acaece en Italia, donde, como en otras partes, nada tenían que echarnos en cara por aquella sazón.—(*N. del T.*)

delitos de que no era culpable. Alonso, que denunciara á las autoridades un homicidio cometido en propia defensa por su amigo, sale condenado como cómplice, sin que le valga haber podido probar fácilmente la coartada, á padecer largos días de prisión y amenaza incesante de morir ahorcado. Allí mismo refiere que en una riña por juego que presenció, todos los de la pendencia huyeron antes de que los alguaciles llegaran, pues si así no lo hacen, ninguno se hubiera visto libre. Rufina y Garay, al entrar en Córdoba cierta noche en carruaje, se apean para auxiliar á un moribundo, herido en desafío. Al aproximarse los corchetes, ellos, en previsión, lo hacen seguir adelante. Su buena intención ha estado á punto de costarles cara, pues se les toma inmediatamente por asesinos, y han menester de no pocos trabajos para ser puestos en libertad. Don Gutierre, pasando por la misma ciudad, pasa por análogas pruebas, cosa ésta que se ofrece frecuentemente, no ya en la novela picaresca, sino en toda la novela española. El nombrado personaje está más á punto de perder su vida que Rufina y su amante, pues un *perquisidor*, enviado á allegar testimonios contra él, habiéndolo tomado de todos los mesoneros de Extremadura hasta Córdoba, se encuentra con uno bastante maligno y perjuro, que depone calumniosamente contra él, en términos que destruye las afirmaciones veraces de los otros; trata el acusado de defenderse, gastándose grandes cantidades en sobornarle, y estos sobornos se vuelven contra él, sin que por eso el calumniador le devuelva lo recibido. También al Bachiller Trapaza, yendo camino de Sevilla, le acaece, juntamente con otros compañeros, verse apresado en las garras de la ley.

El carretero que le conduce le ha consentido en llevar una caja, cuyo porte se le satisfará en el momento de la entrega. Al abrirla se encuentra que encierra un cadáver. Recaen sospechas sobre los viajeros, de que se libran dos, que se han podido esconder en la bodega de una posada; se les aplica tormento, del que recibe su porción Trapaza, que es, ade-

más, desterrado por dos años, y al pobre carretero se le condena á pagar una multa de doscientos ducados.

La insolencia del corchete y su presteza de manos para maltratar al primero que se le presente, se compensa en parte con la facilidad admirable con que se le suele dejar burlado. Es un simple majadero, después de todo, de quien puede uno deshacerse con utilizar medios á la verdad, no muy ingeniosos, como tapiar la puerta de una casa, ó vestirse de pordiosero, ó hacerse el loco ó el endemoniado. Justina, ayudándose del recurso de las lágrimas, hace creer á un alguacil que es una heredera, siendo no más que la criada de una rica morisca. Pedro de Urdemalas, perseguido por el robo de una mula, burla á un arriero y á un alguacil que le van buscando, y, disfrazado de astrólogo, hace creer al alguacil que el verdadero culpable es el arriero. Marcos de Obregón, en Italia, tiene un encuentro con unos pasajeros; hiere á uno de ellos en propia defensa, y, encarcelado, se atrae la buena voluntad del carcelero, demasiadamente crédulo, repartiendo entre sus hijos algunas monedas de oro, para hacerle entender que su padre es alquimista, y de esto las tiene. El carcelero le quita las cadenas bajo promesa de que le confiará sus secretos. A este fin se le provee de aparatos para sus ensayos, entre otras cosas, un brasero. Hace pólvora y le dice que la huela. El pícaro, entonces, se la echa en los ojos y la nariz, le derriba al suelo, y aprovechándose de su estupor, se fuga en compañía de otros dos condenados á galeras. El Gran Tacaño, en Alcalá, hace la apuesta de robar á la justicia las armas, y sale diestramente de su empeño valiéndose del siguiente embuste: Les informa de que en cierta casa hay seis famosos criminales, todos ellos bien prevenidos de pistolas, y que harán fuego si la ronda entra con espadas. En consecuencia, las esconden en un campo, y entran armados sólo de dagas. El pícaro, mientras tanto, les da esquinazo, y se escapa con las espadas. Píndaro, que describe la vida de la cárcel con gran vivacidad, presencia una fiesta habida entre los presos, con el consentimiento del alcaide, dema-

siado complaciente. En ella, baile, asalto de armas, mascaradas y una procesión de veinticuatro individuos con lanzas de madera y alegres atavíos. Esta imponente comitiva se dirige hacia una sala que va á dar al patio, donde el alcaide y su gente esperan su regreso; pero es vano su esperar, y no tarda en patentizarse su desaparición. La mujer de uno de ellos ha alquilado una casa contigua, con un mes de antemano; mientras tanto, horadaron la pared por donde ha salido la compañía con lanzas y todo (1).

En la picardía franca sólo rivalizan con los corchetes los pícaros mismos, y los avaros como Marquina, que al imaginar que se acerca la justicia entierra sus tesoros en un corral, por miedo á que se los roben, determinación sagaz, atendidas las circunstancias, pero que de nada le vale, pues lo que no hacen los corchetes acaban por hacerlo los ladrones en seguida. Lazarillo de Manzanares y su ermitaño se dejan engañar por un alguacil tunante, que entra violentamente en la ermita, haciendo que quede solo con una joven. Esta acusa calumniosamente al ermitaño de haberla atropellado, y pide indemnización, que obligan á satisfacer al ermitaño y su criado. Lazarillo de Tormes sirve, entre otros amos, al alguacil más marrullero de España, que, fingiendo sufrir una congoja por haber hablado mal del vendedor de bulas, tratándolas de falsas, recibe por este embuste la mitad de las ganancias de la bula tan milagrosamente acreditada. De igual suerte que Pedro Ceñudo el Necio Afortunado, que llega á ser Alcalde Mayor, sostiene su alguacil la opinión de que es conveniente amoldarse á las circunstancias y no ser inflexible. Ceñudo, con sus subordinados es un león, y con su alguacil, un cordero. Va adonde le llevan; encarcela al marido de una mujer hermosa, de quien está enamorado como aquél Juez de Lucca, de la novela

(1) Esta invención ha podido tener su base auténtica, como es de ver en la *Relación de la Cárcel de Sevilla*, de Cristóbal de Chaves, 1585-97. Vol. I, col. 1.358 del *Ensayo* de Gallardo.

de Bandello, y temido de todos, sirve de escandaloso ejemplo á sus subalternos, que aspiran á medrar como él, á fuerza de embustes. En la novela picaresca, desde el Juez severo hasta el último dependiente de la justicia, profesan todos, para asegurarse en la continuación de su cargo, la divisa de «hacerse ladrón para perseguir á los ladrones».

El pícaro trata templadamente á la gente de iglesia. No muestra la libertad de ataque que se ve en la literatura italiana. Hubo sátira de ocasión, como aparece en las obras del Arcipreste de Hita, pero caracteriza en este punto á la literatura española una reserva cautelosa. El freno inquisitorial fué patente para garantizar cierto miramiento en lo referente á la ortodoxia. Luna, en la continuación del *Lazarillo,* podía hablar de los inquisidores con todo atrevimiento, pero Luna escribía desde París. En España, donde la Iglesia había de comprender bajo su examen todo libro que se diera á la imprenta, un Castillo Solórzano no podía excederse á otra cosa que á insinuar la eficacia de la Inquisición como instrumento de venganzas particulares, contándonos cómo un pícaro elude su compromiso de pagar á un arriero acusándole ante la Inquisición de haber perjurado. Préndesele entonces al arriero juntamente con los pasajeros, á quienes se les detiene tres días, y se le castiga con multa, mientras que al acusador se le remunera por su denuncia y prosigue su camino bien satisfecho. A pesar de esto, si algunos libros picarescos se anotaron en el Indice, no pocos pasajes atrevidos se reprodujeron en ediciones sucesivas y aun muchos escaparon á la inspección del Santo Oficio. La sátira contra la Iglesia era, debemos reconocerlo, más bien que rigurosa, amablemente donosa. En lo general, no ha de tomarse al pie de la letra, y aun cuando no titubeara en señalar defectos, nunca se propuso emprender reforma alguna. El ejemplo del primer *Lazarillo*, que obtuvo edicto de publicación sujeto á la censura en la edición de 1573, trajo como consecuencia un respeto mayor para las cosas eclesiásticas. Por lo menos, ninguna de las novelas posteriores consagró tan largo

espacio á lo eclesiástico, ni es ninguna tan mordaz en la sátira de las instituciones religiosas, fuera de la *Pícara Justina*. En este libro, las moralidades con que terminan cada uno de los capítulos justifican con cierto tono respetuoso los conceptos más osados. Se le advierte desde luego al lector que todo lo que el libro contiene está sometido á la corrección de la Iglesia Romana y de la Santa Inquisición, y aun cuando ocurra algún mal ejemplo en el texto, se hace la debida explicación de él en el *Aprovechamiento* con que termina el capítulo.

Justina visita en León la Catedral, donde hace mofa de los clérigos y de los cantadores, que, más bien que cantar como es su oficio, lo que hacen es bailar. Observando la escasez de asientos, infiere que se los reparten á medias los beneficiados y las coristas, y al saber que éstas han de ser doncellas, se maravilla de que pueda encontrarse alguna después de tales funciones religiosas.

De tan descarado capítulo, el *aprovechamiento* que se deduce es que «los mal intencionados son como ciertos insectos que de las flores extraen ponzoña; así, las fiestas sagradas no otra cosa sugieren á Justina que impertinencias maliciosas». Moralizando de esta suerte, no puede menos de pensar que el autor también ponía en práctica estas hipócritas mofas que su propia heroína le enseñara. Justina es verdaderamente incorregible en su ligereza para tratar las cosas piadosas. En una romería al santuario de Nuestra Señora del Camino se encuentra con un vendedor de avellanas, que él llama indulgencias. Al principio, ella supone que se chancea, pero pronto averigua que es costumbre nombrar á todo lo que se relaciona con las romerías indulgencias. La palabra *Humilladero* (nombre de una capilla que se encuentra en el camino) le inspira una explicación irreverente. Allí tiene lugar un suceso que muestra el desprecio de Justina por las prácticas piadosas: el hijo de una lavandera que la pretende se hace disciplinante para ver de obtener sus favores. Es el tal un gran bellacón que vive á costa de su madre, viuda, que no obtiene de él otro tratamien-

to que el de «mi lavandera», lo cual no impide para que hable jactanciosamente de sus grandezas.

En la fiesta de la Cruz, vestido de disciplinante, se presenta delante de la casa de Justina, seguido de una multitud de chiquillos que le van azotando con un látigo, cubierto con una sábana de Justina, que su madre se ha dejado en el lavadero, aparentando que lo que le falta de ropa lo suple su devoción. Justina, por toda respuesta, le vierte agua fría encima, según pasa por su puerta, y los chicos prosiguen su tarea empujando al pobre azotado fuera del pueblo, donde no se le vuelve á ver más.

El clérigo á quien sirve Lazarillo es tan avariento como el dómine del Gran Tacaño. La ración que da al muchacho es tan mezquina, que puede llevársela á los ojos lo mismo que á la boca sin que cosa le perjudique. En los mortuorios, el amo devoraba como un lobo y bebía más que un saludador. Y esta era también la ocasión en que Lazarillo no pasaba necesidad, por lo que rogaba al Señor que cada día se llevase al suyo al otro mundo. Un día, en ausencia del clérigo, llama á un cerrajero para que le fabrique una llave para abrir el arca de los bodigos de la ofrenda, y el reverendo, echando de menos sus panes, se da á pensar si serán los ratones quienes le pierden su hacienda. Refuerza el arca contra sus pretendidos ataques, y nada le vale. Los vecinos afirman que una culebra sea la autora del perjuicio, y como Lazarillo al dormir con la llave en la boca produce un silbido al soplar en ella, el clérigo, seguro de que lo que oye es el silbo de una culebra, da garrotazos en la oscuridad al muchacho, que resulta ser el ratón y la culebra á la vez, y se ve obligado á buscar otro patrón. Pero sigue atrayéndole la gente de iglesia. Su cuarto amo es un fraile, tan enemigo de cantar salmos como seguidor de los negocios y regalos del mundo. De él recibe Lazarillo su primer par de zapatos, tan traídos y llevados, que se le rompen en una semana; así que no es mucho lo que pierde el fraile. Sale de su servicio sin decir nada, y se asienta con un buldero ó vendedor de bu-

las enriquecidas de indulgencias, y publicadas, al parecer, para la cruzada contra los moros que ya había terminado. El tal buldero es un pícaro redomado que hace regalos á los clérigos de las iglesias que recorre con su cuenta y razón, y posee una mina de embustes para engañar á la gente piadosa. Con él tiene lugar la farsa del alguacil ya reseñada; y á propósito de ella, exclama Lazarillo: «¡Cuántas destas deben hacer estos burladores entre la gente inocente!» Después de haberse ajustado con un capellán y de haber sido aguador, tiene lugar la más íntima relación de Lazarillo con la clerecía, pues llega al conocimiento del Arcipreste del Salvador de Toledo que casa al pícaro con su criada. Malas lenguas podrán decir cuanto quieran de los motivos del Arcipreste para esta resolución; pero Lazarillo se resigna con el escándalo, aconsejado en esto por su señor, y se cuida menos de su honor que de su provecho. Posteriormente, cuando en la otra parte de la novela, publicada en 1620, se cuenta cómo Lazarillo fué enseñado por toda España como un monstruo marino, ya se nos aparece el pícaro más puntilloso. Dale no poca pesadumbre escuchar cómo dos viejas están comentando el afecto de su mujer para con el Arcipreste y sus consecuencias. Trata de probar su identidad pidiendo al Sr. Arcipreste que recuerde cómo una noche se vino para su cama desnudo, diciendo que había duendes, alusión que obra inmediatamente como un encantamiento, pues el Arcipreste le reconoce al punto antes que el pícaro pueda decir una palabra más. Otra vez, ajustado con un franciscano para llevarle su hato al convento, al llegar á la puerta le paga su trabajo el fraile con un «todo sea por el amor de Dios». Los gitanos le informan á Lázaro de que por lo regular ellos no son de Egipto, sino gente de iglesia, renegada, para llevar vida de más libertad; y la querida del ermitaño le cuenta que sus hijos pueden reclamar por padres á tres personas, que, según las mejores conjeturas, resultan ser un fraile, un abad y un cura, porque siempre ha sido aficionada á la gente de iglesia. Por eso la nombran la viuda eclesiástica, y

sus hijas heredan esta misma vocación por los señores de hábitos, cuya principal recomendación es ser secretos, ricos y sufridos.

Guzmán de Alfarache es más amable con los pescadores de hombres que Lazarillo ó Justina. Una vez oyó un sermón que estuvo á punto de hacerle profesar como religioso; pero después de haber asistido varios días á un convento á estudiar latín y griego, mudó de resolución. Cuando sale de casa se encuentra con un sacerdote honrado y respetable, de quien habla muy bien; y en alabanzas se deshace hablando del Cardenal romano en cuyo servicio estuvo; no es tan benévolo con un reverendo camarero del Cardenal, á quien le hace pesada burla metiéndole en su alcoba un muchacho vestido de mujer, á tiempo que llega monseñor.

La Elena de Barbadillo, refiriendo su historia, dice que gracias á las artes de su madre, pudo otorgar sus favores virginales por tres veces; no una. La primera á un rico eclesiástico, la segunda á un caballero y la tercera á un genovés, que fué el que pagó más y recibió menos. Realmente, este cargo de inmoralidad que las novelas picarescas hacen al clero es lo que constituye contra él el principal ataque. Y aun así, más se hace por regocijar á cuenta de esta burla que por censurar acerbamente, pues es lo cierto que estas transgresiones del voto de castidad no se miran sino con toda indulgencia.

De los demás pecados, los más execrados son la avaricia y la poca reverencia por las cosas santas. Alonso entra al servicio de un sacristán profano nada dócil á los ritos de la Iglesia. Alonso le reprende así como ciertas conversaciones libres que se le escapan, lo que vale ser despedido por su piadoso celo. Luego al servicio de unas monjas, se le encomienda el cargo de arreglar los altares é imponer silencio á los que hablan durante la misa. Con la curiosidad propia del pícaro, hace agujeros en la pared de su celda á traves de la cual oye las confesiones de las monjas, que le parecen, como es de razón, impregnadas de santidad. Periquín, criado de un cura, cae cierta vez,

por la excesiva bebida, completamente alertagado y casi á punto de muerte. Al salir de su letargo se le presenta por la noche á su virtuoso amo, que le cree un espíritu que le viene á reprender por haber retenido indebidamente una manda, y cae de rodillas á los pies de su criado pidiéndole perdón. Solamente en el escudero Marcos de Obregón se mienta la Reforma. Bloqueado por la lluvia en un ventorro, en Turín, entra en disputa con un ciudadano de Ginebra, acerca de los herejes, atacando á Martín Lutero y á Calvino. Ya á punto de llegar á las manos, se interpone el hostelero, evitando la riña; y otra vez que Marcos se encuentra con una compañía de ginebrinos en un coche, prefiere, para continuar en la amistad de ellos, dejar la discusión de los puntos reformistas. De ninguna manera hubiera pasado por estos puntos la Inquisición, que consentía de grado en no dar oidos á las burlas más ó menos irreverentes contra la pureza de la vida eclesiástica, pero que no toleró ni sombra de herejía. Porque en España el dogma era todo, y la moralidad cosa accesoria, de donde se explica la oposición tenaz que allí se hizo al Protestantismo, que profesaba el propósito de resucitar el ascetismo sencillo que en las costumbres mostraban los cristianos primitivos.

La religión arraigaba con gran fuerza en la gente; no, sin embargo, de manera que el pícaro pudiera siempre explotarla fácilmente en su provecho. Claro que hubo embustes religiosos de éxito, desde el de aquella mujer hipócrita y mansurrona, á quien Periquillo reprende porque cortaba á los pobres las uñas hasta llegar á la carne, por penitencia, hasta los fraudes sistemáticos de Montúfar ó de Molino. El último de éstos, en *La Comadre*, de Cortés de Tolosa, es un lacayo á quien ha dejado su amo durante un viaje á las Indias. Molino con otro pícaro, va á Jaén, donde se ponen hábitos talares; empalidecen sus mejillas bermejas de borrachos con una hierba, y van á asistir á los enfermos y prisioneros, pidiendo limosnas, y allegando rica cosecha de ellas. Los santos religiosos, con humildad fingida, se ponen á sí mismos los nombres de Pedro el Pe-

cador y Juan el Miserable, engañando con todos estos artificios á una mujer prometida en matrimonio al amo de Molino, y además á la madre, y á entrambas las seducen, roban y abandonan. En la *Hija de Celestina*, de Salas Barbadillo, Montúfar, Méndez y Elena, heroína de la novela, aún exceden á los anteriores en embelecos religiosos. Viajan en facha de peregrinos, y llegados á Sevilla, en medio de una muchedumbre que les rodea, Montúfar recibe una bofetada y el insulto de hipócrita; la gente, indignada, se precipita sobre el agresor; pero Montúfar, alumbrado de sabia resolución, le defiende, le perdona públicamente y le proporciona un vestido nuevo y una espada, y le ve salir de la ciudad hecho un creyente; el pueblo queda impresionado extraordinariamente con la piedad del santo. La humildad de Montúfar no tiene límites: se nombra á sí mismo «borriquillo, animalejo, inútil». Pero todas las limosnas que le dan para los pobres las convierte en oro, que guarda, y cuando su fuga á Madrid se hace inevitable, allí se larga con todo el dinero el santo. Trapaza en la capital, se pone el título de noble portugués; se viste un hábito de Cristo, y con sus enormes anteojos de armadura de hierro, conforme á la moda de la época, anda por doquiera, sin miedo á ser descubierto. En la *Guía y avisos de forasteros*, un pícaro engaña á un rico labrador, haciéndole creer que es un canónigo que ha perdido en una navegación su equipaje, que hubo de lanzarse al mar para incendiar el barco perseguido por galeras moriscas.

Pero la clase de religiosos más satirizada por su hipocresía, fué la de ermitaños.

Hartos había de ellos en España por el siglo xvii, y si algunos abrazaban aquella vida, por menosprecio y desengaño del mundo, muchos fueron los que le menospreciaban tanto que lo perdieran de vista en lo que les importara; por la mayor parte escogíase esta profesión como un disfraz de la picardía. Algún que otro anacoreta piadoso se encuentra á veces. Marcos de Obregón narra su historia á uno que tiene su ermita por el Puente de Segovia, en donde le ha pillado una tormenta que le

obliga á buscar allí refugio. El único defecto que se señala en este ermitaño, durante el relato, es cierta propensión á dormirse, propensión que atendidas la prolijidad y lentitud del narrador, no deja de padecer también el lector. Guzmán, Mier Morcón y una partida de pícaros escuchan con entero respeto un sermón de un venerable ermitaño, que ciertamente no recoge ningún fruto de su prédica. Alonso, al fin de su carrera, llega á ser un claustral piadoso, y con este carácter relata la mitad de su narración. En la *Historia tragicómica de Don Henrique de Castro,* de Loubayssin de la Marca, su héroe, al ser derrotado en Chile, busca refugio en una ermita, á cuyo ermitaño cuenta su historia después que las de los demás han sido ya contadas; y Teresa de Manzanares, robada en Sierra Morena, recibe hospitalidad de otro ermitaño, cuya soledad responde á contrariedades de amor. El ermitaño convencional que figura en las novelas picarescas es, con todo, un pícaro, como el primer personaje corriente en esta clase de ficciones. Como lo es aquél que el Gran Tacaño y el soldado de Flandes se topan en su camino cabalgando en un borrico. Aquel que reprende severamente el vicio de jurar del soldado, y hace compañía con ellos, á la noche, en una venta. Mientras aguardan la cena, se entretienen en jugar á los naipes. El ermitaño anuncia que no sabe jugar nada; mas sabe tanto, que con sus trampas los deja tan pelados, que no tienen bastante para pagarle. Pedro de Urdemalas niega una limosna á un ermitaño hipócrita, tenido en consideración de santo por la gente; este santo, furioso, le castiga tan cruelmente, que se ve obligado á reconciliarse con él para salvarse de su ira. Para consuelo del pícaro desaparece el ermitaño fingiendo que va de peregrino, pero en realidad, acompañado de una joven; después hay referencias de que se ha pasado á Italia con una compañía de soldados. Lazarillo de Manzanares entra al servicio de un santero; con él se lleva una vida admirable, pues su oficio es obtener de los ricos mucho más de lo que han de repartir entre los pobres.

Lazarillo de Tormes, en la tercera parte de su vida, también alcanza á ver, en la puerta de una iglesia, á un ermitaño que habla y no acaba de las alegrías y prosperidades de su profesión. Convídale á comer en su ermita, y en el entretanto le saltea un mal repentino y mortal. Lazarillo, temeroso de que le tomen como á su matador si no hay testigos á punto, llama á unos pastores en su socorro; pero cuando llegan éstos, la única palabra que puede pronunciar el ermitaño es «sí». Con lo que Lazarillo, no queriendo desperdiciar la ocasión, le pregunta si le deja por heredero. El pobre moribundo asiente á esto como á las demás preguntas que le hace, de todo lo cual toma testimonio un pastor, anotando con un carbón en la pared. Entiérrase al ermitaño, y Lazarillo, después de varias indagaciones, halla su dinero en una olla, oculta debajo del altar. Tras esto acuden multitud de personas á visitar la tumba del del santo difunto, proponiendo su canonización á los seis meses, y Lazarillo, que ha aceptado de bonísima gana la casa del ermitaño, la ve llenarse como de espuma con las dádivas de los peregrinos, ofreciéndosele vida asaz regalada. Mas le acontece que, al dejar cierto día la ermita para ir á la ciudad á pedir por entretenimiento por las puertas de las casas, le hacen entrar en una de éstas, donde le toman por el Padre Anselmo (que así se llamaba su antecesor). Allí, una familia que resulta ser la mujer é hijas del piadoso fenecido, rompen en llanto al saber su desgracia; pero cuando averiguan que no les ha dejado nada, su furor no tiene límites. Lázaro, para gozar tranquilamente del dinero que ha reunido pidiendo, le promete casarse con la hija. Pero no ha contado con la huéspeda; porque esta buena gente con quien trata de emparentar, revuelve toda la ermita hasta descubrir que el suelo del altar está removido, y lo que es peor, descubren la olla del dinero. A la mañana siguiente, cuando ha de celebrarse su boda, le embaucan lindamente, y lo atan á la cama, echándole luego agua fría encima, y después de hacerle sufrir toda clase de tormentos, le despojan de todos sus bienes, y gracias si puede escapar con

vida de entre las manos de la piadosa familia fundada por un no menos piadoso ermitaño.

Pero el archipícaro de la clase está en Crispín, el ermitaño que figura en la *Garduña de Sevilla*. Rufina y Garay, que han oído á unos ladrones hablar de él como de su depositario, determinan hacerle una burla. Rufina, aquella misma noche, ha quedado atada á un árbol, gritando fuertemente, y Garay hace como que galopa á toda brida, huyendo aterrorizado. Viene el ermitaño, que desata á Rufina, y ésta, con todos sus embelecos de pícara, le hace creer que ha estado á punto de ser degollada por un hermano celoso de su honra, y de esta suerte se adquista su gracia, obteniendo que la deje esconder en su celda. A la mañana siguiente, mientras el ermitaño ha salido á mendigar, vuelve Garay con un narcótico, que administran al hipócrita á su regreso, y entonces marchan ambos con sus rapiñas dando cuenta á la justicia, en un anónimo, de los latrocinios del ermitaño y sus cómplices. Queda preso Crispín, y á los ladrones se les ahorca. Al ermitaño le vale caer enfermo, pues la justicia es tan dilatoria, que él tiene tiempo de escapar de la cárcel, vestido con ropa de mujer. Toma un saco de doblones que había enterrado por precaución, y un criado, Jaime, con el que marcha para Toledo. Allí están Garay y Rufina, y él se propone avistarse con ellos, valiéndose de Jaime, que entra en aquella casa como perseguido por la justicia, y él mismo finge ser el alguacil. Mas, por desgracia suya, Jaime se enamora de Rufina, y durante la ausencia de Garay se proporciona grandes cantidades del ermitaño, robándole lo que no puede conseguir pidiendo, y luego huyen de Toledo los dos amantes, denunciando al desventurado Crispín, que es preso y ahoreado, aunque, como buen cristiano, perdona, al morir, á sus acusadores.

Aunque en comparación de Massuccio y los novelistas italianos, los autores de novelas picarescas españolas fueran respetuosos con la religión y los religiosos, estos ejemplos satíricos allegados de sus obras constituyen el ataque más osado

que presenta en general la novela y aun toda la literatura española. Pero aun así, se debe manifestar que el objeto de estos ataques fué menos la fe que los abusos á que se prestara. Hubo á la verdad cierto espíritu de Protestantismo en estas novelas picarescas que ha hecho pensar á algunos en el influjo de los hermanos Valdés; pero como en España el Protestantismo nunca pasó del grado de investigación ó crítica adversa ocasional, así su expresión no fué nunca positiva, sino negativa. Los espíritus más elevados siempre mostraron acatamiento á la Iglesia, por más que desaprobaran sus métodos específicos. Desde Lope que autorizaba con su presencia oficial la quemazón de más de un hereje, ó Góngora que se lamentaba de que no llevaran al fuego más que uno en un auto de fe, hasta Cervantes y Quevedo que consentían en la expulsión de los moriscos, por más que se dieran cuenta de los perjuicios que á ella se seguirían, nunca se vió vacilar su adhesión á tal estado de cosas.

La unión exigida para deshacer el poder musulmán, juntamente con el dogma, mantuvieron intacta la Iglesia; y los mismos que se burlaban no se hubieran nunca permitido dudar. Solamente el pícaro de todo, salvo de lo que entra por los sentidos y que se mofaba de cuantas cosas al ser escarnecidas pudieran hacer reir, no sentía el más mínimo escrúpulo. Con el candor del descaro declaraba su opinión, pero el freno de la costumbre general y el de la Inquisición moderábanle en su trato con las cosas de la religión.

Si las condiciones peculiares de la vida española influían así en la manera de tocar lo religioso en la literatura nacional, los médicos no ofrecían menos blanco al ridículo en este país que en los demás en aquella época. El símbolo de su profesión venía á ser la mula en que cabalgaba y en la que el médico castellano se pasea tan frecuentemente por las páginas de los libros picarescos como lo hacía en su vida por las calles soleadas de Sevilla ó Toledo; mas su pedantería, ignorancia é inacabable farsa, á costa de la credulidad de los enfermos, eran

rasgos por igual señalados en España y en Francia (1). Sorel, Molière ó Cirano de Bergerac dedicaron al médico no menos crueles arañazos que cualquier otro literato del Mediodía, y la base de este proceder fué siempre la misma. El médico congrega su clientela por motivos calamitosos. Durante el mal persuade á sus enfermos á que sigan dietas y medicaciones que parecen imaginados más para prolongar la dolencia que para hacer efectiva la curación. Si ésta se logra, el enfermo le alaba; si sobreviene la muerte, nadie osa achacársela; pues es que se ha obrado la voluntad de Dios, y cuando menos el difunto no ha de resucitar para reclamar la reparación de su daño. Opuesta á esta teoría, que destruye el prestigio de las funciones, se alza la que consagra la obra de la naturaleza. Ella, abandonada á sus propios recursos, puede hacer más que todos los doctores del mundo, porque la naturaleza se consideraba como el reservorio de la fuerza vital que el médico satirizado en la novela picaresca no dejaba llegar hasta el enfermo. Considerando el estado de la ciencia médica en aquel tiempo en que el ridículo libro, escrito por el Dr. Juan Sorapán de Riesos, bajo el título de *Medicina española contenida en proverbios vulgares,* se recomendaba como libro de texto en la Academia de Medicina de Granada, y en que sin el menor motivo se indicaban copiosas sangrías y se prohibía el agua á los enfermos, ó, por el contrario, se le derramaba á cántaros sobre el cuerpo de la desventurada víctima, no se ha de extrañar que la longevidad se lograra más fácilmente por los simples procedimientos naturales que por los dictados por estos discípulos de una ciencia bárbara y grotesca. En todo caso, pudiera alegar el pícaro la respuesta que dió Luis XIV cuando se le consultó sobre la prohibición del estreno de *L'Amour médecin de Molière: «Les médecins font assez souvent pleurer pour qu'ils fassent rire quelquefois.»*

(1) Véase Mauricio Raynaud, *Les médecins au temps de Molière;* y el *Journal de la santé du roy,* editado por M. J. A. Le Roy, París, 1862.

En el *Conde de Matisio,* de Zabaleta, el padre del protagonista desaparece pronto de la escena para que haya razón de que se le aplique el epitafio que ordena le pongan á su muerte: *los muchos médicos me mataron.* Guzmán tiene menguada opinión de esta facultad. Cuéntanos de un enfermo que iba mejorando ayudado de su naturaleza, que contra la orden del médico salió á misa, y, encontrándole allí, le paga sus honorarios, recomendándole que deje de asistirle; en alguna ocasión prefiere hacer de médico él. La opinión que sobre la honradez de los médicos tiene, la manifiesta cuando cuenta que, estando de pordiosero en Roma, se hizo unas llagas fingidas en su pierna, y sentado á la puerta de una iglesia, atrajo la atención de un Cardenal. Éste, lleno de piedad, arregla que le asistan á su costa los mejores cirujanos de la ciudad, lo que le causa gran temor, pues espera que la fatal verdad ha de resultar de su examen profesional. Confiésales su embuste: los doctores le escuchan gravemente, y acuerdan perseverar en el engaño, para así participar de la largueza del Cardenal. De esta suerte, las úlceras pintadas, que le servían de filón, merced á una cura prolongada, siguen rindiendo provecho á todos tres. A Marcos de Obregón, haciéndo de médico, le proclaman como un insigne estafador, y preguntado por un enfermo cómo no dice algo en su descargo, se contenta con replicar que, como la censura no iba dirigida á él, nada tiene que responder. Entre otros amos, tiene este pícaro al doctor Sagredo, cuyos libros son espadas homicidas, y cuya mujer no le es más fiel que la de aquel otro médico á quien entra á servir Trapaza. Cuando el doctor intenta sangrar á la señora, Marcos la emprende con él para criticarle sus procedimientos y sus pedantescas circunlocuciones técnicas, recomendando que en lugar de esto use remedios basados en el saber llano y corriente. En Salamanca cae á su vez enfermo, y el médico le prohibe beber agua, ordenándole, en cambio, un baño para hacerle remitir la fiebre. Después del baño, Marcos, delirante, bebe de aquella misma agua, y, en contra de lo que se le ha prescrito, vuelve de nue-

vo al baño. Al día siguiente se encuentra bien, y el médico, creyendo, por lo que parece, que ha seguido sus prescripciones, empieza á hacer loores de su tratamiento; mas cuando sabe la verdad del caso, no cesa de hacerse cruces asombrado, y se marcha murmurando aquello de *rectum ab errore*. Menos le vale otro yerro á Estebanillo, el cual, sirviendo á un cirujano de hospital en Nápoles, propina un trago de agua á un enfermo á quien se le había prohibido, y así le manda tan satisfecho al otro mundo. De debajo de la almohada de un estudiante moribundo sustrae una bolsa de dinero, se hace charlatán herbolario y va vendiendo cocimientos inútiles á precios escandalosos para que los tengan por preciosos. Hace de sacamuelas Lagamundo con cuatro judíos; tres de ellos, que dicen tener dolor de muelas, le compran sus líquidos enjuagatorios, mientras el cuarto pide ser operado. A todos los embauca y hace su agosto, hasta que, como cosa de juego, Estebanillo arranca á aquel infeliz, no ya un diente, sino parte del maxilar; y cuando el lastimado judío y sus camaradas vociferan contra él, el pícaro los denuncia al concurso como herejes, y se tienen que escapar apresurados sin ninguna esperanza de reparación. En un carnaval, imagina una burla contra los médicos; se provee de una carreta, encima de la cual va un asno acostado en una cama. A su alrededor, ayudantes con lavativas y otros instrumentos médicos; él, con vestidos de mujer, llorando por la enfermedad del asno, y unos violinistas, que con su música hacen por aliviar sus últimos momentos, completan la mascarada, que se pasea en triunfo por toda la ciudad; al burro lo hacen bailar con los dolores de las quemaduras que le hacen las vendas á que han dado fuego, hasta que, rompiendo el animal sus ligaduras, salta del carro, produciendo alboroto entre los circunstantes.

A pesar de esto, la gente no dejaba de dispensar su confianza al médico, de lo cual el pícaro acostumbra á valerse diligentemente. Cuando Sancha Gómez, criatura monstruosa, gorda, cae enferma, Justina se porta tan amablemente con

ella como gato de convento, y concierta con un barbero que se preste á servir de médico. Toma éste el pulso á Saucha, le examina la lengua, le habla por cifra, y después de alguna deliberación, le prescribe una cataplasma de tocino, y que froten el cuerpo de la enferma con pan reciente y le apliquen huevos y miel. Alégrase la infeliz de que por casualidad tiene de todo ello en casa, y les entrega las llaves de la despensa, sin sospechar cosa. Mas cuando está bien emplastada de arriba abajo, y recubiertas las orejas y la cara, el fingido médico y Justina se ponen á cenar opíparamente, y todo á costa del repuesto de la casa; y no es este barbero más ignorante que la generalidad de los doctores. Teresa finge, siendo actriz, que está enferma, para vengarse del empresario, y los médicos á quienes se llama para asistirla son víctimas de un engaño. Apenas hay pícaro que no imagine alguna burla de palabra ó de obra contra los médicos, ni aun aquellos que, como Gregorio Guadaña, los cuenta ante sus progenitores. La madre de este tal trae gente al mundo, y el padre la quita, es decir, que el uno es médico y la otra comadrona: sus parientes por ambos costados son boticarios, cirujanos, sacamuelas y barberos; y, á pesar de ello, no les ahorra sus ataques. El único pícaro que los trata bien es el Donado Hablador, que se deshace en alabanzas sobre los discípulos de Esculapio. No se trata de ponderar las fatigas de la vida del médico y su mezquina retribución. Se lamenta de que haya quienes pretenden que el médico sepa hasta la hora y el momento del desenlace, y nos cuenta de uno que fué llamado á una aldea para asistir á un moribundo; todo el camino le fué embromando el arriero con lo del salario, que no fué al fin de la jornada otro que los insultos de la mujer, acusándole de haberle matado á su marido. En resumen, Alonso declara que el médico es sucesivamente ángel, hombre y demonio, según que el pariente está enfermo, convaleciente ó sano. Esta apología única, no sólo en las novelas picarescas españolas, sino en las francesas, tendría alguna importancia mayor si su autor, Jerónimo de Alcalá, no hubiera sido médico él mismo, que publicó

obras de medicina y ejerció esta profesión durante veintiséis años antes de la publicación de su novela, según él propio confiesa.

Los estudiantes desfilan por las novelas picarescas en procesión abigarrada. Poco estudiar y mucho jarabear es su empleo, aunque en ocasiones numerosas encuentran magra pitanza, en vez de abundosa francachela. Marcos, en Salamanca, es tan mísero, que tiene que ir á caza de tarugos para la lumbre, y saliendo una vez con sus compañeros á este menester, se encuentran con un zancarrón de mulo que no pueden hacer arder. Si por mala ventura dejan los estudiantes de saludar al *corregidor* por esta falta de respeto, privaciones y fatigas de la mañana á la noche, es lo que les aguarda hasta que se les presenta la fortuna en forma de alguna herencia. Ríos, en el *Viaje entretenido*, yendo á Madrid á visitar su amiga, se las ha con un estudiante mísero que le saquea su repuesto vorazmente, jurando por Apolo Délfico y fanfarroneando de su buena suerte en amores con la propia mujer que va Ríos á visitar. Tampoco á Alonso en Salamanca le va muy prósperamente, si bien no llega á pasar tanta estrechez como otros. Saliendo un día á la calle, se marcha con una tropa de estudiantes á las escuelas, y llegados allí, le rodean como á novato, le escupen y le preguntan qué hacen su madre y hermanos, y si lloró al dejarlos ó si se ha traído algo consigo. Él no hace sino pasmarse, y al caer en la cuenta de que es costumbre tratar así á los novatos, limpia sus vestidos sin decir palabra. Sus compañeros se gastan cuanto tienen en disipaciones, y les es forzoso buscarse algún medio para vivir, no encontrando otro mejor que el meterse en la iglesia, donde se dan vida regalada; pero á él, que ha seguido distinto rumbo, como es el de afiliarse en una milicia para Italia, le toca muy mala ventura. Casi por las mismas pruebas que el Donado en Salamanca, pasa Pablos el Buscón en Alcalá. A su llegada á este Estudio, los estudiantes le cercan en un patio, le dan de puñadas y le escupen, y hasta el que se le finge más amigo que llevaba y mostrándole apre-

cio le persuade á que se descubra la cara, es el que más le maltrata. Escápase al fin á su casa, y se acurruca en la cama, dando por resultado una seria reprimenda de su amo D. Diego, que es de su misma edad, y le avisa de que en lo sucesivo tenga más cuenta de sí mismo. Durante la noche, y validos de la obscuridad, le aporrean y burlan sin piedad, y cuando al venir la mañana se le ocurre, para librarse de aquellas bellaquerías, fingirse enfermo, da esto ocasión á que los estudiantes le arrastren fuera de la cama, le aten con cuerdas y le estiran tanto del dedo corazón, que les falta poco para dislocárselo, que este es el remedio con que intentan curar su desmayo fingido. Todo esto le vale para abrir los ojos y ser cauto, proponiéndose, en lo sucesivo, ser más bellaco que ellos, y así lo hace, con lo que sus atormentadores se le tornan amigos. Luego ya no ocurre picardía en la que él no sea actor; como el apoderarse de los cerdos que andan por el patio de la casa, y tostarlos con la paja de los jergones robados, invocando para su justificación el hambre, que es el sagrado á que suelen apelar los estudiantes y la excusa de que los animales se entraron por su aposento con tanta familiaridad, que ellos pensaron ser suyos. Engaña á su ama de llaves vieja, tramposa; roba de las tiendas, y cuando el maestrescuela y el rector le buscan para castigar sus granujerías, se finge moribundo, rodeado de sus compañeros, que le encomiendan á Dios y le asisten con hachas encendidas, y un sacerdote que le administra la última unción.

En su infancia también, y cuando iba á la escuela, ya le ocurrían al Buscón desventuras. Un caballero, de nombre Poncio de Aguirre, á quien él le llamara Poncio Pilato, le persigue de muerte, y sólo cede ante la promesa que el maestro le hace de que no le dirá ya más de esta manera. Así que, rezando al día siguiente el Credo, y al llegar á aquello de «padeció bajo el poder de Poncio Pilato», Pablos rectifica diciendo: «padeció bajo el poder de Poncio de Aguirre,» con gran algazara del maestro y de los otros chicos de la escuela. En las Carnesto-

lendas, le eligen los compañeros por su rey (1), y montado en un rocín ciego que, famélico, se engulle un repollo del mercado, se arma un alboroto entre las verduleras; el rey va á dar á una alberca, y su séquito se le dispersa, ahuyentado por un fuego graneado de hortalizas. Enviado, más tarde, á Segovia, para servir á D. Diego, va á parar á la verdadera casa del hambre, la del Dómine Cabra, «esqueleto viviente, arenque escurrido, caña con cabezuela» (2). Cuando aciertan con un nabo en la comida, Cabra invita calurosamente á sus pupilos á que le hagan los honores; por la noche les reparte piltrafas de carne de cabra asada, y un caldo tan claro, que á diez palmos de profundidad aún sería transparente, todo esto acompañado de preceptos higiénicos para evitar indigestiones. Algunas veces, Pablos, hablando con D. Diego, duda de si en la pelea con las verduleras los matarían, y son ánimas que están en el Purgatorio. Al declinar los nombres, se comen la mitad de las palabras, de hambre que tienen. De nada les sirve simular enfermedad; antes al contrario, esto sirve para acrecentar su calamidad, pues Cabra les envía á una vieja que les administra terribles melecinas. Luego esta tía es la que se encarga de la cocina, lo que empeora la situación, que un día, como es tan cegata, les vierte las cuentas del rosario en la olla. A ellos les ocurre la idea de si serán garbanzos de Etiopía. Al cabo, uno de los escolares se muere por tan malos tratamientos, y el médico declara que el hambre se le había anticipado en cumplir con su profesión de matar gente. Pablos y D. Diego terminan su hospedaje. Al llegar á sus casas es menester que los trasladen muy despacio, y que les desempolven las bocas con zorros, y

(1) Rey de gallos, según el original.—(N. del T.)

(2) Una carta de Adam, la de Parra á Quevedo (citado en el tomo de sus obras correspondiente de la Bib. de Aut. españoles), da por segura la existencia real del Dómine Cabra en la persona de un D. Antonio Cabreriza. (*)

(*) El autor que cita de memoria no reproduce ningún término original.—(N. del T.)

que nadie hable alto para que en sus estómagos no retumbe el eco. Repárese que tan encarecidas descripciones de hambre y malos tratamientos se ven reproducidas en la novela moderna, como es buen ejemplo las escenas de la vida escolar que presentan en sus primeras páginas, *Oliver Twist* y *Nicolás Nickleby*, que perseveran fieles á este género de caricatura.

En los libros satíricos de la Edad Media no es raro ver aparecer á los estudiantes respondiendo con desenfado á las preguntas enigmáticas que los maestros les hacen. El Necio Afortunado, á imitación de esto, aparece en Salamanca, donde los criados de un caballero le someten á un examen burlesco. Vestidos de togas, le proponen una serie de preguntas para que dé prueba de su ingenio. ¿Cuál es la locura más discreta?, le preguntan, y él responde: el amor. ¿Cuándo un loco cesa en su locura? Cuándo reconoce que la tiene. ¿Por qué hay tantos necios en el mundo? Porque ninguno cree serlo. Y apretándole á que exponga su propio juicio, responde: «Los preceptos de la poesía son como los de la Ley de Dios, que todos los conocen y pocos los guardan.» Lazarillo de Tormes, después de sus aventuras fantásticas por el mar, llega á Salamanca, con la idea de poner cátedra de lengua atunesa. El rector de la Universidad le pregunta que cuántos toneles de agua hace el Océano, y él contesta que se la medirá si se la presenta toda. Luego le preguntan cuántos días han pasado desde la creación de Adán, como si hubiera estado Lázaro, según él dice, con una péndola en la mano: á pesar de ello, les contesta que siete, pues de siete en siete se van repitiendo siempre. Otras veces los estudiantes invierten su ingenio en descarada picardía, y así pudo decir con razón William Lithgow, que viajó por España en 1620, refiriéndose á Salamanca, que «es la Universidad sacerdotal de España, de donde derivan esos rebaños de estudiantes que infestan la tierra con sus bellaquerías, hurtos y pordioseos» (1). Trapaza, en el viaje á esta misma Universidad,

(1) *The totall Discourse of the rare Adventures and painefull Peregrinations of Long nineteene Yeares Trauayles.* Londres, 1632. El texto

saca del juego más que suficiente para pagárselo. Con el sobrante se acomoda de traje vistoso, se cala anteojos, y, cambiando de nombre, hace papel de importancia, pasando por ser hijo de un rico noble de la Gran Canaria. Busca la sociedad de los mejicanos ricos, siempre dedicado al juego, y chupa de la bolsa de los genoveses grandes cantidades en oro y joyas. Mas también llega á su noticia que otros estudiantes, sin ser tan famosos, saben aprovecharse triunfalmente de sus hazañas rateriles, porque una noche de Carnaval se encuentra con que una cuadrilla de ellos le ha desvalijado la casa. Todo lo que puede hacer Trapaza es quejarse á las autoridades, pero sin atreverse á dar cuenta de su propia situación, por no exponerse él mismo á ser descubierto. Más tarde, y habiendo dejado la Universidad, una noche, durmiendo en Jaén, es robado por un estudiante y un arriero, y al despertar se encuentra tan pelado, que le es forzoso entrar á servir. Guzmán en Alcalá encuentra sólo pícaros entre sus compañeros. A las ocho de la mañana van á la capilla de San Ildefonso, según su deber; pero solamente para entrar por una puerta y salir por la otra; en cambio, invierten la noche en francachelas y borracheras. Por espacio de más de siete años que asiste á aquella famosa Universidad para estudiar humanidades y teología, si alguna vez va á las lecciones, no entiende nada de lo que allí se dice ó se hace, y su vida de estudiante se reduce á probar la miseria y estrechez de la clase, que, en un momento de desatino, deja para casarse con la hija de su pupilera. Los estudiantes pícaros, en el *Día y noche de Madrid,* se salen de la taberna sin pagar la cuenta, y el dueño, entreoyendo que su hija se queja de sus tratamientos, sale con espada en mano á acometer á otros parroquianos inofensivos, como si fueran los verdaderos culpables. Entre otras hazañas, los estudiantes meten á un vendedor

---

citado es así en inglés: «The sacerdotall University of Spaine Whence springeth these Flockes of Studientes, that over-swarme theutrole land with rogueries, robberies and beging.»

de castañas en la pendencia; el tabernero queda preso, y los estudiantes, como de costumbre, se van libres.

Justina señala el humor regocijado y bullanguero de los estudiantes. En una de sus primeras vagabunderías, camino de la fiesta de Arenillas, se encuentra con una cuadrilla de escolares, disfrazados de canónigos y arcedianos, con su cabecilla de obispo; encaramados en una carreta, bailan y cantan de cuando en cuando una letra que dice:

«Yo soy palma de danzantes
Y hoy me llevan los estudiantes.»

Luego se apoderan de Justina, y poniéndole los vestidos de la cantadora, la hacen á ella cantar el mismo dictado, porque al verse instalada tan de súbito en la carreta, da voces pidiendo socorro y usando sin fijarse de la segunda parte del estribillo. En sus lamentaciones se compara Justina con todas las heroínas históricas y mitológicas que hayan sido robadas. Consiguiendo quedar á solas con el que iba de obispo, se defiende de sus ataques, usando de sus artimañas, y exigiéndole que preparen una fiesta pública, á la que ella se asocia como reina de la partida. El obispo asiente y ordena á los estudiantes que merodeen por la comarca para juntar provisiones. Vuelven ellos tan cargados de botín, que Justina se espanta de que hayan dejado cosa á vida allí por donde han pasado. A todo esto se sigue una juerga fenomenal, cuyo resultado es caer todos borrachos. Justina tumba al carretero de un latigazo, y guía ella misma las mulas hasta Mansilla. Llegada á á la plaza, da gritos á los alguaciles, y desuella á rebencazos á los estudiantes, que se despiertan atónitos y huyen á medio vestir por el campo, pareciendo, según la expresión de Justina, las zorras de Sansón con sus haces de balago ardiendo en las colas. Al obispo le cuesta aquello ser destituído, por haberse dejado burlar tan malamente, y Justina queda en gran predicamento, acreditada de más casta que Lucrecia y más brava que Semíramis. En lo sucesivo ya no se aparta del ánimo de Justi-

na su ojeriza contra los estudiantes; á todos los burla, aunque pocos son ya los que se le atreven, precedida como va de su fama de pícara; y á uno que, enamorado perdidamente de ella, se sobrepone á su temor, lo chasquea, enviándole á un mesón, donde se quedó sin pagar la cuenta, para que busque una orza de miel que no existe en ninguna parte.

Los mesoneros de las novelas picarescas son á la vez publicanos y pecadores. Si alguna vez prometen servir bien á sus huéspedes, no pasa de promesa cuanto hacen. Los alimentos son malos, las ventas sucias y los venteros no siempre gente sin conciencia, pero las más de las veces en complicidad con los ladrones salteadores. Si alguna vez el ventero es honrado, le salen los asuntos torcidamente. Guzmán, en su segundo matrimonio, tiene de suegro á uno de éstos que no permiten que los criados sisen un grano del pienso de las bestias ó que escatimen la ración á los huéspedes; pues, á causa de estas virtudes insólitas, tiene Guzmán que padecer el resultado, pues el tal ventero se arruina, viéndose precisado á salir con su familia echado de su propia casa. El soldado Píndaro habla de dos mesoneros, padre é hijo, el primero perverso y el segundo honrado. El padre, con la sisa de las medidas falsas y bautizo del vino, ha dejado al hijo una buena herencia; pero éste, para reparar las faltas de su padre, emplea medidas más amplias de lo debido y da siempre de más. Afortunadamente se salva de la ruina, merced á un forastero que muere en su posada legándole toda su fortuna. Lo que ordinariamente se requiere para entrar al servicio es, sin embargo, una fuerte inclinación picaresca. Periquín obtiene un acomodo de éstos, porque el amo de una venta advierte en él un tipo magnífico de ladrón. Teresa se hace recomendable por sus atractivos y reserva para tener cuenta en una gran posada de los equipajes de los viajeros. El mismo Guzmán, que no es nada bueno y se hace acreedor por su marca de pillo á que le tomen de mozo de taberna, vocifera contra los mesoneros: «qué de robos, qué de tiranías, qué de desvergüenzas: verdaderamente parece que no temen á

Dios ni á los ministros de la justicia, ó es que van á la parte». En el primer día de su escapatoria se encuentra con una ventera vieja, tía bruja que le pone unos huevos medio empollados, y los manteles y servicio de la mesa tan negro como una sartén, de tal manera todo, que al salir de allí sólo el recordarlo le pone enfermo. Se encuentra luego en Cantillana con un ventero que es un famoso ladrón, que les sirve á él y á otro compañero carne de muleto aderezada como ternera, no sin hacer sermones furibundos contra los malos mesoneros y alabar su propia honradez. Aquella noche Guzmán queda medio devorado por las pulgas, y á la mañana siguiente ve que le han robado la capa, con la complicidad del ventero. Rebuscándola por toda la casa, hace la casualidad que el pícaro venga á dar con el pellejo y las patas del muleto, y armándose sobre ello una fuerte quimera, viene el mesonero á confesar no sólo aquel delito, sino otros muchos, y entre ellos, robos á mano armada. Realmente, la información dada por el ventero á los cuadrilleros y la parte que ha tomado en diversas aventuras de este linaje, son complemento obligado de su trato. Don Gregorio y sus amigos se ven también asaltados en Sierra Morena por una cuadrilla de treinta bandoleros, y todo es obra de su mismo hospedador, que los avisa mientras estaban durmiendo. Al despertar, se notan aligerados de todos los objetos de valor que llevaban y de la mayor parte de los vestidos. En el Guadarrama, un ventero regañón, que se ha negado á servir ninguna cosa, ni aun por dinero, al soldado Píndaro, llega hasta agredirle, pero resulta herido y castigado á galeras por añadidura.

Cuando tales violencias no surten efecto, se recurre á la astucia. Don Alonso, de camino para Sevilla, á duras penas se salva de una encerrona en un ventorro en que su mala suerte le lleva á fiarse de la hija del ventero. Ella le propone que la despose; en estos departimientos, ella grita fuertemente, y al punto acuden siete hombres que hacen presa de él. La familia pretende que no es la primera vez que está con la moza, fiján-

dose en lo bien dispuesta que ella aparece, y Alonso, tratando de probar que aquello es una emboscada, no tiene más remedio que acceder (como en apariencia lo hace), á sus demandas; se juntan preparativos para la boda; pero, aprovechando un momento de distracción, se escurre de la venta, recobrando así su comprometida libertad. En Madrid, Lazarillo de Manzanares y su amo experimentan cosa análoga con una patrona y su hija; pero, por ciertos motivos de orden económico, se dilata el suceso y queda fallido. Muchas veces los venteros figuran en estos libros robando á sus huéspedes, y suelen quedar también burlados cuando más seguros se creían. Marcos de Obregón, al parar en Ventas Nuevas oculto en el establo de una taberna, observa durante la noche cómo el ventero y su mujer abren una portezuela que comunica secretamente con el aposento en que los huéspedes dejan su dinero. El ventero, confundiendo á Marcos, á causa de la obscuridad, con su propia mujer, le pone en las manos el fruto de sus saqueos, con el que el pícaro se larga sin perder tiempo. La mujer de Rodrigo, mesonero pícaro de los *Engaños deste siglo*, hace creer á su ladrón marido que la capa de su amante es de un huésped á quien ella la ha robado, y así se libra el amante de sospecha.

El retrato típico de lo que ha de ser un ventero nos lo da, mejor que ninguna otra novela, la *Pícara Justina*, en el que hace de Diego Diez, padre de la heroína, taimado cofrade de este gremio. Este señor da, entre otros consejos, el que la cebada se debe guardar á distancia, para que el comprador no vea cómo la mezclan, y que la mano diestra mejor se aplica para medirla que el mejor rasero. Si las bestias son buenas, prosigue, de cualquier cosa comen, y si malas, no merecen comer nada. Cuando un huésped pida de comer, nunca se le dirá que lo hay en casa, aun cuando lo haya; se fingirá tener que irlo á buscar fuera para darle más mérito al servicio. Con los viajeros se ha de gastar más donaires que palabras, y toda clase de zalamerías antes de que se pongan á la mesa, para que, contentos con ellas, disimulen cualquier cosa en la comida.

Fingiendo que se ha de dar algo á los pobres, la mesonera recogerá las sobras, cuya aplicación es quedar en casa. Todo ha de honrarse en este mundo, y especialmente aquellas cosas que, no pudiendo hablar, no pueden tampoco honrarse á sí mismas. Por esto, al gato muerto se le llamará liebre; al gallo, capón, y al grajo pichón. Cuanto á las frutas, es su recomendación decir que son traídas de lejos, lo cual añade algo á su fragancia. Cuando un huésped pida vino, se le ha de preguntar en alta voz que cuánto, porque su orgullo le hará ser más liberal de lo que sin testigos de vista lo sería. La moza que sirva á la mesa tenga cuenta con no pasar de la puerta, sin necesidad, sobre todo por la noche. A pesar de la sabiduría derrochada en estos y otros muchos consejos, su autor no tuvo un final muy dichoso. En una disputa con un caballero sobre si le adulteraba el grano, recibió un golpe que le dió con la medida del medio celemín, tan malamente, que le dejó muerto sin tener que gastar un comino en la enfermedad. Tan pícaro como éste, y aun de más experiencia, es el ventero de *El passagero,* del cual uno de los personajes exclama: «Maravilloso conocimiento tiene este hombre de todas las clases de la vida; labradores, soldados, sacerdotes, rufianes, alcabaleros, á todos trata; y, á pesar de ello, la mayor dignidad á que puede aspirar es á las galeras ó á la horca.» Pero el posadero no se conturba lo más mínimo con lo que ha de suceder, y muchos como éste pueden declarar que en el tráfico del mesón se goza de más libertad que en la misma Ginebra.

Del mesonero de Guadarrama ó de Sierra Morena, que hurta á sus huéspedes ó está en combinación con otros ladrones, no hay más que un paso para llegar á los bandoleros propios que figuran en las novelas picarescas más como enemigos del pícaro que como amigos. No son nunca tan interesantes como los pícaros, porque en ellos la parte del ingenio se sustituye con la violencia. Todo el día se le pasa en bravuconerías no exentas de cierta candidez, ni son tampoco tipos esencialmente españoles. Celestina, la madre de Elena, pierde su vida

á manos de bandidos yendo de camino. A Teresa la prenden en Sierra Morena, sirviendo de manzana de la discordia á sus raptores; y según que ellos se pelean por quién se la ha de llevar, se escapa y los denuncia á la justicia. También los forajidos, en cuya compañía Periquín anda robando por las sierras, se dejan coger en una porfía que tienen por otra bella robada. Tales bandoleros no se jactan de su sér como los pícaros: son á menudo gente que vive en lucha y respirando venganza contra una sociedad ingrata. A veces, el pícaro se convierte en agente involuntario suyo, como Lazarillo de Manzanares, de quien se apoderan unos ladrones y le obligan á entrar en una casa asaltada por ellos para que les sirva de víctima mientras ellos huyen, ó como Juan en *El Passagero,* á quien utilizan de instrumento unos salteadores de cementerios para sacar joyas de una tumba que está á medio cerrar. Rufina y Garay, en un bosque, entreoyen á unos ladrones que están aparejando una incursión, y uno de ellos, joven de buena familia, que ha dejado sus estudios por seguir aquella vida, cuenta aquella noche una novela para pasar el tiempo. Rufina, que ha gustado de oirla, no siente escrúpulo en conseguir que sea ejecutado así como sus compañeros. No suele haber gran simpatía entre bandidos y pícaros; con todo, Marcos de Obregón cuenta el caso de un estudiante que se volvía para su casa con los bolsillos vacíos: unos bandidos le detienen, según iba distraído, cantando; llévanle á su guarida y le amenazan con matarle si no les da entera relación de su persona; pero uno de ellos intercede para que le dejen en libertad, y, andando el tiempo, aquel estudiante paga la acción de aquel bandido salvándole de la pena capital á que había sido condenado, y logrando se le conmute por la de galeras. También Marcos, en compañía del Dr. Sagredo, cae en manos de unos vaqueros desalmados, cerca de Ronda, y gracias que pueden escapar al desbandarse la cuadrilla que los lleva, por temor á la justicia que los sigue.

FRANK WADLEIGH CHANDLER

LA AMÉRICA MODERNA

El capital inglés exportado. Su acción en América del Sur. Estudio de Mr. Paish.—La reforma penitenciaria cubana y la pena de muerte.—El prejuicio antiespañolista. Consideraciones sobre la fama en la opinión. Novelas sobre España y realidades extranjeras. La reacción españolista. Los emigrados españoles juzgando el patriotismo. Ejemplos en la Argentina. La nacionalidad argentina necesita inmigración española. Retroceso de la inmigración italiana en la Argentina y avance de la española. La capacidad de progreso de los españoles. Juicios de un sabio español.—La transformación de España. La energía ibera.

El Sr. George Paish, especialista de reconocida autoridad en la materia, presentó en Diciembre último una Memoria á la Sociedad Real de Estadística, de Londres, en la que estudia detalladamente, por países y por las distintas clases de inversiones, el importe de los capitales ingleses empleados en las Colonias británicas y en los países extranjeros.

En el trabajo de Mr. Paish se asigna á la República Argentina la suma de 269 808.000 libras, equivalente á pesos oro 1.360.000 000, muy inferior, como se ve, á los cálculos exagerados y fantásticos que se han publicado al respecto aquí y en el exterior, y de los cuales se han hecho eco, sin mayor estudio, algunos órganos importantes de la prensa argentina.

Como en el país no existe ni se lleva una estadística oficial y minuciosa de la materia, el error hace camino, motivo por el cual se ha generalizado la creencia de que la deuda del país al extranjero es enorme, lo que da origen á un tributo

anual oneroso y abrumador, representado por los intereses y los dividendos que corresponden á esa deuda.

Y no es extraño que el error se generalice, dice G. Pintos, escritor argentino, cuando en *La Nación,* uno de los periódicos más serios y autorizados de la prensa argentina, en una correspondencia de París, inserta en el número de 18 de Febrero último, se dice «que *grosso modo* se calcula que la suma de capitales extranjeros importados ó en giro en la República Argentina se aproxima á la cifra de 6.300 millones de pesos oro sellado»; y para que no se suponga error, se agrega «equivalentes á 31.500 millones de francos», sin que hasta ahora nadie se haya preocupado de rectificar tal enormidad, tan sólo atribuíble á una errónea información del corresponsal.

Calcula éste en 160 millones de pesos oro sonante al año el tributo que el país debe pagar al exterior por el uso de sus capitales, amén de 30 millones que se llevan anualmente los que abandonan el país, y 40 millones más que gastan los argentinos en viajes de recreo por Europa.

Resulta así el total del llamado tributo al extranjero, sumadas las tres partidas, de 230 millones de pesos oro al año, con que el país retribuye los servicios de los mencionados capitales, en forma de intereses de empréstitos oficiales y dividendos de empresas industríales y comerciales de toda especie en que se hallan invertidos.

Un notable y conocido hombre público norteamericano, amigo de la República, ha ido aún más allá de estas cifras, afirmando en un discurso de propaganda, pronunciado en su país á favor del nuestro, que los ingleses obtienen de éste anualmente 56 millones de libras esterlinas como intereses y beneficios de sus capitales; afirmación infundada, que ha sido también recogida y divulgada sin rectificación por los más importantes órganos de la prensa argentina.

De todos estos errores y exageraciones viene á dar buena cuenta, en hora oportuna, el interesante y minucioso trabajo de Mr. Paish, con la suma total y el detalle de las inversiones

hasta fin de 1910 del capital inglés en nuestro país, que va en seguida, con el término medio del interés ó dividendo de la respectiva inversión.

Importe del capital inglés invertido en la República Argentina.

	Libras esterlinas.	Promedio del interés ó dividendo anual. — *Por 100.*
Empréstitos oficiales	33.768.000	4,75
Ítem municipales	4.571.000	4,5
Ferrocarriles	186.126 000	4,7
Bancos	1.850.000	13,6
Cervecerías y destilerías	993.000	4,2
Canales y diques	1.941.000	19.9
Empresas comerciales, industriales y otras	6.922.000	6,3
Luz eléctrica y fuerza motriz	889.000	4,2
Negocios de tierras, financieros y otras inversiones	8.060.000	3,3
Gas y agua	3.854 000	7,1
Minas	832.000	10,0
Telégrafos y teléfonos	1 390.000	6,5
Tranvías	18.612.000	5,1
Total	269.808.000	4,87

Los intereses y dividendos correspondientes, calculados con los respectivos promedios, sólo alcanzan á 13.146.522 pesos al año, equivalentes á 66.258.470 pesos oro, ó sea muy poco más de la cuarta parte del cálculo norteamericano, cifra que, si no es pequeña, no es tampoco abrumadora para un país de la vitalidad y de la potencia económica de la República, desarrollada gracias al concurso del capital extranjero, y especialmente del inglés, que con toda confianza y fe decidida en su porvenir no ha vacilado en acudir á impulsar sus progresos, con la esperanza de obtener de su inversión remuneraciones satisfactorias.

Ahora bien; si la suma total de los capitales ingleses empleados en la República sólo alcanza á la cifra de 1.360.000.000 pesos oro, ¿á cuántos alcanza la suma total del capital extran-

tranjero, agregando á aquélla lo invertido por capitalistas franceses, alemanes, belgas y otros?

Sería muy interesante y conveniente para los intereses del país efectuar una prolija y detallada investigación oficial al respecto, á fin de disipar los errores y los cálculos exagerados, originados por deficiencia ó falta absoluta de información oficial sobre la materia.

A nuestro modo de ver, teniendo en cuenta que la mayor parte de los capitales extranjeros empleados en el país pertenecen á capitalistas británicos, y que recientemente principian á afluir los de otros países, nos aventuramos á calcular la cifra total en 2.000.000.000 pesos oro, así descompuesta:

	Pesos oro.
Capital inglés.....	1.360.000.000
Capital francés, alemán, belga y otros.	640.000.000
	2.000.000.000

Y calculando un interés y beneficio medio anual de 5 por 100, su servicio sólo importaría para el país un desembolso anual de 100.000.000 pesos oro, no en oro sonante, como alguien afirma, sino en los productos de su tierra generosa y privilegiada, cosechados mediante el indispensable concurso de aquellos capitales.

***

Manuel Secades, abogado consultor del Gobierno cubano, ha hecho un viaje de estudio por los Estados Unidos para recoger los datos necesarios y plantear la reforma penitenciaria en Cuba. Pocos países ofrecen como la América del Norte un campo de experimentación penal tan completo. Los reformatorios norteamericanos son un modelo acabado de las nuevas concepciones del Derecho penal.

El Dr. Secades, á propósito de este viaje, ha hecho importantes declaraciones, que transparentan la orientación que se propone seguir el Gobierno cubano en la legislación penal.

A su regreso á Cuba, el Sr. Secades presentó al Gobierno de su país un extenso informe, demostrando las excelentes condiciones de la policía neoyorkina, así como también un estudio completo con respecto á las prisiones de Sing Sing, Auburn, Blackwells Is, The Tombs, Bedford Reformatory, Hart's Islad, Hospital de Mattewan, etc., etc., habiéndose publicado gran parte de esos informes en los periódicos de la Habana *La Lucha, Discusión, El Mundo, Diario de la Marina, El Comercio, Cuba, La Prensa, El Triunfo* y otros.

También el Sr. Secades redactó varios artículos literarios, explicando sus impresiones sintéticamente, que le fueron pedidos por las revistas literarias *Letras, El Fígaro* y *Cuba y América,* en cuyas revistas se publicaron un sinnúmero de fotografías de todos esos departamentos penitenciarios.

Por tal motivo, y á pesar de su ausencia, el Sr. Secades ha sostenido constantemente relaciones, y muy afectuosas, con los señores comisionados de Policía de la ciudad de Nueva York y el comisionado del Departamento de Corrección y con el Superintendente de las Prisiones del Estado, quienes, lo mismo que los jefes de las mismas, siempre han tenido con él las mayores cortesías y le han facilitado todos los datos precisos para sus estudios. He ahí la razón por la cual el Gobierno cubano ha vuelto á mandar al Sr. Secades para completar los trabajos, visitando la prisión de Dannemora y el Reformatorio de Elmira, para cuyos lugares, lo mismo que para Albany, ha salido recientemente.

Tan pronto vuelva á Cuba el Sr. Secades, y con los nuevos datos que él lleve, se reunirá la Comisión nombrada por el Presidente, J. M. Gómez, para estudiar, discutir y aprobar las bases para el concurso de la nueva prisión que se construirá en la Habana, costando varios cientos de miles de pesos, y que el General Gómez desea que esté á la altura de las mejores prisiones americanas.

Esa Comisión fué nombrada hace poco, y está compuesta de un grupo de cubanos prominentes y de condiciones

especiales en materia de prisiones. El Sr. Secades hace meses remitió un álbum para el señor Comisionado de Policía de New York y otro para el Superintendente de las Prisiones del Estado, en el que se reunían muchas fotografías de las nuevas estaciones de la Policía de la Habana y de toda la ceremonia para la colocación de la primera piedra de la nueva prisión de Cuba.

Esos álbums estaban bellamente encuadernados, y fueron remitidos dentro de cajas de preciosas maderas cubanas, y en las tapas aparece una placa de plata con expresivas dedicatorias. Ahora el Sr. Secades ha llevado á New-York tres cuadros con fotografías de los diferentes departamentos del presidio de Cuba (castillo del Príncipe) y de la cárcel de la Habana.

Uno de los cuadros está destinado exclusivamente á revelar los progresos que se han hecho en Cuba científicamente con respecto á la identificación de los criminales (sistema dáctilo-fotográfico), cuyos progresos se han debido principalmente á los cuidados de D. Francisco Steegers, cubano prominente en esos particulares.

Los marcos de esos cuadros están trabajados con mucha paciencia por los penados cubanos, quienes los hicieron con muchas clases de madera del país, con incrustaciones y formando dibujos preciosos. El mismo artista de una de las más importantes casas de New York á quien el Sr. Secades ha dado el encargo de hacer unas placas metálicas con dedicatorias, ha manifestado que se trata de unos trabajos de mérito extraordinario. Esos cuadros serán entregados, en nombre del Departamento de Gobernación de Cuba, á los Departamentos de Prisiones de la ciudad y Estado de New-York; pero antes de dicha entrega se propone el Sr. Secades exhibirlos en un local adecuado en esta ciudad, para que muchas personas puedan apreciar los méritos que tienen.

El Sr. Secades dijo que le había sorprendido la publicación en los periódicos de Cuba *El Triunfo, Cuba* y otros, de un cablegrama enviado desde New-York, el día 2 del pasado, en el

que se manifiesta que á él le agrada la idea de recomendar al Gobierno de Cuba la aplicación de la silla eléctrica para los condenados á muerte, así como de que había sido invitado para presenciar la ejecución de dos reos en Sing Sing y Dannemora. Nada de eso es cierto—ha dicho el Sr. Secades,—pues precisamente yo he publicado diferentes trabajos en mi país contrarios á la pena de muerte, lo mismo para los delitos políticos que para los delitos comunes, y entiendo que esa pena debe abolirse definitivamente en todo el mundo; y muy especialmente en los Estados Unidos, en donde la civilización y los sentimientos piadosos y elevados vienen demostrando que la reforma de los seres perjudiciales se consigue positivamente por medio de la benevolencia, de la educación, del trabajo y de los principios religiosos.

Yo fuí invitado—decía el Sr. Secades—para presenciar una ejecución el año pasado, y no acepté esa invitación, porque, en primer lugar, entiendo que debe ser un espectáculo desagradable para toda persona de nobles sentimientos, y que únicamente debe ser observado por aquellas personas que, en cumplimiento de la ley, están obligadas á concurrir á un acto tan triste. En segundo lugar, es mi opinión que los hombres no tienen derecho á quitar á sus semejantes una vida que Dios les ha dado, que á él sólo pertenece, y que cuando los hombres la quitan cometen un crimen legal tan grande como aquel que tratan de castigar.

La pena de muerte sólo responde á una venganza social, propia de las épocas antiguas, y no está en armonía con los progresos modernos. «Réstame decir—termina el señor Secades—que la publicación de esa noticia obedece seguramente á que se ha confundido mi nombre con el de otro cubano distinguido, que está aquí de tránsito y que trató de esa materia, ó á una mano oculta que, en varias ocasiones, se ha complacido en hacer que se publiquen, como dichas por mí, cosas que ni siquiera he pensado.»

Así piensan en España los positivistas y los prosélitos de

la dirección española de Derecho penal que representa el profesor Dorado Montero.

*
* *

Sería insincero negar que en el extranjero existe una cierta prevención contra España y los españoles. ¿Cómo se ha formado este prejuicio? No es labor fácil el detallar el origen de este estado de opinión, pero sí se puede afirmar que no ha sido indiferente á la formación y extensión de tales prejuicios, el gran papel político que España ha desempeñado en el mundo, y su decadencia. El prestigio en la opinión mundial es cosa que se forma muchas veces con grandes ruidos. El Negus de Abisinia comenzó á ser grande y despertó curiosidad mezclada á la admiración cuando se quedó ahito de sangre italiana en Adua; al japonés casi se le ha negado la consideración social de semejante, hasta que á tiros ha destrozado la leyenda de la ferocidad de los cosacos. Alemania suena mucho ahora, á pesar de haber derivado la torrentera espiritual anterior á la era bismarkiana hacia un practicismo ó comercialismo que se desentiende, las más de las veces, de la existencia en los altos planos de la idea y engulle toda actividad intelectual en el profesionalismo, que solamente persigue la utilidad máxima; ahora pega ó amenaza y es más conocida por esto que por su vida espiritual... Y basta de ejemplos. Los españoles, por otra parte, han dado muestras de poca incontinencia cuando de los defectos españoles se ha tratado; han sido los primeros en exagerarlos. Así se comprende el que un escritor francés dijera, asombrado, que en Sevilla había comido roastbeef y bebido champagne. Sin duda esperaba no poder comer otra cosa que alcuzcuz. Y así ocurre que, en fuerza de rebajarnos nosotros mismos, vamos luego á regiones que creemos emporios de civilización europea, y ¡oh desencanto! también allí encontramos manchas pecaminosas, y no pequeñas. ¡Furibundos hispanófobos, que hacéis ascos cuando Gautier os describe las largas

filas de españoles que, envueltos en sus capas, están tomando el sol en las cortas tardes de invierno! Os invito á que paseéis por las calles de una ciudad flamenca, Gante, por ejemplo, y veréis en las tardes de verano á la rechoncha flamenca, sentada á la puerta de su casa, hirsuto el sombrero, apartados á un lado los negros zuecos y aireando sus pies del mismo color. Preguntad á cualquiera dónde está el *Vooruit* ó la Catedral, y os volverán la espalda, por no tomarse el trabajo de contestaros, ú os dirán que no saben francés (y estarán en lo cierto). A pesar de esto, no faltará un español que, como Marquina, al describir cómo *En Flandes se ha puesto el sol,* presente á los españoles como hijos de un bárbaro hogar, y á los flamencos buenos y dulzones como ternerillos.

Al lado de la pasión que domina en la literatura crítica de España, no es raro encontrar la nota cómica de algún sociólogo que, como Fouillée al describir la psicología de los pueblos de Europa, llega á España y descubre que los valencianos son excelentes bailarines y forman compañías que van alegrando toda la Península, que los gallegos se distinguen por su ingenuidad...

Tanta injusticia tenía que herir nuestra sensibilidad. Los españoles que viven en América son los que más fuertemente vienen reaccionando contra tales opiniones así extendidas. He aquí un *espécimen* de lo que piensan los inmigrados españoles en la Argentina:

«Proteger, amparar á la madre común con limosnas, no es hacer patriotismo práctico, porque á la madre se le debe todo; lo que esa madre pide á sus hijos es actividad, iniciativas, mejor empleo de esos dineros echados al acaso de la caridad. No ha llegado España á extremos tan dolorosos, puesto que mantiene un presupuesto de más de mil millones de pesetas y tiene veinte millones de hijos dentro de sus fronteras.

»En lo intelectual, consiste ese patriotismo práctico en saber elevar en todo momento el nombre de la patria, no permitiendo jamás á los labios proferir una sola palabra que pue-

da redundar en su descrédito. Hablad de Francia con un francés, de Italia con un italiano, de Alemania con un alemán, y ellos os darán la pauta á seguir en este aspecto importantísimo del patriotismo, que merece calificarse de patriotismo inteligente. Una prudente ocultación de lo malo, que existe en todas partes, si se completa con un meditado elogio de lo bueno, formará con el tiempo un ambiente favorable, en el cual se desvanecerán muchos errores y prejuicios que aún flotan en contra de nuestra patria.

»Llevadas estas teorías al terreno comercial, estaremos de lleno en la esfera de acción del patriotismo práctico. Pero para que surta sus naturales resultados hay que imponerse la tarea con convicción.

»Si el comercio español existente en América se compenetrara de la importancia de ese método de penetración pacífica que yo he propuesto y que está en sus manos, porque es el más poderoso aquí, y es el más poderoso porque es el más extendido, nadie competiría con nuestra producción, y se invertirían los términos de ciertas operaciones mercantiles que yo conozco, consistentes en «abanderar» productos españoles bajo pabellones franceses, alemanes ó ingleses, porque así tienen mejor salida, yendo entonces en cambio manufacturas de esos países á acogerse á nuestra bandera para su más fácil venta en los pueblos hispano-americanos, conquistados económicamente para la madre común por el comercio español, en ellos radicado.

»Y no se hable de dificultades que parecen insalvables por la terquedad de nuestros hermanos de la Península y el amor propio de los que por acá andamos. Esas son cuestiones de familia que se resuelven con un poco de buena voluntad.

»Muchos de los casos que me han puesto como ejemplo, los que se sienten doloridos por lamentables incidentes tenidos con el comercio peninsular, no revisten los caracteres fabulosos que les asigna el natural deseo de encontrar en lo nuestro lo mejor.

»Toda casa importadora cuenta á centenares engaños de informalidades de que ha sido víctima, lo mismo en la rubia Albión que en la luminosa Francia. Mi actuación comercial me autoriza á hablar así.

»Lo que sucede es que las cosas de España las tratamos como de casa y nos llegan más á lo vivo; como ocurre con las travesuras de un miembro de la familia, las cuales se abultan en razón directa de lo que afectan á la honorabilidad ó á los intereses colectivos. En cambio, lo ajeno se mira con prisma distinto.

»Bien que nos resulte informal y nos dé gato por liebre una casa alemana, inglesa ó francesa; pero que eso lo haga una firma española con un compatriota que le compra sólo por patriotismo, ¡vamos, es el colmo!

»Lo que no dicen muchos que así se expresan, es que quisieron obtener de España un cincuenta por ciento de beneficio sobre lo que venían pagando por la misma cosa en otras partes.»

El articulista de *El Diario Español*, de Buenos Aires (1) que así escribe, está en el secreto.

Mis lectores se asombrarían todavía más si transcribiese aquí todo lo que en cartas particulares de América se me dice, respecto de los principios antiespañolistas que algunos propalan por allá. El Dr. Dalmau (Bahía-Blanca) me advierte que el número de españoles residentes en la Argentina en 31 de Diciembre de 1910 ascendía á 739.602 como mínimum, «digan lo que quieran las estadísticas», respecto de las cuales me advierte mi informante que debe tenerse cierta prevención, porque está muy extendido el deseo de rebajar la cifra de la inmigración española en la Argentina, por creerse que el español es inferior. Se desfiguran las estadísticas referentes á los españoles, como se desfiguran las referentes á la inmigración

(1) 2 Setiembre 1911. *Factores para el intercambio hispano-argentino*, por J. Martínez Beltrán.

de sirios en la Argentina. Lo peor es que gran parte de la literatura que en la República se produce es de afrancesados ó de italianizantes que se olvidan de la seriedad científica, á semejanza de Mr. Huret, y no desperdician ocasión de mortificar lo español.

Yo no me explico tal aversión entre intelectuales que deben estar exentos de odios de tenderos. En algún artículo cité yo la opinión del autor de un libro sobre la Argentina, y he venido á saber que el nombre era un pseudónimo y el verdadero autor un italiano, redactor de un gran diario italianista de Buenos Aires. Claro está que, según tal autor, todo lo italiano era bonísimo, y lo español mediano ó malo. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que el prejuicio mancha la pureza científica de los que sobre España así se expresan. Tengo por el más grande de los pecados el llevar los prejuicios al terreno científico. Yo jamás me habría perdonado hablar mal de los italianos, sólo por haber visto á muchos de ellos haciendo bailar una mona sobre el organillo del postulante en los alrededores de Berlín, ó por haber leído en Sergi que la *camorra* y la *maffia* la habían llevado los emigrantes á Norteamerica.

Entre los verdaderos argentinos, limpios de prejuicios y amantes de la prosperidad de su patria, es muy otro el concepto que se va formando de los españoles. Ellos saben muy bien que sin la asimilación de los heterogéneos elementos inmigrados en la Argentina, peligra el carácter originario de la nacionalidad de la gran República del Plata. Los gobiernos de la Argentina no han de procurar sólo la grandeza económica del país, estrujar la tierra y hacer florecer industrias en medio de un conglomerado de razas. Esto, que sería un fin justificado en un Sindicato, no lo es en un gobierno. *¿Y a-t-il une nationalité argentine?*, preguntan en un buen libro Albert B. Martínez y Mr. Lewandowski (1). Tal vez por no poder contestar rotundamente en sentido afirmativo se producen allá hondas

(1) *L'Argentine au XX^e siècle.* París, 1909.

preocupaciones. Los inmigrados no se dejan asimilar fácilmente; sus vínculos morales y materiales con su patria perduran mucho tiempo. Después de un detenido examen de esta cuestión, dice un escritor argentino:

«Los motivos que hemos analizado seguirán impidiendo la asimilación del extranjero: él nos dará su prole para la escuela, pero no por completo; hay en el país escuelas italianas, alemanas, rusas, inglesas, francesas, en las que el niño recibe la inspiración de la nacionalidad paterna, y escapa á la inspiración argentina, imperfeccionando su ciudadanía por la indiferencia que resulta de su educación exótica. Además, hay otro punto grave en cuanto á la entrega á nuestra enseñanza de la prole de la primera generación de los inmigrantes; siguen la tradición de sus padres, y la mayor parte de esos niños no tendrá escuela, pues es tan alto el aporte de niños por los inmigrantes y su prolificación en el país, que, en el día en que escribo estas páginas, no obstante los meritorios esfuerzos de todas las autoridades y las urgentes sumas que se aplican, hay más de 450.000 niños que no reciben instrucción. Entre ellos está, en cifras elevadas, el niño menor de doce años traído por el inmigrante, niño que será después un extranjero adulto, un meteco, simple coexistente con el nativo, aventajado con la excepción del servicio militar» (1).

Al llegar á estas consideraciones, forzosamente tienen que volver en la Argentina los ojos á España, único país que puede dar el material fundente para la nacionalidad argentina.

«El aprendizaje de la lengua española es de mucho interés nacional, pues es un elemento de incorporación, por facilitar toda especie de tratos con los argentinos, quitando rápidamente el aislamiento que causa otro idioma. Por este motivo fundamental, entre otros, es interesante el notable aumento de la inmigración española, que, apareada con los argentinos, viene á aumentar la masa fundente en que han de ingresar los

(1) Ibid., pág. 196.

inmigrantes de otro idioma. El español está radicado inmediatamente de su llegada; no hay dificultad ninguna en sus comunicaciones; es más inclinado á dar el ejemplo de la naturalización, y tiene la inmensa ventaja de poder conocer las leyes que nos rigen y entender sin dificultad las modalidades de la vida nacional, semejantes á la suya por la comunidad de origen. Puede leer los diarios argentinos, viniendo así á saber nuestros actos administrativos y circunstancias de interés general, apoderándose de él nuestro ambiente. El diario ó periódico en otra lengua sirve para alejar á su lector de este ambiente, y es, por tanto, contrario al interés patriótico» (1).

Ya no miran todos, pues, con prevención al elemento español; hasta le consideran satisfactorio cuando se ve que va adquiriendo predominio sobre el italiano.

«Los italianos siguen formando la inmigración temporánea, pero en menor cantidad que en los pasados años, con tendencia á desaparecer de esa categoría, por causa de la mayor afluencia de jornaleros de otras naciones, la fijación de mayor número de españoles en las campañas de las provincias, y el notable crecimiento de la población rural.

»Entre los 93.528 italianos, llegaron 16.099 antiguos residentes, así declarados ó reconocidos por la Junta de Visitas; salieron del país 51.642, dejando por saldo 41.883, número inferior al saldo de los españoles (59.334). La salida general para ultramar fué 94.644, en la que los italianos tienen parte por los 51.642 individuos indicados.

»Los españoles venidos, en cantidad algo menor que los italianos, *han dejado un saldo mayor:* sobre 86.798 entradas, 27.464 salidas; saldo, 59.334. *La tendencia marcada de estos nacionales es fijarse en el país;* no tienen la noción nacional clasificada, reglamentada, de la inmigración temporánea. *Se han internado á provincias y territorios en mayor número que*

(1) J. A. Alsina.—*La inmigración en el primer siglo de la independencia.* Buenos Aires, 1910.

los italianos. Los antiguos residentes incluídos en la entrada fueron 7.162 (1).»

Los italianos en Europa no desconocen el avance español. Es muy significativo lo que afirma *Il Secolo,* de Milán, respecto á los españoles en la Argentina.

«Los medios de acción de los elementos españoles en la Argentina, dice, van siendo objeto de una transformación. Los grandes almacenes de Buenos Aires y de las principales provincias estaban en sus tres cuartas partes en poder de los italianos. La proporción se ha invertido á favor de los españoles que regentan las más importantes casas comerciales, conquistando á la vez el comercio medio con el apoyo decidido que le prestan algunos establecimientos de crédito, entre ellos el Banco Español del Río de la Plata.

»Los agentes que en gran número tiene este Banco distribuídos por todo el territorio, extienden el comercio de España, y donde hay un español con alguna actividad y disposición para el comercio, se le concede un crédito: un tercio en efectivo y los otros dos en garantía de crédito sobre las casas exportadoras españolas que entregan las mercancías de consumo.

»De este modo, el más eficaz indiscutiblemente, amplía España la esfera de su comercio en la Argentina, según se puede comprobar con la estadística; y el elemento español va abandonando el trabajo del campo, duro é ingrato, por el más fácil y lucrativo del tráfico.»

Veamos, por último, los que en España, siendo prestigios científicos indiscutibles, confirmados hasta en Francia, examinan científicamente la capacidad progresiva de los españoles. Habla el Profesor Carracido:

«España, en el siglo XVI, fué sana y vigorosamente original; en el siglo XVII, todavía conserva la originalidad, pero ya se muestra enfermiza, delira, es el siglo del conceptismo, y en el XVIII, agotada su potencia creadora, limítase al papel de co-

(1) Ibid, pág. 90.

pista. Para no prodigar los comprobantes, sólo ejemplificaré mi aserto con los tratadistas de la doctrina pedagógica del cultivo del ingenio. En el año 1575, publicó el médico Juan Huarte, y, por cierto, en tierra andaluza, en Baeza, el *Examen de Ingenios,* obra que, por su vigorosa originalidad, es estudiada y alabada por nacionales y extranjeros; sigue á ésta, en el 1637, la *Filosofía sagaz y Anatomía de Ingenios,* de que es autor el presbítero D. Florencio Pujasol, en la cual todavía se ve una personalidad que discurre por cuenta propia, pero ya todo en ella es alambicamiento, desde el título hasta el fin, y en el 1795, el escolapio P. Ignacio Rodríguez, da á luz su *Discernimiento filosófico de Ingenios,* totalmente yermo de ideas propias y sólo muy esmerado en la pureza del estilo.

»Pero la labor intelectual de España en la centuria XVIII, aunque falta de originalidad, no es ineficaz en absoluto para levantar el entendimiento de su estado de postración. Poniendo la mirada, durante sus trabajos de copista, en los buenos modelos, se va enmendando de los pasados delirios, y con ánimo sereno siente su flaqueza ante la realidad, y como el convaleciente que desea recuperar las perdidas fuerzas, busca la firmeza en el ensayo de su paso vacilante para volver á la plenitud de la vida. Esta aspiración se hubiera realizado á no sobrevenir la recaída de la guerra de la Independencia, guerra inexcusable, heroica, salvadora, digna de eterna alabanza, pero funestísima, porque extirpó los renacientes brotes de la ciencia española, brotes que no volvieron á la vida en el transcurso del siglo XIX, envueltos en la espuma sanguinolenta de las rencorosas guerras civiles.

»Viviendo para la consolidación del régimen representativo en permanente estado revolucionario, los espíritus removíanse en su desasosiego, conturbados por la pasión, y absorbidos por el interés dramático de la lucha, era imposible el trabajo metódico y perseverante que reclama la obra científica: la actividad no fluía ordenadamente, sino á borbotones, y encomendándose todos al azar, sólo esperaban el momento afortunada-

do. La norma de los españoles era: en lo político, el pronunciamiento; en lo militar, la audacia temeraria; en lo económico, la lotería, y en lo intelectual, la inspiración. En esta escuela de vida pública, como consecuencia obligada de sus enseñanzas, se sentó el axioma de la imposibilidad de la invención científica por incapacidad de la raza, por la viveza de la imaginación y por el esplendor del cielo, tópicos repetidos en los discursos en que se examinaba el problema de nuestra cultura, con el propósito muy humano de justificar la pobreza nacional; pero, hablando el crudo lenguaje de la realidad, el último de los tópicos es un disimulo de la holganza, y el de la viveza de la fantasía, de ser exacto el efecto que se le asignaba, sería un estado patológico de la atención» (1).

El Profesor Carracido dice en estos cortos, contundentes y bien razonados párrafos, todo lo que puede decirse á propósito del tema del florecimiento y la decadencia de la ciencia española, y el examen de las condiciones sociales de la producción científica española. Pero ¿y la raza? ¿Tiene capacidad bastante? ¿Somos los seres inferiores que los antiespañolistas dicen? A semejanza de Fichte, que, después de las grandes derrotas de Alemania, examina el potencial progresivo de los alemanes y concita á éstos para el renacimiento, Carracido, con absoluto dominio de la cultura científico-positiva, analiza las condiciones antropológicas y psicológicas de los españoles y las de su medio físico.

No podía desentenderse de estos puntos de vista el Profesor de Madrid, ya que, durante muchos años, nos han cargado los oídos los antropologistas y psicólogos que, enamorados de las cabezas dolicocéfalas y branquicéfalas rubias, nos han condenado como incapaces á los dolicocéfalos morenos de ambos

(1) Dr. José R. Carracido: *El problema de la investigación científica en España.* Asociación Española pasa el progreso de las ciencias. Congreso de Granada.

hemisferios. Después de mucha experiencia histórica, resulta lo que los espiritualistas alemanes Lazarus y Steinthal han afirmado: el espíritu triunfa sobre la raza y el suelo. Poco importa la forma de la crania de una raza, si el desenvolvimiento espiritual ha sido bien procurado. Yo no he podido encontrar en mis investigaciones sobre sociología del pueblo español, ningún paralelismo entre la crania y la psicología (1).

Pero si ya no en esto, los seudo-sociólogos ven la tara en el exceso de imaginación de los españoles. ¿Imaginación? He aquí lo que dice nuestro biólogo:

«Es frecuente presentar á la imaginación como enemiga del trabajo científico metódico, y nada más absurdo que obstinarse en sostener esta incompatibilidad, cuando en el mundo físico y en el psíquico son las imágenes la fuente más copiosa de nuestros conocimientos, y la fantasía la facultad espiritual de mayor alcance para la percepción de lo inaccesible á nuestros sentidos y para relacionar los datos inconexos de la mera observación.

»La estrella contemplada por el astrónomo en el campo del telescopio no es la que realmente existe en la lejanía del espacio sidéreo, sino su imagen, muy reducida en las inmediaciones, y muy fuera del lugar en que se halla el objeto que la produce, y las células, vistas por el biólogo en el campo del microscopio, son imágenes amplificadas de los elementos micrónicos, que constituyen las unidades elementales de la organización. Para descubrir pormenores de estructura, incapaces de ser revelados en la visión microscópica directa, se acude al fantástico procedimiento de iluminar las células con luz invisible, la de los rayos ultraviolados, encomendando á la placa fotográfica la percepción de la imagen que la retina humana no puede realizar, y para la pesquisa todavía más escrupulosa de las intimidades de la materia viva se ha llegado al conocimiento de las micelas de los coloides por las fulgurantes

(1) *Constitución y vida del pueblo español.* Madrid, 1905.

imágenes de difracción que resplandecen sobre el fondo obscuro del campo de ultramicroscopio. Dícese que las exploraciones de la anatomía microscópica están definitivamente terminadas, pero en la histología y en la microquímica, en lo que ha de ser visto por imágenes y esclarecido por la fantasía del observador, existen mundos inexplorados que en su conquista entregarán las claves descubridoras del secreto de la vida.

»Descansa principalmente la llamada parte positiva de la ciencia sobre observación de imágenes, y la euritmia de las construcciones científicas es obra de la hipótesis, de las imágenes compuestas por la fantasía para satisfacer exigencias del razonamiento. En todo edificio doctrinal son los materiales imágenes vistas, y la traza arquitectónica imágenes concebidas.

»Pero la reivindicación del gran valor de los conceptos imaginarios, como guías eficaces para llegar al dominio de la realidad, no la circunscribo al terreno científico, la extiendo á todas las manifestaciones del entendimiento humano.

»La tan injustamente censurada exageración andaluza revela una poderosa aptitud ingénita para modificar la escala de las magnitudes de la realidad, procediendo según la necesidades de la comprensión, como el micrógrafo, que, al describir, agiganta lo pigmeo, ó como el cartógrafo, que reduce á pequeñísima superficie la inabarcable extensión de un territorio. El que hiperboliza en la conversación no debe ser acusado de engaño, sino elogiado, como el mercader de tejidos que honradamente presenta el cuentahilos al comprador.

»La fantasía no es facultad perturbadora de la metódica labor científica; lo será la insana que, por vicioso desarrollo y por falta de disciplina, sólo engendra visiones quiméricas, como las imágenes deformes que producen las lentes no corregidas de los defectos de aberración, y los espejos cuyas superficies están abolladas.

»Y hasta me atrevo á sostener que en el vasto sistema de las investigaciones físicas de Lord Kelvin, y en el de las inves-

tigaciones químicas de Fischer para descubrir y coordinar los elementos que los forman, intervino la fantasía en grado no menor que en las obras de Shakespeare y de Goethe para crear y poner en acción los personajes de las obras de estos dos colosos de la poesía.

»Si las exaltaciones de la imaginación fuesen ráfagas asoladoras de la mies científica, mayor daño hubiesen causado en Alemania que en España. ¡Cuántas quimeras en los brumosos horizontes del poema de los *Nibelungen*, y cuánto realismo en el claro ambiente de nuestro *Romancero!* Quien componga la melopeya de las hazañas del Cid, no podrá escribir en el pentagrama las notas de las fantásticas aventuras de Sigfredo, sino las expresivas de una acción grandiosa, aunque siempre humana. El héroe de la Reconquista camina al trote natural de su caballo, y vence por el esfuerzo de su brazo; pero en sus empresas no hay artes de encantamiento, ni los campos castellanos son cruzados por cabalgatas de Walkirias. Hasta las jornadas de Rocinante tuvieron el propósito de poner en contraste las limitaciones de su condición natural, y el ilimitado desenfreno de las carreras disparatadas de sus colegas, hundidos para siempre en el abismo por el genio vernáculo de la verosimilitud artística.

»Aquellos sociólogos que ante la esterilidad científica de sus contemporáneos proclamaron axiomáticamente la esterilidad definitiva de la raza por la viveza de la imaginación, pusieron en evidencia el desconocimiento de los estímulos internos de la producción científica, señalando como nocivo lo provechoso, y denunciaron el corto alcance de su presuntuosa mirada, que no percibía á lo largo de nuestra historia ni en la penetración crítica de la mentalidad de otros pueblos, que España no sobresale de Europa por la espléndidez de la florescencia imaginativa.»

Está en lo firme el ilustre profesor español al rehabilitar esas cualidades psicológicas, que sólo los seudo-científicos ó las mentalidades de ritmo boyuno condenan. Los que abominan

de la imaginación y pretenden en el calvero intelectual hacer germinar sin calor las ideas, están al mismo nivel de aquellos otros que, durante largo tiempo, echaron las culpas de las decadencias á la raza ó al clima. Desde Hipócrates hasta Buckle se ha escrito sobre la influencia del clima largo y tendido; no digamos nada de los más salientes dislates que sobre las tres razas escribiera Lapouge. Eso de tomar como oráculo el termómetro para la vida espiritual, y la multiplicación y la suma para averiguar el índice cefálico después de los correspondientes golpes del compás de espesor, que nos ha de revelar la superioridad ó inferioridad de un semejante, es cosa harto inconsistente para que merezca los honores de una detenida discusión científica.

Podemos enorgullecernos de nuestro origen euro-africano, de nuestra sangre protosemita. «A los pueblos semíticos—dice Renan—puede atribuírseles sin exageración la mitad, por lo menos, de la obra intelectual de la humanidad... La India, habiendo pensado con profunda inventiva, está fuera de la civilización moderna, porque toda la fuerza del espíritu griego fué insuficiente para incorpararla á la humanidad civilizadora por haberle faltado la cooperación de los semitas» (1). Un examen de Historia á los que esto nieguen, y nos convenceremos bien pronto de la profunda verdad que encierran estas palabras.

¡Cuántas rachas de civilización no han pasado por el alma de un mismo pueblo, y cuán distintas las épocas de cultura dentro de un pueblo que ha vivido en el mismo suelo! Porque hay quien ha sacado argumentos definitivos hasta del sol, para afirmar que los españoles han de vivir fatalmente á flor de piel.

Son mucho más embriagadoras que los templados rayos del sol meridional europeo, las nieblas de esas ciudades de la Europa central, en las cuales, el violín del zíngaro derrite los

(1) Renan, *Histoire générale et Systéme comparé des langues semitiques*. París, MDCCCLVIII, págs. 3 y 5.

nervios junto á las nieves del invierno. Ambiente de molicie, que come las energías como en esas calles de Alejandría que nos presenta Pierre Loui. Las ciudades del Norte, con su nieve, su fango y sus gentes vestidas de negro, no tienen nada que envidiar á los alejandrinos en sensualismo. A pesar de esto, unos cuantos centenares de hombres empujan con su ejemplo á millonadas de compatriotas. Dejad que se produzcan esas centenas en España (y ya estamos en el camino), y veréis cómo el argumento solar tienen que archivarlo los sociólogos repentistas que hacen de él el metro de la civilización.

Nosotros hemos comenzado á asimilarnos la ciencia genuinamente europea. Sembraremos en el suelo patrio, y las docenas se convertirán en centenares. Cuando dentro de veinte años hayan desaparecido los directores de la escena española, que son los mismos que gobernaron antes de 1898, y la nueva generación haya entrado decisivamente en la función política, lo que ahora aún no se conoce, porque late en callada germinación, dará entonces sus frutos.

Somos ya algunos los que en España seguimos devotamente las corrientes de la cultura germánica. Hemos elegido las Universidades alemanas, porque en ellas se encuentra lo que ni Francia ni Inglaterra pueden proporcionarnos. Y no es esto afirmar que sólo en Alemania lucirá el sol de la cultura. ¡Quién sabe en qué punto del arco del cielo se detendrá mañana! Y nuestros esfuerzos por incorporar la cultura germánica en España no significan, como algunos creen, que queramos vaciar en moldes germánicos hasta el arte y las costumbres españolas. Hay algo que puede asimilarse lo mismo un japonés que un español, sin mengua de sus peculiares y tal vez necesarias maneras y sentimientos morales; ese algo es la cultura científica; es decir, lo racional del ideario humano, que por ser común á la especie es indiferente á la raza. No podría decir lo mismo de lo que, como el arte y los sentimientos morales, tiene naturaleza muy emotiva.

Tal vez alguien dude del éxito de nuestros esfuerzos, pero

á mí me basta ver cómo los ibero-americanos y los españoles se desenvuelven en América; y aunque alguien, llevado de los prejuicios, quiera cortar los filamentos de carne que unen á los españoles con los ibero-americanos, difícilmente podrá romper los vínculos de cultura que desde la Conquista llevó España á América. Las jóvenes Repúblicas americanas tienen más sangre genuinamente española de lo que yo pensé al principio, y ellas desenvuelven una energía que algunos han dado en llamar anglo-sajona, siendo así que son lo que las gotas de agua en el Océano, las gotas de sangre anglo-sajona que se han desparramado en la América ibera. Sería más exacto decir que los iberos tienen el mismo potencial energético que los anglo-sajones, potencial que se desenvuelve en distinto grado, según las condiciones sociales y del país en que existe.

¡Adónde irán á parar las teorías de los que desprecian la sangre ibera el día, no lejano, en que la República Argentina pueda dar un susto á cualquier potencia de hombres rubios de la Vieja Europa!

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

ALGUNOS RETRATOS DE FAMILIARES DE SANTA TERESA

Los personajes conocidos merecen interesarnos en su conjunto. Su sér físico debe atraernos tanto como su persona moral: con mucha frecuencia, una actitud, un simple gesto, reproducidos en un lienzo de maestro, nos informan acerca del hombre mejor que los relatos de los historiadores. Por eso no creemos inútil consagrar unas cuantas páginas á cuatro individualidades muy diferentes, que ocupan gran lugar en la existencia de Santa Teresa: el Padre Ambrosio Mariano, la Princesa de Éboli, el Beato Juan de Avila (ó el Padre Julián de Avila), y el Cardenal Gaspar de Quiroga, de los cuales hemos encontrado curiosos y bellos retratos.

El Padre Ambrosio Mariano fué uno de los principales colaboradores de la célebre reformadora, uno de los cuatro primeros religiosos profesos de la orden de los Carmelitas reformados, á quien ella dirigió numerosas cartas, parte de las que se encuentran en su correspondencia, traducida y publicada hoy día en todas las lenguas.

Ambrosio Mariano nació en Bitonto (Calabrias), de familia noble. Después de serios estudios, en los cuales tuvo por condiscípulo á Hugo Buoncompagni, más tarde Papa con el nombre de Gregorio XIII, se graduó de doctor en derecho y en teología. En el Concilio de Trento, al que asistió, su saber y su piedad fueron notados por los Padres, quienes le encar-

garon de diversas misiones en Flandes, Alemania y otros Estados del Norte de Europa.

La reputación que adquirió en esas negociaciones le hizo ser elegido intendente por la reina de Polonia, Catalina de Austria, mujer de Segismundo, el cual lo elevó poco después al cargo de miembro de su Consejo. Algo más tarde abandonó Polonia para ingresar en la orden de Malta, donde fué provisto de una encomienda. Tomó parte en la batalla de San Quintín, ganada por los españoles á los franceses en 1557. Acusado de asesinato muy poco después, las contradicciones de testigos falsos, empeñados en perderle, le salvaron de la muerte. Por fin, al cabo de diez años de prisión, fué reconocida su inocencia. Felipe II, que había seguido los debates de su largo proceso, le llamó á España y le nombró ayo del Príncipe Salmone *(sic);* pero, disgustado muy pronto del mundo, Ambrosio Mariano abandonó la corte para retirarse al desierto de Tardón, en Andalucía. Obligado por negocios á volver á Madrid, encontró allí á Santa Teresa, la cual hizo de él uno de los instrumentos de sus designios. En 1569 recibió el hábito de manos de la reformadora, y fué el primer superior del convento de Carmelitas, establecido en la pequeña villa de Pastrana, á orillas del Tajo, no lejos de la sierra de Guadalajara, en Castilla la Nueva.

Tras una vida de las más austeras y dedicada toda á trabajos evangélicos, el Padre Ambrosio Mariano, hecho provincial de la orden desde su instalación en Portugal, terminó su existencia en Madrid, en 1594, tres años después de la muerte de Santa Teresa.

Del encuentro de la reformadora y del Padre Ambrosio Mariano, queda un testimonio artístico del mayor interés. Es una magnífica obra de maestro desconocido, que procede de un convento de Carmelitas de las Castillas, y representa la *Entrega de la regla de los Carmelitas reformados, al Padre Ambrosio Mariano, por Santa Teresa,* quien, á la derecha, con el sayal de paño burel carmelitano, tapado por el manto,

con el pardo capuchón sobre la cabeza aureolada, presenta al religioso un pequeño volumen que contiene los nuevos estatutos. Colocado él un poco más abajo que ella, á la izquierda, vestido de blanco, con la cabeza de perfil, descubierta y rasurada, excepto el cerquillo, insignia de los Carmelitas, con la vista medio levantada hacia la Santa, toma con la mano derecha el libro, teniendo la mano izquierda humildemente puesta en el pecho. Los dos personajes son de tamaño natural, cortados, el uno, la Santa, por mitad del cuerpo, y el otro, el religioso, á la altura del busto. Debajo, una pancarta pintada, que ocupa el ancho del lienzo, lleva la inscripción siguiente (1): «V. P. F. Ambrosio Mariano, italiano, de ilustre linaje, doctor enanbos *de* derechos, eloquentisimo ide grandes virtudes: asistió al Santo Concilio de Trento. Trajole á la orden Nuestra S. M. Teresa para fundar el conbento de Pastrana, ile engrandece por lo mucho que trabajó en la descalzez. Fue primer erector de la provincia de Portugal. Murió en Madrid— con asistencia de los martires S. Cosme i S. Damian, el año de 1594.»

Volvamos á la pintura. Santa Teresa debe de estar parecida, porque sus facciones tienen la firmeza y la acentuación que se hallan en los retratos suyos que pasan por ser fieles, todos ellos más ó menos copiados ó inspirados por el debido á Fray Juan de la Miseria, compañero del Padre Ambrosio Mariano en el desierto de Tardón, pintado y conservado en el Monasterio de las Carmelitas descalzas de la capital de Andalucía. Seguramente que el Padre Ambrosio Mariano ha sido reproducido conforme á un estudio pintado del natural. Está admirable de vida, de sentimiento, de dulzura y de humildad; pero ¡cuán lejos «del austero, del grande y vigoroso italiano de facciones enérgicas, con la mirada llena de inteligencia y de fuego» que había encontrado la Santa cuando su primera entrevista!

(1) Como contiene algunas erratas la inscripción puesta en el texto, refiero tomarla directamente de la cartela misma del cuadro.—Dr. L. M.

Desde el punto de vista técnico, del trabajo de mano, nada más sencillo y menos secreto que la factura de ese cuadro pintado con unos cuantos colores dominantes, amplias tintas planas, junto á trozos más concluídos. Los procedimientos son elementales: una sencilla imprimación de tonos rojos y calientes, que sirven de fondos avivados; las manos de ambos personajes, ejecutadas de primera intención, quedan en estado de boceto, digámoslo así, para dar testimonio de ello.

El modo de hacer amplio y sabio, preciso y sencillo, es enteramente de un maestro; si sus cualidades fuesen menores, el primer nombre que acudiría al pensamiento respecto á la paternidad de esta obra sería el del pintor del retrato de Santa Teresa, de Sevilla, aquel humilde religioso que acabamos de citar no ha mucho, y que quiso ser llamado Juan de la Miseria. Nacido en el reino de Nápoles hacia 1526, siendo su verdadero nombre Joannes Narduck, muerto (según Antonio Ponz) en Madrid el 1.° de Octubre de 1617, de más de noventa años de edad, parece enteramente indicado para ser el autor de esta composición. Por desgracia, lo que se cree saber de su pintura, no permite de ninguna manera atribuirle una obra tan bella. Mas para juzgarla, ¿es preciso referirse ciegamente á los retratos de Santa Teresa que hay en Valladolid, en Sevilla, en Avila? ¿Son éstos en realidad originales que se reproducen unos á otros, réplicas de mano del modesto fraile, ó simples copias más ó menos esmeradas, más ó menos satisfactorias? De eso no se sabe absolutamente nada.

El Padre Gracián, retratado también por él, es muy verídico, ó por lo menos buen juez y crítico sagaz, cuando escribe: «Juan de la Miseria no era de ningún modo un buen pintor, mas no hay que dolerse de ello; sin esta circunstancia, ni la bienaventurada ni yo hubiéramos consentido en dejarle hacer.» En verdad, este religioso, y después de él los historiadores de Santa Teresa, unos tras otros, desacreditaron demasiado el talento del modesto artista, quien, si no hubiera tenido un mérito real, jamás habría sido apreciado como lo fué por la

Infanta Juana, hija de Felipe II. Tampoco hay que olvidar que Fray Juan de la Miseria fué discípulo de Alonso Sánchez Coello, el cual no le habría admitido en su taller si no hubiese reconocido en él un verdadero pintor.

La *Entrega de la regla de los Carmelitas reformados, al padre Ambrosio Mariano, por Santa Teresa,* no por eso deja de ser menos enigmática. Indudablemente español, el cuadro se resiente hasta cierto punto de la influencia de Flandes y de Italia, aun cuando tiene unidad, armonía y perfecto equilibrio. Si fray Juan de la Miseria, cuyo nacimiento en Italia y cuya existencia pasada en España concordarían también desde todos los puntos de vista, debe ser desechado—lo cual no es cierto en absoluto, sino tan sólo probable,—porque en la composición de que tratamos, las facciones de la Santa son incontestablemente idénticas á las de los retratos atribuídos al compañero del Padre Ambrosio Mariano en el desierto de Tardón (los mismos labios entreabiertos, la misma frente alta y ancha, el mismo aspecto voluntario y dulce á la vez), quizá conviniera buscar el autor del lienzo entre los artistas españoles que hicieron el viaje á Venecia ó estudiaron las producciones de los maestros de la ciudad de las Lagunas.

Sabido es que la escuela de la Península ibérica, en particular la escuela andaluza, deben mucho á los artistas venecianos, cuyas tendencias, cuyo atractivo por el color, y cuyos procedimientos pictóricos no podían menos de ser sumamente apremiados por ella. Uno de los primeros entre los pintores sevillanos, Juan de las Roelas, había sido conquistado por las obras maestras del Giorgione, del Tiziano y de Tintoretto, á quienes había ido á admirar en la misma Venecia. No sólo sus discípulos directos, sino también los que se pueden llamar sus discípulos de segunda mano, siguieron el camino trazado por él.

¿Es entre esos pintores donde conviene buscar el autor de la *Entrega de la regla de los Carmelitas reformados, al Padre Ambrosio Mariano, por Santa Teresa?* Juan de las Roelas es me-

nos severo y menos castigado; Francisco Varela, menos firme y menos sólido; Agustín del Castillo, menos seguro y más indeciso; los Carducci y Pablo de Céspedes, más fríos y más rígidos? Por tanto, es difícil de admitir que ese lienzo haya salido del taller de uno de ellos. Quedan aún Zurbarán y Alonso Cano: la obra que nos ocupa ofrece incontestables analogías con las producciones de estos dos maestros; del primero, tiene la manera sencilla y amplia; del segundo, el colorido caliente y luminoso; pero en tal caso, vistas las fechas de nacimiento de Zurbarán (1598) y de Alonso Cano (1601), los retratos de Ambrosio Mariano y de Santa Teresa no podrían haber sido pintados del natural, y ya hemos dicho, sobre todo del primero, cuán expresivo era desde ese punto de vista. Aún quedaría Antonio Rizi, traído á España con Bartolomé Carducci en 1585 por Federico Zuccheri (1), á quien ayudó en la ejecución de los frescos del monasterio del Escorial; sin embargo, nada permite dispensarle el honor de esta composición, mucho más conforme al sentimiento de su hijo mayor, Fray Juan Rizi, á quien se debe la magnífica efigie de *Don Tiburcio de Redín*, del Museo del Prado, en Madrid (2). Pero, entonces, como Juan

(1) Los españoles escribimos Zuccaro, y también los ingleses.—Doctor L. M.

(2) Siento disentir del Sr. Lafond en muchas de sus afirmaciones. Con el debido respeto, sólo pongo esta nota, y me limito á lo más fundamental y digno de rectificarse por necesidad:—1.° No hay *escuela ibérica* de pintura, sino *varias escuelas españolas* (sevillana, madrileña, toledana, valenciana, etc.), y *ninguna portuguesa*.—2.° El Padre Ambrosio Mariano no puede haber sido retratado *del natural* en tiempo de Felipe II por pintores del tiempo de Felipe IV.—3.° Son tan *varias* las personalidades artísticas á quienes supone el autor capaces *en hipótesis* de haber pintado ese cuadro, que dicha *variedad misma* debiera haberle inducido á no mencionarlos, por no caber confusión posible entre artistas tan diferentes como los que cita, punto menos que igualándolos al emitir juntos esos nombres.—4.° M. Lafond confunde *dos obras y tres autores*: las obras son el magnífico retrato de *Don Tiburcio de Redín y Cruzat*, maestre de campo de la infantería española en tiempo de Felipe IV, obra de Juan Bautista Martínez del Mazo († en 1667), y el *Retrato de un general de artillería* (¿D. Andrés Cantelmo?), obra de Francisco Rizi (1608-1685), cuyos núm e-

Rizi no nació hasta 1595 (en Madrid), el lienzo no había sido pintado aún, sino después de la muerte de sus protagonistas.

*
* *

Al ocurrir la fundación del convento de Pastrana, Santa Teresa tuvo tratos con la princesa de Éboli, cuyas extravagancias y tiranía (hay que llamar las cosas por su nombre) le causaron tantos embarazos y dificultades. Obligada muy contra su gusto á convivir en la mansión de esa mujer caprichosa, disimulada y viciosa, mientras los obreros trabajaban ante su vista en el arreglo del monasterio creado con su concurso y su ayuda, la Santa pasó tres meses de enredos y de luchas desagradables de soportar. De ello se encuentra un eco apagado en la correspondencia de la gran religiosa, la cual escribe: «no tuve poco quê sufrir, pues la princesa me exigía cosas contrarias á nuestras constituciones; yo no podía concedérselas, y primero que ceder á sus deseos, estaba resuelta á marcharme de allí sin fundar el convento» (1).

Ante todo, la princesa pretendía obligarla á recibir sin examen en el número de sus hijas á cierta Catalina Muchacha, antigua monja agustina de un monasterio de Segovia. También pedía el establecimiento de un convento en Pastrana, pequeña villa sin recursos, donde la existencia de una fundación de ese género, forzada á vivir de limosna, debía ser difí-

---

ros respectivos en el Museo del Prado son el 789 y el 1.017; ninguno de los dos retratos confundidos fué pintado por Fray Juan Rizi (1595-1675), del cual sólo existe el *San Francisco de Asís*, núm. 1.018, y «para algunos es este cuadro de autenticidad dudosa» (Pedro de Madrazo). De Francisco Rizi existen en el Prado, además del citado cuadro del *General de artillería*, el *Auto general de fe celebrado en la Plaza Mayor de Madrid el 30 de Junio de 1680* (núm. 1.016), *La Anunciación* (2.175), *La Adoración de los Reyes* (2.176) y la *Presentación del Niño Dios en el templo*.—Dr. L. M.

(1) Como no poseo la correspondencia de Doña Teresa de Cepeda, tengo que traducir del francés y desfigurar por fuerza su lenguaje.—Doctor L. M.

cil. Al cabo, gracias al marido de la altiva dama, pudieron vencerse las dificultades.

Muy extraña y curiosísima figura, envuelta aún hoy entre sombras y misterios, era la de Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Éboli. Nacida en 1540, hija de Don Diego Hurtado de Mendoza, virrey del Perú, casó, apenas de trece años de edad, con Don Pedro Ruy-Gómez de Silva, sucesivamente ministro de Carlos V y de Felipe II, después ayo de Don Carlos, el desdichado hijo de este último. La belleza de la princesa de Éboli, ayudada por su genio para la intriga, hicieron que representase un papel preponderante en la corte. Desprovista de preocupaciones, llegó á ser la manceba de Felipe II, lo cual no fué óbice para que sostuviese relaciones íntimas con su ministro Antonio Pérez, que había servido de alcahuete entre ella y el soberano. Habiendo descubierto esa intriga Escobedo, secretario de Don Juan de Austria, la princesa no vaciló en hacerlo asesinar. A este hecho siguió de cerca la desgracia de la princesa de Éboli y la de su cómplice; sin embargo, ella no apareció en los debates del proceso intentado contra Antonio Pérez en 1579. Ignórase qué fué de ella desde entonces, pues la historia calla sobre este particular.

El marqués de la Vega Inclán prestó para la Exposición de pintores españoles, celebrada en las salas de la Art Gallery de Londres, el año 1901, un curiosísimo retrato de la princesa de Éboli. Está representada en busto, de tamaño natural, de frente, envuelta en dos rebocillos, con las facciones firmes y regulares, los ojos grandes, los labios finos y apretados. El lienzo se atribuye al Greco, ese maestro cuya obras pueden ponerse en la misma línea que las del Tiziano y del Tintoretto, que su intenso amor de la vida ha puesto por encima de la mayoría de sus contemporáneos. Esa atribución pudiera ser atrevida; pues aun cuando la obra sea de las más notables, y recuerde por muchos conceptos el célebre retrato de la colección W. Stirling de Londres, conocido con el nombre de *La hija del Greco* (por supuesto, sin certeza alguna), nos parece difícil ver en ella

una producción indiscutible de Domenico Theotocópuli (1).

El Museo Provincial de Toledo contiene un retrato del Greco (esta vez de una autenticidad absoluta), procedente, sin duda de alguna casa conventual suprimida, que no es quizá el del personaje que se presume representar, *el Padre Juan de Avila*, el confidente de Santa Teresa, á quien ella había conferido el cuidado de examinar y juzgar el manuscrito del libro de su vida.

A la muerte de este religioso, acaecida poco después, le lloró y escribió que la Iglesia perdía en él una de sus columnas; y que muchas almas, en el número de las cuales contaba la suya misma, iban á carecer de un guía y de un apoyo.

Juan de Avila nació en 1502, de una familia noble y rica de Almodóvar del Campo. Ordenado de sacerdote por el arzobispo de Sevilla, fué durante cuarenta y cinco años el apóstol de Andalucia. Sus obras ascéticas revelan un eminente director de almas. Después de una vida de apostolado y de mortificaciones, murió en olor de santidad el 10 de Mayo de 1569. Su vida fué escrita por Luis de Granada y el licenciado Luis Muñoz. Fué beatificado por León XIII.

¿Es necesario ver, como se cree generalmente, al célebre conductor de almas en ese retrato de un personaje como de sesenta años de edad, con obscuro sayal, barba y cabellos rígidos y cortos, aspecto borroso y vulgar, adusta catadura y la mano derecha colocada en el pecho? El Greco no pudo reproducir del natural las facciones del bienaventurado. El Padre Juan de Avila murió en 1569, como hemos dicho; y Dome-

(1) Tres son los retratos de mujeres, obra del Greco: *La dama de las pieles blancas, La dama de las flores* y *La dama de la mantilla blanca.* Esta última (colec. del M. de la Vega Inclán) es la que alguien ha llamado *La princesa de Eboli*, sin fundamento alguno para ello; es una desconocida; en la colec. Lázaro, de Madrid, hay una repetición con variantes.—*La dama de las flores* es la de la colec. de Sir John Stirling-Maxwell, Scotland, habiendo quienes han creído que representaba á la hija y otros á la mujer del Greco, también sin motivos fundados: es otra desconocida. No se sabe quiénes son los originales de esos retratos.—Dr. L. M.

nico Theotocópuli no desembarcó en España hasta 1575, lo más pronto, y probablemente dos años después. Por tanto, tendría que haber pintado este lienzo valiéndose de una efigie anterior. Es poco probable, pero no imposible. Conocemos otros retratos de ese mismo religioso, en la misma actitud, con iguales proporciones que el del Greco, pero pintados muy de otra manera. La cuestión sería el saber si lo fueron antes ó después del suyo; por nuestra parte, nos inclinaríamos á creerlos más recientes, y quizá obra de su discípulo Luis Tristán, cuyo modo de hacer lo recuerda mucho menos de lo que se cree por lo general. Sin embargo, tampoco debe olvidarse que no sería esa la única obra de este género producida por Domenico Theotocópuli; testigo el retrato del *Cardenal Tavera,* existente en la iglesia del hospital de Afuera, á las puertas de Toledo, ejecutado por el maestro después de la muerte del prelado, probablemente según la estatua yacente de su sepulcro, obra maestra de Berruguete.

No obstante, sigue siendo muy dudoso que el retrato pintado por el Greco, en el Museo de Toledo, sea en realidad la efigie del Padre Juan de Avila, porque la obra parece tener todos los caracteres de haber sido hecha de primera impresión y del natural. Más probable parecería admitir que nos hallamos en presencia del retrato de un sacerdote ó de un religioso desconocido.

En lugar del Padre Juan de Avila, ¿no se trataría más bien del Padre Julián de Avila? No nos costaría trabajo creerlo. Este último fué uno de los capellanes de la Santa, á quien ella empleó mucho, y que la acompañó en cierto número de peregrinaciones suyas. Excelente sacerdote, sencillo, ingenuo, de una piedad ejemplar, no recibió las órdenes sino después de llegar á la madurez de su edad y de haber pasado la primera parte de su existencia junto á su padre, pequeño mercader de Avila. El Padre Julián escribió en 1604 una relación de la vida de la reformadora del Carmelo, á los veintidós años de su muerte, y que M. Le Rebours, cura de la Magdalena, de

París, encontró por casualidad en casa de un notario eclesiástico de Avila.

Ya represente el retrato del Museo de Toledo á Juan de Avila ó á Julián de Avila ó á otro personaje (1), resulta ser de una sin igual intensidad de vida, de una expresión inolvidable. Esa es la factura del pintor, con su incomparable maestría, su técnica habitual, sus tres notas dominantes: el blanco, el gris y el negro. El negro, empleado para el ropaje y los fondos; el gris, para la cara y las manos; el blanco, para el cuello y los puños. Con auxilio de esos tres tonos pintó sus retratos, todos ellos obras maestras, entre otros, los del Museo del Prado, en Madrid: entre éstos, merece un lugar aparte el de *El hombre de la espada.*

Domenico Theotocópuli es también autor del retrato de otro sacerdote con quien Santa Teresa sostuvo, por lo menos, relaciones epistolares: el Cardenal *Gaspar de Quiroga,* inquisidor mayor y Arzobispo de Toledo, la primera autoridad religiosa de España, á quien ella pidió permiso en 1581 para fundar un monasterio de Carmelitas en Madrid y autorización para que en él entrase, en calidad de novicia, la sobrina del prelado, Elena de Quiroga, permiso que le fué concedido.

Gaspar de Quiroga ó Guiroya *(sic),* nombrado miembro del Consejo Real en 1565, á la muerte del licenciado Villagómez, prestó numerosos y relevantes servicios al soberano, quien, apreciando sus méritos, lo elevó á las más altas dignidades. Hecho Arzobispo de Toledo, y por consiguiente primado de España, Cardenal más tarde, detentador de grandes privilegios, poseedor de enormes beneficios, llevó la gerencia de su diócesis con mucha cordura, é hizo el más juicioso y el más noble empleo de sus riquezas. Fundó muchos establecimientos

(1) El Sr. Cosío, en su notable obra acerca del Greco, indica ser muy posible que este retrato represente al jesuíta Alfonso de Ávila, que vivió en la Casa de Toledo hasta 1613.—Dr. L. M.

religiosos, enriqueció á otros, y en su testamento dispuso de la mayor parte de sus bienes para obras y fundaciones caritativas. Gaspar de Quiroga falleció casi centenario, el 20 de Noviembre de 1594.

El retrato que de él hizo el Greco está hoy en la National Gallery de Londres. Lo representa de tamaño natural, sentado, de medio cuerpo, en sobrepelliz y muceta, con capuchón caído, de color de heces de vino tinto, encima de los hombros, con las manos apoyadas en un libro en folio, abierto delante de él sobre una mesa. De sesenta á setenta años de edad, tiene el cabello blanco, abundante todavía, corto, y lleva una larga barba igualmente blanca, que le baja hasta el pecho; el aspecto es de un gran señor y de un apóstol, á la vez.

Es una obra de una vibración y de una fuerza raras: el prelado, verdaderamente vivo, parece pronto á abrir la boca y tomar la palabra para explicar el texto del libro, subrayándolo con un ademán significativo de la mano derecha.

De ese magnífico retrato se encontraba aún últimamente una repetición en la Catedral de Valladolid; una segunda formaba parte de la colección del difunto Marqués de Castro Serna, en Madrid, donde pasaba por una representación de San Jerónimo; un boceto reducido y sin las manos, fué regalado por el pintor León Bonnat al Museo de Bayona. Por último, el delicado coleccionista madrileño D. Aureliano de Beruete, posee otra efigie del Cardenal, también atribuída al Greco, pero cuya factura es menos acabada y menos personal que de ordinario. Esta proviene de un hospital debido á la generosidad del prelado, como lo prueba una inscripción que se ve inscrita en lo alto del lienzo: «D. Gaspar de Quiroga, fundador deste refugio.» Lo presenta de perfil, en busto, con un alzacuello blanco que sobresale ligeramente del borde alto de la muceta, con la birreta puesta en la cabeza, la barba blanca, pero muchísimo más corta que en el otro retrato, y un poco más joven.

En la célebre Sala Capitular de la Catedral de Toledo,

donde están figurados los Arzobispos de la antigua Metrópoli castellana, claro es que se encuentra el Cardenal Quiroga: ocupa el primer lugar en la pared de la derecha. Aunque el prelado aparece más joven, ó mejor dicho, de menos edad, sus facciones presentan grandes analogías con las de sus efigies de que acabamos de hablar.

P. Lafond

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: El alma romántica y Teófilo Gautier.—El romanticismo alemán y el simbolismo francés.=Enseñanza y educación: Las escuelas de periodismo.=Filosofía de la Historia: Reliquias de Chateaubriand.=Crítica: Toaletas.=Impresiones y notas: Los locos en libertad.—La mujer, según una mujer.—El culteranismo de las Preciosas.

LITERATURA

El alma romántica y Teófilo Gautier.—Durante mucho tiempo ha sido presentado el romanticismo como una fase del movimiento literario, que afectaba á la lengua, al estilo y al concepto de los géneros. Así fué, en efecto, pero sólo en Francia, como dice en el *Mercure* Renato Lauret; las ideas del prefacio de Crómwell no se aplican al romanticismo alemán, ni al inglés, ni al español. Si se quiere buscar la base profunda del romanticismo y su carácter europeo, es preciso no ver en él una simple evolución de formas poéticas; el romanticismo fué ante todo, un estado de alma, un modo de sentir. Se ha hablado mucho del *mal del siglo*, explicado por la fatiga y el agotamiento resultantes de las guerras imperiales, y se olvida que antes de la Revolución, ya sufría ese mal Chateaubriand adolescente, y *Werther* antes todavía, y hasta San Agustín describía ya la *libido sentiendi*, de las almas inquietas.

El considerado como mayor romántico, Víctor Hugo, no lo

fué; Hugo es el más equilibrado, el más robusto, el menos refinado, el menos nostálgico de los románticos franceses, y es chocante que su amigo y casi su émulo Teófilo Gautier pase generalmente por un puro cincelador de frases, especie de escultor impasible, cuando fué un alma de las más atormentadas é insaciadas, de las más violentamente románticas. Sainte-Beuve declara que *Mademoiselle de Maupin* supera á la *Confesión de un hijo del siglo* en la precisión de la psicología personal, en la exaltación morbosa de los sentimientos; Bourget nota ese mismo rasgo en el carácter de Gautier, y Flaubert sabía bien de qué ardiente nostalgia había muerto el magnífico poeta, al afirmar á Jorge Sand que «el odio á los tenderos le había dado talento, y el odio á los golfos le había matado».

Cuando se califica el estado de alma habitual de «Renato», se habla de aburrimiento, de melancolía, y se piensa en seguida en ciertas aptitudes, popularizadas por el grabado, de un joven, de codos sobre una roca, ó pensando en las estrellas; de ahí se ha sacado que no se puede ser romántico con un humor alegre ó bromista, y es que se ha designado mal el rasgo esencial de este carácter; los alemanes lo llaman *Sehnsucht*, que á veces se traduce por *languidez*, *inquietud*, *nostalgia;* en el sentido en que lo emplea Loti, tiene significación casi idéntica; *deseo*, en alguna de sus acepciones, tiende á traducir la misma cosa.

El *deseo:* he ahí el hecho psicológico capital en que debemos fijarnos. El romántico no desea porque esté triste ó se aburra; se aburre y está triste porque desea. En el individuo normal, hay cierto ritmo regular entre el deseo y el goce; se estira el placer antes de ponerse á desear; el romántico, por el contrario, se halla perpetuamente en estado de deseo; el goce que retiene á otros hombres no le cautiva á él; lo siente quizá, pero no lo gusta más que un instante.

En Gautier, con disfraz de d'Albert, el mal romántico es de la especie más aguda. Se perciben en él los síntomas ordinarios, melancolía seguida de agitaciones, «torbellinos sin moti-

vo», «impulsos sin objeto», «irritación febril sucedida por la mayor atonía». No desea nada porque lo desea todo; espera, pero sin saber qué. Esta espera entre estremecimientos, llena de impaciencia, cortada por sobresaltos y movimientos nerviosos, marca el colmo de la nostalgia. Es el grado de idealismo que Novalis califica de mágico; según el *Sueño* del sutil metafísico-poeta, llegará un día en que los estados de conciencia, ideas ó deseos, tendrán tal fuerza, que se transformarán inmediatamente en realidades: tal es el estado de alma del héroe romántico de Gautier. No se tiene valor para obrar, porque se desean demasiadas cosas, y tan excesivamente grandes, que ni la voluntad más fuerte, ni la fortuna más favorable, pueden jamás traer. Entonces se aguarda, más bien que se espera; porque en el aguardar no hay esa alegría anticipada, propia de la esperanza. Es una especie de sueño desesperado: «Aguardo, dice Gautier en *Mademoiselle Maupin*, que el cielo se abra, y que de él baje un ángel que me haga una revelación; que una revolución estalle, y me dé un trono; que una virgen de Rafael se separe de su lienzo, y me venga á abrazar; que parientes que no tengo me dejen con qué hacer bogar mi fantasía sobre un río de oro; que un hipógrifo me coja y me lleve á regiones desconocidas.» En esta gran intensidad, la alucinación romántica se aproxima á la locura. En Novalis había una franca separación entre la vida real y la de la imaginación; el deseo romántico se trocaba en poesía, renunciando á las satisfacciones reales para saciarse en el país de los sueños. En la mayor parte de los demás románticos, la distinción entre la realidad y el sueño no fué nunca tan perfecta. Lo que llamaban la *florecita azul,* era un fantasma tras el que corrían, no sólo en prosa y en verso, sino también, con cierta semiconvicción, en la vida.

«¿Por qué languidecer? ¿Por qué desear? Todas las lágrimas se van ¡ay! á lo lejos, donde creen que son más bellas que estrellas.» Así expresaba Tieck el atractivo de lo desconocido para las almas de romanticismo resignado. Desde el célebre

haragán Eigendorff hasta Loti, los románticos han sido todos vagabundos; se complacen en el movimiento sin paradas, en la fuga sin límites. El héroe de Gautier tiene también esa afición á la vida errante, pero no se embarca en los viajes que desea. «Para mí, dice Albert, la vuelta al mundo es la vuelta á la ciudad en que estoy.» Ve demasiado claro para mecerse en sueños indecisos. Nada de florecita azul. Una luz cruda ilumina su conciencia, disipando todas las brumas de sueño que pudiera velar su deseo. A todos los románticos, salvo quizá los de hoy, les apareció el amor como la cosa suprema, única, capaz de aplacar su necesidad de sentir. La mayor parte de esas almas que se creyeron destinadas al amor, no fueron capaces de amar; el sentimiento en ellos se convierte en pura llama intelectual, ó degenera en apetito grosero.

Gautier desdeña instintivamente las hembras ordinarias, y su deseo no puede fijarse sino en un modelo perfecto. Su sentido estético es exigente, y no le permite consolarse ni divertirse con ésta ó la otra mujer; si tiene queridas, es por seguir la corriente; pero no le satisface. Su tormento agudo, viene de que desea placeres más delicados y sublimes que los que conoce; mujeres de belleza ideal en palacios encantados, y eso es lo que distingue su romanticismo del de Chateaubriand, que encubre el ansia violenta del poder; del de Musset, que se encierra en la impotencia del corazón, y del de muchos románticos vulgares, con apetitos de bruto ó almas de mujerzuelas.

¿Vendrá el mal de los amantes nostálgicos de lo bello, de la impotencia de crearlo? Los grandes artistas creadores nunca se han quejado de la belleza insuficiente del mundo. Rodin afirma que la vista de una florecita, su brote, su vida, su fin conmovedor, son para él fuente inagotable de placeres; hay pintores célebres que se han pasado la existencia en un rincón del bosque, donde descubrieron, á diversas horas del día, todas las bellezas de la luz, sin necesidad de recorrer España y el Oriente.

Otro rasgo notable del carácter romántico, es el egoísmo ó mejor el egotismo, la insistencia en hablar del yo. El romántico está encerrado en su yo como en un muro infranqueable; le falta la facultad de sentir simpáticamemte, de salir de sí mismo para transportarse á la sensibilidad de otro. Por eso, quizá, es tan inquieto su deseo y tan exigente su necesidad de sentir, siempre persiguiendo objetos nuevos.

La sensibilidad, para el romántico, se reduce á impresiones físicas. En el que siente de este modo, únicamente por los sentidos y el cerebro, y no por lo que se llama el corazón, todo se refiere á la voluptuosidad que se hace centro y cima de toda la vida afectiva, hasta el punto de que Tieck relaciona con ella la compasión, y hasta la piedad, que tiene por derivación del grosero instinto sexual; y hasta la música, la pintura, «todas las artes y todos los deseos humanos vuelan en torno de ese polo como las moscas en torno de la luz». Gautier va más alla de este punto de vista; las voluptuosidades de que se cuida son estéticas, y su amor por lo bello es tan franco, que ennoblece esa misma insensibilidad. Cuando Gautier escribe que sus nociones morales se reducen á afirmar que «lo que es bello físicamente, es bien, y todo lo que es feo, es mal», se siente que vacilaría en sacar prácticamente todas las consecuencias de este principio. En semejantes conciencias no hay armonía ni equilibrio; por eso sus acciones parecen más bien, á veces, resultado del sonambulismo que de la libre voluntad. Ya el hecho de desear sin detenerse, marcaba una disposición inquietante; pero las tendencias que le acompañan, ese aprisionamiento del yo, incapaz de unirse á otros por simpatía, ese aíslamiento progresivo del individuo, replegado sobre sus propias sensaciones, y, como última consecuencia, esos relámpagos de locura, atravesando por una conciencia desintegrada, revelan la enfermedad de que son víctimas los *hijos del siglo*. Hay una frase que brota siempre de la boca de los románticos, y que explica la psicología de esas almas: «Siempre me ha gustado lo imposible.» ¿Hay nada más pueril que querer lo

que no puede ser? El romántico hace pensar en el niño que tiende los brazos para coger la luna. Aspira al amor inmenso, eterno, y la pasión no es más que un breve ardor; quisiera ver en todas partes la belleza, y se imagina que en ciertos lugares y en ciertas épocas reinó como única soberana, y el mundo nunca fué ni feo ni bello, sino indiferente, para la mayor parte; bello únicamente, para los que saben ver, y sobre todo, para los hombres capaces de poner en él belleza, de crearla ellos mismos.

De cualquier modo que se mire, el alma romántica anuncia irremediable flaqueza; y los que fueron por ella atacados, trataron consciente ó inconscientemente de atenuar sus dolorosas consecuencias. Novalis, cortando todos los lazos con la vida, se refugia en una atmósfera mística en que su deseo de los imposibles se satisface creando leyendas y entregándose á los fervores de la religión. Tieck trata de hacer de un mal un bien, proclamando que la nostalgia es fuente de goce, que la quietud del espíritu equivale á la muerte. Gautier, para saciar su demasiado ardiente deseo de belleza, recorrió países de colores brillantes y monumentos suntuosos, tallando frases y versos, á los que dió el esplendor que él amaba. El público, no viendo más que estas producciones admirables, lo ha considerado generalmente como un hombre que «quería las cosas bellas» y sabía crearlas; ignoraba á qué necesidad violenta y dolorosa respondía aquella creación. ¿Hasta qué punto aplacó Gautier su romántico deseo, cincelando sus *Camafeos* ó contemplando los alicatados de la Alhambra?

El romanticismo alemán y el simbolismo francés.—Recogiendo las conclusiones de un artículo de Fernando Brunetière, publicó Juan Thorel, en 1891, en la colección de los *Entretiens politiques et littéraires*, un estudio en el que se propuso demostrar la «semejanza sorprendente del movimiento simbolista con el movimiento literario qne tanta resonancia tuvo en Alemania á fines del siglo XVIII y principios del XIX». Tancredo de Visan, á su vez, partiendo de los trabajos citados, intenta en

el *Mercure de France* señalar la relación que une en la misma concepción lírica á los poetas de la generación de Novalis y á los simbolistas franceses.

Los románticos franceses no han conocido ni á los románticos alemanes ni el romanticismo alemán. ¿Quienes son los románticos alemanes para la generación del 30? Gœthe y Schiller. Ahora bien; ni el autor de *Werther* ni el de *Los bandidos* forman parte del período comúnmente llamado romanticismo alemán; ambos pertenecen á esa época de transición conocida con el nombre de *Sturm und Drang*, que reobró contra el nacionalismo, preparando el verdadero romanticismo. Gœthe y Schiller son clásicos, y la generación alemana de 1795, después de haberlos tomado por modelos, los abandona. Esa generación de 1795 se compone principalmente de Novalis, Tieck y los Schlegel. Este brillante triunvirato va al principio al remolque de Gœthe, cuyo *Wilhelm Meister* ejerció profunda influencia en el autor de *Heinrich d'Ofterdingen*, pero los jóvenes románticos no dejan de sentirse algo á disgusto con la grandeza algo fría de Gœthe el olímpico. Novalis acaba por tratar el *Wilhelm Meister* de «Cándido dirigido contra la poesía», y las poesías de Schiller son calificadas de «lindas superfluidades.»

Aquellos intransigentes aspiraban á un lirismo más evocador, más subjetivo, más inspirado, más intuitivo. *Je poetischer, je wahrer* (cuanto más poético, más verdadero), decía Novalis, sosteniendo que la poesía es lo real absoluto. En 1794, Fichte publica su *Teoría de la Ciencia*, en la que Novalis y los suyos hallan la síntesis de sus aspiraciones inconscientes. Con su idealismo absoluto y sugestivo, Fichte libra el yo de todas las trabas contingentes. La naturaleza, las cosas, no son sino el espíritu que se objetiva, tomando conciencia de sí mismo; pero la *cosa en sí*, negada por Kant, es el yo subjetivo, creador de todo, soberano dueño. Esta metafísica fué acogida con entusiasmo. El crítico Federico Schlegel, el físico Baader, el poeta Novalis, el teólogo Schleiermacher, todos se sienten

atormentados por la misma sed de conocimiento total, absoluto, definitivo. La nueva generación, ávida de poesía, levantaba en lugar de los conceptos racionalistas, un idealismo interior, un yo profundo que lleva en sí mismo su fe, especie de demiurgo, capaz de iluminarlo todo con su luz propia. Pronto, sin embargo, los jóvenes románticos encuentran deficiente la filosofía de Fichte, y se vuelven hacia Jacobi y Schelling, cuya doctrina se presta más á las aplicaciones líricas. Ridiculizando lo que Novalis llama «el intelecto petrificante», reemplazan la *Vernunft* (razón) por el *Gemüth* (sentimiento); en el centro del yo instalan el corazón con todo lo que esta palabra implica de sentido intuitivo y emocional.

Este idealismo trascendente, este subjetivismo poético, este intuicionismo lírico, es la base de la estética romántica de ultra-Rhin; ahí se ve el abismo que separa los poetas del 30 de los artistas de 1795. La escuela de 1830 exalta, sin duda, el individualismo y el sentimiento poético; pero siempre faltará á la estética de Víctor Hugo ese fondo metafísico que constituye la originalidad del romanticismo alemán. La palabra *sentimiento,* en boca de Novalis, es la expresión de una luz superior á la claridad de la razón, capaz de iluminar las profundidades de nuestro yo absoluto y de hacer irradiar en nuestro espíritu las más altas cimas del sér. En cambio, cuando Víctor Hugo habla de *sentimiento*, toma esa palabra en su concepto puramente afectivo. Los dos romanticismos, francés y alemán, combaten en nombre de la Naturaleza; pero, para los alemanes, la Naturaleza es la intuición y el alma, y para Hugo, sólo se trata de una reacción contra el ideal clásico y de hacer entrar en el arte el concepto de libertad.

Por romanticismo alemán, el cenáculo de Hugo entiende Gœthe y Schiller, que no son ya románticos y que además se conocen muy mal. Para Francia, la literatura alemana es menos un objeto de imitación que un instrumento de emancipación. Sólo después de 1830, y gracias á Enrique Heine, tiene Francia algunas nociones de lírica alemana; pero como Heine

tenía más gusto por los franceses que por sus compatriotas, sólo ha ofrecido á los franceses una caricatura grosera del primer romanticismo. El único alemán que ha influído en el cenáculo de Víctor Hugo, es Hoffmann, que no forma parte de la generación de Novalis. Este hombre extraño, cuya vida se pasaba entre el alcohol y el soñar, parecía el tipo más adecuado de esa Alemania legendaria, patria de las alucinaciones. En suma, el romanticismo francés apenas debe nada al verdadero romanticismo alemán. Ha tomado de él su gusto por lo extraño, su amor á lo gótico y á lo legendario, pero nada más. Jamás los contemporáneos de Hugo habrían aceptado las ideas de Novalis al afirmar que «la distinción de la filosofía y de la poesía es sólo aparente y en su común perjuicio.»

La generación poética de 1885 tiene ya nociones más exactas del romanticismo alemán, y en esa época es en la que hay que buscar la influencia ejercida en Francia por Novalis y sus contemporáneos. Los románticos alemanes, como los simbolistas modernos, luchan contra el mismo enemigo: el racionalismo estrecho y el positivismo antipoético. La reforma operada por los simbolistas fué, ante todo, una reacción contra el bajo ideal puesto en boga por Zola, como el romanticismo alemán fué una reacción contra el materialismo del siglo XVIII.

Recuérdense los principios, mil veces expuestos, del lirismo contemporáneo: la naturaleza es un estado de alma; somos receptáculos de sensaciones é imágenes que proyectamos fuera de nosotros por intuiciones inmediatas; las cosas nos interesan menos por sí mismas que por las vibraciones que producen en nuestra conciencia; un paisaje es nuestro yo, que canta de cierto modo, etc.

Juan Thorel ha notado bien esta influencia del idealismo, entendido en el sentido alemán, sobre nuestra generación. La filosofía y la literatura wagnerianas no eran más que el idealismo fichteano, y los demás auténticos representantes del simbolismo, Villiers de l'Isle-Adam y Esteban Mallarmé, han sido siempre puros fichteanos. Mallarmé, en efecto, admite la

realidad del mundo; pero como una realidad de ficción, y Villiers de l'Isle-Adam, emplea frases tan fichteanas como éstas: «Dios no es más que la proyección de mi espíritu; tú no eres sino lo que piensas; crees aprender, y es que te vuelves á encontrar, etc.»

Este idealismo en las obras simbolistas no es ya un simple impulso sentimental, sino que reviste el carácter de una doctrina definida que descansa en una teoría del conocimiento. Los poetas contemporáneos admiten al lado de la inteligencia discursiva una facultad lírica con actividad propia, que permite tener del universo una especie de visión central y directa; esta facultad *(einfühlung* para los alemanes, *intuición* para Bergson) permite al poeta pensar de un golpe todo su poema, interiorizarse en el objeto de su canto, hasta que la expresión de este canto sea su alma misma vivida en el tiempo de su conciencia. Por otra parte, el objeto de la poesía para los románticos alemanes, lo mismo que para los simbolistas, es expresar lo inexpresable, todas las relaciones secretas que unen los paisajes á la vida, las correspondencias íntimas entre los objetos que nos rodean y nuestro yo, el ambiente misterioso en que se bañan nuestros sentimientos, el armonioso concierto y las múltiples polifonías que suenan en nosotros mismos.

Semejante lirismo exige modos de expresión más flexibles y variados, lenguaje menos objetivo, términos más inmanentes, imágenes que reflejen las sensaciones sin fijarlas; de ahí las reformas métricas intentadas por los románticos alemanes y los simbolistas. Novalis ha escrito el tercer poema de los *Himnos á la noche*, y el principio del cuarto en prosa rimada, de la que parece desprenderse el verso libre. Los simbolistas han buscado un ritmo basado en las sensaciones auditivas, producidas por la lectura natural del verso, y una combinación más consciente de los efectos de armonía reservados hasta entonces á la rima. Sabido es el *éxito del verso libre* como hecho consumado en el lirismo contemporáneo.

Otra afinidad entre los románticos alemanes y los simbolistas, es el gusto de unos y otros por los cuentos, el folklore, los cantos populares, los *mœrchen* y los mitos populares. Los parnasianos se han servido también de todos estos elementos, pero sólo como adornos agradables, sin tener conciencia de su sentido profundo; pero los simbolistas han descubierto en ellos una preciosa mina de ensueños y de intensa verdad sentimental.

Otros dos puntos de contacto entre ambas escuelas son la ironía y el sentimiento religioso. La ironía es casi un dogma en la estética de Novalis y, sobre todo en Schlegel forma parte integrante del ensueño, porque «el *humour* nos presenta en aleación imprevista la naturaleza mezclada con el espíritu, lo consciente con lo automático, ambos á la vez, en contraste y en identidad». No hay que tomar el mundo en serio, dice Novalis, porque no es más que un conjunto de fenómenos, de símbolos, tras de los cuales se oculta la realidad. Importa que el artista permanezca por encima de su obra, que la domine y que se sienta que juega. El *humour*, dice Hettner, es el mejor hijo del dolor y de la melancolía. Esta teoría la ha formulado gráficamente hace siglos el castellano en su conocido refrán: «Cuando el español canta—ó rabia ó no tiene blanca.» Villiers de l'Isle-Adam, Rimbaud, Laforge, Verlaine y otros han mezclado estrechamente la ironía con el lirismo, como si quisieran dar razón á Tieck, cuando dice que la ironía es el remate de toda obra de arte.

Hay, sin embargo, una diferencia: la ironía alemana descansa, como toda la estética de ultra Rhin, en una concepción metafísica, y el *humour* simbolista tiene por origen una reacción contra el sentimentalismo melifluo de nuestra época, en que las ideas filantrópicas han hecho enormes estragos. «Para alejar al burgués, dice Julio Laforgue, hay que acorazarse de un poco de fumismo exterior»; aquí el *burgués* es la sociedad llorona contemporánea, esa vasta empresa de pastas alimenticias, esa democracia humanitaria y estúpida, á la que el poeta tiene miedo de abandonarse. Según el crítico alemán

Remer, en Heine el sentimiento, la fantasía y la ironía dominan *cada una á su vez*, excluyéndose recíprocamente; en Laforgue, los tres van unidos, sin que cese ni un solo instante ninguno de ellos en tomar su parte en el concierto de la obra.

En cuanto al sentimiento religioso, arranca de principios comunes á las dos generaciones de poetas: la intuición, el subjetivismo, la evocación de una realidad exterior, tiene grandes semejanzas con el fenómeno psicológico que se llama fe, definido por algunos autores como estado lírico. Para Novalis, la intuición ó la fe excede en dignidad á la razón. Cada romántico quiso tener sus visiones, sus éxtasis, sus revelaciones; es el triunfo de las sectas de luministas y de esotéricos. Esta corriente espiritualista existe, muy caracterizada, en los simbolistas. Baste recordar las primeras obras de Mæterlinck, su *Tesoro de los humildes* impregnado de misticismo, el espiritualismo de Verlaine en *Sabiduría*, las oraciones de Max Elskamp, el *Amor divino* de Vielé-Griffin, el esoterismo de Villiers de l'Isle-Adam, etc.

ENSEÑANZA Y EDUCACION

Las escuelas de periodismo.—Reconociendo el poder sin límites de la prensa periódica y la influencia que ejerce en todos los órdenes de la actividad humana, hay que convenir con Luis Piccioni y la *Nueva Antología* en que al maravilloso progreso moral realizado por la prensa no corresponde el progreso moral é intelectual. ¿Es que los espíritus selectos hallan hoy otros campos más fértiles y serenos para ejercer su actividad en sentido común? ¿Es que la sociedad en que vivimosaisla á los mejores, obligándolos á desgajarse de entre las luchas furibundas de intereses y pasiones en que esta sociedad se mueve? ¿Es que el periódico es hoy, ante todo, un negocio comercial? ¿Ó es, quizá, por ser demasiado fácil y demasiado libre la vía del periodismo, y por eso la recorren muchos ineptos sin ninguna seria garantía intelectual ni moral, de tal modo, que los tímidos

de poco valer, que son muchos, retroceden ante la acometividad de los audaces, y por eso la crítica y el juicio sobre hombres y cosas en política y en literatura, en artes y ciencias, queda en manos de escritorzuelos asalariados é ignorantes que absuelven y condenan como miserables Minos?

De todo hay, y más todavía: y lo más grave es que al ilimitado poder de que el periodista usa y abusa no corresponde una responsabilidad adecuada. «Hay periodistas, dice Max Nordau, tan desprovistos de seriedad y de conciencia, que han preparado y provocado revoluciones y guerras, y hecho llover ruinas y desolaciones sobre su patria y sobre el extranjero. Si hubieran sido jefes de Estado, se les habría destronado; si hubieran sido ministros, se les habría sometido á un proceso en el que se hubieran jugado la cabeza; pero eran periodistas, y nadie les perturbó, y fueron los únicos que salieron incólumes del general desastre, del que fueron la única causa.» El medio más positivo y más práctico de evitar ese desequilibrio entre la influencia de la prensa y la inferioridad de quienes la dirigen, es fundar una escuela de periodistas, en la que el futuro escritor pueda ser educado y amaestrado.

¡Una escuela de periodismo! ¿Y por qué no? ¿No ha abierto el partido socialista alemán una *Escuela superior de estudios socialistas,* que le cuesta cerca de 100.000 marcos anuales, para formar propagandistas, oradores y periodistas de la clase? ¿No se ha tratado en Bélgica de crear una escuela superior de aspirantes á diputados, con un vasto programa que alcanza desde los ejercicios de educación física hasta el arte oratorio? ¿No ha declarado el profesor Hennerson, de la Universidad de Chicago, ser indispensable la fundación de escuelas para los aspirantes al matrimonio? ¿No ha propuesto el doctor Stanley Hal, en Inglaterra, la creación de una escuela superior, de la que puedan salir señoritas provistas de las armas más perfeccionadas para la conquista de la felicidad individual y social? ¿Por qué, pues, no se ha de pensar seriamente en crear escuelas de periodismo?

La institución es modernísima, y apenas cuenta hoy quince años de vida. Mientras Eugenio Tavernier daba en 1896, en la Universidad Católica de Lila, una serie de conferencias sobre los deberes y prácticas del periodismo, se fundaba en Londres, por el reverendo Guillermo Routh, la *Victorian School of Journalism,* primera escuela de esta clase (1). La anemia consumió pronto esta fundación, siendo preciso buscar en París, en Suíza, en Alemania y en los Estados Unidos los brotes, vivos todavía, aunque no muy rozagantes, de estas iniciativas, ya en cátedras particulares, ya en cursos de conferencias, ya en agregaciones á unas ú otras facultades ó escuelas.

En América, á pesar de pasajeros entusiasmos, los ensayos hechos hasta el presente son poco notables. En 1907, el profesor J. French Johnson, de la Universidad de Pensilvania en Filadelfia, transformó su cátedra de *Busines practice* en la de *Periodismo*, con cuatro cursos. Al principio encontró aplicación práctica en la redacción de un periódico hecho por los alumnos; pero luego sus lecciones se redujeron á una simple conversación con los estudiantes, que un día se dedicaban á buscar los títulos para los artículos, otro á dirigir la publicidad, otro á desarrollar un argumento picante ó á desenvolver telegramas y correspondencias. Hoy esta enseñanza está limitada á unos cuantos estudiantes que aspiran á la profesión periodística, y parece que tiene escasa importancia. No es mayor tampoco la del curso bienal de periodismo que forma

(1) Tengo que reivindicar para mí el honor de haber sido el primer fundador de esta clase de escuelas. En el año 1886 fundé, en efecto, en Salamanca la primera Academia de periodismo, con un programa que abarcaba, además de unas nociones de Literatura y su historia, y de la Legislación sobre la prensa, estudios prácticos de redacción y corrección de toda clase de artículos, sueltos, gacetillas, desarrollo de telegramas, crítica literaria y teatral, etc. Posteriormente, en Madrid, he hablado con algún ministro de la conveniencia de implantar esta reforma, ensayándola en Madrid y Barcelona, no habiendo llegado este proyecto á cristalizar en hechos, por la instabilidad de nuestras situaciones políticas. Mi Academia de Salamanca desapareció en 1889, por mi traslado á Toledo.

parte del Colegio de Comercio y Administración de la Universidad de Chicago, donde hay también cursos de Oratoria pública con curiosísimos programas. Sólo en la Universidad de Kansas ha adquirido cierta importancia la enseñanza profesional del periodismo; allí hay desde 1903 una verdadera sección de periodismo, retribuída por el Estado y dirigida por Harger, con cursos teóricos y prácticos de información, redacción y administración periodística, que duran cuatro años y conducen á un bachillerato en periodismo, que parece abre las puertas de los más importantes periódicos de los Estados Unidos. Esa Facultad de periodismo cuenta, sin embargo, con pocos alumnos: de 25 á 35.

En el mismo año de 1903 ha contado Suíza con dos cursos de periodismo: uno agregado á la Facultad filosófica de Berna, y otro á la jurídica de Zurich. El programa de Miguel Bühler, de Berna, comprende la Historia de la prensa, redacción y servicio de información, derechos de autores, etc. En Zurich, el Dr. Oscar Wettstein empezó con un curso privado de Historia y Técnica de la prensa; en 1905 se convirtió en cargo oficial, con resultados satisfactorios, pues en 1908 contaba con 57 alumnos. Wettstein sigue hoy con sus cursos de Técnica, Historia de la prensa y Jurisprudencia periodística, dejando á su colega Alejandro Ehrenfeld el curso de ejercicios de crítica literaria, consistentes en el desarrollo sistemático de argumentos de actualidad, en escritos de 20 á 200 líneas. En el curso de 1909 y 10 ha iniciado también, en la Universidad de Ginebra, el profesor Daniel Bersot la enseñanza privada de Historia del periodismo.

El primer lugar en la enseñanza profesional del periodismo lo ocupa indudablemente Alemania, con el Dr. Adolfo Kock, de Heidelberg, fundador y director del Seminario periodístico de aquella Universidad. Su cátedra no es oficial, por lo que su enseñanza, dividida en dos cursos teóricos, uno de Historia y crítica de los partidos políticos, y otro de Historia y naturaleza de la opinión pública y de la prensa periodís-

tica, con más un curso de ejercicios prácticos, es obra completamente suya, libre y genial, llevada á cabo con ayuda de un profesor de Derecho y de un periodista, contando en algunos semestres con más de 200 estudiantes. En Berlín, desde 1899-900, el Dr. Ricardo Wrede fundó una Escuela superior de periodistas, que hubiera debido ser, con la Escuela de periodismo de París, el verdadero tipo de la Escuela superior destinada á la educación y preparación de los buenos periodistas. Lejos de eso, la escuela Wrede apenas merece atención por lo exiguo de los resultados, aunque el programa no podía ser más llamativo: en el primer semestre, lecciones de Historia y Técnica de la imprenta, de los periódicos y de los libros; estudios de Propedeútica periodística y de Anatomía patológica del periódico y ejercicios de Práctica periodística; en el segundo semestre, lecciones de Derecho, ejercicios de Legislación de imprenta, ejercicios de Ciencia política, de correspondencia y de discusión; en el tercero, lecciones de periódicos ilustrados, ejercicios de práctica periodística, relaciones, crítica dramática, musical, literaria y artística; y en el cuarto, continuación de los mismos ejercicios, completados con otros de Ciencia política y de discusión.

No ha tenido mejor suerte la Escuela de Periodismo fundada en París por Fouquier y Bernard, en 1899, con dos cursos bienales que comprendían la Historia del periodismo en Francia, prensa extranjera, Legislación de la prensa, periódico moderno, cursos profesionales, ejercicios prácticos y visitas á los periódicos. La Escuela no tardó en convertirse en institución esencialmente académica, sin casi carácter didáctico, y está hoy reducida á una serie de conferencias sobre argumentos concernientes al periodismo, muy frecuentadas, pero por público variado y sin verdaderos alumnos. Así, en el año de 1909-10, Eugenio Ripoll ha dado conferencias sobre «la Prensa, su papel moral y social; Periódicos modernos; Categorías y características; la Confección de un periódico; Artículos, sueltos, informaciones, variedades, folletines, rúbricas diver-

sas; la Redacción; Articulistas, informadores y gacetilleros; el Secretario de la redacción»; Tinmory ha dado un curso de Cuestiones y ejercicios de Crítica dramática; Guernut ha tratado del Artículo de revista, de fondo, de información, de capricho y de crónica parisiense, de las Sesiones parlamentarias, de la interview, de los ecos y de la Crítica literaria; Alberto Tomás se ha ocupado de la educación social del periodista, sindicatos, bolsas y confederaciones; otros, de la educación histórica y jurídica, y Seignobos, de la educación política; toda una serie de conferencias con proyecciones se ha dedicado á la información en un periódico moderno, la enseñanza del periodismo en el extranjero y la Historia de los periódicos contada por ellos mismos; y como si todo esto fuera poco, se ha destinado una parte del programa á *la Palabra en público,* con ejercicios prácticos de Fisiología, Estética y Psicología de la voz. Sólo la parte relativa á la información, ha dado lugar á que los más ilustres hombres públicos y periodistas hayan dado conferencias sobre la información en otro tiempo, la información por agencias, el corresponsal particular en el extranjero, el corresponsal particular en provincias, el enviado especial y el corresponsal de guerras, cómo se recogen los sucesos, la información política, la información financiera, la crónica religiosa, la información social, la prensa regional, cómo se puede hacer un periódico sin redactores, etc.

El núcleo de la cuestión está en esto: admitida la necesidad de dedicar á la profesión del periodismo, por su propia dignidad, una preparación conveniente, ¿puede admitirse igualmente que la profesión del periodismo sea enseñable y aprendible en una escuela especial? Mucho se ha discutido en los Congresos internacionales de la Prensa esta cuestión; pero lo curioso es que, después de tanto batallar y discurrir, todavía no se ha dado un paso decisivo para una solución práctica. En 1903, José Pulitzer, propietario y director del *The World,* de Nueva York, dió un millón de duros para la fundación de una escuela de periodismo en la Universidad de Columbia, prometiendo

otro millón si al cabo de tres años daba buenos resultados. Tales y tantas fueron las críticas y polémicas suscitadas por el proyecto, los programas (1) que se presentaron y las dudas que surgieron, que todavía hoy la escuela se halla en gestación. ¿Se puede ó no se puede enseñar ó aprender la profesión de periodista? Bœrlin sostuvo en 1898 que la creación de una sección de Ciencias periodísticas en las Facultades universitarias dañaría la independencia de la imprenta y de los periodistas, que no podrían dedicarse á otra profesión menos ingrata; por lo cual le parecía preferible que siguieran reclutándose los periodistas entre los desengañados de otras profesiones ó entre los que tienen vocación. Heinzmann-Sabino se declaró también contrario, en 1902, porque el periodismo no le parecía carrera suficientemente aprovechable para impulsar por ella á la juventud, por lo precario de las posiciones que facilita. La objeción, sin embargo, más importante, es la formulada en 1895 por el español Alonso de Beraza, en el Congreso de Burdeos: El periodista, como el poeta, nace, pero no se hace; el periodismo no se aprende, se siente. ¿Quién puede enseñar esa especie de recto sentido, ya percepción de la actualidad, ya olfato de la noticia, ya visión íntima y profunda que penetra bajo la superficie fácil y vulgar y tiene algo de revelación?

---

(1) He aquí, por vía de ejemplo, el programa propuesto por el Presidente Eliot: *Administración del periódico:* organización de las oficinas; funciones del editor; circulación; inserción; dirección.—*Información:* administración; servicio de noticias locales; de provincia; del extranjero.—*Técnica del periódico:* máquinas tipográficas; embuchados; cartas; estereotipia; caracteres; máquinas de componer; procedimientos para la reproducción de las ilustraciones; plegado; ligado, etc.—*Ética del periodismo:* responsabilidad del periodista para con el público; hasta qué punto la opinión del director y del propietario del periódico deban influir en la redacción de las noticias; relaciones entre el editor, director y reporters respecto á la libertad de opiniones.—*Historia del periodismo.—Libertad de imprenta.—Forma literaria del periódico:* puntuación; división de las palabras; abreviaciones, etc.—*Reglamentación de los actuales institutos de instrucción* á beneficio de los aficionados al periodismo.

¡Cuántos pensadores y psicólogos profundos, literatos y escritores de primísimo orden no aciertan á decir lo que puede interesar al lector ó no atinan con el modo de decirlo!

Todo eso es verdad; pero en el mismo caso se encuentran muchas otras profesiones. ¿No necesitan el médico y el abogado particulares aptitudes y especial temperamento? ¿Por qué el temperamento y las aptitudes del periodista no se han de poder desarrollar y guiar por la educación y la experiencia? ¿Quién puede negar que la atmósfera de periodismo en que vive quien quiere consagrarse á esa profesión, provoca y favorece el desarrollo de las cualidades innatas? En los hospitales ó en la magistratura, sólo entran á practicar los que ya conocen la teoría, y sólo en las redacciones de los periódicos podrá entrar hasta el completamente ayuno de la labor que en ellas se realiza! ¡Y sin embargo, es así!, como dice Pulitzer.

En los países latinos, las escuelas de periodismo, según el *Journal de Genève*, no pueden prosperar, porque el ideal del periodista es el éxito personal, y se juzga mejor periodista al que es más leído y gana más, cualquiera que sea el valor de sus ideas y el método que emplee. En los países anglo-sajones, el periódico es, en general, considerado como un medio de educación y de información, que debe á los lectores la verdad de los hechos, la rectitud de los juicios y el lenguaje de la razón imparcial, donde el temperamento y las aptitudes particulares no bastan para hacer un buen periodista, y donde, por consiguiente, la escuela de periodismo servirá para satisfacer esa necesidad, formando espíritus críticos capaces de alzarse sobre los instintos de raza y prejuicios nacionales, con valor para resistir á todas las tentaciones del oficio, sacrificándose á la verdad. Ese precisamente es el objeto que se propone Pulitzer: «La Escuela de periodismo, dice, debe ser, no sólo no comercial, sino anticomercial; debe enseñar á exaltar un principio aunque se dañe el negocio, si es necesario; el periodista no debe ser un negociante, ni un editor, ni un propietario.» Hermosas palabras, añade Piccioni, pero de las que sonríen

maliciosamente los adversarios de las escuelas de periodismo, pensando en los periodistas millonarios de Ultramar.

Admitamos, en principio, la existencia de la escuela; toda profesión tiene determinados los límites de sus conocimientos. ¿Cuáles son los límites de las innumerables cuestiones que un periódico debe tratar cada veinticuatro horas? ¿Qué quiere, por ejemplo, Pulitzer que se estudie en su futuro Colegio del Periodismo? Desde luego, el estilo periodístico, pues en ninguna profesión es tan importante el arte de escribir como en el periodismo; luego, los principios y teorías legales y sus aplicaciones, para el público bienestar; la Etica, porque el alma del periódico está en un sentido moral; la Literatura en general, y la política en particular; la Bibliografía de todas las buenas obras de consulta; la Historia, especialmente la interna, de todos los paises; la Sociología y la Economía, con especial aplicación á las modernas cuestiones sociales; la Estadística; las Lenguas modernas; Las Ciencias físicas y naturales; el Estudio crítico de los periódicos contemporáneos; los principios y métodos del periodismo moderno... Francamente, el que salga un día licenciado de la escuela que se funde con los millones de Pulitzer, será un monstruo de la ciencia, que quizá no sepa dar forma á una noticia.

Pulitzer responde á todas esas objeciones: Sabemos que la mayor parte de esas enseñanzas se dan en otras escuelas superiores; pero ¿dónde, cuándo y con qué propósito? Lo que importa es que todas esas enseñanzas esparcidas en varias Facultades, se reúnan y se encaucen especializándolas, eligiendo y concentrando de cada una de ellas sólo lo que interese al periodismo.

Lo que parece demostrado es que el periodista necesita una preparación más seria y amplia que la que tiene. En el periódico moderno no existe ya, salvo en provincias, el tipo de redactor *ómnibus*, encargado del artículo de política, de la polémica sobre huelgas, de la información extranjera, de la crítica literaria y de la crónica local; hoy cada materia es tratada por

profesionales competentes; pero aun esos, los verdaderamente competentes, no por serlo son periodistas de valor; unos no sienten afición al periodismo, y prefieren el libro ó la cátedra; y otros funcionan sólo como periodistas intermitentes. Para asegurarse un personal fijo de periodistas inteligentes, la Escuela del Periodismo bien entendida y sin exageraciones absorbentes, es una necesidad que, pronto ó tarde, será atendida por los Poderes públicos de las naciones cultas.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

Reliquias de Chateaubriand.—Con el título de *Porvenir del mundo*, aparecieron en el número de la *Revue des Deux Mondes*, del 15 de Abril de 1834, varias brillantes páginas del gran Chateaubriand, incluídas luego en la edición de Biré. Un cuadernito de treinta y cuatro páginas, del que faltan las hojas 11 á 21, y que había permanecido inédito, ha sido publicado por el *Mercure de France*, y merece ser reproducido íntegramente, como lo hacemos á continuación:

«¿Es cierto, como se ha repetido frecuentemente, que los gobiernos antiguos, al sucederse, se hayan legado la misma idea, la misma fuerza que hace nacer, crecer y caer los imperios, conforme á una orden indenegable é irresistible? Algunas familias que se reúnen y fundan ciudades: he ahí en cuanto al nacimiento de los Estados; en cuanto á su desarrollo, la prosperidad y la armonía de las instituciones; en cuanto á su caída, deriva de una violencia exterior ó de una civilización pervertida que socava más ó menos pronto los cimientos de los imperios: tal es el cuadro reiterado que nos ofrece la Historia del mundo.

»¿Se sigue de aquí que la órbita de los gobiernos humanos no dé más que cierto número de vueltas, que se desarrollan con regularidad y que vienen á parar á una destrucción siempre semejante? Porque tres puntos limiten el destino de los impe-

rios (su nacimiento, su desarrollo y su ruina), ¿hay en eso algo tan espantoso, de donde deba deducirse la fatalidad? ¡Nacer, vivir y morir! ¿Es posible librarse de este orden? ¿Es posible que el espíritu humano imagine otro? La vida de cada hombre, su rostro, su carácter, es lo que le distingue. El primero y el último suspiro limitan la carrera de todos nosotros. ¿A qué seno debemos la existencia? ¿Qué poderoso dedo nos quebranta y nos empuja al sepulcro? Eso también es lo que tenemos de variado y de notable. Los pueblos, no hay que engañarse en ello, rara vez brotan de la misma manera; siempre han funcionado diversamente, y con frecuencia es otra mano la que ha cortado el sudario en que se han envuelto para morir.

»Ved ese imperio que semeja uno de los primeros del mundo, y de donde parecen haber salido, como del seno de una madre común de nuestras leyes, nuestra civilización y nuestras religiones. Esa tierra fecunda se cubre de numerosas poblaciones que no saben manejar sino el hierro pacífico del arado y encerrar en sus ricos graneros las cosechas que el limo del gran río dobla cada año. Otros estados nacen y se engrandecen; él les envía lo supérfluo de sus riquezas, y no quiere tomarles nada; encerrado en sus fronteras, no piensa en paralelas. Si la Naturaleza ha puesto el desierto á sus pies y el río á su lado, es porque estos dos límites le bastan. Además, se contenta con la vida física é intelectual de sus padres.

»Mientras el resto del mundo caminaba, aquella tierra permanecía fiel á sus orígenes, adelantada por todas las demás; así, pertenecerá al enemigo que, por el solo ascendiente de su superioridad, quiera apoderarse de ella. Aquel antiguo coloso se desmorona al primer esfuerzo que le bambolea, porque el tiempo no permite vivir sino á los que marchan como él; heló los pueblos imprudentes que se durmieron á la luz de las estrellas.

»He ahí, pues, un imperio nacido de sí mismo sin violencia, desarrollado lentamente, sin embarazo, y caído por la

impasibilidad, por el fanatismo del pasado. Antes de que el árbol cayera en tierra, una rama viva se separa de él, que la corriente de los mares lleva á un suelo nuevo. Lo que debía ser la patria de la libertad, de la gloria y de las artes, no es todavía más que una reunión de pastores y de agricultores, que una chispa venida del Oriente va á encender con llama inmortal. No se trata ahora de un pueblo salido de sí mismo, sin antepasados para su civilización; se trata de un pueblo-*raza*, enérgico, que vivía en la Naturaleza, y que se creó súbitamente una nacionalidad, cuyo principio tomó de una nacionalidad extranjera. Y he ahí esos pequeños estados que crecen como gemelos, elevándose rápidamente y compitiendo tan sólo por la gloria y la independencia.

»Hemos visto antes la inmovilidad secular; ahora la actividad produce metamórfosis rápidas, maravillas diarias, acciones inauditas. Ese pueblo no ha vivido todavía más que un día lleno de luz y de espejismos, y ya las tinieblas de la destrucción lo envuelven. Venid á ver caer esa flor que el mundo miraba con cariño y que crecía por la perpetuidad de las Bellas Artes; no embalsama el suelo natal más que una mañana, ella que debía perfumar el mundo. Esa nación no muere paralizada por la inercia, sino desgarrada por su agitación. Ella, que había respondido á la barbarie antigua por la más pura civilización, y á la multitud de los invasores por el valor y la energía, no encuentra ya nada para morir, sino su eterna necesidad de movimiento. Entonces se quebrantó por sus propios golpes y se derrumbó entre los desgarramientos de su agonía. Aquella brillante República nace, pues, muy de otro modo, se desarrolla bajo otras y más asombrosas influencias, y muere por sus propias manos, suicidio brillante que debe ser provechosa lección para los Estados libres, cuando crean la agitación inseparable de la libertad.

»Vamos ahora á asistir á otro espectáculo: lejos de que el mundo sea una escena en que cada sol alumbra la misma acción, cuando levantamos el telón de la Historia, asistimos á

dramas sucintos en que aparecen diferentes personajes, decoraciones nuevas y movimientos muy diversos. La Fatalidad, si no fuese más que una palabra, sería la eterna repetición del mismo juego, cuando más con otros trajes. Admiremos ese pueblo que se apoderó de un pedacito de tierra, como si no quisiera edificar en él más que una tienda de paso, y sucesivamente, en pocos siglos, invadió todo el universo.

»En esos diferentes Imperios que acabamos de atravesar con la mirada, el primero nace y se desarrolla simplemente y en silencio; el segundo, que se creó por la emigración, brilla en seguida por las artes; aquel á que hemos llegado, se funda y se extiende desmesuradamente por la conquista. Y cuando haya vivido siglos enteros de cordura, no deberá perecer por las luchas, sino por el exceso de la civilización ó de la corrupción; y también por el exceso de su ambición ó por su impotencia para resistir al torrente invasor de los bárbaros, á quienes había enseñado á dirigir el furor ó el estrago de sus golpes.

»¿Dónde está, pues, la fatalidad? ¿Estaría en la caída de todos los edificios en que los siglos han puesto mano, y que son demolidos por los siglos? Sí, la muerte es una fatalidad. Con la vida forma las dos leyes fatales de los imperios; pero, ¿pueden descubrirse otras? Diré más: si era preciso que esos reinos cayesen, es porque en sus venas, con la vida circulaba el principio de su muerte; es porque les faltaba para durar quizá siempre, lo que constituye la sangre de los imperios, lo que los regenera cuando se pudren: la *Religión* y la *Moral,* ó una de las dos solamente; pues la sana moral debe ser religiosa.

»Podríamos continuar desarrollando este admirable cuadro: generaciones que se elevan, siempre nuevas, unas sobre otras, sin exponerse nunca al tildado de imitación. Preferimos detenernos en los pueblos desaparecidos, que han muerto sin posteridad. Las naciones que pueblan nuestro mundo serán objeto de un estudio mucho menos rápido. Las estudiaremos lentamente, aisladamente, distinguiéndolas ó aproximándolas según el fin común ó la diferencia de organización. Nos compla-

ceremos en investigar si hay diversidad de naturaleza, de dónde puede provenir, si puede desvanecerse y, por consiguiente, si los pueblos pueden conservar su carácter propio, sus odios de razas, sus fronteras distintas. ¡Ojalá hallemos, como esperamos, en la Historia, las pruebas de la idea generosa de que está henchido nuestro corazón! Entonces no sería ya una ilusión de utopista, imaginación que arregla un orden de cosas imposible; sería una verdad, sería la esperanza, de cuya realización debe penetrarse toda alma.

»Ahora me dirijo á las almas fuertes ó á los corazones religiosos que temen rebajar el poder de su autor, atribuyendo á los hombres una voluntad diferente de la suya, ó que, temiendo la anarquía de las combinaciones humanas, lo hacen derivar todo de supremos arreglos. No toco, sino tímidamente, á ese gran problema de la libertad humana y del infinito poder, que parecen no poder subsistir simultáneamente. Dios es eterno y ha creado al hombre mortal; remueve los cielos, y su criatura se arrastra en un rincón de la tierra. Pero ¿posee la libertad ese insecto miserable? Lo probaría el hecho de ser igualmente hábil para reproducirse y para destruirse por sus propias manos. Su libertad tiene, pues, la mayor latitud posible, puesto que obra sobre él por entero. Pero ¿es omnipotente Dios? ¿Quién lo duda? ¿Sabe ó no sabe? Sabe. Y yo ¿qué sé? Sé que soy, y que quien permite que sea, existe también. Sé también que Dios no puede querer y no querer las mismas cosas. No podría Él mismo mortalizarse, porque dejaría de ser, y entonces no habría Dios. ¿Puedo explicarme esta aparente impotencia? Dios, digo, no puede querer y no querer las mismas cosas. Quiere que el hombre sea libre, lo que está probado por la historia del mundo y por la historia de nuestro propio corazón. Yo creo de tal modo libre al hombre, que no comprendo que no pueda serlo. Allí donde encuentro pruebas invencibles de la libertad, se va á sacar la creencia en la esclavitud del pensamiento humano.

»Se ha dicho que todos los imperios han caído según las

mismas leyes de desarrollo. Es un primer error, porque ni uno solo ha perecido de la misma manera. Éste, de corrupción; aquél, de desgarramientos; alguno, hasta de sueño, como si hubiera querido prepararse á morir. Sin duda que en las revoluciones humanas existe cierta periodicidad; todo lo más probaría la persistencia, por parte de los hombres, á arrastrarse por los mismos senderos, sin que de esta indiferencia de la voluntad pudiera deducirse su servidumbre. ¿Podría explicarse la vuelta de las mismas combinaciones sociales, atribuyendo al hombre un respeto de tradición por lo que han hecho sus padres; una pereza de iniciativa por serle más fácil dejarse vivir, y, por último, una organización idéntica que, al recibir la misma educación, producirá necesariamente los mismos frutos? Mucha distancia hay todavía, ciertamente, de eso á la esclavitud del pensamiento humano; sostener lo contrario, es hacer estallar la más desesperadora ingratitud para con Aquel de quien todos tenemos esta hermosa y preciosa libertad.

»La ciencia filosófica ha despojado á veces los hechos de su originalidad para confundirlos y ligarlos al mismo principio. Maestros cuya ciencia veneramos han desdeñado los pormenores, para no considerar momentáneamente sino el hecho dominante. Más aún: han desdeñado frecuentemente los principios mismos como producto de voluntades sin plan y sin método. Entonces han entrevisto en su imaginación—ellos, que están dispuestos á simplificar y generalizar—tipos de gobierno que han construído, adaptándoles las facultades que más ordinariamente se encuentran en el alma humana, y han visto en los imperios reglas esenciales á las que deben sujetarse los hechos.

»La enfermedad se engendra del abuso, de la privación; así pasa en los imperios. En los temperamentos estallan crisis; así nacieron las revoluciones. De este modo, la máquina social se convierte en una máquina humana que, hecha por el hombre, está hecha según él. Razonando así, ¿no obedecen esos maestros, aquí también, á una engañosa analogía? Lo que

observan, en realidad, es el hombre físico; si imaginaran un modo de imperios conforme á nuestra organización moral, no verían ni crisis ni enfermedades. El pensamiento siempre sano é independiente en su ejercicio natural... (aquí es donde faltan las cuartillas 11 á 21).

»Desde hace cincuenta años creemos que el mundo ha cambiado, porque las cosas no son ya completamente las mismas, y porque un nuevo resorte, agregado á nuestra máquina política, la hace funcionar con movimiento más propicio. Por de pronto, la verdad aparente de las cosas no ha cambiado; los hombres siguen siendo los mismos. En realidad, este resorte nuevo que mueve nuestra máquina política es tan viejo como el mundo. No, seguramente, no es eso lo inédito por excelencia. ¡Nos imaginamos adelantar con un movimiento que no tiene ejemplo en el pasado! Perdóneseme una comparación: los planetas cuyos chispeantes resplandores vemos brillar en el cielo, se mueven en continua acción; el arco, sin embargo, no cambia de lugar en el espacio; el principio originario que los puso en marcha por toda la duración del mundo, jamás ha recibido un impulso nuevo ni más rápido. ¿Me atreveré á decir que son nuestra imagen y que nuestra marcha en el tiempo es siempre la misma? Diré, por lo menos, que no retrocedemos, que el progreso es siempre natural, normal y regulado; que las revoluciones al acelerarlo no lo desnaturalizan, que no hay progreso por brincos y por accidentes, sino un progreso por continuidad y por arrastre.

»Hemos hecho una Revolución. No estemos tan orgullosos de su influencia y de sus beneficios; humillémonos, por lo contrario, hoy más que nunca. Lo que prueba esta Revolución, es que la hemos hecho á pesar nuestro. No podíamos sino oponernos á su venida. Nos ha armado con el arma de los siglos para derribar el pasado; nos ha forzado á venir en su ayuda para su realización. Lejos de haberla hecho, la hemos detenido en su venida; debía estallar desde hacía siglos.

»Las sociedades antiguas han ido mucho más aprisa que

nosotros. Iban por amplias evoluciones, y pasaban de un círculo á otro de la esfera política con desconcertante prontitud que no hemos imitado. Tenían una acción sobre su propia evolución, que pesaba más, quizá porque sus instituciones podían reformarse más fácilmente; quizá porque la acción más restringida de la masa nacional permitía más á los que la gobernaban.

»La revolución del siglo último es quizá un retraso de diez siglos. El choque de los años debía hacerla nacer, y la confusión que engendró, contraria á la naturaleza de las leyes generales, hubiera debido disiparse muchísimo más aprisa. El gran río del movimiento social se ha agitado largo tiempo en torbellino sobre el suelo que debía tragar. Ahora bien; sus olas debían nivelar rápidamente su cieno, y la masa de las aguas desplegarse entonces en desarrollo pacífico. ¿Cómo ha podido el hombre erguirse como un obstáculo á la voluntad divina, dificultando momentáneamente la ejecución de su plan?

»Pero, ante todo, ¿hay una combinación suprema? Abandonamos esta cuestión con corazón piadoso y humildad perfecta. ¿Hay reinos trazados de antemano en el pensamiento celeste; ideas puestas en el camino de la humanidad para que las coja una por una; revoluciones preparadas en el porvenir, y que deben estallar en el momento preciso? No examino el porvenir providencial; más tarde trataremos de penetrarlo tan profundamente como nuestra vista limitada lo consiente. Aquí queremos hablar únicamente de la premeditación divina. En este momento, eso es todo lo que diremos respecto á la acción del cielo sobre la tierra y de Dios sobre el hombre.

»Para perfeccionarse, nuestra sociedad moderna tenía un socorro poderoso que faltaba á la sociedad antigua; ésta última no tenía más que la idea religiosa sacada de la barbarie mitológica. Nosotros teníamos la idea religiosa que nos enseña que somos á la imagen de un Autor muy de otro modo magnífico y poderoso que las mezquinas divinidades del paganismo. En nosotros, la idea moral debía, pues, surgir desde toda su

altura; proclamar inmediatamente su reinado; cambiar el hombre antiguo de la cima á la base; renovar rápidamente las sociedades agotadas. Pero las nacionalidades nuevas se empeñaron en no abandonar ninguna barbarie, no queriendo que á los ojos del Dios nuevo apareciese un pueblo nuevo digno de las nuevas creencias que se llamaban Humanidad. ¿Ha registrado jamás la Historia, pregunto yo, sucesos semejantes? Y me responde mostrándome un doloroso cuadro de tinieblas espesas y de guerras que han durado quince siglos.

»Pero la guerra, que parecía deber ser eterna, ha encontrado casi en sí misma su legitimidad. A fuerza de cortar, la espada se ha embotado; ha conservado, sin duda, el brillo de su hoja; pero en el último gran golpe que ha dado, el genio de la guerra se ha herido á sí mismo en el corazón. Los pueblos de Occidente han visto recientemente este cambio, sobre el que todos han influido por igual; la acción ha venido de un solo punto, y se ha desarrollado sobre todos. En un último impulso, todas las naciones se han reunido como si la tierra hubiera sido sacudida bajo sus pasos. Un último llamamiento las ha hecho coger la espada. Todas han dado grandes golpes, todas han señalado su valentía y manifestado la desigualdad de sus fuerzas; pero sus golpes han recaído sobre ellas mismas, no estando la inferioridad en ninguna parte y la superioridad en todas, según el pensamiento y el honor de cada una.

»Por consiguiente, una idea más, una idea bárbara que cae de su pedestal. La gloria no hace ya á las naciones grandes, si todavía las hace poderosas. La gloria pierde su prestigio universal, y lo que había usurpado este nombre, pierde cada día su aureola. Todos hemos salido de antepasados belicosos, pero parece acercarse la hora en que renegaremos de nuestros padres. ¿Y se vendrá, por esta razón, á pretender con palabras sonoras que somos degenerados?

»¡Degenerados! ¡Porque hemos arrojado una locura del cerebro humano, y un caos de la creación social! ¡Porque vamos á dar un paso, nosotros, que no hemos hecho más que andar

hacia atrás! ¡Semejante reconvención no encontrará ya pronto eco en un mundo que habrá olvidado hasta el recuerdo de los grandes degüellos de otro tiempo, y no se orientará ya sino hacia el desarrollo del pensamiento humano y la marcha nueva del porvenir.

»¿Marchamos, en efecto, hacia un porvenir nuevo, y hay que creer, cualquiera que sea ese porvenir, que la humanidad crecerá algunos codos? Observo siempre insensible progreso del presente sobre el pasado, una mejora que nace de sí misma, un violento esfuerzo para llegar á mejor. Hemos hecho ese esfuerzo para derribar. Cada uno de nosotros ha venido en el mismo momento á tirar una piedra á ese cuerpo miserable en cuyo seno nos marchitamos. Para vivir, hemos desgarrado las entrañas de nuestra madre, y la hemos dejado muerta y maldita.

»Instrúyanse aquí los pueblos. Cada día está ligado al día que le sigue y lo trae forzosamente. No olvidemos esta solidaridad, y que el día de mañana no nos haga lamentar el día de la víspera.»

CRÍTICA

Toaleta.—Hace algún tiempo que algunos revisteros de salones, cronistas de sociedad y gacetilleros gomosos, gentes todas ellas pertenecientes al grupo de los semicultos, ó, mejor aún, de los pseudocultos, se han empeñado en introducir en castellano la palabra *toaleta*, que ni es castellana ni es francesa, sino una voz híbrida, cuyos dos elementos esenciales, el de la escritura y el de la pronunciación, están lo bastante falseados para que sea inadmisible por ambos conceptos.

Lo hemos dicho repetidas veces, y lo diremos una vez más: no somos, ni hemos sido nunca, enemigos de la novedad, ni puristas en el sentido ridículo de ser nuestro ideal la inmovilidad del léxico. Las lenguas son seres vivos que, conservando sus elementos antiguos, necesitan siempre sangre nueva para

vigorizarse y restaurar las fuerzas que se pierden con las voces que desaparecen por el desgaste que el uso les impone. Lengua que se petrifica, es lengua que muere. En esa renovación constante á que las lenguas vivas están sujetas, influyen, hoy más que nunca, por el desarrollo de las comunicaciones internacionales, las voces de origen extranjero que cada idioma procura incorporar á sus palabras castizas, para enriquecer y completar su léxico. Nada, pues, más legítimo que el empleo de esas voces, pero á condición de que respondan á las exigencias del vocabulario correspondiente. Para esto es absolutamente preciso que las palabras que se intente aclimatar no tengan en la lengua nacional expresión adecuada; con sólo que tengan un matiz que las diferencie de las castizas, algo que autorice su adopción por representar una variante de cualquier género de otra palabra ya existente, debe desecharse todo escrúpulo y abrirlas de par en par las puertas del idioma patrio. Pero si en éste existen ya términos suficientemente expresivos para representar la misma idea, es intolerable que se eche mano de una palabra extraña con abandono de la propia.

Dentro de estas condiciones, nadie puede quejarse con razón de la invasión de términos extranjeros, como, por ejemplo, los relativos á multitud de diversiones ó juegos importados de Inglaterra, como el *foot-ball*, el *lawn-tennis*, el *yachting*, etc. Pero, aun así, es necesario que esas palabras, al pasar de la lengua extraña á la propia, sean adoptadas en toda su pureza originaria, escribiéndose y pronunciándose como en el idioma de donde procedan. Es el primer período de la aclimatación, en el que esas voces son del dominio exclusivo de los eruditos ó de los profesionales correspondientes. Si después de este ensayo, esas palabras, por lo vulgar de lo que representan ó por lo corriente y obligado de su empleo, tienen la fortuna de salir de la limitada esfera profesional ó erudita, para penetrar en la del uso común, entonces la lengua nacional, á despecho de todas las imposiciones, recaba sus derechos y las impone formas propias, ajustadas á las leyes de la evolución fonética

y de las leyes morfológicas de la flexión-patria; así hemos visto pasar al castellano voces como *vagón*, *furgón*, *bistek*, etc., y estamos viendo cómo van naturalizándose también palabras como *esplín*, en *bulevar*, *restaurant*, *flirtear*, etc., en las que se ve la vacilación misma de la lengua influída aquí por la pronunciación, como *bulevar*, allá por la escritura, como en *restaurant*. Cuando desaparecen estas vacilaciones, y la palabra adquiere una forma fija y corriente, puede considerarse como aclimatada ó nacionalizada, entrando sin escrúpulo en el Diccionario del país.

Pues bien; en el caso de *toaleta* se hallan infringidas todas las reglas, y se falta á todas las condiciones requeridas para su adopción. ¿Dice algo *toaleta*, que no digan *traje*, *vestido*, *vestimenta*, *veste*, *tocado*, etc.? «En las carreras de Longchamps lucieron ricas toaletas tales y tales señoras.» «En la soiréede los duques de Tal, llamó la atención la toaleta de la princesa de Cual, etc.» Así dicen los revisteros de salones. Póngase en lugar de *toaleta*, *traje*, y dígase si hay ni un matiz siquiera que diferencie lo que se ha querido expresar en uno ú otro caso. ¿No hay diferencia? Pues *toaleta* es una palabra completamente inútil, y maldita la falta que hace en castellano. Ofende nuestra vista y nuestros oídos, por poco gusto que se tenga, y ni siquiera á los que estamos acostumbrados á leer en francés, tanto como en castellano, nos agrada, pareciéndonos una exhibición ridícula de un saber superficial y una cursilería de las más inaguantables.

La palabra *toaleta* quiere traducir, españolizada ya y como si estuviera en el último período de aclimatación, el francés *toilette*; esta palabra francesa no es otra cosa que el diminutivo de *toile*, tela; de modo que, en resumidas cuentas, *toilette*, en su sentido propio, quiere decir *telita*; de este primer sentido, y por una figura retórica bien conocida, *toilette* ha pasado á significar *traje*, *vestido*, *tocado*: una señora *fait sa toilette*, ó bien, lleva una *toilette* de moda, que son las dos formas más corrientes del uso de esta palabra. Como se ve, teniendo *toilette*

un sentido propio, que tiene su equivalente castellano en *telita*, y un sentido figurado, que tiene también su correspondencia en *vestido*, *traje* y *tocado*, es perfectamente traducible en todos los casos, siendo inútil su adopción. Pero si esa adopción es innecesaria, la forma definitiva, castellanizada, que se la quiere imponer, es inadmisible: el castellano repugna el uso del diptongo *oa*, que apenas se encuentra más que en voces de procedencia gallega, y el francés no dice *toalet*, sino *tualet*, debiendo por lo tanto, en todo caso, decirse *tualeta*, tanto por ajustarse á la etimología, conservando el sonido de la palabra originaria, cuanto por acomodarse á las leyes de la fonética castellana.

En resumen: que el escribir y decir *toaleta*, es inaguantable y completamente cursi.

IMPRESIONES Y NOTAS

Los locos en libertad.—El ilustre operador italiano Pozzi, ha visitado la República Argentina, fijándose especialmente en la organización de la colonia de dementes del Dr. Cabred, junto al pueblo de Luján, á 60 kilómetros de Buenos Aires. Para dar á conocer sus observaciones, ha dado luego una conferencia, recogida por *Le Temps*, y de la que entresacamos las notas siguientes:

Cabred se ha hecho el apóstol de la libertad de los enajenados, de los asilos á puerta abierta y de la clinoterapia. Después de haber estudiado en París con Charcot, Magnan y Fabret, y de recorrer Alemania, Bélgica, Italia é Inglaterra, volvió á ver la Argentina, resuelto á hacer triunfar sus ideas. «El loco furioso, dice, no debe ya existir más que en el teatro y en las novelas. Lo que produce el furor es la violencia. Toda crísis se puede calmar con el aislamiento, con la dulzura y con la permanencia prolongada en la cama; nada de camisas de fuerza, ni de prisiones celulares, ni de luchas coercitivas, ni de reclusión.» La idea no es nueva, y ha sido puesta ya en

práctica con buenos resultados en Inglaterra, Escocia, Alemania y Bélgica.

Entrando en la colonia, Pozzi encontró desde luego varios hombres trabajando que le miraron con curiosidad; dos ó tres hicieron gestos hostiles. Todos eran locos; excepto algunos guardianes, todas las personas que por allí se veían eran asilados. Pozzi no se cansa de alabar la belleza de los diversos pabellones, con sus grandes escalinatas, anchos corredores, amplias salas pintadas, cuartos de baño con lavabos de mayólica y cómodos dormitorios limpios y ventilados. En las camas se encuentran algunos enfermos: son locos que se calman con el descanso, en lugar de sujetarlos con la camisa de fuerza, como antes se usaba. En las salas de reunión, pianos, fonógrafos, cinematógrafos y toda clase de diversiones.

La visita más interesante fué la de los talleres: trabajos de madera, de calzado, de sastrería, hornos, etc.; luego atravesaron inmensos jardines, donde se cultivaban legumbres y flores, invernáculos inmensos, llenos de orquídeas y flores preciosas. Uno de los jardineros es francés. Pozzi intenta hablar con él, pero el jardinero divaga, es uno de tantos asilados. Allí hay de todo: lechería, quesería, una pocilguería modelo, un gallinero con toda clase de aves, etc.

Cabred es un hombre de cincuenta años, con todo el entusiasmo del convencido, cuyas teorías se ven coronadas por el éxito: «El trabajo en los laboratorios, las labores, sobre todo, del campo, son un medio maravilloso de distracción, de mejora y de curación. Todos esos pobres dementes, añadía, gozan de perfecta salud, y no se ven oprimidos por la sensación penosísima hasta en los enajenados de la esclavitud. Por otra parte, su trabajo es fructuoso, y sirve en gran parte para aligerar los gastos de la colonia. Las ganancias que producen los cultivos y la ganadería son grandes, y lo serán más en lo sucesivo. Esto no obstante, hay que reconocer que los gastos de vigilancia son mucho mayores que en los asilos-prisiones. Pero ¿qué importa, si las ventajas de *Opendoor* son incompa-

rablemente mayores que todos los antiguos métodos de terapéutica?»

***

La mujer, según una mujer.—La que habla se llama la señora Karin Michaelis, y lo hace en una novela, *La edad peligrosa*, presentada al público francés por Marcelo Prévost. En boca de unos ú otros de sus personajes, la escritora dinamarquesa pone estas declaraciones:

«Si los hombres sospechasen lo que pasa en nosotras, las mujeres, cuando hemos pasado de los cuarenta, huirían de nosotras como de la peste, ó nos matarían como perros rabiosos.

»Ningún hombre conoce á ninguna mujer. ¿Cómo podría ser de otro modo? Si una mujer gastara su esfuerzo en mostrarse tal cómo es, ante su marido ó ante su amante, se la juzgaría atacada de una incurable enfermedad mental.

»Algunas de nosotras suministran algunos indicios, tocantes á su sér íntimo, por caprichos, relámpagos de histeria, accesos de melancolía ó de cólera; pero esta franqueza involuntaria está, en general, fuertemente alterada por la más refinada perfidia.

»Entre hombre y mujer, ¿se dicen nunca la verdad? ¿Se la dicen alguna vez? Lo más frecuentemente no se miente del todo, se miente á medias, ocultando esto y embelleciendo aquello.

»Reina entre los sexos irreductible enemistad. Se disimula, porque así es más cómodo, pero la enemistad no se desarma ni aun en los minutos supremos en que ambos sexos confunden su destino.

»Para una mujer que conoce las mujeres y las comprende, eso sería fácil de probar, y toda mujer que la escuchara hablar á solas, la daría la razón; pero si un hombre interviniese de pronto en la conversación, en seguida las dos interlocutoras se unirían para aplastar la verdad bajo sus pies como una serpiente venenosa.

»Los hombres pueden ser sinceros consigo mismos y con los

demás; las mujeres no pueden serlo. Están viciadas desde su nacimiento. Más tarde, la educación las corrompe más; luego, el trato de las demás mujeres, y, por último, el matrimonio mismo.

»Una mujer puede querer á un hombre más que su vida, puede sacrificarle su tiempo, su salud, su existencia; pero no puede confiarse á él, si es verdaderamente mujer. No puede, porque no se atreve.

»Del mismo modo, un hombre puede, durante un tiempo, más ó menos corto, amar sin restricción. Entonces se deja abrir como un mueble lleno de cajones y de registros. Se entrega á sí mismo, presente y pasado. Una mujer, en la relación amorosa más estrecha, no entrega de su *yo* secreto sino lo que la razón le permite entregar.»

***

El culteranismo de las Preciosas.—El académico Mauricio Donnay ha tratado en varias conferencias, publicadas por la *Revue Hebdomadaire,* el tema fecundísimo de *Molière,* dedicando un interesante párrafo á las Preciosas: «Las primeras Preciosas, dice, las grandes, las ilustres, depuraron las costumbres y el lenguaje. Con los literatos de que se rodeaban, aprendían á hacer retratos, billetes y narraciones. Se leían en alta voz las cartas de los ausentes, y las que se escribían en consecuencia. Voiture, el epistológrafo, era el alma del círculo, es decir, el niño mimado de aquel cenáculo. En el hotel de Rambouillet nacieron palabras útiles, como *urbanidad, superfluidad, obscenidad, encanallarse,* y expresiones matafóricas, como «estar reñido con el buen sentido», «embarcarse en un mal negocio», «brillar en la conversación», etc., imágenes nuevas y encantadoras.

»Pero después del matrimonio de su hija Julia D'Angennes, con el marqués de Montausier, los gabinetes de la señora Rambouillet quedaron desiertos y silenciosos. No recibía ya

más que antiguos amigos. En París se habían abierto otros salones, y luego había venido la Fronda. A un desorden político corresponde siempre un desorden literario, y con la Fronda fué en literatura, de un lado, lo burlesco y lo trivial, y de otro, en las nuevas Preciosas, y por espíritu de oposición, lo novelesco, lo quintaesenciado y el galimatías. Entonces, en las alcobas y en las callejuelas, en lugar de «sentaos, caballero, si gustáis», se decía «tomad figura, caballero, si os place»; para decir «vamos á comer», se decía «vamos á tomar las necesidades meridionales»; «hacer hablar al mudo», significaba «llamar á la puerta», siendo el mudo el llamador. El *cerebro* era el *sublime;* las *manos*, las *movedizas;* los *tocados negros*, *tinieblas;* la *falda de encima*, la *modesta;* la *segunda falda*, la *bribona;* la *falda de debajo*, la *secreta*; un *vaso de agua,* un *baño interior; un hombre de negocios,* un *inquieto*, etc. No de otro modo proceden los malhechores para comunicarse entre sí y no ser entendidos de las personas honradas. El lenguaje *precioso* es, pues, una especie de *argot* presumido y mundano.»

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

Págs.

Carlos II, Rey de España, y su corte, por Juan Pérez de Guzmán. 5

Las Cortes de la Revolución, por Carlos Cambronero 34

Los ahorcados, por Leónidas Andreief..... 65

La novela picaresca en España, por Frank Wadleigh Chandler.... 93

La América Moderna, por Vicente Gay. 127

Algunos retratos de familiares de Santa Teresa, por P. Lafond... 150

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 163

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 23. NUM. 276.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

DICIEMBRE 1911

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA

EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

Homo sum; nihil humani a me alienum puto, dijo el cómico latino. Y yo diría, más bien, *nullum hominem a me alienum puto*; soy hombre, á ningún otro hombre estimo extraño. Porque el adjetivo *humanus* me es tan sospechoso como su sustantivo abstracto *humanitas*, la humanidad. Ni lo humano ni la humanidad, ni el adjetivo simple, ni el adjetivo sustantivado, sino el sustantivo concreto: el hombre. El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere,—sobre todo muere—el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere, el hombre que se ve y á quien se oye, el hermano, el verdadero hermano.

Porque hay otra cosa, que llaman también hombre, y es el sujeto de no pocas divagaciones más ó menos científicas. Y es el bípedo implume de la leyenda, el ζῶον πολιτικόν de Aristóteles, el contratante social de Rousseau, el *homo œconomicus* de los manchesterianos, el *homo sapiens* de Linneo, ó, si se quiere, el mamífero vertical. Un hombre que no es de aquí ó de allí, ni de esta época ó de la otra, que no tiene ni sexo ni patria, una idea, en fin. Es decir, un no hombre.

El nuestro es el otro, el de carne y hueso; yo, tú, lector mío; aquel otro de más allá, cuantos pesamos sobre la tierra.

Y este hombre concreto, de carne y hueso, es el sujeto y

el supremo objeto á la vez de toda filosofía, quiéranlo ó no ciertos sedicentes filósofos.

En las más de las historias de la filosofía que conozco se nos presenta á los sistemas como originándose los unos de los otros, y sus autores, los filósofos, apenas aparecen sino como meros pretextos. La íntima biografía de los filósofos, de los hombres que filosofaron ocupa un lugar secundario. Y es ella, sin embargo, esa íntima biografía, la que más cosas nos explica.

Cúmplenos decir, ante todo, que la filosofía se acuesta más á la poesía que no á la ciencia. Cuantos sistemas filosóficos se han fraguado como suprema concinación de los resultados finales de las ciencias particulares en un período cualquiera han tenido mucha menos consistencia y menos vida que aquellos otros que representaban el anhelo integral del espíritu de su autor.

Y es que las ciencias, importándonos tanto, y siendo indispensables para nuestra vida y nuestro pensamiento, nos son, en cierto sentido, más extrañas que la filosofía. Cumplen un fin más objetivo, es decir, más fuera de nosotros. Son, en el fondo, cosa de economía. Un nuevo descubrimiento científico, de los que llamamos teóricos, es como un descubrimiento mecánico, el de la máquina de vapor, el teléfono, el fonógrafo, el aeroplano, una cosa que sirve para algo. Así, el teléfono puede servirnos para comunicarnos á distancia con la mujer amada. ¿Pero ésta, para que nos sirve? Toma uno el tranvía eléctrico para ir á oir una ópera, y se pregunta: ¿cuál es en este caso más útil, el tranvía ó la ópera?

La filosofía responde á la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y de la vida, y como consecuencia de esa concepción, un sentimiento que engendre una actitud íntima y hasta una acción. Pero resulta que ese sentimiento, en vez de ser consecuencia de aquella concepción, es causa de ella. Nuestra filosofía, esto es, nuestro modo de comprender ó de no comprender el mundo y la vida, brota de nues-

tro sentimiento respecto á la vida misma. Y ésta, como todo lo afectivo, tiene raíces subconcientes, inconcientes tal vez.

No suelen ser nuestras ideas las que nos hacen optimistas ó pesimistas, sino que es nuestro optimismo ó nuestro pesimismo, de origen fisiológico ó patológico quizás, tanto el uno como el otro, el que hace nuestras ideas.

El hombre, dicen, es un animal racional. No sé por qué no se haya dicho que es un animal afectivo ó sentimental. Y acaso lo que de los demás animales le diferencia, sea más el sentimiento que no la razón. Más veces he visto razonar á un gato que no reir ó llorar. Acaso llore ó ría por dentro, pero por dentro acaso también el cangrejo resuelva ecuaciones de segundo grado.

Y así, lo que en un filósofo nos debe más importar es el hombre.

Tomad á Kant, al hombre Manuel Kant, que nació y vivió en Koenisberg á fines del siglo XVIII y hasta pisar los umbrales del siglo XIX. Hay en la filosofía de este hombre Kant, hombre de corazón y de cabeza, es decir: hombre, un significativo salto, como habría dicho Kierkegaard, otro hombre—¡y tan hombre!—el salto de la «Crítica de la Razón Pura» á la «Crítica de la Razón Práctica». Reconstruye en ésta, digan lo que quieran los que no ven al hombre, lo que en aquélla abatió. Después de haber examinado y pulverizado con su análisis las tradicionales pruebas de la existencia de Dios, del Dios aristotélico, que es el Dios que corresponde al ζῶον πολιτικόν, del Dios abstracto, del primer motor inmóvil, vuelve á reconstruir á Dios, pero al Dios de la conciencia, al Autor del orden moral, al Dios luterano, en fin. Ese salto de Kant está ya en germen en la noción luterana de la fe.

El un Dios, el dios racional, es la proyección al infinito de fuera del hombre por definición, es decir, del hombre abstracto, del hombre no hombre, y el otro Dios, el dios sentimental ó volitivo, es la proyección al infinito de dentro del hombre por vida, del hombre concreto, de carne y hueso.

Kant reconstruyó con el corazón lo que con la cabeza había abatido. Y es que sabemos, por testimonio de los que le conocieron y por testimonio propio, en sus cartas y manifestaciones privadas, que el hombre Kant, el solterón un si es no es egoísta, que profesó filosofía en Koenisberg á fines del siglo de la Enciclopedia y de la diosa Razón, era un hombre muy preocupado del problema. Quiero decir del único verdadero problema vital, del que más á las entrañas nos llega, del problema de nuestro destino individual y personal, de la inmortalidad del alma. El hombre Kant no se resignaba á morir del todo. Y porque no se resignaba á morir del todo, dió el salto aquel, el salto inmortal, de una á otra crítica.

Quien lea con atención y sin antojeras la «Crítica de la Razón Práctica», verá que, en rigor, se deduce en ella la existencia de Dios de la inmortalidad del alma, y no ésta de aquélla. El imperativo categórico nos lleva á un postulado moral que exige á su vez, en el orden teleológico ó más bien escatológico, la inmortalidad del alma, y para sustentar esta inmortalidad aparece Dios. Todo lo demás es escamoteo de profesional de la filosofía.

El hombre Kant sintió la moral como base de la escatología, pero el profesor de filosofía invirtió los términos.

Ya dijo no se dónde otro profesor, el profesor y hombre Guillermo James, que Dios para la generalidad de los hombres es el productor de inmortalidad. Sí, para la generalidad de los hombres, incluyendo al hombre Kant, al hombre James y al hombre que traza estas líneas que estás, lector, leyendo.

Un día, hablando con un campesino, le propuse la hipótesis de que hubiese, en efecto, un Dios que rige cielo y tierra, Conciencia del Universo, pero que no por eso sea el alma de cada hombre inmortal en el sentido tradicional y concreto. Y me respondió: «Entonces, ¿para qué Dios?» Y así se respondían en el recóndito foro de su conciencia el hombre Kant y el hombre James. Sólo que al actuar como profesores tenían que

justificar racionalmente esa actitud tan poco racional. Lo que no quiere decir, claro está, que sea absurda.

Hegel hizo célebre su aforismo de que todo lo racional es real y todo lo real racional; pero somos muchos los que, no convencidos por Hegel, seguimos creyendo que lo real, lo realmente real, es irracional; que la razón construye sobre irracionalidades. Hegel, gran definidor, pretendió reconstruir el universo con definiciones, como aquel sargento de artillería decía que se construyen los cañones tomando un ahujero y recubriéndole de hierro.

Otro hombre, el hombre José Butler, obispo anglicano, que vivió á principios del siglo XVIII, y de quien dice el cardenal católico Newman que es el nombre más grande de la Iglesia anglicana, al final del capítulo primero de su gran obra sobre la analogía de la religión *(The Analogy of Religion)*, capítulo que trata de la vida futura, escribió estas preñadas palabras: «Esta credibilidad en una vida futura, sobre lo que tanto aquí se ha insistido, por poco que satisfaga nuestra curiosidad, parece responder á los propósitos todos de la religión tanto como respondería una prueba demostrativa. En realidad, una prueba, aun demostrativa, de una vida futura, no sería una prueba de religión. Porque el que hayamos de vivir después de la muerte es cosa que se compadece tan bien con el ateísmo, y que puede ser por éste tan tomada en cuenta como el que ahora estamos vivos, y nada puede ser, por lo tanto, más absurdo que argüir del ateísmo que no puede haber estado futuro.»

El hombre Butler, cuyas obras acaso conociera el hombre Kant, quería salvar la fe en la inmortalidad del alma, y para ello la hizo independiente de la fe en Dios. El capítulo primero de su *Analogía* trata, como os digo, de la vida futura, y el segundo, del gobierno de Dios por premios y castigos. Y es que, en el fondo, el buen obispo anglicano deduce la existencia de Dios de la inmortalidad del alma. Y como el buen obispo anglicano partió de aquí, no tuvo que dar el salto que á fines

de su mismo siglo tuvo que dar el buen filósofo luterano. Era un hombre el obispo Butler, y era otro hombre el profesor Kant.

Y ser un hombre es ser algo concreto, unitario y sustantivo, es ser cosa, *res*. Y ya sabemos lo que otro hombre, el hombre Benito Spinoza, aquel judío portugués que nació y vivió en Holanda á mediados del siglo XVII, escribió de toda cosa. La proposición 6.ª de la parte III de su *Ética*, dice: *unaquaeque res, quatenus in se est, in suo esse perseverare conatur;* es decir, cada cosa, en cuanto es en sí, se esfuerza por perseverar en su sér. Cada cosa, en cuanto es en sí, es decir, en cuanto sustancia, ya que, según él, sustancia es *id quod in se est et per se concipitur*, lo que es por sí y por sí se concibe. Y en la siguiente proposición, la 7.ª, de la misma parte añade: *conatus, quo unaqueque res in suo esse perserverare conatur, nihil est praeter ipsius res actualem essentiam;* esto es, el esfuerzo con que cada cosa trata de perserverar en su sér no es sino la esencia actual de la cosa misma. Quiere decirse que tu esencia, lector, la mía, la del hombre Spinoza, la del hombre Butler, la del hombre Kant y la de cada hombre que sea hombre, no es sino el conato, el esfuerzo que pone en seguir siendo hombre, en no morir. Y la otra proposición que sigue á estas dos, la 8.ª, dice: *conatus, quo unaquaeque res in suo esse perserverare conatur, nullum tempus finitum, sed indefinitum involvit*, ó sea: el esfuerzo con que cada cosa se esfuerza por perseverar en su sér, no implica tiempo finito, sino indefinido. Es decir, que tú, yo y Spinoza queremos no morirnos nunca y que este nuestro anhelo de nunca morirnos es nuestra esencia actual. Y, sin embargo, este pobre judío portugués, desterrado en las nieblas holandesas, no puedo llegar á creer nunca en su propia inmortalidad personal, y toda su filosofía no fué sino una consolación que fraguó para esa su falta de fe. Como á otros les duele una mano ó un pie ó el corazón ó la cabeza, á Spinoza le dolía Dios. ¡Pobre hombre! ¡Y pobres hombres los demás!

Y el hombre, esta cosa, es una cosa? Por absurda que pa-

rezca la pregunta, hay quienes se la han propuesto. Anduvo no ha mucho por el mundo una cierta doctrina que llamábamos positivismo, que hizo mucho bien y mucho mal. Y entre otros males que hizo, hizo el de traernos un género tal de análisis que los hechos se pulverizaban con él, reduciéndose á polvo de hechos. Los más de los que el positivismo llamaba hechos, no eran sino fragmentos de hechos. En psicología su acción fué deletérea. Hasta hubo escolásticos metidos á literatos—no digo filósofos metidos á poetas, porque poeta y filósofo son hermanos gemelos, si es que no la misma cosa,—que llevaron el análisis psicológico positivista á la novela y al drama, donde hay que poner en pie hombres concretos, de carne y hueso, y en fuerza de estados de conciencia, las conciencias desaparecieron. Les sucedió lo que dicen sucede con frecuencia al examinar y ensayar ciertos complicados compuestos químicos orgánicos, vivos, y es que los reactivos destruyen el cuerpo mismo que se trata de examinar, y lo que obtenemos son no más que productos de su composición.

Partiendo del hecho evidente de que por nuestra conciencia desfilan estados contradictorios entre sí, llegaron á no ver claro la conciencia, el yo. Preguntarle á uno por su yo, es como preguntarle por su cuerpo. Y cuenta que al hablar del yo, hablo del yo concreto y personal; no del yo de Fichte, sino de Fichte mismo, del hombre Fichte.

Y lo que determina á un hombre, lo que le hace *un* hombre, uno y no otro, el que es y no el que no es, es un principio de unidad y un principio de continuidad. Un principio de unidad primero en el espacio, merced al cuerpo, y luego en la acción y en el propósito. Cuando andamos, no va un pie hacia adelante y el otro hacia atrás; ni cuando miramos, mira un ojo al Norte y el otro al Sur, como estemos sanos. En cada momento de nuestra vida tenemos un propósito, y á él conspira la sinergia de nuestras acciones. Aunque al momento siguiente cambiemos de propósito. Y es en cierto sentido un hombre tanto más hombre, cuanto más unitaria sea su acción. Hay

quien en su vida toda no persigue sino un solo propósito, sea el que fuere.

Y un principio de continuidad en el tiempo. Sin entrar á discutir—discusión ociosa—si soy ó no el que era hace veinte años, es indiscutible, me parece, el hecho de que el que soy hoy proviene, por serie continua de estados de conciencia, del que era en mi cuerpo hace veinte años. La memoria es la base de la personalidad individual, así como la tradición lo es de la personalidad colectiva de un pueblo. Se vive en el recuerdo y por el recuerdo, y nuestra vida espiritual no es, en el fondo, sino el esfuerzo de nuestro recuerdo por perseverar, por hacerse esperanza, el esfuerzo de nuestro pasado por hacerse porvenir.

Todo esto es de una perogrullería chillante, bien lo sé; pero es que rodando por el mundo, se encuentra uno con hombres que parece no se sienten á sí mismos. Uno de mis mejores amigos, con quien he paseado á diario durante muchos años enteros, cada vez que yo le hablaba de este sentimiento de la propia personalidad, me decía: «Pues yo no me siento á mí mismo; no sé qué es eso.»

En cierta ocasión, este amigo á que aludo me dijo: «Quisiera ser fulano» (aquí un nombre), y le dije: eso es lo que yo no acabo nunca de comprender, que uno quiera ser otro cualquiera. Querer ser otro, es querer dejar de ser uno el que es. Me explico que uno desee tener lo que otro tiene, sus riquezas ó sus conocimientos; pero ser otro, es cosa que no me la explico. Más de una vez se ha dicho que todo hombre desgraciado prefiere ser el que es, aun con sus desgracias, á ser otro sin ellas. Y es que los hombres desgraciados, cuando conservan la sanidad en su desgracia, es decir, cuando se esfuerzan por perseverar en su sér, prefieren la desgracia á la no existencia. De mí sé decir que cuando era un mozo, y aun de niño, no lograron conmoverme las patéticas pinturas que del infierno se me hacían, pues ya desde entonces nada se me aparecía tan horrible como la nada misma. Era una furiosa hambre de ser, un apetito de divinidad, como nuestro ascético dijo.

Irle á uno con la embajada de que sea otro, de que se haga otro, es irle con la embajada de que deje de ser él. Cada cual defiende su personalidad, y sólo acepta un cambio en su modo de pensar ó de sentir en cuanto este cambio pueda entrar en la unidad de su espíritu, y enzarzar en la continuidad de él; en cuanto ese cambio pueda armonizarse é integrarse con todo el resto de su modo de ser, pensar y sentir, y pueda á la vez enlazarse á sus recuerdos. Ni á un hombre, ni á un pueblo—que es, en cierto sentido, un hombre también—se le puede exigir un cambio que rompa la unidad y la continuidad de su persona. Se le puede cambiar mucho, hasta por completo casi; pero dentro de continuidad.

Cierto es que se da en ciertos individuos eso que se llama un cambio de personalidad; pero esto es un caso patológico, y como tal lo estudian los alienistas. En esos cambios de personalidad, la memoria, base de la conciencia, se arruina por completo, y sólo le queda al pobre paciente, como substracto de continuidad individual—ya que no personal—el organismo físico. Tal enfermedad equivale á la muerte para el sujeto que la padece; para quienes no equivale á su muerte, es para los que hayan de heredarle, si tiene bienes de fortuna. Y esa enfermedad no es más que una revolución, una verdadera revolución.

Una enfermedad es, en cierto respecto, una disociación orgánica; es un órgano ó un elemento cualquiera del cuerpo vivo que se rebela, rompe la sinergia vital y conspira á un fin distinto del que conspiran los demás elementos con él coordinados. Su fin puede ser, considerado en sí, es decir, en abstracto, más elevado, más noble, más... todo lo que se quiera, pero es otro. Podrá ser mejor volar y respirar en el aire que nadar y respirar en el agua; pero si las aletas de un pez dieran en querer convertirse en alas, el pez, como pez, perecería. Y no sirve decir que acabaría por hacerse ave, si es que no había en ello un proceso de continuidad. No lo sé bien, pero acaso se pueda dar que un pez engendre un ave, ú otro pez que esté más cer-

ca del ave que él; pero un pez, este pez, no puede él mismo, y durante su vida, hacerse ave.

Todo lo que en mí conspire á romper la unidad y la continuidad de mi vida, conspira á destruirme y, por lo tanto, á destruirse. Todo individuo que en un pueblo conspira á romper la unidad y la continuidad espirituales de ese pueblo, tiende á destruirlo y á destruirse como parte de ese pueblo. ¿Que tal otro pueblo es mejor? Perfectamente, aunque no entendamos bien qué es eso de mejor ó peor. ¿Que es más rico? Concedido. ¿Que es más culto? Concedido también. ¿Que vive más feliz? Esto ya... pero en fin, ¡pase! ¿Que vence eso que llaman vencer, mientras nosotros somos vencidos? Enhorabuena. Todo eso está bien, pero es otro. Y basta. Porque para mí, el hacerme otro, rompiendo la unidad y la continuidad de mi vida, es dejar de ser el que soy, es decir, es sencillamente dejar de ser. Y esto no; ¡todo antes que esto!

¿Que otro llenaría tan bien ó mejor que yo el papel que lleno? ¿Que otro cumpliría mi función social? Sí, pero no yo.

«¡Yo, yo, yo, siempre yo!—dirá algún lector;—y ¿quién eres tú?» Podría aquí contestarle con Obermann, con el enorme hombre Obermann, «para el universo nada, para mí todo»; pero no, prefiero recordarle una doctrina del hombre Kant, y es la de que debemos considerar á nuestros prójimos, á los demás hombres, no como medios, sino como fines. Pues no se trata de mí tan sólo; se trata de ti, lector, que así refunfuñas; se trata del otro, se trata de todos y de cada uno. Los juicios singulares tienen valor de universales, dicen los lógicos. Lo singular no es particular, es universal.

El hombre es un fin, no un medio. La civilización toda se endereza al hombre, á cada hombre, á cada yo. ¿O qué es ese ídolo, llámese Humanidad ó como se llamare, á que se han de sacrificar todos y cada uno de los hombres? Porque yo me sacrifico por mis prójimos, por mis compatriotas, por mis hijos, y éstos á su vez por los suyos, y los suyos por los de ellos, y

así en serie inacabable de generaciones. ¿Y quién recibe el fruto de ese sacrificio?

Los mismos que nos hablan de ese sacrificio fantástico, de esa dedicación sin objeto, suelen también hablarnos del derecho á la vida. ¿Y qué es el derecho á la vida? Me dicen que he venido á realizar no sé qué fin social; pero yo siento que yo, lo mismo que cada uno de mis hermanos, he venido á realizarme, á vivir.

Sí, sí, lo veo; una enorme actividad social, una poderosa civilización, mucha ciencia, mucho arte, mucha industria, mucha moral, y luego, cuando hayamos llenado el mundo de maravillas industriales, de grandes fábricas, de caminos, de museos, de bibliotecas, caeremos agotados al pie de todo eso, y quedará ¿para quién? ¿Se hizo el hombre para la ciencia ó se hizo la ciencia para el hombre?

«Ea—exclamará de nuevo el mismo lector,—volvemos á aquello del Catecismo: P. ¿Para quién hizo Dios el mundo? R. Para el hombre.» Pues bien, sí, así debe responder el hombre que sea hombre. La hormiga, si se diese cuenta de esto, y fuera persona, conciente de sí misma, contestaría que para la hormiga, y contestaría bien. El mundo se hace para la conciencia, para cada conciencia.

Una alma humana vale por todo el universo, ha dicho no sé quién, pero ha dicho egregiamente. ¿Un alma humana, eh? No una vida. La vida ésta no. Y sucede que á medida que se cree menos en el alma, es decir, en su inmortalidad conciente, personal y concreta, se exagerera más el valor de la pobre vida pasajera. De aquí arrancan todas las afeminadas sensiblerías contra la guerra. Sí, uno no debe querer morir, pero la otra muerte. «El que quiera salvar su vida, la perderá», dice el Evangelio; pero no dice el que quiera salvar su alma, el alma inmortal. O que creemos y queremos que lo sea.

Y todos los definidores del objetismo no se fijan, ó mejor dicho, no quieren fijarse que al afirmar un hombre su yo, su conciencia personal, afirma al hombre, al hombre concreto y

real, afirma el verdadero humanismo—que no es el de las cosas del hombre, sino el del hombre,—y al afirmar al hombre, afirma la conciencia. Porque la única conciencia de que tenemos conciencia es la del hombre.

El mundo es para la conciencia. O, mejor dicho, este *para*, esta noción de finalidad, y mejor que noción sentimiento, este sentimiento teleológico no nace sino donde hay conciencia. Conciencia y finalidad son la misma cosa en el fondo.

Si el sol tuviese conciencia, pensaría vivir para alumbrar á los mundos, sin duda; pero pensaría también, y sobre todo, que los mundos existen para que él los alumbre y se goce en alumbrarlos, y así viva. Y pensaría bien.

Y toda esta trágica batalla del hombre por salvarse, ese inmortal anhelo de inmortalidad que le hizo al hombre Kant, dar aquel salto inmortal de que os decía, todo eso no es más que una batalla por la conciencia. Si la conciencia no es, como ha dicho algún pensador inhumano, nada más que un relámpago entre dos eternidades de tinieblas, entonces no hay nada más execrable que la existencia.

Alguien podrá ver un fondo de contradicción en todo cuanto voy diciendo, anhelando unas veces la vida inacabable, y diciendo otras que esta vida no tiene el valor que se la da. ¿Contradicción? ¡Ya lo creo! ¡La de mi corazón, que dice sí, y mi cabeza, que dice no! Contradicción, naturalmente. Quién no recuerda aquellas palabras del Evangelio: «¡Señor, creo; ayuda á mi incredulidad!» ¡Contradicción!, ¡naturalmente! Como que sólo vivimos de contradicciones, y por ellas; como que la vida es tragedia, y la tragedia es perpetua lucha, sin victoria ni esperanza de ella, es contradicción.

Se trata, como veis, de un valor afectivo, y contra los valores afectivos no valen razones. Porque las razones no son nada más que razones, es decir, ni siquiera son verdades. Hay definidores de esos pedantes por naturaleza y por gracia, que me hacen el efecto de aquel señor que va á consolar á un padre que acaba de perder un hijo muerto, de repente en la flor

de sus años, y le dicen: «¡Paciencia, amigo, que todos tenemos que morirnos!» ¿Os chocaría que este padre se irritase contra semejante impertinencia? Porque es una impertinencia. Hasta un axioma puede llegar á ser en ciertos casos una impertinencia. Cuántas veces no cabe decir aquello de

> para pensar cual tú, sólo es preciso
> no tener nada más que inteligencia.

Hay personas, en efecto, que parecen no pensar más que con el cerebro, ó con cualquier otro órgano que sea el específico para pensar; mientras otros piensan con todo el cuerpo y toda el alma, con la sangre, con el tuétano de los huesos, con el corazón, con los pulmones, con el vientre, con la vida. Y las gentes que no piensan más que con el cerebro, dan en definidores; se hacen profesionales del pensamiento. ¿Y sabéis lo que es un profesional? ¿Sabéis lo que es un producto de la diferenciación del trabajo?

Aquí tenéis un profesional del boxeo. Ha aprendido á dar puñetazos con tal economía, que reconcentra sus fuerzas en el puñetazo, y apenas pone en juego sino los músculos precisos para obtener el fin inmediato y concretado de su acción: derribar al adversario. Un boleo dado por un no profesional, podrá no tener tanta eficacia objetiva inmediata; pero vitaliza mucho más al que lo da, haciéndole poner en juego casi todo su cuerpo. El uno es un puñetazo de boxeador, el otro de hombre. Y sabido es que los hércules de circo, que los atletas de feria, no suelen ser sanos. Derriban á los adversarios, levantan enormes pesas, pero se mueren, ó de tisis ó de dispepsia.

Si un filósofo no es un hombre, es todo menos un filósofo; es, sobre todo, un pedante, es decir, un remedo de hombre. El cultivo de una ciencia cualquiera, de la química, de la física, de la geometría, de la filología, puede ser, y aun esto muy restringidamente y dentro de muy estrechos límites, obra de especialización diferenciada; pero la filosofía, como la poesía,

ó es obra de integración, de concinación, ó no es sino filosofería, erudición pseudo-filosófica.

Todo conocimiento tiene una finalidad. Lo de saber para saber, no es, dígase lo que se quiera, sino una tétrica petición de principio. Se aprende algo, ó para un fin práctico inmediato, ó para completar nuestros demás conocimientos. Hasta la doctrina que nos aparezca más teórica, es decir, de menor aplicación inmediata á las necesidades no intelectuales de la vida, responde á una necesidad—que también lo es—intelectual, á una razón de economía en el pensar, á un principio de unidad y continuidad de la conciencia. Pero así como un conocimiento científico tiene su finalidad en los demás conocimientos, la filosofía que uno haya de abrazar tiene otra finalidad extrínseca, se refiere á nuestro destino todo, á nuestra actitud frente á la vida y al universo. Y el más trágico problema de la filosofía es el de conciliar las necesidades intelectuales con las necesidades afectivas y con las volitivas. Como que ahí fracasa toda filosofía que pretende deshacer la eterna y trágica contradicción, base de nuestra existencia. ¿Pero afrontan todos esta contradicción?

Poco puede esperarse, v. gr., de un gobernante que alguna vez, aun cuando sea por modo oscuro, no se ha preocupado del principio primero y del fin último de las cosas todas, y sobre todo de los hombres, de su primer por qué y de su último para qué.

Y esta suprema preocupación no puede ser puramente racional, tiene que ser afectiva. No basta pensar, hay que sentir nuestro destino. Y el que, pretendiendo dirigir á sus semejantes, dice y proclama que le tienen sin cuidado las cosas de tejas arriba, no merece dirigirlos. Sin que esto quiera decir, ¡claro está!, que haya de pedírsele solución alguna determinada. ¡Solución! ¿La hay acaso?

Por lo que á mí hace, jamás me entregaré de buen grado, y otorgándole mi confianza, á conductor alguno de pueblos que no esté penetrado de que, al conducir un pueblo, conduce

hombres, hombres de carne y hueso, hombres que nacen, sufren, y aunque no quieran morir, mueren; hombres que son fines en sí mismos, no sólo medios; hombres que han de ser los que son y no otros; hombres, en fin, que buscan eso que llamamos la felicidad. Es inhumano, por ejemplo, sacrificar una generación de hombres á la generación que le sigue cuando no se tiene sentimiento del destino de los sacrificados. No de su memoria, no de sus nombres, sino de ellos mismos.

Todo eso de que uno vive en sus hijos, ó en sus obras, ó en el universo, son vagas elucubraciones con que sólo se satisfacen los que padecen de estupidez afectiva, que pueden ser, por lo demás, personas de una cierta eminencia cerebral. Porque puede uno tener un gran talento, lo que llamamos un gran talento, y ser un estúpido del sentimiento y hasta un imbécil moral. Se han dado casos.

Estos estúpidos afectivos con talento suelen decir que no sirve querer zahondar en lo inconocible ni dar coces contra el aguijón. Es como si se le dijera á uno á quien le han tenido que amputar una pierna, que de nada le sirve pensar en ello. Y á todos nos falta algo; sólo que unos lo sienten y otros no. O hacen como que no lo sienten, y entonces son unos hipócritas.

Un pedante que vió á Solón llorar la muerte de un hijo, le dijo: «¿Para qué lloras así, si eso de nada sirve?» Y el sabio le respondió: «Por eso precisamente, porque no sirve.» Claro está que el llorar sirve de algo, aunque no sea más que de desahogo; pero bien se ve el profundo sentido de la respuesta de Solón al impertinente. Y estoy convencido de que resolveríamos muchas cosas si saliendo todos á la calle, y poniendo á luz nuestras penas, que acaso resultasen una sola pena común, nos pusiéramos en común á llorarlas y á dar gritos al cielo y á llamar á Dios. Aunque no nos oyese, que sí nos oiría. Lo más santo de un templo es que es el lugar á que se va á llorar en común. Un *Miserere*, cantado en común por una muchedumbre azotada del destino, vale tanto como una filosofía. No basta curar la peste, hay que saber llorarla. ¡Sí, hay que saber llo-

rar! Y acaso ésta es la sabiduría suprema. ¿Para qué? Preguntádselo á Solón.

Hay algo que, á falta de otro nombre, llamaremos el sentimiento trágico de la vida, que lleva tras sí toda una concepción de la vida misma y del universo, toda una filosofía más ó menos formulada, más ó menos conciente. Y ese sentimiento pueden tenerlo, y lo tienen, no sólo hombres individuales, sino pueblos enteros. Y ese sentimiento, más bien que brotar de ideas, las determina, aun cuando luego, claro está, estas ideas reaccionen sobre él, corroborándolo. Unas veces puede provenir de una enfermedad adventicia, de una dispepsia, v. gr.; pero otras veces es constitucional. Y no sirve hablar, como veremos, de hombres sanos é insanos. Aparte de no haber una noción normativa de la salud, nadie ha probado que el hombre tenga que ser naturalmente alegre. Es más: el hombre, por ser hombre, por tener conciencia, es ya, respecto al burro ó á un cangrejo, un animal enfermo. La conciencia es una enfermedad.

Ha habido entre los hombres de carne y hueso ejemplares típicos, de esos que tienen el sentimiento trágico de la vida. Ahora recuerdo á Marco Aurelio, San Agustín, Pascal, Rousseau, *René*, *Obermann*, Thomson, Leopardi, Vigny, Lenau, Kleist, Amiel, Quental, Kierkegaard, hombres cargados de sabiduría más bien que de ciencia.

Habrá quien crea que uno cualquiera de estos hombres adoptó su actitud—como si actitudes así cupiese adoptar, como quien adopta una postura,—para llamar la atención ó tal vez para congraciarse con los poderosos, con sus jefes acaso, porque no hay nada más menguado que el hombre cuando se pone á suponer intenciones ajenas; pero *honni doit qui mal y pense*. Y esto por no estampar ahora y aquí otro proverbio, éste español, mucho más enérgico, pero que acaso raye en grosería.

Y hay, creo, también pueblos que tienen el sentimiento trágico de la vida.

Es lo que hemos de ver ahora, empezando por eso de la salud y la enfermedad.

MIGUEL DE UNAMUNO

EL SOCIALISMO ARGENTINO.—SU RAZON DE SER

En Buenos Aires.

¿Tiene en la Argentina ambiente el socialismo, y su supuesto real, histórico, el movimiento proletario, causa determinante del problema social contemporáneo? Porque hay un encadenamiento lógico y positivo, es decir, *real* y *razonable*, entre la existencia de un proletariado consciente, organizado é inquieto, que protesta contra su condición de clase, el planteamiento del problema social característico de nuestro tiempo, y la legitimidad de la doctrina y de la acción socialistas.

Aunque no se nos formulase la cuestión, aunque no hubiera suscitado el extraño tema la intervención del político y propagandista Ferri, él habría surgido; mas lo llevábamos un poco en el espíritu, aun cuando no fuera en los mismos términos. Porque se impone, al viajar en el trasatlántico y contemplar la cubierta donde van los grupos de emigrantes, miserables criaturas que, por bien que las cosas estén dispuestas, no pueden menos de formar remansos en los lugares de desembarco, remansos humanos y de ex-hombres en no poca medida, que la emigración es marea que arrastra de las playas europeas, escorias y restos de la más peligrosa composición. Además, ¿cómo imaginar una gran ciudad moderna *sin* fermento proletario y *sin* fondos obscuros, donde necesariamente tienen que germinar una á una las preocupaciones todas de las socie-

dades contemporáneas? Por otra parte, á Europa llegaron los ecos de las luchas sociales producidas en Buenos Aires; de las huelgas, de la agitación obrera, de su represión, con las noticias de los esfuerzos generosos de representaciones intelectuales y políticas, deseosas de revelar su plena conciencia del momento presente, y su intención de procurar remedios á las situaciones violentas, fatalmente engendradas.

Naturalmente, para interpretar seriamente la *realidad social* argentina, y para el caso, de un modo más concreto, la de Buenos Aires, no basta llegar al gran puerto, más ó menos en son de fiesta, descender del trasatlántico, cruzar por los muelles, dominado por el admirable espectáculo de las dársenas y diques llenos de buques de todos los tamaños y de todas las naciones, y luego seguir por la Plaza y Avenida de Mayo, siempre animadas, siempre llenas de gentes bien vestidas, de aire satisfecho, en actitud de lucha por la vida, quizá, pero *sin* señal de *blusa* ni huella de *taller,* y decidido á admirar el bienestar, el lujo de la ancha vía de Callao, de la Avenida Albear, de la Recoleta y de Palermo; todo eso y el Teatro Colón y el de la Opera y los grandes Bancos, ofrecen la sensación ambiente de la Argentina, llena de grandezas presentes y futuras, sensación que os harán más viva las conversaciones con las gentes que pueblan esas grandes arterias y centros de la animación y del comercio de la espléndida capital del Plata.

Por mi parte, he procurado ver todo eso hasta saturarme en su atmósfera optimista. Nada más útil para un español de acá—pesimista por deber, aunque sea contradiciendo su metafísica—que ese barniz de optimismo entre los españoles de allá. Abre horizontes, aun haciendo las más formales reservas, desde el punto de vista del juicio ético y de la apreciación actual, sobre el valor cultural del momento floreciente de la gran República.

Pero no me dejé llevar—lo procuré al menos—de las naturales atracciones y hasta halagos del medio pletórico de riquezas, de lujos y de muelle bienestar. Por de pronto, alguna

de las más interesantes derivaciones de mi labor de estudio, de predicación, de intercambio... me condujeron recta é inmediatamente á contemplar primero, y á considerar luego muy de cerca, otras relaciones y aspectos de la vida social de Buenos Aires. Al lado de la burguesía invasora, que desde la ciudad, desde el corazón de la ciudad antigua, donde están los Bancos, se apodera, enriqueciéndose, de las tierras lejanas, siéntense otras palpitaciones anhelosas, que á veces revisten formas verdaderamente epilépticas, y déjase siempre oir un cierto rumor, sordo, como de tempestad que se acerca ó que se aleja, sin disiparse nunca.

En primer lugar, gracias á la benévola y simpática acogida de mi excelente amigo el Dr. Marco M. Avellaneda, que conociera en Madrid, cuando él estudiaba nuestro Instituto de Reformas Sociales, y director entonces del Departamento Nacional del Trabajo—de que he de hablar por separado,—pude ver *por dentro* cómo se agitan allí las masas proletarias, á la manera europea; y eso que el Departamento no era aún lo que el Dr. Avellaneda pretendía: una institución viva, social, capaz de recoger en su seno, por virtud de un contacto con las clases en lucha, los sentimientos, deseos, aspiraciones del proletariado de Buenos Aires. Demasiado burocrático, y visto con cierta indiferencia por el poder público, el Departamento no se movía en el medio obrero como en su atmósfera natural. Y, sin embargo, á él llegaban las oleadas de la agitación proletaria, y ofrecía en su labor de oficina, los datos diarios de clínica sociológica del movimiento societario y de los choques entre el capital y el trabajo. Baste decir que más de una vez vi al Dr. Avellaneda comprometido en la tarea de componedor de huelgas; es decir, poniendo mano en el fenómeno más característico del momento presente en el movimiento proletario. Días y días asistí al Departamento, y lo que desde él me fué dable contemplar, no difiere en tonalidad general de cuanto se contempla desde las atalayas semejantes de los Estados de acá.

Luego, merced á una invitación del Dr. Derqui, pude ponerme en contacto directo, y en cierto modo íntimo, con una buena representación numerosa y típica de la masa genuinamente obrera de la capital federal. Quiso el simpático, animoso y entusiasta director del Colegio Nacional, Mariano Moreno, que intentásemos el planteamiento de la *Extensión Universitaria*, como una función corporativa, de *acción social*, del Colegio Nacional respecto de la masa obrera, y eso, repito, me puso en las más excelentes condiciones para tener una sensación intensa, verdad, sin intérpretes, de la vida, de las aspiraciones y de la actitud del proletariado de Buenos Aires. Numerosas veladas pasadas en aquella inolvidable aula del Colegio Nacional, entre más de un centenar de trabajadores de todos los oficios, procedencias, nacionalidades; conversaciones con unos y con otros, y luego correrías interesantísimas en varias noches por las oscuridades de la Boca, el gran barrio obrero, para hablar en un círculo de trabajadores, inaugurar un curso de Historia, de reforma social, ú oir una lección sobre cualquier tema, y ello siempre con gente del salario, lejos, *mil leguas* lejos, de la Avenida de Mayo, y á muchas de los espléndidos restaurantes, que iluminan con derroche centenares de lamparitas eléctricas, en los barrios céntricos.

Verdaderamente, para hablar de estas lacerias sociales, de de estos fenómenos del vivir contemporáneo, conviene *buzar* por los fondos nada luminosos de la sentina de las grandes ciudades.

No hay lección de libro, ni argumentación doctrinal, por brillante que sea, comparable á las *lecciones de cosas y de personas* que yo he podido recoger, con ocasión de las indicadas tareas de Extensión Universitaria.

De la psicología colectiva del elemento proletario de Buenos Aires, me enseñó, más que pudieran enseñarme unas cuantas lecturas, la asistencia á ciertas lecciones de educación ó instrucción cívica, dirigidas, más que explicadas, en forma de diálogo, por un distinguido profesor del *Colegio Nacional*. ¡Qué intenso

se revelaba el sentimiento de clase en las preguntas y respuestas de aquellos hombres de lucha diaria por la vida, sometidos al salario eventual casi todos! Ni una cuestión *moral* plantearon, que no denunciase, descarnadamente, la protesta íntima, y allí contenida, de la clase que se estime *esclava* en la relación económica. Sentían como un *dolor* el problema, *su* problema. Con sus incoherentes y encubiertas preguntas, fórmulas de dudas aparentes, había para construir toda una teoría de la moral, que podríamos llamar proletaria, con dejos y visos de ética socialista pura. Porque aquellas gentes que reclamaban, sin reclamarlo entonces, pero poniendo implícita la reclamación en las preguntas, una austeridad igual para todas las clases; que pedían criterios propios, especiales, para apreciar la vida incierta, insegura, del asalariado; que aludían con expresiones llenas de irónica amargura, al bienestar, á la riqueza de la burguesía dominante; aquellas gentes revelaban en la parte positiva, dogmática, de sus afirmaciones, que acariciaban como una aspiración, la posibilidad de un régimen *sin* salario, *sin* propietarios acaparadores; un régimen medio colectivista, medio comunista, en el cual el Poder soberano fuese atributo del pueblo trabajador.

Es decir, acariciaban la visión que va como idea-fuerza de todo el movimiento socialista ó comunista moderno.

Porque si alguna vez la conversación, allí en el curso ó fuera, recaía sobre tal ó cual ventaja obtenida en la lucha de clases, en la mejora legislativa, el triunfo obrero les dejaba algo indiferentes y fríos, sin entusiasmo, como de quienes ven en ello un episodio, mejor, un mero trámite de un proceso largo; todo eso es poco, lo que se desea es una transformación radical, un cambio de régimen: la elevación definitiva.

Pero aún he visto más claro el problema, en las andanzas nocturnas por la Boca. Doy un gran valor para interpretar el momento social de un pueblo, al estudio que permiten hacer los *flaneos* bien intencionados y bien dirigidos. Y yo tuve para los míos excelentes guías. Ahora bien; la *Estética* de aquellos

lugares y de aquellas gentes argumenta en pro de la tesis del Dr. Justo, y del hecho natural y necesario del movimiento proletario, á la europea, en Buenos Aires. La estética de la Boca es... socialista, sindicalista, anarquista... Me explicaré.

Estética socialista.—La lucha de clases.

Si consideramos el movimiento social desde el punto de vista de su dramatismo, como un proceso vivo—¡lo que es!,—de emociones, de pasión, de explosiones humanas, y queremos apreciar su carácter, y procuramos, para definirlo, tomar en cuenta el escenario, los personajes... todo el elemento representativo, lo que hiere en la pupila del observador, y entrando por los ojos se deja sentir en la conciencia, en el espíritu, conmoviéndole, escalofriándole—salvo cuando se trate de un sociólogo más ó menos objetivo y boticario,—¡ah!, colocándose en ese punto de vista *estético*—y ético,—afirmo, con entera resolución, que aquel escenario de Buenos Aires, el que recorríamos en inolvidables noches y en inolvidables días, es el propio de las grandes palpitaciones modernas: adecuadísimo para el drama—trágico tantas veces—de la lucha de clases, y para que se produzcan los anhelos del empuje socialista y del vivir inquieto contemporáneo. Sí; no hay duda; la estética de Buenos Aires—lo mismo la del cuadro urbano, con sus contrastes de barrio á barrio, que la estrictamente humana—burgueses y trabajadores,—es, cuando menos, socialista. Ocurre allí algo semejante á lo que ocurre en Londres, si comparáis Piccadilly y Oxford Estreet con el puerto; allí, siguiendo el río, como en Buenos Aires siguiendo el río y visitando los muelles después de dar un paseo por Callao ó Palermo.

Y luego, ¿cómo atribuir á puras imitaciones ó á caprichos de sectarios turbulentos, esos frecuentes estados colectivos de tensión nerviosa, determinantes de huelgas, algunas, de tinte revolucionario, con el cortejo inevitable de violencias, tanto en el ataque como en la represión? Los mismos atentados crimi-

nales de los anarquistas de acción, aunque ellos sean expresión inmediata de la neurosis de un concentrado ó de la tendencia delictuosa de un solitario, de un temperamento desequilibrado ó inadaptado al medio, no podrían explotar en su forma de venganza ó de protesta social, si no hubiera un ambiente sugestionador, incitador; si no se ofrecieran allí las condiciones análogas á las que en otras partes han determinado fenómenos de la misma naturaleza.

La impresión recogida en las observaciones de realidad que quedan apuntadas, la ratificó, de una manera intensísima, cierto paseo por algún círculo y redacción de periódico, en los cuales quedara todavía—meses después—viva la huella de la represión, ó más bien agresión, de los días anteriores á las fiestas de Mayo de 1910. Visité en efecto el Círculo Obrero, especie de Casa del Pueblo, de la calle de México, donde hay, con el gran salón de reuniones y de enseñanza, una biblioteca en el principal y varias salas de las distintas agrupaciones obreras. Era todo una serie de montones de escombros: muebles deshechos, puertas destrozadas, libros y papeles destruídos; todo como arrasado, con furia, con violenta furia.

¿Se concibe semejante desbordamiento de la masa juvenil, de la «muchachada» y de las gentes desahogadas, contra los proletarios, si no flotase en el ambiente el aire de lucha y el temor á la fuerza obrera, acaso acaso peligrosa, desmedida en sus pretensiones y brutal quizá, en ocasiones, en sus procedimientos?

La *oposición de clases*, basada en una real diferenciación de condiciones de la masa social total, y provocada esta diferenciación por la proyección al continente americano de la estructura económica y técnica del universal régimen capitalista: he ahí el fenómeno característico de la gran ciudad del Plata. De una parte, una burguesía espléndida, en su inmensa mayoría laboriosa, rica, triunfante, abierta, y en ella, como en su centro, un núcleo gobernante, oligárquico, con realidades políticas de efectiva dictadura presidencial, y de otra,

en *frente* ó debajo, una enorme masa obrera, concentrada en su inmensa mayoría hacia el puerto, y además difundida, diseminada por las calles en coches, carros, autos, tranvías, prestando todo genero de servicios, *asalariada*, y flotando en el aire, oscureciendo el ambiente, llenando de preocupaciones el alma colectiva de la ciudad moderna, la sugestión de Europa, que brinda las *fórmulas* políticas del socialismo, del sindicalismo, del acratismo, como las más adecuadas para provocar una transformación radical de este régimen de división de clases, y de lucha y contraposición fatal, entre los factores que el mismo régimen capitalista cree, preparando, se dice, su propia destrucción.

Y estos son los hechos: contra ellos no valen doctrinas, ni dogmatismos, ni sutilezas de ingenio, y menos aún, actitudes de negación pesimista.

Concretamente, he aquí un hecho señalado, como hemos visto, por el Dr. Justo: hay en la Argentina «una clase proletaria, numerosa relativamente á la población, que trabaja en la producción agro-pecuaria, en gran parte mecanizada; en los veintitantos mil kilómetros de vías ferreas; en el movimiento de carga de los puertos, de los más activos del mundo; en la construcción de las nacientes ciudades; en los frigoríficos; en las bodegas, en los talleres, en las fábricas. Y á esa masa proletaria se agrega cada año $^1/_4$ ó $^1/_5$ de millón de inmigrantes».

La existencia de esa masa proletaria la corroboran las estadísticas de Buenos Aires. Este dato publicado en el *Boletín de Estadística Municipal*, tiene su interés. Según él, circulan por las calles de la metrópoli 2.021 carruajes particulares, 2.641 de cocherías, 2.247 de plaza, 23 furgones fúnebres, 7.728 carros de cuatro ruedas, 8.773 de á dos mulas, 573 breacks, jardineras y carros chicos de dos ó cuatro ruedas, 1.480 carros de mano, 145 de carga, 1.601 automóviles particulares, 136 de alquiler, 60 de carga; además, las cinco empresas de tranvías que sirven á Buenos Aires tienen 8.299 empleados; las

dos de teléfonos ocupan 1.028 hombres y 585 mujeres. Súmense á estas indicaciones las que suponen los servicios diversos de una ciudad de más de 1.300.000 almas, en continuo aumento. Según el censo de 1895, el personal empleado en las diversas industrias de la República llegaba á 145.650 obreros. Se trata de las industrias de la alimentación, vestido y tocador, construcciones, muebles y anexos, artísticas y ornato, metalurgia y anexos, productos químicos, gráficas y anexos, mixtas y varias.

La justificación del socialismo argentino.

Bien, se dirá (recuérdese la tesis del propagandista Ferri): eso es suficiente para legitimar un partido obrero, para que surja y se mantenga una aptación obrera, pero no un partido socialista. La Argentina no tiene industria, gran industria; falta la condición esencial determinante de la aglomeración proletaria, condición á su vez del socialismo. Cierto. ¿Cómo explicar un partido obrero *sin* aglomeración proletaria? Pero, ¿es que el puerto ó los muelles de Buenos Aires no bastan para ofrecer la condición esencial de una aglomeración proletaria? Allí hay descargadores, carreros, allí hay la masa explosiva, temible, dueña—cuando se eleva al estado de irritabilidad suficiente para que se despierte la conciencia colectiva—de la *vida* entera de la ciudad y, á través de ella, de buena parte de la República. ¿Y los ferroviarios? Imaginad en la Argentina un movimiento general de solidaridad entre obreros del puerto y ferroviarios, análogo al de Agosto último en Inglaterra, y decidme si no surgirá en toda su admirable y trágica grandeza el sueño generador del marxismo, de la lucha de clases, con la engañosa visión de una transformación social revolucionaria, catastrófica.

Pero, se añade todavía: ¿Cómo hablar de socialismo sin la aspiración á la propiedad colectiva? En primer lugar, el socialismo argentino no desecha ni prescinde de la aspiración colec-

tivista. En la declaración de principios se habla de «sustituir al actual régimen capitalista una sociedad en que la propiedad de los medios de producción sea colectiva ó social». Uno de los propagandistas argentinos más caracterizados, el Dr. Del Valle Iberlucea, escribía: «A pesar de la gran extensión de tierra inexplotada, la apropiación individual de todo el suelo del país ha establecido de lleno las condiciones de la sociedad capitalista... La aspiración final del partido obrero argentino es la sustitución del régimen capitalista por la sociedad colectivista, y su programa inmediato tiene por fin el mejoramiento económico de la clase proletaria» (1).

Acaso, y sin acaso, se piense y se arguya que es absurdo hablar de aspiración socialista hacia el establecimiento de un régimen de propiedad colectiva en una nación donde sobran (?) tierras que apropiar por el esfuerzo individual. Según el extracto de la conferencia de Ferri en el teatro Victoria, tal parecía ser la tesis del político italiano: «La acción socialista, que tiende á la propiedad colectiva, se lee en dicho extracto, no puede ejercerse donde la propiedad individual no ha llegado á su pleno desarrollo.» Tesis tan peregrina me hace parecido efecto á la del que sostuviera que no es lógico pasar *de un salto* desde el candil de aceite á la lamparita eléctrica, prescindiendo del quinqué de petróleo y del alumbrado de gas.

¿Es que no puede concebirse una expansión territorial, una conquista de la *tierra libre*, con métodos y procedimientos de colectivismo puro? A mi juicio, el problema capital, el motor íntimo, la razón de ser de la República Argentina, es la expansión por la Pampa, es la conquista efectiva, por el trabajo, de las inmensas tierras que desde los Andes vienen hacia el Atlántico; y cúmplese allí la ley á que alude nuestro sabio Hinojosa en estas líneas: «Cuando la tierra laborable abunda y

(1) V. E. del Valle Iberlucea: *El movimiento socialista en la República*, en los *Anales de la Facultad de Derecho de Buenos Aires*, números 7 y 8, págs. 304 y 306, año 1903.

la población escasea, el modo natural y obvio de apropiación del suelo es la ocupación y el cultivo. Pero eso lo encontramos, aunque, como se comprende bien, con modalidades diversas, en todos los tiempos y países donde se han dado aquellas circunstancias» (1). Se explica que en la Edad Media predominara el sistema que entraña el criterio feudal de la concesión de tierras, y de la conquista militar con la confusión típica del dominio y del imperio. Se explica que un Estado liberal, individualista, abierto, sin cohesión social interior, aplique un régimen de concesiones individuales. Habrá siempre una estrechísima relación entre el ideal político imperante, el derecho civil y la expansión económica. Pero también se explica una forma política democrática, que propenda á aplicar la acción de soberanía, según las fórmulas socialistas de apropiación. Y quizá—abstractamente—no hay naciones más adecuadas que las hispano-americanas, para realizar, no ya pequeños ensayos de sociedades colectivistas y comunistas, sino el ensayo general de una sociedad socialista que persiga la aplicación integral de un pleno colectivismo agrario é industrial.

¿No basta esta idea como razón suficiente para una aspiración socialista en la Argentina? Y aun sin ella, ¿no basta que se ponga la aspiración colectivista como último oriente, para que se justifique plenamente la legitimidad con que una agrución se designa con el nombre que se intentaba disputar á los socialistas argentinos?

«Hablé de Nueva Zelanda, escribía el Dr. Justo, en el teatro Victoria, para mostrar que la idea de la propiedad colectiva encuentra aplicación en ese país, en el proceso mismo de «individualización» de las tierras públicas. Se las entrega al dominio privado con limitaciones de tiempo y con beneficio

(1) V. Hinojosa: *El Régimen señorial y la cuestión agraria en Cataluña durante la Edad Media*, pág. 29.—Cous. Kowalewky: *Le régime economique de la Russie*, págs. 319-362.

para el Estado del incremento de su valor. Ferri dice que no hay en aquel país un partido socialista, sino un partido obrero. En realidad, el partido neozelandés, cuya gran obra social van á estudiar de todas partes... se llama partido progresista *(Progresive Party)*, y cuenta indudablemente con la gran mayoría del voto obrero. Es en Australia donde hay un partido llamado obrero (*Labor Party*), que ha llegado ya alguna vez al Gobierno y profesa la misma política agraria» (1).

Por otra parte, para que el socialismo se produjese, basta un cierto estado ético de la masa: no se olvide, como dice Merlino, que «el socialismo es un conjunto creciente, y cada vez más sistematizado de ideas, de sentimientos, de quereres, que tienden á asegurar á todos los hombres la posibilidad de trabajar y de satisfacer sus razonables necesidades, á hacer sus relaciones más equitativas que hoy lo son, suprimiendo monopolios, usuras, las formas todas de la explotación del hombre por el hombre, á fin de extinguir, hasta donde sea posible, la lucha y aumentar la solidaridad social» (2).

El Dr. Justo ve bien claro cómo esta concepción difusa del socialismo se filtra en aquellos medios: «... las teorías modernas sobre la propiedad, escribe, se imponen en la política práctica de esos países coloniales (Nueva Zelanda, Australia), donde los creadores de toda una legislación nueva no hablan para nada de socialismo. Hacen socialismo, pero no se llaman

---

(1) Ferri y Justo: *El partido socialista en la República Argentina*, págs. 12-13.

(2) V. Merlino: *Formes et Essence du Socialisme*, pág. 3. (París, 1898). «Si durante diez ó veinte años, añade Merlino, no se publicase ni un libro ni un periódico socialista, y si los Gobiernos suprimiesen, como á veces lo sueñan, toda manifestación de la idea, el socialismo no habría muerto. Toda disputa entre trabajadores y patronos, cualquier ensayo de cooperación ó conflicto de intereses entre las clases, cualquier reforma en la Administración pública, volvería el pensamiento de los hombres hacia esta nueva concepción de las relaciones sociales, que corre bajo el nombre de socialismo.»—Merlino, ídem, págs. 4 y 5.

socialistas» (1). Y la consecuencia es clara: ¿Por qué ellos, los argentinos, que se enlazan directa y lógicamente con el pensamiento europeo, y que tienen conciencia de la raíz y de la orientación socialista del obrerismo, del sindicalismo y de la reforma social, no han de poder llamarse socialistas? ¿Quién tiene derecho á excomulgarles? ¿A nombre de qué dogmática? ¿Quién puede hablar á nombre de dogmas, cuando hasta en el orden religioso los dogmas se van? ¿A nombre de la sociología, de la ciencia?... Verdaderamente, se ponen á cuenta de la ciencia y de la sociología funciones bien extrañas. Discutir la legitimidad de un socialismo á nombre de la ciencia, cuando el socialismo atraviesa la honda crisis, bien conocida, á virtud de la cual ha podido filtrarse hasta en el pensamiento burgués, dominándole, es pretensión harto infundada.

Interpretación del movimiento socialista en la Argentina.—Sus causas.

Después de seria reflexión, realizada sobre observaciones hechas sin prejuicios, sustraído en lo posible á todo influjo perturbador, me imagino que el movimiento socialista argentino, como todo el movimiento obrero, prodúcese provocado por tres poderosos influjos, que procuraré definir brevemente.

En primer lugar—tiene en esto razón el político italiano,—como *imitación* de las cosas de Europa. Quizá sería más exacto decir: como una sugestión europea. En rigor, á la manera como se han producido en el mundo las expansiones de las ideas y de las instituciones que han llegado á tener una aplicación casi universal: v. g., el constitucionalismo moderno, que, á partir de Inglaterra y Norte-América, se ha defendido por todos los pueblos cultos, en buena parte, por sugestión imitativa. El socialismo va, fatalmente, por ley histórica y psicológica á la Argentina, de un lado, con los inmigrantes, como

(1) Justo: Idem, pág. 13.

los que formaban las colonias inglesas de Norte-América, llevaban al germen del futuro constitucionalismo, y de las ideas generadoras del respeto sagrado á la personalidad—declaraciones de derechas;—y de otro, con la comunicación del pensamiento; y así es allí el socialismo, con todo lo que implica la agitación é inquietud proletaria, labor espontánea del espíritu y del sentimiento de los emigrantes, y labor reflexiva de los elementos intelectuales.

En un reciente libro del joven doctor argentino Horacio Rivarola se leen estas interesantísimas indicaciones: «Al terminar este período (1895), un hecho nuevo de orden social se presenta en la Argentina; hecho que es también producto de ideas, traídas por los trabajadores de Europa. Es la aparición entre nosotros del socialismo. Comenzó en la Capital, hecho que se explica por cuanto en ella tienen residencia, la mayor parte de los obreros industriales extranjeros, venidos al país (1). ¿Cómo podía esto evitarse? Socialisuo y anarquismo tenían que importarse en la Argentina. La masa emigrante europea es enorme: la clase obrera en la República cuenta con grandes contingentes extranjeros. Según el censo de 1895, las diferentes industrias sumaban 52.356 obreros argentinos, 93.294 extranjeros, y para que nada falte en el cuadro, es decir, para que la importación de la oposición entre patronos y obreros fuera completa, resulta que al lado de 3.498 propietarios argentinos figuran 18.706 extranjeros (2).

Es el Dr. Justo quien escribe estas palabras, indicadoras del influjo extranjero:

«Si todavía no lo viéramos en este mismo país, el cuadro de los grandes pueblos modernos, con la centralización industrial, la acumulación de inmensas riquezas en pocas manos, los monopolios, las crisis y la lucha de clases, nos señala-

(1) Horacio C. Rivarola: *Las transformaciones de la sociedad argentina y sus consecuencias institucionales* (1853-1910).—Buenos Aires, 1911, pág. 182.

(2) Tomo el dato de Rivarola, ob. cit., pág. 168.

rían nuestro propio porvenir. Y los ideales no se adoptan por temporada, como alquilamos una casa, previendo el plazo en que vamos á desocuparla. Necesariamente se apoderan de nosotros los más universales, los más eternos que somos capaces de sentir. He aquí, pues, el ideal socialista propagándose entre nosotros: obreros numerosos que roban horas al sueño y sacrifican sus recursos precarios á la emancipación de su clase; mujeres que abandonan el confesonario para acudir á la conferencia ó al mitin; hombres de ciencia que encuentran en la obra social, humilde y oscura, un campo incomparable de estudio y experimentación; artistas que buscan su inspiración en el drama inmenso de la vida del pueblo; algún patrón, tal vez, que aspira á hacer de sus obreros sus discípulos y asociados; algún propietario que hace de sus privilegios un bien social; todo un partido que acusa y amenaza á los explotadores y prepotentes. ¿No encuentra á todo esto explicación ó disculpa el profesor Ferri, siquiera en nuestra «latinidad»? Explíquese el retardo y la lentitud del desarrollo del partido socialista en Inglaterra, donde Marx escribió *El Capital,* y comprenderá entonces mejor la precocidad del partido socialista en este país, donde «no hubiera podido escribirlo» (1).»

Naturalmente, estos influjos, estas sugestiones y las imitaciones consiguientes, habrían quedado en el aire si en el país no hubieran hallado eco; pero creo resulta bien demostrado cómo en Buenos Aires un proletariado numeroso, fuerte, inquieto, ofrecía y ofrece el terreno abonado para la germinación de la idea importada. Así ha podido escribir estas razonadas y sensatas líneas el Dr. H. Rivarola: «En la industria, con los deseos y aspiraciones proletarias, con el constante encarecimiento de la vida, el hecho extraño—el socialismo—se hace cuestión nacional: los obreros son muchos, el partido crece; hombres intelectuales argentinos se ponen á su cabeza; los pocos socialistas de la época anterior forman ahora millares;

(1) Justo, ob. cit., pág. 15.

se disciplina el partido... Podrá ó no tener razón de ser el socialismo considerado como semejante al europeo, y podrán ó no ser exactas las afirmaciones del profesor Ferri al respecto; mas lo cierto es que el partido socialista tiene aspiraciones delineadas, muy distintas de las cartas orgánicas de tantos partidos, que mueren después de un tiempo, de parálisis infantil; cierto es que la cuestión obrera, semejante ó no á la de Europa, se presenta en nuestra tierra, y dentro de ella, con caracteres bien distintos en la Capital, de los que tiene en las provincias» (1).

Y he ahí el segundo influjo determinante del socialismo argentino: el hecho evidente, claro, de una cuestión obrera en la República, especialmente en Buenos Aires. Cuestión obrera «argentinizada», como «argentinizado» tiene que ser el socialismo.

Otro tercer influjo lo determina bien el político Ferri, al señalar al partido socialista como el órgano natural y propio de la tendencia radical. En efecto, decía: «los radicales argentinos forman un partido del... mundo de la luna... Los socialistas argentinos cumplen la función específica de este partido radical que falta».

Creo, sin embargo, que no es sólo esa la función política que cumple el socialismo argentino; responde, á mi juicio, á una necesidad más honda, sentida con cierta intensidad en muchos núcleos sociales, y por muy diversas representaciones, según pude advertir, y es ella la de elevar la tonalidad *ética* de la *política*. Hay en el espíritu colectivo de la República una cierta disposición para la protesta contra la oligarquía monopolizadora natural del poder público; siéntese por muchos el deseo de sanear la vida electoral, y hacer efectivo el espíritu y la letra de las leyes constitucionales. Quisieran los que así sienten orientar la política argentina hacia la democracia real, y no de pura retórica, que es la que, al parecer,

(1) Rivarola (H. C.): obra citada, pág. 212.

impera. Después de haber logrado una cosa tan difícil como la normalidad material, la paz política sin motines, sin cuarteladas, quisieran lograr la normalidad interior, ética, sin fraudes electorales, sin dictadura disimulada, en pleno gobierno libre de opinión pública.

Pues bien, el socialismo argentino es, en buena parte, órgano de esa aspiración y de esa necesidad; de él se dice—y es verdad, según todas las referencias—que «en las elecciones da ejemplo de civismo y de honradez, cumpliendo con el deber de votar y no comprar electores» (1).

Funciones del partido socialista argentino.

Resumiendo ahora mi punto de vista respecto de lo que es (y debe ser) el partido socialista argentino, quiero decir, la agrupación cuya razón de ser se ha puesto en pleito, estimo que ella es, en efecto:

1.° *Un partido de clase:* Tiene como núcleo sostenedor una parte—y no la mayor—de la masa obrera argentina, y formula y sostiene un programa de mejoramiento obrero.

2.° *Un partido político* de soluciones radicales, en el sentido de la reivindicación democrática, y manteniendo las soluciones del socialismo europeo.

3.° *Un partido de protesta* ética y social, que quiere dignificar, elevar y sanear las luchas políticas, convirtiéndolas de luchas de personalismos, y, por la posesión y goce del Poder, en lucha por ideas y por intereses colectivos.

4.° Es, por fin, un *partido de orientación socialista,* en cuanto aplica como generador de su fuerza el principio de la lucha de clases, y persigue como última aspiración, la socialización de los medios de producción.

---

(1) Rivarola (H. C.): obra citada, pág. 212.

Interés del problema de la razón de ser del socialismo argentino.

Quizá el lector pregunte por qué me he detenido tanto en discutir este tema, acaso algo académico, de la legitimidad ó razón de ser de un partido socialista argentino. Allí está: vive, influye... ¿Qué importa que se le discuta, y más por los extranjeros, que con dificultad pueden *sentir* lo íntimo de aquel movimiento social?

Prescindiendo de otras razones, la cuestión tenía para mí un interés excepcional, que dejo indicado. A mi llegada, flotaba difusa en el ambiente, como una curiosidad colectiva, aunque ya he dicho que la cuestión no era la concreta de la razón de ser del socialismo, sino de todo el problema social. Por otra parte, anunciábase una nueva visita á la Argentina, de Ferri —que en efecto se realizó,—y se avivaba el tema, con el recuerdo de sus declaraciones de la primera jira. Deseoso de interpretar y conocer los términos del movimiento social y proletario argentino, el problema de la razón del socialismo y de la fundamentación ideal y objetiva de aquel movimiento, surgía, ante mí, espontáneo.

Esto aparte de otra razón más general, que me impuso el deber de estudiar la situación positiva de las cosas, obligándome á tomar posición, á pesar de mi condición de extranjero— si un español puede *sentirse* allí enteramente extranjero—y no obstante el carácter absolutamente *apolítico* de mi labor. Tenía, sin remedio, que hablar de asuntos ó temas sociales en mis lecciones ó conferencias, y era inevitable conversar casi á diario acerca de los palpitantes; y aunque, en los primeros momentos, se imponía, y se justificaba, una absoluta reserva en el juicio, pasado el tiempo, y á medida que uno se iba enterando, la reserva era imposible; podía hasta llegar á constituir una falta de sinceridad, muy en contra de las exigencias *éticas* del momento.

La cuestión ofrecía allí dos aspectos, en mi caso:

Uno, que ya he indicado, era y es éste: ¿Está la Argentina en situación tal, y tan excepcional de riqueza, de facilidades para la vida, que no haya lugar á la protesta de una miseria colectiva, y que no tenga razón de ser problema alguno que implique la lucha de clases? Ya he dicho cómo la opinión burguesa anhela una respuesta que no podía darse; mas como, por otra parte, no podía uno abstenerse, era preciso razonar el juicio, y tal como en estas impresiones—más reposadamente—lo expongo, allá fué indispensable formularlo, tomando, como punto de partida, el concreto de la razón de ser del socialismo argentino, porque así si nos imponía el tema.

Otro aspecto. ¿Puede uno, al considerar un país, prescindir de la preocupación ambiente? Puesto en ella, en Buenos Aires, ¿cómo considerar sin interesarse aquella actitud de las gentes no obreras—actitud de represión violenta, cuyas huellas se advertian, no sólo en los círculos obreros destrozados en el silencio impuesto á sus organizaciones y á su prensa, sino en el alma y en el corazón de todos, y que, además, se revelaba en la rigurosa aplicación del estado de sitio y en la precipitada elaboración de la ley llamada de Defensa social? No era posible; imponíase una labor de serena reflexión y de racional imparcialidad.

Nada más perturbador del pensamiento político y social argentino, que sumar opiniones susceptibles de contribuir á la confusión y al equívoco reinante; es como echar leña al fuego, mantener, con cualquier juicio exageradamente optimista, la ofuscación, en virtud de la cual se sostiene, por tantos, la actitud negativa que confunde en una misma condenación, desde el atentado criminal del desdichado que arroja una bomba, hasta el socialismo templado, parlamentario, que aspira á transformar la vida política y social, en uso de un perfectísimo derecho.

En cambio, nada más oportuno que toda labor enderezada á razonar el socialismo, como doctrina del mundo civilizado,

como expresión de un estado universal de conciencia, y á aclarar y definir, en sus causas profundas, el movimiento proletario remansado en Buenos Aires; el cual, además, no parece que sea nada incompatible con el engrandecimiento expansivo de la Argentina, como no lo es—todo lo contrario—con las orientaciones éticas sociales, que hoy imperan en el pensamiento y en la acción política de los pueblos cultos.

Y no haya cuidado que esas corrientes de Europa que invaden la preocupación argentina sean un obstáculo para la formación de la nacionalidad. Esta entraña un proceso en el cual deben actuar fuerzas de adaptación étnica y territorial tan intensas que, de existir, obraran sobre cuantas novedades lleguen al Plata y se difundan por la Pampa. Lo esencial es que haya condiciones para una nacionalidad; habiéndolas, ellas *nacionalizarán los ideales, las aspiraciones y hasta las miserias*... Todo... todo...

Por último, la consideración del tema y el comentario sobre las discusiones relativas á la razón de ser del socialismo argentino, ofrecen un buen caso, un asunto muy típico para apreciar, desde un punto de vista excepcionalmente interesante, alguna relación de la psicología y de la ética de aquel gran pueblo en marcha.

Adolfo Posada

RECUERDOS DE SARMIENTO

PRESIDENTE DE LA ARGENTINA, SACADOS DE SUS ESCRITOS

SUS «VIAJES»

SUMARIO: I. Partida para Africa.—II. La cuestión de Oriente.—III. Las moras y Sarmiento.—IV. Presentimientos de viajero.—V. Francia africana.—VI. Psicología del pueblo árabe.—VII. Religión arábiga.—VIII. Inmoralidad del pueblo.—IX. Sistema de combate francés.—X. Instintos gauchos de Sarmiento.

Partida para Africa.

El comentario á la carta dirigida á D. Juan Thompson (fechada en Orán, á 2 de Enero de 1847), ciudadano argentino que vagaba por Barcelona, allí encontrado por Sarmiento, se impone inmediatamente de terminada su lectura, en presencia de lo que en estos momentos se desarrolla en Argelia y Marruecos.

En Palma tomó pasaje en un *laut,* barco clásico del Mediterráneo, dotado de velas latinas, y en el cual se hacía la travesía hasta Argel. Sarmiento no sabía lo que era el *laut.* Cuando se presentó á bordo quedóse sorprendido. Se encontró con una lancha de 10 varas de larga, y tan recargada, que los marineros lavaban utensilios inclinándose desde á bordo hacia el mar; treinta cerdos ocupaban los dos tercios de la cubierta; y sobre una pirámide de fardos, pipas y envoltorios, debían acomodarse tres mujeres, cuatro marineros, cinco pasajeros de bodega y dos perros, los cuales no pedían permiso para acomodar-

se en las faldas del primero que se ofreciera; amén de diez docenas de pavos y gallinas. Sarmiento, compadecíase *de estos infelices*, dato revelador de su amor á las cosas y á los irracionales, no obstante cuanto ya conocemos con relación á los combates de toros y autos de fe, preguntó por su camarote, produciéndose un diálogo risueño con el patrón.—¿Camarote? ¡Aquí no lo hay!, le dice éste.—¿Y dónde he de acomodarme?, replica él.—Donde usted guste, le contesta el otro, señalándole las gradas que describían las barricas y mercancías.—Pero, ¿y para pasar la noche, si llueve?, observó tímidamente Sarmiento, como queriendo despertar compasión; á lo que con cierta burla se le respondió:—¡Una noche, señor!... Y ante esta ironía contra *un hombre fuerte*, nuestro viajero, avergonzado, se batió en retirada, y dijo:—Pero habrá cama?—Por toda contestación:—¡Si usted no trae!... Y así se embarcó, sirviendo de capitel á una barrica de aceite, sepultado bajo los pliegues de su capa, la mano en la mejilla, meditando día y noche sobre las vicisitudes é inconstancia de las cosas humanas.

II

La cuestión de Oriente.

A la tercera noche desembarcaba en Argel, que, desde Chile, dice, formaba parte muy notable de mi programa de viaje. A medida que ascendía los escalones que formaban las calles, la variedad de trajes, la multiplicidad de los idiomas, y la mezcla de pueblos y de razas, excitando la curiosidad, le hacían olvidar todas las tribulaciones que hasta entonces tenía experimentadas.

Argel bastaba, según él, para dar una idea de las costumbres y modo de ser de los orientales. Y con este motivo reconocía, que si bien las cuestiones de Oriente tienen importancia para la Europa, mas no para nosotros, sin embargo, para la América también había un Oriente, la Europa misma; pues si

alguna luz brilla más allá, nos decía, nuestros ojos no están preparados para recibirla, sino á través del prisma europeo.

Esta observación de Sarmiento, en la que deja ver toda la ironía de su pensamiento, es, ni más ni menos, la misma que el sabio diplomático moro hacía muchos años después al ministro de Relaciones Exteriores de España, en bellísima parábola, al hablar de la civilización europea entrevista por el intelecto oriental. El moro decía que era como el ciego de nacimiento, á quien Allah había permitido ver el tiempo necesario para abrir y cerrar los ojos, durante el cual sólo vió un ratón; por lo que la idea de tamaño, de forma, de color, de movimiento, la comprendía á través de ese minúsculo animal, grande para él. ¡Y era así como los americanos veíamos la cuestión de Oriente: chica para nosotros, grande y reluciente como el sol de Allah, para el europeo! Para aquellos tiempos, poco la comprendíamos, como que sus noticias nos llegaban tarde, muy tarde, y no como hoy, que las conocemos telegráficamente. No quiere esto decir que los hombres intelectuales dentro de la Plaza de Montevideo, como Varela, Herrera y Obes, Lamas, etc., no la conocieran. No; éstos conocían perfectamente el movimiento político europeo como que sólo así podía mantenerse la lucha contra la tiranía argentina. Ese conocimiento era necesario, por su influencia en los sucesos del Río de la Plata. Por lo mismo, es muy difícil darse cuenta del desarrollo de nuestras cosas, aun desde la Independencia, si no se conoce á fondo lo que acontecía en aquellas remotas regiones. En ese sentido, son muy ilustrativas las páginas históricas del Dr. D. Vicente Fidel López, descartado todo aquello que las desvirtúa, como lo ha hecho resaltar el erudito y concienzudo escritor D. Pablo Groussac.

Sin duda, para ilustrarse él mismo, y luego ilustrar á América, había ideado esta parte de su viaje. No puede explicarse de otra manera; pues no se concibe qué rudimentos, á lo menos de instrucción, iba á encontrar en aquellas regiones, que no hubiera encontrado en los países ya recorridos. La civilización

de los árabes era una petrificación. Ya había desaparecido. El mundo moderno no podía inspirarse en aquella tradición muerta. Le atraería la comarca de lo que fué, donde yacía un algo que brilló.

III

Las moras y Sarmiento.

Ahora veía á los moros en Argel, los árabes, los turcos y los judíos, de los cuales, decía, conservan aún su tipo original, y la mezcla de franceses, españoles (1) é italianos sirve, lejos de confundirlos, para hacer más notables sus diferencias de raza y vestiduras. Las mujeres judías, por ejemplo, visten un gabán exactamente como el de nuestros clérigos, con mangas de telas diáfanas, como las de la sobrepelliz, y un magnífico pectoral recamado en oro, acaso análogo al del gran sacerdote hebreo. Las moriscas atraviesan las calles envueltas de pies á cabeza en una nube de velos blancos y transparentes, lo bastante para dejarse ver unas á otras, sin que nada de humano revelaran estos fantasmas ambulantes, si una estrecha abertura horizontal en la frente no permitiese ver dos ojos negros, brillantes, grandes y hermosos, para probar que no sin razón los poetas orientales han comparado los ojos de sus mujeres con los de la gacela del desierto.

Luego veía resaltar el color local, y, en el fondo del cuadro,

(1) Los españoles en Argelia se entregaron con ardor al *defrichage:* descuajar montes, arrancar palmitas, arrojar tierra pingüe sobre el arenal; han sido los chinos de Europa, y después la administración francesa ha recogido los beneficios, mientras la que pudiéramos llamar la *españolidad* lentamente se borra en la colonia francesa. En la Argentina le está reservada una labor parecida; se va el roturador, el que reemplazará con el italiano al ruso en las faenas de la recolección, cuando éste se esconda en su cabaña, por temor á los rayos de fuego del sol veraniego; será la avanzada contra la langosta; fertilizará, en relación con la potencialidad de su número, las tierras de la República, pero no es el vencedor de otras razas en las Pampas. (*La América Moderna*, por Vicente Gay, vid. página 165 de LA ESPAÑA MODERNA, tomo 268.)

el albornoz blanquizco, sucio y desgarrado, que cubre al árabe, no dejando á la vista sino el tostado y mustio semblante de los que lo llevan.

Aquí se deja ver Sarmiento bajo su faz femenil. Es hombre que en París recuerda á las *chinganas* de Chile, cuando nos describe con entusiasmos democráticos las piruetas y culebreos de la Rigolette, y aquí no olvida á la morisca, cuyos ojos negros, brillantes, grandes y hermosos le atraen. Hombre que habla de los ojos de la mujer, tiene en su cuerpo la culebra enroscándosele. Esa tendencia carnívora, y la tenía muy mucho el ilustre argentino, ese amor mundano, se revela una vez más en la carta que comentamos, cuando más adelante nos habla de un grupo grotesco de mujeres, contemplado con su anteojo de bolsillo, en el que pudo *discernir dos bellísimos ojos llevados al cielo, de una niña de quince años, que se entregaba á aquel extraño ejercicio con cierta gracia que la hacía interesante, á pesar del desaliño de sus vestiduras flotantes.*

Como se ve, no puede ser más voluptuosa la sensación. Ya no nos habla solamente de los bellísimos ojos de la niña, sino del cielo, de la gracia, de los quince años, de lo interesante del desaliño y de las vestiduras flotantes, por donde el lector vislumbra lo desnudo de la carne, como al parecer lo veía, con gozo, el mismo Sarmiento. Y no se contentó con mirarlas á través del lente de su anteojo de bolsillo, sino que, como le era imposible apartar la vista de aquel curioso cuan tierno espectáculo, preguntó al *schauss* (ya sabremos lo que es esto) si los árabes llevaban á mal que los extraños mirasen á sus mujeres. Y así se acercó, dándose cuenta de lo que significaba aquel cuadro. La solemnidad del dolor de una madre, llorosa ante la prisión de su hijo, conducido á Francia, le arranca entonces una frase enaltecedora; ese amor materno era causante de la escena curiosa y tierna, llena de llantos y gemidos, que le habían llamado la atención desde el rancho en que se albergaba. Consoló á esa mujer con palabras vulgares, y, en el entretanto, las muchachas más ariscas, nos dice, se iban apro-

ximando con disimulo, y *ya contemplaba las nó indiferentes gracias de la de los ojos negros*, cuando una vieja bruja fué con improperios á decirles que estaban perdiendo el tiempo que debían emplear en rezar; retahila común á las dueñas de todas partes, musulmanas ó cristianas, con lo que fué, pues, preciso retirarse.

Pero hasta que no sintió el placer de ver á su antojo esas brasas de la cara morisca, no cesó. Su organismo lo pedía. Y vedlo cómo en Máscara se las arregla para conseguirlo, allí donde no hubiera dueñas que lo impidieran. Ve venir una comitiva de mujeres, las cuales se cubren completamente el rostro. Deduce que la que venía á la cabeza era dama de distinción, porque, como hombre-víbora, se fijó en el garbo de su talle, finura, limpieza de sus envoltorios y coquetería en el talante. Un hombre ingenuo y no carnívoro no estudia tan á la ligera estos pormenores. Él los conocía muy á fondo. Las *chinganas* de Chile podrían decirlo. Es lástima que de tanto papel publicado como de Sarmiento, no se haya dado á luz su correspondencia amorosa; ella daría materia para conocerle de verdad (1). Pues bien; como deseaba verle el rostro, se valió de una estratagema. Siempre tuvo recursos para todo, y en especial los habrá tenido con las damas. En su consecuencia, dió la espalda, y, mirando con distracción al suelo, repentinamente fijó la atención en un punto; tocólo con el pie, retirándolo inmediatamente, como cuando se quiere mover con los dedos una brasa ardiendo; repitiólo por segunda vez, y cuando creyó haber producido el efecto, volvió la cara bruscamente hacia atrás, sorprendiendo á la beldad árabe, que se había detenido á observar sus movimientos y descubierto la cara, «dejándome ver—dice—unos lindos ojos, unas cejas unidas entre sí por un tatuaje azul y un carrillo teñido de colorete subido, como la mancha de una manzana. ¡Oh! mujeres, mujeres

(1) Algo nos dice D. Leopoldo Lugones, respecto á unos amores que habrían sido motivo de su separación de la viuda de Pastoriza.

—parecía decirle al mirarla sonriéndome,—sois las mismas en todas partes. Esto es cuanto he podido descubrir de los encantos y existencia de las mujeres árabes».

IV

Presentimientos de viajero.

Sarmiento no decía la verdad, pues no pudo, en un segundo, ver todo aquello, sino con su imaginación. Lo supuso, porque era verosímil. Esto era naturalísimo en él, pues, por un lado, heredaba algo de los defectos de los Oro, la mentira, por más que su madre la combatiera, como nos lo tiene explicado en *Recuerdos de Provincia;* y, por el otro, era un hombre poseedor de la doble vista intelectual, *presintiendo* las cosas, en la mayoría de los casos, según él lo decía; presentimiento ó *palpite*, por otra parte, que no es tal en hombres de su jaez, desde que ello se funda en raciocinios y lógica. Un ejemplo, entre muchos, es el del movimiento de 1848 en París (1). A su regreso á Chile, dice en el preámbulo de sus *Viajes,* que, sin vaticinar una próxima é inminente catástrofe, que nadie pudo prever, anunció la crisis, juzgando imposible la continuación del orden de cosas y de instituciones que había dejado en toda su fuerza. El pensó entonces, en París, en la República venidera, la que acababa de inaugurarse en 1848. ¿Cómo pudo profetizarlo? ¿Se fundaba en algún hecho, en algún raciocinio? No; él nos dice que en las cosas morales, la idea de la verdad viene menos de su propia esencia que de la *predisposición de ánimo,* y de la aptitud de quien aprecia los hechos, que es el individuo, por lo que no era extraño que á la descripción de las cosas de que fué testigo se mezclase *con harta frecuencia lo que no vió, porque existía en mí mismo*, dice, *por la manera de*

(1) Esto está brillantemente tratado en *La correspondencia diplomática privada del Doctor D. Manuel Herrera y Obes*, tomo I, único, dado á luz por Alberto Palomeque.

percibir, trasluciéndose más bien las propias que las ajenas preocupaciones.

Fué esa predisposición de ánimo la que le hizo ver lo que no pudo ver, debido á que ello existía en sí mismo, por la manera de percibir, es decir, por el deseo ardiente que lo consumía de ver el rostro de una mora, pintado, como era natural que lo tuviera, dadas sus costumbres. Y no pudo verlo, porque la mora no tenía necesidad de arrancarse su velo para mirar; le bastaban sus dos hermosos ojos de gacela del desierto. Y además, porque, rápida como el pensamiento, se habría tapado al dar vuelta la cara el ilustre viajero. De esta predisposición de ánimo, de este fenómeno de doble vista, están dotados los hombres superiores. Todo lo ven claro, cuando los que le contemplan, y no ven, se admiran de lo que afirman. Es una de las cualidades sobresalientes de los hombres de acción, quienes, en más de un momento supremo, se salvan, porque sólo ven los sucesos por un lado, el favorable, á causa de su estrechez de espíritu, lanzándose á la lucha, ignorantes de las dificultades. Y así abren la brecha, en la roca, por do pasan las generaciones futuras (1).

V

Francia africana.

El viajero creía hallar numerosas mezquitas y minaretes. En cambio, Argel era Europa, el plantel del futuro París africano, con sus magníficos hoteles, perfumerías y restaurants, sus calles flanqueadas de galerías cubiertas como las que avecindaban al jardín de las Tullerías; las murallas por todas partes tapizadas de carteles, que en letras monstruos y con todo el charlatanismo del *affiche*, anunciaban los objetos de moda; los libros nuevos, las funciones teatrales y los decretos del Gobernador ge-

(1) Boissier lo demuestra concluyentemente en su libro *Cicerón y sus amigos*.

neral. Centenares de carretelas y 200 ómnibus cambiaban sin cesar su depósito de transeúntes, sin que las diligencias de seis caballos escaseasen, llevando ó trayendo colonias de viajeros para los distintos puntos de la Argelia, con visible pavor de los tímidos camellos, á quienes sorprendía y detenía en el camino su enorme mole.

Este espectáculo, para él encantador, le hace decir que al paso que iban las cosas, dentro de poco podría sin impropiedad llamarse aquel país la Francia africana. Y no porque se conociera lo que le desagradaba, allá en los barrios más oscuros de la ciudad, es decir, la vida y construcción árabes, las hileras de tiendas en que sus inquilinos hilaban sentados en el suelo, ó fumando en silencio su larga pipa á lo largo de los pasadizos sombríos y húmedos que formaban tortuosas calles de una vara de ancho. Allí contempla las antiguas vías romanas; y, al volver de una eminencia, la vista descubre de golpe la hermosa cuanto célebre llanura de la Mitidja, terminada, al lado opuesto, por la primera cadena del clásico Atlas, que se elevaba majestuoso y solemne como la mampara que ocultaba lo misterioso del Africa central. Esta llanura se extiende treinta leguas al interior, viéndose en su centro, como en sus costados, á lo lejos, blanqueando, villas antiguas ó modernas. La población, que es escasa, allí se reconcentra, divisando hacia el lado de las colinas el Colleah, ó la ciudad santa, desde donde el famoso Sidi-Embarek disputó á los franceses largos años la posesión de la Mitidja. En el centro está Bufarik, el mercado del ganado, al que todos los lunes acuden los pastores árabes con sus camellos, cabras y bueyes. Y más adelante, tomando el camino una dirección recta hacia el lado opuesto de la llanura, se encuentra la colonia militar de Beni-El-Merrch, notable por la hermosa columna elevada á la memoria de 32 soldados que allí se defendieron ¡contra 4.000 árabes! Un sargento, jefe de los combatientes, cayó traspasado de balas, pero reteniendo aún en su yerta mano las comunicaciones de que era portador.

Luego se atraviesan rápidamente seis leguas sobre camino macadamizado, y uno apercibe en seguida la ciudad de Blidad ó de los deleites, cuyos encantados jardines de naranjos y granados justifican con su frescor y verdura nombre tan poético. Es aquí donde se interrumpe la cadena del Atlas, para dar paso, nos dice en su estilo descriptivo, á los raudales cristalinos que descienden de sus entrañas, dejando ver en su seno quebradas blandas y ricas de vegetación, por cuyas sinuosidades trepa la cultura, esmaltando de huertas y de alquerías sus declives hasta una considerable altura. Blidah era el Tívoli árabe, el lugar de los deleites, como lo dice su nombre, y no era grande y poderoso señor de la Mitidja el agah ó kadí que no encerraba en sus muros un harem ricamente dotado.

La Mitidja estaba atravesada en todas direcciones por rutas macadamizadas que os conducían con toda seguridad á Aumale, Joinville, La Casa-Cuadrada, Medeah, Milianah, etc. El esplendor romano había desaparecido, pero de esos trabajos colosales aún quedaban ruinas. Mas, á lo largo de la llanura, una faja de vegetación amarillenta denunciaba la existencia de un ciénago, receptáculo de las lluvias del invierno, el cual, fermentado en el estío por los rayos del sol africano, exhalaba en miasmas pestilentes la muerte, que se arrastraba siguiendo la dirección de los vientos é introduciendo la desolación en las poblaciones circunvecinas.

La colonización francesa tenía que luchar, no sólo contra este malestar de la naturaleza física, sino contra el moral. A despecho del ejército y del aparente aluvión europeo, el embozado albornoz árabe está ahí siempre, nos dice, y bajo sus anchos pliegues, un pueblo original, un idioma primitivo, y una religión intolerante y feroz por su esencia, que no acepta sin la perdición eterna, el trato siquiera con los cristianos. La tristeza habitual del grave semblante árabe está revelando, en su humildad aparente, la resignación que no desespera, la energía que no se somete, sino que aplaza para días mejores la venganza, la rehabilitación y el triunfo. Era cierto que allí

estaba el caudillo Abd-El-Kader, el más poderoso de todos, reducido á la impotencia, después de rudo batallar. Era verdad que catorce años de triunfos dejaban al fin tiempo y reposo suficiente para emprender un vasto sistema de colonización; pero de repente, nos dice Sarmiento, y sin que el menor indicio hubiese traicionado la proximidad de la borrasca, el Africa, desde las puertas de Argel, se alza como un solo hombre; diez árabes no quedan sumisos al gobierno francés, y 120.000 soldados bastan apenas á apagar con sangre este vasto incendio, que parece haber estallado intuitiva y simultáneamente en cada punto de Argelia, atizado en el hogar de cada tienda por el soplo de cada hombre que lleva albornoz.

VI

Psicología del pueblo árabe.

Fueron vencidos, pero el político francés no se contentó con la materialidad del triunfo. Quiso, y con razón, buscar la causa del hecho, para extirparlo de raíz. Y envainando la espada—nos hace presente el ilustre escritor, en páginas admirables que vamos á reproducir—para tomar la pluma que ordena los datos recogidos y las ideas que el espectáculo de las cosas despierta, han podido trazar la psicología de este pueblo, ora escuchando los cantos de sus trovadores, ora echando una mirada furtiva sobre el libro que en piadoso recogimiento recorre horas enteras el tolba ó doctor, ora, en fin, rondando por las mezquitas y acechando las veces que el devoto besa el suelo ó repasa las cuentas de su rosario (1).

Las páginas de Sarmiento, que van á leerse, después de

(1) Es lo mismo que actualmente realiza en Marruecos por medio de la labor científica de investigaciones que dirige M. Le Chatelier, profesor de sociología musulmana del Colegio de Francia. M. Le Chatelier ha publicado un número especial de la *Revue du Monde Musulman*, dedicado á una visión de conjunto de los pueblos mahometanos.

este ligero introito, tiene una aplicación inmediata á cuanto viene desarrollándose en estos días en las posesiones africanas de la Francia. En 1847 nos decía que aquel estudio de biografía moral de ese pueblo había dado la solución de un gran problema, y mostrado la cima cavada bajo las plantas europeas en Africa; inmenso cráter de un volcán cuyas erupciones pueden interrumpirse, pero cuyo foco existe, vivo, ardiente é inextinguible. Los franceses, afirma, no se hacen ya ilusión, y saben que por un siglo al menos, cien mil hombres habrán de montar guardia por toda la extensión de la Argelia para espiar desde las alturas la agitación que puede renacer en el parduzco grupo de tiendas clavadas en la llanura; traducir las imperceptibles emociones que hayan de pintarse en el inmutable semblante del árabe, ó levantar la punta del albornoz del transeúnte, que puede encubrir el puñal del fanático, ó el rosario del santón que anda convocando á la guerra santa.

Aún no ha transcurrido el siglo de que nos hablaba, y la Francia necesita los cien mil soldados, ya que, como lo aseguran algunos escritores, lo que habría evitado el nuevo conflicto de estos momentos consistiría en el envío de los millones reclamados por el Sultán en Fez para mantener su autoridad, y con ella, la amistad y el prestigio del elemento colonizador. Aquel pueblo que vió Sarmiento ha sesenta y cuatro años, no ha cambiado. Es el mismo que él nos pintó en páginas inmortales, siempre nuevas, vivas, hermosas. En aquella época nos decía que no sabía qué sentimiento mezclado de pavor y admiración le causaba ese pueblo, sobre cuyo cerebro granítico no habían podido hacer mella cuarenta siglos; el mismo hoy que cuando Jacob separaba sus tiendas y sus rebaños para ir á formar una nación aparte; pueblo anterior á los tiempos históricos, y que, no obstante los grandes acontecimientos en que se ha mezclado, las naciones poderosas que ha destruído, las civilizaciones que ha acarreado de un lugar á otro, conserva hoy el vestido talar de los patriarcas, la organización primitiva de la tribu, la vida nómade de la tienda, y el espíritu emi-

nentemente religioso que ha debido caracterizar las primeras sociedades humanas, cuyos abuelos habían presenciado el diluvio, ó sido testigo de alguna grande manifestación de la presencia de Dios sobre la tierra aún despoblada. No cree que baste el Korán para darse cuenta de los acontecimientos desarrollados en el Africa en aquellos instantes, sino que debe recurrirse á la Biblia para allí encontrar el tipo imperecedero de esa imperecedera raza patriarcal. Arabe, nos dice, era Abraham, y por más que los descendientes de Ismael odien y desprecien á sus primos los judíos, una es la fuente de donde parten estos dos raudales religiosos que han trastornado la faz del mundo; del mismo tronco han salido el Evangelio y el Korán; el primero, preparando los progresos de la especie humana, y continuando las puras tradiciones primitivas; el segundo, como una protesta de las razas pastoras, inmovilizando la inteligencia y estereotipando las costumbres bárbaras de las primeras edades del mundo. Los árabes y los hebreos se parecen en que todas sus instituciones son religiosas; sus guerreros, como sus oradores; sus conquistas, como sus servidumbres.

Y, en su virtud, recordaba la formación de la monarquía hebrea por la intervención de un sacerdote; el alzamiento de David; la influencia de los profetas sobre la opinión pública; los acontecimientos contemporáneos; á los enviados de Dios, que, sesenta años después de Jesucristo, sublevaban la población contra los romanos; el sitio de Jerusalem por Tito, y la dispersión del pueblo, que ya no tenía papel que representar en la historia del mundo. Pues sucesos análogos, decía, resortes idénticos y creencias iguales, estorban hoy en Argel ó retardan la pacificación del país.

Los árabes de entonces son los mismos de ahora: esperaban y esperan un Mesías. Es un fenómeno curioso que Dios sólo se haya presentado en tiempos muy remotos, y una vez que otra; y más curioso aún, que lo haya hecho en países lejanos, en la soledad, envuelto en nubes, y allí donde la superstición, hija de la ignorancia, todo lo convierte en leyenda, y lo

agranda á medida que el tiempo transcurre, haciéndose imposible su esclarecimiento. Esos son los misterios de todas las religiones, forjadas, como se ve, por la imaginación calenturienta y la ignorancia crédula de las masas humanas, buscadoras siempre de un amo ó de un amuleto. Cuando encuentran el amo, le llaman caudillo; cuando el amuleto, sacerdote. Y ahí tenemos la democracia bárbara, ó el tirano, unido á la religión sanguinaria, ó el sacerdote. Rosas, Mahoma, Aldao, Quiroga, el Chacho, Oribe, etc., ahí están, uniendo la dictadura al fraile. Y los pueblos que aún necesitan del caudillo para derramar la sangre fratricida, ó del santón, para conducirlos, son los condenados, como el Africa, á sufrir la prepotencia de la civilización extraña. Ningún hombre, como ningún pueblo, tiene el derecho de sustraerse á la ley humana del progreso, viviendo en el aislamiento y el atraso. Un pueblo, como un hombre, no se pertenece; no ha nacido para sí propio; es como el arte de que habla Gladstone, universal; es de todos; y nadie tiene el derecho de contener ó de torcer la corriente de la civilización. O entra por ella, y adquiere su independencia en el concierto de las demás naciones, ó la resiste, y entonces, en uso de aquel deber relativo al derecho, se defiende la civilización en lucha con la barbarie, el atraso, la ignorancia y el desierto. El mundo es de todos, y la patria, universal, como lo enseñaba el dogma de la Asociación de Mayo de 1837. Y ayudar á pueblos civilizados, prestándoles, entiéndase bien, sus hombres y sus dineros y sus escuadras, para luchar unidos, en virtud de un tratado, en el que se ve esplendente la autonomía é independencia de los que contratan, no es, como erróneamente se ha afirmado, dar intervención al extranjero y deprimir la autoridad moral de una nación. Es ir contra la lógica y la civilización sostener que la vinculación de los países del Río de la Plata con los gobiernos inglés y francés, para echar por tierra la tiranía de Rosas, era una intervención del extranjero como la que se producía en la Argelia. En ésta, era la conquista para imponer la civilización. En aquéllas, era

la unión de los representantes de las naciones para la realización de una obra política, sin afectar en nada la independencia nacional.

Por eso no la atacó el alma popular; y por eso, Sarmiento, después de imponernos de la depravación moral más profunda, y de los hábitos de crimen arraigados en aquel pueblo, siendo así que la historia no presenta nada de comparable, sino en sus épocas más tenebrosas, exclama: «¡Oh, no! Dejemos á un lado todas estas mezquindades de nación á nación, y pidamos á Dios que afiance la dominación europea en esta tierra de bandidos devotos. Que la Francia les aplique á ellos la máxima musulmana. La tierra pertenece al que mejor sabe fecundarla.

»¿Por qué ha de haber prescripción en favor de la barbarie, y la civilización no ha de poder en todo tiempo reclamar las hermosas comarcas segregadas algunos siglos antes, por el derecho del sable, de la escasa porción culta de la tierra?»

En Africa se veía á un pueblo conquistado luchando estúpidamente por su tierra, y para lo cual lo había preparado Mahoma. Este había comprendido su misión y fanatizado á las muchedumbres; pero también había comprendido que en la humanidad nada se hacía sin el número. Y pensándolo así, le atormentaba el problema de las generaciones futuras llamadas á sustituir á los miles de desaparecidos en sus guerras santas. Era un problema difícil, allí donde la infidelidad de la mujer era tan cruelmente castigada, no obstante la ardentía de aquel suelo y la vida nómade de los hombres, concausas para la tentación. Y Mahoma, para que el seno fecundo de la mujer llenara su destino en una naturaleza que se moría, sin que la prole ni la madre sufrieran las consecuencias de la venganza marital, desapareciendo ambas, con lo que el problema de la población sufría en las tostadas comarcas del Africa, Mahoma inventó la seductora y engañosa doctrina parabólica del *niño que duerme*. Y así el marido ausente habría hecho concebir espiritualmente un niño, que dormía, es decir, que no despertaba

hasta su vuelta de la guerra santa. Era un fruto *santo* de la *santidad* de la guerra. Y así Mahoma reponía sus rebaños de hombres para el futuro en aquellas arenas, movedizas como el vientre de las mujeres nómades. Y ese número ahí estaba en 1847, como está en 1911. Los santones no han muerto ni morirán.

VII

Religión arábiga.

Sarmiento veía claro el problema. El Africa lo atraía, dada su naturaleza ardiente. Y al contemplar todas aquellas manifestaciones de la civilización, venían á su memoria los sucesos imaginativos de la Historia Sagrada, aquella que le enseñara su tío el obispo Oro, con unción patriarcal. Ahora la aprovechaba, y vería á David y Saúl, á Abraham y á Jacob, á Rebecca, etc., luchando, unos, levantando fogatas, otros, ó sacando agua de la fuente pura, la última, en aquellas tierras empapadas con la sangre de tanto combatiente, de cuarenta siglos atrás. Y al leer los libros de las profecías que, como la Biblia, contienen, al lado de absurdos, cosas tiernas y profundas, no podía menos que ver en los textos sagrados de los árabes la verdadera constitución política de los pueblos religiosos, en cuyas misteriosas divagaciones estaban echados, sin embargo, los cimientos para oponer vallas insuperables á la futura, pero posible, dominación cristiana.

Sí, allí estaban los santurrones preparando aquella masa para la guerra. Es curioso que en todas partes el partido guerrero por excelencia sea el religioso. Predica la mansedumbre y no usa espada; pero esconde el arma para colocarla en manos del combatiente, ó para usarla él mismo en la hora necesaria. Sarmiento había visto en Máscara un derkaua, que vivía todo el día sentado en un rincón de la mezquita, en santa y beata contemplación; otro, que por un joven se hacía recitar una letanía escrita en un tablero, repitiéndola con la vo-

lubilidad de un papagayo, mientras el devoto desgranaba una á una las cuentas de su rosario. En los marabuts diseminados en las campañas hay siempre fieles que hacen sus oraciones, parándose, hincándose y besando el suelo, levantando los brazos y repitiendo su plegaria; y es frecuente ver una caravana entera que, al divisar de lejos aquellos santuarios aislados, se detiene en medio del camino para entregarse al furor de rezar que la domina.

En todas partes, la religión positiva emplea los mismos medios y recursos. A la oración en la forma indicada, se une lo que los árabes llaman la *Sauía*, que es un edificio religioso, construído por alguna poderosa familia para servir de cementerio á los suyos, y ampliamente dotado de temporalidades y de dependencias, á fin de sostener las diversas ramas de beneficencia pública á que está destinado. En ella hay una mezquita, una escuela para los niños y un seminario para *talebs* (estudiantes) en que se cursa Historia, Derecho, Teología, Magia y Alquimia. Se lleva un registro de los acontecimientos contemporáneos, y una biblioteca conserva las crónicas de los tiempos pasados. Allí se da albergue al caminante, remedio y asistencia á los enfermos, asilo sagrado é inviolable á los perseguidos y criminales; se celebran concilios y conferencias, y los desocupados concurren á entretenerse de los asuntos públicos. Son establecimientos, como dice Sarmiento, que sirven de poderoso instrumento para propagar doctrinas, mantener viva la fe, dirigir la opinión pública, y obrar sobre las masas, explotando el rencor musulmán contra los cristianos, á quienes les está mandado exterminar sin piedad. Además, existen *cofradías* sometidas, como la de los jesuítas, á un generalísimo de la orden respectiva, á quien obedecen ciegamente, habiendo una, de entre las seis grandes existentes, literalmente llamada jesuíta de *Aisaua* (Jesús), nombre del santo fundador (1).

(1) Es lo mismo que sostiene Charbonnel, en su erudito estudio sobre *Los Jesuítas*, al demostrar la influencia que en San Ignacio de Loyola tu-

Todo aquel sistema religioso, que tanto se parece á cualquier otro de nuestros días, con las dulzuras aparentes de la civilización impuesta á fuerza de golpes, tenía órdenes como la de Muley Taibe, la más poderosa de todas, que repetía doscientas veces al día, con el rosario en la mano: «¡Oh, Dios! La oración y la salud sobre nuestro señor Mahoma; y sobre él y sus compañeros, salud!»

Esta Orden abraza á Marruecos y á la Argelia, y en sus profecías particulares le está prometido arrebatar á los franceses la dominación del segundo de esos países.

Y la batalla de Isly, en que el mariscal Eugeaud batió á 60.000 árabes, fué una demostración de la profecía de los árabes. Por lo demás, el Gobierno, para vivir, necesitaba del generalísimo de esa Orden, á la cual seguían otras, entre las cuales se contaba la de Sidi Hamet Tsidjani, originaria del centro de Sahara.

Los fundadores de estas Ordenes eran, como en todas partes, santos y milagrosos. Por ello decía Sarmiento que para ver milagros, ir al Africa, donde se hartaría la curiosidad hasta no dar un ardite por ver otros nuevos.

Y uno de esos santones milagrosos, cuyo nombre se ignoraba, suponiéndosele fuera el mesías Mulé-Saá, llamado á matar á los franceses, fué el autor de la famosa insurrección del Dahra, que apenas acababa de ser sofocada.

VIII

Inmoralidad del pueblo.

Y un pueblo tan religioso daba motivo para que Sarmiento se interrogara: ¿Y cuál es la moralidad de estos pueblos, que viven en presencia de Dios, y cuyos jefes se llaman el *Servi-*

---

vieron las instituciones musulmanas, y en especial el *Kuanismo*. Por lo demás, Sarmiento no debía ignorar que en la Historia hay muchos Jesús, por lo que se les diferencia, llamándole al cristiano, Cristo ó Nazareno.

dor del Clemente, que eso quiere decir Adb-El-Kader, ó el *Servidor del Fuerte*, traducción de Abd-El-Ramen?

Ya nos lo ha dicho en páginas anteriores, mientras ahora nos declara que la civilización debe pedirles cuenta de aquella brillante Africa romana, cuyos vestigios él veía por todas partes aún. Y, en su consecuencia, hacía presente que la comunidad cristiana nunca debía olvidar el concilio tenido por San Agustín, al que concurrieron trescientos ochenta obispos africanos, que tantas eran las ciudades que embellecían esa tierra, granero del mundo entonces, no produciendo hoy, decía, suficientes abrojos y espinas para alimentar algunos rebaños de camellos y de cabras. Era imposible imaginarse barbarie más destructora que la de ese pueblo: los ríos que descendían de las montañas, lejos de fertilizar las llanuras, sólo servían para convertirlas en ciénagos infectos; el árabe no tomaba posesión de la tierra, y gracias si en la vecindad de Orán arrojaba algunos puñados de trigo sobre la tierra, más bien rasguñada que arada, dejando crecer con la simiente los matorrales y plantas tuberculosas de que había descuidado limpiar el suelo. Las enfermedades cutáneas, nos dice, roen á este pueblo como la mugre carcome sus vestidos, y en medio de la miseria física en que se revuelca y la degradación moral de su espíritu, abriga un sublime desprecio y un odio inextinguible contra los extranjeros. Jamás la barbarie y el fanatismo habían logrado penetrar más hondamente en el corazón de un pueblo y petrificarlo para que resistiera á toda mejora.

Es esto lo que le hace decir proféticamente y con gran elevación de alma: «Entre los europeos y los árabes en Africa no hay ni nunca habrá amalgama ni asimilación posible; el uno ó el otro pueblo tendrá que desaparecer, retirarse ó disolverse; y amo demasiado la civilización para no desear desde ahora el triunfo definitivo en Africa de los pueblos civilizados.»

Aquí se veía al mismo hombre que había escrito *Facundo* y desarrollado la fundada y lógica doctrina del derecho extran-

jero civilizado para luchar, dentro de los muros de la defensa de Montevideo, en unión de los nativos, en pro de la causa de la civilización, contra la tiranía argentina, salvando así sus intereses incorporados á la tierra americana. Y sería la que, al fin, por más que otra cosa se nos quiera decir, triunfaría en la guerra contra el tirano del Paraguay. Los pueblos que se encierran, quieran ó no quieran, reciben la luz del sol civilizador. Civilizar no es conquistar. Y los que salvaron en Caseros, en 1852, las libertades públicas y la navegación de los ríos Paraná, Paraguay, Uruguay y Río de la Plata, fueron los mismos que en el Paraguay, en 1865 á 70, hicieron triunfar idéntica doctrina civilizadora. Así estos tres pueblos—Argentina, Uruguay y Brasil—buscaron su alianza para nobles y elevados fines, los cuales Sarmiento aplaudió desde Norte América, en un principio, y desde la silla de gobernante muy luego.

IX

Sistema de combate francés.

No era sér que perdiera la ocasión de aprender, aun aquello que pareciera no estar en relación con sus aficiones de hombre de letras. Ha de tenerse presente que hombre tal no es sino una inteligencia puesta al servicio de cuanto cae bajo sus sentidos. Un escritor de su talla tiene abiertas todas las puertas del saber humano. No se especializa ni se detiene en su marcha, porque la curiosidad y el anhelo de conocer á fondo las causas de los fenómenos los lleva lejos, muy lejos, á hombres tales en las averigüaciones de la verdad, de las primeras causas y de los últimos efectos. Esto se observa en cualquier reporter moderno, cuyos conocimientos enciclopédicos, adquiridos en el duro arte de la vida del periodismo, le permiten abordar toda clase de temas, por variados que sean. Sarmiento aprendía en todas partes, para luego utilizar esas enseñanzas. Del Africa las traería. Y así se le veía conversar en aque-

llas comarcas con el mariscal Bugeaud, Duque de Ysly, sobre el arte de guerrear con los árabes y sobre los medios de colonización. Esto último se lo reservaba para un trabajo especial que daría á luz en Chile, por más que ya mucho había bregado por esa idea hasta en las páginas de su *Facundo* (1). El general Bugeaud, no sólo le dió á conocer la manera de pelear con los árabes, haciendo *una punta,* para batir á su ágil y valiente caballería, sino también el sistema de colonizar. Sarmiento da una explicación clara de lo que era la operación de *hacer punta,* como si poseyera intuitivamente el alma guerrera. No falla en detalle alguno cuando nos habla de aquellas columnas ligeras, pero separadas, que debían prestarse mutuo apoyo, de manera que una comprometida en el interior, encontrase dos á su retaguardia en escalones, y estas cuatro, hasta formar con el ejército un inmenso triángulo ó falange macedonia, cuya ancha base estaba en dos puntas ocupadas en la costa. Nos describe con este motivo lo que el mariscal Bugeaud llamaba *batallas ambulantes,* hablándonos del pensamiento de dicho militar de montar infantería á mula. Muy complacido y maravillado se mostró el militar francés cuando

(1) ¿Hemos de cerrar voluntariamente la puerta á la inmigración europea que llama con golpes repetidos para poblar nuestros desiertos, y hacernos, á la sombra de nuestro pabellón, pueblo innumerable como las arenas del mar? ¿Hemos de dejar ilusorios y vanos los sueños de desenvolvimiento, de poder y de gloria con que nos han mecido desde la infancia los pronósticos que con envidia nos dirigen los que en Europa estudian las necesidades de la humanidad? Después de Europa, ¿hay otro mundo cristiano, civilizable y desierto que la América? ¿Hay en la América muchos pueblos que están, como el argentino, llamados por lo pronto á recibir la población europea que desborda como el líquido en un vaso?... ¡Oh! ¡Este porvenir no se renuncia así no más!... No es renuncia, porque las brutales é ignorantes tradiciones coloniales hayan podido más en un momento de extravío en el ánimo de las masas inexpertas: las convulsiones políticas traen también la experiencia y la luz, y es ley de la humanidad que los intereses nuevos, las ideas fecundas, el progreso, triunfen al fin de las tradiciones envejecidas, de los hábitos ignorantes y de las preocupaciones estacionarias. (*Facundo.*—Introducción á la edición de 1845.)

Sarmiento le aseguró que en América se tenía infantería montada; en los países que, como en las Pampas, los montoneros vagaban á su salvo, sin que los ejércitos regulares pudiesen darles alcance. Indudablemente, Sarmiento pudo, con su doble vista y aquel su presentimiento ya mentado, describirle la futura hazaña de Urquiza en Vences, en ese mismo año de 1847, en que escribía esa epístola, cuando montó su infantería para atravesar el terrible bañado, situado al costado del Boquerón, y de este modo, en medio de la sorpresa de Madariaga, ante su formidable posición, vencer á un enemigo perfectamente parapetado, en cuya operación se destacó el talento militar del general Garzón, autor del plan de ataque, después de un estudio detenido del terrenó, lo que fuera causa del gran concepto que desde entonces tuvo el general Urquiza por dicho militar.

Sarmiento, como todos los hombres de su época, tenía tendencias militares. Desde niño había vivido en perpetua guerra ó en perpetuo sacerdocio ó en perpetuo escolasticismo. Luego, ó soldado ó fraile ó abogado; pero, en el fondo, hombre de lucha, guerrero, porque había que pelear contra la naturaleza y los hombres, no con el cilicio, la predicación ó el silogismo, sino con el arma mortífera en los campos de batalla. En ese sentido, todos han sido soldados, hasta que los tiempos modernos han hecho de los ciudadanos unas máquinas, con el servicio obligatorio, dándoles un aire marcial, autoritario, atropellador, que tanto nos choca á los amantes del liberalismo. Aquellos eran guerreros, sin haber llevado el fusil al hombro, ni sido soldados, sometidos á una disciplina que rebaja la dignidad é independencia, haciendo hombres automáticos. Y así se explica que conservaran esa altivez de que Sarmiento nos da ejemplo, después de Caseros, una vez que soportó al caudillo envanecido con su victoria todo aquello que los momentos reclamaban; porque así son los hombres de ideas cuando están animados de elevados sentimientos. Era un militar que conservaba su carácter cívico, pues no por ser

soldado lo había abdicado. Y la cinta colorada que Urquiza volvía á levantar después de derrotar á la tiranía, le hería. No había sido el representante genuino de un alto pensamiento, durante más de una decena de años; en el extranjero, luchando contra lo que significaba un trapo sangriento, cuando se tenía la bandera de la patria, para venir ahora, al día siguiente de derrumbada la tiranía, á deponer ante el nuevo caudillo todos sus escritos, y quemarlos. Era provinciano, y uno de los que habían criticado los procederes de los unitarios, lo que le valió buena atmósfera en la casa de Rosas, por un momento; pero eso no le impedía ir contra el General Urquiza. El militar desaparecía, y volvía á verse al ciudadano. Otro tanto haría en su vejez, ostentando el carácter cívico en las páginas de *El Censor*. Tenía genio militar. Una prueba de ello se encuentra, no ya en las luchas que él nos describe desde su niñez hasta la montonera del Chacho, sino en lo que resalta del documento nuevo, desconocido, que tenemos por delante. Se trataba de la guerra civil en Entre Ríos, con López Jordán. Es él quien dirige la lucha, quien traza el plan de operaciones, quien dirige la batalla, quien indica el punto estratégico y quien predice la victoria. Es el documento más precioso que conocemos sobre esta materia. Ya no se discuten sus cualidades militares teniendo sólo en cuenta la palabra de Sarmiento, sino ante el hecho elocuente, ahí escrito en el papel, y luego trazado en el terreno, como el Cid con su espada, aquel marco que él viera en su travesía por Burgos (1).

---

(1) Señor Coronel D. Francisco Borges.

Buenos Aires, Julio 29 de 1870.

Mi estimado amigo:

He recibido su estimable carta en que me detalla las fuerzas que serían necesarias y las fortificaciones para defender la plaza de una manera eficaz. Saldrá luego el Coronel Cets á estudiar el terreno como ingeniero, y ver lo que mejor convenga. Yo quisiera una fortaleza que me garanta el punto, más bien que defensa de una ciudad, que, como usted lo observa, necesita muchas obras. El Paraná, con la artillería que tiene y el Coronel Borges, se defenderá contra un enemigo superior en número, hasta

Y un hombre que poseía tales cualidades, tenía derecho para hablar de milicia y colonización con el mariscal Eugeaud (1), y para decirnos, en són de crítica justa, que lo más notable era que en la Argelia, como en la República Argentina, no han faltado generales, que, seducidos por la aparente ventaja que en su movilidad ofrecen las masas de caballería, propusiesen adoptar el sistema árabe, resolviendo en caballería todo el ejército. Pero el mariscal—nos dice—comprendió muy bien que los franceses parodiaran á los *gauchos* árabes, y que para vencer un pueblo bárbaro es preciso conservarse civilizado, esto es, adaptar á las localidades los medios de guerra que la ciencia de los pueblos cultos ha desenvuelto.

Esto era sostener lo que el general Paz, el primer táctico argentino, había inoculado en las filas del Ejército, desde la

---

donde la prudencia lo permita. Jordán tiene ochocientos á mil infantes malos y menos artillería. Pero no es este mi asunto, sino conservar el puerto. Verá Cets si San Miguel llena mis propósitos. Grande reserva sobre este punto.

El General Conesa me pide que lo releve, por el estado de su salud. El General Arredondo ú otros jefes están en puestos donde prestan servicios de inmensa responsabilidad, aunque sus situaciones parezcan modestas, y no es bueno desnudar á un santo para vestir á otro. He nombrado jefe del ejército de operaciones al Coronel Ayala, del 10. Quiero abrir á mis coroneles campo para que se labren una posición, y principio por uno de ellos.

Me avisan del Rosario que ha llegado á Villa María el 70 de línea. Esta es la primera vez que veo cumplidas las órdenes. El 120 debió llegar el 6 de Mayo, y no llegó sino el 12, por un misterio que aún no está esclarecido. Con este cuerpo, el otro de línea y quinientos santafecinos y entrerrianos, los mejores, hay caballería para correr á Jordán con sus miles de chusma que no tiene. Necesitamos volver á los tiempos gloriosos de nuestra caballería, que la *montonera* ha desvirtuado. Un escuadrón para un ejército. Guárdeme, pues, la plaza, con elementos si los hay, sin elementos cuando el país no los tiene. A bien que el enemigo es indigno de gastar tantos miramientos.

Con mucha confianza en su pericia y valor, tengo el gusto de suscribirme su affmo. amigo,—*D. F. Sarmiento.*

(Consta en mi archivo.)

(1) Murió de cólera, en 1852. Sarmiento consagró, en Chile, un artículo á su memoria.

Independencia, y de lo cual Sarmiento se hacía un apóstol, rindiéndole culto, en el hecho, en Caseros, con su indumentaria civilizada. Era la protesta viva contra lo que Lamadrid y aun Lavalle, en un día irreflexivo, contagiado por el ambiente de la montonera, hicieran, cantando *vidalitas* y vistiendo traje gaucho para agasajar prejuicios, atraer hombres-máquinas, y con ellos vencer la barbarie para implantar la civilización. Sarmiento se fortificaría en sus opiniones al oir á un militar como Eugeaud, dotado de una inteligencia despejadísima y de una dicción animada y lucida, cuyas maneras participaban de la llaneza militar y de la afabilidad francesa (1).

X

Instintos gauchos de Sarmiento.

De Argelia salió en vapor para Orán, tocando á su paso en Cherchel, Túnez, Mostaganem y Arzew, establecimientos franceses en la costa, llenos de animación y movimiento. Desde Mers-El-Kebir, última estación marítima, las diligencias conducen á Orán á los viajeros por un camino excavado en la roca viva, entre el mar y la montaña que circunda la bahía. Orán es una población como Argel, donde en lo ancho de las calles y en el aspecto de los edificios públicos se dejaba traslucir todavía la pasada dominación española. El viajero fué recibido por las autoridades, las que le proporcionaron todos los elementos para su partida á Máscara, allá donde le aconteceria el suceso de las moras ya relatado. Un *shauss*, empleado civil árabe, llevaba dos cartas escritas en arábigo, por las que se prevenía á los jefes del *duar* le ofreciesen la *diffa* correspon-

(1) Sarmiento lo conoció, debido á la recomendación de Lesseps, Cónsul de Francia en Barcelona, por lo que fué admirablemente tratado, pudiendo realizar sin mayores inconvenientes su viaje á Orán, y ser hasta reconocido literato y publicista americano por los más poderosos agahs y kadíes de las tribus árabes.

diente á un amigo del mariscal. La *diffa* era una comida que el duar suministraba á los empleados de gobierno, y un *duar* una reunión de veinticinco tiendas; varios duares formaban una sección de tribu, y cinco una tribu, mandada por un agab y un kadí, cada uno de los cuales tenía un kalifa ó teniente.

Puesta en marcha la comitiva, al atravesar aquel país accidentado, los instintos gauchos—nos cuenta,—dormidos en él, se habían despertado al estrépito de las pisadas de una partida de caballos; y, como el instrumentista que recorre el teclado antes de aventurarse en la ejecución de unas variaciones difíciles, él aplicaba al caballo las espuelas, haciéndole corcobear, á fin de descubrirle el juego, es decir, toda su agilidad y destreza. Y cuando, á un grito de uno de los jinetes, los caballos partieron á escape, saboreó, con la inefable beatitud de los colegiales el indecible placer de galopar horas enteras por montes y valles, salvando una zanja aquí, arremetiendo con un espeso matorral acullá, aspirando á torrentes el aire recargado de las exhalaciones húmedas de la vegetación y del polvo que las pisadas de los caballos suscitaban. Durante ese trayecto, las reminiscencias de la vida americana fueron más vivas, pues á poco andar abandonaron el camino, y *cortando campo*, se dirigieron á unas lomadas, en cuyos recuestos estaba acampado el *duar* que debía suministrarle la *diffa* de la mañana.

Esta *cortada de campo* le recordaba la travesía de las pampas americanas. Hoy ya no sucede otro tanto. Las extensas llanuras americanas se encuentran pobladas en su mayor parte. El brazo humano las ha fecundado, y los sembradíos están protegidos por los millones de metros de alambrados que los circundan, los que por sí sólo importan una fortuna colosal. Todo eso es la obra del extranjero, de ese que es el verdadero dueño de la tierra, el verdadero hijo de la patria, el habitante de que nos habla la Constitución, y por cuyos derechos y bienestar tanto bregaron hombres como Alberdi y Sarmiento; en libros, el primero; en libros y en la acción, el segundo. Y en esto consiste la grandeza moral de Sarmiento. Fué un hombre de

su tiempo, que se introdujo en la selva sin temor á contaminarse con las pasiones de sus habitantes, de las cuales participó ampliamente. Fué pensador, como un filósofo á lo Voltaire, y leñador, como un hombre á lo Lincoln. Salía salpicado de sangre porque había luchado en la espesura con el hombre-fiera; mas nunca con el pionner de la civilización, cuando allí lo hallara. El no atacó al elemento del progreso cuando estuvo enseñoreado de Buenos Aires, pero sí al caudillaje, aun cuando estaba apoderado de las llanuras. Disculpó los errores de los políticos progresistas de la ciudad histórica; mas no perdonó los crímenes de los gauderios atrasados, que, una vez enancados en el sillón de Rivadavia, Las Heras y Rodríguez, flagelaban pueblos, para así gobernarlos, como cuando ultimaban al animal bravío para arrancarle solo la lengua. No vivía encerrado en su gabinete, escribiendo, sin hacer como cantidad negativa; sino yendo á la prensa, á la tribuna, á la calle, á la escuela, al desierto, para hacer y hacer, como cantidad positiva de valor moral é intelectual (1). Armado de músculos, nervios, sangre é ideas, demostraba al adversario sus condiciones de hombre superior, con derecho á gobernar, desde que estaba mejor dotado, para el *strugle for life*. De ahí que los pueblos lo comprendan y lo aclamen en su inmortalidad, porque son esos los hombres que le entran al alma nacional, y no los apáticos, los ceñudos, los serios, que pasan como sombras, sembrando miedos en el alma del pueblo-niño. Nunca se escatimó ni rehuyó exhibir su personalidad para discutirla. Eso agrada al alma popular. Le hacía confidencias sobre su vida y pensamientos, consultándole unas veces, ó malhiriéndole otras, porque sentía necesidad de decirle todo lo que pensaba y quería. Y es esa manera de exhibirse, que algunos llaman *egolatría*, criticada porque alegan que ello es personalizar las cuestiones, la que hoy nos sirve para comprender todo lo que encerraba ese espíritu inmortal. Hombres así, llanos, expansivos,

(1) Esta idea la acabo de leer en Lugones: *Historia de Sarmiento.*

sinceros, pobres, luchadores, rientes, son los que la humanidad recuerda, porque son la representación de sus dolores, alegrías, esperanzas, aspiraciones, sentimientos, humildad, miseria y fortaleza.

El desierto le atraía. El misterio tenía encanto para su alma arábiga, por lo que, al verlo, se decía que americano de las faldas remotas de los Andes iba á ver aquellas tribus árabes, herederas de las costumbres patriarcales de las primeras edades del mundo; á ser el huésped de la antigua hospitalidad, á contemplar de cerca los detalles domésticos de la vida nómade. Al llegar al *duar*, las grandes figuras de la Biblia se agrupaban en su imaginación, como si Rebecca ó Yaule, decía, sus hijos y las mujeres de sus hijos, fuesen á presentársele vivos aún en el dintel de las tiendas á que me aproximaba. Hubiera querido detenerse un momento para dejar pasar esa especie de vértigo; pero ya tocaba el circuito de espinas que rodeaba el duar; los ladridos de los perros llenaban el aire, los árabes se dirigían lentamente hacia ellos, precedidos por el jefe que se adelantaba á tenerle el estribo al descender del caballo, como una cortesía digna de un recomendado del Gobierno.

¡Si supondría el árabe que lo recibía, ofreciéndole la *diffa*, que tenía la honra de hospedar en la tienda de su *duar* al representante genunio de la civilización en América y al futuro presidente argentino! Allí entró Sarmiento; se sentó, á la oriental, sobre el tapiz, cruzando las piernas, y arreglando artísticamente, en torno de su persona, los pliegues del bornoz. Iba á vivir entre ellos por un momento, aunque no prisionero, como Cervantes. Pero como éste, utilizaría luego mucho de aquella vida contemplativa, y nos haría en las páginas de los libros de su vida hermosas descripciones de sus luchas; sí, de él, el que más á lo vivo ha representado en el país la idea del Quijote, que aún recorre y recorrerá las estepas de la humanidad. Son sus libros, y en especial *Viajes*, el monumento más saliente de su personalidad, porque á nadie ha cedido el derecho de escribir su

historia, temeroso de no ser bien comprendido y perfilado. Se le ve actuando en lo que nos relata, aunque se trate de lecciones de Historia, Geografía y Psicología, escritas con todo el calor del alma, en las que se ve el propósito de enseñar y predicar sanas doctrinas. Nada se pierde, si el libro se toma como solaz del espíritu por un momento; mucho se gana, si se abren sus páginas con el propósito de nutrir el entendimiento. En ese sentido, debemos esforzarnos por popularizar y vulgarizar ese libro, para que arraigue y perdure con *Facundo* y *Recuerdos de Provincia*. Las ilustraciones deberían complementarlas, presentando á Sarmiento, no como á Roosevelt, entre leones y tigres, sino entre el volcán de las pasiones que sacudió su enérgico carácter, su tenaz propaganda y su amor á la verdad; cuando no, como en el pasaje que analizamos, en la tienda del *duar* africano, recibido por su jefe, besándole las puntas de los dedos de la mano, ó sentado á la oriental sobre el tapiz que le ofrecieron.

¡*Civilización y barbarie* en los desiertos de Africa! ¡Quiroga, Rosas y Sarmiento!

Y en efecto, aquello no era sino la representación fiel de lo visto por él en los desiertos de su patria. En todas partes, el fenómeno es el mismo, aunque cambie de panorama. Do quiera vayamos, nos encontraremos con las mismas pasiones, con los mismos bárbaros salidos de las selvas, dominando durante la época de piedra, hasta que la civilización viene y los arroja al fondo de la nada. Y he aquí que Sarmiento, después que tuvo bajo el escalpelo de su crítica la tienda y demás objetos del duar, se dijo: «¡Tate! Yo conozco todo esto, y las tiendas patriarcales de los descendientes de Abraham no están más avanzadas que los toldos de nuestros salvajes de las pampas. Igual y aun mayor desaseo, humedad y escasez de todas las comodidades de la vida; las tiendas, de tela grosera de lana parduzca, sostenidas sobre palillos nudosos y endebles; los perros saltando por entre los hombres; una hilera de corderillos recién nacidos, enlazados á una cuerda para retenerlos dentro de

la tienda-sala de recepción; una turba de muchachos sucios y cubiertos de harapos, alargando desde la puerta los tostados cuellos para ver al *rumi* (cristiano). «¡Dios mío! ¡cuántas ilusiones disipadas de un golpe!, ¡cuánta poesía!, ¡cuántos recuerdos históricos! Y, sobre todo, ¡cuántas descripciones de escritos, echadas á perder por la realidad más prosaica y miserable que se palpó jamás!»

ALBERTO PALOMEQUE

LA NOVELA PICARESCA EN ESPAÑA

Más pintorescos, pero cumpliendo oficio análogo, en combinación con los pícaros, se nos aparecen en la novela picaresca los gitanos pordioseros importunos y repletos de embustes. Su vida se refleja en estos libros de manera no muy diferente á como hoy la contemplamos. Aunque á veces sucede que se toman por gitanos lo que más bien son gavillas de pícaros. Lazarillo (en la III parte) viene á poder de una banda de éstas, que le recibe amablemente, entre las cuales hay una graciosa joven que le cuenta el discurso de su vida. Primero fué querida de un cura, luego se la enamoró el carcelero que la guardaba y, finalmente un alguacil á quien ella supo embaucar preparando una riña en la que la sangre derramada de una vejiga da la apariencia de haberse cometido un asesinato. A la pregunta de Lazarillo de si todos los gitanos son real y verdaderamente nacidos en Egipto, le contestan que «ninguno; todos son frailes, monjas, clérigos y ladrones escapados de sus conventos y cárceles, y los peores entre ellos son los frailes que han cambiado la vida contemplativa por la activa». No así los que se topó Marcos de Obregón en la Sierra de Ronda, unos á pie y otros á caballo. Eran verdaderos gitanos en tribu, que empezaron por pedir limosna y acabaron por robarle. Marcos pone á su disposición vino y pan, y finalmente dinero, obligado por el temor; mas al llegar á un estrecho sendero,

flanqueado por una alta montaña á un lado, y al otro por un abismo, temblando de quedar allí descarriado, uno de los gitanos le echa mano del mulo, pretendiendo cambiárselo. Mas el pícaro sale de apuros, merced á su ingenio, que nunca le abandona. Díceles que atrás deja á un compañero, que camina muy despacio porque lleva muy cansada la caballería y cargada de dinero. Oir esto, y dejarle inmediatamente, es todo uno. El mismo macho que estuvo á punto de perder en este lance, se lo roba en otra ocasión un gitano á quien cabalmente lo encuentra aparejado para venderlo. Un hidalgo á quien Marcos ha prevenido, pretende comprarlo, pero exigiendo al gitano que lo ensaye delante de él. Al llevarlo á casa, los vapores del vino que le han dado para que aparezca manso, cesan en su efecto, recobrando su pristina fiereza, y el gitano que lo había pregonado como la flor de la docilidad y mansedumbre, recibe en el carrillo una coz bien recia que consuela en gran manera á Marcos de la pillería que han querido hacerle. El soldado Píndaro expone prolijamente los embustes y trapacerías de los gitanos, cuando cuenta que Julia, enamorada de él, tiene la simpleza de consultar á una gitana hechicera el modo de lograr sus propósitos. Haciéndole muchas promesas la gitana, lleva por la noche á la muchacha á un sitio apartado de la ciudad, mientras las compañeras de la embaidora entran por una puerta que Julia estaba convencida de haber dejado cerrada, á robar cuanto pueden. La heroína de la *Sabia Flora Malsabidilla* es una gitana, hija de gitanos de Cantillana, y conocida con el nombre de «Sol de Egipto». De su padre, que murió ahorcado y hecho cuartos, dice ella delicadamente á uno que ignoraba lo sucedido, que feneció de un dolor de garganta en muy poco tiempo, y era tan humilde de espíritu, que no quiso ser enterrado en sepultura, y que su cuerpo fué partido porque se debía á muchos. Si hubiera vivido un año más, hubiera alcanzado un título, y claro es que ninguno le convenía mejor que el de conde de los gitanos. Su madre cuenta que fué una penitente extraordinaria, que por mortificarse andaba

descalza, dormía en el suelo y recibía infinitos azotes. Flora misma sobresale en urdir engaños haciéndose pasar por una señora distinguida. El reverso de Flora es la heroína de Cervantes, la Preciosa de la *Gitanilla*, prototipo de todas las gitanillas del arte romántico. Nada tiene de común con sus otras hermanas trapaceras y embaucadoras, y confirma finalmente ser de sangre más noble que ellas. Después del autor del *Quijote*, ha contribuído en gran manera á idealizarla Víctor Hugo en su *Nuestra Señora de París*, y Longfellow en el *Escolar Español*. Figura poética que no vive la vida real de las gitanas pintadas en la novela picaresca. De entre éstas, la que más conocimiento refleja es el *Donado Hablador*.

Despedido del convento en que estuvo de *donado*, Alonso cae en poder de unos gitanos que le llevan ante su *conde* (el jefe de la cuadrilla), y le despojan de su dinero y ropa. Una vieja llega hasta pedirle su último andrajo para su hijo, con el achaque de curarle de un dolor de estómago. Las únicas vituallas de aquel rancho lo constituyen una cabra que han robado á un pastor, y que en aquel momento están lavando con agua fría. A Alonso le permiten estar junto al fuego; pero toda la noche le castañetean los dientes, pues hasta un pedazo de piel que ha encontrado para envolverse en ella, se la arrebata una vieja que dice haberla usado dos generaciones suyas como cobertor. Así que anda desnudo muchos días hasta que consigue los harapos de un gitano viejo que le hace este favor muriéndose. El trabaja como uno de tantos en la fragua, y acompaña á las mujeres á pedir y á robar. Dicen la buenaventura, enseñan á sus hijos á ser zalameros, y, juntamente con su oficio de astrólogos y adivinos, roban en todas partes cuanto pueden. Una vez las gitanas aconsejan á una viuda rica á que ponga todas sus alhajas en un tiesto rodeado de candelas, diciendo que las riquezas atraen más riquezas, y que de esta forma ha de encontrar un tesoro que hay escondido. Se ponen todas de rodillas, y con voces afectadas, como de algo mágico, la ordenan se ponga sus mejores galas. Mientras ella sale á

ejecutar lo mandado, las gitanas desaparecen con el tiesto y con el contenido. Alonso por su parte se instruye mucho en el arte de engañar. Descubre un ladrón en la casa de un hidalgo, valiéndose de la siguiente traza: le da á cada uno de sus criados una vara de igual longitud, anunciándoles que la vara del culpable, á la mañana siguiente habrá crecido cuatro dedos. El autor del hurto, temeroso de que así suceda, corta la suya en una dimensión igual, y así se hace patente su culpa (1). En otra ocasión, Alonso pretende haber encontrado una bolsa de dinero, de acuerdo con un gitano. Hace pregonar la pérdida al cura del pueblo al acabar la misa. El gitano entra á la sazón, y dando las señas cabales de la bolsa, la reclama suya; con lo que Alonso queda en opinión de santo, y allega crecida cantidad de limosnas, y hasta recibe el honor de ser convidado á comer, en premio de su desinterés, en casa de un corregidor (2). Pero ni los mismos éxitos pueden reconciliar por largo tiempo al pícaro con una vida tan azarosa, y que suele tener por desenlace la cárcel y las galeras. A la primera ocasión que se le presenta, vuelve otra vez á su vocación más rico de experiencia y de bolsillo que cuando la empezó.

Mas profunda que hacia los gitanos era la enemistad que el pícaro profesaba, igual que las demás clases españolas, á los moriscos. El islamismo había experimentado recio descalabro en España, pero no había muerto, porque los pueblos árabes que quedaban detrás los mantenían, y ellos no se decidieron á dejar su fe y sus costumbres. En su interior aceptaban las im-

---

(1) Esta invención se encuentra también en la *Vida del Escudero Marcos*; sólo que allí, en vez de varas, se emplea un dornajo untado de almagre y un cencerro [Relación I. Descanso XVI]. También aprovechó este asunto más tarde Carlos Sorel en su *Histoire comique de Francion*, Liv. IV (Liv. VIII á XI, 1631).

(2) También esta historia se encuentra sustancialmente en *Guzmán de Alfarache*, que, con capa de santidad, engaña y roba á una viuda y le deshonra su casa; pero el origen de esta ficción está en el *Novellino* de Massuccio, 16.ª *novella*.

posiciones que sobre ellos recaían, pero en lo íntimo seguían inalterables en su pensar y obrar. Todos los autores españoles de la época ó escritores de viajes, claman contra aquellos infieles que conservaban su lenguaje y eran cristianos á la fuerza solamente. El acudir frecuentemente á los baños se juzgaba desfavorablemente como un recuerdo de las abluciones que precedían la entrada en la mezquita. El seguir usando de nombres árabes, á despecho del bautismo cristiano, se tenía por insoportable abuso. D. Francisco Bermúdez de Pedraza, canónigo y tesorero de la catedral de Granada, escribía por entonces: «Los moriscos son moros en público, pero son herejes en secreto, en quienes falta la fe, si el bautismo abunda. Van á misa, por temor á incurrir en pena. Trabajan en las fiestas detrás de las puertas cerradas con mayor gusto que en otros días, y observan los viernes con más rigor que los domingos. A la cual censura añade la de que se bañan en Diciembre, que si bien bautizan á sus hijos, pero inmediatamente borran todas las huellas del sacramento con ceremonias gentílicas y que se complacen en robar niños cristianos para llevarlos á Berbería (1). En las novelas de picardía, en las novelas picarescas, el papel del morisco es insignificante, sea que se hable de los que tienen conexión de vida con los moros de Argel, ó de los renegados españoles. La madre de la ingeniosa Elena era una esclava, llamada María por sus amos, pero Zara por sus padres. Todos los días cumplía con las obligaciones de la Iglesia, por temor; pero era tan buena morisca como cualquiera otra de Granada, y tenía algo de bruja y de alcahueta, de donde se le llama la segunda Celestina. El Donado Hablador cuenta de un morisco, nombrado Juanillo en público, pero en privado, Hamete; y de otro que huye de sus amos, y desde Berbería les manda una carta satírica. Rojas, en el *Viage entretenido*, se duele que le

(1) *Historia eclesiástica, principios y progresos de la ciudad y religión católica de Granada*, 1638, cap. 82.

hayan podido confundir con un morisco de Ronda su hijo, y Justina no puede disimular su horror cuando entra á servir á una bruja morisca que parece estar en tratos con el diablo. Esta bruja es una hilandera de lana, asociada á otras dos tan de mal agüero como ella. De estas nuevas tres Gracias, Justina aprende multitud de bellaquerías, como es el coger la lana y meterla en sitios húmedos para que aumente de peso; va ayudándose la vida tan bien, que logra merecer el título de Marquesa de las Motas, por lo que le valen las de la lana. La vieja morisca promete á Justina serle como una madre; pero sus ritos supersticiosos, que evidentemente son conjuros del enemigo, le inspiran á Justina terror invencible. Una noche, durante una tempestad, fallece la vieja, por lo que Justina cree que los diablos celebran con truenos y relámpagos su muerte. Amortaja al cadáver y escudriña sus dineros hasta que da con ellos; pero no le manda decir misa ninguna por su alma, porque le viene á la memoria el disgusto que á la vieja daban estas cosas en vida. El *Soldado Píndaro*, entre el conjunto de trazas picarescas imaginadas y llevadas á cabo por Pero Vázquez de Sevilla, hay una contra un comerciante que pasaba por ser más afecto á la media luna que á la cruz. Pero Vázquez va á su tienda una noche, y haciendo como que mira unas telas, oculta entre ellas una caja. Visitando la tienda al día siguiente, en compañía de unos amigos, Vázquez pone de manifiesto la caja. El morisco, por codicia, declara que es suya; pero Vázquez entonces la abre y saca lo que contiene, que resulta ser un Mahoma dorado, con una media luna bajo sus pies y en la mano el Corán. Los amigos dan gritos y fingen espanto al hacer este descubrimiento; el morisco, todo tembloroso, les suplica que no se alboroten para que la Inquisición no le prenda. Para contentarlos les hace un trato sumamente ventajoso, y Pero Vázquez y sus amigos se salen del comercio con harta ganancia. Así se ve, por lo que la novela picaresca manifiesta, que respecto á los moriscos no se había alterado la opinión emitida por Navagiero, hacía ya un siglo, cuando decía: «Son (los

moriscos) enemigos de los españoles; éstos, por su parte, les pagan en la misma moneda» (1).

Pero los musulmanes en España eran, en la novela picaresca, accesorio de mucha menos importancia que los musulmanes que pirateaban en el Mediterráneo y tenían su asiento en las costas berberiscas. El cautiverio en Argel y las luchas con estos piratas, eran asunto cotidiano de la vida, y reflejado por ende en la novela. Los bajeles del Mediodía eran frecuentemente objeto de repentinos abordajes, y no había ningún barco que al partir para aquellas playas no tuviera en cuenta la probabilidad de ser atacado por los moros belicosos. En Argel era inmenso el número de cautivos. Por espacio de tres años trabajaron treinta mil cristianos como esclavos en la edificación del puerto, y el sistema de piratería introducido por el marino turco Aruch Barbarroja, y reforzado por la llegada de los moriscos expulsados, suministraba constantemente nuevas fuerzas para estas persecuciones. Muchos de aquellos cautivos se hacían renegados, ó tenían la suerte de ser rescatados ó bien se escapaban. Francia, Inglaterra y Venecia, exasperadas por aquellas invasiones, destacaban armada tras armada contra los corsarios argelinos, que aun siendo de más provecho que la expedición desgraciada de Carlos V, no evitaron que el Mediterráneo siguiera siendo el dominio de las bárbaras depredaciones de mahometanos. Los héroes de la cautividad argelina están fielmente representados en obras tan serias como la *La historia y topografía de Argel*, publicada en Valladolid (1612) por Fray Diego de Haedo, y en la novela picaresca no rara vez hacen su aparición.

Entre los pícaros, el padre de Guzmán de Alfarache, yendo de viaje, es apresado y conducido á Argel, donde se hace renegado y se casa con una mujer rica. Al cabo de un tiempo, recoge cuanto había juntado, reduciéndolo á dinero, y con la excusa de emprender un negocio, se marcha para España, de-

(1) *Viaggio fatto in Spagna*, etc., pág. 25.

jando á la mujer abandonada. Navegando Alonso de Alicante á Barcelona, en compañía de algunos cómicos, les sorprende una tempestad que empuja su barco hasta las costas de Argel, donde queda varado, ayudando los elementos la obra de los piratas. El virrey se queda con Alonso y los cómicos, y allí tiene ocasión el protagonista de observar los malos tratamientos, escasa alimentación é incesantes fatigas de los cautivos todos. Se les aguija de mala manera, y á un galeote que parecía fatigado le cortan de un golpe, un brazo para escarmiento de los demás. En la fiesta de San Juan manda el Virrey á los cómicos representen una comedia. Ellos, con muy mal acierto, eligen la *Rebelión de Granada,* comedia en que abundan conceptos altamente contrarios á las opiniones de los moros, lo que les vale ser condenados con espantoso martirio. Alonso dice, en descargo de sí mismo, que él no ha representado en aquella comedia otro papel que el de muerto y el de paje de un rey moro, en razón á lo cual le perdonan y aun le dan la libertad. Píndaro se encuentra en un combate naval contra siete bajeles turcos frente á la isla de Ibiza. Una tormenta dispersa las naves, y el héroe naufraga. Los españoles sobrevivientes van á dar á una playa en que hay una compañía de moros cautivos, que son derrotados. Uno de ellos, con quien Píndaro entabla amistad, resulta ser un español, llamado Figueroa, amigo de Píndaro en su niñez, que fué capturado hallándose en las almadrabas de Cádiz, y llevado á Argel. Allí se había casado con la hija de su amo, y se había hecho renegado, adquiriendo riquezas por la piratería. En esta sazón, y atendiendo los consejos de Píndaro, se reconcilia con la Iglesia, y muere cristianamente. Muchos de aquellos renegados no lo eran más que en apariencia, é ideaban planes para escaparse, asegurándose el favor de sus dueños ó casándose con las mahometanas. La argelina de Marcos de Obregón le cuenta á éste el suceso de un moro que capturó en la costa española una muchacha de peregrina belleza, que transportó á Berbería, tratándola con dulzura y, por fin, casándose con ella. Por siete años parecía contenta con su

suerte, no sin estar siempre imaginando trazas para evadirse. Al fin, durante la ausencia de su señor á una excursión piratesca, se fugó en un bergatín, burlando la persecución de galeras enviadas á darle caza, estando á punto de caer en el barco de su propio marido. La mujer ordenó que sus marineros se pusieran vestimentas turcas, y así pareció que eran turcos que huían amedrantados de los españoles, pues la gente que iba en el barco del marido engañado llevaba, por el contrario, vestidos de cristianos, y así llegó la mujer sana y salva á España, donde invirtió la fortuna de su fiel señor en obras de caridad. Obregón no se ve reducido á tales recursos para lograr su libertad, porque le recomienda á su señor un su amigo renegado. Naufragando en las Baleares, toman tierra en la isla de Cabrera, y Marcos, después de mucho tiempo de aflicción, adquiere costumbre de ir con sus compañeros á una muy regalada y fresca cueva que descubren en aquella isla. Un catalán les avisa que también los turcos la conocen y suelen ir allí á cargar de agua para sus galeotes. Cierto día, unos corsarios les sorprenden en la cueva. Marcos cree que son compañeros que han tomado aquel disfraz para hacerles alguna broma, mas pronto se desengaña cuando ve que los llevan á Argel. Allí se constituye en ayo del hijo de su amo, y la hija se enamora locamente de Marcos, tanto que cae enferma de melancolía. Marcos, con el hechizo de unas cuantas amorosas y dulces palabras, vuelve la alegría á su rostro y la salud á su alma. Mas como la fama le convierte pronto en milagroso curandero de melancolías, todas las mujeres de Argel pretenden por igual recobrar su salud. A una de las damas más importantes trata de curar el escudero recitándole al oído la fórmula lógica, aprendida en Salamanca de *Bárbara, celarent, darii, ferio, baralipton*, etc., fórmula que, aun no entendida, tiene la virtud de provocar su risa. El renegado está tan satisfecho de Marcos, que le trata no como esclavo, sino como amigo, y le promete la libertad si sabe hallar modo de descubrir el nombre de uno que ha robado el tesoro del Virrey. Marcos llega á saber que es el visir Hazen,

pero no osa declararlo nadie. En consecuencia, él coge un tordo, y lo adiestra por varios días á pronunciar la frase: «Hazen ha robado el dinero.» Puesto en libertad el pájaro, al ir el Virey á la mezquita, empieza á gritar de lo alto del alminar la frase que le han enseñado; todos la oyen con pavor, creyendo que es una señal milagrosa del Profeta, y puesto Hazen en tortura y declarando ante los astrólogos, confiesa su crimen. En conclusión, Marcos, después de haber allanado por completo el camino de la conversión á los hijos de su amo, es puesto en libertad y conducido á las Baleares por el renegado mismo. Luego, ya siendo escudero, estuvo á punto de ser hecho cautivo nuevamente. Dos bergantines tocan en tierra repentinamente y hacen sus presas; pero cuando los turcos más ufanos se mostraban, se ven envueltos por barcos españoles. En esta confusión quedan libres los prisioneros. También el doctor Sagredo debió su libertad á un golpe de mano semejante, efectuado por los españoles, á cuyo barco, volviendo del Pacífico, tienden una emboscada los turcos, á la vista de Gibraltar. El héroe de *Día y noche*, de Madrid, al igual que Marcos, recibe trato benigno de los argelinos, y por fin su libertad, de manos de un amo piadoso que le concede pueda satisfacer su más ardiente deseo, que es el ver la capital de España. Cervantes, en su *Trato de Argel*, en su refundición *Los baños de Argel*, en el cuento del *Çautivo,* que llena algunas páginas del *Don Quijote*, así como en *El gallardo español* y en algún otro sitio, ha dejado pinturas gráficas de aquella lucha entre los mahometanos y España, no necesitando utilizar para sus ficciones otros recursos que las memorias de sus amargas experiencias durante aquellos cinco años de cautiverio que pasó en Argel, en que le sostuviera sólo su indomable constancia y defendiera su vida, á cada paso amenazada.

No falta pícaro que supiera apreciar esta fase peculiar de la vida como ocasionada á intentar fraudes y engaños. Teresa de Manzanares finge ser la hija de un Don Sancho de Mendoza, robada cuando niña por corsarios, y ahora vuelta á España en

pleno desarrollo. De una criada que ha vivido en Argel aprende maneras y alguna que otra palabra del lenguaje moro, y, con ropas de moro también, se presentan las dos ante Don Sancho, llevando consigo un acta notarial, falsa, de haber desembarcado en Valencia con otros prófugos. Por desventura suya, cuando ya se hallaban instaladas las dos impostoras y el padre sumamente gozoso, se presenta su verdadera hija, que destruye todos sus amaños. Años más tarde, y en otros países, el cautiverio entre moros y las aventuras de corsarios fueron tema frecuente de la novela romántica, pero para los españoles de aquella época no constituía sino una implacable realidad.

El hidalgo, ó noble de inferior categoría de las novelas picarescas, por su mayor parte se salva de los ataques satíricos del pícaro; es más bien una figura colateral, un amo á quien engañar ó servir, si se exceptúan dos ó tres ejemplos notables. Aun en ellos se acusa cierto sentimiento de simpatía del mismo engañador hacia el raído caballero, no acostumbrada en el pícaro, y que se explica por la solidaridad de afecto en que junta á entrambos la pobreza. Pero donde el hidalgo, como sucede en *Lazarillo de Manzanares* ó en el *Escudero Marcos de Obregón*, es sólo un agente benéfico y no se dan en él pobreza y orgullo, resulta un tipo desprovisto de interés. El más característico de estos hidalgos orgullosos es aquel á quien entra á servir Lazarillo de Tormes. Bien escoltado de su paje y paseándose con garbo y aire de comodidad y abundancia, toda la mañana se la llevan paseando, sin comprar nada de comer, declarando el hidalgo que ha almorzado muy de mañana, y que cuando esto hace no vuelve á comer nada hasta la noche. Lazarillo, hambriento, saca de su seno unos mendrugos de pan que le han dado de limosna, y su amo se convida á compartirlos con él, después de preguntarle si aquello está amasado con manos limpias. Al llegar la noche, el hidalgo dice á su criado que el mercado está muy lejos, y que así, hasta la mañana siguiente, no hay que pensar en ir á él; añade á esto que

no hay como comer poco para vivir mucho. Lazarillo apareja la cama donde han de pasar la noche los dos, extendiendo un colchón tan sutil, que al tacto aparecía como el entrecuesto de flaquísimo puerco; y á la mañana le sirve de limpiar los vestidos que han hecho oficio de almohada al señor aquella noche. Cíñese la espada, que por todo el oro del mundo no vendería, según dice, y echándose un cabo de la capa sobre el hombro con gentil continente, se entra á oir misa, y se va después á recuestar á unas rebozadas que le oyen con embeleso, hasta que se convencen que no hay en él ningún ánimo para gastarse con ellas nada. El mísero criado, mientras tanto, no tiene más remedio que volver á su antiguo oficio de pordiosero, y al volver el hidalgo por la noche afirmando que ha comido, le persuade de nuevo á compartir la provisión que ha logrado el muchacho. De esta suerte viven ambos: Lazarillo, buscándoselas, y el hidalgo siempre hinchado de orgullo y deshinchado de hambre. Publícase un bando prohibiendo la mendicidad, y no hay para qué decir el apuro que con esto sobreviene á aquella casa. Un día, viendo Lazarillo un entierro y á la viuda del difunto lamentándose de que á su marido le llevan á la casa triste, á la casa en que nunca se come ni se bebe, le entra grande terror, y cierra y atranca la puerta de la suya, entendiendo que no pueden traer á otra aquel muerto. A pesar de esto, el caballero sigue pavoneándose, con el cuerpo estirado y más largo que galgo de buena casta, con un palillo entre los dientes para que nadie piense que no ha comido. Al chico le cuenta que tiene grandes posesiones en Castilla la Vieja, un solar y un palomar derribado, cosas todas que dejó porque la honra no le permitía seguir viviendo allí, pues había tenido una cuestión con un conde que al saludarle no le hizo acatamiento. Finalmente, el pobre hidalgo, cierto día que vienen á cobrarle el alquiler de la casa, con pretexto de ir á cambiar una moneda de oro, desaparece.

Lazarillo, que por ningún otro tiene consideración, declara que cuando ve un caballero como su amo no puede menos

de sentir lástima, pensando si con toda su grandeza y empaque acaso no pasará privaciones y estrecheces tan duras de sufrir como las de su amo. Y añade: «Sólo estaba descontento de él en una cosa: en que tuviera tanta presunción delante de quien como él conocía tan bien todas sus necesidades.»

A esta pintura poco más puede añadirse para completar el papel del hidalgo. Aunque algunos escritores posteriores hayan operado algún cambio en este asunto, quedan todos muy por bajo del modelo primitivo. Jerónimo de Alcalá presenta á su personaje al servicio de un hidalgo orgulloso é imprevisor, que vive á costa de su familia, y se ha casado en contra de su voluntad con una tarasca. Cuando les llega á faltar dinero y otros recursos, se extingue el amor, y el hidalgo y su velada andan á la greña. La provisión de casa ha quedado reducida á las efusiones literarias, tanto en verso como en prosa, del caballero, que hace blanco de ellas á un pacientísimo paje, más gustoso de cambiarlas por algo comestible. Don Tomé, á quien sirve de criado el Bachiller Trapaza, es otro hidalgo que también hace versos, tipo fuertemente sugestivo, aun más que el de Lazarillo. Elegante en sus maneras, vive en la pobreza, que suele remediar haciendo del parásito, haciéndose pagar su asiento y ser consentida su presencia en las casas de los grandes merced á las dotes de su ingenio. Como si el verdadero hidalgo no fuera bastante vano y miserable, aún llega á verse incluído en la camaradería de los pícaros que, hundido en los abismos de la más torpe ignominia, aún conserva recuerdos de mejores días. A esta misérrima clase pertenece aquel á quien Pablos encuentra en su camino á Madrid. Por de pronto, Pablos, al verle tan apuesto y arrogante caminar á pie, cree que le estará esperando á alguna distancia el coche; pero, al acercarse más á él, advierte lo raído y menoscabado de su ropa, que se le cae á pedazos. Tocado de compasión, Pablos hace subir en su cabalgadura al hidalgo, ya que los dos van á la Corte, y el hidalgo le dice que en Madrid la industria convierte en oro cuanto toca; descríbele las trampas de su oficio, que no se can-

sa de enaltecer. Estos hidalgüelos decaídos comen á la mesa de los ricos, cuidando de mostrarse bien vestidos en lo que ha de parecerse á la vista, y usando del mismo vestido en cuarenta maneras distintas. Una vez al año andan en coche, saludando desde él á todos, pues pretenden ser conocidos de cuantos pasan; nombran condes y duques en su conversación, como si fueran deudos ó parientes suyos que están muertos ó ausentes; no se enamoran nunca de mujeres, como no sea con su cuenta y razón.

Como el pícaro es incansable vagabundo, se encuentra á cada momento con arrieros, personajes muy frecuentes en la novela picaresca, que no desempeñan, sin embargo, oficio importante en ella. El arriero típico es callado, de carácter negativo, que no se le da un ardite de cuanto pase en su presencia, como acontece á aquel á quien acompaña Alonso: cuando á su encomendado le prenden en una venta, él sigue hacia adelante, impertérrito; y cuando le vuelve á ver en libertad, con la misma indiferencia le felicita. Esta nota desaparece solamente en el arriero del *Pedro de Urdemalas* de Barbadillo que, acusado de haberle robado su caballería, es puesto en tormento, confesando lo que había hecho. Por regla general, es éste un oficio nada envidiable. El arriero de *La Segunda Celestina* se pasa el día cantando romances, cuyos asuntos son hazañas de ladrones. El carretero del *Bachiller Trapaza*, acusado de blasfemo, confiesa que él nunca había pensado que el jurar fuera delito de que tuviera cuenta la Inquisición, pues que lo tenía como una necesidad de su oficio, creyéndose obligado á jurar so pena de ser tenido por mal carretero; y en *Marcos de Obregón* figura un arriero que, para quedarse solo con la única mujer que se encuentra en la compañía que él conduce, finge que le han robado un saco de dinero, amenazando con que meterá á todos en la cárcel hasta que se averigüe la verdad del caso. Con esto huyen todos menos la dama, que tiene suficientes energías para oponerse á sus violencias, é informa á un alcalde de su cuita.

Otra figura característica española es el barbero satirizado muchas veces en las novelas picarescas, cuándo con relación á su oficio, cuándo por su simplicidad y blandura de condición ante las mujeres. Bertol Araujo, á quien Justina utiliza para dar á su posadera Sancha la Gorda la broma de que hicimos mención, es de esta última clase de barberos enamoradizos, que grita de espanto cuando ha roto alguna copa, temiendo el castigo de su mujer; pero la noche en que llevó á cabo la cura burlesca de la posadera, trata de ensayar otra broma con Justina. El barberillo de Marcos de Obregón, tocador de guitarra, y que reaparece en el *Gil Blas,* es un enamorado simple y desdichado, que da serenatas á Doña Mergelina, la mujer del Doctor Sagredo, y concertando una entrevista con ella, se ve á pique de encontrarse con el marido, que regresa. El barbero se enconde bajo una mesa, mientras que un gozque empieza á ladrar. El buen Doctor no sospecha lo que pueda ser, antojándosele que hayan entrado ladrones; así que, saliendo de la estancia por ver dónde se encuentran, da lugar á que el barberillo salga, pasando por ser víctima de los ladrones. Concédesele refugio allí por aquella noche. Doña Mergelina y él pasan grandes amarguras hasta que llegan á verse curados de su pasión. Otro barbero, cuya descripción está modelada en la de éste, se enamora de la mujer de un sacristán tuerto, amo de Lazarillo de Manzanares. Cuando la cosa está á punto de descubrirse, la mujer infiel recurre al conocido expediente oriental de tapar el ojo sano de su señor, valiéndose de una astucia, mientras el barbero se escapa (1). La simplicidad es también una de las notas características del barbero. Trapaza, de estudiante, hace una jugarreta á un barbero, abusando de su sencillez. Pasa ante él por ser un rico perulero, muy pulcro y melindroso, que exige infinitas atenciones, obligando al bar-

(1) Esta viene á ser la 8.ª narración de Pero Alfonso, la 6.ª del *Heptamœrón,* la 16.ª de las *Cent nouvelles nouvelles,* la 23.ª de la 1.ª parte de Bandello, la 2.ª del *Sabadino degli Arienti,* y se puede encontrar también en la *Gesta Romanorum* y en otras partes.

bero á que se lave á cada momento las manos; finalmente, le despacha con un maravedí de cobre, que el barbero ni mira, suponiendo después de tantos requilorios que le ha dado una moneda de oro. Son más afines, sin embargo, los barberos á los pícaros que á los bobos. El padre de Pablos tenía tal oficio, y de él dice el autor que sabía *rapar* de más de una manera. El licenciado Periquín, siendo aprendiz de un barbero, roba á los parroquianos y se sale de casa con las navajas y lancetas de su amo. Alonso cuenta de un barbero que consiente en afeitar á un estudiante pobre, por el amor de Dios. Con tal saña le desuella, que al oir el cuitado á un galgo que ladra lastimeramente, y que preguntan qué será, responde: «A ese perro lo estarán afeitando por amor de Dios». El aprendizaje de Estebanillo en el arte barberil es de lo más curioso. Un día que su amo está ausente entra un bravucón en su tienda, que le manda le arregle los bigotes, operación que lleva á cabo Estebanillo con tan poca maña, que se los retuesta, teniendo que buscar en su fuga la salvación. Poco tiempo después encuentra acomodo con otro barbero. Su primer ensayo recayó en un mendigo. Al volver su amo, que había salido á hacer una sangría, se encontró la barbería llena de gente, clamoreando por la carnicería que había hecho en la cara del desventurado, á quien su mujer, por el estado en que se hallaba, no podía reconocer. Al mes de este ensayo, no faltó casi nada para que se llevase con la navaja una oreja del hijo de un mercader, y antes de acabar el año tuvo que pagar, según lo concertado, tantas indemnizaciones el padre de Estebanillo, que éste se salió de la casa, llevándose las mejores herramientas de su amo, y largándose para Nápoles.

Los comediantes y poetas de las novelas picarescas constituyen una bohemia abigarrada, y las compañías de la legua principalmente son muy dignas de atención. El *Viage entretenido* de Rojas, aunque falto de la unidad que debe poseer una narración, proporciona la mejor pintura que pudiera desearse de la vida de estos vagabundos, tan esmerada, que puede muy

bien valer por un comentario de la escena española al finalizar el siglo XVI. Describe ocho órdenes de compañías y actores: desde el *bululú,* autor único, que representa, subido sobre un cajón, ante el cura, el barbero y el sacristán de una aldea, recogiendo la colecta en su sombrero, acompañado del cura, hasta la *farándula*, que tiene ya tres mujeres y otros muchos personajes, diez y ocho comedias, dos bultos para vestuario, y arrieros y carretas para viajes. Aquí los cómicos se alojan en buenas posadas, comen aparte, llevan plumas en los sombreros, rízanse los bigotes y viven la mejor vida del mundo, excepto los enamorados. Mas en la *compañía* disponen de un repertorio de hasta cincuenta comedias, tienen palafreneros, coches y literas, «treinta que comen á su costa, y Dios sabe lo que roban». Ríos y Solano, en este *Viage,* al narrar sus aventuras, nos cuentan cómo se salen de una posada sin pagar el gasto, escapándose mediante una sábana atada á la ventana, acompañados del importe anticipado de una obra anunciada, titulada *Caín y Abel*. En otra ocasión, Ríos, representando en esta comedia, se atrae la persecución y grita del enardecido auditorio, porque se le olvidara sacar á escena el cuchillo para matar á Abel. Los dos pícaros viven ayudando á los arrieros en las tabernas, representando otras veces, hasta que ya, casi desnudos, son recibidos por el *autor* de una compañía, que tiene lástima de ellos. En ella, y por espacio de un mes, van recorriendo poblaciones, llevando á la mujer del autor en una silla de manos cuando llueve, así como el autor y los demás de la compañía llevan los diferentes trastos de su arte, y un chico, el tambor y las cosas menudas. A veces la señora se protege con una careta ó con una barba postiza su rostro de las molestias del tiempo cuando van de viaje, y ninguno de aquellos artistas se desdeña de merodear cuando puede. En la obra favorita de su repertorio, *La Resurrección de Lázaro*, el autor, que desempeña el papel del Salvador, grita en vano á Lázaro: «*surge, surge*», y pensando si se habría dormido en la tumba, queda atónito al advertir que se ha escapado. Pero la gente necia to-

ma aquello por un milagro, y juzga que ha sido arrebatado al cielo para siempre. De esta suerte, los actores llevan una vida llena de peripecias; unos cogen prestados, para vestuarios, mantos que no devuelven; otros recogen pan, huevos y sardinas, como precio de la entrada, y otros duermen en el suelo con los brazos cruzados para conservar en sí el calor, cuando no tienen capa. A los mejores les caben en suerte innumerables fatigas, porque son muchos los versos que tienen que saber, y muchos los caminos que han de conocer, y, en conclusión, el actor tiene que sufrir más cambios que la luna, y aguantar más peligros que el soldado que guarda la frontera.

Guzmán de Alfarache, muy entusiasmado al principio con la profesión de comediante, se desilusiona bien pronto. Él ha leído muchos libros profanos, y por su amor á Isabela se determina con esto á entrar en una compañía de actores. Le invita á hacerlo así la vida libre y vagabunda de aquella gente, hoy en Madrid y mañana en Sevilla ó en Toledo. Siempre pueden gozar de un mundo nuevo y variado, contentos con el presente y sin cuidados para el porvenir. «Este exterior me plugo por completo—dice el pícaro,—aunque bien pronto conocí la amargura que se encierra bajo una apariencia tan agradable.» Alonso entra en una compañía de comediantes, donde le destinan á ingratas tareas fuera de la escena ó á representar papeles mudos, y también queda descontento de este género de profesión. Si el estío es caluroso, dice en sus lamentaciones, nadie va á la comedia; si es invierno y llueve, nadie se toma la molestia de salir de casa; si muere alguna persona de la familia real, tienen que cesar las representaciones. Conversando con un cura, defiende las comedias y aprueba la vuelta de las mujeres al escenario, que había prohibido Felipe II, por parecerle impropio que los muchachos representen papeles de hembras. Teresa de Manzanares se junta á unos comediantes en Granada, donde un antiguo amante suyo, al casarse con ella, se constituye en su preceptor. Por su manera de representar y excelente voz, se hace muy famosa: su marido se hace un bonachón,

aprovechándose de ello un príncipe que la hace el amor, y el *autor* de la compañía, á no encontrarse con la resistencia de ella. En Sevilla la gente aguarda ansiosa admirar su labor; pero ella, para vengarse del autor, de improviso se niega á representar, y burla á los médicos llamados para asistirla. Sarabia, su señor, escribe sobre este asunto un entremés, titulado *La prueba de los Doctores*. Teresa le deja también; el autor va á la cárcel por deudas, y la compañía se deshace. Tal fué también el final de la compañía á que Pablo el Buscón aparece afiliado algún tiempo. Encuéntrase con ella en un mesón, y conoce á un antiguo compañero de Alcalá, que le facilita la entrada en su seno.

Enamorado de una de las comediantas, le cuenta impensadamente todos sus propósitos al marido de ella, que le oye con verdadero agrado. En Toledo le encomiendan un papel que es menester representar vestido de armadura, y una vez que sale al tablado, le saluda el auditorio con una granizada de membrillos y tronchos. Como al autor se le reprendiera, se excusó diciendo que su comedia la había escrito juntando retazos de unas con las otras, y Pablos aprovecha la noticia para hacerse autor él, cobrando muy pronto reputación por una comedia que hizo *á lo divino*. Los ciegos le piden romances y los enamorados versos de requiebros. Alquílase una casa, á cuyo desván se sube á escribir sus comedias, á manera de los otros ingenios. Mas como la compañía se le desmembra, á causa de las deudas, Pablos acaba por dar al diablo su desatinada vocación. Este mismo pícaro llega á conocer á un sacristán poeta, que dice puyas contra los doctores de Alcalá por su incompetencia, y que se alaba de haber hecho una octava para cada una de las Once mil Vírgenes, y una comedia á modo de las fábulas de Esopo, y novecientos y un sonetos, y doce redondillas á las piernas de su dama. De ellas habla poniendo en profecía los conceptos que se le ocurren. A cada cosa que le hace reparar el pícaro tiene él compuestos algunos versos, y al entrar en Madrid es recibido con gran entusiasmo por un en-

jambre de ciegos de romances, contra quienes Pablos lee una pragmática burlesca.

Estos ciegos parece que poseen alguna afinidad con los memorialistas y que se escogieron alguna vez como instrumento de venganza: un poeta, en *Pedro de Urdemalas,* cuestionando con un tahur, recita una sátira bufonesca, á estilo de romance de ciego, con que le proporciona su justo castigo. Todos los poetas de las novelas picarescas son una grey enojosa y pesada, desde Justina y Estebanillo, con sus conceptos rimados, hasta el poeta que el Bachiller Trapaza, encuentra en un tablado recitando sus entremeses y enumerando las dificultades de lograr que se admitan las comedias. Las Academias poéticas, como la del *Diablo Cojuelo,* y las filosóficas, como la del *Siglo Pitagórico,* estuvieron en boga como diversiones elegantes de la sociedad, importadas de Italia en el siglo XVI, y desde un principio patronizadas por personas de tanta significación como Hernán Cortés el conquistador. Satirizadas por lo común, tuvieron estas cultas asambleas señalada influencia en la novela picaresca, y determinaron la forma de muchas de las obras menos importantes de Salas Barbadillo y de Solórzano. De todos estos poetas, es quizá el de más éxito el Don Jaime, de la *Garduña de Sevilla*, que lo es «por traza» solamente. Pretende, en efecto, ser autor de una comedia que lee en alta voz á una compañía de comediantes; y en su pobre aposento, según que quería leer, expresando indignación, tira por tierra las candelas, y luego, aprovechándose del barullo, se escapa con dos mil escudos que había prevenidos para la fiesta.

En la sociedad escudriñada por la novela picaresca, siempre amena y entretenida en las pinturas de casi todos los estados sociales, y útil hoy para aprovechar el recuerdo fiel de costumbres ya olvidadas, no aparece nada tan interesante como la descripción de los mendigos picarescos asociados en corporación. Entre estos mendigos, el ciego á quien primeramente guiaba Lazarillo de Tormes puede considerarse como el verdadero patriarca. Sabe más de cien oraciones, que recita con

voz suave y lastimera. Conoce ensalmos y conjuros para todos los trances; con ésto todo el mundo se iba tras él, especialmente las mujeres. Su astucia le valía más en un mes que á otros cien ciegos en un año, y Lazarillo, habiéndose empapado del oficio de pedir desde que estuvo mamando y estudiádolo como un arte bajo este amo, el mayor profesor de pedir que hubiera en toda España, sale un discípulo aprovechado. Con voz sumisa, las manos metidas en el seno, y el nombre de Dios en los labios, anda de casa en casa, y aun logra sostenerse pidiendo en una ciudad que, según dice, no es bastante caritativa para sacar á un cuitado de la miseria. Más tarde, cuando se separa de su mujer, pide por los caminos al ir á Madrid, y como aquel año hay abundancia de vino, le dan mucho más de beber que de comer, y así está siempre más alegre que moza en vísperas de fiesta, inspirándole ello alabanzas hiperbólicas de la vida picaresca. «A decir verdad—dice,—la vida picaresca es vida, que las demás no merecen este nombre.» Si los ricos la gustaran, dejarían toda su fortuna, como dice que hacían los filósofos antiguos; á la verdad, la vida picaresca y la del filósofo son todo uno, con la única diferencia de que el filósofo, para gozar de lo ideal, deja lo que posee, y el pícaro goza de ello sin haber de dejar nada.

Más casado y engreído con la vida de los mendigos aparece aún Guzmán de Alfarache. Saliendo de Génova, va de lugar en lugar implorando la caridad. Ensaya invenciones con que agradar á los ricos, excitar la compasión para los abatidos, y despertar á los piadosos al ejercicio de sus deberes. Llegado á Roma, tiene conocimiento de las ordenanzas mendicativas, en las cuales se manifiesta que cada nación tiene su modo especial de pedir: los alemanes cantando, los franceses rezando, los flamencos haciendo reverencias, los gitanos importunando, los portugueses llorando, los toscanos arengando y los castellanos haciendo fieros é insultando. Los mendigos han de reunirse en determinados mesones, gobernados por los más ancianos; deberán llevar vestidos fuertes, nada nuevos, y co-

municarse los planes é invenciones más felices á toda la comunidad, pudiendo, sin embargo, gozar del privilegio cada uno de por sí durante tres meses. Los enfermos han de ir de dos en dos por sitios opuestos de la calle, empezando uno la lamentación y acabándola el otro. La limosna se ha de recoger en el sombrero, aunque es permitido llevar ocultas bolsas y bolsillos. Los que se valen de perros para pedir, no se mezclen con los que piden á las puertas de las iglesias. Los que no tengan hijos, pueden alquilar hasta cuatro criaturas de cinco años ó menos, y han de llevar una en los brazos. Los impedidos no han de visitar los mismos parajes que los sanos, ni juntarse con los de profesión especial, como los cautivos rescatados, los soldados fingidos y marineros, ni ciegos rezadores, músicos ni poetas. Otros muchos avisos le da á Guzmán un mendigo cordobés muy ducho sobre cómo ha de portarse en Roma, aconsejándole se reporte y no sea osado á interrumpir á ningún rico la siesta, como le sucedió una vez en que se lo hicieron pagar de muy mala manera. Le enseña el arte de producirse hinchazones, lepra fingida y úlceras pintadas, y de simular semblante macilento. Por las noches se juntaban algunos á referir exclamaciones, á fin de acordar cuáles serían las de más provecho para excitar la compasión y halagar la vanidad. En las fiestas, prevenían los mejores sitios en las iglesias ó recorrían las aldeas. Al que por los caminos encontraban, le pedían á distancia para darle tiempo á echar mano al bolsillo; cuando venían en gran número, adoptaban diferentes papeles, quién el de ciego, quién el paralítico ó mudo. Guzmán á las hermosas les besaba las manos con fervor, á fin de hacerlas tomar por gratitud lo que era verdaderamente regalo. Cuenta en el mismo lugar, cómo un mendigo de Florencia dispuso en su testamento que vendieran su asno para el entierro y le entregaran la albarda al Gran Duque. El príncipe se disgustó; pero al reconocer la albarda, encontró en ella escondida una cantidad muy grande de dinero que había ido ahorrando durante su vida de pordiosero. Hallándose Guzmán de Alfarache en Gaeta se puso á pedir,

mostrando su pierna llagada con sarna fingida, con lo que se atrajo la generosidad del gobernador, que le socorrió largamente; pero como prosiguiera con sus invenciones, mudó la llaga anterior por una úlcera, y entonces hizo patente el engaño. El gobernador, con simulada amabilidad, le hizo ir tras sí para darle una camisa. Guzmán pudo conocer á su costa la propiedad que tenía para las enfermedades de los sanos; no desalentado con esto, trata de engañar con un engaño semejante á un Cardenal, y esta vez con todo éxito. Micer Morcón, monarca de todos los mendigos y amigo de Guzmán, es un tipo jovial, lozano y satisfecho, aunque desnudo de pies y de cabeza. Ordena á sus subordinados que dejen de pedir tan pronto como hayan allegado para las necesidades del día, pues á ningún mendigo debe serle permitido pensar en el mañana; y del mismo modo que Guzmán, no se harta de ponderar los atractivos de la vida que sustentan que llega á convertirse en costumbre, con la cual se encariñan tenazmente los más de los mendigos. Una pobre de Roma, acostumbrada á vivir toda su vida de la caridad pública, no supo dejar su oficio sin pena al recibir una herencia cuantiosa, pues el deseo de volver á pedir la puso enferma hasta que ideó el hacerse monja mendicante para no tener que dejar su costumbre pretextando hacerlo por humildad. «No hay condición en el mundo como la del mendigo—afirma Guzmán,—y dichosos ellos si conocieran el bien que tienen.»

No todos los personajes pícaros son de esta misma opinión. Periquillo, que se hace lazarillo de un mendigo ciego, porque ha oído que la vida de pícaro es excelente, después de sufrir harta calamidad, deja este oficio, y dice: «Déjese para los Lazarillos y Alfaraches, porque si algo bueno tenéis en vos, pronto daréis con ello en esta picaresca vida.» A Estebanillo no le asustan semejantes escrúpulos; en París se dirige á la embajada española, bien vendado y con tumores postizos, postulando socorros para su curación, hasta conseguir del embajador una pensión. Nunca es perdido el fruto de la adulación como lo experi-

menta Periquin, que, pordioseando de puerta en puerta, y encontrándose con cierta persona que está enamorada de sus manos, le pide que se las ponga sobre una herida, pues cree que manos tan preciosas sirven para curar todo. En vez de un real que esperaba, obtiene cuatro por su lisonja, y las damas que están conversando con el galán de las manos, le dan otros ocho cuando rinde gracias á Dios porque no le ha hecho ni piedra, ni arbol, ni marqués, ni conde, sino simplemente un necesitado que ha tenido la fortuna de pedirlas. La mendicidad es un recurso con el cual todo pícaro apoya su fortuna ó disfraza sus intenciones. Lazarillo de Manzanares recurre á esto cuando se ve robado y desposeído de todo; y en el *Día y noche de Madrid*, mendigos y ladrones conviven fraternalmente. Marcos de Obregón, perseguido por la justicia, encuentra su salvación en vestirse con ropas de mendigo, por consejo del sacristán de una iglesia en que busca refugio, confundiéndose con los demás mendigos que están á la puerta; y Justina, ansiosa de allegar dinero para comprar una joya que excita su codicia, cambia su manto fino por uno raído, y ocultándose la cara, pide en una iglesia, haciendo un buen negocio con unos jóvenes que admiran la belleza de su cara, sobre todo uno de ellos que, por su causa, entra á rezar sus devociones siete veces. El Gran Tacaño, después de haber sido apaleado por sus miras amorosas, se proporciona unos andrajos y unas muletas, y empieza á pordiosear, y en este oficio se convence de que saca más fruto diciendo *Jesú*, como otros de sus cofrades, que *Jesús*. El camarada con quien se acompaña se vale de cuerdas para hincharle los brazos; adula á cuantos pasan, y tiene criaturas que piden y roban para él; Pablos adopta los mismos estilos para aventajarse en su carrera. Finalmente, ambos ganan enormes provechos dedicándose á robar chicos de familias principales, volviéndoles para ser gratificados, con el enredo de que los han salvado de alguna desgracia. En el *Ardid de la pobreza*, Andrés de Prado saca á plaza á cuatro pícaros que, encontrándose en Zaragoza, se asocian para mendigar,

distribuyéndose entre los cuatro distintos oficios, repartiéndose en jurisdicciones las calles, todo ello reglamentado en un código de ordenanzas, conforme á las cuales, uno de ellos que osó pasar con una dama, por el territorio asignado al que habían nombrado por capitán, tuvo que pagar una multa.

Además de los pícaros, que son los antihéroes y antiheroínas de la novela picaresca, hay otros autores de fraudes y embustes notables en estos relatos, algunos de los cuales han figurado ya con especial concepto, como son los gitanos, los ermitaños ó mesoneros; pero la mayor parte de ellos son estafadores profesionales. Sayavedra, que se hace lacayo de Guzmán después de haberle robado, es un pícaro de esta clase. Comienza por ser aventurero que se embarca para Italia, donde es ladrón solapado, corta-bolsas, merodeador de corrales, asaltador osado de las casas; pero si es sorprendido, pide limosna, y aguarda en las iglesias y en los teatros ocasión para sus raterías. Al viajar por la comarca, tanto él como sus compañeros no se cuidan de gastar nada, pues de las aves que roban por donde pasan hacen la costa del camino. En Nápoles extrema la habilidad de sus hurtos, pone en ejecución planes de defensa. La compañía que forma con otros, siempre abona por alguno que se deja prender. Presa ordinaria suya es la ropa blanca que encuentra en los lavaderos y todo lo que cae al alcance de su mano. Entra al servicio del pícaro más ambicioso de Bolonia, hijo de un profesor de aquella Universidad, cuyo método es cometer estafas fuera de casa, gozando de la impunidad que le da su reputación excelente. Marcos de Obregón encuentra á dos fulleros, que imaginan hacer una estafa á unos mercaderes, valiéndose de una trampa muy antigua que los ingleses llaman *ring-faller* (dejar caer la sortija), y que el autor llama donilleros (1). La trampa fué en la siguiente

(1) Esta misma historia, en forma alterada, apareció en la *Histoire générale des larrons*, 1623 (historia 19.ª de la primera parte). El anillo se sustituye aquí por un diamante.

manera: Según de antemano lo tenían convenido, uno de los fulleros se queda atrás con una sortija fina, y los otros alcanzan á Marcos y á dos mercaderes á quienes se proponen burlar. Después de haber caminado todo el día, el granuja saca unos mostachones, cargados de especias, con que excita la sed de los compañeros de camino, de modo que al llegar á cierta venta se paran á beber, y en la fuente hallan la sortija que maliciosamente había cogido el otro cómplice para dejarla perder. Para decidir quién se la ha de llevar, convienen en jugarla aquella noche, y de común acuerdo se detienen en el meson, en donde ya estaba el compañero con un manojo de barajas. Los pícaros ganan á los mercaderes, no sólo la sortija, sino todo el dinero que llevaban encima. Marcos los vengó cumplidamente, haciendo contra ellos una burla de que ya hicimos mención, y devolviendo todo lo mal ganado á sus legítimos poseedores.

Un chico á quien el mismo Marcos de Obregón encuentra en sus viajes, resulta ser un pícaro menos lleno de embustes que aquellos otros, por ser más joven; pero las aventuras que refiere de sí mismo constituyen una novela picaresca en pequeño. Empezando por robar á su padre cuatro reales, los pierde en seguida al juego, y amedrantado ante la idea de volver á casa, se queda á dormir en un banco, expuesto á la lluvia; allí le apalean, confundiéndole con otro, después caminando como vagabundo á Córdoba, le recoge un fraile para que le acompañe á pedir limosna. En la Universidad se encuentra á punto de perecer de necesidad; pero traza al fin la manera de proveerse de pan sin que lo noten, valiéndose de unos ganchos que ha sacado de su cama. Como nadie le ve la maniobra, puede durante algunos días aprovisionarse, hasta que, pasado algún tiempo, su amo le descubre, pues uno de los ganchos le prendió arañándole. Fúgase él entonces, y como los dos legos que por orden del amo le perseguían conocieran mejor el país que el muchacho, éste se esconde hasta que los ve pasar, yendo luego en la misma dirección que ellos. Extenuado

ya por fin, se presenta á los legos en un colmenar, y al irle á castigar, vuelca un corcho de colmena, donde las abejas, saliendo furiosas, los dejan tan malparados con sus aguijones, que tienen por bien de abandonar la casa. Otros pícaros de menos cuantía hacen su aparición en la novela picaresca; desde los franceses que acompañan á Estebanillo, que usan de la maña de vestirse de andrajos al entrar en las poblaciones, levantando la voz en tono lastimero, hasta el pícaro Pernia, que se hace pasar por ser la Monja Alférez, la heroína de la comedia de Belmonte Bermúdez que sentó plaza para granjear renombre en las Indias. Un alquimista embaucador se burla con sus artes de tan marrullero pícaro como Lazarillo de Manzanares; y la madre de Teresa del mismo apellido, siendo viuda, se consuela de su infortunio con un huésped que pára en su posada, para aligerarle de los ahorros que llevaba consigo. El posadero bellaco de los *Engaños de este siglo* entrega sus rapiñas á su amigo, que es el más habilidoso hombre del mundo para metamorfosearse y disfrazarse con toda clase de vestiduras, en términos que puede, sin que le conozcan, vender los «robos á los mismos robados». Y no le queda por bajo el amo de Periquillo, que facilita á las casas grandes criados que las roben.

Otra variedad del pícaro y de las más limpias en España, es la del *valiente* ó matón que se emplea en fingir el papel de marido furioso, ó en vengar por salario los agravios ajenos. A veces, aparece gritando venganza contra la inocente víctima encontrada contra su pretendida mujer. En la *Guía y Avisos de forasteros*, Méndez de la Mancha visita á una dama, cuyos favores quiere merecer y no pagar; pero, al despedirse de ella, le echa mano su chulo. Don Martín, en las *Novelas morales* de Agreda y Vargas, trae un caso semejante, de que él mismo es víctima en Sevilla, si bien aquí su acusador muere en buena coyuntura. Un chulo de éstos es también el amo de más fuste á quien sirvió Lazarillo de Manzanares. Si este caballero está presente cuando á su mujer la dan serenata, sale disparado á la calle, y obliga al galán, si ve que se amilana á que repare

con su dinero la ofensa hecha á su honor; pero si se las ha con otro que no le teme, procura atraerle con obsequios para tratar de pelarle con astucias. Unos rufianes aparecen contratados para perseguir á Trapaza, por haber compuesto una sátira contra un avariento, que por librarse de dar una comida se ha herido á sí mismo, y uno de los más decididos recibe diez mil ducados por un asesinato que inculpan á un forastero en Madrid, llamado Filardo. Un valentón notable es el que el Buscón encuentra al final de sus aventuras, y reconoce como antiguo amigo de Alcalá. Negocia con vidas de hombres, vende cuchilladas y estocadas, lleva un *Per signum crucis* en la cara, marca de su oficio, y conduce al pícaro á su zahurda, donde están los otros compañeros de matonería, que semejan herrerías con tantas espadas y dagas como llevan ceñidas, todos con bigotes como cepillos, y ojos saltones y coléricos. Encárganle á Pablos que se anude un pañuelo al cuello, hable recio, jure y diga groserías. Todos comen de manjares fuertemente especiados para excitar la sed, y se recuestan en el suelo para beber medio pellejo de vino, hasta que acaban por no conocerse unos á otros. En este estado porfían, tartajean, lloran y loan los hechos de un compañero ahorcado, jurando finalmente beberse la sangre de los alguaciles y corchetes responsables de la muerte de un hombre tan valiente. Aunque estos valentones, en su borrachera bravucona hayan matado dos guardias, son por la mayor parte cobardes, que fanfarronean, pero nada hacen. La *Sabia Flora Malsabidilla* describe dos valientes, Céspedes y Calvete, alquilados para mandar á un caballero al otro mundo. No hacen sino jurar por Cristo, y toda su conversación es de sangre y pedir confesión.

Sin embargo de esto, se ponen á temblar al echar mano á la espada. Piden vino y son puro vinagre; el cantor de sus hazañas es el viento de sus cabezas. Inclínanse ante un superior suyo que les da instrucciones y ha puesto un decreto según el cual, del dinero que les valga cada una de las muertes que lleven á cabo paguen tres misas por el difunto, para aquietar así

las conciencias. Aunque estos dos matones pelean como quienes han de ser gratificados, al llegar el momento crítico echan á correr, dejándose las capas y las espadas. Otros dos valientes, en *Día y noche de Madrid,* pelean, sí, pero se acomodan perfectamente á que los separen, contentándose con que se haya podido ver su bravura. Otro que se ha herido con un alfiler, cuenta una historia entusiasta de su heroísmo, y otros que le escuchan, cuentan, por no ser menos, hazañas suyas de bandidaje, y el primero que habla es incapaz de dormir aquella noche de miedo. Pedro de Urdemalas da lugar á una pendencia de éstas en que no hay efusión de sangre. Esta acaece entre un corchete de alguacil y un valiente: ambos cacarean su maestría en las armas, pero todo su arrojo se emplea en golpes inofensivos. Juan de *El Passagero* tiene una ocasión en que es valiente de veras, que en un principio alcanza reputación de tal; pero herido en cierto lance, abandona su profesión. Que Sevilla era el terreno propio de esta clase de gente no puede dudarse. La mayor parte de sus hazañas ocurren en esta ciudad, y Ramírez, en el *Viage entretenido,* cuando se lamenta de los muchos gorrones que están obligados los comediantes á admitir en la capital de Andalucía, dice que una tercera parte del público que entra sin pagar en el teatro lo constituyen, ó valientes que lo asaltan á viva fuerza, ó los que ven á éstos y piden, en consecuencia, se les deje entrar también.

Sevilla es, además, el escenario del *hampa,* de aquella congregación de pícaros cuya pintura ha transmitido Cervantes á la posteridad, en su comedia *El rufián dichoso* y en su novela *Rinconete y Cortadillo.* En el último, los dos valientes, Chiquiznaque y Maniferro, son bravos de verdad, que tienen encomendados sendos memoriales de cuchilladas, palos, untos de miera y clavazón de cuernos en las puertas de los maridos afrentados; otros pícaros tienen participación menos importante en estos asuntos. Allí hay también ancianos venerables, con rosarios, que por su grave apariencia son recibidos en las casas, en donde observan el valor de lo que puede en ellas ro-

barse y observan los medios de poder ser atacada. Hay estudiantes postizos, mozos de esportilla que hurtan cuanto pueden, ciegos, rameras y una vieja alcahueta con aires de beata, y no digamos nada del Monipodio, el soberano de toda aquella cofradía, examinador de los aprendices y tribunal de última apelación. Como en las comunidades de mendigos, no faltan aquí tampoco distritos y jurisdicciones asignados á los distintos pícaros, cada uno de los cuales es responsable de lo que en ellos se hurtare. Comunidades semejantes aparecen descritas también en *La vida del Gran Tacaño*, como las de Segovia y Madrid. En la primera de estas poblaciones, Pablos figura en conversación con su tío el verdugo, acompañado de una partida de personajes como él, entre los que no se echa de menos uno que pide por los pobres, un capador y un mulato matón. Todos beben inmensamente, derraman el caldo de la cena, bendicen las ánimas de los desgraciados cuyas carnes comen en los pasteles, y tomando sal para provocar más la sed todavía, caen abotargados, prosiguiendo siempre en esta vida de pícaros. En Madrid aparece una compañía aún más notable, presidida por una vieja; los pícaros que la componen salen de uno en uno para sus expediciones truhanescas: el primero con una carta de socorro para una familia pobre; otro con un manojo de cartas apócrifas para solicitar recursos de viaje; otros dos que han trazado una artimaña con un muchacho en la iglesia, pretendiendo uno de ellos ser el dueño del pañuelo que ha mandado al chico ir á recoger, y el otro afirma que es suyo.

En conclusión, la disputa se decide recogiendo la vieja los pañuelos, acomodándolos en forma de vuelillos de mangas para los dos; después de esto se vuelven juntos, más arrimados que sardinas en banasta. A la mañana siguiente, los bellacos se ayudan á vestir unos á otros, y Pablos se hace un extraño atavío con su hábito de estudiante; su sombrero va guarnecido de algodones de tinteros; sus medias no tienen sino la parte visible. Designado para la guardia de aquel día, Pablos tiene por

compañero que le sigue un pillo que se burla de un su acreedor, sin más que llevarse una greña de pelo á la cara, tapándose el un ojo con un parche, y poniéndose á hablar en italiano; cuando llega al medio día, simula que ha comido, espolvoreándose la barba y los vestidos con migajas de pan. Cuando Pablos, por la noche, retorna á su guarida, sabe que á su acompañante lo han apaleado, por haber querido chasquear á unos mendigos en un convento; que el soldado había robado el cirio que le habían dejado para un entierro; que otro que se dedica á hurtar vasos en conventos de monjas, se ha proporcionado una capa nueva, cambiándola por la suya vieja en una sala de juego; que otro había pasado el día embaucando á la gente con que curaba las enfermedades con ensalmos y oraciones, y que otro, por fin, aderezándose una barba postiza y tomando un crucifijo, había andado exhortando á la gente á que se acordaran de los difuntos, cogiéndoles dinero para misas y robando al descuido. Pero no le dura mucho esta vida, pues todos ellos fueron á dar con sus cuerpos en la cárcel.

Así como en *Guzmán de Alfarache* puede verse la mejor descripción de los usos y costumbres de los mendigos, del mismo modo, en la *Desordenada codicia de los bienes ajenos*, del doctor Carlos García, se proporciona el mejor comentario de la organización de las bandas de pícaros. En este libro, los ladrones aparecen divididos en categorías, como lo estaban en el *Liber vagatorum* alemán y en sus herederos inglés, francés é italiano (1). Conforme á esta clasificación, se cuentan sobre doce órdenes de pícaros en España. *Salteadores*, que son aquellos que roban y matan en los caminos; *estafadores*, que asaltan á los ricos en sitio solitario, y mostrándoles dagas, les amenazan de muerte si no les dan una cantidad determinada en cierto tiempo; *capeadores* que se apoderan por la noche de las capas ó van con librea de lacayos á casas de diversión, de don-

(1) *Desordenada codicia*: *Cap. VII. De la diferencia y variedad de los ladrones.*

de roban lo que pueden, saludando á cuantos encuentran; *grumetes* que toman ese nombre de los aprendices de marino que trepan á los mástiles, porque éstos van provistos de escalas de cuerda con garfios en los extremos para hacer sus robos; *apóstoles* que, como San Pedro, van con llaves, y arrancan cerraduras; *cigarreros* que frecuentan las plazas públicas, y se llevan de un tijeretazo la mitad de una capa ó de una basquiña; *devotos*, son ladrones religiosos que despojan las imágenes de los santos y confían en la suavidad de las leyes de la Iglesia, que con una pena leve los castiga si son descubiertos; *sátiros*, ladrones de bestias, llamados así porque viven en los campos; *dacianos* que sonsacan niños de tres ó cuatro años, «y rompiéndoles los brazos y las piernas, los desfiguran para poderlos vender á los mendigos, ciegos y otros vagabundos»; *mayordomos* que roban provisiones y embaucan á los mesoneros; *cortabolsas*, su nombre lo indica; éstos son los más numerosos en el país; *duendes*, son ladrones subrepticios; y *maletas* que, dejándose llevar en bultos y baúles como si fueran mercancías, tienen fácil entrada en las casas. Además de esto, los *liberales* asesinan por salario, toman á su cargo ciertas venganzas, como unto de tinta, de ácidos y basura, y clavazón de collares de cuernos en las puertas. Como en las cuadrillas de bandidos, hay también entre éstos un capitán que dirige toda empresa, y ante quien acuden una vez por semana á dar cuentas y á recibir instrucciones para los días sucesivos. Los novicios tienen tres meses, durante los cuales han de desempeñar tareas dificultosas, tales como robar un caballo de debajo del mismo jinete, ó sustraer una faja de seda de un enamorado, en medio de un concurso de cien personas. Entonces es cuando al acólito se le promueve á alguno de los órdenes de pícaros que se han referido, según las facultades que haya demostrado. De todo robo que se hace, el quinto va á parar á los alguaciles y corchetes, que perdonan en cambio los azotes, destierro, galeras y la horca, si á estas cosas salen condenados, y cierta parte se destina á usos piadosos, á socorrer á los enfermos y menesterosos de la hermandad.

El ladrón participa de una cantidad igual á la del capitán; sus cómplices, de un tercio, y los meros espías, de un quinto. No se admiten mujeres á participar de los privilegios de la sociedad sino en caso de necesidad, porque no son buenas para guardar secreto. El mejor oficio suyo es armar riñas para juntar mucha gente, favoreciendo así la ocupación de los cortabolsas. No es permitido que vayan dos á comer juntos más que una vez á la semana á la taberna, y todos tienen el distintivo de su profesión. Los *salteadores*, un guante sujeto por un solo dedo; los capeadores, con sus hebillas ajustadas una sí y otra no; los *estafadores*, para darse á conocer, se repelan las barbas y se meten de cuando en cuando el dedo meñique en la nariz. A la mujer que se casa, cada miembro del orden á que pertenezca le tributa una parte de lo que roba; pero la hija de un *duende* hase de casar con un *duende*, pues de otra suerte el marido tendría que pagar á los *duendes* una multa. En cada uno de los distritos de la ciudad se echa un dado, y cuando llega uno de los ladrones se pone de manifiesto el as; cuando llega otro, el dos, y así sucesivamente hasta los seis, que son los únicos que pueden operar en el mismo distrito. Ningún ladrón puede llevar ó disponer de su robo en la ciudad en que lo ha perpetrado, y todos han de aportar á la sociedad disfraces, parches y barbas postizas. En cuanto á religión—termina el doctor García,—los pícaros son semicristianos; aman á Dios, mas no al prójimo, y se les permite cumplir dos partes de las tres que ha de tener la penitencia, ó sea confesión y contrición, pero nunca restitución.

De esta manera contempla el pícaro la sociedad; al por menor, con atrevimiento, con mofa; y de todas las clases que la constituyen, sólo á la de los nobles perdona. Los hidalgos es cierto que reciben un pequeño correctivo, pero siempre suavizado con un tanto de manifiesta simpatía. Berganza, en el *Coloquio de los perros*, intenta atacar á las clases superiores, y frustrándose su intento como cosa impropia, se limita á expresar el sentimiento de la literatura española en general, que ha

hecho de la gente plebeya el blanco de su ingenio siempre. En una novela picaresca, la vida de las clases inferiores debe, necesariamente, absorber la atención; mas con todo, también se ha podido apreciar la oportunidad que suministra para dirigir más arriba sus tiros; y Carlos Sorel, en el *Ordre et l'examen des livres attribués à l'auteur de la Bibliothéque Française*, encuentra que los libros picarescos franceses se distinguen de los españoles precisamente en esto. No obstante, en un cuadro social como el que la novela picaresca española desenvuelve, poca ocasión se ofrecía para ello, pues la novela de costumbres refinadas requiere el estudio de modos de ser que ya empiezan á sucumbir ante el interés personal, y por esto las narraciones picarescas de los españoles en su misma rudeza ofrecen una mina de pormenores curiosos de gran precio.

FRANK WADLEIGH CHANDLER

LA AMÉRICA MODERNA

Sumario: La lucha contra la esterilidad de las estepas. La visión de las pampas. Transformaciones del cultivo y aprovechamiento del secano en la Argentina. Datos sobre España. El determinismo telúrico y cósmico y la reacción vital humana.—Nuevas opiniones de los hispanoamericanos sobre España. Testimonios mejicanos, guatemaltecos y dominicanos. Interpretación histórica de la emancipación americana. Influjo de las ideas liberales en la emancipación. Ideas teocráticas en documentos de la independencia.—La propaganda socialista de Jaurés en la Argentina. Contraposición de la doctrina socialista y el desenvolvimiento argentino actual.

Los países que tienen grandes regiones esteparias no pueden ser considerados como fuera del cuadro de distribución de los grupos de población. Si bien es cierto que las regiones esteparias no pueden llegar hasta alimentar la población densa que mantienen las regiones de tierras fecundas, no obstante, y aun prescindiendo de la industralización posible que puede reemplazar en algunos casos á las fuentes de riqueza agrícola, las regiones esteparias pueden ser utilizadas por medio de un cultivo propio que las pueda convertir en tierras apropiadas para el desenvolvimiento de importantes núcleos de población. La Agronomía demuestra que la planta recibe los elementos de su nutrición en cantidad mínima del suelo, en el cual crece y en su mayor proporción recibe tales elementos del agua, del aire y de la luz. Todo estriba, pues, en buscar cultivos apropiados. Un ejemplo típico de esta clase de cultivos le ofrecen algunas comarcas del Levante español, en las cuales, hace

veinticinco años, sólo había reducidos núcleos de población desparramados sobre tierras peladas, cubiertas tan sólo á trechos por raquíticas herbáceas que crecían entre peñascales rojos y grisáceos, como las montañas de Palestina. Allí no era posible pensar en canalizaciones ni esperar beneficio alguno de las aguas del cielo; sin embargo, bastó que se estudiase la condición de aquellos lugares é implantasen el cultivo del olivo escogiendo una especie muy resistente á la sequía, de grano negro, pequeño y jugoso, oriundo de la Seo de Urgel, para que después de las primeras pruebas, enteramente satisfactorias, se extendiese rápidamente el cultivo, y diese en tales comarcas una gran cantidad de aceite. Pueblos antes miserables han llegado hasta comprar montes del Estado, y á cubrirles de olivos que han convertido los parajes antes desolados en numerosos olivares que recuerdan el camino de Delfos.

Lo que en las montañas se consigue, con mayor seguridad puede obtenerse en las llanuras. Con el aprovechamiento de las grandes extensiones de secano se gana en riqueza, en población y en vitalidad nacional, por consiguiente.

El territorio de la República Argentina es de los que tienen tan grandes extensiones de tierras de esta clase, que su aprovechamiento constituye una de las exigencias económicas más trascendentales para aquel país, sobre todo, teniendo presente que la Argentina ofrece un aumento en la superficie cultivada desde 1895 á 1907-08, que llega á 261 por 100. Pero el cultivador tropieza ya con las tierras secas, y no hay que volverles las espaldas, sino pasar sobre ellas dejándolas fecundadas.

¿Cómo son los territorios argentinos aún incultos y secos? Una exposición estadística no sería tan fuertemente representativa para el lector, como la impresión que dejan las descripciones de buenos observadores que han cruzado las pampas argentinas, empapándose de su ambiente, reflejando luego las sensaciones allí recogidas, en páginas cuidadosamente escritas.

Santiago Rusiñol, en su viaje Plata adentro, enfila el camino de las pampas, y nos dice:

«Al cabo de una hora de camino, los estorbos que pudiese haber de árboles, de casas, de lo que sea, parece que se hayan retirado; parece que lo hayan nivelado todo para no estorbar al tren que pasa; la tierra se va poniendo tan lisa, que ya no es tierra; es una tabla que llega no se sabe dónde, y ese no saber dónde, esa llanura, siempre más allá, es la pampa.

»Esta pampa, al cabo de unas cuantas horas de verla pasar á los dos lados, sucede con ella lo mismo que con el mar. Dice uno: es grande, es azul, es grandioso; sigue andando unas cuantas horas, y vuelve á decir: es grandioso, es amplio y es azul; pero al cabo de mucho tiempo de azul, de grandiosidad y de anchura, si no se marea uno, que ya es bastante, desearía ver algo más que grandeza y monotonía; quisiera saber qué hay detrás de aquella raya sin fondo, y como la vista no alcanza, y aunque alcanzase, el mundo, allá abajo, ya ha dado la vuelta, lo deja correr, y, para distraerse, mira los detalles del primer término.

»En los primeros términos no se ven más que campos y más campos del mismo verde, del mismo tono y del mismo color, horas y más horas de verde terroso, de hierba medio seca y pisoteada, y sobre esta tierra, como puntitos blancos, caballos, bueyes, vacas y ovejas, desparramadas como judías secas que hubiesen tirado á puñados, todos paciendo con la cabeza en tierra; de legua en legua, las estacas con el alambre hasta lo infinito; entre el alambre sigue camino derecho, de una derechura que no se ve en ninguna otra parte, de una derechura de raya en una pizarra tan larga y tan sin límites, que no da idea de camino; parece que el mismo planeta se haya marcado un meridiano, y que, siguiendo aquella raya, daría uno la vuelta al mundo.

»Después del camino, y no encontrando distracción ninguna en el primer término, los ojos se vuelven hacia el fondo. Y allí más llanura y siempre más, con aquella línea donde

acaba la tierra, y donde acaba la tierra, el cielo, que parece más amplio, y que hay más, y que se ve más, y encima de la cortina extendida, el vacío más intenso y más amplio que pueden soñar los hombres.

»Este pedazo de mundo viene á ser la pampa. Un paisaje que no es paisaje; un desierto de verdor, un desierto de campos, un bocado de Geografía; lo que habrá de ser nuestro planeta cuando, á fuerza de lluvias y aguaceros, se hayan borrado todas las montañas, y no sea sino que una esfera rodando por el éter del espacio. Es tanta la soledad, que á veces, á lo lejos, veis un árbol y no sabéis si ha nacido allí ó ha caído del cielo como un bólido. Veis un rancho, y no sabéis si aquello es un nido ó si son casas que van de camino. A veces, en lo alto de una estaca, veis una lechuza impasible, y os hace pensar más en la soledad. Una bandada de pájaros, que pasan como una nube, y no se sabe dónde van ni lo que buscan; un humo, á lo lejos, que no se sabe de dónde sale, y esas señales de que allí hay vida, os obligan á daros cuenta de que aquel desierto, aunque en él no se vean hombres, está habitado y hasta labrado, y os da frío pensar: Si me perdiese aquí, sería un náufrago.

»Este pensamiento, creemos nosotros que es lo que da poesía á la inmensidad de la pampa. Si esta llanura estuviese desierta, sería la nada, sería la muerte; pero esta pampa palpita, y á esta palpitación debe su grandiosidad de poesía dramática. Sobre esta llanura tan grande y tan lisa pasan tempestades de viento que, como no encuentran nada que las detenga, ruedan por ella y la hacen más llana; pasa la sequía, y los caballos y los bueyes van cayendo, y lo que antes fué vida, se convierte en un inmenso mar, y aquellas aves agrupadas, que no se sabe adónde iban, se arrojan sobre huesos como niebla negra; y llega un día en que el cielo se oscurece, y aquella oscuridad es la langosta, que vuela á ras del suelo, y camina á montones, y que convierte los terrones en una á modo de piel temblorosa. Cuando ha pasado, no deja nada, ni

señales de pradera, ni sospechas de vida, y en medio del viento, del hambre, del desierto, vive el hombre, el centauro moderno, y este centauro, que es el hombre, es quien da poesía á la llanura sin consuelo, sin visión y sin alegría.

»No; la pampa sin el hombre no causaría emoción ninguna. Sería uno de los pedazos de mundo más desolados, más tristes, de más grande monotomía. Una parte inmensa de tierra que no tiene montañas, que no tiene árboles, que no tiene siluetas, sobre la cual pasan las nubes; sin valles para tenderse, ni montecitos que besar, ni picos para desgarrarse, sin alma, no tendría consuelo. Estas leguas y más leguas que el tren va atravesando en línea recta sin un tropiezo, sin una revuelta, sin un rincón inesperado, sin un oasis para el espíritu, serían del todo indiferentes si uno no supiera que, aunque no los vea, bajo aquellos montones de adobe, con cuatro juncos por techo, ha anidado una raza de hombres á quienes el sufrimiento y su fuerza han hecho bordar una leyenda, y esta leyenda es la pampa

»Pasamos horas en esta pampa; pasamos tantas, que llega un momento en que se tiene el temor de que el tren descarrile, y se encuentre en medio del camino como un barco en medio del mar. Pero él no se detiene, y cuanto más anda, más va uno sintiendo una angustia extraña: la angustia por llegar donde quiera que sea, como un nadador que está pasando un río, y quiere llegar á la otra orilla.»

. . . . . .

«Te volveremos á llevar por la pampa, porque aquí siempre y todo es pampa; pero esta vez no son más que doce horas, ¡y qué son doce horas de tren en esta inmensidad de llanura sin límites!

»Verdad es que estas doce horas son medio día de una polvareda que parece que la tierra se está deshaciendo; que si abres la ventana, te ahogas, y que si no la abres, te asfixias; que con eso de abrir y cerrar, como los vagones son de familia, y uno quiere aire y otro no le quiere, se arma cada *controversia*

ó cada *bochinche,* como dicen aquí, que sin la intervención de los empleados que le *mandan á uno mudarse,* acaso acabaríamos malamente; pero con polvo y todo, el tren anda camino, y dicen que el viajar enseña mucho; así es que no nos abandone, que aún vamos á ver cosas nuevas.

»Una de las cosas que vemos, son unos montones de tierra removida, como si treinta regimientos de ingenieros ó de cazadores estuvieran haciendo cien trincheras.

»Es una de montes de arena, que no se sabe quién los habrá podido formar, ni para qué están allí, ni qué *resignan.*

»Un cordobés que viene con nosotros, doctor, naturalmente, y muy simpático, viendo nuestro asombro, nos dice:

—Ya sé lo que miran ustedes: los hormigueros.

—¿Qué hormigueros?

—Esas montañas; esos colosales montones de tierra que verán ustedes hasta Tucumán, como verán ustedes muchos, más allá, los han construído las hormigas. Aquí en América tenemos tres plagas, que se consideran calamidades, y que el Gobierno paga para combatirlas; esto sin tener en cuenta á los empleados que las combaten, que bien pudieran ser otra plaga. Tenemos la langosta, la *bizcarna* (que es medio-conejo, medio-hurón y medio-castor), y, por último, tenemos la hormiga...»

¿No es este un gran problema en Sud-América?

La economía nacional argentina es fundamentalmente agraria; puede considerarse la República Argentina como el Estado agrario más típico de la época actual. He aquí por qué los problemas agrícolas merecen allí tan especial atención por parte de los gobernantes. Las condiciones climatológicas y geológicas argentinas contribuyen, además, sobremanera á ocupar la atención de los gobernantes, toda vez que grandes extensiones del territorio nacional carecen de esas condiciones apropiadas para el cultivo, que no puede realizarse sino supliendo el hombre con sus artificios la falta de las condicio-

nes naturales. Este es el caso de las extensiones de secano argentino.

La Dirección de Enseñanza Agrícola elevó al ministerio de Agricultura una nota, acompañando un informe muy interesante sobre los cultivos agrícolas en secano cuyas experiencias se hicieron con resultado favorable en Catamarca, Rioja, Santiago del Estero y otros puntos, en 1907.

Dice el Dr. Carbó, en la nota aludida, que la División de Enseñanza Agrícola ha sido la primera en ocuparse del asunto, y que el ingeniero Chavez, en Santiago del Estero; el ingeniero Roger, en Catamarca y en La Rioja, con la cooperación de varios agricultores y agrónomos distinguidos, procedieron á las plantaciones, habiendo obtenido resultados favorables con alfalfa, maíz y cactus.

En el informe se hace constar que se pensó en la introducción de variedades frutales y forestales exóticas, y en el mejoramiento y selección de las variedades nativas, por lo cual se habían formado viveros de las mejores especies nativas y exóticas.

Las experiencias de cultivos en secano fueron realizadas en Frías y Salavina, Santiago del Estero, Vivero de Catamarca, Vivero Regional, La Diana, Milagro y Charco, en Rioja

La citada repartición cuenta nada más que con los implementos comunes de arados, rastras, rodillos, sembradoras, cultivadoras y carpidoras, cosechadoras, y estima el informante que ellas son suficientes por lo pronto para llenar las necesidades, pues el resultado en este caso más bien depende de la aplicación racional, constante y consciente de los implementos, que de la especialidad del instrumento.

Los rodillos y arados del subsuelo, las sembradoras y carpidoras, dice que facilitan el trabajo, simplificándolo y haciéndolo menos costoso.

Opina el informante que se deben introducir semillas de las regiones áridas de Rusia, de Sud Africa, de Australia, de Egipto, Asia y de todas aquellas regiones que presenten simi-

laridad con el de aquí, y que sería conveniente introducir semillas y plantas, tanto frutales como forestales, porque es indudable que, en ese sentido, aún no se ha hecho actualmente nada.

Este es uno de los puntos de mayor importancia para el país.

En lugares de estancamientos temporarios se desarrolla una vegetación hidrofítica, y durante las temporadas de lluvias se desarrolla otra clase de vegetación, la mesofítica, compuesta de plantas anuales, y con preferencia, plantas bullosas de pequeño tallo, porque, naturalmente, se ven obligadas á crecer y fructificar en el corto espacio de las temporadas de lluvia.

Por otra parte, existe también la vegetación xerofítica, ó plantas del desierto propio.

Tomando en consideración estos tres tipos de vegetación, no es aventurado decir que el desierto tiene una flora, si no más, á lo menos tan numerosa como las regiones lluviosas, lo que indica que el desierto puede producir todos los tipos útiles al hombre, naturalmente, contando con la temperatura; de manera que el problema se reduciría á formar especies rápidas para resistir las condiciones del desierto.

Una característica que puede tener suma importancia para la agricultura en secano, es la tendencia acumulativa de agua de la mayor parte de las plantas del desierto, siendo los cactus los ejemplares más típicos.

Agrega el comunicante, estudiando las especies hereditarias, que hoy, que pasan de una generación á otra para acumularse en la formación de una nueva especie, tienen origen solamente en alteraciones de las células germinales, mientras que otras, especialmente los horticultores, creen que los cambios del medio físico pueden ocasionar variaciones en la estructura exterior de las plantas, y que dichas variaciones pueden hacerse transmisibles independientemente del mismo ambiente.

Habla también de la explotación de la flora de las plantas tintóreas comunes en Rioja, de las plantas curtientes, entre las que cita numerosas especies de medicinales, forrajeras, etc., y se refiere á las sequías prolongadas, aconsejando que la implantación de los métodos de cultivo en secano han desaparecido en gran parte los efectos de aquéllas.

El informante habla extensamente de un plan de experiencias, del cual cree que se debe encargar á un especialista, para probar las ventajas del sistema en la región húmeda; su aplicabilidad en las regiones áridas, con estudios comparativos de variedades nativas y exóticas, mejor uso y aplicación de los métodos, manejo de la maquinaria especial, abrigos, cercos vivos y barreras contra los vientos; fijación de médanos y arenas; aprovechamiento de tierras salitrosas; estudio económico completo de la aplicación del sistema, y fijación de la extensión mínima que debe tener una chacra de secano.

La aplicación que podría darse á las tierras de la región árida que no puedan ser explotadas por la irrigación, depende, en gran parte, del resultado de las experiencias de cultivos en secano. Por lo pronto se emplean en pastoreo, y si las experiencias son felices, se habrá conseguido incorporar al gran movimiento de producción nacional cerca de las tres cuartas partes del país, que es hoy inútil é improductivo.

Concluye el informe afirmando que la agricultura en secano representa el movimiento, hoy por hoy, de mayor valor económico para el país, por la magnitud de las zonas afectadas, y espera que el Gobierno le preste la atención que el movimiento reclama, fomentando la experimentación en ese sentido, creando una sección especial que la estudie, y dotando á dicha sección de todos los elementos necesarios para una experimentación amplia, variada, minuciosa y racional, de manera que sus resultados sean concluyentes en uno ú otro sentido.

En España no se ha desenvuelto, sino en escasa proporción, el potencial agrícola del territorio. No se ha sometido á

cultivo intensísimo todo el área de la Península, susceptible de tal sistema de explotación, ni se ha aprovechado el secano debidamente para el cultivo. Puede decirse que uno de los aspectos más importantes del problema agrario español estriba en el aprovechamiento del secano y en la transformación del cultivo. Pero hasta ahora, la orientación predominante en la política agraria, defendida por los Congresos de las distintas Federaciones agrarias españolas, ha tenido una significación casi exclusivamente arancelaria.

Según los datos oficiales, el área agrícola no cultivada en España representa el 48,8 por 100, y para los demás países, en proporción, tenemos en Inglaterra el 16, en Irlanda el 13, en Italia el 19, en Hungría el 10,2, en Austria el 6,9, y en Francia el 9. Ahora bien; no olvidemos que el 43 por 100 sometido á cultivo, lo es en forma imperfecta y rudimentaria, hecho que explica en parte el por qué nuestro suelo no mantiene, por término medio, más que 40 habitantes por kilómetro cuadrado.

Otros países con mayor intensificación agrícola, como, por ejemplo, Francia, Holanda, Italia, pueden sostener 84,200, y 111 habitantes por kilómetro cuadrado, respectivamente, en su suelo.

Pazos y García comenta, refiriéndose á España, las opiniones de un agrónomo español. El Sr. Nicolau, entusiasta de la política hidráulica en su aplicación al suelo cultivable de Egipto, y recogiendo las opiniones de aquellos que creen insignificante y de poco valor el regadío como factor presente y posible, puesto que su superficie actual alcanza tan sólo el 6 por 100 de lo total cultivado, siendo aún con los mayores esfuerzos muy difícil duplicarlo, replica que, admitido el restringido incremento en el regadío, no olvidando el aumento que puede sufrir, sobre todo el regadío eventual por el empleo de *aguas turbias* que nos da la Naturaleza, y teniendo en cuenta que en los años secos, la cuarta parte de las tierras incluída en el regadío, no tienen agua suficiente, tendríamos que aumento tan pequeño en la superficie regada, traería un incre-

mento anual en la producción agrícola, superior á 600 millones de pesetas. Así que si hoy, los productos de nuestro suelo cultivado son apreciados en 2.900 millones de pesetas anuales, siendo la superficie regable el 12 por 100, excedería de 3.500 millones, fracción que por sí sola produciría casi las tres cuartas partes de la otra restante, equivalente al 88 por 100 de la total superficie del cultivo (1).

Los siguientes datos dan á conocer la superficie de la Península que queda todavía por cultivar.

NOMBRES DE LAS REGIONES	Dehesas de pastos y montes. — *Hectáreas.*	Tierras sometidas al cultivo. — *Hectáreas.*	Improductivas para la Agricultura. — *Hectáreas.*	Superficie total de las regiones. — *Hectáreas.*
1.° Central ó de Castilla la Nueva...	2.250.802	2.457.866	546.624	5.255.292
2.° La Mancha y Extremadura.....	4.426.000	2.693.540	503.205	7.622.745
3.° Castilla la Vieja..	1.541.729	2.559.696	577.803	4.679.228
4.° Aragón y Rioja..	2.521.763	5.038.975	682.472	5.243.220
5.° Leonesas.....	2.395.035	2.542.720	301.823	5.239.578
6.° Galicia y Asturias	2.583.650	1.310.347	110.789	4.004.786
7.° Navarra y Vascongadas.....	1.248.660	474.499	36.987	1.760.146
8.° Cataluña.....	1.441.309	1.383.863	304.488	3.219.660
9.° Levante.....	1.313.159	1.686.697	441.439	3.441.295
10.° Andalucía Oriental.....	1.842.092	1.838.797	549.249	4.230.138
11.° Andalucía Occidental.....	1.998.990	2.177.647	350.292	4.526.929
12.° Islas Baleares....	261.858	191.463	48.090	501.411
13.° Islas Canarias....	230.500	346.760	150.000	727.260
Totales.....	24.055.547	21.702.880	4.693.261	50.451.688

Hay que advertir que gran parte de los 4,6 millones de hectáreas que se consideran improductivas, en realidad no lo son así, sino que no son explotadas conforme al cultivo para ellas indicado.

(1) «La cuestión agraria de Irlanda y referencias á la de España.» Pazos y García (Diego). 1908. Madrid.

Cierto que el hombre no está encadenado á la Naturaleza; que puede reobrar sobre las fuerzas del medio en que vive, aunque esto no signifique el que tenga un gran poder creador. No está enteramente libre, pero tampoco rompe el nexo que le une como sér orgánico á la tierra; pero esta relación no debe exagerarse en el sentido de los deterministas como C. E. Baer: «Cuando el eje de la tierra recibió su inclinación; cuando la tierra firme se separó de las aguas; cuando surgieron las montañas y los territorios de los diversos países se delimitaron, entonces fué el destino del género humano prestablecido en sus líneas generales... No hay ningún motivo para sostener que los diversos pueblos hayan originariamente salido ya distintos de las manos de la Naturaleza; hay más bien motivos para creer que han resultado diversos bajo la distinta influencia del clima, de la alimentación y de las condiciones sociales. Las condiciones sociales son determinadas, especialmente por la constitución física de los asientos que tienen los pueblos» (1).

Y á quien crea en la interpretación determinista, se le puede recordar que la técnica ha podido contra la sequía y la langosta de las pampas, y la técnica no es más qne una proyección del espíritu.

*
* *

De 1910 á 1911 se han celebrado las fiestas de la Independencia de las Repúblicas Hispano-Americanas, y con ocasión de las fiestas conmemorativas, los americanos han impreso libros y pronunciado discursos en los cuales se ha dedicado, sin excepción, un recuerdo de respeto y veneración á España, la Madre Patria.

El 10 de Noviembre de 1910, el ministro mejicano en Lon-

(1) Baer: *Ueber den Einfluss der äusseren Natur auf des socialen Verhältnisse der einzelnen Völker und die Geschichte der Menschheit überhaupt.*

dres proclama ante los ingleses, al celebrarse la fiesta del Centenario, la excelsitud de la obra de España, señalándola como potencia que completó la geografía del planeta, abriendo á la civilización inmensos continentes; el Imperio español fué como una universal incubación de gloria que cubrió la faz de la tierra...

En nada discrepan estas palabras de las manifestaciones hechas oficialmente por otros países hispano-americanos. La pequeña Guatemala dice, por boca del licenciado Salazar, en el palacio del Poder Ejecutivo (15 de Setiembre de 1911):

«España había dado existencia á las colonias que fundara con la desbordante exuberancia de su civilización, entonces sin rival; les había transmitido cuanto poseía y podía darles, hasta el extremo de perder ella misma su propia vitalidad, como la pierde la amorosa madre después de haber amamantado á sus hijos con la savia vivificadora de sus fecundos senos.

Injustas serían las inculpaciones que se hicieran á la Madre Patria, por no habernos encaminado por los derroteros económicos que hacen del comercio moderno un arma de conquista más poderosa que las legiones romanas; por no habernos dado las libertades que ella tuvo que arrebatar á la autocracia, comenzando en las Cortes de Cádiz y terminando en la Asamblea Constituyente de 1869, Asamblea que tuvo la gloria de recoger la palabra del tribuno más grande de la democracia moderna, y de escuchar la arrobadora frase de aquellos discursos incomparables que forman un himno grandioso á la libertad de los pueblos y de los hombres.

Lejos de nuestro ánimo formular injustos cargos. Reconocemos el hidalgo proceder de la noble España, á quien consagramos un recuerdo cariñoso, gozando con sus glorias y sufriendo con sus infortunios.»

Estos sentimientos que se irradian de grandes y de pequeñas Repúblicas, tienen ya su literatura abundante, aun en aquellos países que, como Santo Domingo, han sufrido influencias ex-

trañas á la representada por el pueblo español. He aquí una página que arranco del *Alma dominicana,* historia novelada, en la cual García Godoy traza la psicología de los dominicanos:

«Hoy corren vientos de aproximación y de amor. Entre España y las actuales Repúblicas que durante siglos fueron parte de su inmenso Imperio colonial existen lazos indestructibles cada vez más estrechos. Ya no hay ni puede haber espacio para los odios. La independencia de las colonias españolas fué un hecho histórico, enteramente lógico, que estaba en el orden natural de las cosas. Fué etapa culminante de un proceso evolutivo que tiene sus más hondas raíces en el complejo y eterno dinamismo de la vida social... En estas Repúblicas, como en la misma España, manifiéstase en estos momentos un movimiento de cordial y fecunda aproximación. Cada vez tienden á ser más fuertes los vínculos entre la dueña del solar glorioso en que vieron la luz nuestros progenitores, y las naciones que en este vasto Continente perpetúan su idioma majestuoso y sonoro, y conservan el espíritu de la raza que ha realizado tantas cosas asombrosas en el escenario del mundo. Hay que dar toda la robustez posible á esa solidaridad espiritual que anhelan estadistas, escritores y poetas, para que no se pierda ó extravíe lamentablemente el conjunto de fuerzas y direcciones espirituales integradas en la civilización latina, la más ilustre de todas...» (1).

Un verdadero enjambre de hojas literarias se lanzan al aire en la América española, reflejando análogos sentimientos. No hay que desconocer, sin embargo, un cierto prejuicio que en algunas partes existe, poco favorable para España; pero tal prejuicio es producto de una inexacta interpretación histórica. Se ha exagerado bastante el influjo que desempeñó la idea liberal en los pueblos hispano-americanos para conseguir su emancipación. Aun sin negar que este influjo tuviese alguna

(1) F. García Godoy. *Alma dominicana.* Santo Domingo, 1911.

realidad, no obstante, el ambiente social en el momento del separatismo americano, no se distinguía gran cosa del que imperaba en la metrópoli. Ugarte ha hecho, en un estudio suyo, singular hincapié sobre el influjo del liberalismo americano en su lucha contra el reaccionarismo peninsular; pero esto, á juzgar por las primeras manifestaciones de los países emancipados, no fué tan decisivo como el autor cree. Léase el siguiente documento:

«Primera Acta de la Independencia Mexicana:

»El Congreso de Anáhuac, legítimamente instalado en la ciudad de Chilpantzingo de la América Septentrional por las provincias de ella, declara solemnemente, á presencia del Señor Dios, árbitro moderador de los imperios y autor de la Sociedad, que los da y los quita según los designios inescrutables de su providencia, que por las presentes circunstancias de la Europa ha recobrado el ejercicio de su soberanía usurpada; que en tal concepto queda rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del trono español; que es árbitro para establecer las leyes que le convengan para el mejor arreglo y felicidad interior; para hacer la guerra y la paz, y establecer alianzas con los monarcas y repúblicas del antiguo Continente, no menos que para celebrar concordatos con el Sumo Pontífice romano, para el régimen de la Iglesia católica, apostólica, romana, y mandar Embajadores y Cónsules; que no profesa ni reconoce otra religión más que la católica, ni permitirá ni tolerará el uso público ni secreto de otra alguna; que protegerá con todo su poder, y velará sobre la pureza de la fe y de sus demás dogmas, y conservación de los cuerpos regulares.

»Declara por reo de alta traición á todo el que se oponga directa ó indirectamente á su independencia, ya protegiendo á los europeos opresores, de obra, palabra ó por escrito, ya negándose á contribuir con los gastos, subsidios y pensiones, para continuar la guerra hasta que su independencia sea reconocida por las naciones extranjeras; reservándose al Congreso presentar á ellas, por medio de una nota ministerial, que cir-

culará por todos los Gabinetes, el manifiesto de sus quejas y justicia de esta resolución, reconocida por la Europa misma. Dado en el Palacio Nacional de Chilpantzingo, á los seis días del mes de Noviembre de 1813.

»Lic. Andrés Quintana, Vicepresidente; Lic. Ignacio Rayón; Lic. José Manuel de Herrera; Lic. Carlos María Bustamante; Dr. José Sixto Verduzco; José María Miceaga; Licenciado Cornelio Ortiz de Zárate, Secretario.»

A esto lo llamaríamos hoy, en buen romance, «clericalismo», que no estaría muy distante del que en 1810 imperaba en la Península española, y era también característico de la política de muchos Estados de Europa.

Ciertamente que las grandes figuras de la emancipación americana, no pensarían como la media social americana; pero ellos no simbolizaban del pensamiento popular más que la tendencia á la emancipación. Hugo D. Barbagelata escribe que al morir Bolivar le dijo á su médico de cabecera: «Los tres grandes majaderos de la historia hemos sido Jesucristo, Don Quijote y yo» (1). No revelan estas frases un espíritu creyente, ni mucho menos; pero no hay que desconocer tampoco que las repúblicas fundadas por el gran caudillo fueron durante largo tiempo, ya independientes, verdaderos Estados pontificios.

*
* *

Jaurés ha hecho un viaje á la Argentina, y, á semejanza de Mr. Clemenceau, ha dado sus conferencias en la capital de la República. Clemenceau dedicó algunas conferencias á tratar temas de filosofía política como un expositor, con tendencias principalmente pedagógicas, según pude deducir de la lectura de alguna de ellas; Jaurés se ha mostrado como propagandista de un partido. Esta labor de Jaurés bastaría para acreditarle de hombre decidido y hasta temerario, si en su historia política no tuviese páginas que le acreditasen como tal.

(1) De la excelente monografía *Bolivar y San Martín* (En el centenario de Venezuela). París, 1911.

Al ilustre socialista francés no le falta bagaje científico; hubiese podido explicar lecciones de Historia, de Política y lenguas clásicas como un excelente maestro. Conoce como pocos el idealismo alemán, hasta el extremo de haber removido los escritos de Lutero, Kant, Fichte y Hegel, para encontrar en ellos las raíces ideales del socialismo. Pero el gran orador francés ha preferido hacer labor de partido en un país, y en esto estriba su atrevimiento, en el cual la especulación y el capitalismo se muestran por todas partes.

Nadie sospechaba que el socialista francés se presentaría en el Odeón para hacer propaganda socialista ante un público burgués. Anunció su primera conferencia con el título de «La fuerza del ideal», y cuando alguien esperaba que tocara los resortes de la sociología barata de Alcan, el arrogante socialista, burgués de nacimiento, se desató en invectivas contra la organización capitalista actual, é hizo la brillante exaltación del Estado futuro socialista.

Los cronistas cuentan que arrebató al público, que su palabra electrizaba, que su dicción escultural trazaba cuadros de policromía oratoria fascinadora, y que, al salir, nadie miró con pena la taquilla, en la cual habían dejado unos cuantos pesos para poder escuchar á un orador que se sacrificaba pasando el mar para predicar socialismo. El éxito personal y de momento es indiscutible; pero, ¿habrá conseguido muchos adeptos? En la eficacia de esas trombas oratorias que sacuden por un momento los nervios de los oyentes hasta ponerles en tal tensión que la reflexión se anula, y solamente queda una vida puramente medular, puramente emotivista, tengo mediana fe. El diálogo y la conferencia regular de la cátedra, ya sea en curso breve ó largo, es lo que más hace penetrar en la conciencia del oyente la idea que se arroja como siembra en una conciencia. Bien es verdad que este procedimiento no es ni el más lucrativo ni el más espectaculoso; pero es, en cambio, el más silencioso y trascendental.

Si los americanos persiguen el incorporarse la cultura eu-

ropea, deben rehuir el convertir en fiesta la labor pedagógica; deben franquear sus escuelas á los maestros europeos, para que su labor quede como un sedimento fortísimo en el pensamiento de los estudiosos americanos. Esto, por otra parte, acabaría con ese nuevo profesionalismo que ha desarrollado la oratoria de exportación, cuyas huellas se borran tan pronto como las estelas de los buques que llevan y traen á los conferenciantes.

La Argentina difícilmente puede encontrar en una organización que no sea la actual, el estímulo que necesita para la gran obra que constituye su exigencia más fundamental en la actualidad: poblar su gran territorio. Sólo las grandes ganancias individuales y los sistemas de explotación privada pueden hacer florecer las tierras todavía incultas de la República. Aun suponiendo que la Argentina tuviese á su disposición una administración tan perfecta como la prusiana, no podría encargarse de la explotación de las tierras públicas. En Prusia, por cada 3.091 explotaciones agrícolas, solamente hay una que sea del dominio público, es decir, del patrimonio agrícola del Estado; el Estado prusiano puede ejercer una vigilancia eficaz sobre unas mil explotaciones, pero no sobre 3 $^1/_5$ millones de explotaciones á que ascenderían el total de las poseídas por el Estado, si se nacionalizase el territorio prusiano. Si la Argentina quiere poblar sus tierras, ha de ser individualista, y dar el dominio pleno de las propiedades agrícolas á las fuerzas de trabajo que representen los nuevos pobladores; es decir, todo lo contrario de lo que el buen socialista francés ha propagado.

Una potente burocracia socialista que pueda intervenir en todas las actividades de la economía nacional, no se puede improvisar. Los oyentes de Jaurés han tenido un momento de embriaguez europea, al gustar el vino aromoso en la copa musical del socialista francés Mr. Jean Jaurés.

Vicente Gay,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

EL CANTO DEL AMOR TRIUNFANTE

He aquí lo que he encontrado en un antiguo manuscrito italiano:

I

A mediados del siglo XVI, vivían en Ferrara (la ciudad que á la sazón florecía bajo el cetro de aquellos magníficos duques, protectores de las artes y de la poesía) dos jóvenes llamados, respectivamente, Fabio y Muzio. Iguales en edad, parientes cercanos, casi inseparables, una amistad cordial habíales unido desde su tierna infancia; la conformidad de sus destinos había fortificado este lazo. Ambos pertenecían á antiguas familias; ambos eran huérfanos é independientes por su fortuna. Sus gustos y sus inclinaciones eran semejantes. Tenían el mismo amor por las artes: Muzio se dedicaba á la música, Fabio cultivaba la pintura. Todo Ferrara se enorgullecía de ellos, y los consideraba como el ornamento de la corte y de la ciudad.

No se parecían, sin embargo, en el aspecto, aunque ambos se distinguiesen por la esbelta elegancia de la juventud. Fabio, de mayor estatura, era rubio, con blanco rostro y azules ojos; Muzio, por el contrario, tenía la tez morena, el pelo negro, y en sus ojos sombríos no se veía la grata luz, ni en sus labios la atractiva sonrisa de Fabio. Sus espesas cejas caían sobre párpados estrechos, mientras que las cejas de Fabio se alzaban en finos semicírculos sobre una frente tersa y pura. Muzio era

también de menos viveza en la conversación. A pesar de todo, los dos amigos agradaban igualmente á las damas; porque no en vano se les citaba como modelos de generosidad y de cortesía caballeresca.

Por la misma época vivía en Ferrara una joven llamada Valeria. Pasaba por una de las bellezas de la ciudad, aunque eran muy pocas las veces que se la podía ver; llevaba una vida retirada, y no salía de casa sino para ir á la iglesia, ó, cuando las fiestas principales, á los paseos. Vivía con su madre, viuda, dama de noble nacimiento, de poca fortuna, y que no tenía más hijos. A cuantos la veían, inspiraba Valeria un sentimiento de admiración involuntario, con mezcla de un sentimiento igualmente involuntario de tierno respeto; tan modesta era la presencia de la joven y tan poca conciencia parecía tener del poder de sus encantos. Cierto es que algunos la hallaban un poco pálida, y decían que la mirada de sus ojos, casi siempre bajos, expresaba una reserva que llegaba hasta la timidez. Sonreía rara vez, y casi nadie había oído su voz. Y, sin embargo, corría el rumor de que aquella voz era bellísima, y que, encerrada en su cuarto, muy de mañana, cuando toda la ciudad dormía aún, Valeria gustaba de cantar antiguas canciones, al són de un laúd con el que ella misma se acompañaba. A pesar de su palidez, la joven florecía; y hasta los viejos, al verla pasar, no podían por menos de decirse:—¡Oh! ¡qué feliz será el hombre para el que se abra al fin esa flor, replegada en sus pétalos, intacta y virginal todavía!

II

Fabio y Muzio vieron por primera vez á Valeria en una animada fiesta popular, dada por orden del duque de Ferrara, Ercolo, el hijo de la célebre Lucrecia Borgia, en honor de ciertos grandes señores, venidos de París por invitación de la duquesa, hija del rey de Francia Luis XII.

Sentada junto á su madre, Valeria estaba en medio de una magnífica tribuna, levantada, bajo la dirección artística de Palladio, en la plaza principal de Ferrara, para las damas más nobles de la ciudad.

Ambos, y en el mismo día, Fabio y Muzio, se enamoraron fervorosamente de Valeria; y como no tenían entre sí secretos, al punto supo cada uno de ellos lo que pasaba en el corazón de su amigo. Decidieron de común acuerdo que tratarían de hablar á la joven, y que si ella se dignaba elegir á uno de los dos, el otro habría de someterse sin murmurar. A las pocas semanas de esto, merced á la buena fama de que justificadamente gozaban, pudieron entrar en la casa, de tan difícil acceso, que habitaba la noble viuda.

Desde este momento, les fué posible ver casi todos los días á Valeria y conversar con ella; de suerte que, de día en día, el fuego que había prendido en el corazón de los dos jóvenes ardía con ardor cada vez mayor. Pero Valeria no mostraba preferencia por ninguno de ellos, aunque su presencia pareciese visiblemente agradarla. Con Muzio hablaba de música; pero conversaba más gustosamente con Fabio, que la inspiraba mayor franqueza.

Por fin decidieron ellos conocer su suerte, y enviaron á Valeria una carta en la que la rogaban que declarase á cuál consentía en conceder su mano. Valeria enseñó la carta á su madre, y, afirmando que estaba pronta á permanecer soltera, añadió que se entregaba por completo á la elección de su madre, si á ésta le parecía que era tiempo de que se casase. La respetable viuda derramó algunas lágrimas ante la idea de separarse de su querida hija; pero no encontró razones para rechazar á los dos pretendientes, á quienes juzgaba igualmente dignos de la mano de su hija. Sin embargo, como en el fondo de su corazón prefería á Fabio, cuyo carácter le parecía más conforme con el de Valeria, fué este joven al que designó. Al día siguiente conoció Fabio su buena suerte, y á Muzio no le quedó otro remedio que cumplir su palabra, someterse.

Así lo hizo, pero lo que no pudo hacer fué quedarse siendo testigo del triunfo de su amigo, de su rival. Vendió la mayor parte de sus bienes, y, luego de reunir unos cuantos miles de ducados, partió para un largo viaje por las regiones de Oriente.

Al despedirse de Fabio, le dijo que no volvería hasta que hubiesen por completo desaparecido las últimas huellas de su amor. Fabio no se separó sin pena del amigo de su infancia; pero la alegre esperanza de su felicidad próxima no tardó en borrar todo otro sentimiento, y se entregó en absoluto á los transportes del amor compartido.

Al poco tiempo se casó con Valeria, y entonces fué cuando comprendió todo el valor del tesoro que había conquistado.

Poseía una linda casa de campo, rodeada por un jardín lleno de hermosos árboles, á corta distancia de Ferrara. Allí se estableció con Valeria y su madre política.

Entonces comenzó para ambos una era de felicidad. La vida de familia mostró bajo un nuevo y delicioso aspecto las perfecciones de Valeria. Fabio, de simple aficionado, iba convirtiéndose en un pintor notable, casi un maestro. La madre de Valeria no cesaba de dar gracias á Dios al contemplar á la dichosa pareja. Así transcurrieron cuatro años, rápidamente, como un sueño. Sólo una cosa faltaba á la felicidad de los jóvenes esposos: no tenían hijos. Pero no les abandonaba la esperanza. A fines del año cuarto, les afectó una desgracia, irreparable esta vez: la viuda murió, tras una enfermedad de pocos días.

Valeria lloró mucho tiempo; no pudiendo habituarse á tal pérdida. Pero pasó otro año, y la vida recobró su curso habitual. Y he aquí que, una noche de verano, sin haber anunciado á nadie su llegada, Muzio se presentó en Ferrara.

III

Durante los cinco años que habían trascurrido desde su marcha, nadie oyó hablar de él. Ni siquiera se pronunció su

nombre, como si hubiera desaparecido de la superficie de la tierra. Cuando Fabio encontró á su amigo en una de las calles de Ferrara, apenas pudo contener un grito de espanto, primeramente; después, de alegría. Invitóle en seguida á que fuera á su caso de campo. Allí, en el jardín, había un pabellón aislado, cómodo de habitar.

Fabio lo puso á su disposición; Muzio aceptó con gusto, y en la mañana del día siguiente fué á establecerse allí con su criado.

Era éste un malayo mudo; mudo, pero no sordo; é incluso, á juzgar por la viveza de su mirada, era un hombre lleno de enetración. Habíanle cortado la lengua. Muzio traía consigo una porción de cofres llenos de objetos preciosos, adquiridos durante el curso de sus largas peregrinaciones. Valeria se alegró francamente de la vuelta de Muzio, y él la saludó con amistoso y tranquilo afecto. Veíase evidentemente que había cumplido la palabra dada á Fabio. Durante el día, se instaló en su pabellón.

Con ayuda del malayo, sacó de sus cofres todas las curiosidades que había traído: tapices, telas de seda, trajes de terciopelo y de brocado, armas, copas, platos, vasos con adornos de esmalte, objetos de oro y plata incrustados de perlas y turquesas, cofrecillos cincelados en ámbar y marfil, frascos de cristal tallado, especias, perfumes, pieles de animales, plumas de pájaros desconocidos, y una porción de objetos cuyo uso mismo parecía misterioso é incomprensible. Entre estas cosas preciosas, había un rico collar de perlas, regalo del Shah de Persia á Muzio, por cierto servicio importante y secreto. Pidió permiso á Valeria para ponérselo por sí mismo al cuello. El collar pareció pesado á la dama y dotado de un raro calor. Se pegó inmediatamente á su piel. Por la tarde, después de la comida, á la sombra de los limonares y de los laureles rosas, Muzio se puso á contar sus aventuras; habló de los remotos países que había visto, de las montañas que se alzan muy por encima de las nubes, de inmensos desiertos sin agua,

de ríos semejantes á mares; habló de edificios y templos gigantescos, de árboles milenarios; nombraba las ciudades y los pueblos que había visitado; solamente sus cumbres despertaban como un soplo de leyenda. Todo el Oriente era bien conocido de Muzio. Había atravesado Persia, Arabia, en donde los caballos son los más nobles y los más bellos de los seres animados. Había penetrado hasta el fondo de la India, en donde los hombres, altos y graves, se parecen á plantas majestuosas. Había llegado á las fronteras del Thibet, en donde el dios viviente llamado Dalai-Lama, habita en la tierra bajo la forma de un hombre silencioso, de ojos alargados. Maravillosos eran estos relatos. Fabio y Valeria le escuchaban inmóviles, como sobrecogidos de encantamiento. Las facciones del rostro de Muzio habían cambiado poco; atezado desde la infancia, habiánse ensombrecido más todavía, tostadas por los rayos de un sol más ardiente, y los ojos parecían más humildes que antes; pero la expresión de aquel rostro se había hecho otra, grave, concentrada; ni siquiera se animaba cuando Muzio hablaba de los peligros que había corrido, de noche, en los bosques en que resuena el rugido del tigre; de día, en los caminos solitarios, en donde el viajero es acechado por fanáticos que le estrangulan, en honor de una diosa de bronce que exige víctimas humanas. También la voz de Muzio habíase hecho más sorda y más igual. Los movimientos de sus manos y de todo su cuerpo habían perdido la flexibilidad natural de la raza italiana.

Con ayuda de su criado, el malayo, servilmente ágil, Muzio mostró á sus amigos varios juegos que le habían enseñado los bramines indios.

Así, por ejemplo, habiéndose previamente escondido detrás de un tapiz, apareció de repente sentado en el aire, con las piernas dobladas, sin más apoyo que una caña de bambú, sobre la que, en uno de los extremos se posaban las puntas de los dedos de una mano, y cuya otra punta descansaba ligeramente en el suelo, lo que no asombró poco á Fabio y hasta asustó á

Valeria. ¿Será hechicero?, pensó ella. Así, cuando se le ocurrió llamar, soplando en una flauta pequeña, á unas serpientes domesticadas, encerradas en una cesta cubierta con un rico tapiz rojo, cuando aparecieron por debajo de las franjas sus cabecillas chatas y sombrías, removiendo sus dardos ganchudos, Valeria se aterrorizó, y suplicó á Muzio que escondiera cuanto antes aquellos repugnantes animales que siempre le habían causado horror.

Durante la cena, Muzio ofreció á sus amigos vino de Chiraz, que echó de un frasco de redonda panza y largo cuello. Extremadamente perfumado, de un color dorado con reflejos verdosos, aquel vino brillaba misteriosamente en las copitas de jade. Muy dulce y muy espeso, no se parecía á los vinos de Europa, y bebido lentamente á sorbos pequeños, producía en todos los miembros una sensación de agradable languidez.

Muzio obligó á sus amigos á beber una copa, y bebió otra él sin apartar los ojos de Valeria. Antes de que ella bebiera, murmuró él algo, inclinándose sobre la mesa, y agitó los dedos encima de la copa de Valeria. Esta lo observó perfectamente; pero como en todas las maneras de Muzio había algo extraño y desconocido, se limitó á pensar: «¿Habrá tomado alguna nueva religión, ó serán costumbres de esos países?» Luego, tras un breve silencio, le preguntó si durante su viaje había continuado dedicándose á la música. Por toda respuesta, Muzio ordenó al malayo que trajese el violín indio. El violín éste se parecía bastante á los de hoy; pero tenía tres cuerdas, en vez de cuatro, y la caja estaba forrada de una piel de serpiente azulada. El arco, hecho de un junco muy fino, tenía la forma de un semicírculo, y en el extremo resplandecía un brillante tallado en punta.

Muzio empezó por tocar algunos aires lánguidos y tristes, que decía que eran populares, pero que parecían extraños y hasta salvajes á un oído italiano. El sonido de las cuerdas metálicas era débil y quejumbroso. Pero cuando Muzio entonó su último aire, el mismo són se hizo de repente más fuerte y se

puso á vibrar con estruendo. Una melodía apasionada brotó bajo el arco, guiado con magistral desenvoltura. Ondulaba lentamente, parecido á la serpiente cuya piel forraba la caja del violín. Y con tal fuego, con alegría tan triunfante ardía, brillaba aquella melodía, que Fabio y Valeria sintieron que sus corazones se conmovían y las lágrimas acudieron á sus ojos, mientras que Muzio, con la cabeza inclinada y apoyada con fuerza en el violín, las mejillas pálidas, las cejas reunidas en una sola línea, parecía aún más concentrado y más grave que de costumbre, y el brillante del extremo del arco despedía, al ir y venir, luminosas chispas, como si en él también hubiese prendido el fuego de aquella maravillosa melodía.

Cuando Muzio se detuvo al fin, con el violín aún apretado sobre el hombro y la barbilla, pero dejando caer la mano que sostenía el arco:—¿Qué es eso?—exclamó Fabio. Valeria no pronunció una palabra; pero parecía que todo su sér repetía la pregunta de su marido.

Muzio dejó el violín en la mesa, y, después de sacudir ligeramente sus cabellos, contestó medio sonriendo:

—Eso es una canción que oí un día en la isla de Ceylán. El pueblo la llama el *Canto del amor triunfante*.

—Repítela—murmuró Fabio.

—No, eso no se puede repetir—contestó Muzio;—además, se hace tarde. La señora debe de tener necesidad de reposo, y yo también me siento cansado.

Durante el día, Muzio había observado respecto á Valeria una actitud sencilla y respetuosa como un antiguo amigo. Pero al dejarla la estrechó la mano fuertemente, apoyando los dedos en el hueco de la mano, y mirando tan obstinadamente el rostro de la joven, que, aun cuando ella no hubiese alzado los párpados, sintió aquella mirada en sus mejillas que se incendiaron súbitamente. No dijo nada á Muzio, pero retiró bruscamente su mano, y, cuando él se hubo marchado, miró ella largo rato la puerta por la que había salido.

La especie de temor que siempre le había inspirado volvió

á su memoria, y se apoderó de ella una vaga turbación. Muzio se retiró á su pabellón, y los dos esposos entraron en su habitación.

IV

Valeria tardó mucho en dormirse. La sangre de sus venas se agitaba pesadamente, y sentía como un ligero tintineo en la cabeza. ¿Era efecto del vino exótico que había bebido, ó de los extraños relatos de Muzio, ó de sus tocatas en el violín? Se durmió de madrugada, y tuvo un sueño singular; parecióle que entraba en un vasto aposento de bóveda baja, como nunca había visto. Todas las paredes están cubiertas de cuadrados esmaltados de un azul pálido, con filigranas de oro; finas columnillas de alabastro cinceladas sostienen la bóveda de mármol, y esta bóveda, así como las columnillas, parece medio transparente. Una luz rosada llega de todas partes á la habitación, iluminando todos los objetos de una manera monótona y misteriosa. Almohadones bordados se amontonan sobre una alfombra estrecha, puesta en medio de un piso de mosaico, terso como un espejo. En las esquinas humean ligeramente los pebeteros que representan animales monstruosos. No hay ventanas en ninguna parte. Una puerta, cubierta con un cortinón de terciopelo obscuro, se alza silenciosa en un hueco de la pared. He aquí que esta puerta se abre, y entra Muzio. Con la mirada fija en Valeria, avanza rápidamente hacia ella. Saluda, abre los brazos, ríe... Ella no puede moverse... Unos brazos rudos rodean su talle, unos labios secos la queman, cae de espaldas en los almohadones de la alfombra...

Sollozando de espanto, tras largos esfuerzos, Valeria se despierta. Sin comprender bien todavía lo que la ha ocurrido, se incorpora en el lecho, mira en rededor; recorre su cuerpo un estremecimiento. Fabio está junto á ella acostado; duerme, pero su cara, á la luz de la luna redonda y clara, que mira por las ventanas, está pálida como la de un muerto, y más triste.

Valeria despertó á su marido. Este, en cuanto la dirigió una mirada, exclamó:

—¿Qué tienes?

—¡Oh! Un sueño terrible—murmuró ella, estremecida aún.

Pero en este mismo momento, de la parte del pabellón llegaron sones ruídosos, y Fabio y Valeria reconocieron la melodía que Muzio les había tocado, y que llamó el *Canto del amor triunfante.*

Fabio miró á Valeria con sorpresa; ella cerró los ojos volviéndose, y ambos, conteniendo la respiración, escucharon aquel canto hasta el final. Cuando se extinguió el último sonido, una nube veló la luna, y el cuarto quedó bruscamente á oscuras. Los dos esposos posaron la cabeza en la almohada sin cambiar palabra, y ninguno de ellos se dió cuenta de cuándo se durmió el otro.

V

Al día siguiente por la mañana, cuando Muzio se presentó á almorzar, parecía satisfecho, y saludó alegremente á Valeria. Ella le contestó con embarazo, y, habiéndole mirado á hurtadillas, sintió de repente miedo de aquel rostro satisfecho y sonriente, en aquellos ojos penetrantes y curiosos. Iba de nuevo á reanudar sus relatos, cuando Fabio la interrumpió á la primera palabra.

—Parece que no has podido dormir en la nueva morada. Mi mujer y yo te hemos oído tocar la sonata de ayer.

—¡Ah! ¿la habéis oído? Sí, he tocado, en efecto; pero había dormido antes, y hasta tuve un sueño muy raro.

Valeria prestó atención.

—¿Qué sueño?—preguntó Fabio.

—Me pareció—dijo Muzio, sin apartar los ojos de Valeria,—que entraba en una vasta sala abovedada, amueblada á la oriental; unas columnillas cinceladas sostenían la bóveda. Las paredes estaban cubiertas de cuadrados esmaltados, y aunque

no había ni ventanas ni bujías, toda la sala estaba iluminada de una luz rosácea, como si las paredes hubiesen sido de piedras transparentes. En las esquinas ardían unos pebeteros chinos; unos almohadones bordados estabau en el suelo sobre una estrecha alfombra. Yo entré por una puerta oculta por un tapiz, y por otra puerta, justamente frontera, apareció una mujer á la que amé en otro tiempo, y me pareció tan bella, que me sentí invadido por mi antigua pasión...

Muzio se calló con aire significativo.

Valeria permanecía inmóvil. Había palidecido lentamente, y su respiración se había hecho más honda.

—Entonces—continuó Muzio—me desperté y toqué esa canción.

—¿Pero quién era esa mujer?—preguntó Fabió.

—¿Quién era? La mujer de un indio. La encontré en la ciudad de Delhi. Ya no es de este mundo. Ha muerto.

—¿Y el marido?—preguntó Fabio, sin darse cuenta de por qué hacía esta pregunta.

—¿El marido? Dicen que ha muerto también; les perdí muy pronto de vista á los dos.

—Es raro—dijo Fabio;—mi mujer también ha tenido esta noche un sueño extraordinario (Muzio se volvió hacia Valería), que no ha querido contarme.

Pero aquí Valeria se levantó y salió de la habitación. Poco después se fué también Muzio, diciendo que iba á Ferrara para unos asuntos, y que no volvería hasta la noche.

VI

Semanas antes de la vuelta de Muzio, Fabio había empezado el retrato de su mujer, bajo los atributos de Santa Cecilia. Se había perfeccionado mucho en su arte. El célebre Luini, el discípulo del gran Leonardo, había estado en Ferrara á verle, y, ayudándole con sus consejos, habíale transmitido los

preceptos de su ilustre maestro. El retrato estaba casi completamente terminado; no faltaba más que dar los últimos toques á la cara, y Fabio hubiera podido, con razón, estar orgulloso de su obra.

Después de haber despedido á Muzio, Fabio fué á su estudio, en donde Valeria le esperaba de costumbre. Pero no la encontró. La llamó en alta voz; no contestó. Se puso á buscarla por la casa, y no la halló en ninguna parte. Presa de cierta inquietud, Fabio corrió al jardín, y allí, en uno de los paseos más lejanos, vió á Valeria. Estaba sentada en un banco, con la cabeza inclinada sobre el pecho, las manos cruzadas sobre las rodillas; tras ella, destacándose sobre el sombrío verde de los cipreses, un sátiro de mármol, con la faz contraída por un gesto burlón, posaba en las varillas de una zampoña sus labios puntiagudos.

Valeria se alegró visiblemente de la aparición de su marido, y, en respuesta á sus preguntas inquietas, le dijo que tenía un ligero dolor de cabeza, pero que no la impediría ir al estudio.

Fabio la llevó allí, la colocó, tomó sus pinceles; pero, con gran despecho suyo, no le fué posible terminar la cara como hubiera deseado. No porque aquel rostro estuviese un poco pálido y pareciese fatigado, sino porque no podía encontrar entonces aquella expresión pura y santa que tanto habíale agradado en ella, y que le había dado la idea de representarla bajo las facciones de Santa Cecilia. Concluyó por tirar sus pinceles, diciendo á su mujer que no se sentía inspirado y que ella haría bien en descansar. Después volvió el caballete con el cuadro hacia la pared. Valeria fué del parecer de su marido, y, quejándose de nuevo de su dolor de cabeza, se retiró á su habitación.

Fabio se quedó solo en el estudio. No podía defenderse de una especie de aprensión vaga.

La estancia de Muzio bajo su techo, aquella estancia que tanto había deseado, empezaba á molestarle. No era que es-

tuviera celoso. Valeria no podía inspirar este sentimiento; pero no reconocía ya en su amigo á su compañero de otros tiempos. Todos aquellos nuevos elementos, extraños, que Muzio había traído de los países remotos, y que parecía que le habían entrado en la sangre; aquellos juegos de magia, aquellas tocatas, aquellas bebidas exóticas, aquel malayo mudo, hasta el olor picante que emanaba del ropaje de Muzio, de su pelo, de su aliento mismo, todo ello inspiraba á Fabio un sentimiento parecido á la desconfianza, casi al miedo. ¿Y por qué aquel malayo, al servir á la mesa, le mira á él, á Fabio, con aire irónico y astuto? Verdaderamente, se creería que comprende el italiano. Muzio ha dicho de él que, por el sacrificio de su lengua, el malayo había adquirido un gran poder. ¿Qué poder? ¿Y cómo ha podido adquirirlo á costa de su lengua? Todo esto es muy raro, muy incomprensible.

Fabio fué á la alcoba de su mujer. Estaba echada en la cama, pero no dormía. Al oir pasos, se estremeció ella, pero en seguida se alegró al verle, lo mismo que en el jardín. Fabio se sentó á su lado, la cogió una mano y, tras un breve silencio, la preguntó qué era aquel sueño extraordinario que tanto la había asustado la noche anterior. ¿Era del género del que había contado Muzio?

Valeria enrojeció y contestó precipitadamente:

—¡Oh, no, no! Vi un monstruo que quería desgarrarme.

—¿Un monstruo en forma de hombre?—preguntó Fabio.

—No, de un animal, de un animal.

Y Valeria hundió en las almohadas su cara enrojecida.

Fabio tuvo aún durante unos instantes la mano de su mujer entre las suyas, la estrechó en silencio, la llevó á sus labios y se marchó. Triste fué el día que pasaron los dos esposos. Parecía que algo angustioso, sombrío, pendía sobre sus cabezas. ¿Pero qué? Esto es lo que no podían decir. Desearían estar juntos, como si les amenazara un peligro; pero ¿de qué hablar si no sabían nada de ello? Fabio trató de reanudar el retrato, de leer á Ariosto, cuyo poema, que acababa de aparecer en

Ferrara, hacía ya ruido en Italia; pero nada lograba distraerle. Muzio no volvió hasta la hora de cenar.

VII

Parecía tranquilo y contento, pero contó pocas cosas. Interrogó á Fabio sobre sus amigos comunes, sobre la campaña de Alemania, sobre el emperador Carlos; habló de su deseo de ir á Roma á ver al nuevo Papa. Ofreció otra vez á Valeria vino de Chiraz, y como ella no quisiera, murmuró como hablándose á sí mismo: «Ya no es necesario.»

Fabio se retiró á su alcoba con su mujer, y no tardó en dormirse; pero se despertó á la hora y se encontró con que estaba solo en la cama. Valeria no estaba allí. Se incorporó bruscamente, y, en aquel mismo momento, vió á su mujer que, en traje de noche, entraba en el cuarto por la puerta ventana que daba al jardín. La luna lucía en su plenitud, aunque poco antes hubiera caído una ligera llovizna. Con los ojos cerrados, con expresión de secreto espanto en su rostro inmóvil, Valeria se acercó al lecho, y, buscándole á tientas, se acostó con prisa silenciosa. Fabio la dirigió una pregunta; ella no contestó; parecía dormir. La tocó y observó en sus ropas, en su pelo, gotas de lluvia, y en las plantas de sus pies granos de arena. Entonces saltó él de la cama, y se lanzó al jardín por la puerta entornada. La luz de la luna, clara hasta la dureza, inundaba todos los objetos. Fabio miró rápidamente en torno suyo, y vió en la arena huellas de dos pares de pies, desnudos unos de ellos; y aquellas huellas conducían á una cuna de jazmín que se encontraba entre el pabellón y la casa. Estupefacto, se detuvo, cuando de pronto repercutieron de nuevo los sones de aquel aire que oyera ya la noche anterior.

Fabio se precipita al pabellón. Muzio está en pie en medio del cuarto, y toca su violín.

Fabio se lanza hacia él.

—Has estado en el jardín, has salido, tu traje está mojado por la lluvia.

—¿Qué?... No, no sé—contesta Muzio con lentitud, como asombrado de la llegada de Fabio y de su agitación.

Fabio le coge por el brazo.

—¿Por qué tocas esa canción? ¿Has vuelto á tener un sueño?

Muzio mira á Fabio con el mismo aire de asombro y de entorpecimiento, y se calla.

«¡Contesta, pues!

»La luna está allí como un escudo redondo.

»El río brilla como una serpiente.

»El amigo se ha despertado, el enemigo se ha dormido.

»El buitre desgarra al pájaro.

«¡Socorro!—musita Muzio como en un sueño.»

Fabio retrocedió dos pasos, examinó á Muzio en silencio y, después de haber vacilado un instante, volvió á su cuarto.

Con la cabeza inclinada sobre un hombro y ambos brazos extendidos inertes, Valeria dormía con pesado sueño. A Fabio le costó trabajo despertarla; pero en cuanto ella le vió, se arrojó á su cuello, le abrazó convulsivamente; todo su cuerpo se estremecía.

—¿Qué tienes, querida mía, qué tienes?—repetía Fabio, esforzándose en calmarla. Pero ella continuaba palpitando y jadeaba sobre su pecho.

—¡Ah! ¡Qué horribles sueños tengo!—murmuró al fin tapándose la cara.

Fabio quiso seguir preguntando, pero ella no hacía más que estremecerse.

Los cristales de las ventanas enrojecían ya con los primeros resplandores de la mañana, cuando Valeria se durmió por fin en brazos de su marido.

VIII

A la mañana siguiente, desde el amanecer, Muzio había desaparecido, y Valeria declaró á su marido que pensaba ha-

cer una visita al monasterio próximo, en donde vivía su confesor, un anciano y respetable fraile, en el que tenía plena confianza. A las preguntas de Fabio contestó que deseaba, con la confesión, aliviar su alma de la carga que las raras impresiones de los últimos días hacían pesar sobre ella.

Al ver el rostro desencajado de Valeria, al escuchar su voz apagada, Fabio aprobó su proyecto: solamente el respetable padre Lorenzo podía darla un consejo saludable y disipar sus dudas. Acompañada de cuatro criados, Valeria partió para el monasterio. Fabio se quedó en la casa, y, hasta la vuelta de su mujer, no hizo más que vagar por el jardín, tratando de comprender lo que pasaba en ella, experimentando sin descanso el miedo, la cólera y la angustia de las sospechas inciertas. Entró varias veces en el pabellón, pero Muzio no volvía y el malayo permanecía ante Fabio como una estatua, con la cabeza humildemente inclinada, con una perversa sonrisa oculta dentro, muy dentro—así lo juzgaba Fabio,—bajo su máscara de bronce.

Mientras tanto, Valeria se lo había confiado todo á su confesor, con menos vergüenza que terror. El padre Lorenzo la escuchó atentamente, la bendijo y le dió la absolución, en tanto que pensaba para sí: «Son hechicerías, son prácticas diabólicas; hay que proveer.» Con pretexto de tranquilizarla por completo y consolarla, marchó con ella á la casa.

A la vista del confesor, Fabio tuvo un movimiento de ansiedad; pero el anciano fraile, lleno de experiencia, había combinado en su pensamiento lo que había que hacer. Se quedó á solas con Fabio; no le dijo, como es natural, el secreto de la confesión; pero le aconsejó, sin embargo, que alejase, si era posible, á aquel huésped al que había invitado, y el que, con sus relatos, con sus canciones y toda su manera de ser, turbaba la imaginación de Valeria, tanto más, cuanto que Muzio, según los recuerdos del anciano, no había sido nunca muy firme en materia de religión, y que habiendo estado tanto tiempo en las regiones no iluminadas por la luz del cristianis-

mo, había podido traer la peste de las falsas doctrinas; incluso había podido contaminar su alma con los secretos de la magia. Por estos motivos, á pesar de los derechos que pudiera reclamar una antigua amistad, la razón y la prudencia demostraban la necesidad de una separación.

Fabio compartió en absoluto la opinión del venerable fraile; el rostro de Valeria se tranquilizó cuando su marido fué á comunicarla el consejo del confesor, y, acompañado por los votos y el agradecimiento de los dos esposos, colmado de ricos presentes para su iglesia y para los pobres, el padre Lorenzo se volvió á su monasterio.

Fabio se había propuesto tener una explicación con Muzio, inmediatamente después de cenar; pero su extraño huésped no volvió. Entonces Fabio decidió aplazar la conversación para el día siguiente. Los esposos se retiraron á su habitación.

IX

Valeria se durmió pronto, pero Fabio no pudo hacer lo mismo. Todo lo que había oído, todo lo que había visto, se le presentaba más vivamente en el silencio de la noche. Mas obstinadamente todavía hacíase preguntas á las que, como anteriormente, no podía hallar respuesta.

¿Se habría convertido verdaderamente Muzio en un mago? ¿Habría envenenado á Valeria? Está enferma, ¿pero de qué enfermedad? Mientras que, con la cabeza apoyada en una mano y conteniendo su ardorosa respiración, se entregaba á sus reflexiones y á sus angustias, la luna había subido á un cielo sin nubes. Al mismo tiempo que sus rayos, á través de los cristales de las ventanas del lado del pabellón, empezó á penetrar... ¿ó bien era una ilusión de Fabio?... empezó á penetrar un soplo, una ligera ondulación perfumada... Y he aquí que se oye un murmurio apasionado, persistente... después, en el mismo instante, Fabio advirtió que Valeria empezaba á moverse dé-

bilmente. El se incorpora, mira; ella se inclina, deja deslizar un pie, luego otro, fuera del lecho, y, como una sonámbula, fijando en derechura delante de ella unos ojos empañados y sin mirada, con las manos extendidas, se dirige hacia la puerta del jardín.

Fabio se precipitó por la otra puerta de la habitación, y dando vuelta corriendo á la esquina de la casa, cerró por fuera la puerta que daba al jardín. Apenas se había lanzado sobre la cerradura, cuando sintió que trataban de abrir del interior, que empujaban con fuerza insistentemente. Luego oyó sollozos entrecortados...

¿Habrá vuelto Muzio de la ciudad? Esta idea cruzó como un relámpago el cerebro de Fabio, y se lanzó hacia el pabellón.

¿Qué ve?

A su encuentro, á lo largo del camino, todo inundado por la luz radiante de la luna, avanza, como otro sonámbulo, también con las dos manos extendidas hacia adelante, con los ojos igualmente abiertos y sin mirada, avanza Muzio. Fabio corre á él; pero el otro, sin observarle, marcha con paso igual y el rostro inmóvil; á los rayos de la luna, sonríe con perversa sonrisa, como la del malayo. Fabio va á llamarle por su nombre, pero en este momento oye un ruido de ventana abierta en la casa. Se vuelve.

Efectivamente, la puerta ventana de la alcoba está abierta de par en par, y, franqueando con un pie el umbral, Valeria permanece en pie; sus brazos, que tantean en el aire, parecen buscar á Muzio. Va á lanzarse hacia él.

Un furor indecible inundó el pecho de Fabio como una repentina oleada.

—¡Hechicero maldito!—exclamó con rabia.

Y, echando una mano á la garganta de Muzio, empuñó con la otra el puñal que Muzio llevaba al cinto y se lo hundió en el costado hasta la empuñadura.

Muzio lanzó un grito desgarrador, y apretándose la herida con la palma de la mano, volvió tambaleándose hasta el pa-

bellón. Pero en el instante mismo del golpe de Fabio, Valeria dió un grito igualmente desgarrador y cayó al suelo como herida del rayo.

Fabio acudió á ella, la llevó al lecho, la habló.

Valeria permaneció largo tiempo inmóvil; pero al fin abrió los ojos y lanzó un suspiro profundo y estremecedor, como quien acaba de ser salvado de una muerte inminente; luego, al ver á su marido, le echó los dos brazos al cuello.

—Tú, tú, eres tú—murmuraba.

Poco á poco sus manos se aflojaron, su cabeza cayó hacia atrás, y habiendo pronunciado con una sonrisa feliz: «gracias á Dios, todo ha concluído, pero ¡qué fatigada estoy!»... se durmió en seguida con profundo y apacible sueño.

X

Fabio se dejó caer en una butaca al lado de su mujer, y, sin dejar de mirarla á la cara pálida, y macilenta, pero ya tranquilizada, se puso á reflexionar sobre lo que acababa de ocurrir y lo que era preciso hacer. ¿Qué hacer? Si ha matado á Mucio...—y al recordar lo profundamente que había entrado la hoja del puñal, no podía dudarlo...—si ha matado á Muzio, el asesinato no podía quedar oculto, había que ponerlo en conocimiento del Duque y de los jueces. ¿Pero cómo contar, cómo explicar una cosa tan incomprensible? ¡El, Fabio, ha matado, en su propia casa, á su pariente, á su mejor amigo! Preguntarán por qué, por qué causa. ¿Qué decir? Pero ¿y si Muzio no está muerto?... Fabio no podía quedar en esta incertidumbre; habiéndose asegurado de que Valeria dormía, levantóse con precaución de la butaca, y salió del cuarto para ir al pabellón. Todo parecía allí tranquilo. Una sola ventana estaba iluminada. Temblándole el corazón, Fabio abrió la puerta exterior—veíanse allí huellas de dedos ensangrentados,—atravesó la

primera habitación obscura, y se detuvo en el umbral, lleno de estupor.

En medio del cuarto, sobre una alfombra de Persia, con un almohadón de terciopelo bajo la cabeza, cubierto con un amplio chal rojo con dibujos negros, yacía Muzio, con los miembros rígidos y extendidos, el rostro amarillo como la cera, con los ojos cerrados, los párpados azulados. No respiraba, parecía muerto. A sus pies, envuelto también en un chal rojo, estaba arrodillado el malayo. Tenía en su mano izquierda una planta desconocida, semejante al helecho, é inclinado hacia adelante, miraba con fijeza á su amo. Una antorcha pequeña, clavada en el piso, ardía con fuego verduzco y era la única luz que alumbraba el cuarto. La llama no vacilaba ni humeaba. El malayo no se movió al entrar Fabio. Lanzóle solamente una rápida mirada, que volvió de nuevo sobre Muzio. De cuando en cuando, alzaba y bajaba la rama, la agitaba en el aire; sus labios mudos se entreabrían y se movían lentamente, como si hubiesen pronunciado palabras silenciosas.

En el suelo, entre el malayo y Muzio, estaba el puñal con el que había herido á su amigo. El malayo tocó una vez la hoja ensangrentada con su rama. Pasó un minuto, después otro, luego otro más. Fabio se acercó al malayo, é inclinándose hacia él, preguntó en voz baja:—¿Muerto?

El malayo inclinó la cabeza, y sacando de debajo del chal su mano derecha, mostró la puerta con gesto imperioso. Fabio iba á repetir su pregunta, pero la imperiosa mano renovó el gesto, y Fabio salió, asombrado, indignado, pero obediente.

Encontró á Valeria dormida como antes, con el rostro aún más tranquilo. El no se desnudó, y sentado ante la ventana, se absorbió en sus pensamientos. El sol, al alzarse, le encontró en el mismo sitio. Valeria seguía durmiendo.

XI

Fabio quería esperar á que se despertase Valeria para ir á Ferrara, cuando de pronto llamaron ligeramente á la puerta.

Fabio se apresuró á abrir, y vió ante él á su antiguo mayordomo Antonio.

—Señor—dijo el anciano,—el malayo acaba de declararme que el señor Muzio ha caído enfermo y desea volver con todos sus efectos á la ciudad. Ruega que se le dejen unos cuantos hombres para ayudarle á arreglar sus equipajes, y que á la hora de la comida se le envíen caballos de tiro y de silla, así como gentes de escolta para conducirle. El señor dirá.

—¿El malayo es el que ha declarado todo eso?—preguntó Fabio.—¿Pero cómo se las ha arreglado, si es mudo?

—He aquí, señor, un papel, en que lo ha escrito en nuestra lengua, y muy correctamente.

—¿Y dices que Muzio está enfermo?

—Sí, muy enfermo, y no se le puede ver.

—¿No se ha enviado á buscar un médico?

—No; el malayo no lo ha permitido.

—¿Y es verdaderamente el malayo quien te ha escrito eso?

—Sí; él es.

Fabio se calló un instante.

—Pues bien, toma las medidas necesarias.

Antonio se fué.

Fabio se quedó estupefacto. Así, pues, no ha muerto—pensó,—y no sabía si debía alegrarse ó sentirlo.

¡Enfermo! Pero hace pocas horas que lo que él había visto era un cadáver.

Fabio volvió al lado de Valeria. Despertóse ésta, y alzando la cabeza, cambió con su marido una larga mirada.

—¿Ya no está?—dijo de pronto ella.

Fabio se estremeció.

—¿Cómo que no está?... Es que...

—¿Se ha marchado?

Fabio sintió un alivio en su corazón.

—No, todavía no—dijo;—pero se marcha hoy mismo.

—¿Y no le volveré á ver nunca?

—Jamás.

—¿Y no se repetirán estos sueños?

—No.

Valeria lanzó un nuevo suspiro de satisfacción, y de nuevo apareció en sus labios una sonrisa de felicidad. Tendió las manos á su marido.

—Y no volveremos nunca á hablar de él, ¿lo oyes, querido mío? No saldré de mi cuarto hasta que se haya ido. Y ahora envíame á mis doncellas, y... Espera, toma ese objeto.

Indicó el collar de perlas que estaba á su lado en una mesita (el collar que Muzio la había dado).

—Y tíralo en seguida á nuestro pozo más profundo. Abrázame, soy tu Valeria... y no vengas á verme hasta que... el otro se haya marchado.

Fabio cogió el collar, cuyas perlas le parecieron empañadas, y cumplió el encargo de su mujer. Después se puso á andar por el jardín, mirando de lejos al pabellón ante el que había ya empezado el desorden del empaquetamiento. Unos hombres llevaban unos cofres, estaban cargando unos caballos. No se veía al malayo entre aquellas gentes atareadas. Un sentimiento irresistible impulsaba á Fabio á ver una vez más lo que ocurría en el pabellón. Se acordó que, por detrás, había una puerta secreta que daba acceso al cuarto en que de madrugada vió á Muzio. Se deslizó hasta aquella puerta; no la encontró cerrada, y alzando el pesado cortinón que la tapaba por el interior, echó una ojeada vacilante.

XII

Muzio no estaba ya acostado en la alfombra. Vestido con traje de viaje, estaba sentado en una butaca; pero parecía un

cadáver, como cuando la primera visita de Fabio. Su cabeza, lívida, yacía recostada en el respaldo de la butaca; las manos, amarillentas y puestas sobre las rodillas, permanecían inmóviles. El pecho no ondulaba. Alrededor de la butaca, en el suelo, lleno de hierbas secas, había varias copas chatas, llenas de un licor obscuro, del que emanaba un olor fuerte, casi sofocante, un olor de almizcle. Arrollada alrededor de cada copa veíase una serpiente pequeña de color de cobre, cuyos ojos de oro relucían á intervalos, y en pie, ante Muzio, á dos pasos de él, erguíase la larga figura del malayo. Revestido de una túnica de damasco pintarrajeada, sujeta en la cintura por una cola de tigre, tenía en la cabeza un tocado en forma de tiara con cuernos. No estaba un momento inmóvil. Ya se inclinaba reverentemente y parecía murmurar como oraciones, irguiéndose luego en toda su longitud, alzándose hasta sobre las puntas de los pies; ya hacía amplios movimientos cadenciosos con sus dos brazos, ó bien los lanzaba obstinadamente en dirección de Muzio; parecía amenazar ú ordenar, fruncía las cejas y golpeaba con el pie. Todos estos gestos, todos estos movimientos le costaban un esfuerzo visible, le hacían hasta sufrir. Respiraba con fuerza; un sudor copioso le corría por la cara. De pronto, inmovilizado, y llenando sus pulmones de aire, apretó los puños como si sujetara unas riendas, y mordiéndose los labios, con el rostro crispado, los llevó con un violento esfuerzo contra su pecho. Entonces, con indecible terror de Fabio, la cabeza de Muzio se desprendió del respaldo y se inclinó hacia adelante como si hubiera seguido con débiles sacudidas las manos del malayo. El malayo las aflojó, y la cabeza de Muzio cayó pesadamente hacia atrás. El malayo repitió sus primeros gestos, y la cabeza obediente repitió los movimientos de aquél. El licor obscuro se puso á hervir en las copas, las copas empezaron á sonar con fino tintineo, y las serpientes cobrizas ondularon alrededor de cada copa. Entonces el malayo dió un paso adelante, y levantando las cejas desmesuradamente, abriendo unos ojos enormes, hizo con la cabeza un brusco mo-

vimiento de mando hacia Muzio... y los párpados del muerto titilaron, se despegaron desigualmente, y bajo ellos se mostraron unas pupilas empañadas como plomizas. El rostro del malayo se iluminó con el orgullo del triunfo y de la alegría, una alegría casi venenosa. Abrió enormemente la boca, y del fondo de su garganta se arrancó, con esfuerzo, un largo aullido.

Los labios de Muzio abriéronse también, dejando escapar un débil gemido como en respuesta á aquel otro sonido que no tenía nada de humano.

Pero aquí Fabio no pudo resistir más tiempo; creía asistir á alguna encarnación diabólica; lanzó á su vez un fuerte grito, y huyó de la casa sin volver la cabeza y haciendo precipitados signos de cruz.

XIII

Tres horas después, Antonio vino á anunciar que todo estaba listo; los cofres cerrados, y que el Sr. Muzio se disponía á marchar.

Sin contestar nada á su servidor, Fabio salió al terrado, desde el que se veía el pabellón. Unos cuantos caballos cargados estaban dispuestos para marchar, y habían llevado al pie de la escalinata un fuerte caballo, cuya silla servía para dos personas. Criados, con la cabeza descubierta; gentes de escolta, armadas, esperaban también; la puerta del pabellón se abrió, y sostenido por el malayo, que se había vuelto á poner su traje de costumbre, apareció Muzio. Su rostro era de una palidez de muerto, y sus brazos colgaban también como los de un muerto. Pero andaba, sí, andaba con sus pies, uno tras otro, y puesto en el caballo, permaneció derecho y cogió á tientas las riendas.

El malayo le deslizó los pies en los estribos, saltó detrás á la silla, le rodeó la cintura con los brazos, y toda la comitiva

se puso en marcha. Los caballos iban al paso. Cuando volvieron para pasar por delante de la casa, le pareció á Fabio que en el rostro inanimado de Muzio asomaron dos puntos blancos que se movieron lentamente de izquierda á derecha. ¿Sería posible que Muzio hubiese dirigido hacia él sus pupilas? El malayo le saludó con su aire de ironía habitual.

¿Había visto Valeria aquella escena de marcha? Las celosías de sus ventanas estaban cuidadosamente cerradas, pero tal vez estuviese ella detrás.

XIV

Valeria se presentó en la comida, amable y tranquila, aunque quejándose todavía de cansancio; pero ya no había en ella inquietud, ni aquella estupefacción constante, aquel espanto secreto; y cuando, al día siguiente de la marcha de Muzio, reanudó Fabio el retrato, volvió á encontrar en las facciones de su mujer aquella expresión de angélica pureza, cuyo momentáneo eclipse le perturbara tanto, y su pincel pudo correr sobre el lienzo con precisión y ligereza.

Los dos esposos reanudaron su vida anterior. Muzio había desaparecido para ellos como si nunca hubiera existido. Habríase dicho que Fabio y Valeria se habían concertado para no pronunciar nunca el nombre de aquél, para no informarse nunca de su destino, que, por lo demás, fué para todo el mundo un misterio. Pensó un día Fabio que estaba en el deber de contar á Valeria lo que había ocurrido en aquella noche terrible; pero Valeria pareció adivinarle la intención, porque contuvo la respiración, y cerró los ojos como quien espera recibir un golpe; pero Fabio la comprendió también, y el golpe no fué dado.

En un hermoso día de otoño, Fabio terminaba su cuadro de santa Cecilia. Valeria estaba sentada ante un órgano, y sus dedos vagaban por el teclado, cuando de pronto, sin que su

volundad interviniese para nada, bajo sus manos resonó aquel canto del amor triunfante que había tocado Muzio, y en el mismo momento, por primera vez, desde su matrimonio, Valeria sintió en su seno la palpitación de una nueva vida que se disponía á nacer. Valeria se estremeció, se quedó parada...

¿Qué significaba aquello?

¿Sería que...?

Hasta aquí llegaba el manuscrito.

IVAN TURGUENEFF

ALGUNAS NOTICIAS

ACERCA DE LA HISTORIA DEL CHOCOLATE

SUMARIO: Motivo de la publicación de estas líneas.—Antigüedad de chocolate.—Interés del asunto, aunque sea de apariencia vulgar.—Su origen mejicano.—Algunos de los autores antiguos que se han ocupado del particular.—Ciencias que intervienen en el estudio de esta sustancia.—Anécdota que, respecto al cacao, refiere la fantasía popular.—Propagación del chocolate en las diferentes naciones.—Culto tributado en Nicaragua al árbol del cacao.—*La comida de los dioses.*—Origen de la palabra chocolate.—Condiciones de esta sustancia, expresadas en una popular cuarteta.—Cantidad de chocolate consumida en algunas naciones.—Condiciones que debe reunir este alimento.—No se entra en detalles técnicos, ni científicos, ni industriales, por tratarse aquí de datos puramente históricos.—Algunos enemigos del chocolate.—Chocolate alimenticio y medicinal.—No se describen sus falsificaciones.—Algunos criminales se han servido de esta sustancia para mezclarla con venenos.—Poderoso concurso de la ciencia.

Ese alimento tan usual, que apenas habrá quien no le haya alguna vez saboreado, constituyendo para muchos el cotidiano desayuno, bien merece conocer su historia y que se propaguen algunos hechos acerca de su origen, vicisitudes y usos, que, enlazados con la vida de los pueblos, pueden contribuir al conocimiento de las costumbres de los mismos. He aquí el motivo principal de la publicación de estas breves noticias.

La conocida mezcla de cacao, azúcar y canela, en proporciones varias, y de precios también muy diversos (según la calidad de estas sustancias que forma el chocolate, y el esmero

empleado en la fabricación del mismo), cuenta ya una antigüedad de cerca de cuatro siglos, y en tan largo espacio de tiempo, que ha servido de alimento á muchas generaciones de diferentes países, no ha decaído su aprecio ni se ha relegado al olvido, como tantas otras cosas que fueron un día estimadísimas por la opinión, para desaparecer y perderse después por completo. Lo cual tiene alguna significación ante la crítica y la historia para concederle importancia.

La extraordinaria sencillez de este asunto, que para muchos entra en los dominios de la vulgaridad, no disminuye, en efecto, su interés, porque está relacionado con actos de la vida íntima y familiar, en donde tienen lugar expansiones de los más caros afectos y se presentan los hechos rodeados de aquella atractiva simpatía que imprime un sello de bondad á cuanto alcanza.

El descubrimiento del chocolate tuvo lugar en el siglo décimosexto, y fueron los españoles quienes lo dieron á conocer, habiéndolo antes aprendido de los mejicanos. Parece ser que lo usaba Motezuma, y lo menciona Francisco López de Gomara en su *Historia de las Indias*, impresa en 1553, que después se tradujo al italiano. Según Antonio Pinedo, se usaba ya en España á fines del referido siglo XVI.

Gaspar Caldera de Heredia, médico de Sevilla que escribió algunos trabajos á mediados del siglo XVII, en el reinado de Felipe IV, habla del chocolate en su *Tratado de las bebidas*, diciendo que es la más suave de todas, y que empezó á usarse en España cuarenta años antes. Así es que al comenzar el siglo XVII se generalizó su uso en nuestra nación.

Bartolomé Marrado, médico de Marchena, consigna en uno de sus libros una receta para hacer chocolate, en la cual figuran cacao, azúcar, canela, pimienta negra y clavo de especia, y dice que otros añaden almendras dulces, agua de limón, naranja y cidra. Como se ve, era un conjunto de cuerpos que constituía una mezcla, no aceptada seguramente por todos.

Escribieron acerca del chocolate, Juan de Cárdenas, Juan

Barrios, Andrés Laguna, Francisco López de Gomara, León Pinedo y otros muchos; habiendo hablado del cacao (entre diferentes autores) Pedro Mártir de Anglería, Fray Agustín de Avila, Juan de Torquemada y D. Tomás de Araujo, que escribió acerca del uso del chocolate en las enfermedades.

En el reinado de Carlos III se consigna, en la obra de *Historia de la Medicina*, de Hernández Morejón, que se consumían en Madrid, al año, doce millones de libras de chocolate.

Como dato histórico-bibliográfico, citaré un folleto antiguo y rarísimo que he podido consultar en la Biblioteca Nacional (Sección de libros raros), cuyo título es el siguiente: *Curioso tratado de la naturaleza y calidad del chocolate, dividido en cuatro puntos. En el primero se trata qué sea chocolate y qué calidad tenga el cacao y demás ingredientes. En el segundo se trata de la calidad que resulta de todos ellos. En el tercero se trata el modo de hacerlo, y de cuántas maneras se toma en las Indias y cuál dellas es más saludable. El último punto trata de la cantidad, y cómo se ha de tomar y en qué tiempo y qué personas*, por el licenciado Antonio Colmenero de Ledesma, médico y cirujano de la ciudad de Ecija.—Impreso en Madrid, por Francisco Martínez.—Año 1631.—Once folios en 4.°—Se trata del asunto, exclusivamente desde el punto de vista de la conveniencia del chocolate para la salud, y advertencias útiles en este sentido, si bien está inspirado en las ideas médicas entonces predominantes.

El 4 de Junio de 1627, el capitán Andrés de Deza (peruano) estableció un arbitrio sobre el chocolate en favor de la Iglesia, á fin de que todo el que lo tomara contribuyera con una cantidad determinada.

Lo publicó, y hoy constituye un folleto rarísimo, impreso en Madrid, en la citada fecha, que también he podido consultar en la Biblioteca Nacional.

*
* *

No teniendo el presente artículo otras aspiraciones que la modesta vulgarización, no he de penetrar en modo alguno en lo mucho que de técnico y científico posee. Baste decir que la Medicina, la Farmacia, la Química, la Botánica, la Fisiología y la Higiene han dejado sus honrosas huellas en el completo estudio de este cuerpo, para lo cual han aportado no pocas ideas de sus brillantes páginas y admirables conquistas, manifestadas lo mismo en el laboratorio, con el poderoso auxilio del reactivo y el microscopio, donde en todas las manifestaciones estas ciencias intervienen.

Refiere la tradición que el árbol del cacao era uno de los más preciosos adornos del paraíso terrenal. No lejos dícese que vivía el profeta Quetzatlcoalt, en un magnífico palacio con un gran jardín, donde florecía dicho árbol. Rodeado este profeta de numerosos discípulos, á los cuales enseñó la Agricultura, la Astronomía y la Medicina, adquirió un gran renombre, y le eligieron jefe de los pueblos del Anahuac. Vivía Quetzatlcoalt dichoso en su palacio; pero llegó un funesto día en que aspiró á la inmortalidad. Un nigromántico, envidioso de su dicha, llegó á persuadirle que, tomando cierto brebaje, adquiriría ese dón maravilloso que tanto anhelaba. Pero apenas apuró la copa fatal, cuando su razón desvarió, y, en su demencia, cambió en árboles inútiles aquellos que tanto había cuidado, y entre ellos el del cacao. Abandonó el país y sus queridos jardines, y atravesó el Yucatán. Sus discípulos, que adquirieron grandes conocimientos en Agricultura, los transmitieron á nuevos adeptos, y cultivaron el árbol en los pueblos americanos. Este anécdota se ha transmitido á diversas generaciones, y se ha consignado como dato histórico, envuelto en la leyenda.

Cuando los aztecas conquistaron Guatemala ya era conocido el uso del chocolate, constituyendo una agradabilísima bebida, que las personas ricas tomaban en conchas de tortuga, pulimentadas con preciosos arabescos de oro, y así, sin duda, se lo sirvieron á Hernán-Cortés por vez primera.

Después del descubrimiento de América, fué con beneplácito adoptado el chocolate por los españoles, y era de ver en las calles de Méjico pasar todas las mañanas los vendedores ambulantes ofreciendo esta bebida aromatizada con vainilla y canela.

Desde Méjico se extendió el uso del chocolate por toda la América española. Después se verificó la propagación en Europa. En Italia lo introdujo un florentino, llamado Antonio Carlotti. A fines del siglo XVII entablaron los teólogos una discusión para dilucidar si el chocolate quebrantaba ó no el ayuno. Antonio León Pinelo publicó en 1636 un libro que trata de este asunto, y es un tomo en 4.° de 122 folios.

El uso del chocolate se propagó cada vez más en Francia, y el Regente, Duque de Orleáns, le tomaba todas las mañanas al levantarse, para recibir inmediatamente en audiencia á sus cortesanos. En 1705, el cargo de chocolatero de la Reina era una dignidad muy estimada en Francia. Pero es indudable que en España es donde antes se vulgarizó. Primero lo adoptó la aristocracia y luego la clase media, y, por último, se generalizó á todas las clases.

Indudablemente, el empleo del chocolate ha seguido una marcha progresiva cada vez más creciente, á lo que ha contribuído de un modo poderoso la ciencia con sus portentosos descubrimientos, y la aplicación de la mecánica con las máquinas de vapor, que facilitan de un modo extraordinario la rápida producción de este alimento en grande escala.

En Nicaragua han rendido al chocolate una especie de culto, y dispensan al árbol del cacao una gran protección, procurando librarle lo mismo de los ardorosos calores del estío que de las lluvias torrenciales, y aquellos habitantes levantaron estatuas á un dios que llamaron *Cacahuatl*, en cuyo honor quemaban incienso y celebraban suntuosas fiestas, con danzas y músicas caprichosas, acompañadas del tañido de campanas y de sonoros tambores.

***

El chocolate empezó á tomarse en España poco después de la conquista de Méjico. María Teresa, hija de Felipe IV, llevó de Madrid á su prometido un gran paquete de chocolate, y en el espléndido banquete que se celebró pocos días después se sirvió este alimento en artísticas tazas.

El nombre de *Theobroma,* que dió el gran Linneo al vegetal productor del *cacao* (*Theobroma cacao*), significa nada menos que *comida de los dioses.* Con esto se revela su importancia.

Antes del descubrimiento de América era el cacao un signo monetario, de que se valían aquellos pueblos. El nombre de chocolate es derivado de *choco*, ruido, y *latte*, agua. En el idioma indio, la voz *cacao* significa ambrosía.

La palabra *chocolate* es, pues, de origen mejicano, en cuyo idioma se pronuncia *quachahuatl*, de las dos voces ya indicadas, *choco*, ruido, y *latte*, agua; atendiendo al procedimiento empleado en aquel país para prepararle, hirviendo en agua y agitando convenientemente la mezcla de cacao tostado y azúcar triturados, aromatizados con la canela ó la vainilla.

En cuanto á servir de moneda, se ha dicho que cincuenta semillas equivalían próximamente á 25 céntimos.

Los más grandes políticos han sido aficionados al chocolate, como lo han sido también al café y al tabaco. Podrían citarse personas ilustres apasionadas de este alimento.

Muchos poetas españoles lo han cantado en sus versos, y sus buenas condiciones se han expresado en esta cuarteta popular:

«El chocolate excelente,
para poderse beber,
tres cosas ha de tener:
espeso, dulce y caliente.»

Se calcula que en Francia se consumen anualmente de *cinco á siete millones de kilogramos* de chocolate.

El chocolate de buena calidad debe tener color pardo roji-

zo, sabor dulce y aromático, olor perfumado y grato, y ha de disolverse fácilmente en la boca. Cuando se hierve con agua ó leche, debe formar un líquido homogéneo, espeso (aunque no demasiado), y colorear fuertemente las paredes de la jícara que le contiene.

Se prepara un buen chocolate tostando 25 partes de cacao para separar la cubierta seminal (19 partes del cacao Caracas y 6 del guayaquil); se hace polvo en un mortero de piedra ó molino, se añaden 10 partes de azúcar y media parte de canela finamente pulverizada, para después colocar la masa en moldes adecuados.

No es oportuno tampoco de este lugar, exponer detalles acerca de su fabricación. La buena calidad del cacao, del azúcar y de la canela; la torrefacción prudencial del primero y su exacta limpieza; su trituración minuciosa, su perfecta mezcla para que resulte una pasta homogénea; la adición de las materias aromáticas cuando esto tiene lugar (como la vainilla); la formación de las tabletas ó pastillas, todo ello constituye una serie de operaciones, cuya descripción es más propia de una obra industrial, que de un artículo histórico como el presente. La misma observación puede hacerse respecto á la preparación del líquido destinado á tomarse: que debe facilitarse la disolución del chocolate en el agua ó la leche, dividiéndole antes convenientemente en pequeños pedazos, agitando sin cesar la vasija en que se hace, é hirviendo durante un cuarto de hora la mezcla, en proporciones adecuadas; todo lo cual contribuye á que tenga propiedades apetitosas, y sea al mismo tiempo fácil y prontamente digerido.

Desde luego puede decirse que el chocolate es un alimento sano, restaurador, de pronta digestión, asimilable; que no fatiga el aparato digestivo, por lo cual el médico lo recomienda al convaleciente, al anémico, al dispépsico, al desganado, á todo aquel cuyo estómago no tolera otras sustancias de más fuerza alimenticia, y por eso lo prescribe el higienista para que se tome como desayuno, después de algunas horas en que

el organismo ha permanecido en reposo, y no hay tampoco grandes deseos de más suculenta alimentación.

Tiene para muchos, sin embargo el chocolate, bastantes motivos de reparo y poca simpatía.

Considéranlo insuficiente como alimento, y casi lo dejan relegado al uso de los enfermos ó convalecientes. Pero de todos modos, sus ventajas son indiscutibles, por lo cual, lejos de decaer, ha progresado de día en día su empleo en todas las naciones, teniendo cada vez mayor número de adeptos.

Se han dividido los chocolates en alimenticios y medicinales; es decir, que sirve también de vehículo á la administración de muchos medicamentos, facilitando al enfermo el uso de algunas medicinas, ocultando á veces su mal sabor ó repulsivo aspecto, ó, en otros casos, como acontece con los niños, impidiendo que se hagan cargo de lo que toman, á lo cual no suelen acceder voluntariamente, necesitando valerse de ese medio para llenar las prescripciones de la ciencia, dándoles la salud, aun á despecho de su resistencia y antipatía á todos los medicamentos.

Pocas sustancias han sido objeto de tantas falsificaciones como el chocolate. Su color oscuro, su fácil solubilidad en el agua ó en la leche, su empleo frecuentísimo, son circunstancias abonadas á que lo mezclen ó adulteren con otros cuerpos de inferior precio al de los componentes clásicos y genuinos del mismo. Harinas diferentes, almidón, yema de huevo, goma, grasas de variada procedencia, serrín de madera, cacao del que se ha extraído de antemano la manteca, carbonato cálcico, ocre rojo, cinabrio, minio, etc.: todo eso y otras muchas cosas se registran en la historia de las adulteraciones del chocolate, algunas de ellas inclusas en la categoría de los venenos. No es este lugar oportuno para manifestar los procedimientos consignados por la ciencia para descubrirlas. Lo que puede asegurarse es que lo consigue de una manera brillante, en términos que aprecia con la matemática exactitud de los resultados

de la balanza las cantidades que de cada uno de los componentes existe.

También ha servido al criminal de medio para la perpetración del delito de envenenamiento. Los caracteres que ya se han indicado del chocolate facilitan su mezcla con cuerpos venenosos, sobre todo, si éstos no tienen color ó sabor muy marcados y salientes, de tal manera que no sea fácil advertir á primera vista su presencia. Desde luego, el olor, la consistencia y el sabor descubren su falta de pureza, y esto ya constituye motivo de sospecha, para desde luego dirigirse al químico, que pone de manifiesto cuantas impuridades pueda contener este alimento. Además, si no se disuelve fácilmente en el agua, dejando un residuo insoluble, que, al pasarlo por un papel sin cola, filtra de un modo lento y difícil, no debe dudarse que aquel chocolate carece de las típicas condiciones de pureza.

Bien puede decirse que los progresos científicos han prestado un poderosísimo y valioso concurso á la investigación de la pureza de un alimento tan usual, y al mismo tiempo tan preferido por los falsificadores para la realización de sus fraudes, y de los criminales para perpetrar sus delitos. La ciencia, como siempre, con sus maravillosas creaciones, ha sido el auxiliar de la justicia y el consuelo de la humanidad, en este caso, como en todos los de su índole. Las obras de Química aplicada, y entre ellas el *Diccionario de adulteraciones,* de Baudrimont, prueban de un modo elocuente este aserto.

Yo he tenido alguna vez, en días ya lejanos, ocasión de analizar chocolate exento en absoluto de cacao, de azúcar y de canela, formado por mezcla de semillas de leguminosas, polvo de regaliz, almazarrón y otras varias sustancias que trataban de imitar, con más ó menos exactitud, el color y el aroma de este cuerpo. También he tenido motivo de intervenir, auxiliando á la autoridad judicial, en el descubrimiento de venenos interpuestos en el chocolate, debidos algunas veces al descuido, y en el mayor número de casos, al crimen. El color oscuro,

y otros caracteres facilitan la mezcla del alimento que contribuye á sostener la vida con el veneno que produce la muerte. La ciencia tiene medios exactos para poner en evidencia estos delitos, y señalar al criminal, doquiera exista.

De todos modos, este asunto tiene interés general, á pesar de su aparente insignificancia, pues constituye uno de los detalles de la vida, que marca los derroteros que ha seguido la colectividad humana en sus costumbres, y el valor social que en ocasiones tienen hasta las menores pequeñeces.

Ha sido asimismo uno de los varios objetos útiles que debe la humanidad al suelo americano, y uno de los motivos de eterna gratitud al mismo.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG,
Catedrático en la Universidad de Madrid,
Académico de la Real de Medicina.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: La reforma técnica del teatro en verso.=Historia: El hotel de Rambauillet.=Filosofía: La lógica de la contradicción.=Costumbres: El idealismo universitario en Alemania.=Filología: Cómo debe llamarse á la mujer casada.=Impresiones y notas: La educación de los compositores.—El sueño y la vigilia.—El papel de la altura en el ritmo.—Musset, el hijo del siglo.

LITERATURA

La reforma técnica del teatro en verso.—Julio Romains trata, en *La Grande Revue* de París, de esta cuestión, que preocupa por igual á los dramaturgos de todos los países, pues el problema viene planteado en todas partes en términos casi idénticos. Vivimos en el siglo xx d. d. J., y no es extraño que molde y procedimientos estén agotados dondequiera, después de tantos siglos de producción, y que la dificultad de hacer algo nuevo, aun sin contar con lo del *nihil novum sub sole*, espante á los poetas modernos.

¿Puede hoy componerse una obra maestra teatral en alejandrinos regulares? Quien dice *alejandrinos* en francés, puede decir redondillas ó quintillas en español. Julio Romains no vacila en contestar que no, y su razonamiento es el siguiente:

No vale decir que *Polyeucte* y *Fedra* son obras maestras, escritas en alejandrinos; y que del mismo modo que esas obras se han escrito, pueden escribirse otras si se tiene genio para

ello. Toda obra maestra agota en cierta medida la técnica que emplea. Por fecunda que sea una técnica, implica una suma determinada de efectos, que quedan en potencia, mientras la obra maestra no aparece; pero que al realizarse por la obra maestra, quedan consumidos. Esta ley es valedera para todas las artes. Las sinfonías de Beethoven, por ejemplo, realizan plenamente una técnica cuyas riquezas no habían descubierto sus precursores; pero sus sucesores se encontraban en esta alternativa: ó volver á una técnica ya realizada íntegramente, y por consiguiente imitar, ó crear una técnica nueva para obras maestras nuevas; Mendelssohn adoptó el primer partido, y Wagner el segundo. Del mismo modo, *Fedra* y *Berenice* no se hacen dos veces; se puede imitar á Racine con candor, como Campistron, ó plagiarlo con truhanería, como Moreas; en ambos casos sólo resultan producciones inútiles sin vida. Aunque *Ruy Blas* fuese una obra maestra, no se podrá deducir de ello que el alejandrino romántico tuviera valor actual.

Imaginémonos un joven autor dramático en posesión de un tema con el que se ha encariñado, y resuelto á servirse del verso regular. Ahí lo tenemos amontonando alejandrinos sobre alejandrinos. Apenas habrá escrito una página, cuando ya habrá podido comprobar un hecho lamentable: todas las rimas posibles entre palabras corrientes han resonado ya miles de veces en los poetas anteriores; todas están gastadas, todas son inevitables y fatigan el oído menos refinado; tras de *hombre*, se ve *nombre* y *asombre*, y detras de *baile*, hay que sacar un *fraile*, aunque sea traído por los pelos del cerquillo. En cuanto sale un *padre*, hay que buscar una *madre*, ó echar mano de un *cuadre* aunque no le cuadre. ¡Es una desesperación!

«¡Vaya unas dificultades!», dicen los que se las echan de listos. «¿Tan desprovistos nos juzgáis?» El poeta moderno tiene multitud de recursos, y lo que importa es saberlos utilizar. ¿Qué diréis si el verso

De su tersa mejilla el vívido arrebol

lo completamos diciendo:

Me hace pensar en tí, Paramidofenol?

¿Os quedaréis estupefactos, eh? Esa conclusión no la esperábais».

A esos juegos de decadencia, nos ha llevado el agotamiento gradual de la técnica clásica. Abrid *El Aguilucho*, ó *Chanteclair*, y leed diez versos seguidos por cualquier parte, y es seguro que tropezaréis con una de esas desconcertantes majaderías. El empleo del verso tradicional ó de sus sucedáneos románticos y parnasianos, obliga al artista á elegir entre la chabacanería y el absurdo. De un lado, Moreas; del otro, Rostand: Caribdis y Scila.

Pero generalicemos: el alejandrino, en francés, ni aun en toda su frescura, es verso dramático. Corneille y Racine han escrito sus obras maestras, más bien que con él, á pesar de él. El verso de doce sílabas es un verso épico y lírico, que sólo tiene cabida en el drama en los momentos en que la inspiración estalla en un canto de pasión ó de gloria; de ningún modo debe constituir la trama continua de la obra.

Los latinos, por ejemplo, han poseído varios tipos de verso dramático, cuyo elemento común es el pie de dos sílabas, una larga y otra breve; si precede la breve, el pie se llama *yambo*, y si la larga, *troqueo;* los versos yámbicos y trocáicos tienen una flexibilidad, una agilidad que en vano se pide á los exámetros de la epopeya. El verso dramático alemán ofrece también esa alternancia de dos sílabas, breve y larga; por eso los alemanes lo han llamado yámbico, en recuerdo de la antigüedad. Ese ritmo métrico de las lenguas de cantidad y aun de las lenguas de acento tónico, se ha comparado, con razón, con el ritmo del paso humano; es el ritmo natural de la palabra activa. Las lenguas que, como el francés, desconocen la cantidad, no pueden utilizarlo, por mucho que se empeñen los innovadores.

La literatura dramática de la Edad Media ha creado, y

aun ha estado á punto de fijar, el verdadero verso de teatro. Recuérdense los *Misterios*, y especialmente *La Pasión*, de Grevan: el verso de ocho sílabas da al diálogo de Grevan una vida, una ligereza, una movilidad, y, cuando hace falta, una aspereza autoritaria, que con dificultad obtiene Corneille mismo con el alejandrino. El verso de ocho sílabas debe ser el ritmo fundamental correspondiente al yambo alemán ó latino. Un francés que discute, que ataca, que se defiende ó que manda, distribuye sus frases conforme á un ritmo espontáneo que tiene al octosílabo. Mándese cerrar una puerta diciendo:

Apresuraos, señora, á cerrar esa puerta,

y se verá el contraste cómico que resulta de la desproporción entre lo vulgar del concepto y lo altisonante del ritmo. Dígase, en cambio

Cerrad la puerta, señora,

y se notará lo adecuado de la forma al fondo; y es que las palabras familiares en el ritmo familiar, son naturales y espontáneas; pero si se les da tono solemne en rítmo épico, resultan ridículas.

No todo, sin embargo, se reduce en la acción dramática á conversar, discutir ó mandar; hay momentos en que el entusiasmo, el dolor, el terror, la ternura, exigen metros apropiados al movimiento anímico. En estas materias, claro es que el instinto del poeta debe ser el juez soberano; pero, sin embargo, pueden hacerse algunas indicaciones generales autorizadas por la experiencia. El verso de nueve sílabas, en francés, se presta admirablemente á la expresión de la turbación, de la incertidumbre, de la irritabilidad, y tiene su puesto en las transiciones; el de diez sílabas, con cesura en medio, tiene virtud patética y sienta bien para los gritos de la languidez, de la pasión y de la desesperación; los de siete y cinco son requeridos por ciertos arranques de extremada tensión, y pueden aparecer durante un diálogo en octosílabos para significar el pa-

roxismo de la lucha, el combate cuerpo á cuerpo de dos voluntades; al alejandrino le corresponden las afirmaciones solemnes, las efusiones líricas, la evocación épica; cuanto menos se prodigue, mayor será su prestigio.

No se crea por esto que Romains preconice la mezcla de todos estos ritmos en un mismo período, en una misma frase, al modo de Lafontaine ó de los partidarios del verso libre. Cada ritmo, para ser efectivo, para imponerse al oído y al espíritu del espectador, debe obrar por masas, y desde luego, nada de rimas, sino para algún efecto local. La rima es un accesorio. Es monótona, provoca físicamente el cansancio y la somnolencia, y si es tolerable en el alejandrino, quita toda severidad al octosílabo, que es por sí mismo un ritmo viril y fuerte.

Esta supresión de la rima no sólo no dispensa al poeta de buscar otras combinaciones de sonoridad, sino que le obliga á buscar por otros caminos los acordes y armonías que son elemento esencial de toda poética. Y lo que principalmente no debe jamás olvidarse, es que en el teatro, tanto ó más que en la lírica, y tanto también, por lo menos, como la técnica, hace falta la inspiración. La decadencia viene, en primer término del olvido de ese requisito. Sin inspiración no hay ni ha habido nunca verdadero arte.

HISTORIA

El hotel de Rambouillet.—Cuando se habla del hotel de Rambouillet, se tiene, generalmente, una idea bastante equivocada, y desde luego muy deficiente, del género de vida que en él hacían sus propietarios y huéspedes. Se imagina uno que se trata de un lugar de beatitud intelectual, y, como dice Emilio Magne en *La Revue Hebdomadaire*, allí la literatura entretenía á los concurrentes algunas horas tan sólo. La marquesa era un espíritu verdaderamente culto; hablaba español é italiano con soltura, y hasta deseaba aprender latín para

leer á Virgilio en su original, y que gustaba del placer de hojear los libros nuevos y repasar los antiguos; pero no por eso era una gazmoña ni una pedante. Era, sí, muy ceremoniosa, la irritaba la vulgaridad, y molestándola oir leer palabras groseras ó triviales, exigía de sus huéspedes el sacrificio de su libertad de lenguaje. Este exceso de delicadeza, le vale extraordinarias alabanzas, y sirve de cimiento á su reputación, pero no es el más á propósito para llevar visitas á su casa. Lo que los señores van á buscar allí, como á los demás salones aristocráticos, no son lecciones de bien decir, sino aventuras; los demás van á caza de protección ó de empleos. La marquesa sirve á éstos, pero no alienta á aquéllos, y se expone, por ende, á tener una clientela burguesa. Como su origen principesco, de que se envanece, la excita á seleccionar las admisiones, exige, á falta de otra, la aristocracia del talento, y organiza su casa de modo que la aristocracia de la sangre sienta atractivos por ella. Los amigos de la familia, numerosos y de alto rango, secundan sus proyectos; la vanidad se mezcla en ello, y el ser recibido en la calle de Santo Tomás del Louvre, llega pronto á constituir un honor, ó por lo menos una marca de superioridad intelectual. Los cortesanos acuden al principio al hotel, para que se los encuentre allí, pero sin esperanza de divertirse. La señora de Rambouillet les reserva una sorpresa; pues si conoce el arte de vivificar una conversación, también es amiga de la alegría, y ésta se enseñorea de su casa, y es una de sus notas características.

Así como el cardenal de Richelieu tiene sus bufones, y Boisrobert los suyos, Voiture dirige las bromas en el hotel de la marquesa. En cuanto Chaudebonne se lo presentó, en 1625, la marquesa comprendió el partido que podía sacar de él, y lo recibió con el mayor afecto. Voiture era uno de esos caracteres de los que decimos en castellano que «tienen cosas». Todos aguantan con simpatía sus ocurrencias y caprichos. Voiture puede hablar ó callarse, bromear y contradecir. La marquesa, tan exigente con los demás, nunca le reprende, y Voi-

ture, que gracias á ella ha salido de la oscuridad, guarda profundo agradecimiento por la acogida que se le dispensa. A lo único que tarda en hacerse con su alma de bohemio, es al lujo de la casa. Tantas maravillas le desconciertan, y se pierde en medio de tantas habitaciones tapizadas de brocatel ó de cuero dorado, y adornadas con cuadros magníficos y preciosos muebles; poco á poco se acostumbra, sin embargo, y al fin llega á ser recibido en la intimidad. El marqués le abre sus habitaciones particulares, y la marquesa no sólo le hace visitar el jardín donde jamás entran los indiferentes ni los tontos, sino que le introduce en su retiro más secreto, en aquel gabinete contiguo al salón azul, donde se encierra para leer y meditar, y que es casi un altar que ella se ha elevado á sí misma. En aquel santuario, y en el célebre salón azul, es donde Voiture penetra el alma de sus nuevos amigos.

Pronto nota Voiture que la favorita de la marquesa, entre todos sus hijos, es la hija mayor, Julia d'Angennes; Voiture se dedica á agradarla, y, aunque no sin trabajo, llega á establecerse entre ellos un compañerismo familiar en que el joven poeta da más de lo que recibe, pues, á la larga, no puede menos de sentir amor por la traviesa joven, á quien entretiene y que constantemente le provoca, y que, á veces brutalmente, le recuerda el honor que se le hace al recibirle. Por fortuna, otras amistades le consuelan de ésta, que es un eterno combate, y el marqués de Pisani, entre otros, dulcifica los disgustos que su hermana Julia da al poeta. Es un adolescente que sólo piensa en saborear la alegría de vivir; mariposea ya con su picante ingenio de jorobado, en torno de las mujeres embrujadas por su figura; pero lo que más le atrae es el juego, no perdonando medio para proporcionarse recursos. Al volver un día del *château* de Rambouillet, hace á su padre una pintura horrible del parque abandonado por los jardineros; la leña y los árboles muertos obstruyen las calles, y urge limpiar todo aquello si ha de salvarse la vegetación; el marqués cree esta fábula, y encarga á su hijo de arreglarlo todo; el marquesito manda cor-

tar sin escrúpulo *seiscientas cuerdas* de arbolado alto, lo vende, y se encuentra con los bolsillos llenos de dinero para el juego. Voiture se ríe con estas calaveradas, aunque no las apruebe en público.

En el servicio de la casa había tipos muy originales, mezclándose los criados italianos con los franceses. El más original era el caballerizo Silesia, que mata en público las pulgas que le molestan con un enorme martillo que siempre lleva consigo. Se entretiene, además, en hacer etimologías, y sostiene que la palabra *fauteuil* viene de «lœ'il faut»; pues toda persona sentada al lado de otra no puede ver más allá de esta última, y, por consiguiente, «falta el ojo».

En la habitación de los secretarios había un maniático de otro tipo, el señor Aldimary, que se entretenía en hacer versos lamentables con metáforas burlescas, y Neufgermain, un tipo quijotesco, alto y flaco, con una gran barba negra y con un espadón muy largo. Voiture le conoció en circunstancias patéticas: comía un día con el señor de Rambouillet, cuando entró un criado diciendo que un zapatero de la calle de Gravilliers deseaba hablar con el señor.—¿Un zapatero de la calle de Gravilliers?, respondió el marqués. Hay que ver qué es eso. Que suba.—El zapatero entró, llevando respetuosamente entre sus manos, sobre un papel blanco, una cosa extraña, peluda y negruzca. Era la barba del señor Neufgermain; se la había arrancado la noche antes en una riña un rival, celoso de que cortejase á una muchacha. Neufgermain era el bufón externo del hotel, y su pasión por la esgrima igualaba su afición á la poesía. Había inventado un género literario que le servía para sacar los cuartos á los que eran objeto de sus versos; como modelo del género pueden citarse los siguientes:

Entre les dieux doit tenir *ran*
Proche Jupin, au plus haut *bou*
Plus belle que rose et qu'*œillet*
La divine de *Rambouillet*.

Entre los visitantes del salón azul, ¡cuántos había que no eran tolerados más que por sus ridiculeces! Allí estaba el señor de los Iveteaux, hombrecillo seco, de ojos de puerco, abiertos á punzón, singularizado por lo extravagante de su traje: aquel antiguo preceptor de Luis XIII llevaba calzas de bandas, sujetas con bridas, y de su justillo de piel de olor salían mangas de satín de China, pendiendo de su pecho enormes mallas de una cadena de paja. El infeliz bravucón Chevry, el abate Croisilles y el señor de Cerisanto le disputan la supremacía de la extravagancia.

Cuando Voiture llega al salón azul, las conversaciones particulares cesan. Es una gaceta verbal, y siempre trae de sus paseos anécdotas inéditas. Lo que agrada especialmente en él es la guasa implacable y á veces descortés. Cuando su rostro se disfraza de tontería, nadie se equivoca: el hombrecillo se va á guasear, y cada uno procura no ser su víctima; se acerca á uno, y conversa con él con la mayor inocencia del mundo, y cada una de sus palabras subraya una ridiculez que los circunstantes reconocen, al reirse de él impunemente. No puede aguantar el mal hablar ni el graciosismo. A veces es brutal. Un día, Miossens, más tarde mariscal de Albret, quiere distinguirse hablando, y durante un cuarto de hora ensarta frases sobre frases, sin acertar á explicarse bien. Voiture le interrumpe irritado:—El diablo me lleve, señor, le dijo, si he entendido una palabra de todo lo que usted acaba de decir. ¿Habla usted siempre así?—Señor Voiture, respondió el otro, cortado, tenga usted algo de consideración con sus amigos.—A fe mía, caballero, hace tanto tiempo que le tengo á usted consideración, que me estoy ya cansando de tenerla.

Cuando Chapelain apareció por primera vez, hacia el 1628, en el salón azul, Voiture y Pisani se desternillaron de risa. El buen hombre había querido atenuar su aire vulgar con el aparato del traje; y como era muy avaro y no estaba al corriente de la moda, se presentó como en el siglo anterior, con un traje de satín paloma, forrado de paño verde, con pa-

samanería paloma y verde, de ojo de perdiz, y con unas botas extraordinarias de caza. Tosía, escupía, y á cada instante sacaba de su bolsillo un pañuelo tan manchado, que se supuso no tenía otro para muda. Las botas de aquel fantoche inspiran en el acto una sátira á Pisani, y su vulgaridad, un epigrama á Voiture. La señora Rambouillet no se tiene de risa con aquel extravagante huésped, y lo ve gesticulando, según su costumbre, ante el abate de Croisilles, que tenía la manía de creer, no se sabe por qué causa, que había de morir de unas cosquillas, y que, al ver que Chapelain movía tanto las manos, creyó que pensaba cosquillearle.—Pero, caballero, decía pálido y retrocediendo, ¿qué quiere usted hacer?—Lo que quiero hacer, responde Chapelain gesticulando cada vez más, es hacerle comprender á usted...—Pero, caballero, no lo piense usted, exclama el abate cada vez más asustado.—¿Que no lo pienso? Lo pienso mucho; por el contrario, usted es el que no lo piensa, porque..., y de nuevo sus brazos amenazan al abate; entonces éste grita trastornado:—¡Deténgase usted, señor; ya veo su propósito. La marquesa, que se ha divertido con esta comedia, descubre la manía del abate, y todo se pone en claro.

La señora de Rambouillet gozaba con estas mistificaciones, y nada la detenía cuando se sentía con gana de reir. Por eso atrajo también al hotel á su pariente D'Aumont, que se disparaba por el menor motivo, amontonando sueños sobre sueños, con su imaginación sin traba. La señora de Bonœil, que estaba en cinta, entra un día en el salón azul, se resbala, cae, y violentamente sacudida, piensa parir de emoción. Ya tenemos al señor D'Aumont embarcado en la nave de sus sueños, y hablando solo en voz alta:—Estamos muy mal construídos, decía; tenemos huesos en todos los sitios en que nos caemos de ordinario; sería mejor que tuviésemos globos de carne en las rodillas, en los codos, en lo alto de las mejillas y en los cuatro lados de la cabeza. ¡Qué gusto daría! Un hombre saltaría por una ventana sin herirse, pasaría por debajo de los muros de una ciudad..., etc.

Nunca ha pasado la marquesa tan bien el tiempo de su vida. Por eso sus familiares se ingenian en proporcionarla ocasiones de reir: unos la traen las locas que encuentran en las encrucijadas; otros, los fenómenos que se exhiben en la feria; Voiture se presenta á ella disfrazado de cardenal, y la señorita Paulet, de barquillera. Los bromistas del hotel andan siempre fraguando burlas unos contra otros. Julia d'Angennes, al saber que Voiture detesta el verse mojado, le echa una jarra de agua por la cabeza. Como la señora de Vigean es sorda, la cantan el Miserere á gritos, y como es recatada, la quitan en público el chal que vela su admirable pecho. Con hábiles preguntas hicieron decir al conde de Guiche los manjares que más le desagradaban, y luego, una noche, á la hora de despedirse de la marquesa, Chaudebonne le dijo:—Conde, no te vayas, cena aquí.—¡Jesús!, exclama la señora de Rambouillet, ¿le queréis hacer morir de hambre?—La marquesa se burla, replicó Chaudebonne; quédate, te lo suplico. Guiche consiente en quedarse, pero ¡cuál fué su decepción! La mesa estaba cubierta de todos los manjares que abomina, en particular, de sopa de leche y de pavo. Sin embargo, la señorita Paulet decía imperturbable:—Señor conde, nunca he tomado tan buena sopa de leche; ¿le sirvo á usted un poquito?... ¡Dios mío, qué pavo tan rico! ¿No come usted la pechuga que le he servido? ¿Prefiere usted el alón?... Guiche da las gracias, y deja su plato lleno, entreteniéndose en desmigajar pan. Tiene hambre, y no sabe cómo salir del paso, hasta que la señora de Rambouillet, pensando que las bromas deben tener término, dijo al *maître d'hôtel:*—Tráiganos usted alguna otra cosa, porque el señor conde no encuentra nada de su gusto. Y en medio de carcajadas, se sirvió una cena magnífica.

En el *chateau* de Rambouillet, lleno de históricos recuerdos, y donde murió Francisco I, no se divertían menos que en París. Las habitaciones eran magníficas, y el parque verdaderamente regio. Allí se espera un día á la señorita Paulet y al obispo Cospeau. La marquesa los quiere sorprender, siguiendo

la iniciativa de su hija Julia y de sus jóvenes compañeras, con una buena broma, y al llegar la altiva rubia, observa que al pie del puente levadizo se halla un numeroso grupo de muchachas aldeanas, pomposamente adornadas y coronadas de flores, y entre las que ve mezcladas á Julia d'Angennes y á sus compañeras. Desconcertada, baja de su carroza, y al adelantarse, una de las aldeanas la ofrece de rodillas, con deferencia cómica, las llaves de la residencia. Entonces comprende la burla irónica que la quieren dar; toma su aire de amazona, y marcha majestuosamente en medio del cortejo; se baja el puente levadizo, dos cañoncitos lanzan salvas desde lo alto de las torres; suenan clarines, los dueños de la casa vienen á besar la mano de la improvisada reina, y la ceremonia termina con una carcajada general. La señorita Paulet, que es algo rencorosilla, busca en quien vengarse, y no tarda en encontrarlo: en la noche de aquella memorable recepción, observa que el conde de Guiche se atraca de setas, que le gustan mucho, y, terminada la comida, la Paulet comunica á Chaudebonne la broma que puede jugarse al conde, y que él se encarga de llevar á cabo. Habla, en efecto, con el ayuda de cámara del conde, y consigue que le preste la colección de jubones que su amo guarda en sus baúles; en seguida los hace estrechar, y los devuelve al criado para que los ponga en su sitio. Al día siguiente, que era domingo, toda la casa, enterada de la broma, se levantó al amanecer. Chaudebonne entra en el cuarto del conde y le despierta; Guiche salta de la cama y se viste con presteza, pero en vano trata de endosar su jubón.—Este jubón está muy estrecho, dice al criado; deme V. el del traje que me puse ayer. Nueva tentativa vana; el joven empieza á emocionarse.—Probémoslos todos, dice. Pero por más esfuerzos que hace, no lograr entrar en el jubón.—Pero, ¿qué es esto? ¿estoy hinchado? ¿Será por haber comido demasiadas setas?—Bien podía ser, responde Chaudebonne; verdaderamente, comísteis anoche para reventar.

Tristemente impresionado, Guiche se mira en un espejo y

se descubre una lividez imaginaria. Deja su cuarto, y todo el mundo le repite que su glotonería es la causa de tan extraña hinchazón. En esto, tocan á misa, y el conde asiste á ella en bata.—Sería verdaderamente un triste fin, decía amargamente á la salida, morir á los veintiún años por haber comido setas. Convencido realmente de su envenenamiento, empieza á disparatar, se queja de dolores y llama al médico. La comedia amenaza convertirse en tragedia, y Chaudebonne cree necesario intervenir.—Mientras viene el contraveneno, dijo, opino que se prepare un remedio cuya receta tengo. Cogió una hoja de papel, y, rodeado de todos, escribió gravemente: «Toma unas buenas tijeras y descose tu jubón.» El conde no se avergonzó de su terror, y se dió por conforme con salir bien del mal paso que creía haber dado.

Más culta fué la broma que dieron á Felipe Cospeau, obispo entonces de Nantes. Llegado al *château*, sale con la señora de Rambouillet á dar un paseo; la conversación entreteniéndole, no le permitió observar que la marquesa se aleja demasiado; sin embargo, la fatiga le advierte que ha pasado la edad de las excursiones largas, y al llegar á una glorieta con bancos rústicos, iba á proponer á la marquesa descansar un poco, cuando, al levantar la cabeza, vió á través de las ramas de los árboles, unas formas brillantes que se movían; se las mostró á la marquesa, pero ésta se hizo la indiferente, y siguió adelante; poco después, desembocaron en la pradera en que se halla el montículo de las Rocas, y el obispo quedó como electrizado, mudo de asombro: los bloques de granito sostenían un admirable grupo mitológico: Diana cazadora, con su larga cabellera al aire, y el arco en la mano, acompañada por cinco ninfas, en túnicas blancas, con grandes lebreles encadenados, se alzaban en las rocas. ¿Eran estatuas? El obispo, vuelto de su sorpresa, reconoció en ellas á Julia d'Angennes y á sus amigas.

Y así pasaban el tiempo, en el hotel de Rambouillet, la famosa marquesa y su tertulia.

FILOSOFIA

La lógica de la contradicción.—Conocida es la fórmula del principio de contradicción: una cosa puede ser y no ser á un mismo tiempo, y en las mismas circunstancias. Este principio parecía estar al abrigo de todo ataque, y ser uno de los poquísimos axiomas, si hay alguno, admitidos por la humanidad pensante. Paulhan, que ya había escrito una *Moral de la Ironía*, ha lanzado á la publicidad la *Lógica de la contradicción*, cuyo sugestivo y paradójico título es bastante para quitar el sueño á los que duermen tranquilamente sobre la inconmovibilidad del famoso principio. Realmente, el título en cuestión parece una blasfemía, y apenas se comprende que pueda fundarse una lógica en la negación del principio de contradicción.

Ya Pascal había dicho en alguna parte, que, ni la contradicción es prueba de falsedad, ni la falta de contradicción implica la verdad de lo no contradicho. Paulhan, á su vez, pretende enseñarnos que por poco complicado que sea un razonamiento, nunca se está seguro de no tropezar en él con alguna contradicción, como nunca se está tampoco seguro de encontrarse con una contradicción verdadera. Dos ideas que parecen incompatibles, pueden estar unidas por un lazo oculto que nos hace creer en su incompatibilidad. Así se comprende la profundidad de la famosa frase de Bossuet, que coincide en el fondo con un pensamiento análogo de Loisy: «¿Caeré en el monismo ó en el panteismo? Lo ignoro. Todo eso son palabras, y yo trato de hablar de las cosas. La fe quiere el monismo, la razón tendería al panteísmo. Son, sin duda, dos aspectos de la verdad, y la línea de enlace nos es desconocida.» Hay en efecto, que tener los dos extremos de la cadena, aunque no se vea como se enlazan, y hasta cuando su reunión parece un desafío á la lógica. Hay que asegurarse, únicamente, como dice Paulhan, de que se tienen bien los dos cabos de la cadena.

Aunque esto parece tan fácil, no siempre se comprueba con facilidad. Podrían relacionarse las contradicciones de nuestra vida intelectual con las de nuestra vida sentimental y las de nuestra vida activa; son innumerables. Una persona puede querer á otras, trabajar por su felicidad y alegrarse de una desgracia que le ocurre. La Rochefoucauld habia ya notado que hay en las desgracias de nuestros amigos algo que no nos desagrada. No sólo nuestras acciones contradicen frecuentemente nuestras intenciones, sino que, frecuentemente se contradicen á sí mismas.

En el dominio intelectual, que es del que principalmente se trata, es indudable que las cadenas de ideas mejor soldadas se rompen por medio cuando menos se piensa. Hasta nuestras ideas aisladas presentan á veces grietas. Paulhan cita curiosos ejemplos de ideas matemáticas, físicas, filosóficas, que utilizamos constantemente, sin preocuparnos de las contradicciones paladinas ó latentes que encierran. ¿Hacemos mal? No, como dice Jorge Palante en el *Mercure de France:* somos tributarios de la contradicción; sin ella no podríamos pensar, como no podríamos vivir. Puede decirse que la condición de un pensamiento normal, sano y fecundo, es la incoherencia en ciertos límites. Debe uno darse cuenta de las contradicciones, pero sin pretender eliminarlas por completo. Hay que saber acomodarse á las contradicciones necesarias, y utilizarlas para el mayor provecho de la inteligencia.

Precisamente el objeto de la *Lógica de la contradicción,* consiste en determinar cuales son, entre nuestras innumerables é inevitables contradicciones, las que uno puede permitirse, y las que pueden desempeñar un papel útil en nuestra economía intelectual. Una de las contradicciones más frecuentes, es, por ejemplo, la de nuestros conceptos científicos y nuestras ideas religiosas. Hay sabio que al entrar en un laboratorio, deja sus convicciones religiosas á la puerta, y las recobra al salir; algunos han podido, en nombre de la ciencia, rechazar las creencias impuestas por la Iglesia, y tenerlas por seguras

en nombre de la fe. Claro es que, semejante contradicción es señal de un estado imperfecto de la inteligencia; pero puede tener excelentes efectos para el desarrollo del espíritu. Ha permitido una manifestación del espíritu científico, en almas donde hubiera sido ahogado por el espíritu religioso, si se hubiera opuesto á éste.

Paulhan distingue tres clases de contradicciones: 1.ª Las existentes entre ideas que corresponden á dominios separados, como la que nos ha servido de ejemplo. 2.ª Las ideas incoherentes que nacen en el espíritu á propósito de hechos desconocidos ó de problemas nuevos como, por ejemplo, la concepción del éter luminoso. 3.ª Las contradicciones procedentes de que una idea, al transformarse, queda asociada á la misma palabra que le ha servido de expresión, como, por ejemplo, las palabras Dios, libertad, igualdad. La regla general es que las contradicciones que pueden llegar á ser aceptables, son las que turban menos el espíritu, permitiendo la transición entre un estado presente y un estado futuro. Entre estas contradicciones las hay que dan por resultado hacer la vida intectual más fácil, más rica, más fecunda.

Hay, pues, que reconocer, al lado de la lógica de la consecuencia y de la lógica de la verdad, una especie de lógica utilitaria, complementaria de las otras dos. No se trata aquí de pragmatismo, de una utilidad moral ó social, sino de una utilidad completamente intelectual, del interés que tiene el pensamiento en hacerse lo más flexible y más rico posible. Hay lugar para una casuística lógica, que prestaría los mismos servicios que la casuística moral; que apreciaría los conflictos de ideas, como la otra aprecia los conflictos de deberes; que particularizaría la lógica abstracta, y la ajustaría á la diversidad de los problemas y á la complejidad del funcionamiento real de la inteligencia. La verdad es blanca, como dice Anatolio France en su apología; y es blanca, no por ser pura, sino, al contrario, por estar compuesta de mil verdades diversas y abigarradas, que, por el movimiento rápido del disco multico-

lor, se funden en el blanco. Estas diversas verdades son los colores cambiantes de la vida.

COSTUMBRES

El idealismo universitario en Alemania.—La *Saxo-Borussia,* de Bonn, es la más célebre de todas las asociaciones de estudiantes de Alemania, á la que han pertenecido el emperador y sus hijos, y en la que figuran los representantes de la más alta nobleza alemana. Hace algunos meses, con un pretexto fútil, los borussos se entretuvieron en maltratar á un tal Feitch, antiguo estudiante católico, suboficial del séptimo regimiento de húsares. Llevado el asunto ante el Senado de Bonn, éste decretó la suspensión de la asociación durante seis meses. En cambio, el Consejo de guerra que tuvo que juzgar á algunos borussos que, por ser voluntarios de un año, caían bajo la acción de las leyes militares por haber maltratado á su superior Feitch, fueron absueltos, con general sorpresa. La contradicción entre ambos juicios llevó la animación á todo el mundo universitario. La Saxo-Borussia, en su calidad de cuerpo feudal reclutado entre los príncipes de las casas reales y ducales del Imperio, ¿debía caer como cualquiera otra agrupación universitaria bajo la jurisdicción del Senado de Bonn? Parece increíble que en pleno siglo xx pueda hacerse esta pregunta; pero hay que conocer la organización y el funcionamiento de los *Korps* universitarios, para explicarse la efervescencia producida en los elementos escolares por las contradictorias sentencias del asunto Feitch: eso es lo que hace en el *Mercure de France* Andrés Moine.

«¡Sed hombres!—decía el director de un gimnasio alemán á los *Abiturienten* (bachilleres), de quienes se despide.—Me presento á vosotros como padre y amigo. Deseo con todo mi corazón que cada uno de vosotros, por los medios que estén á su alcance, de orden intelectual ó material, logre el fin que se

ha fijado. A este deseo no añadiré más que este único consejo: ¡Permaneced fieles á vosotros mismos! ¡Sed hombres! Porque nuestra época y nuestra patria necesitan hombres que estén firmes en su puesto. El país coloca en vosotros, precisamente, sus más altas esperanzas, y por esta razón os dirige el más imperioso llamamiento. A consecuencia del desarrollo de la cultura intelectual que va á empezar ahora para vosotros en nuestras Universidades, estáis llamados á convertiros en guías y maestros, consoladores y sostenes de nuestra nación. Así, á mi primera exhortación, añado esta otra: ¡Separaos de vosotros mismos! Vais á dejar ahora esta casa paternal que os protegía, donde vuestro padre velaba por vosotros, y donde temíais los ojos de vuestra madre y la casta mirada de vuestras hermanas. Amigos míos, conservad el respeto á la mujer, el respeto que tenéis á vuestras hermanas y á vuestra madre. Porque la mujer es la belleza de nuestra vida, la corona de esta perfección que no se ofrece en todo su valor sino al que la merece. La lucha es ruda. Conservad siempre pura vuestra alma, el alma por lo menos, y combatid valientemente.» Tal es el lenguaje que pone en boca de un profesor el novelista Stilgebauer, en *Gœtz Krafft*. El autor la inserta en el principio mismo de su obra, para marcar bien que la formación moral del joven es la gran ley del educador alemán, que debe preocuparse, ante todo, del despertar del idealismo, un tanto ahogado por el conjunto de tradiciones y prejuicios políticos y sociales contrarios á toda iniciativa individual, que forman el alma de la Corporación.

El alemán tiene el culto de la asociación; en Alemania abundan toda clase de sociedades, y la lengua es riquísima en palabras expresivas de la idea de reunión, club, lazo, círculo, liga, corporación, cofradía, etc. Criticando esta manía de asociarse, decía un profesor de Hall que trabajaba por crear la «Liga de las personas que se niegan á ligarse». No hay, pues, que sorprenderse de que, en una pequeña ciudad, que apenas contiene de mil á mil doscientos estudiantes, se cuen-

ten hasta veinticinco ó treinta asociaciones universitarias, clasificadas y jerarquizadas por sí mismas. En la cima están los Korps, compuestos, exclusivamente, de jóvenes nobles ó muy ricos; de espíritu francamente reaccionario, los ochenta Korps existentes datan de la primera mitad del siglo XIX, exceptuando el *Onoldia*, de Erlanger, que es de 1798. Todas las Universidades tienen cuatro, cinco ó seis Korps, salvo Marburg, que sólo tiene tres. El emperador, durante los semestres que pasó en Bonn, después de su bachillerato en Kassel, fué miembro de la *Saxo Borussia*, manteniendo cordiales relaciones con sus antiguos compañeros, que le confirieron, al celebrar sus cuarenta años, la cinta del Korps, decisión que fué muy combatida por la asociación general de los Korps, por no haber tenido nunca el honor de haber sido acuchillado; pero que, al fin, fué aceptada, por respeto á la autoridad suprema y á título excepcional.

Por bajo de estos Korps, ricos y bullangueros, que dan bailes, fiestas, conciertos y *soirées* literarias en sus vastos hoteles, invitándose á *Kommers,* visitándose solemnemente y batiéndose en duelo, hay que colocar las numerosas *Burschenschaften,* creadas por Fichte, menos afortunadas, reclutadas al azar de los estudios, en la burguesía patriota. En último término figuran las *Landenschaften,* bastante difíciles de definir, por su heterogeneidad; todas ellas tienen por lema «Patria, honor y amistad», y son, en general, intolerantes, siendo especialmente notorio su antisemitismo.

La organización de estos tres grupos universitarios, es la misma, con pocas diferencias. Todos sus miembros llevan gorrita y cinta en bandolera. Entre ellos es obligatoria la *Mensur,* no sólo cuando ha habido insulto previo, sino cuando le ha tocado la suerte. Generalmente, un estudiante de un Cuerpo se bate con el de otro, sin motivo plausible, porque así lo ha dispuesto su Asociación, cuyos acuerdos tienen fuerza de ley. Es preciso que cada sábado se bata, por lo menos, un miembro del Korps, para lo cual se sortean por un reglamento en forma.

Fuera de estas tres agrupaciones, hay todavía una nube de *Vereine* y de *Verbindungen,* que no tienen colores, y que se forman con elementos heterogéneos: aficionados á la Música, estudiantes de Filología románica, entusiastas de Gimnástica, fanáticos de Alberto Durero, futuros médicos, magistrados, etcétera. En estas asociaciones el espíritu es menos estrecho y la *Mensur* es facultativa, llegando algunas á prohibirla, como las asociaciones confesionistas, católicas y protestantes. Menos ricas y más pacíficas que las tres anteriores, van siempre detrás de los Korps en las solemnidades públicas.

Los miembros de todas estas asociaciones se dividen en tres categorías: los *activos,* subdivididos en *Füchse* ó jóvenes, y *Purschen; inactivos,* que son los que están terminando la carrera; y los *Filister* ó miembros antiguos de la asociación. A título de huéspedes (Göst), las *Vereine* y las *Verbindungen,* sobre todo, reciben á los estudiantes extranjeros que acaban de completar sus estudios en Alemania. La mesa se compone del presidente ó *Senior,* del instructor ó *Zorro mayor,* del secretario y del tesorero, que son nombrados cada semestre.

El estudiante que, ya para conocer su país, ya para apreciar los diversos métodos de los grandes profesores, ejecuta durante su trienio, su vuelta de Alemania, está seguro de encontrar en todas partes simpática acogida, porque el alemán es, por gusto, viajero, turista, no siendo este espíritu excursionista el que menos ha contribuído á la unificación de Alemania. El estudiante, al dejar su provincia, la lleva en su acento; pero, aunque le den broma por su modo de pronunciar tal ó cual letra, no teme frecuentar otras provincias, pues las antiguas antipatías de los Estados rivales se han fundido en la comunidad persistente de victorias y de desgracias, de que ha brotado la nacionalidad alemana.

Esta rica variedad de corporaciones, implica el pequeño número en cada una de ellas, circunstancia importantísima, porque así, el presidente puede ejercer mejor su autoridad. Cada asociación tiene su *Kneipe,* es decir, un local especial,

suntuoso ó modesto, donde sus miembros se reúnen para discutir sus intereses comunes, cantar, fumar é ingerir innumerables bocks de cerveza. En principio, hay cada semana dos reuniones oficiales y obligatorias: el *Convent,* especie de parlamentillo, al que asisten sólo los miembros activos, y la *Kneipe*, á la que asisten los miembros activos con los *filisteos* y *huéspedes*. Además, todos los domingos y días de fiesta, antes de medio día, los *Vereinsbrüder* se reúnen para tomar juntos las *Frühschoppen,* ó, como si dijéramos, el aperitivo. La asistencia á estas reuniones es absolutamente obligatoria, so pena de multa y hasta de expulsión. Como si todas estas reuniones no fueran bastantes, los comités buscan pretextos para convocar á los *Vereinsbrüder* casi todas las noches; ya con motivo de la recepción de los *Füchse*, de la promoción de los *Burschen*, de la marcha de un miembro que se hace *filisteo*, de la visita de un huésped extranjero, de la recepción de profesores, de la noche de Navidad, Carnaval, etc. ¿Qué decir de las largas tardes de los domingos aprovechadas para visitar en corporación los alrededores de la ciudad, á condición, por supuesto, de terminar la excursión en un restaurant, donde celebrar una nueva sesión de la *Kneipe?*

Como se ve, el carácter de la reglamentación de estos *Korps* y de estas *Vereine*, es la disciplina, y su consecuencia es sacar al estudiante de su soledad, para continuar la vigilancia del Gimnasio, para solidarizarlo. El estudiante del Instituto sueña con los banquetes y los duelos de la Universidad, y al dejarla, volverá á su casa resuelto á continuar las tradiciones de su familia y de su patria, tanto ó más que á consagrarse á la ciencia. En las *Mensur* ó duelos, de las que á veces hay veinte en una mañana, se adquiere el respeto á la fuerza y á la destreza, y el espectáculo del combate con su estrepitosa conclusión de coches y caballos, llevando al galope combatientes y testigos entre chasquidos, cantos y juramentos, no es de los menos propios para formar hombres viriles, aunque brutales; poco después se ven los heridos paseando por

las grandes calles de la ciudad, arrogantes y provocativos, sus gloriosas cicatrices, entre las miradas de las rubias alemanas. El tipo del estudiante espadachín es muy conocido en Alemania; se le teme y se le admira, y todos los años se muestra á los jóvenes *Füchse*, los campeones de la tizona, citándose el ejemplo de una *Landmanschaft* de Jena, que, contando sólo con diez y seis estudiantes, halló medio, en cuatro semanas, de resolver por las armas más de doscientas disputas, *record* que los fastos universitarios han registrado con devoción.

Un magistrado alemán, á quien Moine decía que esas copiosas sangrías eran una tradición bárbara, respondió sencillamente: «Esas copiosas sangrías tienen un fin que no notáis; son, ante todo, una escuela de resistencia al dolor. No digo una escuela de bravura, porque en la *Mensur* no se arriesga la vida; pero el *Bursch* no se deja hendir el cráneo, cortar la nariz, romper los dientes y acuchillarse las mejillas sin sufrir; sufre, y, so pena de verse excluído de la asociación, ó por lo menos, de verse momentáneamente privado de la gorra con los colores del Korps, no debe quejarse del golpe que acaba de recibir, ni siquiera pestañear.» Este modo de ver las cosas explica que hombres como Jacobo Grimm, aboguen por la conservación de la *Mensur*, defendida por el historiador Treitschke, por el moralista Paulsen, por el teólogo Schrempf y por el mismo emperador. Un médico, hoy muy pacífico, pero que en otro tiempo fué presidente de un Korps, se complacía en contar sus hazañas con placer: «El honor de nuestro Korps es para nosotros algo sagrado; por él luchamos, por él estamos dispuestos á sacrificar hasta nuestra vida. Y no es más que justicia; porque nuestro Korps nos ha preparado para las luchas futuras de la existencia, enseñándonos la bravura, la energía, la virilidad intelectual y moral. Serían insensatos y criminales quienes no le otorgasen su gratitud. Hay el honor del Korps, como hay el honor del sabio, como hay el honor comercial.—Pero ¿en qué consiste el honor del Korps?, preguntó Moine.—Es difícil que los franceses, respondió el

médico, comprendan eso. El honor es el honor, como ha dicho Lessing.»

El estudiante alemán, en lugar de instalarse, como el parisién, en un *hotel garni,* alquila un cuarto en una familia burguesa ó en casa de un profesor, que le cuesta de quince á treinta y cinco marcos, y se alimenta por poco dinero, ya en la *Kneipe*, ya en un restaurant vegetariano, ya en casa de una viuda pobre, cuando no come, como es frecuente, con la familia en cuya casa vive. De aquí que no puede introducir en su casa sociedad dudosa, y tiene en cambio la probabilidad de encontrar cordialidad y agrado, y á veces hasta una novia. Esta hospitalidad ejerce en la moralidad del estudiante indiscutible influencia; si á esto se agrega la severidad de los reglamentos de policía, en lo relativo á la licencia de las calles, el gusto innato del estudiante alemán por las excursiones y el gran compañerismo entre los jóvenes de ambos sexos, se comprende la diferencia entre las costumbres del estudiante alemán y el francés.

La juventud universitaria alemana, sin embargo, se halla como todo, en crisis. Los estudiantes alemanes pueden dividirse hoy en dos grupos casi iguales: de un lado, las asociaciones de que hemos hablado; de otro, los estudiantes no incorporados, que no sólo no figuran en esas asociaciones, sino que protestan contra ellas, y preparan el manifiesto de la Universidad del porvenir. Antes, estos estudiantes sueltos, detestados por sus compañeros, implacablemente excluídos de todas las fiestas universitarias, privados hasta de las honras fúnebres concedidas á todos los demás, y señalados con los motes desagradables de *Finken*, *Wilden*, *Kameele*, *Brummler*, *Mucker*, *Profanen y Obskuranten,* eran recibidos en todas partes con desprecio. Hoy las cosas han cambiado bastante. Los Finken, que desde 1841 habían concebido en Jena la idea de una agrupación contra la coalición opresora de los *Korps* y de las *Vereine*, han llegado poco á poco á prosperar, y en los períodos de 1882 á 85, de 1887 á 92, y sobre todo desde 1896, con

motivo del XXV aniversario de la formación del Imperio, á adquirir una organización que, reconocida oficialmente, les permite luchar de potencia á potencia con las corporaciones antiguas. En 1900 apareció la *Deutsche Freie Studen tenschaft* como federación nacional de las *Finkenschaften*, y desde entonces, igualadas las fuerzas, no es difícil prever cuál será la solución. Obsérvese, sin embargo, que á pesar de su lucha contra la tradición, las *Finkenschaften* han tenido que apelar á una organización y á unos medios de vivir semejantes á las de las antiguas corporaciones, y no son, en definitiva, sino otra asociación más que ha concluído con la clase de estudiantes sueltos, hoy agrupados en ella.

FILOLOGIA

Cómo debe llamarse á la mujer casada.—El tema es curioso, y lo trata en *Nuevos Rumbos*, interesante revista mensual de Dolores (Argentina), Juan B. Selva, erudito filólogo cuyo nombre no es desconocido de nuestros lectores.

Cuando un hombre casado habla de su mujer, ¿cómo debe llamarla: *mi mujer*, *mi esposa* ó *mi señora?* Si se atiende al uso corriente, es seguro que el mayor número de votos lo obtiene *mi señora*. Hasta el más infeliz de los maridos que ruedan por estos mundos de habla castellana, se siente muy satisfecho, como dice con razón Selva, cuando se le ofrece la oportunidad de decir, hablando de su media naranja, *mi señora*; y parece que lo dice hasta con cierto orgullo, como dándose humos de incienso. ¿A quién no le ha ocurrido, viviendo en Madrid, tropezar con un portero ó con un zapatero de viejo, y hasta con un mendigo, que se llenan la boca de *mi señora*, como si se tratara de la princesa de los Ursinos?

Los hechos, sin embargo, son los hechos, y en esta materia el hecho es que la generalidad de los maridos hablan de su *señora*. Pero ¿cómo se explica que al dirigirse por escrito á una

mujer cualquiera, muchas veces desconocida, se la trata de *muy señora mía,* ó *mi distinguida señora*? ¿Y por qué la mujer hablando del marido, nunca dice *mi señor,* aunque dirigiéndose en carta á un hombre la encabece con la fórmula de *muy señor mío*? Si la voz *señor, señora* implicara la existencia del vínculo matrimonial, no podría emplearse en esos tratamientos, y no implicándolo, no se ve bien la razón de la preferencia de su empleo para indicar la relación conyugal de la mujer con el marido, sin la recíproca del marido con la mujer.

Selva hace, á este propósito, una pregunta muy atinada: ¿Podrá acaso resentirse un marido por oir á otra persona departir con su mujer, llamándola *mi señora*? Supongamos que la diga: «Pero, *mi señora* (ó *señora mía*), ¿cómo puede usted creer?...» Quien tal dijera, no sólo no podrá ser tachado de atrevido ó de insolente, sino que, sobre expresarse en buen castellano, pasaría por fino y cortés, aunque el marido pusiera mala cara, y aunque retozara por los labios de los oyentes maliciosos la más burlona de las sonrisas.

La palabra *señora,* encierra ideas de consideración, cortesía y respeto, y el *mi* que se le antepone contribuye á que el tratamiento sea más afable y cortés. Si se dijera *mi esposa* ó *esposa mía, mi mujer* ó *mujer mía* á la mujer de otro, habría materia para aspavientos; pero el *mi,* antepuesto á *señora,* pierde ese valor posesivo, para convertirse en una especie de partícula superlativa, que se pierde por completo en la significación del substantivo, aunque no llegue á la fusión perfecta del *mon, ma* francés, en *monsieur*, y *madame.* El *misiá* argentino es una contracción de *mi señora (señora, señá, seá, siá),* que, según Cuervo, aparece en Venezuela y Chile en la forma *mi seá,* y en Bogotá, Chile y Río de la Plata en la forma *mi siá,* como en castellano vulgar se dice *señá,* y en gallego *mi siá.*

Recurriendo á Cervantes, apunta Selva el valor que en el Quijote se da á *mi señora,* según los casos. «Déjeme á mí el cargo, dice Sancho, que yo diré á *mi señora* (Dulcinea) que vuesa merced se las daba (las calabazadas) en una punta de

peña más dura que la de un diamante» (1.ª P., XXV).—«Pero querría yo saber de la señora, *mi señora* doña Dulcinea del Toboso, adónde aprendió el modo de rogar que tiene» (2.ª XXXV).—«Tenga paciencia *mi señora* Dulcinea, que cuando menos se cate, me verá hecho una criba de azotes» (2.ª LIX).—«La honestidad y continencia, dice Sansón Carrasco, en los amores tan platónicos de vuesa merced y de *mi señora* doña Dulcinea del Toboso...—Nunca, dijo á este punto Sancho Panza, he oído llamar con don á *mi señora* Dulcinea» (2.ª III). Hablando Don Quijote con el Duque, le dice: «Como quiera que yo me halle, á pie ó á caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de *mi señora* la Duquesa, digna *consorte vuestra* y digna *señora* de la hermosura y universal princesa de la cortesía.—Pasito, mi señor Don Quijote de la Mancha, dijo el Duque, que adonde está *mi señora* doña Dulcinea del Toboso no es razón que se alaben otras hermosuras» (2.ª XXX).—«Ora estéis, *señora mía,* transformada en cebolluda labradora, ora en ninfa del Tajo.» «Merced á la sin par belleza de *mi señora* Dulcinea del Toboso» (2.ª, XLVIII).—Hablando don Luis con el oidor, le dice: «Señor mío, yo no sé deciros otra cosa sino que desde el punto que quiso el cielo y facilitó nuestra vecindad que yo viese á *mi señora* doña Clara, hija vuestra y *señora mía,* desde aquel instante la hice dueña de mi voluntad; y si la vuestra, verdadero señor y padre mío, no lo impide, en este mismo día ha de ser mi esposa» (1.ª, XLIV).—Cardenio, por su parte, dice á su prometida Luscinda: «Si el piadoso cielo gusta y quiere que yo tenga algún descanso, leal, firme y hermosa *señora mía,* en ninguna parte, creo yo, que lo tendrás más seguro que en estos brazos que ahora te reciben» (1.ª, XXXVI).

En todos los clásicos se encuentra el tratamiento *mi señora* con el mismo sentido que en Cervantes, y con idéntico significado se conserva hasta hoy en toda España, aunque también se usa *mi señora,* para designar á la suegra ó madre política. Este uso, sin embargo, sólo es corriente entre la gente baja de

las ciudades, y en los pueblos rurales. Como se ve, el término *señora,* no es el que mejor cuadra en boca del propio marido cuando habla de su mujer. El que uno llame á su costilla *mi señora,* implica cierta ponderación y cierto estiramiento ó cortesía, que no se aviene con la confianza que debe existir entre los cónyuges. Hay en ello algo de afectación y hasta de inmodestia, que choca con el buen gusto.

El tratamiento más apropiado, aunque parezca vulgar, es *mi mujer*. Rivodó, en sus *Voces nuevas,* lo recomienda diciendo que *mujer* es voz del alma. Y verdaderamente que, reparando en la etimología (*mulier*, muelle, suave, dulce) es lástima tener que aplicarlo á esas arpías y á esas desgraciadas que nada tienen de dulce ni de suave. Es sensible que el desgaste del término *mujer* haya llegado al extremo de darle un sentido peyorativo que lo envilece, y que explica que haya señoritingas que al ser llamadas mujeres, hayan respondido con indignación, como cuenta Selva: «No somos mujeres, ¿sabe?» ¡Ignorantes!

El interrogatorio consagrado para sellar ante Dios y ante la ley el solemne acto del matrimonio, encierra esta pregunta: «¿Quiere por *esposa* y *mujer* á doña Fulana?» Aquí hay una redundancia; pero se ve que la ley consagra la palabra mujer para expresar el sujeto femenino del pacto matrimonial. Veamos en el *Quijote* la significación de *mi mujer*: Sancho dice en la 2.ª Parte, capítulo XXXVI: «Yo tengo escrita una carta á *mi mujer* Teresa Panza.» Después, siendo ya Gobernador de la Ínsula Barataria, dice en el capítulo XLVII: «Le suplico no se olvide de enviar con un propio mi carta y mi lío á *mi mujer* Teresa Panza.»

En España es bastante corriente, entre la gente culta sobre todo, decir *mi mujer,* y sólo cuando se habla con inferiores se dice *la señora* ó *la señorita,* según la edad. Hablando de la mujer de la persona á quien se dirige la palabra, es preferible decir *la señora:* «¿Y su señora, cómo está?» Puede también decirse: «¿Y mi señora doña Fulana, está bien?» Pero esta fórmu-

la, aunque elegante, resulta afectada y cómica. En América, por lo que dice Selva, cunde el tratamiento de *mi señora,* amenazando con invadirlo todo.

Más precisa es la fórmula de *mi esposa,* pero es menos sencilla y natural, y en España puede calificarse de cursi. En cuanto á *mi consorte* y *mi cónyuge,* son variantes jurídicas que no tienen apenas aplicación en el habla familiar. En cuanto á las fórmulas de *mi media naranja, mi costilla, mi cara mitad,* son expresiones familiares de empleo muy limitado. Entre el pueblo, sobre todo en el campo, se usa bastante la fórmula de *mi parienta,* hablando de la mujer propia, y *la parienta,* de la ajena. Selva agrega á estas expresiones la de *mi vieja,* que dice muy criollo y muy campechano; *mi negra,* que no se sabe si se refiere á la esposa, á la madre, á la abuela ó á la suegra, y *mi china,* término expresivo que usa el *compadrito* para nombrar á su compañera, términos todos ellos corrientes en la América española.

IMPRESIONES Y NOTAS

La educación de los compositores.—En todas partes cuecen habas. La educación de la juventud que frecuenta nuestro Conservatorio de Música y Declamación, es deficientísima en lo que concierne á cultura general. Pero en Francia, á juzgar por lo que dice en *La Grande Revue* Rogelio Ducasse, no andan, en ese punto, mejor que nosotros. En cuanto un padre supone que su hijo tiene vocación para la música, no se le habla ya de otra cosa; se desprecia toda la enseñanza primaria y secundaria, y se cree que con saber leer, escribir y contar tiene el niño de sobra. ¿Qué resulta? Que á los veinte años el joven se presenta al concurso de Roma; el tema es, y por fortuna no de los menos apropiados, una cantata sobre el amor de Diana y Endimion. Es la primera vez que estos nombres suenan en sus oídos: ¡qué apuro! ¡Endimion!... ¿Es él ó ella? Otra vez, el

texto del coro exigido en el examen de eliminación, era un canto á la Canícula. ¡Jamás se había pronunciado esta palabra en la clase de solfeo, contrapunto y composición! ¿Qué hacer? En el Conservatorio no hay Diccionario francés. El aspirante ignorante se informa de un compañero grave y erudito, y éste le enseña que en latín *canis* quiere decir perro, y *caniculus* perrito; era, pues, evidente que había que escribir una danza de perritos al sol.

En estas condiciones, ¿cuál puede ser la interpretación de una obra maestra ni la composición sobre ningún tema erudito? Todo se reduce á la mayor ó menor perfección en el manejo del teclado. Beethoven, Schumann, Chopin, Listz, no tienen la misma alma, sus obras no están escritas bajo la misma impresión. Y si se ignora el sentimiento que las ha hecho nacer, ¿cómo se las ha de comprender y traducir? ¿Qué diferencias y qué analogías existen entre la *Appasionata* y el *Opus 106,* de Beethoven? ¿Y entre las sonatas en sí bemol menor y en sí menor de Chopin? ¿A qué época y á qué fase moral de la vida de estos dos genios corresponden? El dolor ha acompañado la existencia de Beethoven, de Chopin, de Schumann; pero este dolor no es siempre el mismo. ¿Sabe alguno de vosotros, ¡oh pianistas!, lo que es una balada? Bien se veía, en la interpretación que dábais el año último á la cuarta balada, que todos lo ignorábais. De seguir así las cosas, podrá haber tocadores de piano más ó menos hábiles, y arregladores de notas más ó menos expertos, pero no habrá ni verdaderos intérpretes ni compositores.

***

El sueño y la vigilia.—¿Pueden distinguirse objetiva é infaliblemente, los estados de vigilia y de sueño? Drewitt trata esta cuestión en el *Mind*. El sentido común cree que el mundo exterior existe, tal como se nos aparece cuando estamos despiertos. Entre el estado de vigilia y el de sueño, establece una separación absoluta, y supone que estos dos estados

pueden distinguirse uno de otro, con toda seguridad, por medio de un criterio objetivo é infalible. No opinan así los filósofos.

Drewitt discute los diversos criterios, propuestos hasta el presente, y trata de demostrar su inanidad. Ninguno de ellos consiente la distinción absoluta entre la vigilia y el sueño, ni autoriza á nadie para estar seguro, en absoluto, en un caso dado, de que no sueña. Se afirma generalmente, que entre ambos estados existe una diferencia de vivacidad, y que los fenómenos psicológicos más intensos son los de la víspera. Pero todo el mundo sabe, y los poetas lo han repetido, que las sombras de la noche traen consigo el terror, y nadie puede negar la intensidad de esos espantos nocturnos. Hay pesadillas espantosas, y las reacciones que provocan llegan frecuentemente á despertar al que duerme, y aun cuando esté despierto, no puede arrancarse á la obsesión del recuerdo. Es decir, que nuestro espíritu puede estar tan agitado durante el sueño como durante la vigilia, y que la intensidad y vivacidad de las impresiones no sirve de criterio para distinguir un estado de otro.

Según otra teoría, el sueño estaría caracterizado por la incoherencia; pero esta inconexión se encuentra también á veces en los estados de vigilia, y no es necesariamente constante en los sueños. Los detalles de los sueños, por otra parte, como, por ejemplo, el aspecto del paisaje, tienen frecuentemente una limpieza, una precisión, una especie de evidencia inmediata, que no se encuentran fácilmente en el estado de vigilia. Hay sueños que se desarrollan con lógica y continuidad, y hay vigilias llenas de incoherencia y de contradicciones.

Puede decirse que al despertarnos tenemos conciencia de un cambio súbito, lo que prueba la existencia de dos estados diferente; pues el estado en que nos hallamos hoy, después de despertarnos, concuerda con el en que estabámos ayer por la mañana, y forma, con el día de ayer, un todo coherente; mientras que el estado de sueño de que salimos se nos presenta aislado, sin conexión con el día de ayer, ni con el de hoy. Pero este criterio no es infalible: un hombre que duerme, puede soñar que

está despierto, y sabido es que hay *series* de alucinaciones y sueños que se enlazan de una noche con otra.

No hay, pues, ningún criterio aplicable á todos los casos, si sólo consideramos al individuo. ¿Estará la solución en la concordancia de las conciencias individuales? Aun aquí las dificultades no faltan. Podemos soñar, no sólo de nosotros, sino de otras personas. Y dos individuos pueden tener sueños que coincidan; por otra parte, no hay afirmación ninguna que tenga el asentimiento universal, y el asentimiento de un grupo, por muy amplio que sea, puede resultar de una comunidad de prejuicios ó de un acuerdo arbitrario.

No hay, como se ve, teoría ninguna completamente satisfactoria. No hay de cierto más que dos hechos que esperan todavía su justificación teórica. En el estado de vigilia, podemos soñar: en medio, por ejemplo, de una reunión de amigos, y oyendo el ruido que nos rodea, pensamos que leemos un pasaje de Homero, y tratamos de comprender el sentido de tal ó cual palabra; el estado de vigilia es entonces el continente, y el sueño el contenido; estando despierto, tengo conciencia á la vez de que sueño y de que estoy despierto. En el sueño no hay conciencia de esta diferenciación. He ahí la primera diferencia. En segundo lugar, cuando nos despertamos, notamos claramente un contraste; pero cuando nos dormimos, no sentimos necesariamente un cambio. Sobre estos hechos indiscutibles, no hay más que construir una teoría.

***

El papel de la altura en el ritmo.—En la *Psycological Review*, trata Herberto Woodrow de las condiciones del ritmo conforme al método experimental. Se ha estudiado ya la intensidad relativa de las series de excitaciones que producen la conciencia del ritmo, su duración relativa y absoluta y su altura. Para ello se presenta á los sujetos una serie de sonidos más largos, más intensos ó de distinta calidad unos que

otros, haciéndoles analizar y explicar sus impresiones sobre esta serie, y especialmente sobre el modo con que los sonidos parecían estar agrupados. Con este método se trataba de determinar las relaciones de ciertas excitaciones exteriores y de las impresiones conscientes correspondientes. Así se han podido corregir algunos errores cometidos por los observadores precedentes. Bolton, por ejemplo, cree que si se hacen oir sucesivamente dos sonidos, el segundo más largo y más agudo que el primero, el grupo de dos miembros así formado en la conciencia del sujeto, termina generalmente por el sonido segundo; pero la experiencia enseña que en este caso se puede tener la percepción de un ritmo fuertísimamente trocaico, en que el sonido más largo y más agudo es el que comienza el grupo; todo depende de la cantidad de los factores puestos en juego (duración, intensidad). Del mismo modo, Squire afirma que la altura es, para la mayoría de los sujetos, un factor del ritmo, cosa contradicha por los experimentos de Woodrow. No hay que mirar la altura, la intensidad y la duración, como factores intercambiables. La intensidad del sonido obra sobre el principio del grupo; su duración, sobre el fin; pero la altura no produce ni un efecto ni otro.

***

Musset, el hijo del siglo.—Musset es uno de los nombres que no mueren: se le quiere siempre porque ha querido mucho. Pasa por ser el poeta del amor, y no ha vivido, en efecto, más que para el amor; pero á la manera de los jóvenes. Los jóvenes, de ordinario, no aman; se aman al amar, y por eso es el amor tan vivo en esta edad, como dice en *La Grande Revue* Ives Scantrel. A los veinte años se puede morir de amor, como de una tifoidea; pero aun muriendo de amor, no se ama. Una naturaleza sana quiere siempre vivir y se consagra á sí misma, y en el amor joven, una vida que lo consagra todo, quiere obtenerlo todo de otra. La pasión es diferente; la pasión es

una locura, y ante todo, una voluntad de no ser, un furor de crear un sitio único donde sepultar todo el universo, donde abdicar uno de sí mismo. La pasión es rara en toda edad; pero más rara á los veinte años que á los treinta. Musset es un joven caballero de la Regencia, inclinado, por su desgracia, á la pasión de amor; poco hecho, naturalmente, para la pasión, estaba demasiado bien dotado para el placer. Había en él madera de *mignon* y de *roué*. Con menor talento, hubiera sido un lindo amante de Manon; pero no ha sido más que una víctima de Rousseau.

Musset nunca ha tenido más de veinte años; es un Querubín poeta. Se oculta bajo las faldas de su madrina, y no es ciego. Se lanza en el parque de los alejandrinos, y parece un príncipe acabado. Es lindo de ver, lindo de oir. Tiene las caderas redondas, las manos blancas, el pie fino, un rostro tierno de cabra rubia; aquellos ojillos redondos, malignos, guasones, chispean con las llamas que enciende el vientre del macho cabrío. Menos la barba, sería afeminado; pero tiene la barba clara y sedosa, y no habla más que en verso. Todos los jóvenes de su siglo han soñado con ser aquel joven. Más tarde, ya en la tristeza, Musset no tiene todavía aire de hombre, sino una cabeza de carnero viejo, harto de aburrimiento y de asco, con bolsas en las mejillas, el labio colgando y la mirada triste.

En el tiempo de la primavera, en que brota una apariencia de poesía en todos los hombres, se quiere á Musset como los jóvenes del 30 han querido á Rousseau y á Byron. La mayor parte de los jóvenes, hombres y mujeres, que leen los versos de Musset, no tienen más de catorce años, y ese es su triunfo. Sus versos son todo lo que desea el adolescente. Musset es el Byron de Paris, menos áspero, más sensible; el inglés con humor negro, el francés con humor galante. Ambos nacidos para escribir en prosa, atrevidos en el sentir y en el fondo muy tímidos. Con gusto timorato en poesía, el uno parece rugir al tomar el tono de Pope, y el otro no olvida nunca á Molière cuando se emancipa. Iguales en pobreza de ideas, pero igua-

les también en elocuencia al servicio de algunos lugares comunes. Uno aspirando á Caín, á maldito, á demonio en lucha con los dioses; otro echándolas de Don Juan, de libertino, de réprobo del amor y de las mujeres. Casados juntos en la ciudad de la poesía, donde los sexos son ambiguos, Byron sería el hombre y Musset la mujer.

FERNANDO ARAUJO

AP
60
E8
año 23
no.274-76

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY